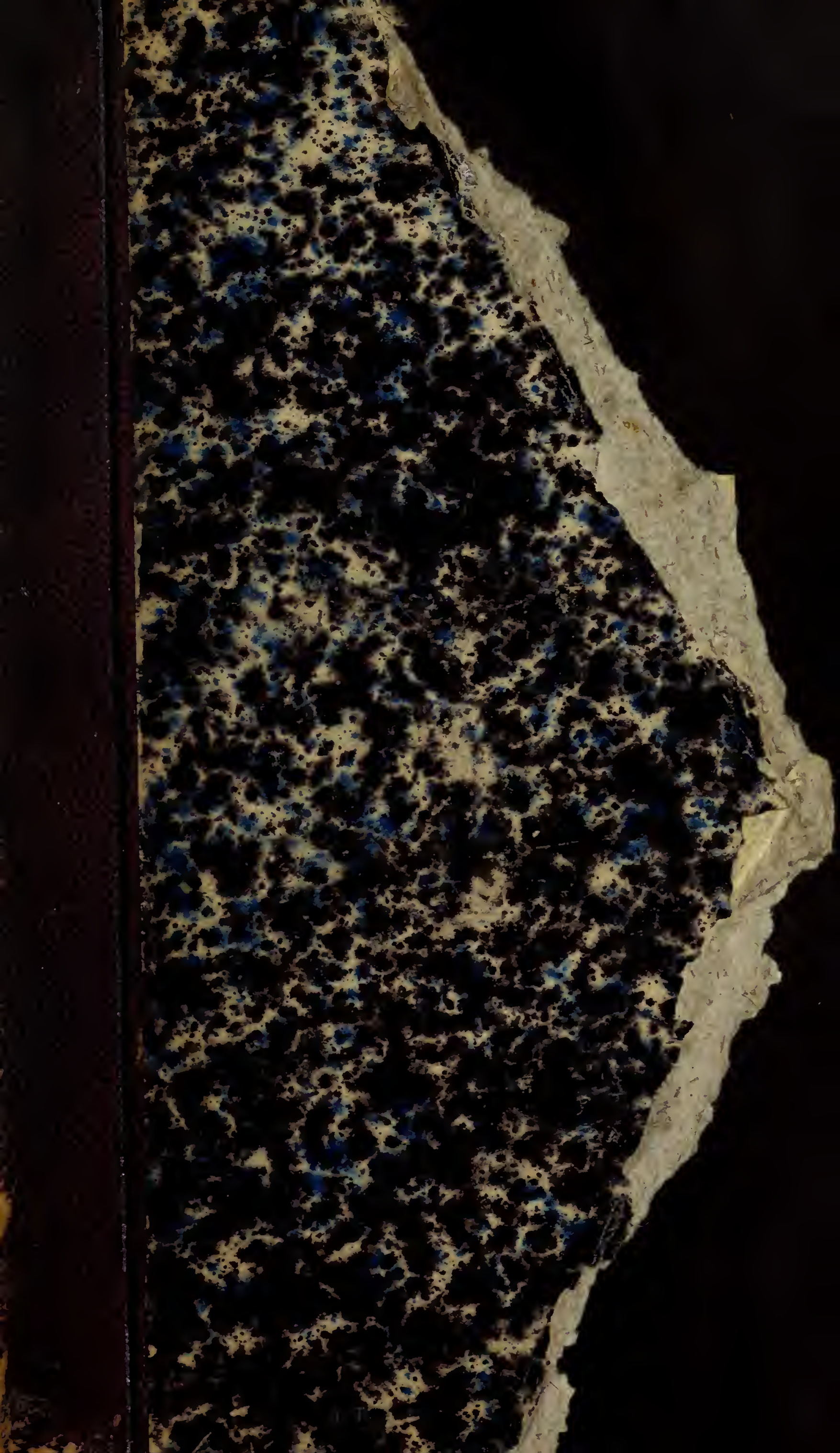
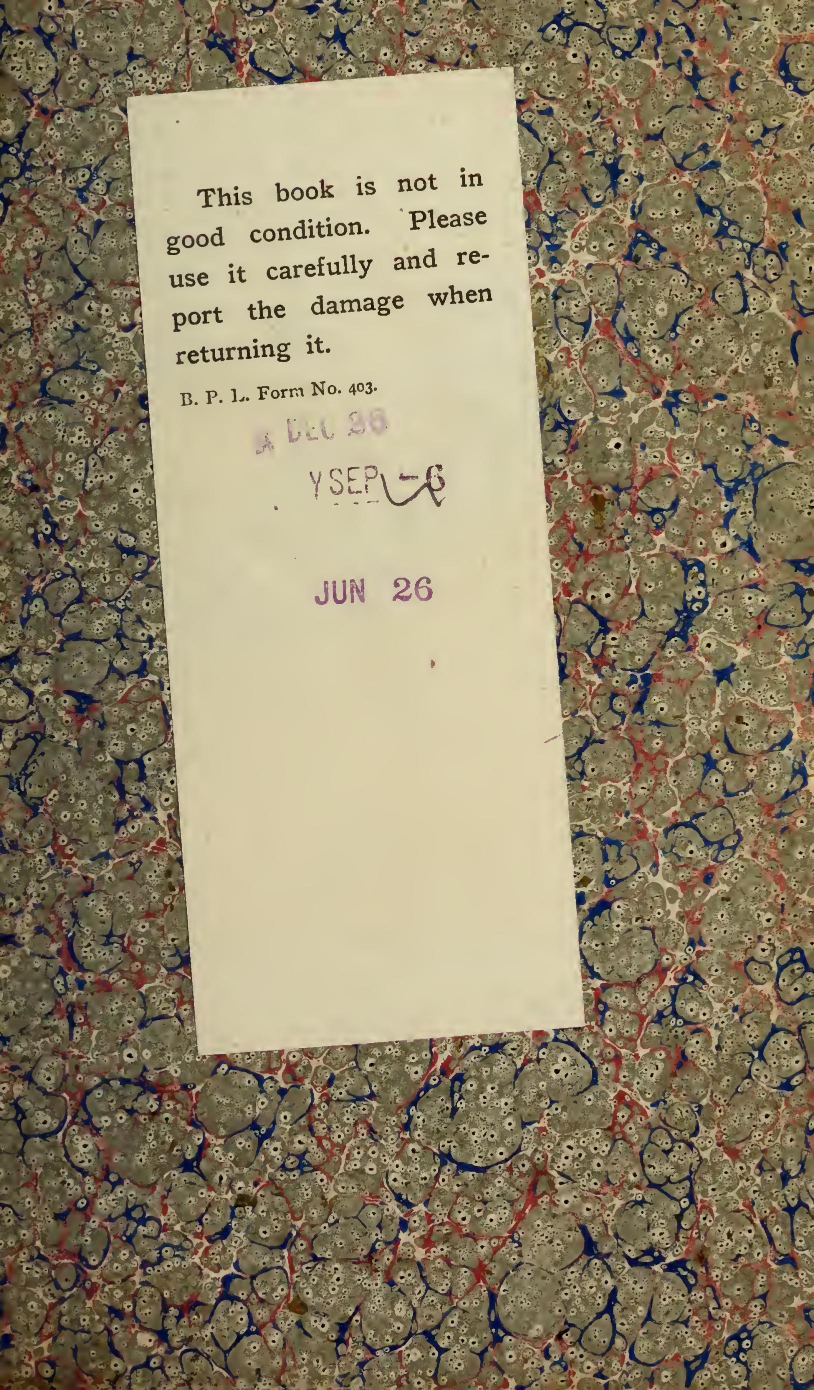




FOUNDED 1852
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630.
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTON PUBLIC LIBRARY



This book is not in good condition. Please use it carefully and report the damage when returning it.
B. P. L. Form No. 403.
DEC 26
SEP -6
JUN 26

HISTORIA

DE LA REVOLUCION

DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA
DE LA REVOLUCION
DE LA
REPÚBLICA DE COLOMBIA
EN LA
AMÉRICA MERIDIONAL,

POR

JOSÉ MANUEL RESTREPO.

Ne dites à la postérité que ce qui est digne de la postérité.
(VOLTAIRE, *Hist. de Pierre le Grand*, Préface.)

No digas á la posteridad sino lo que es digno de la posteridad.

TOMO SEGUNDO.

BESANZON,
IMPRENTA DE JOSÉ JACQUIN,
Grande-Rue, nº 14.

1858.

B. H.

April 20. 1894.

G.

Text 4 v.

Atlas 1 v.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE VENEZUELA

EN LA AMÉRICA MERIDIONAL.



PARTE SEGUNDA,

CONTINUADA.

CAPÍTULO TERCERO.

Bloqueo de Venezuela mandado ejecutar. — Mision de Montenegro, y contestacion á sus despachos. — Movimientos varios. — Instalacion y juramento del congreso. — Promete sostener la religion : su tratamiento oficial. — Carácter de sus miembros. — Nuevo poder ejecutivo general. — Poder judicial organizado. — Primeros actos del congreso. — Estado de la guerra con Maracáibo, Coro y Guayana. — Seccion legislativa de Carácas. — Division propuesta de esta provincia. — Se declara la Independencia absoluta. — Nuevo pabellon nacional. — Movimientos revolucionarios de los Téques y Valencia. — Fórmula del juramento de Independencia. — Facciosos castigados. — Expedicion española contra Cumaná. — Es rechazada la que ataca á Valencia : rendicion de esta ciudad : juicio de los cabecillas. — Acta y manifiesto de Independencia. — Los impugna Cortabarría. — Bases de constitucion presentadas. — Situacion miserable del país. — Creacion del papel moneda y de la moneda de cobre. — Se discute y acuerda la Constitucion federal. — Protestas contra ella. — Su análisis : modo de ratificarla el pueblo. — No era á propósito para Venezuela. — Erígese á Valencia en ciudad federal. — Organizacion constitucional de Barcelona, Mérida y Carácas. — Indulto

de los revolucionarios de Valencia. — Ley aboliendo la Inquisicion. — El congreso suspende sus sesiones. — Constitucion de la provincia de Carácas. — No se pueden organizar las demas provincias. — Embarazos por el papel moneda : falta de las rentas públicas. — Esfuerzos patrióticos de los diputados americanos en las Córtes de Cádiz. — Mediacion británica rechazada. — Comercio libre de las Américas negado. — Continuacion de la guerra civil.

Año de 1811. — Cuando el comisionado regio recibió en Puerto-Rico la contestacion de la junta de Carácas, se irritó sobre manera, y la tuvo por un insulto muy grave á su elevado carácter : en efecto, no era comedida. Desesperando entónces de reducir por medios pacíficos á los *novadores*, como él los llamaba, decretó en 21 de enero que se llevase á efecto el bloqueo acordado por la Regencia de España contra las costas de las provincias disidentes de Venezuela. Alegaba que no habian querido reconocer á las Córtes españolas, ni apreciar su decreto de 15 de octubre, contestándolo de un modo insultante y criminal. Á falta de fuerzas que no tenia para el bloqueo, redobló Cortabarría desde su mansion de Puerto-Rico sus tramas y maquinaciones, por medio de sus numerosos agentes, para destruir al nuevo gobierno y restablecer el antiguo dependiente de la España. Bien pronto se comenzaron á sentir los funestos efectos de la discordia civil que soplaba el comisionado regio : conspiraciones frecuentes, irritacion de los ánimos y un pronunciamiento mas decidido de los partidos español y americano, fueron las consecuencias inmediatas de esta conducta.

Un nuevo incidente vino á aumentar la division : tal fué el arribo del capitan de infantería don Feliciano Montenegro, natural de Carácas. Traía este oficial pliegos de los diputados suplentes en las Córtes españolas por las provincias de Venezuela, don Estévan Palácios y don Fermin Clemente, ambos oriundos de Carácas. Se habia hecho su eleccion por los naturales de las provincias de Venezuela y del vireinato de la Nueva Granada que se hallaban en Cádiz y en la isla de Leon. De los veinte y ocho suplentes que la Regencia en su decreto de 14 de febrero de 1810 habia dispuesto que representáran los dominios españoles de América y Asia, tocaron dos á las provincias de Venezuela y tres al vireinato de Santafé : fueron estos el conde de Puñonrostro y don José Mejía, nacidos en Quito, y don Domingo Caicedo en Santafé.

Verificada su eleccion, los suplentes de Venezuela anunciaron su nombramiento á los pueblos que representaban, como ya lo habian hecho los del vireinato del Nuevo Reino de Granada, incluyéndoles multitud de decretos y otros documentos relativos á la instalacion de las Córtes. Esta comunicacion iba rotulada al ayuntamiento de Carácas. Le manifestaban que no tenian las luces bastantes para llenar sus sagrados deberes, especialmente cuando carecian de instrucciones; pero que defenderian los derechos de Venezuela hasta donde alcanzáran sus conocimientos. Instaban por que fueran los diputados propietarios, y ofrecian que si se les enviaban cualesquiera instrucciones, solicitudes ó alegatos en beneficio de los pueblos y para la defensa de sus respectivos derechos, tendrian la mayor complacencia en presentarlos á las Córtes. La mision de Montenegro habia emanado, segun decian los diputados, de un decreto especial de estas para ilustrar al cabildo de Carácas de cuanto condujera al esclarecimiento del estado de la España, y de todo lo relativo á la formacion de las mismas Córtes. El comisionado arribó á la Guáira en la corbeta *Sebastiana* de la marina española.

La junta hizo que contestára á los suplentes don Casiano Bezáres, escribano que habia sido del suprimido ayuntamiento de Carácas. Increpóles su silencio acerca de la transformacion política de Venezuela, el que llamó perfidia y mala fe : les dijo que la instalacion de las Córtes de la isla de Leon era una farsa para deslumbrar á los habitantes de este hemisferio ; que en sus discusiones sobre la América habian olvidado los miembros de las Córtes la cuestion principal, pues ante todas cosas debieron inquirir cuál era el derecho que tenian para erigirse soberanos de unos hombres libres, iguales á ellos en todos los fueros y prerogativas nacionales, y mucho mayores en número. — « Ni la América tiene derecho, añadia, para enseñorearse de la España, ni esta para exigir de aquella el homenaje tributado solamente á la real persona de Fernando VII. »

En virtud de estos y de otros fundamentos semejantes, expresados con mucha energía, terminaba la contestacion del escribano Bezáres diciendo á nombre del cabildo de Carácas, que desaprobaba el nombramiento de suplentes, y que léjos de ratificar lo hecho en perjuicio de la libertad é independencia de las provincias de Venezuela, lo revocaba y anulaba expresa-

mente, previniendo á los electos que se abstuvieran de suplir como diputados, y que no esperáran otros propietarios, hasta que Fernando VII no volviera á España independiente y libre del influjo de la Francia, y con un cetro acomodado á las máximas del contrato primitivo y á las circunstancias de la América.

Luego que el capitan Montenegro recibió esta contestacion (febrero 1°), la entregó al comandante Ulloa de la corbeta *Sebastiana*, y oficialmente manifestó á la junta, que considerando terminada su comision, unia su suerte á la de sus conciudadanos. En consecuencia ofreció sus servicios á la junta suprema, que fueron aceptados con elogio y como un acto de verdadero patriotismo.

Entre tanto no cesaban los conatos de revolucion en las provincias libres de Venezuela. En varios pueblos de los valles de Aragua, los partidarios del gobierno español excitaron conmociones, que fueron descubiertas y reprimidas procesándose á sus autores; estos por lo general eran Españoles europeos ó naturales de Canárias, junto con algunos Venezolanos.

El mas ruidoso de tales movimientos fué el que estalló en Cumaná (marzo 5), combinado entre los Españoles europeos, especialmente Catalanes, los misioneros capuchinos del interior y varios criollos. Era su objeto reducir á prision á todos los miembros y empleados principales del nuevo gobierno, remitirlos á Puerto-Rico, y reconocer la Regencia y las Córtes españolas. En ejecucion de este plan, los Catalanes sorprendieron por la noche el castillo de San Antonio, que domina la ciudad con sus fuegos, y tenian ganado al oficial que mandaba la batería de la boca del rio y á los artilleros. Mas habiendo sido descubierta la trama, el nuevo gobierno asegura la batería, reune cerca de dos mil hombres, auxiliado por el entusiasmo de los Cumaneses, y reduce á prision á todos los Españoles europeos. Los que se habian apoderado del castillo tuvieron que rendirse, bajo la condicion expresa de que se les perdonaria la vida. Cumplióseles; mas fueron expulsados con todos los demas Europeos, y se les confiscaron sus propiedades.

Un estado semejante del país demandaba con urgencia la instalacion del congreso de las provincias libres de Venezuela. Los patriotas la deseaban ardientemente como el áncora de sus esperanzas, y la junta suprema la promovia por cuantos medios

estaban á su alcance. Los diputados ó representantes de los pueblos debian haberse reunido en Carácas desde principio de este año; pero no habia podido llenarse el número competente exigido por la convocatoria, que eran las dos terceras partes. Al fin, los esfuerzos continuados de la junta pudieron realizar la instalacion del congreso con treinta diputados (1). Reunidos estos en el salon en que tenia sus sesiones la junta, despues de elegir un presidente provisional, se trasladaron á la iglesia catedral, precedidos por la junta y con un lucido acompañamiento. Luego que se cantára el Evangelio de la misa solemne en que pontificaba el arzobispo, el canciller leyó en alta voz la siguiente fórmula del juramento que debian prestar los miembros del congreso : « ¿ Jurais á Dios por los sagrados Evangelios que vais á tocar, y prometeis á la patria conservar y defender sus derechos y los del señor don Fernando VII, sin la menor relacion ó influjo de la Francia, independientes de toda forma de gobierno de la Península de España, y sin otra representacion que la que reside en el congreso general de Venezuela; oponeros á toda otra dominacion que pretendiera ejercer soberanía en estos países, ó impedir su absoluta ó legítima Independencia, cuando la Confederacion de sus provincias la juzgue conveniente; mantener pura, ilesa é inviolable nuestra sagrada religion, y defender el misterio de la Concepcion inmaculada de la Vírgen María, nuestra Señora; promover directa é indirectamente los intereses generales de la Confederacion de que sois parte, y los particulares del distrito que os ha constituido; respetar y obedecer las leyes y disposiciones que este congreso sancione y haga promulgar; sujetaros al régimen económico que él establezca para su interior gobierno, y cumplir bien y exactamente los deberes de la diputacion? » — Los diputados respondieron : « Sí juramos. »

Inmediatamente fué llamado el gobernador militar y comandante general don Juan Pablo Ayala, quien juró « obediencia al congreso y á las leyes que este acordára, sin reconocer otra soberanía que la del mismo congreso, como representante legítimo é inmediato de Fernando VII. »

Concluido este acto, los heraldos dijeron en alta voz al pueblo reunido : — « Venezuela ha instalado ya, por la gracia de Dios,

(1) Véase la nota 1ª.

el cuerpo conservador de sus derechos y de los del señor don Fernando VII. » El arzobispo entonó inmediatamente varios himnos y preces que terminaron con un solemne *Te Deum*, acompañado de repiques generales de campanas y de salvas de artillería. Concluido el acto en la catedral, se trasladó el congreso á la casa en que debia tener sus sesiones. Allí los miembros de la junta suprema juraron desempeñar provisionalmente el poder ejecutivo, obedeciendo y haciendo obedecer las leyes y decretos que acordára el congreso general de las provincias. En seguida juraron tambien obedecer al congreso el arzobispo, el tribunal de apelaciones, el cuerpo municipal y los demas jefes y corporaciones residentes en Carácas. La fórmula del juramento fué análoga al que habia prestado el comandante militar.

Habiéndose retirado la junta, procedió el congreso á elegir un presidente, que lo fué el doctor don Felipe Fermin Paúl; vicepresidente, el doctor don Mariano de la Coba; secretario, el licenciado don Miguel José Sanz, y vicesecretario, el licenciado don Antonio Nicolas Briceño.

Entre las felicitaciones que recibió el congreso el dia de su instalacion, llamó la atencion pública la del arzobispo de Carácas. Este prelado, sin embargo de ser Español europeo, manifestó con sinceridad su complacencia, que despues acreditára con hechos, por la feliz reunion de los representantes depositarios de la confianza de los pueblos. Pidió al mismo tiempo encarecidamente al congreso la proteccion y conservacion en toda su fuerza de la religion católica, como la base de la moral pública, y la que podia reprimir toda especie de desórdenes. En la tarde del mismo dia se reunió el congreso y acordó un acta, ofreciendo al arzobispo la proteccion que pedia para mantener pura é ilesa la religion que profesaban los Venezolanos. Se nombró tambien una comision que llevára al prelado copia del acta, que se publicó inmediatamente para satisfaccion de los pueblos. En aquellos dias se habia difundido el rumor alarmante de que el nuevo gobierno de ningun modo sostendria la religion católica, porque habia permitido se publicára en la *Gaceta oficial* un discurso del Irlandes Burke persuadiendo la necesidad de la tolerancia de cultos. Hubo por este motivo reclamaciones de algunas provincias, que se alarmaron por su religion. Para satisfacer á los fieles que hacian tales reclamaciones, se publicó posteriormente en la misma *Gaceta* la impug-

nacion del discurso de Burke, escrita por el doctor don José Antonio Gómez, en la que se abogaba con fanatismo por la causa de la intolerancia religiosa.

El congreso de Venezuela se mandó dar el tratamiento de *Majestad*, como representante de Fernando VII, y declaró al poder ejecutivo el de *Alteza*, títulos usados por el gobierno monárquico que aun regía en Venezuela.

Se componia el congreso en lo general de todos los hombres mas distinguidos de las provincias libres por su saber ó su posicion social. Algunos de sus miembros estaban adornados de conocimientos teóricos en materias de gobierno, pero carecian de los prácticos y positivos sobre la organizacion que debia darse al gobierno de los pueblos que representaban, teniendo en consideracion sus costumbres, sus hábitos y preocupaciones. Estos elementos para nada se traían á cuenta en aquella época, y solo se trataba de plantear los sistemas que parecian mas bellos á los corifeos de la revolucion. Hé aquí en nuestra humilde opinion la fuente de los errores capitales que cometiera el congreso de Venezuela, y el orígen fecundo de los males que han sufrido los pueblos de la América ántes española, despues que se separaron de la madre patria.

En Carácas fué celebrada la instalacion del congreso general con fiestas y regocijos públicos, y lo mismo sucedió en las demas provincias libres. Celebróse por do quiera este acontecimiento como la aurora de una época feliz para los pueblos de Venezuela. ¡Dulces y patrióticas ilusiones, que no tardaron mucho tiempo en disiparse!

Uno de los primeros actos del congreso fué acordar un reglamento orgánico del poder ejecutivo y del judiciario. El primero debia componerse de tres individuos, y fueron electos don Cristóval Hurtado de Mendoza, don Juan Escalona y don Baltasar Padron. La presidencia debia turnar sin que su duracion pudiera exceder de un mes, y los nombrados acordaron que uno de ellos sería presidente cada semana. Se eligieron tambien tres tenientes para suplir las ausencias y enfermedades de los miembros del poder ejecutivo, que fueron don Manuel Moreno de Mendoza, don Mauricio Ayala y don Andres Narvarte. Igualmente se nombraron para consultores del mismo poder ejecutivo á don Juan Vicente Echeverría, don José Joaquin Pineda y don José Ignacio Briceño, que no tenian voto deliberativo.

Estas elecciones, especialmente la de los miembros del poder ejecutivo, fueron aplaudidas y con razon. El nuevo poder ejecutivo entró inmediatamente en el ejercicio de sus funciones, y la junta suprema se despidió de los pueblos por una proclama: manifestaba en ella la satisfaccion que sentia al poner la autoridad en manos de los escogidos por el congreso nacional, despues de haber trabajado cerca de un año en la regeneracion política de Venezuela. En lo general, los miembros de la primera junta de Carácas merecieron el reconocimiento de sus compatriotas, por su buena conducta y por el zelo con que promovieron la causa pública.

El poder ejecutivo nombró para secretario del despacho general de Estado, guerra y marina al licenciado don Miguel José Sanz, que lo era del congreso; fué reemplazado en este destino por don Antonio Nicolas Briceño, en cuyo lugar entrára don Francisco Isnardi. Don José Domingo Duarte obtuvo la plaza de secretario de hacienda, gracia y justicia.

El congreso dividió el poder judicial creando una alta corte de justicia, compuesta de cinco jueces y un fiscal, á quienes eligió. Acordó igualmente crear un tribunal de vigilancia y seguridad para conocer de los delitos de alta traicion.

Despues de dar estos decretos orgánicos, nombró el congreso una comision especial que redactára el proyecto de la futura constitucion de la República (marzo 16). Componíase de los diputados Francisco Javier Ustáriz, Juan German Roscio y Martin Tobar Ponte, á los que debian unirse algunos otros de las demas provincias, fuera de la de Carácas, cuyos nombres no se mencionaron. Se confiaba especialmente en las luces y conocimientos de Ustáriz.

En el mes primero de sus sesiones se ocupó tambien el congreso en dar un indulto general por varios delitos; en prescribir el modo de proveer los beneficios eclesiásticos, por una concordia entre el poder ejecutivo y el prelado diocesano; y en nombrar comisiones para que redactáran los códigos civil y criminal, y otras que debian informar sobre diferentes ramos que pensaba arreglar para dar mayor perfeccion al gobierno general de las provincias. Como no habia taquígrafos, solo se conservan lijeros extractos de las materias que se tratáran en aquellas sesiones.

El 19 de abril, primer aniversario de la transformacion polí-

tica de Venezuela, fué celebrado en Carácas con mucho entusiasmo por todas las clases de ciudadanos. Atrajeron sobre todo la atencion varios cuadros alegóricos, que manifestaban los males que habia producido el despotismo español, y los bienes que se prometian los Venezolanos de su naciente libertad. Duraron tres dias las fiestas que hubo á causa de este regocijo público. Los enemigos de la transformacion política de Venezuela han censurado mucho las demostraciones que entónces hicieran los habitantes de Carácas para manifestar su alegría.

Era contínua, aunque sin actividad, la guerra que los agentes del gobierno español hacian á Venezuela. Los gobernadores de Coro y Maracáibo carecian de fuerzas y recursos para atacar, y por este motivo nada podia emprender Miyáres, titulado capitan general. El comisionado regio Cortabarría no habia sido capaz de llevar á efecto las amenazas de la Regencia de Cádiz. El armamento de algunos corsarios, el apresamiento de varios buques de comercio, ó de los costaneros á los que solo podian atacar los corsarios, ó pequeños desembarcos de estos en las partes indefensas de la costa; hé aquí á lo que se habian reducido el bloqueo decretado por la Regencia y las vastas operaciones del *rey en comision*. Su almirante era el corsario Gabazo, que montaba una pequeña nave. Cortabarría promovia ademas incesantemente la division de los pueblos y las conspiraciones de sus partidarios en Venezuela, los que hacian con frecuencia infructuosas tentativas para trastornar el nuevo gobierno; estas eran descubiertas por los patriotas vigilantes, y quedaban burladas las esperanzas de sus autores. Sería inútil y fastidioso enumerar los diferentes conatos de revoluciones sin suceso que hicieron los realistas en los meses ya corridos de este año, para turbar el país.

De parte del nuevo gobierno se activaba un poco mas la guerra contra la provincia de Guayana. Los gobiernos de Cumaná, Barcelona y Carácas habian dirigido tropas hácia Barráncas, á Soledad y á Santa Cruz, puntos situados en la orilla izquierda del rio Orinoco. Despues de pequeños combates, arrojaron de allí á los soldados de Guayana, que los ocupaban ó pretendian ocupar. Don Francisco González Moreno, coronel español que habia seguido la revolucion, mandaba las fuerzas reunidas, y su cuartel general estaba en Santa Cruz con 1,400 hombres. Mas careciendo de buques para dominar el Orinoco,

los patriotas nada podian adelantar contra los realistas, que tenian el dominio absoluto de aquel rio, y que se hallaban apoyados en la plaza fortificada de la Vieja-Guayana y en la ciudad de Angostura, capital de la provincia. Mandaba allí don Matías Farréras como gobernador y comandante de armas; eran sus poderosos auxiliares los capuchinos europeos encargados de várias misiones, especialmente de las del Caroní: estos fueron los enemigos mas decididos de la revolucion de Venezuela, y en el curso de ella hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles para contrariarla, persuadiendo á los pueblos que el separarse de la España y no obedecer á su rey, era un crímen atroz y una herejía imperdonable.

La causa de la libertad habia tenido partidarios en Guayana, los que algunas veces intentaron apoderarse del gobierno en la capital; pero siempre triunfó el partido realista, y los patriotas mas distinguidos fueron enviados á las bóvedas de Puerto-Rico. El gobierno de Venezuela, que fincaba sus principales esperanzas de reunir á Guayana en un movimiento interior revolucionario, viéndolas frustradas, creyó que no habia otro recurso que la guerra, para la cual dictó algunas providencias, aunque sin la debida actividad.

Miéntras se daban estas disposiciones militares, se ocupaba el congreso en arreglar al acaso algunas cuestiones relativas á la administracion interior. Entre estos decretos mencionarémos uno harto singular (junio 1º): tal fué, el de establecer una asamblea legislativa compuesta de los veinte y cuatro diputados que la provincia de Carácas habia elegido para el mismo congreso. Los objetos de dicha asamblea debian ser: conservar la soberanía é independencia de la provincia; declarar los derechos del hombre y del ciudadano; establecer las leyes municipales de Carácas; formar su privativa constitucion; y decidir otros muchos negocios que no siendo del resorte de los altos poderes, debian corresponder á la mencionada asamblea legislativa de la provincia. Se declaró que su autoridad era una emanacion de la del congreso general; mas que no podria ejercer atribucion alguna ejecutiva ó judicial, ni decretar por sí sola nada relativo á la Confederacion. Declaróse igualmente que el poder ejecutivo general quedaba encargado de las funciones ejecutivas de esta seccion, hasta que ella formára la constitucion provincial. Con este arreglo dió el congreso á los diputados

de Carácas el poder legislativo que no les habian conferido los pueblos, sino asociados con los representantes de las demas provincias. Sin embargo no hubo reclamaciones, y dicha asamblea hizo leyes sobre materias de la mayor importancia. Entre estas fueron las mas notables : la declaracion de los derechos del hombre en sociedad y sus deberes, botafuego que se lanzó con mucha imprudencia entre pueblos ignorantes, plagados de castas, á los que necesariamente debia conducir á la anarquía; la que arreglaba la libertad de imprenta, que contenia restricciones necesarias en aquella época, pero que fueron criticadas con severidad; la que abolió la infamia trascendental y el tormento para arrancar la confesion de sus delitos á los reos, y otras várias. Como cada provincia de las confederadas tenia su junta legislativa y su poder ejecutivo, la de Carácas reclamaria probablemente el mismo derecho, y emanó de aquí una organizacion tan singular como la que se diera á la expresada asamblea legislativa: ella se compuso de los hombres mas ilustrados de la provincia de Carácas.

Los miembros de esta diputacion se dividieron pocos dias despues sobre una cuestion importante que se promovió en el congreso (junio 5). Tal fué la de formar dos de la provincia de Carácas. Los diputados de las demas, unidos á los de Valencia y á los de otros partidos capitulares del occidente que pretendian constituir la nueva provincia, estaban por la division. Los de Carácas y de sus alrededores la contradecian. Los primeros alegaban que si no se dividia la provincia, no podia haber federacion, porque la de Carácas tenia mas poblacion y riqueza que todas las seis restantes de la Confederacion que se iba á establecer; así, era evidente que esta quedaria siempre á merced de la provincia de Carácas, que romperia la union el dia que quisiera. Decian los segundos, que partir la provincia de Carácas, sería aumentar gastos para los nuevos empleados, debilitar la Confederacion haciendo dos partes endebles de un todo fuerte, y dividir los ánimos excitando y promoviendo odiosas rivalidades en circunstancias en que debian establecer la concordia y la mas estrecha union entre todos los miembros del Estado. Aducian ejemplos de la historia para probar que no era necesario en las confederaciones que los Estados tuvieran una extension, poblacion y riqueza casi iguales. Tambien negaban al congreso la facultad de dividir la provincia, porque los pueblos

no se la habian concedido, pues todos creían que debian confederarse las provincias en el estado en que se hallaban cuando se hizo la convocatoria.

La cuestion se discutió en várias sesiones con bastante acaloramiento. Interrumpida en julio por otros sucesos importantes sin que se hubiera decidido, se terminó al fin en setiembre por una proposicion de avenimiento que hizo el doctor Antonio Briceño, diputado de Mérida. Propuso este, y el congreso acordó por casi unanimidad, que el decreto de division fuera el siguiente : — « El congreso general declara que la provincia de Carácas debe dividirse en dos ; pero no debe ni puede llevarse á efecto esta medida con fruto y provecho de los pueblos del interior por ahora, y hasta que la diputacion general de Carácas, en quien reside la legislatura de su provincia, estipule, convenga y presente al congreso para su sancion los límites y capital que ha de tener la nueva provincia. » Segun los datos que se publicaron entónces, la proyectada tendria la poblacion de doscientas sesenta y dos mil almas, y la de Carácas la de ciento cincuenta mil. Hé aquí una cuestion que comenzó á dividir los ánimos de los mas ilustrados patriotas de Venezuela, promovida imprudentemente, que causó males muy graves, y que era una consecuencia inmediata del sistema federativo que por una desgracia lamentable se habia escogido.

Ya habian corrido cerca de cuatro meses despues de la instalacion del congreso de Venezuela, que divagaba en sus discusiones y parecia no tener un plan ni objeto fijo á que dirigirse. Sin embargo, en el congreso se habian ido reuniendo los hombres de mas luces de las provincias libres de Venezuela : entre otros se incorporó en él (junio 22), como diputado por el partido capitular del Pao en la provincia de Barcelona, el general Miranda. Fortificados con su respetable opinion, y con la de otros varios diputados, adquirió una fuerza y vigor el partido que anhelaba en el congreso por la declaracion de Independencia absoluta, partido que estaba contravalanceado por otro que deseaba la reunion á la madre patria, aunque no se atrevia á confesarlo. De parte de la declaratoria de la Independencia se habia puesto la mayoría de los habitantes de la ciudad de Carácas, y sobre todo la sociedad patriótica, que era numerosa ; concurrian á ella Miranda y otros miembros del congreso, y en lo general se componia de las personas que tenian mayor exal-

tacion en sus principios republicanos. Ya en la sociedad se habia discutido con grande acaloramiento la cuestion de la Independencia absoluta : tambien se habia publicado en la *Gaceta oficial* un discurso de Burke, persuadiendo la necesidad de declarar la Independencia, y manifestando las ventajas que produciria esta medida vital. Tampoco se habia guardado silencio en el congreso acerca de ella, aunque sin sujetarla á una formal discusion.

Acalorados los ánimos con la efervescencia que naturalmente debia producir una cuestion de tan alta importancia, un incidente inesperado vino á descubrir que se meditaban profundos planes por los partidarios de la España, para trastornar el país, de acuerdo sin duda con el comisionado regio. El capitan don Feliciano Montenegro, que, segun vimos ántes, habia ofrecido sus servicios á la junta, y que fué colocado de oficial mayor de la secretaría de guerra, se escapó de repente (junio 29), llevándose papeles importantes y los secretos militares del nuevo gobierno, yendo á unirse con los enemigos de su patria. Esta evasion causó en Carácas un grande alarma, pues al mismo tiempo se rugia, y era cierto, que se preparaban conspiraciones contra el nuevo sistema. Los patriotas vieron entónces ser preciso sacar la espada contra el gobierno español y arrojar la vaina, pues valia mas morir como hombres valientes, que ser degollados á consecuencia de una contrarevolución.

Preparada así la opinion pública, el presidente del congreso don Juan Antonio Rodríguez Domínguez hizo la mocion en 3 de julio : — « de que habiendo llegado el tiempo mas oportuno para tratar la cuestion de la Independencia absoluta, se discutiera inmediatamente. » Muchos diputados apoyaron esta proposicion, y en el acto principió el exámen de la materia. Se conservan las actas de aquella discusion y los varios discursos que se pronunciaron en tres sesiones : estas fueron muy solemnes y en calma, pues solo un dia se excedieron los espectadores, tachando el discurso de un diputado que se oponia á la Independencia, por lo cual los reprendió el presidente. En la segunda sesion hablaron algunos miembros de la sociedad patriótica, que pidieron permiso para hacerlo : uno de ellos leyó un largo discurso en favor de la declaracion de la Independencia absoluta. Los diputados que mas se distinguieron en esta célebre discusion fueron Roscio, Yáñes, Miranda, Peñalver,

Rodríguez Domínguez y algunos otros. Fundaron sus principales argumentos en favor de la declaratoria de Independencia en que los Borbones habian perdido los derechos que tenian sobre la América por sus abdicaciones de Bayona; en que los gobiernos que se habian sucedido rápidamente en España solo habian querido engañar con promesas á los Americanos, las que no cumplieron, dándoles tambien una representacion muy diminuta é ilegal; en que, para retribuir la fidelidad de Venezuela, que espontáneamente habia reconocido á Fernando VII, precediendo en este acto á las demas secciones de América, la Regencia de Cádiz la habia declarado rebelde, bloqueado sus puertos, impedido las comunicaciones con los demas pueblos limítrofes, sus hermanos, introducido el azote funesto de la guerra civil, y enviado comisionados que revolvieran y trastornáran el país; todo esto sin otro motivo que el establecimiento de una junta, derecho que se habia concedido hasta á las provincias mas insignificantes de la España europea, y cuando allá se tenia tal ereccion por un acto de heróica lealtad, era en Venezuela un atroz delito; en que esta debia salir sin tardanza del estado anómalo é incierto en que estaba, durante el cual, ni podia arreglar definitivamente la constitucion de su gobierno, ni establecer sus relaciones con los demas pueblos: situacion delicada, que producia males inmensos, pues sin un firme apoyo que dar á la opinion pública, esta se hallaba enteramente perdída, y casi no habia dos ciudadanos que pensáran del mismo modo sobre la suerte futura de su patria. Fundábanse, por fin, en que todo pueblo que pueda existir como nacion independiente, tiene derecho para romper los vínculos de la asociacion á que pertenece, cuando esta no llena, ni puede llenar los fines para los cuales fueron instituidos los gobiernos. En concepto de aquellos diputados acontecia esto con la España respecto de Venezuela, pues de ningun modo podia defenderla ni gobernarla como era debido.

Las objeciones que se hicieron á tales argumentos se fundaban en la ignorancia de los pueblos del interior, que podian alarmarse con la declaratoria de Independencia; en el juramento que se habia prestado á Fernando VII; en que las provincias no habian autorizado á sus representantes para adoptar una resolucion de tamaña importancia; y en que era arriesgada, porque debia temerse que, unida como lo estaba la Inglaterra con la

España, aquella declarase la guerra á Venezuela. El fundamento de aquestos temores era la contestacion que dió el marques de Welesley, ministro británico, en agosto de 1810, á los comisionados de Venezuela, en la que recomendó con tanto ahinco que se mantuvieran las relaciones con España y la fidelidad á su legítimo soberano. Á estos argumentos se contestaba que Venezuela debia hacer lo que mas le conviniera, arrostrando sus hijos cualesquiera peligros que corrieran para asegurar la felicidad de su patria. Sin embargo, se encargó al presidente del congreso que se acercára al poder ejecutivo á inquirir si juzgaba que debiera declararse la Independencia, atendidas todas las circunstancias en que se hallaba el país. La opinion del ejecutivo fué: — « que se resolviese cuanto ántes, pues aunque habia algunos obstáculos, estos se desvanecerian muy tarde, y difiriéndola quizas se aventuraria para siempre la suerte de Venezuela; que el ejecutivo juzgaba necesaria la declaratoria de Independencia, para destruir de una vez la ambigüedad en que estaba el país, y trastornar los proyectos que asomaban de los enemigos, muy de acuerdo con la fuga de Montenegro. »

Terminada la discusion el 5 de julio, casi todos los miembros del congreso fueron de opinion que se declarase la Independencia absoluta de Venezuela. La sala del congreso estaba llena aquel dia de gran multitud del pueblo de Carácas; y á pesar de esto, el diputado por la Grita doctor don Manuel Vicente Maya tuvo la firmeza, harto laudable, de votar por la negativa; ántes habia expresado ser obligado á ello, porque se creías in facultades para esta resolucion, á causa de que sus comitentes se lo habian prohibido expresamente en sus instrucciones. No dudamos que algunos otros representantes amigos de la España, ó que juzgaban no haber llegado aun el caso de hacer tal declaratoria, opinarian del mismo modo. Mas viendo la decision de los concurrentes, no se atrevieron á manifestar con vigor sus verdaderas opiniones, como lo hiciera el diputado Maya.

La declaratoria de Independencia fué recibida con entusiasmo por la mayoría de los patriotas, que la deseaban ardientemente, como el complemento de la revolucion del 19 de abril. Celebróse en Carácas esta noticia con mucha alegría (julio 5), pues en aquella ciudad la mayor parte de la poblacion estaba por

una medida tan importante, aunque arriesgada y acaso imprudente (1).

El mismo dia en que se declaró la Independencia, decretó el congreso el nuevo pabellon nacional para la República. Componíase de los colores amarillo, azul y rojo, siendo el mismo que enarbolára Miranda en 1806 cuando su expedicion á las costas de Venezuela. Se dispuso tambien que en todos los escritos oficiales se añadiese á la era comun la colombiana, para honrar la memoria del inmortal Colon.

El partido español, animado continuamente por los agentes secretos del comisionado regio, se llenó de furor con la declaracion de Independencia. Todos los datos que habia recogido el poder ejecutivo anunciaban que Venezuela estaba amenazada por una gran conflagracion, y muy pronto se vieron los efectos. Desde dos meses ántes el Canario don Juan Díaz Flóres, mercader de profesion, y don José María Sánchez, natural y vecino de Carácas, proyectaban una revolucion para destruir el nuevo gobierno y restablecer el antiguo. Bien poco podian adelantar estos hombres sin talentos, sin influjo y sin medios adecuados para tan ardua empresa. Sin embargo, ellos la acometieron, para lo cual se habian proporcionado inteligencias en varios puntos, especialmente en Valencia, y tenian prontos á los naturales de Canárias, hombres ignorantes por lo comun, crédulos y que no calculaban las consecuencias. El 11 de julio por la mañana debia estallar la revolucion, que se difirió por algun motivo; pero á las tres de la tarde observó el pueblo que muchos de los desafectos, como sesenta en número, se reunian en las alturas de los Téques, que dominaban el cuartel de San Cárlos, que trataban de sorprender. Algunos de ellos iban montados en mulas, armados de sables y trabucos, llevando al pecho hojas de lata como un defensivo, y desplegaban una bandera en que habian pintado la imágen de la Vírgen del Rosario y la de Fernando VII. Su grito de guerra era: « Viva el rey y mueran los traidores. » En el momento muchos del pueblo y una parte de la guarnicion se dirigieron sobre los facciosos, que dispararon algunos tiros de trabuco contra las partidas que se acercaban. Muy pronto fueron cercados, rendidos y conducidos pri-

(1) El acta de la declaracion de Independencia de Venezuela se hallará en la nota 2ª.

sioneros al poder ejecutivo, que se habia juntado luego que supo aquella ocurrencia, para apaciguar el motin y sostener la tranquilidad pública. Esparcida en Carácas la noticia de tal acontecimiento, sus habitantes manifestaron la mayor decision por defender su libertad é independencia contra los enemigos que quisieron atacarla. ¡Anuncio feliz de los grandes esfuerzos que debia hacer en lo venidero aquel pueblo entusiasta y patriota, para llevar á efecto la heróica resolucion de sus legisladores!

Á poco de haberse restablecido la tranquilidad de Carácas, sostenida por un alistamiento general, el poder ejecutivo recibió la desagradable noticia de que el mismo dia 11 estalló una revolucion en Valencia, donde se habia proclamado á Fernando VII y desconocido al congreso y al nuevo gobierno. Esta revolucion fué promovida por los Españoles europeos, por varios eclesiásticos y por algunos criollos seducidos. El movimiento se ejecutó de acuerdo con los conspiradores de los Téques, pues habian convenido en que se realizára el mismo dia. Se aprovecharon los promovedores de aquel motin de algun descontento que existia en Valencia, á causa de que el congreso no habia resuelto aun la division de la provincia de Carácas, pues Valencia pretendia ser capital de la nueva. Apoyados en este motivo y valiéndose de la ignorancia del pueblo, esparcieron mil calumnias groseras contra Carácas, y le persuadieron que la Independencia era un perjurio horrendo; que habia sido destruida la religion por la herejía de Carácas; que el gobierno, el congreso y la mayor parte de sus moradores eran herejes, impíos, ateos y francmasones; que estaba preso el arzobispo; en fin, que debian oponerse al torrente de tamaños males, empuñando la espada y haciendo la guerra á Carácas, pintándoles al mismo tiempo muy fácil el triunfo. De esta manera exaltaron al pueblo y le sedujeron, excitándole á que se apoderára, como lo hizo, de los cuarteles, de las armas y municiones y de toda la fuerza pública. Los autores principales de esta revolucion fueron fray Pedro Hernández, religioso franciscano, don Jacinto Istueta, don José Vila y Mir, don Cristóval Anzo, don Clemente Britapaja, don Mateo Miguel Martel, don Juan Antonio Baquero, Vicente Antonio Colon, José Miguel Campuzano é Isidoro Aráujo. Los siguieron otros, entre ellos algunos militares, como don Melchor Somarriba, Español europeo. En consecuencia del si-

niestro impulso que se habia dado á la opinion pública, se armaron casi todos los habitantes de Valencia, para defender, segun decian, la religion, que estaba en peligro : como una prueba de su piedad cristiana, cuando empuñaban las armas, se colgaban al cuello y sobre sus vestidos imágenes y escapularios.

Con la noticia de esta insurreccion, el congreso, alarmado, concedió facultades extraordinarias al poder ejecutivo para salvar la patria en tan difíciles circunstancias, y para que emplease en el servicio á cualesquiera diputados. El ejecutivo dictó las mas activas providencias para juzgar y castigar á los reos aprehendidos en los Téques, para apaciguar la rebelion de Valencia y sostener en todas partes la declaracion de Independencia. Esta se proclamó en Carácas el 14 de julio con mucha pompa y solemnidad, siendo jurada por todas las corporaciones y empleados civiles, militares y eclesiásticos. Enarbolóse desde aquel dia el nuevo pabellon nacional de Venezuela, pabellon que adquiriera tan brillante lustre en la guerra de la Independencia.

Fué curiosa y digna de conservarse, para dar idea de los sentimientos y principios que reinaban en la época, la fórmula de juramento. — « ¿Jurais á Dios, decia, y á los santos Evangelios que estais tocando, reconocer la soberanía y absoluta Independencia que el órden de la Divina Providencia ha restituido á las Provincias Unidas de Venezuela, libres y exentas para siempre de toda sumision y dependencia de la Monarquía española, y de cualquiera corporacion ó jefe que la represente ó representáre en adelante; obedecer y respetar los magistrados constituidos ó que se constituyan, y las leyes que fueren legítimamente sancionadas y promulgadas; oponeros á recibir cualquiera otra dominacion, y defender con vuestra persona y con todas vuestras fuerzas los Estados de la Confederacion venezolana, y conservar y mantener pura é ilesa la santa religion católica, apóstolica, romana, única y exclusiva en estos países, y defender el misterio de la Concepcion inmaculada de la Vírgen María, nuestra Señora? » — Esta última parte, que tambien se puso cuando la instalacion del congreso, venía de las fórmulas de algunos juramentos que se prestaban bajo el gobierno español, y que los republicanos de Venezuela no se atrevian á abandonar, temiendo que darian armas al fanatismo de muchos de sus compatriotas. Tal fórmula de juramento fué

criticada severamente por un célebre periódico de la época. — « ¿Qué tiene que ver, decia, con la Independencia el misterio de la Concepcion, que así hacen jurar defender ambas cosas á un mismo tiempo? Si *misterios* sirven para fundar Repúblicas, ¿tan malo es el *misterio* de Fernando VII? »

Despues de haberse hecho la proclamacion de la Independencia, el ejecutivo de Venezuela mandó activar la causa contra los sediciosos aprehendidos en los Téques : siguióse esta con la mayor prontitud por el tribunal de vigilancia y seguridad. Diez y seis de ellos fueron condenados á muerte y ejecutados en Carácas á los seis dias de haberse cometido el delito. Acerca de los reos Domingo Rámos y Miguel Portilla se suscitó una acalorada disputa entre el poder ejecutivo de una parte, y de la otra el tribunal de vigilancia y la alta corte. El ejecutivo, luego que recibió la sentencia contra Rámos y Portilla para su cumplimiento, la mandó suspender, exigiendo por un decreto que los jueces expusieran los fundamentos en virtud de los cuales habian juzgado, ó que la reformáran. El tribunal de vigilancia se denegó, alegando que el poder ejecutivo no podia mezclarse en el ramo judiciario, sin violar los principios constitucionales confundiendo los poderes; pero el ejecutivo insistió en que sí estaba en sus facultades suspender las sentencias que le parecieran injustas y contra el tenor de las leyes. Esta disputa, infundada por parte del poder ejecutivo, fué sometida al congreso para que la decidiera en la constitucion que debia acordar.

Miéntras que el partido español agitaba de un extremo á otro la provincia de Carácas, la de Cumaná se hallaba amenazada igualmente. Poco ántes de esta época los Españoles europeos residentes en la isla de Trinidad, y que habian sido arrojados de Costa-Firme, trataron de preparar una expedicion contra Cumaná, la que debia desembarcar en el puerto de Yaguaraparo. La junta supo la trama, y envió de comisionado á don Santiago Mariño con una reclamacion al gobernador de Trinidad : este dictó en consecuencia las órdenes oportunas para que no se violára la neutralidad que el gobierno de Su Majestad Británica habia mandado observar en las disensiones que existian entre algunas provincias de la América española y el gobierno de la metrópoli.

Apénas se habian disipado los temores por aquella parte, cuando apareció en las aguas de Cumaná una expedicion espa-

ñola, armada en Puerto-Rico por el comisionado Cortabarría. Se componia de la fragata *Cornelia*, de 44, de una corbeta, dos goletas, un bergantin y otros dos buques menores, los que se dijo conducian mil hombres de desembarco. Los mandaba don Lorenzo Fernández de la Hoz, bien conocido en Cumaná, donde era casado. Le acompañaban los dos hermanos Illas, Puélles, Mármol y otros Españoles europeos arrojados de Cumaná. Todos estos habian hecho creer á Cortabarría que presentándose su escuadrilla delante de aquella ciudad, los parientes y amigos de los jefes y de las otras personas de influjo que iban en ella, harian en su favor una revolucion, con la que tomarian á Cumaná sin disparar un tiro, y que en seguida se apoderarian del resto de Venezuela.

Luego que se presentó la escuadra el 3 de julio, la junta de Cumaná encargó exclusivamente el poder ejecutivo al coronel don Vicente Sucre, concediéndole amplias facultades para obrar en todo lo relativo á la defensa. Sucre trabaja con mucha actividad, expide proclamas para reanimar el espíritu público, junta las milicias, cubre los puntos débiles de la costa, y excita el entusiasmo de los pueblos para defender su independencia y libertad nacientes. En pocos dias reune cerca de dos mil hombres, que aseguran á Cumaná. La escuadrilla española se mantuvo cruzando en las cercanías de esta ciudad, esperando acaso el éxito de la revolucion que los Españoles habian hecho creer á Cortabarría que se realizaria en su favor : hizo pequeños desembarcos en la costa, que fueron resistidos por los Cumaneses. Desengañados, al fin, de que estos en nada pensaban ménos que en tornar á la esclavitud de la España, abandonaron sus mal fundadas esperanzas, y los jefes de la escuadrilla dirigieron su rumbo hácia Maracáibo y Puerto-Rico (julio 24).

Tal fué el resultado de la expedicion dirigida por Cortabarría contra la Costa-Firme. Este habia publicado en 20 de julio, como un auxiliar poderoso de sus armas, una especie de manifiesto á los habitantes de las provincias de Carácas, Barínas, Cumaná y Barcelona. Les pintaba en él á la España triunfante de todos sus enemigos, y pronto á caer sobre los pueblos que se habian dejado pervertir con papeles sediciosos, sofismas y mentiras. Apostrofaba expresamente á los Isleños, á las *gentes de color* y á todas las clases del Estado, para que, uniéndose, restablecieran el órden antiguo, y que contáran con su benigni-

dad. Les decia, que habiéndose declarado por ley fundamental española la igualdad legal de los naturales originarios de ambos hemisferios, nada mas podian apetecer para su completa felicidad. Este manifiesto ó alocucion parece por su fecha que fué escrito para soplar en Venezuela el fuego de la guerra civil cuando ocurrieron los movimientos de Carácas y Valencia. Entónces, segun hemos indicado ántes, habia una conspiracion ramificada en diversos puntos para destruir el nuevo gobierno, conspiracion que debia ser auxiliada por los gobernadores de Maracáibo y Coro. Mas parece que estalló muy temprano por la torpeza mental de sus factores, y por la declaratoria de Independencia que no esperaba tan pronto el partido español.

Lanzado este en las vias de hecho, obró con alguna actividad, vigor y energía, especialmente en Valencia. Los caudillos de la rebelion en esta ciudad pidieron auxilios á Coro y Maracáibo, trataron de conmover los partidos capitulares del interior y de la provincia de Carácas, y aun solicitaron la ayuda del jefe inglés de Curazao; mas no pudieron combinar sus operaciones con la expedicion de Cortabarría.

Inmediatamente despues que el gobierno de Venezuela supo la revolucion de Valencia, aprestó sin tardanza una division de tropas, que salieron á las órdenes del marques del Toro. Los facciosos se habian apoderado de San Joaquin, de Guacara y los Guáyos, como tambien de los puntos de Cata y Ocumare, previstos para dar paso á las tropas que debian desembarcar de los buques de Cortabarría. El marques del Toro batió un destacamento de los rebeldes en el cerro de los Corianos, cerca de Mariara; mas luego fué rechazado y se retiró hasta Maracay, donde aguardaba los refuerzos que habia pedido á Carácas. Llegó entónces el general Miranda, nombrado para mandar en jefe el ejército, que tomó posiciones en Guacara. Allí tuvo una entrevista con don Pedro Peñalver, comisionado de Valencia, quien propuso una capitulacion, que fué aceptada con algunas modificaciones. El mismo comisionado manifestó á Miranda, que las autoridades de Valencia y los vecinos mas honrados se hallaban oprimidos por los Europeos y pardos, que se oponian á toda medida que no fuese conforme á sus ideas de dominio y fanática oposicion á Carácas; así le pidió que aproximára el ejército á Valencia. Al amanecer del siguiente dia (julio 23) se puso este en marcha contra la ciudad, á la que dirigió una intimacion. En-

tre tanto fué reconocida la posicion del Morro de Valencia, donde el enemigo se hallaba atrincherado con bastante fuerza y con cuatro piezas de artillería. Este rompió el fuego cuando ménos se esperaba, y muy pronto fué desalojado de aquel punto, que los facciosos juzgaban de la mayor importancia, apoderándose los patriotas de su artillería y pertrechos. Las tropas de Carácas, lisonjeadas con este suceso, persiguieron vigorosamente á los enemigos hasta la ciudad, tomando prisioneros al comandante español don Melchor de Somarriba, que mandaba las fuerzas del Morro, al titulado teniente justicia mayor de Valencia don Clemente Britapaja y á don José Antonio Guevara, alcalde ordinario primero. Internándose los patriotas en la ciudad, se trabó de nuevo la accion, porque el enemigo de antemano habia preparado su defensa en la Plaza Mayor con artillería y otras armas de fuego. Atacada esta posicion por dos puntos, se tomó con poca pérdida. Mas encerrados los facciosos en el cuartel de pardos y en el convento de San Francisco, fueron destinados el brigadier don Fernando del Toro y el coronel don Simon Bolívar, con un cuerpo de infantería, caballería y artillería, para que tomasen los edificios mencionados. Parapetados los rebeldes dentro de ellos, hicieron sobre los patriotas un fuego horrible y certero, sin que estos pudieran ofenderlos. El brigadier Toro, el comandante Lazo de caballería, don Gabriel Ponte y casi todos los oficiales y soldados que servian la artillería, fueron heridos ó muertos en aquel ataque desgraciado. El enemigo se denegó á un armisticio para tratar de capitulacion en los términos que ántes se le habian propuesto; así, habiendo sufrido mucho el ejército, el general Miranda determinó, con acuerdo de los principales jefes, retirarse aquella misma noche á Guacara. La retirada se hizo con pérdida de gran número de fusiles y municiones, de los bagajes, y desamparando el hospital de heridos y enfermos, que cayeron en manos de los facciosos.

Estos se llenaron de orgullo con la victoria obtenida. La insolencia de la plebe y de sus corifeos llegó á lo sumo, y era completa la anarquía en la desgraciada Valencia. Los vecinos principales andaban fugitivos ú ocultos, temiendo á cada momento ser degollados y que principiára una guerra de colores. Britapaja, Istueta, el padre Hernández, y los demas que hicieron tan funesta revolucion, se habian asociado desde el principio

á los famosos ladrones de caminos Palomo y Colmenáres, que en estas escenas de confusion y desórden representaron un papel brillante. Tambien habian llamado á las armas por la primera vez á los negros esclavos, ofreciéndoles la libertad : estos cometieron todo linaje de excesos, y fueron los mas obstinados en la resistencia. Intimidando sus desórdenes á los mismos agentes de la rebelion, los indujo á la fuga, y casi todos ellos abandonaron la ciudad, huyendo de la anarquía de los esclavos y de otras gentes perdidas que obraban en su compañía.

El poder ejecutivo de Venezuela hizo esfuerzos y dictó providencias muy activas para reparar las pérdidas del ejército, reforzarlo y que de nuevo marchára contra Valencia. El cuartel general de Miranda permaneció en Guacara, ocupándose entre tanto los puertos de Ocumare y Cata, quedando los facciosos reducidos á la ciudad. Las operaciones contra esta se condujeron con prudencia y cautela, apoderándose sucesivamente de los barrios é impidiendo las comunicaciones con los campos, á fin de que no entráran víveres. La resistencia de los enemigos fué vigorosa en todas las calles y edificios de Valencia, hasta que reducidos á la Plaza Mayor y privados del agua propusieron capitulacion. Exigióseles que se rindieran á discrecion, pues no se confiaba en las promesas de sus actuales jefes Landaeta, Colon y Palomo. Así lo verificaron el 13 de agosto, y el dia anterior se habia rendido la escuadrilla que infestaba la laguna de Valencia. La pérdida del ejército republicano en los cinco dias que duraron los ataques fué considerable : algunos la hacen subir á ochocientos muertos y á mil quinientos heridos en todo el curso de la insurreccion, lo que nos parece exagerado. El coronel Bolívar, que mereció en esta campaña los elogios de Miranda, llevó al congreso y al poder ejecutivo la noticia de la pacificacion de Valencia, que tantas penas habia costado al nuevo gobierno. Don Fernando Peñalver hizo tambien servicios muy importantes en la reduccion de aquella ciudad, que representaba en el congreso.

Para juzgar á los autores de la rebelion de Valencia, formó el poder ejecutivo una sala ó comision extraordinaria de justicia, compuesta de letrados que eligió y presidida por el general Miranda con voto. El congreso improbó este nombramiento, fundándose en que Miranda no era abogado, y dispuso que la presidiera el diputado don Juan Antonio Rodríguez Domínguez.

Prolongándose el seguimiento del proceso, el congreso dió un indulto á los comprometidos en la rebelion, exceptuando á los cabecillas y reos principales. Estos fueron condenados á muerte; mas habiendo apelado al congreso con arreglo á la facultad que les concedia un reglamento de la junta suprema, aquel nombró una comision de su seno, compuesta de cinco diputados, para que reviera la sentencia en última instancia.

Entre tanto la declaracion de Independencia se habia sabido en todas las provincias de la Confederacion, y fué recibida con aplauso por los patriotas ilustrados y por la mayoría de los pueblos. Inmediatamente se publicó, y hubo en todas partes fiestas y regocijos por tan solemne acto, sin que excitára en ellas conmocion alguna; ántes por el contrario, las provincias libres detestaron el motin de Valencia y ofrecieron auxilios para reprimirlo y castigarlo. Tambien se habia publicado el largo manifiesto de 30 de julio, redactado por el doctor Juan German Roscio, con el objeto de justificar el procedimiento del congreso en declarar la Independencia absoluta, el que se firmó por su presidente Rodríguez Domínguez. En este documento, bien escrito, se desenvolvieron extensamente los fundamentos que se habian resumido en el acta de Independencia, poniéndolos mas al alcance de los pueblos. Él sin duda contribuyó á formar la opinion en favor de la Independencia.

El acta que contenia los fundamentos para declarar la Independencia absoluta, fué impugnada artículo por artículo en el difuso manifiesto que dirigió el comisionado regio desde Puerto-Rico á las provincias de Carácas, Barínas, Barcelona y Cumaná, con fecha 20 de setiembre de este año. Entre otros cargos, Cortabarría atribuyó á los patriotas de Venezuela mala fe en la declaratoria de Independencia, porque no cumplieron sus repetidas protestas de fidelidad á Fernando VII. Dijo tambien que dicha declaratoria habia sido arrancada al congreso por el *club* de la Sociedad patriótica; que su noticia causó tal espanto en Barcelona, que habian huido todos los eclesiásticos, y que en Cumaná muchos jóvenes reunidos la hicieron jurar por fuerza. Referimos estas acusaciones para guardar la imparcialidad histórica, aunque las juzgamos exageradas por Cortabarría y sus partidarios en Venezuela, que todo lo adulteraban á su favor. ¿Cómo pudiera haberse hecho la declaracion de Independencia en todas las provincias contra la mayoría de los pueblos opues-

tos decididamente á ella, segun los pinta Cortabarría en su manifiesto? Habria sido imposible.

La declaratoria de Independencia fué comunicada tambien sin tardanza alguna á los jefes de las Antillas inglesas. Entre ellos, el gobernador Monroe, de Trinidad, contestó al poder ejecutivo que este importante acontecimiento no habia sido esperado ni previsto por el gobierno de Su Majestad Británica, y que por consiguiente nada habia dispuesto acerca de la conducta que debia observarse en tan críticas circunstancias. Así que inmediatamente daria cuenta á su gobierno, y que miéntras le llegaban órdenes explícitas, las relaciones comerciales entre la Costa-Firme y Trinidad seguirian recibiendo de su parte la misma proteccion que ántes les habia dado.

Declarada la Independencia, cesaron las graves dificultades que habia tenido la comision de constitucion para redactar el proyecto de la que debia acordarse y regir en Venezuela. Ántes de aquella declaracion, el reconocimiento de Fernando VII y el ser parte de una Monarquía parece que habian impedido á sus miembros convenir en las bases constitucionales. La provincia de Cundinamarca en la Nueva Granada habia resuelto ingeniosamente el problema de darse una constitucion republicana en el fondo, sosteniendo el reconocimiento nominal de Fernando VII. Habiéndola dirigido por urbanidad al gobierno de Venezuela, llegó á sus manos cuando ya se habia declarado la Independencia absoluta; por tal motivo, este contestó con aspereza, y acaso incivilidad, improbando el paso que habia dado Cundinamarca de reconocer á Fernando VII por su rey constitucional, y excitándola á que declarase tambien su Independencia absoluta, para que hubiese uniformidad en el sistema político de ambos Estados. Por este tiempo ya el canónigo Cortés Madariaga, comisionado de Venezuela en Bogotá, habia celebrado un tratado de amistad, alianza y confederacion entre Cundinamarca y Venezuela, el que mencionamos en otra parte (1).

Habiendo desaparecido el estado anómalo é incierto en que Venezuela habia permanecido algunos meses, don Francisco Javier Ustáriz presentó las bases de constitucion para que examinándose por el congreso, se pudiera redactar el proyecto conforme á ellas. Dichas bases eran las de una constitucion fede-

(1) En la primera, capítulo III.

rativa como la de los Estados Unidos del Norte, que se habia tomado por modelo. El congreso les dió inmediatamente su aprobacion, disponiendo que á ellas se arreglára el proyecto que debia formarse.

Por este tiempo era muy grande la escasez de los fondos públicos, tanto en la provincia de Carácas como en el resto de la Confederacion. Las provincias por lo general se hallaban pobres y escasas de rentas, de modo que casi ninguna de ellas tenia con qué pagar los empleados civiles, y las pocas tropas que sostenian para mantener el órden público. Aunque en la de Carácas existian las mejores rentas de Venezuela, y aunque al erigirse la primera junta se hallaron en las cajas reales sumas considerables, fueron tantos los gastos que precipitadamente y sin órden hizo el nuevo gobierno, doblando el prest y sueldo á las tropas, en comisiones á diferentes puntos, en la expedicion á Coro, en la reduccion de Valencia, en empleados numerosos y bien pagados, y en otros varios objetos en gran parte innecesarios, que las arcas públicas se hallaban exhaustas, y no habia esperanza probable de llenarlas. El patriotismo de los pueblos que al principio los movió á hacer donativos cuantiosos, de cuyas relaciones están llenas las gacetas de aquel tiempo, habia auxiliado sobre manera al gobierno; pero se iba amortiguando, al ver con dolor que el comercio ántes floreciente habia huido en mucha parte de la Costa-Firme, á causa del bloqueo decretado por la Regencia, de las revueltas y del estado incierto del país. Se hallaba este en una crísis peligrosa, porque se ignoraba el partido que tomaria la Gran Bretaña, luego que supiera la declaratoria de Independencia, pues ántes habia recomendado con tanto ahinco la fidelidad á Fernando VII. Opinaban algunos, que haria intimaciones y acaso hostilidades á Venezuela, lo que aseguraban como indudable los partidarios de la España. Cálculos errados que jamas se realizaron.

En tan críticas circunstancias, urgido el congreso general por el ejecutivo á fin de que le proporcionára fondos con que hacer frente á los gastos públicos, y no queriendo imponer nuevas contribuciones que habrian disgustado á los pueblos contra el gobierno, ocurrió á otro arbitrio igualmente peligroso (agosto 27). Tal fué la creacion y emision de un millon de pesos de papel moneda, dividido en vales ó billetes del valor de las monedas de oro españolas, es decir, de 16, 8, 4, 2 y 1 pesos. Por otra ley

posterior se crearon y emitieron veinte mil pesos mas en billetes de á dos reales cada uno. Los billetes debian recibirse como moneda metálica por el Estado y por todos los ciudadanos, bajo la pena de perder el duplo del valor del vale ó vales que se denegáran á recibir. Para seguridad del papel moneda y su amortizacion gradual, se hipotecaron todas las rentas de las Provincias Unidas, especialmente la del tabaco y los derechos de importacion. Se prometió que los billetes serian amortizados en las épocas que se determinaria por ley y lo mas pronto posible, estableciéndose una caja de descuentos, en la que debian cambiarse por metálico los vales de ocho y de diez y seis pesos que se presentáran. Mas no se reservaron los fondos necesarios para la amortizacion y cambio prescritos, circunstancia que bien pronto debia despreciar los billetes. Se impuso pena de la vida á los falsificadores.

Poco tiempo despues acordó el congreso que se emitiera tambien un millon de pesos en monedas de cobre de un real, de medio, de un cuarto y de un octavo. Cada real debia pesar tres onzas cinco adarmes y cinco y medio granos, y las divisiones la parte proporcional : — « á fin, decia la ley, de que el valor intrínseco del metal corresponda á su valor nominal : » disposicion conforme á los principios fundamentales de la materia. Se impuso igualmente á los falsificadores la pena de muerte. La moneda de cobre se mandó recibir en todas las provincias de Venezuela bajo de graves penas pecuniarias, y no se limitó por la ley de su creacion la cantidad que podria ofrecerse en pagos. Así era que los que habian celebrado contratos en la inteligencia de recibir monedas de metales preciosos, se vieron expuestos de repente á que se les pagáran sus créditos en cobre ó en papel; esto debió producir, y produjo en efecto, un gran descontento y muchos enemigos al nuevo gobierno.

Los dos millones de pesos de cobre y de papel moneda se declararon fondos de la Confederacion, destinándose exclusivamente para sus gastos. Se pusieron á cargo de una seccion administrativa, compuesta de siete individuos, nombrados por los diputados de cada una de las Provincias confederadas. Dicha seccion debia correr exclusivamente con la administracion, manejo y distribucion de los expresados fondos, así como con la amortizacion de los billetes, luego que llegára el tiempo de hacerla.

Bien necesitaba el congreso de estas providencias, dirigidas á procurarse fondos con que hacer frente á los gastos públicos, porque la guerra se iba extendiendo á todas las provincias que habian abrazado la causa de la Independencia. Es cierto haberse terminado la de Valencia; pero hácia la provincia de Guayana habia tomado mayor actividad. Hemos dicho anteriormente que los patriotas eran dueños de varios puntos sobre la márgen izquierda del Orinoco, tales como Barráncos, Soledad, Santacruz y otros de menor importancia. Como los realistas dominaban el rio por medio de fuerzas sutiles, de que carecian los independientes, tenian aquellos una grande movilidad, y obtuvieron por consiguiente algunas ventajas sobre estos en las diferentes escaramuzas y combates que se trabaron con frecuencia por el espacio de dos meses. Mas los realistas, temiendo que los patriotas se hicieran fuertes en aquellos lugares, determinaron atacarlos sucesivamente para libertarse de las funestas consecuencias que pudieran seguirse á la provincia de Guayana: reunen, pues, veinte y seis buques de diferentes portes, y embarcando en ellos trescientos hombres, atraviesan el rio y acometen á la division de Barcelona (setiembre 5). Esta, que se componia en su mayor parte de soldados bisoños, no puede resistir aquel ataque bien sostenido. Los de Guayana toman una batería y se hacen dueños del campo enemigo, en que hubo algunos muertos, heridos y prisioneros.

Mandados los realistas por don Francisco Quevedo, atacaron luego y derrotaron las tropas de Cumaná, capitaneadas por don Cárlos Goinet y don Agustin Arrioja, que ocupaban los pueblos de Uracoa y Tabasca. Tambien derrotaron otra division que mandaba don José María Fréites, tomándole su artillería y poniéndola en precipitada fuga hasta ampararse en la villa de Pao, bastante lejana del Orinoco.

Al mismo tiempo que ocurrian en tierra otros sucesos, las fuerzas sutiles de los realistas apostadas en Moitaco acometieron al pueblo de Santacruz y lo incendiaron, apoderándose de dos flecheras con sus pedreros. Entónces trasladaron á la orilla derecha del Orinoco á varios vecinos decididos por el gobierno real. Engreidos los realistas con tales ventajas, dispusieron una expedicion con ciento cincuenta hombres de desembarco, para atacar á las fuerzas que el gobierno de Barínas habia situado sobre el rio Apure.

Aquestas ventajas de los enemigos causaron temores á los gobiernos de Cumaná y Barcelona, que se decidieron á obrar con mas actividad en sus preparativos de guerra, destinados á defender su territorio é invadir la provincia enemiga. Para mandar y organizar las tropas de Cumaná, fué nombrado el coronel Manuel Villapol, Español de nacimiento; el de igual grado Félix Solá, tambien Español, obtuvo el mando de las de Barcelona : los que debian obrar de acuerdo con el comandante de las tropas de Carácas, González Moreno. Los mismos gobiernos se dedicaron á preparar fuerzas sutiles, auxiliados por el de Margarita, sin las cuales no podian ofender á Guayana, cubierta con la barrera del caudaloso Orinoco. Esta guerra preparaba fuertes descalabros á los patriotas, les daba muy serios cuidados, y aumentaba los elementos del mal, conjurado contra su naciente libertad.

Cuando ocurrian estos sucesos, ya la respectiva comision del congreso de Venezuela, presidida por Ustáriz, habia presentado el proyecto de constitucion. Comenzó, pues, á discutirse el 2 de setiembre en todas las sesiones que no se ocupaban en algunos otros negocios cuya decision fuera urgente. Sería en extremo curiosa la coleccion de las actas y discusiones del primer congreso de Venezuela, en que se habian reunido los hombres de mas luces y de mayor saber de aquellas provincias; pero no existen, y solo han llegado á nosotros unas pocas actas sobre algunas cuestiones importantes, las que conservára el *Publicista* de Venezuela. Ellas manifiestan que habia en el congreso hombres que emitian excelentes principios, que sostenian sus opiniones con hermosos y bien razonados discursos, que amaban la libertad con entusiasmo, y que por tanto deben ser contados entre los fundadores de la Independencia americana, á pesar de que por su inexperiencia se dejaron arrastrar en pos de teorías brillantes, pero inadaptables á su país. La mayor parte de estos próceres ha perecido en los cadalsos y destierros bajo la cuchilla española : que á lo ménos sus nombres sean pronunciados con respeto y agredecimiento por aquellos que han cogido el fruto de los sacrificios inmensos que hicieron por su patria los que yacen en la tumba por haber querido libertarla.

Despues de largas y prolijas discusiones, el congreso llegó al término de sus trabajos, y en 21 de diciembre se firmó la cons-

titucion de Venezuela, siendo presidente don Juan del Toro y vicepresidente el general Miranda. Treinta y siete diputados la suscribieron, de los cuales nueve protestaron; los ocho eran eclesiásticos y dirigieron su protesta contra el artículo 180, que disponia: « No habrá fuero alguno personal. » Ellos decian que el congreso no tenia facultad para abrogar el fuero eclesiástico, pues aunque emanaba de los príncipes católicos, era ya un punto de la disciplina universal de la Iglesia, establecido por varios cánones y concilios, que fulminan graves censuras contra los que violan la inmunidad eclesiástica; de donde inferian que solamente la Iglesia podia abolir dicho fuero. Tambien sostenian con razon que era un acto de extremada impolítica en el congreso tocar este punto delicado en la actualidad, pues la prudencia aconsejaba que se dejára para tiempos mas tranquilos. La protesta del general Miranda era contra toda la constitucion: decia que en ella los poderes no se hallaban en un justo equilibrio; que la estructura ú organizacion general no era suficientemente clara y sencilla para que pudiera ser permanente; que por otra parte no estaba ajustada á la poblacion, usos y costumbres de los países que debia regir: de lo que podia resultar que en lugar de reunir á los pueblos en una masa general ó cuerpo social, los dividiera ó separára con grave perjuicio de la seguridad comun y de la independencia del país; cuyos reparos dijo que ponia en cumplimiento de su deber. La protesta de Miranda fué impugnada por varios diputados como vaga en extremo, y tambien porque no habia emitido tales opiniones miéntras se discutia la constitucion y podia reformarse. Este cargo era muy justo, y Miranda no lo negó, apoyándose solamente en la libertad que gozaba como diputado para manifestar sus opiniones. Se asegura que Miranda tenia preparado desde muchos años ántes un plan de constitucion para la América del Sur, sencillo y semejante al gobierno colonial de la España, al que los pueblos se hallaban acostumbrados. Este plan no gustó en Carácas, ni fué admitido por los que redactaron el proyecto que discutió el congreso. La opinion se habia formado desde ántes por el sistema federativo, y era casi imposible hacerla retrogradar.

Al poner su firma en la constitucion el secretario del congreso, principió en Carácas un repique general de campanas, mezclado de vivas y aclamaciones de los ciudadanos y de salvas

de artillería. El poder ejecutivo y todos los patriotas manifestaron el mayor regocijo al saber que se habia firmado el Código que aseguraba sus derechos. Concluida la sesion, el congreso y el pueblo, que se hallaba presente, acompañaron al diputado Ustáriz á su posada para felicitarle por sus trabajos patrióticos en el proyecto de constitucion, que en su concepto habia desempeñado tan dignamente.

El congreso terminó sus funciones constitucionales por una alocucion á los Venezolanos (diciembre 23), en que les daba cuenta de haberse acordado por sus representantes la constitucion de la República, de los motivos que habian dirigido sus operaciones, conformes en todo á los deseos de los pueblos, que eran independencia política y felicidad social; que gozarian estos grandes bienes, si manifestaban union, confianza y entera sumision á las leyes; y que teniéndola, se acercaba ya el término de la revolucion. Concluía con un apóstrofe característico de aquella época. — « Pueblo soberano, decia, oye la voz de tus mandatarios : el proyecto de contrato social que ellos te ofrecen, fué sugerido solo por el deseo de tu felicidad : tú solo debes sancionarlo : colócate ántes entre lo pasado y lo futuro : consulta tu interes y tu gloria, y la patria quedará salvada. »

La constitucion que dió el congreso de Venezuela tenia doscientos veinte y ocho artículos, divididos en nueve capítulos. En primer lugar declaró, que la religion católica, apostólica, romana, era la del Estado, y la única y exclusiva de los habitantes de Venezuela; declaró tambien que su proteccion, conservacion, pureza é inviolabilidad era uno de los primeros deberes de la representacion nacional, que no permitiria *jamas* en todo el territorio de la Confederacion ningun otro culto público ni privado, ni doctrina contraria á la de Jesucristo. El poder legislativo de la Confederacion residia en un senado y cámara de representantes, escogidos estos por los electores de los distritos capitulares de cada provincia, nombrados por los sufragantes parroquiales al respecto de uno por cada veinte mil almas de poblacion. Los senadores debian ser elegidos por las legislaturas de las provincias, nombrando uno por cada setenta mil almas : cualquiera provincia elegiria por lo ménos un senador, aunque tuviera ménos poblacion. Los senadores duraban en sus funciones seis años, renovándose una tercera parte cada dos; los representantes debian ejercer las suyas por cuatro años,

y renovarse por mitad á los dos. Las sesiones ordinarias se abrian anualmente el 15 de enero. Duraban un mes, aunque podian prorogarse de mes en mes indefinidamente.

El poder ejecutivo estaba encargado á tres individuos, nombrados cada cuatro años por los electores de los distritos capitulares. El judicial de la Confederacion residia en una corte suprema de justicia, en los demas tribunales subalternos y en los juzgados inferiores, que el congreso estableciera temporalmente en el territorio de la Union. Los tres poderes debian residir en la ciudad que se escogeria por el congreso para su residencia.

En cada una de las provincias, que fueron declaradas *Estados soberanos é independientes*, debian existir igualmente divididos los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, para el despacho de todos aquellos negocios que no estaban atribuidos á la Confederacion.

La constitucion debia ser sancionada ó ratificada por el pueblo de cada provincia, reunido en convenciones especiales, convocadas expresamente para el caso, ó por el órgano de sus electores capitulares, autorizados determinadamente al intento, ó por la voz de los sufragantes parroquiales que hubieran formado las asambleas primarias para la eleccion de representantes. De cualquiera de estos modos debian expresar los Venezolanos su voluntad libre y espontánea de aceptar, rechazar ó modificar en todo ó en parte la constitucion. Leida esta, la pluralidad decidia si la aceptaba, rechazaba ó modificaba, de cuyo resultado se daria cuenta al congreso para resolver lo conveniente.

Á primera vista se manifiestan los graves defectos que tenia esta manera de obtener la sancion popular. La masa del pueblo de Venezuela nada entendia de constituciones, y mucho ménos de las federativas. Su sancion ó ratificacion bajo de las reglas prescritas era casi imposible, y habria sido harto singular y curiosa una constitucion reformada por las indicaciones de tales asambleas.

Por una disposicion constitucional se abolieron los tratamientos de *don*, y los demas usados bajo el antiguo y hondamente arraigado sistema monárquico. Se declaró que ninguno tendria en lo venidero otro tratamiento público ú oficial que el de *ciudadano*. El mismo debia darse á las cámaras legislativas con la adicion de *honorables*; al poder ejecutivo con la de *respetable*, y á la suprema corte de justicia con la de *recta*. Aquesta dispo-

sicion, que nunca se praticára en el trato privado, es el orígen de la abolicion del *don* en Venezuela, en la Nueva Granada y en Quito.

El sistema de gobierno establecido por el congreso de Venezuela era en extremo complicado é incapaz de que marchára con regularidad en el estado de atraso en que se hallaba la riqueza, y sobre todo la civilizacion de sus habitantes. Con mucha razon habia dicho el general Miranda, que no era acomodado á la poblacion, usos y costumbres de aquellos países. Solamente los que se halláran alucinados por teorías brillantes, inaplicables á nuestros pueblos, eran capaces de persuadirse que las provincias de Margarita, Barcelona, Cumaná, Barínas, Mérida y Trujillo tenian elementos físicos y morales suficientes para transformarse como por encanto en Estados soberanos, que podian hallar en su seno legisladores, administradores y jueces; que habria otros que los reemplazáran en períodos cortos; en fin, que tendrian rentas bastantes con que pagar sus empleados, mantener alguna fuerza armada y dar sus contingentes para el sostenimiento del gobierno general. Pero los hombres prácticos, ilustrados é imparciales que analizaban la situacion verdadera de los Venezolanos, conocian y presagiaban desde entónces, que el sistema federativo no se podria consolidar en Venezuela, porque era absolutamente contrario á muy antiguas habitudes; porque en la mayor parte de las provincias no habia conocimientos suficientes para entenderlo; porque se carecia de hombres y de medios que lo pudieran sostener. La Confederacion venezolana se parecia á un cuerpo de una gran cabeza con los otros miembros débiles y extenuados. La provincia de Carácas tenia mas poblacion que los otros Estados reunidos, y en ella estaba concentrada la riqueza y el saber de la Confederacion. En cada una de las demas provincias apénas habria tres ó cuatro ciudadanos capaces de desempeñar destinos en los ramos legislativo y ejecutivo, pues casi todas ellas carecian de letrados que fueran jueces. Por consiguiente, si podian llenarse una vez regularmente, lo que dudamos, las plazas de los tres poderes, no tenian hombres para los reemplazos. Se habia establecido por tanto una verdadera oligarquia bajo de formas republicanas, especie de gobierno que debia causar la desgracia de los pueblos.

Mas rodeados la mayor parte de los Venezolanos por dulces y lisonjeras ilusiones, casi ninguno conocia entónces el hondo

abismo que estaban cavando, en que se hundirian la libertad é independencia de su patria. Así, todos propendian de consuno al establecimiento del nuevo sistema. Para conseguirlo, mandó el poder ejecutivo imprimir doce mil ejemplares de la constitucion, á fin de que todos los ciudadanos pudieran aprenderla con facilidad. Inmediatamente la circuló á las provincias de la Union, á fin de que se sancionára y ratificára de la manera que ántes hemos indicado.

Año de 1812. — Miéntras tanto el congreso continuaba sus sesiones, á fin de expedir algunas leyes que eran necesarias para el establecimiento del nuevo sistema de gobierno. Una de ellas fué la que prescribia las reglas que se habian de observar, para que las Provincias confederadas eligieran los tres individuos que debian componer el poder ejecutivo general, cuya renovacion era indispensable. Se decretó que las elecciones se hicieran por las legislaturas ó juntas provinciales unidas con los cabildos de las capitales de provincia, y con seis ó doce padres de familia nombrados por los mismos cabildos. El escrutinio de las elecciones tocaba al congreso, que dispuso que se haria despues del primero de marzo inmediato. La duracion de este poder ejecutivo debia ser de un año, si ántes no quedaba aprobada la constitucion federativa, pues entónces se renovaria conforme á ella.

En seguida acordó el congreso, con previa anuencia y consentimiento de la legislatura de Carácas, que fuera Valencia la ciudad de su residencia, la que estaba situada casi en el centro de las Provincias Unidas, y reunia las demas circunstancias necesarias. Disponíase en el decreto que su distrito comprendiese el que estaba sujeto á la jurisdiccion espiritual de su cura párroco, con agregacion de los dos pueblos suburbios de Tocuyito y Naguanagua. Declaró que este territorio dependeria única y exclusivamente del gobierno de la Union, aun para lo económico é interior, segun las reglas y leyes que se establecerian por el congreso. Tambien acordó que el primero de marzo debia este hallarse en Valencia, y tomar allí posesion de sus destinos los funcionarios que se eligieran para los otros dos poderes, lo mismo que sus respectivos secretarios y oficiales. Por un decreto posterior se dispuso, que las sesiones se suspenderian en Carácas el 15 de febrero, ó ántes si podia ser, quedando emplazados los representantes para reunirse en Valencia el dia pres-

crito. En consecuencia se dictaron todas las providencias necesarias para la traslacion de los archivos pertenecientes al congreso y al poder ejecutivo general. Se mandó que cesára en sus funciones la alta corte de la Union que residia en Carácas, porque no habiendo sido reconocida por todas las provincias, se creyó inútil su subsistencia. En el mismo decreto disponia el congreso que sus sesiones durarian en la ciudad de Valencia del 1° al 12 de marzo, «en cuyo tiempo dictará las providencias que juzgáre necesarias, para dejar bien puesto el honor de la Union; y si creyere deber permanecer algunos dias mas, declarará primero la urgencia, para poder continuar los que necesitáre. Á su separacion se emplazará para juntarse el dia 15 de enero de 1813, si para aquella época no estuviere aun aprobada la constitucion federal, y electos los nuevos representantes y senadores; pero podrá unirse, si fuere necesario ántes, por convocatoria del respetable poder ejecutivo.» Se encargó muy particularmente á este que activára por cuantos medios pudiera, el que se sancionára la Constitucion á lo mas tarde en octubre, y que en el mes de noviembre se hicieran las elecciones prevenidas en ella, á fin de que á principio de 1813 comenzára ya á ponerse en práctica el gobierno constitucional.

Entre tanto los patriotas mas ilustrados hacian esfuerzos en las provincias para organizar sus gobiernos. La de Barcelona, que en octubre del año anterior habia restablecido su junta por el influjo de los comisionados del congreso don Francisco Espejo y don Ramon García de Sena, cesando en sus funciones de único y absoluto jefe el mariscal de campo don José Antonio Fréites Guevara, se dió tambien una constitucion. Desde aquella época, Espejo era gobernador y García de Sena comandante militar de Barcelona : estos, por medio de sus luces y de su influjo, consiguieron que se acordára la constitucion provincial, y al comenzar este año se instalaron los poderes legislativo y ejecutivo. Era harto difícil su marcha regular por la escasez de ciudadanos ilustrados que los dirigieran.

La provincia de Mérida habia acordado tambien su constitucion, que mereció elogios por su estilo sencillo y por el tino con que su colegio electoral supo escoger las bases fundamentales de un gobierno democrático y representativo, acomodado á las circunstancias del país. Como en Mérida, capital de la diócesis episcopal, habian existido un colegio y estudios regu-

lares, no se carecia tanto de hombres ilustrados como en otras provincias de Venezuela.

La de Carácas estaba indudablemente á la cabeza de la revolucion por la ilustracion de sus habitantes, por su poblacion y riquezas. Ella trataba igualmente de darse una constitucion y de establecer su gobierno particular; mas como en las materias políticas un paso falso ó una anomalía conducen á otros, la seccion legislativa, formada por el congreso de los diputados de la provincia de Carácas, acordó que ella misma daria la constitucion provincial. Ántes dispuso por una ley de 12 de diciembre último, que atendiendo á la necesidad que habia de ganar tiempo, los electores parroquiales nombrados para elegir diputados al congreso general, segun el reglamento de 11 de junio de 1810, cuyas facultades de electores sin duda habian expirado ya, se reunieran de nuevo. Se les atribuyó la facultad de elegir representantes y los tres miembros que debian componer el poder ejecutivo provincial, exigiéndose que estas elecciones estuvieran hechas ántes del 1° de marzo, para que nombrados los representantes y reunidos sus dos tercios, se instalára la cámara de representantes, cesando entónces las funciones de la seccion legislativa. Tocaba á dicha cámara hacer el escrutinio de las elecciones de los miembros del poder ejecutivo, y perfeccionarlas en caso de que no resultáran hechas por los electores parroquiales. Estaba atribuida igualmente á la cámara de representantes la facultad de nombrar los magistrados del tribunal de apelaciones, y la de elegir ocho senadores, reunida con el poder ejecutivo, siendo las atribuciones de aquellos «semejantes á las que detalla la constitucion federal,» para usar de las mismas expresiones del reglamento. La legislatura establecida conforme á este debia ser renovada dentro de un año, si ántes no se habia sancionado la constitucion, y lo mismo se practicaria respecto de los demas poderes.

En cumplimiento de las disposiciones del reglamento ya citado, se juntaron los electores parroquiales del distrito municipal de Carácas (enero 27), y eligieron los cinco representantes que le correspondian para la legislatura provincial. La reunion se hizo en el espacioso convento de San Francisco, y al terminar el acto se presentó la comunidad religiosa pidiendo la interposicion del colegio electoral para con el congreso, á fin de que este perdonára la vida á fray Pedro Hernández, uno de los cau-

dillos de la insurreccion de Valencia, al que juzgaba la sala extraordinaria de justicia, lo mismo que á los demas cabecillas. La súplica de los religiosos franciscanos fué acogida por el colegio electoral, que nombró una diputacion de ocho de sus miembros, para que llevára al congreso la sumisa representacion de los franciscanos. Introducida la diputacion, el ciudadano Miguel José Sanz, que la presidia, pronunció un discurso sencillo y apropiado al objeto, manifestando que movido el colegio electoral por las súplicas de la comunidad de San Francisco, interponia las suyas solicitando la clemencia del congreso en favor de fray Pedro Hernández y demas cómplices de la rebelion de Valencia.

Retirada la diputacion, comenzó á discutirse en el congreso su solicitud. Despues de hablar algunos diputados aduciendo várias razones en favor de la clemencia, que fueron aplaudidas por los ciudadanos que oían la discusion, convino el congreso unánimemente en excluir la pena capital del castigo á que eran acreedores los reos principales que estaban juzgándose en revista por la sala extraordinaria de justicia. En consecuencia decretó que esta les impusiera la pena que le pareciese mas compatible con la seguridad pública y con los sentimientos de humanidad que habian motivado el perdon.

Mandado ejecutar tal decreto, la sala extraordinaria, compuesta de los diputados Juan German Roscio, José María Ramírez, José Ignacio Briceño, Francisco Javier Yáñez y Manuel Palácios, pronunció la sentencia definitiva (febrero 1°) contra los diez reos, principales autores de la revolucion de Valencia, que no habian sido comprendidos en el primer indulto. Los jueces, despues de haber manifestado por extenso en la sentencia la culpabilidad de los reos, condenaron á fray P. Hernández á diez años de reclusion en el convento de San Francisco de Carácas y en la suspension de sus funciones sacerdotales; á Jacinto Istueta y José Vila en diez años de presidio, en la confiscacion de sus bienes y extrañamiento perpétuo del territorio de la Confederacion; en la misma pena fueron condenados Cristóval Anzo y Clemente Britapaja, á excepcion del presidio, que era por dos años para el primero, y por tres para el segundo. Mateo Miguel Martel, Vicente Antonio Colon, José Miguel Campuzano, José Antonio Baquero é Isidro Aráujo fueron condenados á servir durante la guerra á racion y sin sueldo. Los dos famosos ladro-

nes Palomo y Colmenáres habian conseguido escaparse de la espada de la justicia ocultándose de nuevo en sus guaridas antiguas.

Hé aquí el resultado que tuvo el largo y ruidoso proceso de la insurreccion de Valencia. El congreso, dejándose arrastrar por ruegos y súplicas, dió el ejemplo funesto de consentir en la impunidad de graves delitos, lo que se llamaba en aquella época *lenidad americana.* Estos reos indultados fueron por lo general los enemigos mas encarnizados que tuvieron los patriotas en lo venidero, siendo algunos de ellos los autores principales de los calabozos y persecuciones que sufrieron sus benefactores, excediendo á los demas el fanático padre Hernández. En Venezuela, lo mismo que en la Nueva Granada y en Quito, se palpó en el curso de la revolucion, segun lo observamos en la primera parte, que los Españoles y Americanos realistas beneficiados por los patriotas eran sus mas crueles enemigos cuando los primeros se hallaban en prosperidad.

Otro de los últimos actos importantes que dió el congreso ántes de suspender sus sesiones, fué una ley aboliendo el tribunal de la Inquisicion en todas las provincias de la Confederacion venezolana. Como estas provincias dependian del tribunal de Cartagena, extinguido desde noviembre del año anterior, verdaderamente la Inquisicion ya no existia; mas quisieron abolirla en principio y por una ley. Esta en su preámbulo contenia fuertes cargos contra los abusos de aquel tribunal, contra la indebida opresion que causaba á las conciencias de los ciudadanos en materias de religion, y contra su tiranía : lenguaje que desagradó sobre manera á los fanáticos adoradores del antiguo sistema.

Habiendo el congreso de Venezuela concluido el exámen de todos aquellos negocios, que necesitaban su acuerdo y consentimiento para plantear el nuevo y complicado sistema de gobierno que habia escogido, suspendió sus sesiones el 15 de febrero. Sus miembros quedaron emplazados para reunirse en Valencia el 1° de marzo, donde debia estar ya el poder ejecutivo general. Despidióse el congreso del pueblo de Carácas por medio de una proclama, en que le colmaba de elogios por su patriotismo, su amor á la libertad y su obediencia á las leyes y á las autoridades constituidas : elogios bien merecidos.

Ya la seccion legislativa de Carácas habia terminado en 31 de

enero la constitucion que debia regir en aquella provincia. Era un largo Código de 318 artículos bajo del sistema de gobierno popular, representativo y federativo. La facultad de hacer leyes residia en una asamblea general, compuesta de un senado y cámara de representantes. Siguiendo el funesto ejemplo que diera la constitucion acordada por el congreso general, tres individuos debian ejercer el poder ejecutivo, á fin de evitar, decian entónces, la tiranía de uno solo; mas huyendo de este abismo constituían el mas débil de los gobiernos : sus miembros eran elegidos por los pueblos. El poder judicial correspondia á las córtes de justicia y á los juzgados inferiores, en los que no se hizo variacion alguna. Esta constitucion debia sancionarse ó ratificarse por los pueblos de la provincia, que tenian la facultad de aceptar, rechazar ó modificar el todo ó parte de ella de la manera prescrita para la general. Desgracias posteriores impidieron que fuese aprobada, y así quedó en un mero proyecto.

Concluidas sus tareas, la seccion legislativa se despidió por medio de una alocucion á los pueblos, en que les daba cuenta de todo lo que habia hecho para cimentar el nuevo gobierno, y echar las bases de su futura felicidad (febrero 24). Ántes de trasladarse á Valencia, dejó instalada la nueva cámara de representantes, que nombró para su presidente al ciudadano José María Grajirena, y vicepresidente al ciudadano Miguel José Sanz. Uno de los primeros actos de esta cámara fué hacer el escrutinio y perfeccionar las elecciones de los tres individuos que debian ejercer el poder ejecutivo provincial. Resultaron electos los ciudadanos Francisco Talavera, Luis José Escalona y Francisco Berrío. De esta manera quedó organizado el nuevo gobierno de la importante provincia de Carácas, que habia sido regida por el de la Union.

En las provincias de Cumaná, Margarita, Barínas y Trujillo, poco se habia adelantado hasta entónces en la organizacion de sus gobiernos. En lo general la falta de hombres ilustrados y de otros elementos necesarios oponian obstáculos insuperables en aquella época para plantear el nuevo y complicado sistema federativo. Tan grandes alteraciones como se habian hecho ó querian hacerse en poco tiempo en las leyes, usos y antiguas costumbres de los pueblos, habian causado su descontento, excitado odios, pasiones violentas y fuertes antipatías que presagiaban á los políticos observadores una próxima y funesta explosion.

La circulacion forzada del papel moneda y su gran demérito, que turbaba é influía en todas las transacciones, aumentaban sobre manera el descontento de los pueblos y daban armas terribles á los enemigos de la Independencia. El dinero habia desaparecido, y el nuevo gobierno, creyendo restablecer la circulacion del metálico, prohibió que se extrajera, imponiendo la pena de confiscacion de las sumas que se aprehendiesen. Los empleados del gobierno confiscaron cantidades considerables, lo que les suscitó mayor número de enemigos, y se tuvo como una rapacidad destructora del comercio y de la confianza entre los ciudadanos.

La escasez de las rentas públicas era otro grave mal que atormentaba á los pueblos y á los gobiernos de las provincias de Venezuela. Los empleados civiles no eran pagados enteramente, ó se les daban cortos socorros alimenticios. La guarnicion de Puertocabello, la de Carácas y las de otros puntos se sostenian en gran parte por los donativos de los patriotas; pero este recurso precario iba ya agotándose. Por otra parte, era muy tardía la esperanza de que las rentas públicas dieran sus antiguos rendimientos, y de que renaciera el comercio interrumpido, que era su alma. Hubiera sido necesario consolidar ántes el nuevo sistema, y restablecer la confianza pública: hé aquí un problema de harto difícil solucion en aquellas circunstancias.

Los patriotas pensadores no atribuían tamañas dificultades á la verdadera causa que en su mayor parte las producia: — « el establecimiento inconsiderado de un sistema de gobierno que nada tenia conforme con los usos y antiguas habitudes de los pueblos de raza española, y que por tanto no estaba identificado ni sostenido por el apoyo moral de sus costumbres. » Les parecia que el estado verdaderamente amenazante del país, y que presagiaba un funesto porvenir, nacia de las intrigas del comisionado regio en Puerto-Rico, del bloqueo y de la guerra decretada por la Regencia. Los males que eran consiguientes á una situacion tan delicada, no retraían sin embargo á las provincias libres de la carrera de independencia y libertad que tan denodadamente habian emprendido. Animábalas el que su ejemplo se imitaba por otros países de la América del Sur, que seguian el mismo rumbo que Venezuela, tocando iguales y en algunas partes aun mayores dificultades.

Cuando várias provincias de la América española habian declarado su Independencia absoluta de la madre patria, cuando otras se daban constituciones republicanas reconociendo á Fernando VII, y manteniendo una dependencia nacional de la España, cuando, en fin, todas ellas reclamaban enérgicamente sus derechos, procurando conquistarlos por medio de las armas contra los apasionados esfuerzos que hacía el partido español para mantener á las Américas en la antigua dependencia y esclavitud; las Córtes y el gobierno de la metrópoli no adoptaban ninguna de aquellas grandes medidas de política, que solo eran capaces de extinguir tan vasto y formidable incendio. Desde los confines setentrionales del nuevo Méjico hasta el cabo de Hórnos ardia la América española en la guerra civil, y las Córtes no aplicaban remedio alguno radical. En vano los diputados americanos habian presentado desde 1810 las célebres once proposiciones que contenian la reparacion de los principales agravios que sufrian ó habian sufrido sus comitentes. Habiéndose principiado á discutir en las Córtes, excitaron acaloradas disputas, en que algunos diputados españoles europeos trataron indignamente á los habitantes de las Américas. Al fin dichas proposiciones quedaron sepultadas en el archivo de una comision. Sin embargo, en febrero de 1811 decretaron las Córtes : 1° la igualdad de representacion de las Provincias ultramarinas en las futuras reuniones de las mismas Córtes; 2° que los naturales y habitantes de las Américas pudieran sembrar y cultivar cuanto produjera su suelo, establecer toda clase de manufacturas y laborear todas sus minas ; 3° en fin, que los Españoles europeos y americanos tuvieran igual opcion á todos los empleos de la Monarquía. Mas cuando los diputados suplentes por Santafé presentaron á las Córtes en los últimos dias de julio la nueva constitucion de Cundinamarca, en que reconocia á Fernando VII, aunque independiente del gobierno de España, se levantó el diputado español Argüelles y dijo : « que, pues continuaban en separarse las provincias una en pos de otra, debia oirse á los diputados americanos. » Reanimados estos en sus esperanzas, presentaron la enérgica reclamacion de 1° de agosto, en que pintaban con vivos colores, llenos de fuerza y de verdad, el orígen de las conmociones de las Américas, que atribuyeron : 1° á las noticias exageradas qne llegaron á ellas de las victorias de los Franceses, noticias por las cuales juzgaron infalible la pérdida de la Es-

paña; 2° al deseo de proveer á la propia seguridad asumiendo el gobierno de su país; 3° en fin, al temor que abrigaban los Americanos de que se les entregára á los Franceses ó á alguna otra potencia extranjera. Manifestaron tambien, que su inmediata explosion era debida á los insultos, mal tratamiento é injurias que hacian á los Americanos los Españoles europeos y las autoridades constituidas por la metrópoli, sin que hubiera intervenido ningun influjo extranjero, ingles ó frances, como algunos diputados querian suponer equivocadamente. Aseguraban que el orígen primordial del justo descontento de los habitantes de las Américas venía del *mal gobierno* y de la *opresion* en que habian vivido por siglos; causas por las cuales juzgaban que debian desobedecer y oponerse al gobierno de la España, que creían ilegítimo. Demostraron la justicia de sus quejas, y que para repararlas debia darse á los Americanos representacion igual é inmediata, para que sus diputados vinieran á formar la constitucion; permitírseles, como ya se habia decretado, trabajar todas sus minas, cultivar cuantos frutos produjera su fecundo suelo, establecer fábricas, fijarse reglas para la justa distribucion de los empleos, determinarse que las Américas tuviesen comercio libre con las naciones que se halláran en paz con la España, y sobre todo que se establecieran juntas provinciales, que á imitacion de las de la Península tuvieran el gobierno de sus respectivos distritos.

Esta representacion se leyó en sesion secreta de las Córtes y produjo un grande acaloramiento y exasperacion entre los diputados europeos y americanos. En los primeros habia mucha oposicion para conceder á las Américas el ejercicio práctico de la igualdad de derechos que las Provincias ultramarinas debieron gozar desde su primer establecimiento, y que recientemente se les habia declarado sobre el papel por medio de decretos y pomposos ofrecimientos. La representacion mencionada pasó á la comision de Ultramar, de la que nunca volvió á salir. Sin embargo, puede asegurarse que habiéndose dado impulso á la revolucion por las providencias rigurosas é impolíticas de los gobiernos de la metrópoli, aun cuando se hubieran adoptado las medidas propuestas por los diputados americanos, no se habria apagado la guerra civil. Unas provincias habian declarado ya su Independencia absoluta, y las demas se dirigian al mismo fin. Fuera de la Independencia, ningun otro medio ni

concesion habria satisfecho á los patriotas que dirigian la revolucion americana.

Al principio de esta creyeron muchos que una mediacion franca, sincera y enérgica de la Gran Bretaña con el gobierno de la Regencia podia terminar las disensiones de la España con sus colonias, siempre que á estas se les asegurára el goce de aquellos derechos que mas necesitaban para su prosperidad. Desde los primeros dias de su transformacion política, pidió Venezuela dicha mediacion, y se ofreció por el gobierno de Su Majestad Británica; pero la Regencia de Cádiz no quiso aceptarla en aquella época, porque juzgaba poder sujetar y castigar inmediatamente á los rebeldes por medio de su rey en comision. Mas habiéndose extendido la revolucion á muchas provincias de América, el ministro ingles en Cádiz, sir Enrique Wellesley, insistió en la necesidad de un avenimiento, para extinguir la guerra civil entre las diferentes partes de la Monarquía española, á fin de que no se distrajeran las fuerzas de la España europea, y que pudiera sostener la terrible lucha en que se hallaba empeñada contra la usurpacion de Bonaparte. El resultado de aquel ofrecimiento fué expedir las Córtes el decreto de 19 de junio de 1811, admitiendo la mediacion y fijando las bases indispensables, que deberian ser las siguientes, que tomamos literalmente de un historiador contemporáneo (1): « 1ª Para que tenga (la mediacion) el efecto deseado, es indispensable que las provincias disidentes de América se allanen á reconocer y jurar obediencia á las Córtes generales y extraordinarias y al gobierno que manda en España á nombre de S. M. el señor don Fernando VII, debiendo allanarse igualmente á nombrar diputados que las representen en el congreso y se incorporen con los demas representantes de la nacion.— 2ª Durante las negociaciones que se entablen para efectuar la mediacion, se suspenderán las hostilidades por una y otra parte, y en consecuencia las juntas creadas en las provincias disidentes pondrán desde luego en libertad á los que se hallen presos ó detenidos por ellas como adictos á la causa de la metrópoli, y les mandarán restituir las propiedades y posesiones de que hayan sido despojados : debiendo ejecutarse lo mismo recípro-

(1) El conde de Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, tomo V.

camente con las personas que por haber abrazado el partido de las mencionadas juntas, estuviesen presas ó detenidas por las autoridades sujetas al gobierno legítimo de España, con arreglo á lo que se previene en el decreto de 15 de octubre de 1810. — 3ª Como en medio de la confusion y desórden que traen consigo las turbulencias intestinas, es inevitable que se cometan algunas injusticias por los encargados de defender la autoridad legítima, aunque estén animados del mejor zelo y poseidos de un verdadero amor á la justicia, el gobierno de España, fiel siempre á la rectitud de sus principios, está dispuesto á escuchar y atender con paternal solicitud las reclamaciones que se le dirijan por los pueblos é individuos de las provincias que hayan sido agraviados. — 4ª En el término de ocho meses, contados desde el dia en que empiece á negociarse la reconciliacion de las provincias disidentes, ó ántes de este término (si ser pudiese), deberá informarse al gobierno español del estado en que se halle la negociacion. — 5ª Á fin de que la Gran Bretaña pueda llevarla á cabo, y para dar á esta potencia un nuevo testimonio de la sincera amistad y gratitud que le profesa la nacion española, el gobierno de España, legítimamente autorizado por las Córtes, le concede facultad de comunicar con las provincias disidentes miéntras dure la referida negociacion, quedando al cuidado de las mismas Córtes el arreglar definitivamente la parte que habrá de tener en el comercio con las demas provincias de la América española. — 6ª Deseando el gobierno de España ver concluido cuanto ántes un negocio en que tanto se interesan ambas potencias, exige, como condicion necesaria, que haya de terminarse la negociacion en el espacio de quince meses contados desde el dia en que se entable. »

Entendia el gobierno español que estas bases solo eran aplicables á las provincias del Rio de la Plata, al Nuevo Reino de Granada y á Cartagena, que se enumeró como provincia independiente. Alegaba que en las demas de la América meridional aun reinaba la tranquilidad, y que en la setentrional solo habia levantamientos parciales que no afectaban la existencia del gobierno legítimo. El de la Regencia se lisonjeaba de que tales bases serian aceptadas. Mas creyendo haber hecho demasiadas concesiones al admitir la mediacion británica conforme á los principios ya mencionados, añadió otra reservada, que alteraba enteramente la cuestion, y era como sigue : « 7ª Por cuanto

sería enteramente ilusoria la mediacion de la Gran Bretaña, si malograda la negociacion, por no querer prestarse las provincias disidentes á las justas y moderadas condiciones que van expresadas, se lisonjeasen de poder continuar sus relaciones de comercio y amistad con dicha potencia, y atendiendo á que frustradas en tal caso las benéficas intenciones del gobierno español, sin embargo de haber apurado por su parte todos los medios de conciliacion, aspirarian sin duda dichas provincias á erigirse en Estados independientes, en cuyo concepto se juzgarian reconocidas de hecho por la Gran Bretaña, siempre que esta potencia mantuviese las mismas conexiones con ellas; debe tenerse por acordado entre las dos naciones, que no verificándose la reconciliacion en el término de quince meses, segun se expresa en el artículo anterior (el 6º), la Gran Bretaña suspenderia toda comunicacion con las referidas provincias, y ademas auxiliará con sus fuerzas á la metrópoli para reducirlas á su deber. »

El decreto por el cual acordaron las Córtes las bases antedichas, concluía previniendo á la Regencia : « que al contestar la nota del ministro británico, le expusiera las causas que movian á la España para aceptar la mediacion, y que pusiera á salvo el decoro de su gobierno. »

Las condiciones exigidas por la metrópoli no contenian en sustancia otra cosa que una suspension de hostilidades, un indulto recíproco y una sumision absoluta de las provincias que habian establecido gobiernos independientes. Así fué que no haciéndoles otro ofrecimiento « que atender sus reclamaciones en cuanto lo permitiera la justicia, » el decreto mencionado excitó la risa y el desprecio de los patriotas americanos, al ver el necio orgullo del gobierno de la madre patria, que desconocia el verdadero estado de la cuestion. De ningun modo podian esperar los Españoles americanos que sus reclamaciones fueran atendidas por un congreso en que los diputados europeos eran por lo ménos dos tercios contra uno, en que se les trataba de rebeldes é ingratos, y finalmente en que habia una grande animosidad y prevencion contra cualquiera medida que propusieran los representantes de América.

Al notificarse al gobierno de la Gran Bretaña los términos en que la Regencia habia acordado aceptar la mediacion, se hallaron, como debia suponerse, incompatibles con los principios

bajo de los cuales podia solo consentir el gobierno de Su Majestad Británica el mezclarse en este delicado negocio. Sobre todo pareció intempestivo el artículo 7° añadido por la Regencia en calidad de secreto : adicion hecha de improviso y sin previo acuerdo de la potencia aliada. El ministro ingles contestó en principio de julio de 1811, manifestándose ya sentido y dejando vislumbrar que de ningun modo se accederia á la condicion secreta. Al cabo de algunos meses y por enero de este año fué que el gobierno español recibió la contestacion del gabinete británico : decia el ministro de relaciones exteriores, que el gobierno de Su Majestad confiaba en que la Regencia de Cádiz, en consideracion á la honrosa y liberal conducta que habia observado invariablemente la Gran Bretaña durante su alianza actual con la España, mejoraria y alteraria las condiciones que se consideráran gravosas, de tal suerte que los comisionados que debian nombrarse pudieran conseguir la reconciliacion tan deseada en términos calculados, para cimentar la futura seguridad y felicidad de los súbditos americanos, y que al mismo tiempo conserváran ilesos el honor y la dignidad de la Monarquía española. Uno de los mayores obstáculos que se presentaba entónces para continuar la negociacion, era el artículo 7° añadido á las seis bases que habian fijado las Córtes de Cádiz. El gobierno británico de ningun modo convenia en aceptar el contenido de dicho artículo, y parecia que en consecuencia estaban casi rotas las negociaciones.

Lisonjeándose empero el gobierno de Su Majestad Británica de que al fin podria superar las dificultades que oponia la Regencia española, para que se llevára á efecto la mediacion ofrecida, dió un paso mas adelante. Tal fué nombrar los comisionados que debian pasar á América, luego que estuviesen concluidas las negociaciones sobre las bases de la mediacion. Fueron estos, los señores Sydenham y Cockburn, que inesperadamente llegaron á Cádiz en el mes de abril. Conforme á los papeles y noticias de la época, era el tercer comisionado M. Morier, encargado de negocios en Washington, y para secretario de la comision fué escogido M. Hopner, empleado en la oficina de relaciones exteriores. Estos debian negociar la reconciliacion, unidos á los que nombrára el gobierno español. M. Morier aun se trasladó á Jamáica para unirse á sus compañeros, cuya próxima venida se aguardaba, á fin de comenzar los trabajos de la mediacion.

Pero la negociacion no prosperaba en Cádiz. El embajador ingles sir Enrique Wellesley, despues del arribo de los comisionados, pasó una nota recordando la negociacion pendiente, aunque insistiendo siempre en rechazar la condicion 7ª, y pretendiendo que no hubiese en los tratados artículo alguno secreto. Tuvo sobre este punto algunas conferencias con los ministros españoles, y se pasaron mutuamente varios oficios. Su resultado fué convenir las dos potencias en que se suprimiera el artículo 7º, pero refundiendo una parte de su contenido en el 6º, aunque no tan lata y explícitamente. Parecian entónces allanadas las dificultades, cuando el embajador ingles solicitó en 21 de mayo, y por órden especial de su gobierno, que la mediacion se extendiese á todas las provincias de Méjico ó Nueva España. Esta pretension causó mucho disgusto al ministro don Ignacio de la Pezuela, quien respondió en 25 del expresado mes con firmeza amistosa, recordando los antecedentes de la negociacion, en que no se habia acordado suprimir del todo el artículo 7º, sino refundirlo en el 6º. Concluía afirmando : « — que la Nueva España no podia ser comprendida en la mediacion, no habiendo sido provincia disidente, ni computada para el efecto. »

Presentóse en breve otra mas grave dificultad que suscitára el embajador ingles, conforme á las órdenes é instrucciones de su gobierno. Sir Enrique Wellesley dirigió una nota en 12 de junio, en que fijaba diez proposiciones que debian servir como bases para la negociacion. Eran estas : « 1ª Cesacion de hostilidades, bloqueos y todo otro acto de mutuo detrimento. 2ª Amnistía, perdon y olvido general de toda ofensa de los Americanos á la madre patria, á las autoridades reconocidas en el país ú oficiales suyos en la América. 3ª Confirmacion de los privilegios concedidos ya á las Américas de una completa, justa y libre representacion en las Córtes, procediendo desde luego á la eleccion de sus diputados. 4ª Libertad de comercio de tal modo modificada, que quede una conveniente preferencia á la madre patria y países á ella pertenecientes. 5ª Admision de los naturales de América indiferentemente con los Españoles europeos á los destinos de vireyes, gobernadores, etc., en las Américas. 6ª Concesion del gobierno interno ó provincial bajo los vireyes ó gobernadores á los cabildos ó ayuntamientos, y admision en estos cuerpos de Americanos nativos igualmente que de Espa-

ñoles europeos. 7ª Reconocimiento por las Américas de fidelidad á Fernando VII, á sus herederos y al gobierno que rija en su nombre. 8ª Reconocimiento de la supremacía del Consejo general representativo ó de las Córtes residentes en la Península, concediendo en ellas, como queda dicho, proporcionada parte de representacion á los diputados americanos. 9ª Obligacion de determinados socorros y auxilios con que la América deba contribuir á la madre patria. 10ª Obligacion de la América á cooperar con los aliados en la continuacion de la presente guerra contra la Francia. »

Tales bases parecieron á la Regencia de Cádiz inadmisibles, especialmente la 4ª, 9ª y 10ª, porque indicaban que se pretendia romper la unidad de la Monarquía española introduciendo el sistema federativo en las vastas provincias de América, cuyo comercio tambien se declaraba libre : concesion que entónces era muy difícil hiciera el gobierno de Cádiz, dominado como se hallaba por los comerciantes de aquella ciudad. Cruzáronse várias y acaloradas notas que no produjeron resultado alguno favorable á la negociacion. Al fin, se pasó el expediente á las Córtes por instancias repetidas del embajador ingles, quien se lisonjeaba de que en ellas encontraria mejor apoyo.

Esta materia se discutió por las Córtes en sesiones secretas tenidas en el mes de julio. Declaróse previamente que la mediacion no podia extenderse á Méjico, donde aseguraban que no habia gobierno revolucionario, cuando existia la junta nacional de Sultepec. En el curso de las discusiones los diputados europeos, sin oponer obstáculos que parecieran invencibles, dirigieron los tiros mas agudos y las mas fuertes invectivas contra la buena fe y el honor nacional de la Gran Bretaña, á la que atribuyeron miras interesadas en la mediacion. Al fin se redujo la decision á dar una respuesta vaga. En ella se decia simplemente á la Regencia : « que las Córtes quedaban enteradas de la correspondencia seguida sobre la mediacion entre el embajador ingles y el secretario de Estado. » Ciento y un votos hubo á favor, y cuarenta y seis en contra. Solamente dos Americanos votaron por dicha proposicion, que habian hecho los diputados españoles. Argüelles, el conde Toreno y seis Españoles mas estuvieron en contra. Esta resolucion, que contenia la aprobacion tácita de la conducta de la Regencia, de ningun modo satisfizo los deseos del embajador Wellesley, que perdió casi del todo la

esperanza de dar feliz cima á tan importante negociacion. En consecuencia hizo embarcar á los comisionados ingleses, que tornaron á su patria.

Sir Enrique Wellesley continuó promoviendo, aunque flojamente, el asunto de la mediacion hasta mayo de 1813, en que se abandonára del todo, siendo el último paso dado una consulta muy larga y elaborada que evacuó el Consejo de Estado. Mutuas desconfianzas y temores nimios entre los dos gobiernos impidieron que se llevára al cabo tan importante negocio. Recelaba el gobierno español que la Inglaterra no obrára con buena fe, y en lo general creían sus miembros, aunque sin fundamento bastante, que el gabinete de San Jámes andaba solo en pos de la Independencia de América; fué por esto que la Regencia añadiera la base 7ª, por la cual exigia á la Gran Bretaña una seguridad exagerada y fuera de razon. Tambien debemos confesar, que de parte del gobierno ingles se manejaron igualmente las negociaciones con poca destreza, é hiriendo el puntillo de honor nacional de la España. Muy inoportunamente trajo á colacion el embajador británico, en nota de 4 de julio, los servicios que su gobierno habia hecho á la España durante la lucha con los Franceses, los que llamó *gratuitos*, y con poca cordura hizo ascender á una suma tan grande como la que gastaba la Inglaterra en su ejército y marina. Esto ofendió á la Regencia y á los Españoles, á quienes parecia una exageracion indebida de servicios hechos en su mayor parte por el sumo interes que tenia la Inglaterra en sostener la lucha contra la Francia, y que por tanto no eran dirigidos solo á proteger la España.

Mas aun cuando se hubiera realizado la mediacion y que ambas partes la hubiesen promovido con sincero interes, es muy dudoso que hubiese tenido buen éxito en aquellas circunstancias, especialmente respecto de algunas secciones de la América española. Á los obstáculos morales se añadian los físicos: los comisionados habrian tardado mucho en trasladarse de unos puntos á otros de los que se hallaban en insurreccion; á no ser que se hubiera adoptado el sistema de que se dividieran para obrar separadamente y á un mismo tiempo. En algunas provincias tampoco habrian sido admitidos los comisionados españoles, cuya presencia se hubiera juzgado peligrosa y como un centro de conspiraciones. Habiéndose frustrado la mediacion, la Regencia de España continuó enviando tropas á las provincias

de Ultramar, para degollar cruelmente á los Americanos que no pudieran defenderse.

Á poco tiempo de haberse discutido por la primera vez en las Córtes de España la importante cuestion de la mediacion inglesa, se examinó tambien por instancias repetidas del ministro ingles en Cádiz la del comercio libre de las Américas. Parecia ser esta libertad una justa compensacion debida á la Gran Bretaña por los enormes gastos y grandes servicios que hacía á la España, para sostener su independencia nacional contra el poder de la Francia. Sin embargo de que los debates en las Córtes sobre la materia fueron secretos, apénas se transpiraron en Cádiz, cuando alarmados los monopolistas de aquella ciudad publicaron multitud de escritos, llenos de invectivas y sarcasmos contra la Inglaterra, y se anunció por carteles escritos en grandes letras, fijados en las esquinas, la obra de Cancelada, cuyo título era : *Ruina á la Nueva España si el comercio se declara libre, fundada en doce proposiciones.*

Por estos medios, que obraron eficazmente en el ánimo de los miembros de las Córtes, quedaron entónces frustrados los deseos de la Inglaterra.

Á pesar de tal negativa, el gobierno británico, apoyándose en el artículo adicional del tratado de alianza por el que se ofrecia — « arreglar el comercio en una época posterior, » solicitó de nuevo la libertad de comerciar con las Américas, insertando tambien un artículo sobre la materia (el 4°) en las diez bases de conciliacion, en que expresamente se concedia. Esta libertad tan ansiada se negó definitivamente por las Córtes en 13 de agosto de este año. Los diputados americanos manifestaron en la discusion la mayor liberalidad de principios, sosteniendo aquesta medida, que juzgaban de vital importancia para la felicidad de su patria; por el contrario, los Españoles, defendiendo el monopolio de la Península con sus colonias, se presentaron á la faz del mundo civilizado como unos hombres de miras estrechas, que solo querian la libertad para sí, y que la negaban á sus hermanos, oprimiéndolos por su número en todas las votaciones en que se trataba del bien de las provincias ultramarinas. Convenimos, sin embargo, en que el comercio libre de las Américas era una verdadera revolucion, que debia ser preparada ántes de adoptarse, para evitar la ruina absoluta de las pocas fábricas de la España, pero no rechazarse del todo.

Cuando se aproximaba por segunda vez discusion tan importante, el comercio de Cádiz publicó un manifiesto dirigido á los diputados en Córtes y al pueblo español, en que pretendia probar: — « que conceder á la Inglaterra el comercio libre de la América española, sería una medida monstruosa, insostenible y destructora de los intereses de la España. » Este largo manifiesto era un tejido de sofismas, de invectivas y de argumentos los mas desatinados. Despues de agotarlos, concluía diciendo: — « En una palabra, el comercio libre trastornaria la religion, el órden, la sociedad y la moralidad. » Los monopolistas de Cádiz tuvieron la audacia de llamarse en este manifiesto los intérpretes de los deseos de todas las corporaciones mercantiles de ambos hemisferios, que aseguraron ser opuestas al comercio libre. El consulado de Méjico, compuesto de Españoles europeos, tambien monopolistas, sostuvo en otro escrito semejante las mismas ideas y pretensiones que el comercio de Cádiz; pero con tal grado de iliberalidad en sus principios, que las Córtes se vieron en la precision de dirigirle una fuerte y severa reprension.

El resultado adverso que tuvieron las dos grandes cuestiones de la mediacion británica y del comercio libre, manifestaron á los diputados americanos que sufrian extremadamente de la mala voluntad y de las pasiones preocupadas de los Europeos, y á las diferentes provincias de ambas Américas, que nada debian esperar de las Córtes españolas, para mejorar su gobierno y hacer la felicidad de los pueblos. No les quedó, pues, otro recurso que el lamentable de la guerra civil, que se encrudeció desde el seno mejicano hasta las Californias en el antiguo imperio del Anahuac, y desde el istmo de Panamá hasta los últimos confines de la América meridional. Por do quiera se irritaron mas y mas los partidos americano y español, que bien pronto vinieron á las manos en Venezuela, principiando una lucha sangrienta y destructora que debia prolongarse por algunos años.

CAPÍTULO IV.

Derrota de los patriotas en Guayana. — El congreso y el poder ejecutivo general en Valencia. — Expedicion aprestada en Coro y sublevacion de Siquisique. — Toma de Carora y otros pueblos. — Terremoto del 26 de marzo. — Sus estragos y consecuencias por el fanatismo. — El arzobispo de Carácas no contiene al clero : sus quejas y motivos. — El terremoto favorece los progresos de Monteverde. — Se disuelve el congreso. — Derrota de los patriotas en San Cárlos é invasion de los Llanos. — Dictadura de Miranda y fuerzas que junta. — Pérdida de Valencia. — Deserciones notables y progresos del fanatismo. — Los republicanos rechazados en Valencia. — Ataque y traicion de los Guáyos. — Miranda se fortifica en Maracay, y adopta la defensiva. — Nuevas facultades concedidas al generalísimo. — Sus decretos excitan una fuerte oposicion. — Crueldades de Antoñánzas en los Llanos. — Ataques de Guáica. — Pérdida de Barínas, Trujillo y Mérida. — Primer alzamiento de Monteverde : este flanquea las fortificaciones de los patriotas. — Abandono precipitado de Maracay y ocupacion de San Mateo. — Sorpresa de la Victoria, villa que se fortifica. — Los realistas batidos en el Pantanero. — Quedan muy debilitados. — Descrédito absoluto del papel moneda. — Expulsion del arzobispo decretada, junto con la de los Españoles y Canários. — Sublevacion de los negros en los valles de Barlovento. — Pérdida funesta de Puertocabello. — La opinion corrompida. — Oposicion á la dictadura de Miranda, quien resuelve capitular con los Españoles. — Bases que fija y son rechazadas. — Las modifica ; se concluye y ratifica la capitulacion. — Juicio acerca de esta. — Disgusto con que se recibe. — Desarme del ejército republicano. — Ocupacion de Carácas. — Prision de Miranda en la Guáira. — Parte que en ella tuvo Bolívar. — Miranda y los patriotas cayeron en poder de los realistas. — Juicio sobre la conducta del coronel Cásas. — La capitulacion violada : comienzan las persecuciones de los patriotas. — Alzamiento de Monteverde contra el capitan general. — Comisionados dirigidos á las provincias todavía libres. — Mala conducta de Monteverde. — Listas formadas de sospechosos, y excesos de los Españoles y Canários contra los patriotas. — La Regencia de Cádiz aprueba y premia la conducta de Monteverde. — Instalacion de la real audiencia. — Patriotas enviados á España. — Depredaciones de los realistas. — Sucesos de Barcelona y Cumaná. — Gobernador Ureña justo. — Prisiones de los patriotas cumaneses improbadas por la audiencia. — Padecimientos de Margarita. — Constitucion española publicada y jura-

da. — Supuestas conspiraciones. — Listas de proscripcion acordadas: sus consecuencias: opinion de la audiencia sobre las prisiones y juzgamiento de los republicanos. — Desesperacion de los pueblos.

Año de 1812. —La guerra continuaba hácia el Orinoco, donde los realistas de Guayana habian tomado una gran superioridad. Para evitar funestos resultados, el gobierno general se dedicó, segun dijimos ántes, á formar un ejército capaz de imponer á los enemigos. En efecto lo habia conseguido, y tambien ocupar de nuevo las provincias perdidas en la márgen izquierda del rio. Como nada se podia emprender sin fuerzas sutiles, activó la entrada en el Orinoco de diez y nueve lanchas cañoneras que habia reunido. Cuando subian por el caño de Pedernáles, adonde este se junta con el Macareo, hallaron algunos buques menores de los realistas apostados de intento para impedir el paso á los patriotas. Estos lo forzaron el 27 de febrero, tomando una goleta á los Españoles, cuya escuadrilla huyó hácia la Vieja-Guayana. Libre la navegacion del rio, los republicanos lo subieron sin ningun obstáculo hasta Barráncas. Allí existian las divisiones de Moreno y Villapol, que se trasladaron á la orilla derecha del Orinoco. Ya la de Solá habia pasado este rio y ocupaba al pueblo de Muitaco, donde la amenazó una escuadrilla española; pero siendo su amigo y compatriota el comandante, entraron en conferencias, cuyo resultado fué que los buques realistas se retiraron. Libre Solá de este cuidado, pudo continuar su marcha para Angostura, y en sus cercanías se reunió con Moreno y Villapol en los primeros dias de marzo.

Si estos oficiales hubieran tenido decision y actividad, habrian atacado inmediatamente la ciudad de Angostura: sus fuerzas eran muy superiores, y acaso la habrian tomado. Pero en vez de obrar con este vigor militar, perdieron miserablemente el tiempo en hacer intimaciones y en conferenciar sobre capitulaciones. Los jefes españoles prolongaron las pláticas con estudio, miéntras preparaban los medios de defensa, decididos á no transigir con los rebeldes, y á aprovecharse de la primera ocasion que la impericia de estos les presentára.

Bien pronto se les vino á las manos, pues los patriotas enviaron su escuadrilla con órdenes de apostarse en la ensenada de Sorondo, un poco mas abajo de la Vieja-Guayana. Su objeto era observar los movimientos de los buques realistas; mas de-

jando francas las comunicaciones de estos con las autoridades y tropas que existian en Angostura, era evidente que los republicanos habian ejecutado una pésima operacion. En efecto, los Españoles se aprovecharon hábilmente de la bisoñada de los patriotas : aparejan su escuadrilla y determinan atacar la enemiga. Elevábase esta á veinte y ocho buques menores, y la realista se componia de nueve goletas, dos balandras y seis lanchas cañoneras, embarcaciones de mas fuerza aunque menores en número. Los buques de los patriotas cerraban el Orinoco desde la ensenada de Sorondo hasta la ribera meridional. En esta situacion fueron atacados por los realistas el 25 de marzo á las dos de la tarde, y el combate duró hasta las seis. La línea de los patriotas fué rota por la parte del sur; pero cortando los cables de sus bajeles pudieron acogerse á la orilla izquierda : protegidos allí por una batería de tierra, se acoderaron á la ribera. La suerte de la batalla fué adversa á los independientes, que perdieron un pailebot y una lancha, fuera de muchas averías : en algunos buques aun se clavó la artillería, porque temieron sus comandantes que cayeran en poder del enemigo. Toda la noche se trabajó de una y otra parte en reparar los daños y en prepararse para un nuevo combate, pues las escuadrillas permanecieron fondeadas en frente. Á la una de la tarde del siguiente dia (marzo 26), la española renovó el combate. Los republicanos se defendieron con vigor por algun tiempo; sin embargo no pudieron resistir á la mayor fuerza de los buques realistas, mejor mandados por oficiales de la marina española. Viéndose perdidos, hicieron volar dos goletas y un pailebot, que eran sus buques mayores. Los demas, abandonados sucesivamente por sus tripulaciones, cayeron unos en poder de los enemigos, á pesar del fuego que les hacian de la batería de tierra, otros fueron quemados, y otros echados á pique, sin que escapára ni una embarcacion. Las tripulaciones y las tropas que se hallaban á bordo perecieron en gran parte, y el resto se salvó en tierra huyendo hácia el interior. La pérdida de los patriotas fué de 28 buques, 32 piezas de artillería del calibre de 4 hasta 24, de 160 fusiles, 39 quintales de pólvora, 200 muertos y 150 heridos. Aquel dia fué harto aciago para la causa de la Independencia, que casi á la misma hora sufria en otras partes de la Costa-Firme un horrible contraste.

Ganada tan completamente la accion de Sorondo bajo las ór-

denes del gobernador de Guayana, coronel don José Chastre, y del comandante don Francisco de Sáles Echevarría, se trasladaron ambos á la ciudad de Angostura, llevando en triunfo los buques apresados. Urgia dar auxilio pronto y eficaz á la capital amenazada por las tropas de Moreno, Villapol y Solá. Estos nada habian adelantado entre tanto se combatia en Sorondo, y solo tuvieron lijeros tiroteos con los realistas. Mas al ver llegar (marzo 28) victoriosa la escuadrilla española, perdieron el ánimo, y al dia siguiente emprendieron su retirada hácia Borbon. Introducido el desórden y el desaliento en su campo, principió la desercion; no tenian medios ni esperanzas de pasar el caudaloso Orinoco. Sin embargo Villapol consiguió por su decision, actividad y constancia, trasladarse á la orilla izquierda y salvar su division en Maturin, donde se fortificó. Los otros dos jefes Moreno y Solá abandonaron á sus tropas en Tapaquire, diciendo que iban á buscar embarcaciones para atravesar el rio, sin que jamas volvieran. Entregados á sí mismos, sin caudillos que los condujeran, perseguidos por la infantería y caballería de Guayana los últimos restos de aquella malhadada expedicion, tuvieron que rendirse al gobernador Chastre, quien ofreció perdonarles sus vidas y recomendarlos á la piedad del rey. Á muchos de estos prisioneros se les trasladó á Puerto-Rico. Tal fué el éxito desgraciado de la expedicion combinada por várias provincias contra la de Guayana, el que probablemente se originó de la impericia de los jefes, y de que los patriotas aun no estaban acostumbrados á los combates. La suerte de estos les era tambien contraria por el mismo tiempo en otros puntos de Venezuela, segun vamos á verlo.

Conforme á los acuerdos que habian precedido, el congreso general se reunió en Valencia en los primeros dias de marzo, para continuar sus sesiones. Las circunstancias difíciles en que bien pronto se halló el país, no le permitieron dar leyes ni decretos que contribuyeran á la felicidad de los pueblos; por consiguiente no tuvieron celebridad alguna los meses últimos de su prolongada existencia.

Tambien se trasladó á Valencia el poder ejecutivo de la Union. Se componia de los ciudadanos Fernando del Toro, Francisco Javier Ustáriz y Francisco Espejo, que eran los principales; y suplentes, Francisco Javier Maíz, Juan German Roscio y Cristóval Mendoza. En consecuencia se organizó el gobierno.

Al mismo tiempo que se trasladaban de Carácas á Valencia el congreso y el poder ejecutivo de la Union, se conspiraba contra ellos en el occidente de Venezuela. El presbítero Andres Torréllas, cura del pueblo de Siquisique, habia emigrado á Coro porque era enemigo de la Independencia. Desde allí se puso en comunicacion con algunos de sus feligreses, é introdujo gacetas españolas, decretos de las Córtes, proclamas y otros papeles seductores. Consiguió por tales medios atraer al partido de la España á varios vecinos de Siquisique, los que determinaron declararse á favor del gobierno real. Don Leon Cordero y los Indios Juan de los Réyes Várgas, Ramon, Julian y Jerónimo Tórres escribieron al capitan general Miyáres y á don José Ceballos, gobernador de Coro, pidiéndoles auxilios para rebelarse contra el gobierno independiente de Venezuela. Algunos otros se dirigieron al presbítero Torréllas, diciéndole : — « que estaban prontos á levantarse contra el falso sistema de Carácas, para defender la ley de Dios y á su rey, y que no les introdujeran al Frances, como se estaba haciendo en Carácas, donde habia multitud de oficiales franceses. » Estas eran las patrañas que les habian metido en la cabeza á aquellos ignorantes fanáticos.

Luego que dichas cartas se recibieron en Coro, apénas habia quinientos hombres de guarnicion, inclusos los cortos auxilios enviados de Puerto-Rico. Aquellos soldados estaban desnudos, y sin que en muchos dias pudieran recibir el socorro de real y medio diario que se daba á cada uno, porque absolutamente no habia dinero en las cajas reales. Sin embargo, el capitan general Miyáres, que se hallaba en Coro, resolvió que se aprestára sin tardanza una corta expedicion de doscientos treinta hombres, compuesta de alguna tropa de infantería de marina recien venida de Puerto-Rico, de un piquete del regimiento de la reina y de otro del batallon de Maracáibo. El cura párroco de la ciudad de Coro don Pedro Pérez Guzman y el mismo Miyáres franquearon algun dinero para habilitar la expedicion. Á propuesta del gobernador Cebállos, Miyáres dió el mando al capitan graduado de fragata don Domingo Monteverde (1). Este salió de Coro el diez de marzo en compañía del cura Torréllas, de un comisario y de un cirujano, municionada la expedicion con diez mil cartuchos de fusil, llevando tambien un obus de á 4 y

(1) Véase la nota 3a.

algunos víveres. Sus instrucciones fueron que se apoderára del destacamento de los insurgentes que existia en la sabána de Algodónes, el que estaba pronto á pasarse; que si era fácil ocupára á Siquisique, y que procurase tomar despues la ciudad de Carora por sorpresa, apoderándose de las armas y municiones que allí habia, cuya operacion pintaban como fácil los de Siquisique, que ofrecian ejecutarla, siendo apoyados por las tropas del rey; en fin, que conseguidas estas ventajas regresára al pueblo de Siquisique, que conservaria por todos los medios posibles : mas que si era atacado por una fuerza superior, se retirára á San Luis, parroquia de la provincia de Coro.

Cuando la expedicion de Monteverde se avanzaba hácia la frontera meridional, el capitan de naturales Juan de los Réyes Várgas y sus compañeros, temiendo fueran descubiertas sus inteligencias con las autoridades de Coro, sublevaron á Siquisique el 15 de marzo, y á los ciento treinta hombres que allí existian al mando del capitan Pedro Leon Tórres, tomándole prisionero junto con el teniente Vicente García. Apoderado Réyes Várgas de esta fuerza, junta 200 fusileros y 100 Indios flecheros, proclama de nuevo á Fernando VII, y se adelanta hácia Carara con 100 fusileros y 50 flecheros. Con ellos ocupa la parroquia del Rio del Tocuyo, sin avanzar mas, porque temió que se le atacase de Carora, donde habia una guarnicion de 600 á 700 hombres bien armados. Dejando el Indio Réyes Várgas á su padre don Juan Manuel Santelis para que mandase aquel destacamento de observacion, volvió á unirse con Monteverde, cuya expedicion fué recibida (marzo 17) en Siquisique con muchas demostraciones de alegría que hicieron sus habitantes por el restablecimiento del gobierno del rey de España. Inmediatamente se presentaron 400 hombres para que se les armára, protestando morir ántes que ser subyugados por los insurgentes de Carácas. Los pueblos de Moroturo, San Miguel y Rio del Tocuyo siguieron el ejemplo funesto de Siquisique, jurando al rey, y pidiendo proteccion á Monteverde, el que tenia hombres, pero muy pocas armas y municiones.

Auxiliado el comandante español por los esfuerzos del cura Torréllas, de Réyes Várgas, de Santelis y de sus compañeros, así como por las inteligencias que mantenian los partidarios del gobierno español en Carora y en otros puntos, determina invadir esta ciudad. Marchó, pues, contra ella; y aunque se le opu-

sieron cerca de 700 hombres, los 300 de tropas regulares, tuvieron la desgracia de que su comandante Gil estaba enfermo en cama. Faltándoles direccion, se defendieron mal, y despues de hora y média de combate fueron dispersados (marzo 23). Monteverde tomó 89 prisioneros, 7 piezas de artillería y algunos fusiles y municiones. Las tropas reales saquearon á Carora, como si fuera una ciudad enemiga, mataron á varios patriotas sin forma ni figura de juicio, y prendieron á otros. Esta ventaja fué de mucha importancia para Monteverde, porque no teniendo mas que cerca de 500 fusiles y 11,000 cartuchos, pudo engrosar su columna de 150 fusiles y bastantes municiones. Pensó entónces en la ocupacion de Barquisimeto, Tocuyo y Trujillo, para lo cual pidió á Coro con mucha instancia el auxilio de 400 á 500 hombres.

Habian llegado apénas á Valencia las noticias alarmantes de los progresos que hacian las tropas de Coro en el territorio de la Union, y del espíritu de defeccion que se manifestaba en los pueblos del occidente, cuando un terrible é inesperado suceso vino á empeorar la suerte de los patriotas cubriendo de lágrimas y de luto á los pueblos. Hablamos del espantoso terremoto acaecido el juéves santo, 26 de marzo, á las cuatro y siete minutos de la tarde, el que en ménos de un minuto arruinó las ciudades de Carácas, la Guáira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida, maltratando á otras muchas poblaciones de la Confederacion, haciendo perecer bajo de las ruinas cerca de diez mil personas, y reduciendo á la mayor miseria á muchos de los que sobrevivieron á tan fatal catástrofe. En Carácas casi todo el batallon de línea que hacía el servicio de la guarnicion quedó sepultado entre las ruinas de su cuartel. Lo mismo sucedió en Barquisimeto, donde pereció una gran parte de la division que se oponia á Monteverde, la que tenia mil hombres, quedando tambien sepultadas las armas y municiones. Los restos miserables de las poblaciones huyeron á los campos á buscar alguna seguridad contra las convulsiones de la tierra, que se repetian con la mayor frecuencia, y para ponerse á cubierto de la intempérie en tiendas ó chozas de paja.

Apénas habia pasado este horrendo fenómeno, cuando el fanatismo se apoderó de él y de todas sus circunstancias, para hacer la guerra al sistema de Independencia y al nuevo gobierno que la promovia. El padre Lamota fué en Carácas uno de los

primeros que predicó haber sido el terremoto un castigo del Cielo, porque los Venezolanos se habian revolucionado desconociendo á su rey y señor natural, y que por esto la tierra se habia conmovido el juéves santo, dia en que se hizo la primera revolucion. Imitóle el padre Salvador García Ortigosa, clérigo de San Felipe Neri y otros varios eclesiásticos, los que predicaban : — « que el terremoto era el azote que Dios, irritado contra los novadores, les enviaba para castigarlos del imperdonable crímen de haber desconocido á Fernando VII, el mas virtuoso de los monarcas, y jurado la Independencia. » En medio de aquel funesto alarma, fué tan grande el terror que se apoderó de los ánimos exaltados con los fanáticos sermones que oían, y con los discursos de los confesores en el tribunal de la penitencia, que una mujer desgraciada salió por las calles dando alaridos y pidiendo misericordia á Dios y á Fernando VII por el delito que habia cometido en seguir la causa de los patriotas : un abogado pidió públicamente de rodillas el mismo perdon, y pocos dias despues se degolló un vecino de otro lugar, compungido y desesperado por juzgarse reo de igual crímen.

Inspirándose por muchos fanáticos, miembros del clero, tales ideas á los desgraciados habitantes de Venezuela, la opinion pública se corrompia rápidamente, sin que pudiesen contener ó neutralizar el contagio los eclesiásticos patriotas é ilustrados, pues los habia muy distinguidos. En vano estos manifestaron en sus sermones, y los diferentes gobiernos en disertaciones que se publicaron por la imprenta, que el terremoto era un efecto natural, que nada tenia que hacer con la Independencia y los demas cambiamientos políticos de Venezuela, que de ningun modo podian influir en que temblára la tierra. Fueron mas poderosos que la verdad los errores que difundian el clero y otros ilusos partidarios de la España, cuyo letal influjo causó por todas partes los mas funestos resultados.

El poder ejecutivo de la Union y el de la provincia de Carácas ocurrieron al reverendo arzobispo Coll y Prat, excitándole á que diera una pastoral dirigida á los pueblos, en que les demostrára, que el terremoto habia sido un suceso natural, que ninguna conexion tenia con los sistemas y reformas políticos de Venezuela. El mismo gobierno de la Union previno tambien al arzobispo que inmediatamente circulára órdenes á los curas de su diócesis, — « inculcándoles la estrecha obligacion en que se

hallaban de no alucinar á los pueblos con las absurdas insinuaciones, de que las revoluciones políticas han originado el terremoto del 26 de marzo, sino que por el contrario empleen la fuerza de su ministerio sacerdotal en animar é inspirar aliento á sus feligreses para que sostengan valerosos la causa de la libertad. » — El arzobispo, que se habia retirado al sitio de Naraulí, al principio eludió las órdenes del gobierno. Mas al fin dió la pastoral en un sentido contrario al que se le exigia. Manifestaba en ella á los pueblos, que á pesar de ser el terremoto un efecto de causas naturales, se habia Dios valido de él para castigar la corrupcion de costumbres, la irreligion y la impiedad en que desgraciadamente habian caido los pueblos de Venezuela, cuyos habitantes se hallaban sin hogares y reducidos á la mas espantosa miseria, en castigo de sus vicios é iniquidades. Siendo esta pastoral tan contraria á la que se deseaba, el gobierno de Venezuela no permitió su publicacion. Memorias de contemporáneos aseguran que el arzobispo de Carácas dirigia desde su retiro los fanáticos esfuerzos y las intrigas del clero contra el nuevo gobierno y á favor de la España, su patria. Estaba muy disgustado por la abolicion de la Inquisicion y con otras várias reformas imprudentes y extemporáneas decretadas por el congreso y el gobierno de la Union. Sobre todo habia sentido la derogacion constitucional del fuero eclesiástico. Se acababa de publicar por la imprenta una larga disertacion que el arzobispo habia dirigido al congreso, asociado de su clero secular y regular, pidiendo la derogatoria del artículo 180 de la constitucion, y que se declarase estar vigente la inmunidad clerical conforme á las leyes y cánones de la Iglesia; en caso contrario, el clero protestaba solemnemente ante el gobierno de Venezuela, ante los pueblos y ante las naciones todas del catolicismo. Sin embargo ofrecia sus respetos y ratificaba la obediencia que habia prestado á la soberanía.

Era harto irregular la conclusion que puso el arzobispo á dicha exposicion: « Y yo Narciso, decia, por la gracia de Dios y de la santa Sede Apostólica, arzobispo de Carácas, que á la cabeza de mi clero secular y regular acabo de hacer á Vuestra Majestad esta exposicion; como diocesano en todas las ciudades, lugares y departamentos de la provincia de Carácas; como metropolitano por el derecho de tuicion que tengo sobre la disciplina en todas las confederadas; como delegado apostólico en

todas las causas y negocios de los regulares, en cumplimiento del juramento solemne que presté el dia de mi sagrada uncion, y de las obligaciones irremisibles que contraje con la Iglesia universal, en mi propio nombre y en el de mi Santísimo Padre Pio VII y en el de toda la Iglesia católica, de cuya ratihabicion estoy cierto, exhorto á Vuestra Majestad (y caso necesario ruego y encargo), á que derogando ó declarando el artículo 180 de la constitucion federal, deje intacta la disciplina eclesiástica sobre el fuero personal, para cuya abrogacion ni diminucion no hay en mí autoridad alguna, á pesar de la plenitud de aquella con que el Espíritu de Dios me ha establecido sobre la Iglesia de Venezuela, que Jesucristo adquirió con su sangre, dejándola siempre sometida á su Vicario el Soberano Pontífice. La justicia de estos reclamos me inspira, Señor, la mayor confianza; y yo creo que vuestro zelo y religion estarán de acuerdo con mis deseos, y que un prelado que ha sabido respetar y obedecer la potestad constituida, añade por este hecho á la autoridad divina de que se halla investido un nuevo título para exigir una correspondencia igual. Entre tanto con afecto verdadero doy á Vuestra Majestad mi pastoral bendicion. »

El tono exigente y decidido de la protesta y reclamacion que el clero y el arzobispo de Carácas dirigieron al congreso de Venezuela, manifiestan con la mayor claridad cuánto era lo que habian sentido la derogacion del fuero é inmunidad eclesiástica. Así nos parece indudable que aquella disposicion tan imprudente como impolítica de los bisoños legisladores ansiosos de manifestar la liberalidad de sus principios, enajenó é hizo perder al nuevo gobierno el afecto del clero, que tanto influjo tenia sobre los pueblos. No era, pues, de admirar que se aprovechára diestramente de los estragos del terremoto, para hacer una guerra formidable al sistema de independencia y libertad bajo del cual se habian comenzado á derogar los antiguos privilegios del clero español.

En medio de tantas divisiones, angustias y miserias como rodeaban á los pueblos de Venezuela, y cuando la mayor parte de sus habitadores solo pensaban en aplacar á Dios irritado, con procesiones, limosnas, penitencias públicas y otros actos de piedad y devocion, el azote formidable de la guerra vino á reagravar los estragos de la naturaleza. En Barquisimeto, donde se hallaba el cuartel general republicano mandado por el coro-

nel Diego Jalon, habia perecido por el terremoto la mayor parte de las tropas, y á su comandante por una rara fortuna se le sacó muy estropeado de entre las ruinas. Sabiendo esto Monteverde, envió su vanguardia de 200 hombres, mandada por el capitan don Francisco Mármol, quien ocupó aquella ciudad el 2 de abril. Dos dias ántes sus moradores, aterrados, habian jurado al rey, movidos por los sermones de uno de sus curas, que imitando al fraile Mota clamaba sobre los escombros aun recientes, que el terremoto era castigo del Cielo, por el atroz delito de haber declarado la Independencia. En Yaritagua despues de un sermon idéntico se juró al gobierno del rey, como una expiacion agradable al Ser Supremo. Imitó el mismo contagioso ejemplo la ciudad del Tocuyo y los pueblos inmediatos, que proclamaron al rey apresurándose á comunicarlo á Monteverde. Asegurado este por sus flancos, pudo dedicarse á sacar de entre las ruinas del cuartel de Barquisimeto algunos elementos militares. Extrajo, en efecto, siete cañones de artillería, 600 tiros de esta arma, fusiles, balas, pólvora y 50 tiendas de campaña, auxilios que le eran muy útiles para continuar la campaña que tan bien le iba saliendo. Con la mayor facilidad habia ocupado una grande extension de país, llamado por sus aterrados habitantes y precedido por las seducciones de algunos eclesiásticos. El cura Torréllas se distinguia entre estos como el apóstol mas zeloso de Fernando VII. Los pueblos, seducidos y atemorizados, proclamaban al rey como el mejor específico para aquietar la tierra y contenerla en sus convulsiones naturales. Aun hicieron mas; sus habitantes tomaron las armas, y contribuyeron con todo lo que les exigia la rapacidad de los realistas para engrosar las filas de Monteverde, y merecer por este medio que Dios les perdonára sus pecados políticos. Hé aquí las doctrinas de los fanáticos é ignorantes clérigos que sostenian el partido español en las provincias de Venezuela, doctrinas que por algun tiempo consiguieron mantener el poder absoluto contra los principios eternos de libertad é independencia; pero que hoy cubren de merecido oprobio á los eclesiásticos y seglares que las proclamaron.

En tan críticas circunstancias, el congreso de la Confederacion, que aun se hallaba reunido en Valencia, suspendió sus sesiones el 4 de abril, acordando que las continuaria de nuevo el 5 de julio próximo. Su último decreto fué autorizar extraordinaria-

mente al poder ejecutivo de la Union para que dictára cuantas providencias juzgase convenientes á la salvacion de la patria en peligro.

Engrosadas las tropas de Monteverde con la artillería, armas y municiones que sacára de las ruinas de Barquisimeto, elevó su division á mil infantes y 180 jinetes. Pensando entónces en mayores empresas, envió al oficial Geraldino á ocupar á Trujillo con un destacamento; y otro sorprendió en la villa de Araure al coronel Florencio Palácios, segundo en el mando del ejército de Occidente, á quien hizo prisionero.

El coronel Jalon, que era el primer jefe, se habia retirado de Barquisimeto á San Cárlos, y en esta populosa villa mandaba 1,300 hombres allegados de todas partes y por consiguiente inexpertos reclutas. Enfermo aun Jalon de las contusiones que le causára el terremoto, dió el mando á su segundo el teniente coronel Miguel Ustáriz y al mayor general Miguel Carabaño. Monteverde entre tanto se habia avanzado al pueblo de San José, que dista muy poco de San Cárlos, y no se atrevia á atacar á los patriotas. Aun se retiraban ya sus tropas espantadas, cuando supo que un escuadron de caballería del Pao, en el que especialmente confiaban los patriotas, se le pasaria, seducido por su comandante don Juan Ontalva (1). Con esta noticia aguardó á los republicanos entre la villa y el pueblo de San José, los que vinieron á buscarle. En lo mas recio de la pelea, la traicion de Ontalva y de su caballería pasados al enemigo, desordenaron la infantería, que no pudo resistir : esta fué dispersada, prisionera ó muerta (abril 25), escapando solo unos pocos soldados con el teniente coronel Ustáriz y otros oficiales hácia Valencia. Las tropas de Monteverde mataron aquel dia sin piedad, y en seguida saquearon á San Cárlos, segun lo habian hecho ántes con Barquisimeto, Araure y otros pueblos. Ejecutaban esto para comprobar los paternales designios del gobierno real que iban á restablecer; y eran los medios mas eficaces para que los pueblos obcecados abrieran los ojos y conocieran el alto precio de la independencia y libertad de su patria.

Reforzado Monteverde con dos cañones, mas de quinientos fusiles, las municiones y otros artículos que tomára á los republicanos en el campo de batalla y en San Cárlos, destacó á su

(1) Aseguran otros que el capitan Crúces fué el traidor.

segundo el coronel don Eusebio Antoñánzas, y dándole alguna fuerza le previno se apoderára de los Llanos de Oriente hasta Calabozo. Él resolvió seguir á Valencia, donde no habia fuerzas que oponerle.

Así que el poder ejecutivo de la Union supo el estado lamentable de los negocios públicos, vió claramente que era preciso conferir á un solo hombre todas las facultades necesarias para salvar la República, obra superior á las fuerzas del triunvirato ejecutivo. Revistió, pues, con el mando del ejército y plenas facultades al general Francisco Rodríguez del Toro, quien considerándose incapaz de llevar á cima tan difícil empresa, se excusó de aceptarla. Confirióse entónces la dictadura á Miranda, bajo el título de generalísimo de mar y tierra (abril 26), á quien delegó el ejecutivo cuantas facultades le habia concedido el congreso, que eran todas las necesarias para salvar la patria, sin sujetarle á ninguna ley. Miranda aceptó una comision tan ardua como arriesgada en el estado decadente en que se hallaba la República. Hecho esto, el gobierno general de Venezuela se retiró á la Victoria, á fin de estar próximo y poder auxiliar las providencias que dictára Miranda, para disipar la tempestad que tronaba por todas partes.

Las tropas y los principales recursos con que el generalísimo podia contar para la defensa del país se hallaban en Carácas. Siguió, pues, sin tardanza á la capital, dejando encargado el mando de la guarnicion de Valencia, que se componia de cerca de ochocientos hombres, al teniente coronel Ustáriz, con órden para defender la ciudad. De paso por San Mateo, hacienda del coronel de milicias de Aragua, Simon Bolívar, le nombró comandante de la plaza de Puertocabello, puesto de la mas alta importancia : allí existian los almacenes militares del ejército y en el castillo de San Felipe habia un presidio donde se hallaban encerrados algunos Españoles y realistas, por haber conspirado contra el gobierno republicano. Puertocabello debia tambien cubrir el flanco derecho del ejército, que se iba á formar. Bolívar aceptó el mando aunque con repugnancia; ambos siguieron á Carácas, adonde llegaron el 29 de abril.

Los miembros que componian el poder ejecutivo provincial eran los ciudadanos Francisco Berrío, Francisco Talavera y Luis José Escalona. Estos reconocieron la autoridad del generalísimo Miranda y le franquearon cuantos auxilios pidió. Al siguiente

dia estuvieron preparadas las tropas, armas y municiones por el inspector general, coronel Juan Pablo Ayala, quien habia trabajado y continuó sus tareas con un zelo muy laudable. Así fué que el 30 por la tarde ya comenzaron á desfilar hácia los valles de Aragua tres divisiones de las mejores tropas que tenia la República. Componíanse de dos batallones de infantería de línea y siete de milicias regladas, diez piezas de artillería con sus correspondientes dotaciones, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de infantería y caballería. Ademas, un piquete de Franceses expelidos ó emigrados de su patria, que habian venido á buscar fortuna en la América del Sur : lo mandaba el coronel Ducailá.

Miranda y su comitiva salieron de Carácas el 1° de mayo al amanecer y se adelantaron á las divisiones que marchaban. Alguna demora sufrieron estas á causa de fuertes detonaciones que se oyeron en la noche del 30, las que parecian de un combate; se creyó al principio que podian ser algun ataque de los realistas sobre la Guáira. En consecuencia Miranda se detuvo en las alturas de la Laja. Mas cercioróse en breve que en Carácas y la Guáira no habia novedad alguna, y continuó su marcha hácia Valencia. Se averiguó despues que las detonaciones provenian de un volcan de la isla de San Vicente.

Era de la mayor importancia defender á Valencia, por su posicion, por los recursos militares que contenia y para cubrir un flanco de la plaza de Puertocabello. Por tales consideraciones Miranda envió desde el camino un oficial por la posta, para que le diera informes sobre el estado de aquella ciudad, y dijese al gobernador Ustáriz que respondia con su cabeza de la defensa y conservacion de Valencia. Pero esta órden llegó tarde : desalentado Ustáriz por las deserciones y por la ninguna confianza que le merecian sus tropas, aterradas con los reveses que habian sufrido en la campaña, abandonó á Valencia el 30 de abril. El capitan Bartolomé Salom, cumpliendo las órdenes de su jefe, inutilizó cuanto no se pudo conducir del parque y municiones. Ustáriz se acampó en el estrecho de la Cabrera, donde le hallára la órden del generalísimo : esta le hizo la mas fuerte impresion segun era de suponerse.

Entre tanto Monteverde, llamado y como impelido por los pueblos, adelantaba sus marchas y mejoraba su posicion. En San Cárlos se le unieron como auxiliares poderosos los dóctores

Juan Antonio Rójas Quéipo, Vicente Maya y Juan Nepomuceno Quintana, don Francisco Hernández de la Joya y don Vicente Gómez, junto con el presbítero don Pedro Gamboa y el célebre fray Pedro Hernández, con otros varios realistas de nombres oscuros. Estos allanaron el camino á Monteverde, á fin de que le recibieran como á su libertador, y proclamáran de nuevo y juráran á Fernando VII : medida que aquellos apóstoles del despotismo presentaban como el único remedio para los males que afligian á Venezuela.

Los mismos sentimientos se difundieron en Valencia por las intrigas y seduccion de los partidarios realistas. Así fué que en el momento que se vieron libres de la guarnicion republicana, muchos de los Valencianos avisaron á Monteverde la evacuacion, y le instaron vivamente que sin tardanza alguna pasára á ocupar la ciudad. El jefe español se aprovechó luego al punto de los favores que le brindaba la fortuna y marchó sobre Valencia : hizo su entrada el 3 de mayo en medio de los vivas y aclamaciones de sus vecinos, que en gran parte habian sido opuestos al sistema de independencia.

De esta manera los jefes y tropas realistas, aprovechándose del terror y fanatismo religioso de los habitantes de Venezuela, habian difundido los estragos de la guerra por una gran parte de la Confederacion, saqueando las poblaciones, exigiendo fuertes contribuciones y persiguiendo á los infelices patriotas, á quienes ponian presos para remitirlos á Coro, embargándoles tambien sus bienes. Las desgracias lamentables del terremoto y la miseria de los pueblos no arrancaron una lágrima ni excitaron la menor compasion á los agentes del gobierno español, que solo respiraban guerra y venganza contra los insurgentes. ¡ Cuán diversa fué la conducta del vicealmirante inglés Laforey, comandante de las fuerzas marítimas de Su Majestad Británica en las islas de Barlovento! Él manifestó su dolor al gobierno de Venezuela con motivo de los estragos del terremoto, y envió á su disposicion la fragata *Orfeo*, para que dispusiera por algun tiempo de sus servicios en el estado triste en que se hallaba el país.

Solamente habia corrido una hora despues que dejamos á Monteverde ocupando á Valencia, cuando fué atacado por la columna de Ustáriz. Á este oficial pundonoroso no le quedó otro recurso, luego que recibió la órden ya mencionada de Miranda,

para que defendiese á todo trance á Valencia ó la tomára de nuevo. Ustáriz, en efecto, ocupó el Morro; pero sus tropas desalentadas fueron batidas por los realistas, sufriendo los patriotas alguna pérdida de hombres y armas. Los restos de la columna rechazada se retiraron al pueblo de Guácara. En breve llegó el generalísimo, principiando allí la organizacion del ejército. Formóse una columna de cazadores al mando de los tenientes coroneles Rafael Chatillon y Santiago Lemer. Se confirió la direccion de la caballería al coronel Mac-Gregor, Escoces de nacimiento, admitido al servicio, quien habia ido á Venezuela recomendado por el duque de Kent. Estos oficiales extranjeros inspiraban confianza en el ejército por su atrevimiento y decision.

Como los realistas no hacian tentativa alguna sobre los republicanos, el generalísimo mandó avanzar hasta el pueblo de los Guáyos, una legua distante de Valencia, un destacamento de quinientos hombres, mandados por el teniente coronel Antonio Flórez (mayo 8). Atacado por los realistas, parecia el triunfo seguro por la calidad de las tropas republicanas; pero cuando ménos se pensaba, una infame traicion dió la victoria á los Españoles. El capitan de granaderos del primero de línea Pedro Ponce se pasó con toda su compañía á los enemigos. Este funesto acontecimiento tuvo las mas fatales consecuencias, porque una pérdida y traicion tan inesperada introdujo en el ejército republicano la mayor desconfianza, y quizas fué la causa primera del sistema defensivo que adoptó Miranda. Temiendo este que Monteverde avanzára sus tropas, á fin de aprovechar el triunfo que le habia proporcionado la traicion, hizo mover todo su ejército para oponerse á los realistas. Mas el jefe español regresó á Valencia, y el generalísimo se detuvo en el promedio de Guácara y los Guáyos.

Temeroso Miranda de que cundiera en sus tropas el espíritu de traicion, levantó su campo y retrocedió hasta Maracay, donde lo fijára. Esta marcha retrógrada de ningun modo agradó á algunos oficiales, que pensaban no ser prudente abandonar al enemigo el país intermedio.

Animados los realistas con la ventaja obtenida en los Guáyos, hicieron una correría por la parte meridional del lago de Valencia. Entónces sorprendieron un destacamento patriota apostado en Güigue, y mataron á su comandante el teniente coronel Juan Domingo Monastérios. Mas bien pronto una columna diri-

gida por el coronel Juan Paz del Castillo los hizo retirar á Valencia, la que guarneció sin oposicion alguna la estrechura de Guáica.

Dispuso entónces el generalísimo fortificar varios puntos, para cubrir las avenidas por donde los enemigos podian avanzar sobre su campo de Maracay y hácia los valles de Aragua. El brigadier de ingenieros Francisco Jacot fué comisionado para dirigir la construccion de las fortificaciones en el estrecho de la Cabrera por el norte del lago, y en Guáica y Magdaleno por el sur. Construyéronse estacadas y fosos con su correspondiente artillería y tropas que los defendieran. Ademas, tres lanchas cañoneras y otras pequeñas embarcaciones se apostaron en el lago, para mantener las comunicaciones libres, y conducir auxilios al punto que fuera atacado.

El sistema defensivo adoptado por el generalísimo dejó á Monteverde en absoluta libertad para dirigir sus movimientos adonde le placiera ó tuviera por conveniente, lo que era una gran ventaja. Esto perjudicaba sobre manera á la causa de los republicanos. Así fué que en el ejército principió á manifestarse el descontento contra Miranda, cuyo sistema se criticaba con acrimonia, pues no se le veía dar pasos ni providencias para hacer ilusorios los proyectos del enemigo.

Uno de los que daba mas cuidado por el momento era la invasion de los Llanos. Á fin de no dejarlos indefensos, el coronel Juan Paz del Castillo marchó con una columna en la direccion de Camatagua, junto con el ciudadano Antonio Nicolas Briceño. Por el lado de Ocumare y los Pilónes siguió el coronel Juan Escalona, á quien acompañaba el doctor Francisco Javier Yáñes. El disgusto que el generalísimo observaba en muchos que nunca habian aprobado su eleccion, y la creencia que tenia de que ejerciendo mas amplias facultades desempeñaria mejor el alto destino que se le habia conferido, le hizo concebir la idea de convocar una junta, compuesta de comisionados del poder ejecutivo general, del de la provincia de Carácas y de la legislatura provincial de la misma. Túvose, en efecto, la reunion el 18 de mayo en la Trinidad, hacienda del marques de Casa-Leon: su resultado fué investir á Miranda con todas las facultades de un dictador, quedando por consiguiente anulados los demas poderes públicos. Miranda retuvo á su lado como consejeros á los ciudadanos Francisco Espejo y Juan German Roscio.

Fueron resultado inmediato de las facultades conferidas en aquella junta dos medidas trascendentales. Publicóse la ley marcial (mayo 20), y segun sus disposiciones debian tomar las armas todos los ciudadanos en estado de llevarlas, exceptuando solamente los ordenados *in sacris* y unos pocos empleados civiles. Por otro decreto de aquellos mismos dias Miranda llamó al servicio de las armas á los esclavos, ofreciendo la libertad á los que se enroláran en las filas republicanas y sirvieran diez años: se prometió en el decreto indemnizar á sus amos en mejores circunstancias para la República. Esta providencia del dictador era seguro que produciria mayores males que bienes, porque indisponia contra el nuevo gobierno á todos los dueños de esclavos y á los ricos propietarios, privando al mismo tiempo á la agricultura de sus brazos mas robustos. Dió tambien el ejemplo de llamar los esclavos á las armas, de cuyo arbitrio se usaria bien pronto contra los republicanos.

Semejantes disposiciones de Miranda dieron mas fuerza al partido que contra él habia entre los patriotas, que le censuraban algunos actos arbitrarios, inevitables bajo de una dictadura militar y en momentos peligrosos. Muchos de los republicanos tampoco aprobaban el sistema defensivo adoptado por Miranda. Creían que con cerca de cuatro mil hombres que habia conseguido reunir, debiera obrar con otra decision contra las fuerzas inferiores que Monteverde tenia en Valencia.

La fortuna favorecia á este, pues su segundo el coronel Antoñánzas habia triunfado en su expedicion á los Llanos de Oriente. En 20 de mayo ocupó y saqueó la villa importante de Calabozo, despues de un recio combate en que perecieron todos los que se le oponian. Uniósele allí el célebre Español don José Tomas Bóves, y en su compañía marchó sobre San Juan de los Mórros: fueron degollados sus defensores, los ancianos, las mujeres y los niños con circunstancias las mas horrendas: se asegura que allí estaba tambien don Antonio Suasola. Entregaron en seguida á saco la poblacion, lo mismo que la cercana villa de Cura. Antoñánzas, Bóves y Suasola se llevan, pues, la palma fatal de haber sido los primeros Españoles que hicieron en Venezuela la guerra á muerte, que despues hizo gemir tanto á la humanidad y fué causa de retaliaciones formidables.

Influyó en los progresos de Antoñánzas la defeccion del comandante Gróira, irritado contra el generalísimo por algunas

fuertes reconvenciones que le habia hecho. Algun tanto detuvieron sus progresos las columnas republicanas enviadas hácia el Llano; pero estas no hicieron accion alguna distinguida. Antoñánzas estaba, pues, en aptitud de reunirse al grueso del ejército de Monteverde, que permanecia en Valencia.

El jefe realista se habia empeñado en forzar por Guáica la línea defensiva de los patriotas. Atacóla con vigor en 19 y 26 de mayo; en ambas ocasiones fué rechazada con pérdida considerable. El coronel Juan Pablo Ayala, que mandaba el puesto, se distinguió en aquellos ataques, en que sirvieron con mucha utilidad las lanchas cañoneras apostadas en el lago. Nuevos refuerzos se enviaron del cuartel general para defender aquel punto importante, que cubria las avenidas de los valles de Aragua y la misma capital.

Aunque la fortuna no habia favorecido á Monteverde en sus ataques repetidos contra la línea defensiva de los republicanos sobre el lago de Valencia, habíale sido próspera en otros puntos. Por medio de sus destacamentos consiguió que la provincia de Barínas proclamára y jurára á Fernando VII, ventaja de la mayor importancia en aquellos momentos, pues cubria su espalda. Las provincias de Trujillo y Mérida hicieron lo mismo, auxiliados los partidarios del rey por una expedicion enviada de Maracáibo á las órdenes del coronel don Ramon Correa. Los patriotas fugitivos de Mérida se habian reunido con las milicias de Pamplona en la Nueva Granada, formando así un cuerpo de 600 hombres mal armados y sin disciplina. Atacólos Correa el 13 de junio en la villa de San Antonio del Táchira, donde los derrotó completamente, tomándoles doscientos prisioneros junto con las pocas armas y municiones que tenian. — Correa usó bien de la victoria, y en seguida se apoderó de los valles de Cúcuta.

Monteverde tuvo igualmente la fortuna de ser auxiliado á fines de mayo. El brigadier Cebállos, calculando en Coro los riesgos que cercaban á su teniente, habia ido hasta Valencia á hacerse cargo del mando, conduciendo tres compañías de tropas españolas recien venidas de Puerto-Rico, así como algunos oficiales, armas y municiones. Engreido Monteverde con las ventajas obtenidas, no quiso entregar el mando á su jefe inmediato, suponiendo falsamente que tenia órdenes reservadas del capitan general Miyáres. Cebállos, temiendo suscitar bandos y divisio-

nes entre las tropas reales, que perjudicáran á la reconquista, no insistió en asumir el gobierno que le tocaba como á jefe de mayor graduacion; él tornó á Coro con los oficiales sueltos que le acompañaban.

En el intermedio los dos ejércitos contendores habian permanecido en la inaccion, observándose mutuamente en las posiciones que ántes hemos indicado. Monteverde fué el primero que renovó sus ataques, ocupando el sitio de la Fagina, entre el pueblo de San Joaquin y los cerros de la Cabrera : tambien se dirigió contra la posicion de Guáica, de donde nuevamente fué rechazado (junio 12). Mas volviendo con mayor empeño á renovar la pelea, concibieron los realistas el plan de flanquear las fortificaciones, penetrando por sendas inusitadas; así lograron apoderarse de un destacamento sorprendido en el pueblo del Magdaleno hácia la parte meridional del lago, suerte que tambien cupo á otro situado al norte, en la altura llamada de los Corianos, dirigido por el capitan Domingo Fagúndez, quien pereció defendiendo su puesto con valor. Salvadas por los enemigos las fortificaciones que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, Miranda se vió en la necesidad de abandonar á Guáica y la Cabrera, y tambien su cuartel general de Maracay, cuyas alturas habian sido ocupadas por los realistas. Al anochecer del 17 de junio emprendió su retirada á la Victoria, despues de haber mandado poner fuego y destruir los abundantes depósitos de víveres y aun de municiones que habia reunido en su cuartel general. Este precipitado movimiento mereció con razon la crítica mas severa, pues él se parecia mucho á una fuga sin motivo alguno razonable.

Animado Monteverde con esta marcha retrógada del generalísimo, avanzó hasta la parroquia de San Mateo con 3,100 hombres, pues se le habian incorporado 400 que condujo de Trujillo el oficial Geraldino. Su ejército era, sin embargo, inferior en número y en disciplina al de los patriotas. Mas estos, por una fatalidad inexplicable, se mantenian á la defensiva, sin que Miranda diese muestras de los talentos, energía y fuerza de alma que en su juventud desplegára en los campos de la Bélgica.

Grande fué la confianza que dió á Monteverde la inopinada marcha retrógada del generalísimo, y le inspiró el proyecto de sorprender el cuartel general republicano. En efecto, el 20 de junio, cuando se hallaban los patriotas ocupados en limpiar el

armamento y sin temor alguno de ser embestidos por los realistas, se vieron atacados de repente por algunas compañías que dirigia Monteverde en persona, las que entraron en las calles de la Victoria mezclados los invasores con los republicanos, é introduciendo el desórden y la confusion en el campamento. Sin embargo, el valor denonado y la sangre fria del generalísimo y de otros varios oficiales consiguieron resistir el empuje de los Españoles, restablecer el órden y rechazarlos, obligándoles á retirarse en desórden hasta Cerrogrande. Habiendo recibido auxilios, los realistas defendieron esta posicion, donde se fortificaron.

Para evitar Miranda otro acometimiento semejante, ordenó al brigadier de ingenieros Joaquin Pineda que trazára fortificaciones en las calles de la Victoria y en los puntos mas ventajosos. Trabajóse en ellas con actividad, y en breve estuvieron montados 28 cañones de diversos calibres, y oficiales distinguidos quedaron encargados de la defensa de los varios puntos. Á pesar de esto, Monteverde quiso tentar de nuevo la fortuna, dirigiendo personalmente otro acometimiento contra el cuartel general de la Victoria (junio 29) : habia sido reforzado con el destacamento que trajo á Valencia el coronel Antoñánzas de los Llanos del Oriente, habiendo conseguido reunirse á su jefe por la villa de Cura. Principióse la accion al amanecer, dirigiéndose las principales fuerzas realistas por el sitio del Pantanero, cuyo destacamento mandaba el capitan Francisco Tobar. No tardó en generalizarse el combate en toda aquella parte de la línea, mandada por el coronel Ayala y por su segundo el comandante Chatillon. Casi el dia entero duró la pelea, y los realistas fueron batidos despues de perder bastante gente y de consumir la mayor parte de sus municiones, regresando á Cerrogrande y San Mateo. Testigos presenciales y de conocimientos en el arte de la guerra afirman, que si Miranda, como se lo pedian varios oficiales de su ejército, persigue vivamente á Monteverde en aquel dia, pudo destruirle y asegurar la causa de la Independencia; pero en vez de esta medida vigorosa recogió sus tropas y volvió á encerrarse en la Victoria.

Despues de esta accion, Monteverde quedó tan debilitado, segun la confesion de los mismos realistas, que solo tenia quinientos hombres de tropas disciplinadas : todas las demas eran una masa informe de vecinos de los pueblos que le seguian,

bisoños, mal armados y sin organizacion alguna. Tambien se hallaba desprovisto de municiones, porque apénas contaba con 4,000 cartuchos de fusil; solamente podia proveerse y recibir algunos auxilios de Coro, ciudad que distaba de su cuartel general mas de cien leguas, y allí no existian repuestos algunos. ¡Qué ocasion tan brillante para que Miranda se hubiera aprovechado del feliz combate del Pantanero y marchado sobre los realistas!

En tan crítica situacion, reunió Monteverde una junta de oficiales, y todos convinieron en la necesidad de que las tropas se replegáran á Valencia. Mas el doctor don Juan Antonio Rójas Quéipo, su consejero íntimo, le persuadió que aguardára dos ó tres dias mas en sus posiciones, para ver si dentro de este plazo ocurria algun suceso que diera mejores esperanzas. Entre tanto, á fin de evitar que las tropas le obligáran á cumplir el acuerdo de la junta de guerra, le condujo al pueblo de Cágua.

Los negocios presentaban en aquellos dias un aspecto mas favorable á los patriotas. El ejército que habia reunido el generalísimo Miranda era numeroso, y él dictaba las mas activas providencias para disciplinarlo, y para organizar la hacienda pública del territorio libre, á fin de conseguir armas y municiones de boca y guerra. El papel moneda habia cesado de ser un recurso por su casi absoluto desprecio, pues nadie lo queria recibir en aquellas circunstancias peligrosas para el gobierno republicano, que lo habia emitido sin otra garantía que su palabra y buena fe. Miranda procuraba tambien contrarestar las doctrinas del fanatismo religioso, y las seducciones de una parte del clero venezolano, empeñado en destruir el sistema de independencia y libertad.

Una de estas providencias del generalísimo fué la expulsion que decretára del arzobispo Coll y Prat (junio 29). Habia muchos que le atribuían estar fomentando desde su retiro de Naraulí los ataques que el clero daba al nuevo sistema, y en consecuencia Miranda comisionó al doctor José Cortés Madariaga, quien debia conducirle hasta la Guáira. Madariaga, en efecto, dió varios pasos con las autoridades del tránsito para cumplir su comision, que al fin no se realizó. Parece que el doctor Francisco Javier Yáñes, otro de los comisionados, junto con el coronel José Félix Ríbas, se opusieron, alegando poderosos fundamentos que frustraron aquella violencia. Los mismos comi-

sionados debian asegurar en prisiones á todos los Españoles é Isleños que fueran sospechosos y ocupar sus propiedades; se temian sus maquinaciones en aquellas circunstancias.

Pero cuando los negocios políticos presentaban un aspecto mas favorable por la debilidad y crítica situacion de los realistas, de repente dos acontecimientos lamentables vinieron á empeorar la causa de los republicanos.

El primero fué la sublevacion de los negros libres y esclavos de los valles de Curiepe, Capaya, Guapo y otros pueblos situados á barlovento de Carácas. Este suceso funesto ocurrió en 24 de junio, promovido por los Españoles europeos don Isidoro Quintero, don Manuel Elzaburu y don Gaspar González, en asocio, segun afirmaron algunos contemporáneos, de don Ignacio Galarraga y don José de las Llamósas, bajo el pretexto de defender los derechos de Fernando VII. Tuvo acaso mucha parte en dicha sublevacion el decreto de Miranda que llamaba á los esclavos al servicio militar, pues seguros los amos de algunos de que iban á perderlos enrolándose en las filas republicanas, quisieron hacer con ellos todo el daño posible á los patriotas, combatiendo su causa. Los negros alzados formaron grupos numerosos, y no teniendo quien los gobernára cometieron los mayores excesos, especialmente contra la poblacion blanca: ellos se dividieron penetrando unos por la montaña de Aragüita hasta los valles de Santa Lucía; otros avanzaron por la costa del norte hasta el pueblo de Naiguatá. El atropamiento mas numeroso montó los cerros de Capaya, lanzándose sobre los pueblos de Guatire y Guarénas, donde con bárbara fiereza cometieron muchos horrores, amenazando á Carácas con la destruccion, pues no habia ni fuerzas, ni hombres que la defendieran. Los mismos criminales autores de aquella sublevacion, espantados de su obra, tuvieron que huir para no ser víctimas de los negros feroces, á quienes habian puesto las armas en las manos para concurrir á la destruccion de su propio país.

Esta sublevacion afirmó á Miranda en su propósito de estar á la defensiva, enviando algunas fuerzas para defender la capital. Como la traicion y las deserciones habian sido la causa de varios descalabros que sufrieron sus tropas, temia que se renováran tan deshonrosos precedentes, pues la opinion de los pueblos no mejoraba, pronunciándose por todas partes contra el sistema de independencia.

Otro suceso aun de resultados mas extensos contra esta ocurrió en Puertocabello. Hallábanse presos en el castillo de San Felipe don Jacinto Istueta, don Francisco Sánchez, don Francisco Inchauspe, don Juan Antonio Baquero, el sarjento Alarcon y otros de los que habian hecho y sostenido la revolucion de Valencia en 1811. Á algunos de estos se les habia indultado la vida por el congreso, indulto funesto que dejando vivir á los criminales enemigos de la Independencia, fué causa de que dieran un golpe de muerte á la naciente libertad.

Aprovechándose dichos reos de la ausencia del coronel Simon Bolívar, gobernador de la plaza y castillo de San Felipe, cuyo comandante José Aymerich tambien estaba en la ciudad, se pusieron de acuerdo con la compañía de artilleros acuartelados en las bóvedas con los presidiarios, y con el oficial de milicias Francisco Fernández Vinoni, que mandaba la guardia aquel dia; así lograron enarbolar el pabellon español el 30 de junio á las tres de la tarde.

Como el castillo domina con sus fuegos la plaza y sus baterías, rindió los buques fondeados en el puerto y comenzó á batir la ciudad.

Sin embargo de que parecia imposible la defensa, Bolívar pidió auxilios á Miranda, y sostuvo el fuego del castillo por tres dias, el que causára grave daño á la poblacion. El 4 de julio supo que habiendo tenido Monteverde noticia de lo acaecido, se dirigia á la plaza, y poco despues los destacamentos que guarnecian los puestos avanzados comenzaron á pasarse al enemigo. Este marchaba por el camino de Aguacaliente, y Bolívar envió los únicos 200 hombres que podia reunir para que lo atacáran dirigidos por los coroneles españoles Míres y Jalon. Trabóse el combate en el estrecho valle de San Estévan, donde dichos jefes fueron completamente derrotados, quedando prisionero Jalon y regresando á la plaza Míres con solo 7 soldados. Aun quiso Bolívar defenderse con 40 hombres que le habian quedado. Mas abandonado el dia 6 de julio por sus últimos compañeros, resolvió embarcarse en Borburata con 8 oficiales que le acompañaban. Debió su salud al bergantin *Zeloso*, mandado por el fiel español Martiarena, á cuyo bordo se trasladó á la Guáira.

La pérdida del castillo de Puertocabello se supo en el cuartel general de la Victoria el 5 de julio, al terminarse un banquete

que dió Miranda á los oficiales para celebrar el aniversario de la declaracion de la Independencia. Al dia siguiente las salvas de artillería del campo enemigo confirmaron la funesta noticia, de que tambien se habia perdido la plaza; y al oirlas Miranda exclamó: — «Venezuela está herida en su corazon.» En efecto, era un acontecimiento demasiado funesto para la causa de los independientes.

En Puertocabello existian sus almacenes y parques. Monteverde, que estaba escaso de municiones, y cuyas esperanzas de adquirirlas eran muy tardías, las tuvo en un momento con los demas aprestos militares que se custodiaban en aquella plaza y puerto tan importante: pérdida de tamaña magnitud vino á inspirar mayor desaliento en los ánimos, cuya energía estaba ya debilitada por una serie no interrumpida de desgracias. Sin que la traicion hubiese abierto á Monteverde las puertas de aquella plaza, se habria visto obligado á retirarse para impedir la destruccion de su ejército, mal organizado y desprovisto de elementos militares. Miranda tenia ya cerca de 5,000 hombres reunidos en la Victoria, bien fortificados y defendidos por 28 piezas de artillería. Este ejército era superior al realista, que apénas contaba 3,100. Aun era capaz de destruir á los realistas si todo él hubiese estado lleno de un espíritu patriótico; pero muchos ó los mas reclutas se tomaban forzados, y en algunos cuerpos habian cundido las máximas de los clérigos fanáticos que pintaban la Independencia como un horrendo crímen, que excitaba la cólera del Cielo. Debia temerse que una accion general se perdiera por la defeccion de alguna parte de las tropas republicanas. Hé aquí la causa principal que encadenaba las operaciones de Miranda y que le forzaba á la inaccion.

No era esto solo. La posicion de Miranda y de los patriotas era crítica en extremo por otros varios motivos. Se habian perdido enteramente las provincias de Trujillo, Mérida y Barínas, cuyos habitantes juraron de nuevo al rey de España. Ellos cedieron á las armas reales con tanta facilidad, que apareció aun mas evidentemente cuán ridículo habia sido llamar *Estados soberanos é independientes* á provincias que no pudieron defenderse de cortos destacamentos mandados por Geraldino, por el Isleño González, por Antoñánzas y por otros subalternos de Monteverde. La parte occidental de la poblada y rica provincia de Carácas estaba ocupada por el enemigo, lo que tambien ha-

bia sucedido con los Llanos hasta Calabozo y demas del sudeste. Al oriente de Carácas progresaba la rebelion de los esclavos, que imprudentes Españoles y aun Americanos, enemigos de la Independencia, soltaron como fieras entre todos los propietarios blancos que habian dado el menor indicio de ser patriotas. Escenas de sangre, incendios y desolacion fueron las consecuencias inmediatas de una medida tan criminal, que estrechó el círculo del territorio que ocupaban los independientes. Los esclavos amotinados amenazaban á Carácas y cortaron todas las provisiones de aquella parte; así fué que faltando las vituallas de los pueblos de Barlovento y de los valles de Aragua ocupados por las tropas de Monteverde y de Miranda, la capital quedó como asediada, y se comenzó á sentir una grande escasez de alimentos, tanto en Carácas como en el ejército republicano.

Á todos estos males se añadió que la division se habia introducido en las tropas de Miranda, especialmente en la oficialidad. Unos lo despreciaban porque les parecia que no tenia valor y que por esto permanecia en la inaccion; otros atribuían tal sistema de guerra á motivos deshonrosos, y aun pronunciaban la palabra traicion. Estas consideraciones, la desercion que se aumentaba cada dia, pues se pasaban á Monteverde aun personas de un órden elevado en la sociedad, persuadieron completamente á Miranda de que pervertida en sumo grado la opinion pública, desalentados ó aterrados los pueblos, y sin entusiasmo alguno por la Independencia, la causa de esta no podia triunfar en aquellas difíciles circunstancias. Así, para tomar una resolucion definitiva, reunió en su cuartel general de la Victoria una junta, compuesta de los miembros del poder ejecutivo general, del secretario de guerra de la Confederacion, del director general de rentas Antonio Fernández de Leon y del doctor Francisco Paúl. Abrióse la sesion manifestando el estado crítico en que se hallaban los negocios políticos y militares de la Confederacion, á consecuencia de la pérdida de Puertocabello y de la sublevacion de los esclavos, efectos ambos de la perfidia, del fanatismo y de la traicion, que en vez de disminuirse se aumentaban cada dia y ofrecian nuevas ventajas á los realistas; que entre tanto no se habian recibido socorros algunos de las Provincias confederadas, ni habia esperanza fundada de que llegasen, á causa de estar unas ocupadas por el enemigo, otras muy poco instruidas de las obligaciones del

pacto de Union, y porque casi todas carecian de medios para auxiliar al ejército de la Federacion; que los realistas ocupaban mas de los dos tercios del territorio de Venezuela, inclusos los Llanos y sus hatos, de modo que la capital de Carácas y la Guáira difícilmente podian librarse de la invasion, y estaban expuestas á ser tomadas por el mas bárbaro de los invasores, es decir, por los negros esclavos de la costa de Barlovento. Fundada la junta en estas razones, en la falta de armas y en la ninguna esperanza de socorro extranjero, acordó tratar de un armisticio ó pacificacion con el comandante de las tropas de la Regencia española, proponiéndose hacer una paz conforme á las condiciones de reconciliacion que la Inglaterra habia dirigido á la España. Los pormenores de la negociacion se dejaron á cargo del generalísimo Miranda.

Este abrió la negociacion el 12 de julio, despues de haber obtenido un pequeño triunfo sorprendiendo y derrotando algunas tropas avanzadas del enemigo: quiso aprovecharse de esta circunstancia para conseguir mejores condiciones. Propuso, pues, á Monteverde una suspension de hostilidades para tratar de la pacificacion, la que no se le concedió sino era bajo la condicion de que las tropas reales pudieran continuar avanzando hácia Carácas. Sin embargo, Miranda envió en seguida comisionados á Valencia, donde estaba Monteverde, que fueron el secretario de guerra José de Sata y Bussy, y Manuel Aldao, teniente coronel de ingenieros. Conforme á las instrucciones del generalísimo, debian proponer la suspension de hostilidades, y que la decision de la contienda se dejára para los mediadores nombrados por el gobierno inglés; que el ejército republicano volviese á ocupar los puntos que ocupaba cuando estaba en Maracay, exceptuando á Puertocabello, la costa de Ocumare y Choroní. En caso de no obtenerse estas condiciones, se autorizaba á los comisionados para convenir en una capitulacion que salvára la libertad de las personas y propiedades de todos los que habian promovido y seguido la causa de la Independencia en las provincias de Venezuela, ya fuesen naturales ó extranjeros, quedando en libertad para permanecer ó salir de ellas, y disponer de sus bienes en el espacio de tres meses; y por último, que se conservaria el papel moneda hasta que se amortizára. Los comisionados debian exigir un término suficiente para que el generalísimo consultára la capitulacion con los

gobiernos de las provincias que aun se mantenian independientes.

Tales instrucciones se dieron el 17 de julio en la Victoria; y miéntras se conocia el resultado que pudieran tener, Miranda marchó rápidamente á Carácas y la Guáira, con el objeto de mandar preparar buques para la emigracion, y dictar algunas providencias que asegurasen la capital contra la invasion de los esclavos feroces, que amenazaban con el puñal las vidas de sus habitantes. Mas apénas se habia ausentado, cuando muchos oficiales principiaron á censurar abiertamente su conducta militar y política, que tachaban de cobarde, absurda y aun traidora. Decian, que con seis mil hombres que habia reunidos, se debia atacar denodadamente á Monteverde, y que una victoria restableceria el crédito del gobierno, la reputacion del general y la confianza de los pueblos. Si el éxito era desgraciado, nada mas se perderia; supuesto que la base de una capitulacion debia ser la entrega del país y de todo lo que existia en él perteneciente á la autoridad pública. Era grande la agitacion de los ánimos con estas hablillas y murmuraciones; aun se trataba de romper las negociaciones y deponer al generalísimo, cuando este, noticioso de aquellas circunstancias, regresó al cuartel general. En el momento mandó arrestar á varios jefes de los que promovian la sedicion, depuso á otros, y por su vigor se hizo respetar de todo su ejército.

Monteverde habia rechazado con indignacion las primeras propuestas de los comisionados de Miranda, que las reformaron despues; y en 20 de julio acordaron en Valencia una capitulacion, cuyas bases principales eran: la entrega del territorio independiente de Venezuela, de las municiones de guerra, y de todas las demas existencias correspondientes á la República; la seguridad de las personas y bienes de los que se halláran en el territorio no reconquistado, las que no serian presas ni juzgadas, ni sufririan en sus bienes extorsion alguna por las opiniones que hubieran seguido hasta entónces; que se darian pasaportes para salir de Venezuela á todos aquellos que los pidieran dentro del término de tres meses, poniéndose en libertad á los prisioneros de una y otra parte, sin que ninguno de los comprendidos en la capitulacion, aun cuando fuera extranjero, pudiera ser perseguido ni molestado por sus opiniones políticas; negándose la conservacion del papel moneda. Apénas se dieron

á Miranda cuarenta y ocho horas para ratificar esta capitulacion, expresándose que, pasado dicho término, quedaria rota, lo mismo que el armisticio. El generalísimo no se atrevió á ratificarla, y envió de nuevo en clase de comisionado al ciudadano Antonio Fernández de Leon, que habia sido uno de los mas activos consejeros de Miranda para promover la capitulacion; pues como un rico marques bajo del gobierno real amaba el sistema monárquico, aunque parecia ántes ser adicto á la revolucion y empleado en ella. Este, que se ofreció á ir, y que no volvió con la respuesta, apénas pudo obtener de Monteverde, trasladado ya á Maracay, algunas explicaciones sobre los artículos de la capitulacion, y se le exigió por último que la ratificára el generalísimo dentro del término perentorio de doce horas. No quedó, pues, á Miranda mas recurso que aprobar aquella, y el 25 de julio fué ratificada y concluída en todas sus partes. Para el arreglo y formalidades de la entrega del territorio y demas convenido, nombró Miranda de comisionado al teniente coronel Sata y Bussy, autorizándole con todos los poderes necesarios para terminar este negocio. Hecho el canje de las ratificaciones en San Mateo, se estipularon las condiciones y formalidades con que debian cumplirse, siendo la primera y mas importante la que sigue : — « El comisionado del ejército de Carácas pone por condicion de este pacto, que la ejecucion y cumplimiento de cuanto se ha estipulado anteriormente, como la ocupacion y posesion del territorio de la provincia de Carácas, debe pertenecer exclusivamente al señor don Domingo Monteverde, con quien se ha iniciado este convenio, no accediendo los pueblos de Carácas á ninguna variacion en esta parte. »

El artículo precedente fué dictado por el mismo Monteverde, que lo puso en el convenio para la ejecucion de las capitulaciones, á fin de alzarse con el mando de Venezuela y usurparlo al capitan general Miyáres, como pocos dias ántes lo habia hecho con el coronel Cebállos. Tuvo Sata la debilidad de suscribirlo sin que Miranda hubiera accedido á tal artículo, segun lo representó despues á la real audiencia de Venezuela desde la prision en que yacia. Igual juicio formamos de los demas artículos estipulados en aquel dia (julio 25) entre Monteverde y el mismo Sata. Decia el último : « Como las proposiciones hechas por los comisionados del jefe del ejército de Venezuela en las

dos referidas fechas de 20 y 24 de julio han recibido igualmente en ambas sus contestaciones respectivas, que aunque levemente se modifican y alteran, se hará una sola redaccion que las comprenda todas, y será el acta solemne y definitiva de lo estipulado, firmándose por ambos jefes en Carácas ó donde convenga. »

De estas disposiciones se originó acaso la fábula infundada de que Miranda no habia aprobado ni ratificado las capitulaciones, fábula que han pretendido acreditar algunos autores de Memorias sobre la historia de Venezuela, para vindicar ciertas reputaciones menoscabadas. Pero no hay la menor duda que el generalísimo habia ya aprobado y ratificado en aquel mismo dia las capitulaciones, y dirigido á Monteverde el correspondiente documento desde su cuartel general de la Victoria (1), lo que se dijo expresamente en las citadas estipulaciones entre el jefe español y Sata.

Luego que estuvieron ratificadas las capitulaciones, Miranda las comunicó de oficio á las municipalidades de Cumaná, Barcelona y Margarita. Consultando tambien á la seguridad de los patriotas comprometidos que quisieran emigrar, mandó cerrar el puerto de la Guáira, á fin de dar tiempo á que se reuniera la emigracion y que pudiera salir en los buques ingleses y norteamericanos que en él habia.

Esta fué la célebre capitulacion que terminó la primera época de la existencia de la República de Venezuela. Algunos la han mirado como una traicion del general Miranda, cuyo nombre han querido mancillar, sin embargo de haber empleado gran parte de su vida en trabajar por la independencia y libertad de su patria. Otros censuran la capitulacion, creyéndola un acto de debilidad que tuvo lugar en momentos en que podia haber triunfado de las tropas colecticias y mal armadas de Monteverde. De todos los hechos anteriores se deduce, que este triunfo tan fácil para algunos, era harto difícil en el estado en que se hallaba el país, perdída la importante plaza de Puertocabello, sublevados los negros de la costa de Barlovento, y ocupado en su mayor parte el territorio de la Confederacion. En aquellas circunstancias difíciles, habria sido necesario verter mucha sangre venezolana para que los patriotas pudieran mantener libres algunas provincias, y corrian el peligro de que los mismos

(1) Véase la nota 4ª.

pueblos los entregáran á los realistas. La filantropía de Miranda, sus deseos de ahorrar el derramamiento de sangre, y las demas consideraciones arriba indicadas, lo decidieron á capitular. Léjos de nosotros la menor idea de que un interes pecuniario hubiera influido en el ánimo del generalísimo para capitular. Esta patraña, inventada por algunos escritores realistas, que aun dicen haber recibido á cuenta setecientas cincuenta onzas de oro, es una verdadera calumnia que rechazamos con indignacion, y para la cual no hubo fundamento razonable. Algunos opinan que Miranda, á pesar de sus conocimientos militares, no obró en esta guerra con la energía y decision que exigian las circunstancias, permaneciendo mas de dos meses en la inaccion en Guacara, Maracay y la Victoria. Este cargo nos parece fundado, sostenido como estuvo en aquella época y en otra posterior por los talentos de algunos Venezolanos distinguidos : sería difícil contestarlo con razones victoriosas, aun cuando se tuvieran en cuenta los riesgos de una traicion que siempre tenia el generalísimo, lo que se da como la clave para explicar su conducta en aquellas circunstancias.

Concluida enteramente la capitulacion, observó Miranda que varios cuerpos de pardos manifestaban mucho descontento y que se marchaban para Carácas, diciendo públicamente que no se sujetarian á ella. Temiendo que esto causára un nuevo trastorno porque se unieran á los negros sublevados en los valles de Barlovento, y que principiáran una guerra de colores, determinó poner un pronto remedio. Así, dejando todas sus disposiciones para que se entregára la Victoria el 26 de julio, el generalísimo siguió á Carácas, con el objeto de conservar la tranquilidad pública, desarmando aquellos cuerpos de pardos, lo que consiguió por el ascendiente que tenia, y con el auxilio del gobernador Quero, de Carácas, quien abrigaba siniestras miras y designios. Entónces tambien dictó las órdenes necesarias para que se cumpliera fielmente la capitulacion y se entregára la capital. Los mismos autores realistas, enemigos declarados de Miranda, han dado repetidos testimonios de su fidelidad en cumplir exactamente cuando habia estipulado.

Miéntras se trataba de capitulacion en la Victoria, los negros sublevados en las costas de Barlovento habian estado amenazando á Carácas con la destruccion y la muerte : ellos ocupaban á Guarénas y por la costa á Naiguatá. Para contenerlos, habia

salido una columna de tropa que debia obrar por los Pilónes, dirigida por el mismo gobernador de Carácas coronel Francisco Carabaño. En su lugar quedó mandando en la capital el segundo comandante de caballería Juan Nepomuceno Quero. Este, de acuerdo con el arzobispo, envió á los negros alzados una comision de paz, compuesta del doctor Pedro Echezuría y de don Guillermo Alzuru, que les manifestó estar para concluirse una capitulacion entre el general Miranda y el jefe realista: así, que debia cesar toda hostilidad : y en efecto consiguieron que se detuviera aquella turba desbandada. En estas circunstancias, Quero se aprovechó de su mando interino á fin de congraciarse con los Españoles : entró en confabulaciones secretas con ellos y en proyectos para hacer rendir las armas á los patriotas que llegáran á Carácas. Púsose al frente de una columna, compuesta en su mayor parte de Españoles y Canários, llevando ocultas banderas reales, y ocupó el punto de Dos-Caminos, á legua y média de la capital. Hizo allí servicios importantes á la causa del rey, traicionando la de los republicanos, que ántes habia seguido. Escudado tambien con órdenes de Miranda, contribuyó al desarme de los patriotas.

Monteverde ocupó á la Victoria el 26 de julio, y despues siguió rápidamente á Carácas, picando de cerca la retaguardia á las tropas de los patriotas que iban tambien hácia la capital. Tanto por esto como por la columna de Quero, casi todas ellas se dispersaron. Tuvo este traidor mucha parte en la marcha precipitada del ejército real. Él hizo concebir á Monteverde temores de que hubiera en la capital una revolucion y resistencia, originadas principalmente de las gentes de color, si no se apresuraba, segun lo hizo.

El 30 de julio debia entrar Monteverde en Carácas, y en efecto la ocupó; dia de luto y de angustias para los patriotas. Multitud de estos, los mas comprometidos en la revolucion, no confiaban en la palabra ni en las promesas de los Españoles, cuyo enojo temian; se dirigieron, pues, aceleradamente á la Guáira con ánimo de embarcarse y abandonar las dulces y queridas riberas de su patria : uno de ellos fué el general Miranda, que tenia lista en el puerto una corbeta inglesa para embarcarse. Cuando Monteverde se hallaba á tres leguas de la ciudad, partió para la Guáira el generalísimo.

Abrumado de penas y de fatigas, llegó á las siete de la noche

á hospedarse en la casa del comandante de la Guáira (julio 30). Era este el coronel Manuel María Cásas, y gobernador político de aquel puerto el doctor Miguel Peña; ambos habian sido nombrados y escogidos especialmente por Miranda como patriotas decididos á quienes se podia confiar el mando de la Guáira, puerto de tanta importancia en cualquiera caso desgraciado, para salvarse los comprometidos en la revolucion.

En medio de la baraunda producida por tan numerosa reunion de patriotas, desesperados unos por la pérdida de sus lisonjeras esperanzas de independencia y libertad, é irritados todos contra el generalísimo, porque en su concepto no habia dirigido bien la campaña, ni correspondido á la alta idea que ántes se hubieran todos formado de sus talentos y pericia militar, principiaron á correr y á acreditarse los rumores mas siniestros contra Miranda. Atribuíanle haber recibido dinero de los realistas como precio de su malhadada capitulacion; que tenia depositado en un buque inglés, surto en el puerto, el precio de su felonía; que pensaba irse él solo, para lo cual habia dado la órden de que ninguno se embarcára, dejando comprometidos á tantos oficiales y patriotas, manifestando claramente con su emigracion no tener confianza en la fe ni en la palabra de los Españoles. De aquí inferian no haber debido capitular con ellos, ni entregar maniatados á los patriotas, que serian sacrificados por sus crueles enemigos los realistas. Cada uno hacía estos cargos á su modo, y todos se acordaban en condenar severamente la conducta de Miranda.

Entre tanto que el generalísimo descansaba algun tanto de sus angustias y de tan crueles fatigas, se reunieron Cásas y Peña, encargados del gobierno político y militar de la Guáira, con los coroneles Simon Bolívar, Juan Paz del Castillo, José Míres y Manuel Cortés; asimismo los comandantes Tomas Montilla, Rafael Chatillon, Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Landaeta y Juan José Valdes. Ellos tomaron en consideracion la conducta política y militar del generalísimo, que improbaron altamente; y para que no se escapára sin que ántes hubiera salido la emigracion, ó para tomarle una cuenta severa de su comportamiento, determinaron reducirle á prision. La órden emanó de Cásas y Peña, que ejercian la autoridad en la Guáira, los que por consiguiente han debido llevar sobre sí la responsabilidad y vituperio principal de aquella accion, del que tam-

poco se pueden eximir los demas jefes que contribuyeron á realizarla. El coronel Simon Bolívar, junto con los comandantes Montilla y Chatillon, se encargaron de ejecutar la prision, y el coronel Míres de recibir y custodiar á Miranda en el castillo de San Cárlos. Puede considerarse cuál sería el asombro del generalísimo al verse arrestado por subalternos suyos, entre quienes veía á personas y oficiales que habian sido sus amigos. Sin embargo, aunque sorprendido, el general siguió en silencio á sus conductores, sin proferir reconvencion ni queja alguna, creyendo acaso que su arresto sería momentáneo. Nos parece que la misma creencia debian tener algunas de las personas que concurrieron á su prision, porque rechazamos la idea de que pudieran meditar entregarlo á los Españoles, dejándole encerrado en un castillo, ó que pensáran sériamente castigarlo de muerte. Sin embargo, Bolívar, uno de los mas empeñados en esta prision, decia hasta la última época de su vida, que el proyecto habia sido imponer á Miranda al dia siguiente la pena capital, porque consideraban haber traicionado la causa de la Independencia, capitulando con los Españoles, ejecucion que impidiera el coronel Cásas. Bolívar pensó tambien ponerse á la cabeza de los patriotas reunidos en la Guáira y principiar una reaccion militar contra los realistas : proyecto noble, generoso y concepcion de una alma elevada, pero, en nuestro concepto, temerario en aquellas circunstancias en que todo estaba ya perdido. Bolívar, en el curso de su vida, segun lo afirman algunos de sus íntimos amigos, nunca manifestó la menor vacilacion sobre la bondad de la accion de prender á Miranda en que tuvo tanta parte. Consideróla siempre como un deber patriótico. Mas no entró en su ánimo la baja y fementida idea de entregar á Miranda á los Españoles, con la cual han querido algunos mancillar su reputacion. Esta fué la obra deshonrosa y acaso pérfida de otros jefes que concurrieron á la prision del generalísimo.

Realizada la prision de Miranda, el doctor Peña partió inmediatamente hácia Carácas á dar cuenta al jefe español de este suceso, motivándolo, segun algunos, en que habia querido ausentarse llevándose buques y caudales públicos. Han creido muchos que el mismo Peña llevó comunicaciones ó pláticas secretas del coronel Manuel María Cásas, en que daba cuenta á Monteverde del estado de la Guáira y de la emigracion, por las

que le ofrecia estar á sus órdenes, lo que infieren de los hechos posteriores.

Eran las ocho de la mañana del 31 de julio cuando arribó á la Guáira, excitando la atencion pública, un posta enviado por Monteverde. Conducia un oficio dirigido al comandante militar, en que le prevenia — « cerrára el puerto y que impidiera la salida de toda clase de embarcaciones, miéntras que se realizaba la entrega de los buques y demas efectos públicos que habia en la plaza, con los requisitos y formalidades acordados en la capitulacion. » En caso contrario, le hacía responsable y le amenazaba con que — « consideraria absolutamente todos los pactos ajustados. »

La situacion del coronel Cásas era verdaderamente crítica, y su resolucion fué inesperada para tantos republicanos comprometidos, que de un momento á otro esperaban completar su emigracion y escaparse de la saña española. « Señores, les dijo Cásas, nadie se embarca, y juntos correrémos una misma suerte. » — ¡Cuánta sería la sorpresa de aquella multitud de patriotas que estaban próximos á dejar el país huyendo de la tiranía española!... Nada valieron con el coronel Cásas las súplicas de sus antiguos amigos; nada las tramas urdidas en aquel dia para prenderle, y por este medio escaparse los que iban á emigrar; nada, en fin, la consideracion de los riesgos que corrian tantas personas altamente comprometidas en la revolucion. Cásas se sostuvo impávido contra todos estos fuertes embates. Algunas embarcaciones quisieron hacerse á la vela y salir del puerto á favor de la brisa; estando aun bajo el cañon de la plaza, mandó que les hicieran fuego, y así impidió la salida de casi todos los buques. Una goleta fué echada á pique, y aun se asegura que algunos perecieron en ella; circunstancia que otros niegan.

Los patriotas, encerrados en la Guáira, pasaron aquel dia lamentable entre angustias y congojas las mas terribles. Consumóse por la tarde su desgracia con la entrada de tropas de Monteverde á las órdenes del teniente español don Francisco Javier Servéris, á quien fué entregada inmediatamente la plaza con todas sus anexidades.

Tal fué la conducta, en aquel aciago dia, del coronel Manuel María Cásas. Haber faltado á Miranda, su benefactor, quien descansaba y dormia bajo de un techo que juzgaba hospitala-

rio; haber contribuido con su autoridad á que se prendiera al generalísimo, que era el primer magistrado de la República, prision que no se habria podido hacer sin su consentimiento, y haberlo entregado preso á los Españoles; haber encerrado en la Guáira á tantos patriotas, cuya seguridad personal estaba tan comprometida con los realistas, por sus hechos en favor de la independencia y libertad de su patria; haber, en fin, cumplido con tan fiero rigor y á cañonazos la órden de Monteverde, para que ninguna embarcacion saliera del puerto, hasta echar á pique una, se ha creido por muchos patriotas ilustres, contemporáneos y testigos de los mismos hechos, que fué una verdadera traicion. Nosotros no encontramos otro nombre con que caracterizar semejante conducta. El coronel Cásas por su puesto se debia al gobierno de su patria; y no quedándole otro recurso en aquella crítica situacion que emigrar con los demas comprometidos, debió hacerlo para salvar la flor y nata de los republicanos que huían de la tiranía española. En esta hipótesis, con ménos demora se hubiera restablecido la República de Venezuela á esfuerzos de sus ilustres hijos, auxiliados por la Nueva Granada; pues si unos pocos oficiales venezolanos y extranjeros escapados como por rara casualidad salvaron á Cartagena y empezaron á dar libertad á Venezuela, ¿cuál habria sido el resultado escapando en aquel dia Miranda, Bolívar y otros muchos patriotas decididos? Tampoco habria sido mas dura la suerte de los Venezolanos que no podian emigrar. Se hubieran experimentado las mismas prisiones, el mismo secuestro de bienes y la misma opresion que sufrieron los infelices pueblos de parte de los realistas, á pesar de que los independientes cumplieron por su parte la capitulacion. Siempre era indudable la existencia de la detestable máxima de los Españoles: — « de que no eran obligatorios los pactos celebrados con los insurgentes. » Entónces no habrian corrido multitud de patriotas esclarecidos, esperanza futura de la revolucion, los peligros y azares á que se expusieron por haberlos obligado Cásas á entregarse á los realistas, ó hablando con mas propiedad, — « entregádolos él mismo. »

Apénas Monteverde habia ocupado á Carácas y la Guáira, disuelto el ejército republicano y apoderádose de todos los elementos militares que poseían los patriotas, cuando publicó una proclama (agosto 2), anunciando á los pueblos que solo queria la paz, la tranquilidad y la verdadera libertad, asegurándoles

que el tiempo anterior estaba ya olvidado : añadia otras promesas halagüeñas y capaces de inspirar confianza á los que se hallaban comprometidos en la revolucion, si estas palabras no hubieran sido contrarias á los hechos. Ya la capitulacion se habia hollado en la Guáira en la persona del general Miranda, que estaba encerrado en una bóveda; ya el malvado Servéris habia sepultado en el mismo lugar al inspector general de las tropas republicanas Juan Pablo Ayala, á los coroneles y tenientes coroneles Juan y Rafael Castillo, Juan Padron, José Míres, Tomas Montilla, José Beniz, Rafael Chatillon y á otros distinguidos patriotas; ya se habia extraido de un buque americano al célebre canónigo Madariaga para afligirle cruelmente, y el mismo Servéris se habia apoderado de los equipajes de muchos patriotas sacándolos de las embarcaciones; ya el coronel don Pascual Martínez, gobernador militar de Carácas, habia puesto presos al doctor Juan German Roscio, al brigadier Salcedo, á Luzon, á Gallégos y á otros ciudadanos, y despues de haberlos expuesto en cepos á la vergüenza pública como los mas viles criminales, los habia remitido á las mismas bóvedas de la Guáira, para castigar sus hechos anteriores á la capitulacion, aunque bajo el pretexto de que habian querido emigrar, llevándose caudales públicos, y que pretendian conspirar; ya, en fin, se habia introducido el alarma y una gran desconfianza por la conviccion de que principiaba una época sangrienta de venganzas y persecuciones. Como aun no estaba sometido en aquellos dias todo el territorio de Venezuela, Monteverde temió una reaccion á consecuencia de sus impolíticas y pérfidas medidas. Dió, pues, otra segunda proclama el 3 de agosto, procurando calmar los ánimos y ofreciendo de nuevo que cumpliria literalmente las promesas hechas en la capitulacion; entre otras, el olvido eterno que habia ofrecido de los sucesos pasados, pues solo se castigarian las acciones posteriores : así que, descansáran los pueblos en su buena fe. Esta proclama fué recibida con entusiasmo por los habitantes, especialmente de Carácas, que se hallaban consternados por las prisiones ejecutadas. Inmediatamente circularon mas de seis mil ejemplares, pues cada uno de los que habian figurado de cualquier modo bajo el sistema de la Independencia, queria tener este documento como garante de su seguridad personal. Por una tercera proclama del 5 repitió Monteverde iguales promesas.

En aquellas circunstancias, Monteverde se habia hecho el árbitro de los destinos de los pueblos de Venezuela. De comandante de una pequeña columna, hemos visto que desconoció á su inmediato jefe el gobernador de Coro. Posteriormente, prevalido de un artículo que él mismo insertára para cumplir las capitulaciones de San Mateo, no quiso entregar el mando ni reconocer de modo alguno al gobernador y capitan general don Fernando Miyáres, que habia llegado á Puertocabello al tiempo que se firmaba la capitulacion mencionada, trayendo consigo á los magistrados que debian componer la real audiencia de Carácas. Inmediatamente le escribió Monteverde, anunciándole que existia el artículo antedicho, y que veía un inminente peligro de que en las circunstancias se encargára Miyáres del gobierno, pues á lo ménos se dificultaria la reduccion de Cumaná, Barcelona y Margarita: por tanto, que no adelantára paso ni dictára providencia alguna como gobernador y capitan general hasta que se consultase á la Regencia de España; ántes bien que se trasladára de la provincia de Carácas al lugar que le pareciera mas á propósito. Miyáres contestó como era debido á este acto de insubordinacion, manifestando todas las consecuencias que pudieran seguirse contra la causa del rey, y que la conducta de un subalterno que se alzaba con el mando, era un ejemplar funesto para la futura tranquilidad de Venezuela; que su autoridad habia recibido nueva sancion del gobierno de España, puesto que al dar por concluida la comision régia del consejero Cortabarría, se habian nombrado consultores para que auxiliasen al mismo capitan general en las operaciones militares, y prevenido al comisionado regio que le entregára sus instrucciones, circulando tambien órdenes al virey de Méjico y á los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico para que le prestáran toda clase de socorros. Añadia Miyáres, que acababa de recibir la constitucion política de la Monarquía española para que la publicase, é igualmente la convocatoria de las próximas Córtes ordinarias, y otras várias órdenes, con el fin de que las ejecutára; órdenes cuyo cumplimiento no podia encargar á una persona que no tenia autoridad legal conocida, y que fundaba la que pretendia arrogarse en un artículo de capitulacion dictado por los enemigos de la España.

Miyáres envió este oficio con el coronel don Manuel Fierro, encargado de negociar un avenimiento. Mas nada pudo conse-

guir. Monteverde insistió siempre en que ni los habitantes de Carácas ni los de las provincias interiores querian reconocer la autoridad del capitan general, y que exigian, conforme á la capitulacion, que el mismo Monteverde continuára en el mando de Venezuela. En caso contrario, decia que eran de temerse nuevas convulsiones, que volverian á sumergir aquellos países en los mismos horrores, desolacion y estragos de que acababa de salir. — Miyáres, viendo ser inútiles sus reclamaciones, envió á Monteverde la constitucion y demas órdenes de que era ejecutor : dejando entónces á Puertocabello se dirigió á la ciudad de Coro á esperar la determinacion de la Regencia española. Los demas empleados que habian ido con Miyáres se quedaron para desempeñar sus destinos, como tambien los oidores ó miembros de la real audiencia, que Monteverde mandó pasar á Valencia para que allí se instalára el tribunal.

Libre de este cuidado que amenazaba la existencia de su autoridad usurpada, Monteverde se dedicó á completar la sujecion de las provincias que aun se hallaban libres. Trató, pues, de enviar comisionados, que, segun lo estipulado, condujeran la capitulacion á Margarita, Barcelona y Cumaná. Obtuvieron este nombramiento el abogado doctor José María Ramírez y el Español don Joaquin García Jove, que partieron inmediatamente á desempeñar su encargo.

Cuando Monteverde ocupó á Carácas, y luego las demas provincias de Venezuela, se presentaba al gobierno español una hermosa perspectiva á su favor. Sus habitantes, consternados y anciosos por el descanso, deseaban permanecer quietos y libres de las discordias pasadas. Comparaban la época de la República con la anterior del gobierno de la madre patria, y habia muy pocos que no prefirieran esta en que gozaron de comodidades y de una profunda tranquilidad. Los mas ilustrados, que fueron cabezas de la revolucion, habian emigrado ó procuraban hacerlo para libertarse del yugo que se les imponia, el que les iba á ser insoportable. Solo se necesitaba, para consolidar el órden público, un jefe de buena fe y de prudencia, que olvidára é hiciera olvidar lo pasado, y amar al gobierno que la constitucion española habia dado á la Monarquía en ambos hemisferios. Mucho esperaban algunos de este Código, que se presentaba como la egida de la libertad, de la seguridad y de la propiedad de los Americanos.

Pero don Domingo Monteverde no era el hombre capaz de consolidar la tranquilidad que aparentemente acababa de renacer en Venezuela. Sus triunfos eran debidos, no á sus talentos, pues no los tenia, ni á la fuerza de su carácter, sino al terremoto y á los mismos pueblos cansados de la revolucion, que lo condujeron hasta Valencia allanándole todos los obstáculos. Posesionado de la capital, tomó por una debilidad inexcusable por consejeros y amigos íntimos á los Isleños de Canárias don Vicente y don Antonio Gómez hermanos, á los eclesiásticos doctores Juan Antonio Rójas Quéipo, Pedro Echezuría y Manuel Vicente Maya, á los clérigos Gamboa y Torréllas, á los frailes franciscanos Hernández y Márquez, y al capuchino Coronil. Estos hombres, aunque ministros del Señor y que debian serlo de paz y reconciliacion, solo respiraban venganza; unos por agravios que suponian haber recibido de los patriotas, y otros porque su corazon era perverso. Aquellos consejeros y algunos de segundo órden, aunque igualmente resentidos, dominaron á Monteverde, y le hicieron extraviar desde los primeros momentos de su mando usurpado. Á sus pérfidos consejos se debió el rompimiento de la capitulacion, la continuacion del encierro de Miranda, la prision del doctor Roscio, así como las demas que se ejecutaron en los primeros dias de agosto, y el que las víctimas fueran conducidas ignominiosamente á la Guáira, y encerradas en sus bóvedas insalubres. Mas no satisfechos los consejeros con estas providencias, trabajaron tanto sobre el ánimo del inexperto y débil Monteverde, figurando riesgos y conspiraciones contra el gobierno real, que aquel mandó formar listas de *sospechosos*, para que se les redujera á prision. Don Vicente Gómez y don Gabriel García fueron los que redactaron aquellas listas fatales, que debian esparcir en Venezuela el llanto y la desolacion, y ser acaso el orígen de toda la sangre americana y española que por muchos años se iba á derramar en su desgraciado suelo. El interes, los resentimientos y la arbitrariedad presidieron á la formacion de semejantes listas, que fueron terminadas el 13 de agosto. Al dia siguiente se entregaron, sin firma ni formalidad alguna, á los encargados de reducir á prision á los sospechosos. Partidas de Canários los mas soeces y de Españoles europeos se esparcieron en Carácas por la noche y allanaron con estrépito las casas de los patriotas, insultándoles en sus personas, en las de sus mujeres y de sus

hijos. En la misma noche fueron las víctimas conducidas á las pestilentes mazmorras de la Guáira, donde amanecieron cargadas de grillos y cadenas : allí se amontonaron los hombres en los calabozos, de tal suerte que hubo algunos donde solo cabian quince en que pusieron cuarenta. Corrompido el aire, los presos tenian que agitarlo de cualquier modo para poder respirar. Al mismo tiempo se circularon órdenes á todas las autoridades subalternas de la provincia, para prender y remitir á la Guáira y Puertocabello á los que se reputáran sospechosos; y como los tenientes justicias eran casi todos Isleños ó Españoles europeos, fueron dignos satélites del despotismo. Á los quince dias se contaban en los calabozos cerca de mil quinientas personas las mas distinguidas de los pueblos. De muchas no se sabía la causa de su prision, pues como se dieron las listas de sospechosos sin firma ni formalidad alguna, cada uno de los ejecutores Isleños y Españoles añadia los individuos que se le antojaba, para vengar resentimientos ó por cualquier otro motivo.

Los bienes de los proscritos se embargaron y depositaron con el mismo desórden en personas de ninguna responsabilidad. En otras ocasiones se prescindió de las personas para saciar la codicia de algunos hambrientos que se titulaban *fieles servidores de Fernando VII*. Estos despojaban á los supuestos reos de su oro y plata, y de sus alhajas mas preciosas, que destinaban para su propio uso, aun en presencia de los mismos dueños. La conduccion á los calabozos se hacía en bestias de albarda, atados los patriotas de piés y manos, y de dia, para atraer sobre aquellos infelices la irrision y el escarnio, y para hacer mas amarga la suerte de sus familias. En las prisiones se encargó la custodia á los mismos Canários y Españoles, crueles verdugos que se complacian en atormentar á sus víctimas, entre los cuales se llevó la palma Servéris. Algunos de los proscritos murieron en los calabozos por lo malsano y corrompido del aire, contándose entre ellos al ingeniero don José Benis, al médico Gallégos, á don Lorenzo López Méndez y á otros varios.

Carácas miraba atónita una conducta tan pérfida como injusta y perjudicial á los intereses de la Monarquía española; pero nadie se atrevia á reclamarla, porque los lamentos de las familias desoladas se tenian como pruebas de la infidencia de aquellos que los proferian y de que conspiraban contra el rey. Para dar algun colorido á sus violencias, Monteverde y sus

satélites inventaron una conspiracion. En consecuencia se formó un sumario en que hacian de testigos Iturbe, Gómez y tres confidentes suyos. Aunque enemigos declarados de los patriotas, solo pudieron decir : — « que estos tenian malas intenciones, y que no se podia confiar en ellos. » En consecuencia otra multitud de republicanos beneméritos fué arrastrada á las bóvedas y á las cárceles.

Hollada pérfida y cruelmente la capitulacion de San Mateo por las autoridades españolas, segun lo habian acostumbrado en la América; vejados y oprimidos los pueblos de Venezuela contra las terminantes disposiciones de los decretos de las Córtes, que concedian la mas completa amnistía á los disidentes que se sometieran á Fernando VII tan pronta y espontáneamente como lo habian hecho la mayor parte de los Venezolanos, temia Monteverde que la Regencia de Cádiz improbára sus procedimientos. Para evitar este golpe y obtener la capitanía general, envió á España de comisionados al fraile Hernández y al presbítero Gamboa. Recomendaba al primero á la Regencia para un obispado y al segundo para una canongía. El nuevo cabildo de Carácas dirigió tambien en clase de comisionados cerca de la Regencia á don Joaquin Árgos y al presbítero Quintana.

Despues que Monteverde habia desconocido á su jefe Cebállos, gobernador y comandante de Coro, así como al capitan general de Venezuela don Fernando Miyáres, y alzádose con el mando civil y militar de la Costa-Firme, ninguno que tuviera la menor idea de un gobierno que amára el órden y la justicia podia imaginarse que la Regencia de Cádiz aprobase los procedimientos de aquel aventurero feliz. ¡ Sin embargo así sucedió ! La Regencia, apénas tuvo noticias de la pacificacion de Venezuela (setiembre), que hizo capitan general y presidente de la audiencia á don Domingo Monteverde, desairando á Miyáres, á quien dejó solo como capitan general en Maracáibo. Pocos dias despues condecoró al nuevo capitan general con el título de jefe político de las provincias de Venezuela, conforme á la constitucion de Cádiz, cuya promulgacion le encargára. Así fué premiado por el alzamiento contra sus jefes, y pudo continuar tranquilamente la carrera de injusticias y de opresion que con tanto empeño habia comenzado.

Alguna esperanza concibieron los patriotas oprimidos con la instalacion de la real audiencia. Verificóse en Valencia el 3 de

octubre, pues Monteverde queria tener á este supremo tribunal un poco distante de Carácas, para obrar él con mas libertad. Esperaban todos los supuestos reos que gemian en malsanos é inmundos encierros, que la real audiencia aliviaria por lo ménos su desgraciada suerte. No se engañaron en los esfuerzos laudables que hiciera el tribunal para reprimir los desmanes del jefe superior político y de sus tenientes; sin embargo, por algun tiempo no consiguieron resultado alguno favorable, para contener la opresiva dictadura que se habia arrogado Monteverde.

Entre las medidas adoptadas por este, fué una la de enviar un número considerable de patriotas á España: ponderaba los peligros de su mansion en Venezuela y la amenaza contínua que hacian á la tranquilidad pública, á fin de que la Regencia, ofuscada con estos informes, creyese que habia sido muy prudente y aun indispensable la ruptura de la capitulacion. Para dar principio, remitió presos (octubre 9) al canónigo doctor José Cortés Madariaga, á don Juan Pablo Ayala, don Juan German Roscio y don Juan Paz del Castillo, Américanos, junto con los Españoles don Francisco Isnardi, don Manuel Ruiz, don José Míres y don Antonio Barona. El presidio de Ceuta les aguardaba por algunos años, lo mismo que á otros Americanos amigos de la Independencia de su patria (1). El anciano general Miranda no logró en aquellas circunstancias que se le enviára á España. De la Guáira se le trasladó á una bóveda del castillo de Puerto-cabello, donde sufrió por algunos meses los insultos de infames carceleros.

Hecha la remision de presos á España, Monteverde y sus satélites divulgaron la voz de que tendrian la misma suerte otra multitud de patriotas, cuyo número, segun ellos, montaria á tres mil: ponderaban los suplicios en que perecerian, unos en Cádiz, y que otros irian á acabar tristemente sus dias en los presidios de África. Aunque Monteverde sí deseaba remitir á España otros de los presos, y aunque estuvieron embargados y prontos los buques, carecia de dinero, de víveres y de los demas recursos necesarios. Mas los realistas usaron con destreza de estas noticias, á fin de alarmar á las familias de los republicanos, para que redimiesen á sus deudos con todo lo que les habia dejado la rapacidad de los Canários, de los Españoles y de sus

(1) Véase la nota 5ª.

partidarios. Aquel arbitrio cruel é infame surtió completamente su efecto : los parientes ó amigos de los patriotas hicieron cuantos sacrificios les fueron posibles para evitar que á sus padres, maridos, hermanos, allegados ó amigos se les deportase á la Península española. Los avaros realistas lograron apoderarse de este modo de casi toda la fortuna de los desgraciados patriotas. El pretexto para embargar sus bienes era un principio adoptado por los realistas : — « de que las propiedades de los insurgentes debian servir para indemnizar los gastos de la que llamaban *reconquista.* » Poco les importaba que la constitucion española hubiese abolido la pena de confiscacion.

La administracion de Monteverde era igualmente detestable en todos los demas ramos. Débil en extremo, se dejaba dirigir por clérigos y frailes que del todo carecian de los conocimientos y calidades necesarios para el gobierno de los pueblos. Los empleos se conferian á sus parientes, amigos y favoritos, aunque no tuvieran mérito alguno, pues se trataba únicamente de enriquecerlos. Así era que los realistas mas previsivos comenzaron á temer, pocos meses despues de la ocupacion de Carácas, que se perderia nuevamente Venezuela, por estar entregada su suerte á personas tan ineptas como crueles y rapaces, que oprimian y vejaban á los pueblos con el mas bárbaro despotismo.

El doctor José Manuel Oropesa, abogado, natural de Carácas, fué elegido por Monteverde para su asesor : como tal, contribuyó eficazmente á la opresion de los Venezolanos, patrocinando los resentimientos de los que se llamaban *leales*, y aprobando todas las tropelías é injusticias de Monteverde.

El despotismo ejercia su funesto imperio no solo en la provincia de Carácas, sino en todas las demas, á las que dirigió Monteverde subalternos feroces que las destruyeran. La de Barínas sufrió primeramente la rapacidad, el saqueo y los insultos del Isleño don Pedro González. Despues envió Monteverde á Barínas al capitan de fragata don Antonio Tizcar, quien persiguió cruelmente á los patriotas é hizo olvidar á su predecesor.

Veámos ahora cuál habia sido el resultado de la comision dirigida á pacificar las provincias de Barcelona, Cumaná y Margarita.

En la primera hubo sus movimientos durante la invasion de Monteverde. Aprovechándose algunos Españoles, Canários y aun Barceloneses de la situacion indefensa en que habia que-

dado Barcelona á consecuencia de la expedicion contra Guayana, y de los reveses que allí sufrieran los republicanos, tramaron una conspiracion en favor del gobierno real. Capitanéola don José María Hurtado, quien, auxiliado por los Españoles y Canários y por algunos compatriotas suyos, hijos de la provincia, alzó el pabellon español el 4 de julio, y en 16 del mismo juraron á Fernando VII. Dando aviso á Monteverde de estos acontecimientos, armaron várias partidas en lo interior de la provincia, dirigidas por el franciscano español fray Joaquin Márquez. El gobierno de Cumaná no pudo ver con paciencia esta apostasía del sistema establecido; así, con la mayor celeridad dirigió contra Barcelona una expedicion de diez y ocho buques y mil hombres mandados por el coronel Vicente Sucre, quien ocupó á Píritu. Pero habiendo tenido noticia del armisticio celebrado entre Miranda y Monteverde, y que se trataba de una transaccion pacífica, determinó reembarcarse; mas hizo la operacion con tanta precipitacion y descuido, que de los últimos cincuenta hombres de caballería muy pocos pudieron escapar de un ataque repentino que les dió una partida realista. La mandaba el Canário Francisco Tomas Moráles, que hizo entónces sus primeras armas contra los independientes. Ántes habia sido miliciano de Barcelona y ordenanza permanente de los comandantes militares de la provincia: despues fué pulpero en Píritu, donde manejaba un corto capital. Monteverde le nombró subteniente de artillería, á fin de premiarle esta su primera hazaña.

En la provincia de Cumaná tampoco experimentaron dificultad alguna los comisionados Ramírez y Jove, para que se cumpliera la capitulacion de San Mateo. Allí tambien se habian declarado por el gobierno español Cariaco, Carúpano, Rio-Caribe y Cumanacoa, imitando el pernicioso ejemplo de Barcelona. Así fué que por acta de 23 de agosto se reconoció al gobierno real. Á causa de que Monteverde no habia designado un gobernador, quedaron mandando provisionalmente los miembros que componian el poder ejecutivo de la provincia, coronel Sucre, presbítero Diego Botino y José Leonardo Alcalá. Los Cumaneses pidieron que se les nombrára de gobernador al coronel español don Emeterio Ureña, cuyas buenas cualidades conocian de antemano: justa peticion á que Monteverde accediera.

Entre tanto continuaron gobernando los miembros de la junta,

lo que no podian sufrir con paciencia los numerosos Catalanes que habitaban á Cumaná, los que se hallaban profundamente resentidos con los patriotas y por tanto cometian excesos por su orgullo é insolencia. Bien próximos estaban ya unos y otros de venir á las manos, cuando llegó Ureña á hacerse cargo del mando. Sus procedimientos eran los mas propios para ganarse el afecto de los Cumaneses, que mutuamente se daban los parabienes porque les habia cabido la suerte de tan buen gobernador. Aquestas dotes le atrajeron el odio de sus compatriotas los Españoles europeos, que no podian sufrir la justicia de sus providencias y que lo calumniaron desapiadadamente. Bien lo conocia Ureña; mas, á pesar de esto, no se apartó un ápice de la línea de conducta que se habia trazado, para adquirirse el afecto de los Americanos, haciendo observar puntualmente las capitulaciones. Fué el primero que obedeció los decretos de las Córtes, publicando el 13 de octubre la constitucion de la Monarquía española. La irritacion de los Catalanes llegó á su colmo cuando vieron que los patriotas estaban defendidos por la justa firmeza del gobernador Ureña, y que no podian sacrificar las víctimas que designaban el odio y las pasiones de cada uno. Para conseguirlo, enviaron comisionados á Carácas, á fin de obtener la remocion de Ureña. Monteverde no la concedió inmediatamente, pero le previno que redujera á prision y remitiera á la Guáira á cuantas personas de la provincia hubieran tenido parte en la revolucion, empezando por don Ramon Landa y don Manuel Villapol, y que á todos les formára su correspondiente sumario. Estas órdenes se dictaban el 30 de octubre, y Ureña en contestacion informó á Monteverde el buen estado de paz y tranquilidad en que se hallaba Cumaná: le hizo presentes los artículos de la capitulacion y de la constitucion política de la Monarquía, que se violaban con tan arbitrario procedimiento; en fin, que no podia responder de la tranquilidad de los pueblos, si con injusticia se les perseguia y arrancaba de la sumision y obediencia que hasta entónces habian manifestado. Sospechando que sus razones no harian fuerza al llamado *pacificador*, consultó con la audiencia sobre qué convendria hacer, si Monteverde insistia en que se llevára á efecto sus injustas providencias. El tribunal colmó de elogios su conducta, harto rara en aquellas tristes circunstancias, y calificó de imprudente é ilegal la de Monteverde.

Creyendo este que su autoridad estaba desairada por la justa oposicion del gobernador Ureña, destinó al teniente don Francisco Javier Servéris á la ejecucion de sus injustas y violentas medidas. Ya hemos visto cuánto se habia distinguido Servéris en la comandancia de la Guáira, por su persecucion de los mas distinguidos patriotas, por su rapacidad en apoderarse de los equipajes de los que reducia á prision, y por la crueldad con que hacía tratar á todos los presos encerrados en los calabozos. El nuevo comisionado partió llevando una comision reservada por la que se le autorizaba con todas las facultades del capitan general, y se prohibia al gobernador que pudiese impedir su cumplimiento. Servéris llegó á Cumaná; y entre tanto se aseguraba del apoyo de los Catalanes y de algunos oficiales de la guarnicion, mantuvo oculto el objeto de su viaje. Mas, viéndose fuerte con semejante apoyo, redujo á prision, el 16 de diciembre al amanecer, á cuantos la venganza y las pasiones le designaron como patriotas sospechosos, en número de veinte y siete, incluso el coronel Sucre. Sus casas fueron allanadas en el silencio de la noche por soldados y otras personas resentidas, que escogieron cada uno su víctima y que no observaron el menor órden, embargándoles tambien sus bienes. Sorprendido el gobernador á la mañana siguiente con este procedimiento, quiso poner en libertad á los presos y hacer respetar su autoridad. Entónces fué que Servéris le manifestó las órdenes secretas que tenia, y con el objeto de vejarle pidió á Ureña grillos y buques de trasporte, para conducir á la Guáira á los supuestos reos de Estado. Entre estos comprendió al venerable presbítero Andres Callejon, á quien no pudieron eximir de la perfidia y crueldad de los nuevos pacificadores ochenta años de edad, ni sus ejemplares virtudes. Abrumado con el peso de los años murió en las bóvedas de la Guáira, cargado de cadenas porque amó á su patria, sin que ninguno de los eclesiásticos que rodeaban á Monteverde y que le aconsejaban tamaños atentados, hubiera intercedido por él. Sus nombres, ya conocidos, merecen la execracion de la posteridad.

Resentido profundamente y burlado el gobernador Ureña, ocurrió de nuevo á la audiencia, pidiendo el castigo de un procedimiento tan injusto y contrario á las leyes vigentes. Siguióse una causa á Servéris en aquel tribunal, que era ó debia ser entónces el encargado exclusivamente de los procesos sobre de-

litos de infidencia. Mas nada pudo conseguir, porque Monteverde confirmó los poderes y los procedimientos de Servéris, apoyándose en una órden inaplicable de la Regencia, en que se le autorizaba para obrar segun las circunstancias.

Sostenidos los crueles perseguidores de los patriotas en Cumaná por la autoridad superior de Monteverde, se entregaron libremente á cuantos excesos les sugirieran sus venganzas, sus resentimientos y su rapacidad. Servéris, despues de reducir á prision á los republicanos de la capital, continuó haciendo lo mismo con los del resto de la provincia. Por consiguiente la sumergió en lágrimas, luto y desolacion de las familias. Muchos patriotas que estaban á la mira pudieron escapar y huyeron á la isla de Trinidad: allí mismo se habian acogido desde ántes otros habitadores de la provincia, que sabiendo los primeros arrestos en Carácas, tuvieron prevision bastante para no creer en la observancia de la capitulacion, ni en las falaces promesas que hiciera Monteverde en sus proclamas. Contrariado este en Cumaná por la firmeza, probidad y buena fe del gobernador Ureña, lo separó del mando, y nombró en su lugar al coronel don Eusebio Antoñánzas, que fué bueno hasta cierto punto comparado con Servéris; debióse esta inesperada conducta á los consejos y direccion de su asesor el doctor don José María Grajirena, abogado español.

Un hombre feroz ocupó tambien el gobierno de Margarita, isla pobre que hasta entónces ningun papel habia hecho en la revolucion, la que se sometió con docilidad al gobierno del rey, luego que se lo exigieron los comisionados Ramírez y Jove. Cuando principió la transformacion política, era en ella sarjento de artillería Pascual Martínez: fué ascendido á oficial por la junta y elevado hasta el empleo de teniente coronel: resentido porque no le dieron el grado de coronel que pedia, se declaró por el partido de la Regencia, y fué expulsado de Barcelona y Cumaná, donde residiera algun tiempo. Habiéndose trasladado á Coro, se incorporó á la expedicion de Monteverde, en que desplegára un carácter cruel é inhumano, cometiendo asesinatos y otras várias atrocidades. Era ya coronel, y como tal fué nombrado en los primeros dias de la Restauracion gobernador militar de Carácas, donde se complacia en mandar azotar, exponer en cepos á los patriotas y vilipendiarlos de mil maneras diferentes. Agradó por esta conducta á Monteverde, que le diera

el gobierno de Margarita. Su primer cuidado fué capturar en una misma noche y remitir presos á los calabozos de la Guáira y Puertocabello á todos los patriotas que juzgaba *peligrosos*. Puso en cepos á varios regidores, que reclamaron sus derechos, tratándolos como á *sospechosos*. Los vecinos y naturales que pudieron escapar de su furor huyeron á los montes : uno de ellos fué don Juan Bautista Arismendi, comandante de milicias blancas. Martínez hizo prender á los hijos tiernos de Arismendi, protestando fusilarlos si prontamente no declaraban el paradero de su padre. Sabiendo esto, Arismendi se presentó á sus perseguidores, que le confiscaron sus bienes, le pusieron en un calabozo del que lo trasladaron despues á la Guáira con cuarenta y nueve individuos mas, dejando á su mujer sepultada en la miseria, á sus hijos huérfanos y perdidos sus bienes. Desde entónces juró Arismendi en su corazon vengarse de los bárbaros opresores de su país, juramento que debia costar á los Españoles mucha sangre y á Martínez la muerte. Ántes de que llegára aquella época de venganza para los habitantes de Margarita, nada pudo contener las crueldades del gobernador. La real audiencia pidió las causas que debieron formarse á los presos, y no existiêndo los puso en libertad. Enfurecido Martínez, difundió la voz que haria pasar por las armas á cualquiera de los supuestos reos que se atreviese á volver á la isla, — « donde, segun su expresion familiar, no habia mas audiencia, mas capitan general, ni mas Fernando VII que su voluntad. » — Persuadidos de esto, los patriotas margariteños prefirieron el pedir limosna en la Guáira y en Carácas, y aun perecer de miseria ántes que regresar á su país natal.

No mejoró la suerte de los patriotas la constitucion española publicada en Carácas el 3 de diciembre, la que se juró el 9. Pero en los mismos dias en que se anunciaba á los pueblos que tendrian libertad y garantías en sus personas y propiedades, mas de doscientas personas fueron arrastradas arbitraria y despóticamente á las bóvedas y á las cárceles. ¡ Hermosa libertad por cierto, la que se presentaba á los Americanos en la constitucion de las Córtes de Cádiz ! Puede afirmarse que era una red que se les tendia, para conseguir su reunion á la Monarquía española.

Era acaso peor la suerte de la provincia de Carácas, sujeta al mando inmediato de Monteverde, que la de aquellas que tiranizaban sus tenientes. Con frecuencia se inventaban pretextos

para perseguir y mas perseguir á los patriotas. Uno de ellos, harto notable, fué la conspiracion llamada de la *Victoria.* El comandante militar de esta villa dió un parte á Monteverde en que le decia : — « haber percibido el conato de destruir el gobierno legítimo. » — En comprobacion le remitia unas declaraciones informales que recibió á tres testigos, las que examinadas por la audiencia dijo el tribunal en una época posterior : — « que todo habia sido una trama urdida en la Victoria. »

Mas á pesar del ningun mérito que prestaban tales documentos, Monteverde, excitado por los temores que le inspiraban los pueblos, á quienes habia ofendido altamente por su perfidia y sus crueldades, y guiado tambien por malvados consejeros, convocó una junta (diciembre 4) para resolver lo conveniente á la tranquilidad pública. En dicha junta, que se componia de diez y nueve personas, Españoles, Isleños de Canárias y otros enemigos acérrimos de los patriotas, se decidió formar listas comprensivas de las que tuvieron parte activa ó pasiva en las ocurrencias del 19 de abril de 1810, con el objeto de proceder por ellas á su arresto y expulsion de la provincia. El coronel don Manuel del Fierro tuvo la delicadeza de salvar su voto en dicha junta.

En cumplimiento del acuerdo de esta, dispuso Monteverde por un auto, que su secretario don Bernardo Muro siguiera un sumario reservado sobre varios puntos que expresó, á fin de proceder á arrestar á todas aquellas personas, segun decia el auto, — « que por sus hechos ó empleos obtenidos por el gobierno insurgente sean sospechosas; ó que por sus ideas subversivas y antievangélicas sean perniciosas; ó que por su influjo en el pueblo, su aptitud, persuasion é intereses, sean á propósito para ponerse á la cabeza de una asonada, violencia ó motin. » Tomadas algunas declaraciones, los viles aduladores de Monteverde no fueron capaces de expresar contra los patriotas sino vagas sospechas y temores de que no podia haber seguridad miéntras *los hijos de la Independencia anduvieran sueltos.* Apoyado el capitan general en este insignificante sumario, decretó (diciembre 11) que todos los que hubieran sido considerados peligrosos é incluidos en las listas que habian presentado los sugetos que concurrieron á la junta del dia 4 (1), fuesen presos y remitidos

(1) Véase la nota 6ª.

á la Guáira y á Puertocabello. Eran tan vagas y generales las calidades enumeradas en los autos de Monteverde, que apénas hubo persona distinguida en la provincia de Carácas, que no se hallára comprendida en aquellas listas fatales. Así fué que comisionados el sarjento mayor interino de plaza don Pedro Pons y otros oficiales para hacer las prisiones, en pocos dias remitieron á la Guáira y á Puertocabello cerca de 1,200 personas tenidas como *sospechosas* y *peligrosas* por la faccion de Monteverde. Encerradas allí en horrendos calabozos, no podian respirar mas que un aire pestífero, que llevó al sepulcro á muchas de aquellas víctimas del odio y resentimientos de los Españoles, de los Canários y de algunos Americanos, que compusieron la detestable junta que acordára su proscripcion.

Seríamos en extremo difusos si continuáramos el cuadro, horroroso por una parte y lamentable por otra, de los excesos que cometieron Monteverde y sus satélites en las desgraciadas provincias de Venezuela en el año que las dominaron con una vara de hierro y con el mas feroz despotismo. En vano exigia la real audiencia que se cumplieran las leyes de la Monarquía española, especialmente las acordadas por las Córtes, que se siguieran las causas y se oyeran las defensas de los patriotas acusados; en vano comisionó al oidor don Pedro Benito y Vidal para que formára los procesos, pues la faccion de Monteverde impedia todo lo que fuera legal; y en vano, finalmente, absolvia la misma audiencia á los supuestos reos, y los mandaba poner en libertad, por hallar solo contra ellos acciones anteriores á la capitulacion: porque Monteverde no cumplia aquellas sentencias, diciendo: « que la Regencia de España le habia concedido facultades extraordinarias. »

Si no tuviéramos á la vista documentos contemporáneos y auténticos de tamaños excesos, estaríamos inclinados á creer que habia exageracion en la pintura que hemos trazado de los sufrimientos que Monteverde y su partido causaron á los desgraciados habitantes de Venezuela. Para completar el cuadro de tales padecimientos, vamos á insertar un trozo de un informe que la real audiencia territorial dirigió al Consejo de Regencia de España: — « En vano, dijo, intentaria este superior tribunal presentar á Vuestra Alteza el cuadro exacto del desórden en que halló este importante ramo de la administracion pública. Basta saber que habia reos sin causas y causas sin reos; reos

cuya procedencia se ignoraba, otros que no se sabía quién los habia mandado prender, otros que no habia quién les pudiese formar el sumario, y otros que el que los prendió no podia dar razon del motivo de su prision; reos del interior en Coro, en Puertocabello, en la Guáira y en Puerto-Rico; reos de Maracáibo, Trujillo y Mérida en Coro, Puertocabello y Puerto-Rico; reos que en las listas y causas constaban conducidos á Coro, Valencia, Puertocabello ó la Guáira, y no se hallaban en ninguno de estos puntos, ni se sabía dónde paraban, ni quién los puso en libertad; reos que tenian causa formada y remitida á la audiencia y se han hallado puestos en libertad, sin conocimiento ni noticia de este superior tribunal; en fin, reos excarcelados bajo de fianza ó sin ella sin saberse la calidad y gravedad de sus delitos. Si del desórden de las personas se pasa al de los bienes embargados, se ve que unos lo han sido en virtud de procedimiento anterior ó posterior, y otros sin procedimiento alguno; y que en unos están presos los dueños de ellos, y en otros se ha prescindido absolutamente de las personas : en términos de que hasta ahora, á pesar de las diligencias que se han hecho, no ha podido el tribunal formar un estado de todos, para formalizar la administracion de los que deben subsistir embargados, hacer rendir las cuentas á los depositarios, é ingresar en el tesoro nacional los productos; como tampoco ha podido formar una relacion general de todos los presos por la causa de la revolucion, sin embargo de que en los cuatro meses que lleva de despacho no ha cesado de trabajar de dia ni de noche. »

Hé aquí un testimonio irrecusable de los padecimientos que sufriera Venezuela en aquellos tristes y lamentables dias. Estos hechos y otros semejantes ocurridos al mismo tiempo en várias partes de la América ántes española, justifican por sí solos la revolucion; ellos manifiestan que los mandatarios de la madre patria, colocados á dos mil leguas de distancia de la metrópoli, se burlaban de las leyes, y solamente obraban conforme á sus caprichos y arbitrariedades.

El desengaño de muchos Venezolanos ántes alucinados era harto cruel, viendo desolado á su país, y cubiertas las provincias de lágrimas y de luto. Los padres de familia y los ciudadanos mas distinguidos yacian sepultados en horrendos y malsanos calabozos, donde algunos habian muerto cargados de

grillos y cadenas, como si fueran malhechores; otros muchos andaban fugitivos por los bosques, huyendo de la perfidia y crueldad de los Españoles, devorando el acerbo dolor de saber que eran escarnecidos, vejados y reducidos á la miseria sus padres, sus mujeres, sus hijos y los demas objetos de todo su cariño. En tal situacion, el descontento era general, y las víctimas oprimidas se quejaban de tantos agravios y opresion como sufrian. Espantados Monteverde y sus consejeros por la conciencia de su mala conducta, tenian aquellas quejas como seguros indicios de conspiraciones que fraguaban los patriotas. Nuevas prisiones, nuevos secuestros de bienes y nuevos procesos eran las consecuencias. Así los males de los infelices Venezolanos crecian diariamente, se aumentaba la desesperacion, y solo quedaba un remedio propio de hombres que conocian su dignidad, y que tenian carácter y elevacion de alma: « la resistencia á la opresion (1). »

(1) Véase la nota 7ª.

CAPÍTULO V.

Primer alzamiento de los patriotas del oriente de Venezuela : sus progresos. — Crueldades de Zuazola y Bóves en Aragua. — Los patriotas se defienden valerosamente en Maturin. — Level de Goda y Antoñánzas en Cumaná. — Opresion y supuestas conspiraciones en Carácas. — Déficit de las rentas reales. — Fuerte division de tropas realistas en Barínas : su objeto. Real órden en favor de los patriotas. — La audiencia la cumple. — Enérgica reclamacion de Miranda : muere en prision. — Fria conducta é injusticia del gobierno español. — Monteverde va contra Maturin : es derrotado. — Regresa por temores de perder el mando. — Rebelion de Margarita. — Preparativos de Bolívar para invadir á Venezuela. — Carácter y proyectos de Antonio Nicolas Briceño : sus asesinatos de Españoles. — Ataque feliz de la Grita. — Disputas con el coronel Castillo, quien renuncia sus empleos. — Bolívar, irritado, hace lo mismo. — El presidente de la Union lo sostiene y autoriza para abrir la campaña. — Tropas y elementos militares de que disponia. — Estado de la opinion en Venezuela. — Comision política y militar que envia el congreso. — Cuerpos y oficiales que acompañaron á Bolívar á Venezuela. — Derrota y prision de Briceño. — Libertad y organizacion de la provincia de Mérida. — Trujillo libre, y estado de la opinion pública. — Declaracion de la guerra á muerte : sus fundamentos. — Victoria de Carache y entusiasmo que produce. — Bolívar no se detiene en su marcha y toma á Guanare. — Accion feliz de Niquitao. — Ocupacion de Barínas y dispersion de las fuerzas de Tizcar. — Organiza Bolívar el gobierno provincial de Barínas. — Sus disposiciones á fin de continuar la campaña. — Providencias de Monteverde para defender el país. — Derrota de Oberto en los Horcónes. — La de Izquierdo en los Taguánes. — Monteverde abandona á Valencia y sigue á Puertocabello. — Situacion crítica del gobierno de Carácas. — Capitulacion en la Victoria. — Las autoridades españolas emigran. — Entrada solemne de Bolívar en Carácas. — Dicta várias providencias. — Asume y organiza el gobierno. — Monteverde no ratifica la capitulacion de la Victoria. — Varios actos de Bolívar. — Se hace la guerra á muerte. — Sucesos del oriente de Venezuela. — Rendicion de Cumaná y Barcelona. — Mariño es nombrado jefe supremo. — Funestas consecuencias de que hubiera en Venezuela dos jefes independientes.

Año de 1813. — Las primeras centellas del grande incendio que se preparaba en Venezuela, se manifestaron en la provincia de Cumaná. Desde que esta se sometió al gobierno real, algunos patriotas, no creyendo en los pactos y promesas de los agentes de la España, se apoderaron del bergantin llamado *Boton de Rosa*, y huyeron á un islote de la isla de Trinidad llamado Chacachacare : él forma con la punta oriental de la Península de Paria el canal llamado Bocas de Drago; allí se mantuvieron observando la marcha del gobierno de los pacificadores. Entre tanto, irritados los ánimos de los Cumaneses con las prisiones ejecutadas por Servéris y por todos los demas excesos cometidos en la provincia con manifiesta violacion de las capitulaciones de San Mateo, otros varios patriotas huyeron de la tiranía y arbitrariedad de sus dominadores refugiándose en Chacachacare ó en Trinidad. Viendo aumentado su número, y conociendo la exasperacion en que se hallaban los Cumaneses, resolvieron hacer la guerra á sus tiranos invadiendo la Costa-Firme. Era el principal don Santiago Mariño, natural de Margarita, rico propietario de aquellas costas y decidido por la causa de la independencia y libertad de su patria : seguíanle inmediatamente los hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, Manuel Piar, natural de Curazao é hijo de padre venezolano, Manuel Valdes, José Francisco Azcúe, comandante de ingenieros, Agustin Armario, un marino extranjero llamado Juan Bautista Videau, y otros varios patriotas cuyos nombres adquirieron despues bastante celebridad.

Escasos de medios para su empresa, sin armas y supervigilados por un gobierno como el ingles, apénas pudieron reclutar entre los emigrados de mas exaltacion cuarenta y cinco hombres con seis fusiles y unas pocas municiones. Esta partida salió de Puerto-España, é hizo rumbo á Chacachacare. Reconvenido el gobernador ingles de Trinidad acerca de tales ocurrencias por las autoridades españolas de la Costa-Firme, contestó protestando : — « que por su parte no se habian infringido los principios de neutralidad adoptados por el gabinete británico; pero que por noticias privadas sabía que don Santiago Mariño, un Francés llamado Videau y otros *vagamundos* habian salido para Chacachacare, llamados por el lamento de sus amigos y parientes, cuyas personas habian sido presas y embargadas sus propiedades con violacion del convenio celebrado en San Mateo. »

— « Á mí me parece como imposible, añadia el gobernador Monró, que una nacion que ella misma ensalza su fidelidad en los pactos y promesas, pueda ser acusada por semejante violacion de la buena fe. »

Reunida la expedicion al mando de Mariño, se puso en comunicacion con los vecinos de la villa de Güiria y los halló dispuestos á la revolucion. Mandaba allí el alférez de fragata don Juan Gabazo, que se habia hecho muy odioso por sus piraterías en las costas de Venezuela; este recibió seguros avisos de la expedicion proyectada, y por consiguiente se preparó á recibirla con trescientos soldados que tenia bajo sus órdenes. El gobernador de Cumaná hizo marchar tambien cien hombres de Barcelona para guarnecer á Maturin, y dictó várias medidas de defensa.

Á pesar de esto, Mariño y sus denodados compañeros se dirigieron contra Güiria, confiando en que la guarnicion se componia toda de sus compatriotas. Desembarcando en la Costa-Firme, sorprendieron un destacamento situado en la hacienda de Quebranta, donde tomaron veinte y tres fusiles mas, y seguidamente se dirigieron contra Güiria. En el momento que se presentó la expedicion en la noche del 13 de enero, todos los soldados abandonaron á Gabazo, quien tuvo que huir para salvar la vida. Dueños los patriotas de nueve cañones, de fusiles y pertrechos, reunieron cerca de doscientos hombres bien armados (enero 16). Entónces no se detuvieron un momento, para no dar tiempo al enemigo de que reconociera la pequeñez de la fuerza patriota. El comandante Bernardo Bermúdez siguió con una partida á ocupar á Maturin. Esta era una posicion de la mayor importancia á orillas del rio navegable del Guarapiche, donde aun existian los pertrechos que salvó Villapol de la derrota de Guayana en el año anterior. José Francisco Bermúdez penetró con 75 hombres hasta el puerto de Irapa, en que se hizo fuerte. El destacamento de cien soldados que tenian los realistas en Maturin, no se atrevió á esperar á Bernardo Bermúdez, quien fácilmente se apoderó de la villa y de alguna parte de los elementos militares que no pudieron salvar los Españoles. Estos últimos sucesos ocurrian en los primeros dias de febrero y casi al mismo tiempo en que fué removido el coronel Ureña y reemplazado por Antoñánzas. Como su reputacion estaba ya manchada por los crueles excesos que cometiera en San Juan de los

Mórros y villa de Cura, su nombramiento habia acrecido el descontento de la provincia de Cumaná.

Sin embargo la expedicion de Mariño y sus valientes compañeros pareció á las autoridades españolas una calaverada de primer órden, que debia terminar por la aprehension y castigo ejemplar de todos ellos. Mas no contaban con las facilidades que les prestaria la opinion pública, exasperada en poco tiempo contra la perfidia y crueles tratamientos que las autoridades españolas habian irrogado á los patriotas, conculcando las terminantes disposiciones de una solemne capitulacion.

Entre tanto Mariño se habia situado en el puerto de Irapa, á fin de defender aquel punto de los ataques de una escuadrilla enemiga mandada por Francisco de Sáles Echevarría, que dominaba el golfo Triste : extendia tambien partidas sobre Yaguaraparo, donde estaba Servéris con cuatrocientos hombres. Tales habian sido los acontecimientos del oriente de Venezuela hasta los primeros dias de marzo.

Monteverde y sus consejeros pintaron la expedicion de Mariño como de extranjeros vagamundos destinados á robar las costas del golfo Triste. Sin embargo, el pacificador envió en auxilio de Antoñánzas trescientos hombres á las órdenes del Vizcaíno don Antonio Zuazola, que adquirió despues tan funesta celebridad.

Cuando en la provincia de Cumaná principiaba esta reaccion, en las márgenes del Táchira, que divide á Venezuela de la Nueva Granada, se formaba una tempestad que debia destruir el poder usurpado de Monteverde. El coronel Simon Bolívar habia derrotado en 28 de febrero la division realista del coronel don Ramon Correa, situada en San José de Cúcuta, y expeliéndola de la Nueva Granada la perseguia en el territorio de Venezuela. Tampoco hizo caso Monteverde de este enemigo que se presentaba en la lid : estaba seguro de vencerle junto con los hombres perdidos que le acompañaban, y ni aun quiso enviar un destacamento de la division que mantenia en Barínas para auxiliar á Correa, segun debió hacerlo desde temprano, si no hubiera sido tan inepto como presuntuoso.

Los independientes establecidos en Maturin habian extendido entre tanto algunas partidas hasta la villa de Aragua de Cumaná, situada al norueste de aquel punto; por consiguiente habian adquirido caballos y otros elementos de guerra, con los

cuales determinaron esperar (marzo 16) á Zuazola, que los iba á atacar: fueron derrotados en los Magüéyes y despues en Aragua, de donde se retiraron. Entónces fué que Zuazola cometió los excesos que se le atribuyeron, y que parecerian increibles si no estuvieran comprobados. Este monstruo, desde su salida de la ciudad de Cumaná, principió á quemar las casas, graneros y conúcos ó estancias de los habitantes pacíficos de los campos, á mutilarlos y asesinarlos bajo de los mas frívolos pretextos. Iba en su compañía el célebre asesino don José Tomas Bóves, Español de nacimiento que hacía entónces su segunda campaña, pues ántes habia comenzado con Antoñánzas cuando tomó á Calabozo, acompañándole en su excursion de San Juan de los Mórros y villa de Cura. En un expediente que se formó aquel año para probar las atrocidades cometidas por Zuazola, consta por declaraciones de cinco testigos presenciales, que Antoñánzas, como gobernador de Cumaná, ofreció á los soldados cuando salia la expedicion, que les regalaria un peso fuerte por cada oreja de insurgentes que le presentáran; que Zuazola les dió la órden de cortarlas, y que no dejaron viviente alguno, sobre todo en Aragua. En esta villa, despues de huir los patriotas, Zuazola y Bóves publicaron bandos asegurando á los vecinos que se habian ocultado en los montes, que podian regresar á sus casas con toda seguridad. Creyendo en estas promesas fueron presentándose sucesivamente, y los crueles verdugos los iban matando por la noche, y arrojando sus cadáveres á una laguna inmediata despues de cortarles las orejas; á otros los unian por la espalda de dos en dos, los cosian con tiras de cuero y así los arrojaban á la misma laguna. No escapó el hijo tierno que intercedia por su padre, ni el feto en el vientre de la esposa que pedia la vida de su marido. Hay variedad sobre el número de víctimas que Zuazola hizo perecer de tan horrible manera: aseguran algunos, que ascendieron á quinientas, y otros dicen que fueron como doscientas. Pero aun falta referir otras circunstancias horrendas. Zuazola pintó á sus jefes como una ilustre victoria la execrable carnicería que habia hecho en Aragua, lo que se celebró con *Te Deum*, profanando así la santa religion de Jesucristo. Se asegura tambien como cierto, que Zuazola envió á Cumaná cajones llenos con las orejas que habian cortado sus soldados, y que fueron recibidas por los Catalanes con júbilo y gritería. Aunque parezca increible, se añade, que estos hombres feroces adorna-

ron con ellas las puertas de sus casas, donde las clavaron, y que las pusieron en sus sombreros como escarapelas : otros contradicen el hecho diciendo, que el gobernador Antoñánzas no se atrevió á conceder tan bárbara demanda. Pero es cierto que Zuazola obtuvo de sus jefes grandes elogios como valiente y fiel vasallo de Su Majestad. ¡ Tan pervertidas iban estando las ideas de humanidad y moralidad entre los Españoles de Venezuela, cuando apénas se presentaba la aurora de aquella época lamentable de horrores y de sangre !

Los patriotas que escaparon de la rota de Aragua y otros varios que andaban fugitivos por los bosques se reunieron en Maturin, donde mandaban actualmente Piar y Ascúe por ausencia de Bernardo Bermúdez (marzo 20). Fortificados en aquel punto, fueron acometidos por don Lorenzo Fernández de la Hoz, gobernador de Barcelona, que reunido á Zuazola contaba mil quinientos soldados. Piar solo podia oponerles un tercio de combatientes, con los cuales tuvo que emprender la retirada del pueblo; pero un ataque de algunos valientes á caballo desordenó las tropas de la Hoz, que fué batido completamente. En el siguiente mes de abril volvió el jefe realista, unido con el coronel don Remigio Bobadilla, á invadir á Maturin con mil seiscientos hombres. Á pesar de tanta superioridad, los patriotas rechazaron la invasion, haciendo perder á sus contrarios muchos soldados, armas y municiones. Por consecuencia la Hoz, que no era oficial valiente, se vió en la necesidad de abandonar una empresa harto superior á sus fuerzas.

Por este mismo tiempo (abril) los habitantes de Cumaná sufrian las consecuencias de un funesto presente que les habia hecho la Regencia de Cádiz, nombrando jefe político, conforme á la constitucion española, al doctor don Andres Level de Goda. Era este un abogado de arrebatos extravagantes y enemigo acérrimo de los patriotas. Él aumentó los sufrimientos de Cumaná, provocando persecuciones, prendiendo arbitrariamente, y manifestando en todas sus providencias que obraba solo por saciar sus pasiones vengativas y antiguos resentimentos, sin consideracion alguna á lo que exigian la justicia, la política y la capitulacion de San Mateo. Así fué que elevó á su colmo la desconfianza y la desesperacion de los Cumaneses, muchos de los cuales se fugaron; unos á buscar asilo en país extranjero, y otros á tomar las armas para castigar á sus opresores. Cuando

Monteverde removió á Levél de su destino, ya habia hecho males muy graves á la causa de España. Comparando su administracion con la de Antoñánzas, parecia este un hombre justo y sostenedor de las leyes; él continuó de gobernador militar y jefe político.

En aquellas circunstancias una sublevacion de negros esclavos que estallára en Santafé, á ocho leguas de la capital de Cumaná, hizo mas crítica la situacion de las autoridades españolas. Antoñánzas logró disiparla. Este observaba en su gobierno una conducta algun tanto justa, protegiendo á los patriotas del odio y resentimientos de los Catalanes, que siempre los querian oprimir y maltratar á título de reconquistadores, y para vengarse de la revolucion. Antoñánzas debió á tal sistema el que le auxiliára la poblacion de su provincia, para resistir los ataques de los patriotas, dueños de la costa de Güiria y de Maturin. Este era el punto central de sus operaciones.

Miéntras tanto la provincia de Carácas gemia bajo el despotismo de Monteverde y de sus subalternos. Alarmados estos con los progresos de los patriotas de Oriente, no cesaban de inventar conspiraciones por donde quiera, cuyos supuestos descubrimientos producian nuevas prisiones, nuevos secuestros de bienes y mayor descontento. Una de estas ficciones fué la de Ildefonso Rámos, conspiracion que Monteverde anunció en 15 de febrero por una proclama á los habitantes de Carácas, como de naturaleza la mas horrible, de que habian escapado los fieles servidores del rey por un milagro del Altísimo; y para darle gracias se cantó un solemne *Te Deum*. Comprometióse en ella al comerciante don José Ventura Santana y al hacendado don Marcelino Argain, suponiendo que unidos con Rámos querian jurar la Independencia.

Para juzgar esta figurada conspiracion, decretó Monteverde establecer una comision militar que entendiese en la referida causa. Se fundaba en que hallándose autorizado por órdenes de los ministerios de Estado y guerra, comunicadas en 27 y 28 de noviembre último, para obrar en todas las ocurrencias, segun lo exigieran las circunstancias hasta la perfecta tranquilidad del país, habia observado que se retardaban mucho los procesos de conspiracion con riesgo de la seguridad pública é individual. Los miembros designados para dicha comision fueron :

el capitan de fragata don Juan Tízcar, los tenientes coroneles don Lorenzo Ros y don Antonio Bosch, los capitanes Bengoa y La Ginestier, y el abogado González. Concedia facultad á este juzgado militar extraordinario para conocer, sustanciar y decidir el proceso, consultando la sentencia con el capitan general.

La real audiencia reclamó enérgicamente contra el establecimiento de la comision militar, manifestando que por decretos de las Córtes las causas de traicion é infidencia correspondian á las reales audiencias, con exclusion de los antiguos capitanes generales, que solo podian ejercer la jurisdiccion militar. Monteverde no cedió á tan legal como justa reclamacion, alegando haber procedido con dictámen de letrados y personas de su confianza; añadiendo que consideraba á Carácas como en estado de sitio, en cuyo caso debia proceder contra los perturbadores del órden público con energía y firmeza. Se lisonjeaba por esto que el gobierno de la nacion no reprobaria su conducta, habiéndole manifestado ya, segun decia : — « que si publiqué la constitucion, fué por un efecto de respeto y obediencia, no porque consideré á la provincia de Venezuela merecedora todavía de que participase de tan benigno Código. » — Persuadida la audiencia de que era inútil toda reclamacion á un jefe que profesaba tan detestables máximas políticas, dió cuenta de tales hechos á la Regencia de Cádiz, diciéndole : — « que despues de todos los atentados cometidos contra la constitucion y las leyes, referidos en su representacion de 9 de febrero, acababa de ejecutarse aquel último que faltaba al trastorno del órden y al imperio de la arbitrariedad. »

Así era en efecto, pues toda aquella ponderada y horrible conspiracion fué solo un pretexto para nuevos actos de tiranía. El reo principal Ildefonso Rámos se fugó de la cárcel, y aunque se le aprehendiera de nuevo, nada se le probó. Santana, Argain y otros dos ó tres presos estuvieron cincuenta y siete dias en un calabozo, sin que se les tomára una sola declaracion indagatoria. Perdieron, sin embargo, intereses considerables por la rapacidad de sus enemigos.

Hé aquí el objeto principal de aquellas supuestas conspiraciones. La de Rámos costó á las extenuadas fortunas de los habitantes de Carácas el préstamo forzoso de cien mil pesos, que por medio de una junta les impuso Monteverde para sostenerse contra los conspiradores. Ofreció reintegrarlos del producto del

uno por ciento que de hecho impuso al comercio de la Guáira y Puertocabello, muy recargado ya.

La dilapidacion de las rentas reales habia sido tan grande como los excesos cometidos en la política, en la justicia y en la administracion de los pueblos de Venezuela. Desde el 1° de agosto hasta 31 de diciembre de 1812, apénas habian producido las rentas 52,821 pesos, y lo gastado en estos cinco meses causó un *déficit* de 204,286 pesos. Así fué que el intendente don Dionisio Franco, teniendo en consideracion otros muchos gastos que se habian hecho, calculaba en medio millon el alcance contra la real hacienda de Venezuela en la fecha mencionada. Esto era sin contar el producto de las ventas de mulas y ganado vacuno que se tomaban por fuerza de los hatos de la provincia de Barínas. Allí se habia estancado hasta la carne, para ocurrir á las necesidades de la division que mandaba don Antonio Tízcar. Dicha provincia fué reducida á esqueleto y devastada en todos sus ramos por las multiplicadas exacciones de aquel jefe militar. Algunas familias principales tuvieron que llorar la muerte de miembros de ellas, que Tízcar hizo morir como insurgentes.

Una invasion de las fuerzas de la provincia de Casanare en la Nueva Granada, que ocuparon algunos pueblos de la frontera de Barínas, y que fueron obligadas á retirarse por un destacamento de las tropas reales, habia sido la causa de la formacion de aquel cuerpo de ejército á principio de este año. Los consejeros y aduladores de Monteverde le hicieron concebir el proyecto de reconquistar el vireinato de Santafé, cuya empresa creía, ó se la pintaban los interesados en fomentarla, mas fácil que la pacificacion de Venezuela. Aprestáronse, pues, las mejores tropas que tenia Monteverde, quien nombró para jefe de la reconquista al capitan de fragata don Antonio Tízcar, militar que nada sabía de guerra terrestre y á quien se destinaba para virey. El cuartel general se puso en la ciudad de Barínas, punto el mas á propósito para abrir la campaña. Muchas personas sensatas del partido real, que conocian la situacion y los recursos de que podia disponer Monteverde, trataron de disuadirle de un proyecto que, en su opinion, tenia notoriamente el carácter de impolítico y peligroso. Ellas le hicieron ver que desprenderse de sus mejores cuerpos con el objeto de atacar á un país que no le hostilizaba, dejando descubierto su propio territorio,

cuando Monteverde mismo confesaba que no podia sostener á Venezuela sin que se le enviasen fuerzas de España, era exponerse á perderlo todo: era llamar sobre sí la atencion de los insurgentes de Santafé, que hasta entónces le habian dejado tranquilo; era, en fin, agotar los escasos medios que tenia, y que no estaba léjos de necesitar en su totalidad para la conservacion de las provincias especialmente encomendadas á sus cuidados. Mas como se pensaba sin la menor duda, segun dijo á la Regencia de Cádiz el fiscal de la audiencia doctor don José Costa y Gali, testigo presencial, — « que la reconquista del vireinato de Santafé solo era un paseo militar, y hasta se habia calculado el dia en que el virey Tízcar entraria triunfante en la capital, los consejos de la prudencia fueron tenidos como inspiraciones de la cobardía y de una tímida política, y por consiguiente despreciados. » Monteverde insistió en su proyecto de reconquistar el Nuevo Reino de Granada, y elevó á 2,600 hombres la division de Tízcar.

Á tiempo que Monteverde se ocupaba en tan grandes proyectos, y cuando la opresion de los Venezolanos habia llegado á su colmo, un rayo de esperanza lució con la órden comunicada por la Regencia de Cádiz en 30 de enero al oidor comisionado para seguir en Carácas los procesos de infidencia, don Pedro Benito y Vidal. En ella se decia terminantemente: — « que en la formacion de las causas no se debian hacer valer los hechos anteriores á la capitulacion de San Mateo, en la que á nombre de la nacion española se habia ofrecido que las personas que se hallaban en el territorio sin subyugar, no serian presas ni juzgadas por lo pasado, ofrecimiento cuya violacion era muy ajena de la generosidad española, y que por lo tanto debia cumplirse. » — Sin embargo, para que no fuese completo el beneficio que resultaba de esta declaratoria, se recibió otra órden de la misma Regencia en que se declaraba: — « que el olvido de lo pasado no debia extenderse á condonar los perjuicios que se hubieran hecho á cualquiera que los reclamára. » — Esta excepcion era manifiestamente contraria á lo convenido en San Mateo, y por tanto injusta: era tambien impolítica, porque abria un vasto campo de pleitos y disputas que no dejarian sosegar el país.

Deseosa la real audiencia de poner en ejecucion estas órdenes de acuerdo con Monteverde, comisionó al oidor decano don Francisco de Heredia, para que trasladándose de Valencia á

Carácas acordáran el modo de ejecutar dichas disposiciones. Muchos esfuerzos y razonamientos costó al regente persuadir á Monteverde que debia cumplir las órdenes del gobierno supremo. El pacificador estaba imbuido en las ideas de que soltar un preso era envolver el país en nuevas revoluciones, y que su responsabilidad le autorizaba para dictar cuantas providencias le sugiriese su propio juicio, á fin de conservar la tranquilidad; y aun para resistir las órdenes del gobierno español que juzgára contrarias á tan importante objeto. Despues de largas disputas convinieron en que el capitan general pudiese confinar adonde juzgára conveniente á aquellas personas capaces de comprometer la seguridad pública. La real audiencia se encargó de presentar la lista de los que considerase comprendidos en esta medida, segun el mérito de las respectivas causas. En consecuencia el capitan general y el regente de la audiencia extendieron y publicaron un acuerdo, que contenia sustancialmente lo que disponian las reales órdenes de 9 y 30 de enero, ofreciendo (marzo 29) : — « que se cumpliria el olvido general de todo lo pasado, procurando proporcionarlo en términos que fuesen compatibles con la tranquilidad pública y seguridad individual de las personas, que la fuerza de las circunstancias habia obligado á detener, arrestar y procesar en distintas épocas. »

Á la sazon que se ventilaban estas importantes cuestiones, el general Miranda, que se hallaba sepultado en una bóveda de Puertocabello, reclamó enérgicamente en 18 de marzo el cumplimiento de la capitulacion de San Mateo, diciendo á la real audiencia : que habia capitulado para evitar el derramamiento de sangre americana, impelido principalmente á dar este paso por los horrendos asesinatos que cometian las esclavitudes sublevadas en los valles y costas de Barlovento; que tambien habia tenido en mira restituir á las provincias de Venezuela el sosiego y la tranquilidad, á fin de que reparasen de algun modo los desastres del terremoto; en fin, — « que reconciliase á los Americanos con los Europeos, para que en lo sucesivo formasen una sociedad y una sola familia en lo interior, dando Carácas al resto del continente un ejemplo de sus miras políticas, y de que preferia una honrosa capitulacion á los azarosos movimientos de una guerra civil y desoladora. » — Manifestaba que habia tenido el mas profundo sentimiento al ver en la Guáira y en Puertocabello mas de 1,500 personas arrastradas

como insignes criminales á las bóvedas, así como á las cárceles de Carácas. Concluía reclamando con nobleza y libertad el cumplimiento de las solemnes capitulaciones de San Mateo en favor de los habitantes de Venezuela que no hubiesen dado motivo posterior para que se les tratára cual criminales, y protestaba, en caso contrario, elevar sus quejas ante el augusto tribunal de la nacion. Mas cuando Miranda hacía esto en favor de sus compatriotas oprimidos, se olvidaba enteramente de sí mismo, pues no dijo una palabra á la audiencia reclamando su libertad. ¡Conducta noble y que manifiesta la elevacion de su alma! Pero él conocia á los Españoles, cuyos magistrados no le perdonarian jamas haber trabajado tantos años por dar independencia y libertad á su patria; por consiguiente, no quiso degradarse solicitando como un favor lo que juzgaba debia concedérsele de justicia. Nunca llegó el dia en que se la hiciera el gobierno español, á pesar de que no se le pudo justificar que hubiera sustraido caudales públicos, motivo por el cual habia dicho Monteverde que se le redujo á prision, ni tampoco se le siguió causa. De Puertocabello le envió despues Monteverde á Puerto-Rico, dando al capitan del barco la órden inhumana de echarle al agua en cualquiera contingencia. En Puerto-Rico obtuvo momentáneamente su libertad por la influencia de un oficial ingles. Empero reducido de nuevo á prision, se le remitió á Cádiz; y como reo de Estado se le encerró en el arsenal de la Carraca. Allí, entregado á sí mismo, solitario y abandonado de todos sus antiguos amigos, murió el 14 de julio de 1816. — El gobierno supremo español violó á sabiendas en la persona de Miranda la capitulacion de San Mateo, que él mismo declarára en su órden de 30 de enero que debia cumplirse fiel y religiosamente.

Creemos que la reclamacion de Miranda pudo influir algun tanto en los activos pasos que con tanta firmeza daba la audiencia de Venezuela, para aliviar la suerte de sus habitantes oprimidos por Monteverde y sus satélites. Continuando, pues, su regente Heredia las gestiones que hacía con tan justo y noble objeto, y despues de haber obtenido el acuerdo ántes mencionado, se restituyó á Valencia (abril 7). El tribunal en su ejecucion estableció las bases que debian observarse para vaciar las bóvedas, cárceles y pontones de tanta multitud de infelices detenidos, sin que se les hubiera formado proceso alguno. En consecuencia puso

en libertad dentro de pocos dias á todos los patriotas que se consideraron no comprendidos en la confinacion exigida. Formó tambien la lista de los que debian ser confinados á lugares distintos de su domicilio, adonde no podrian volver sin expreso permiso del capitan general. Esta providencia se tomó generalmente respecto de los vecinos de Cumaná, Barcelona y Margarita, á causa de los progresos que habian hecho los patriotas que desembarcaron en Güiria (1).

La órden ya citada de 30 de enero fué el único acto de justicia que hizo la Regencia de Cádiz respecto de los oprimidos patriotas de Venezuela. En vano clamaron estos elevando sus quejas y representaciones al gobierno de la metrópoli; en vano el gobernador Ureña y otros empleados manifestaron los excesos, la mala fe, las crueldades y violencias de Monteverde y de sus partidarios; en vano la real audiencia con una firmeza muy laudable reclamó el cumplimiento de las leyes y el de la capitulacion de San Mateo; en vano, finalmente, demostró hasta la evidencia los males que ya se habian originado á la causa nacional por todas las tropelías cometidas por Monteverde y sus agentes, prediciendo las que podian seguirse en lo venidero si continuaba observándose el mismo sistema de opresion y despotismo. Ni una sola reprension se dió á Monteverde, y se limitó la Regencia á decirle friamente : — « que guardase buena armonía con la audiencia del distrito, y que la comision militar que habia erigido en tribunal extraordinario era ilegal. » Cuando las Córtes generales tomaron en consideracion los sucesos de Venezuela y otras partes de América, los diputados de Ultramar defendieron vigorosamente la causa de sus compatriotas oprimidos; pero las quejas y lamentos de tantos millones de víctimas americanas que sufrian á 2,000 leguas de distancia, ninguna impresion hicieron en los diputados europeos, que sostenian y santificaban la conducta de los vireyes, de los capitanes generales, de los jefes de tropas y de los gobernadores de las provincias ultramarinas, siempre que la dirigieran á mantenerlas sujetas á la madre patria. No quedaba, pues, á los Americanos otra esperanza de mejorar la condicion de esclavos que se les hacía sufrir, — « que la fuerza de sus brazos y la energía de sus almas. »

(1) Véase la nota 8ª.

Los patriotas del oriente de Venezuela habian manifestado bien que cifraban su suerte en estos recursos de los hombres que merecen la libertad, derrotando cuantas expediciones se habian dirigido contra ellos. Tenian ya buenas tropas aunque poco numerosas, y desde Maturin amenazaban á Cumaná y Barcelona.

Monteverde, á quien sus aduladores habian colmado de orgullo acerca de su gloria militar, haciéndole creer que era uno de los primeros capitanes, porque realizó la pacificacion de Venezuela por algunos dias, debida no á sus talentos, sino á la situacion en que se hallaban los pueblos abatidos por el terremoto y seducidos por el fanatismo, determinó ir personalmente á combatir los insurgentes de Maturin. Juzgaba en su necio orgullo que, cual otro César, iria, veria y venceria. Bajo de este errado concepto se apropió doscientos sesenta soldados que habian llegado de España para auxiliar á Santamarta, provincia de la Nueva Granada, á los que agregó otros de marina y algunos de Coro, reuniendo el número de 700 hombres de buena tropa. Los comerciantes de la Guáira y Carácas dieron los fondos necesarios para equipar completamente la expedicion. Esta se embarcó en la Guáira (abril 27), y llegó á Barcelona el 3 de mayo sin novedad alguna. De allí marchó al pueblo de Santa Rosa en el canton de San Mateo, perteneciente á la misma provincia. Reuniendo los soldados y elementos militares que le suministraron el comandante de Barcelona y el coronel Antoñánzas, pudo juntar hasta dos mil hombres. Con esta fuerza determinó seguir á Maturin, á pesar de que varios oficiales experimentados le hicieron presente, que la época del año en que estaban no era á propósito para arremeter aquella empresa: los mismos le aseguraban, que si la realizaba sin combinacion ni conocimiento práctico del terreno, sería derrotado infaliblemente. Tan saludables avisos parecieron á Monteverde una verdadera cobardía; así dispuso que Antoñánzas se retirase á su provincia. Entónces, sin dar descanso á las tropas, sin esperar un cuerpo de caballería que el padre Márquez llevaba en su auxilio, y que debia unírsele bien pronto, marchó hácia Maturin, á cuyos defensores despreciaba altamente, creyendo que temblarian con solo oir su nombre. En esta equivocada inteligencia y loca presuncion se presentó en los alrededores de la villa, haciendo seguir por delante los víveres, equipajes y aun

la caja militar. Á la vista ya, intimó la rendicion amenazando con que — « si la guarnicion y jefes no se entregan en el espacio de dos horas, serán abandonados por mí al furor irresistible de mis soldados, que ansian por vindicar el honor de las armas nacionales, y por destruir á los enemigos de la paz, de la justicia y de la felicidad de estas poblaciones pacíficas. »

En Maturin mandaban los ciudadanos Manuel Piar y José Francisco Azcúe : sus fuerzas consistian en trescientos hombres de caballería, dos piezas de artillería y ciento cincuenta infantes, cuyo comandante era Andres Rójas. Estos contestaron lacónicamente, que estaban decididos á defender su libertad hasta perder la vida (mayo 25). En el momento se rompió el fuego, y desde las primeras descargas se desordenaron los soldados de Monteverde por el estrago que la artillería y fusilería de los patriotas hicieron en sus filas. Arremetió despues la caballería de Maturin á los realistas desalentados ya, y los destrozó escapando solamente algunos dispersos, que no llegaron á treinta hombres reunidos. Quedaron en el campo cuatrocientos setenta y nueve muertos, de los cuales veinte y siete eran oficiales : las armas, municiones, bagajes y caja militar, todo cayó en poder de los independientes, que obtuvieron una victoria completa. Monteverde, segun su misma confesion, escapó como por milagro, dirigido y acompañado por el negro Palomo, que le condujo á todo escape por montes y veredas hasta San Mateo, perdiendo á su secretario y consejero intimo el Isleño doctor don Antonio Gómez, quien pudo apénas ir á refugiarse en la isla de Trinidad. Despues de haber dado Monteverde algunas disposiciones para la defensa de Cumaná y Barcelona, siguió aceleradamente á Carácas, de donde le llamaban con urgencia los negocios. Dejó el mando de las tropas que debian juntarse para defender el oriente de Venezuela al mariscal de campo don Juan Manuel Cajigal, jefe destinado á dirigir en aquellas provincias las operaciones militares.

Al partir Monteverde de Carácas para su malhadada expedicion de Maturin, dejó mandando interinamente como capitan general y jefe político al capitan de fragata don Juan Tízcar, persona de su mayor confianza, y que habia sido su principal director en el gobierno conforme á la opinion pública. Luego al punto que se ausentára Monteverde, Tízcar varió de repente su conducta. Cuando ántes solo respiraba sangre y suplicios, segun

se decia, se le vió abrir su casa á los patriotas, visitarlos familiarmente, consolar á sus familias, manifestar desprecio por los Isleños de Canárias, y no hacer caso de los avisos que se le daban contra los insurgentes, afectando amor á la constitucion y respeto á las promesas hechas en la capitulacion de San Mateo. Dió tambien libertad á muchos presos que tenian causa pendiente; concedió pasaporte para restituirse á los pueblos de su domicilio á todos los que la audiencia habia puesto á disposicion del capitan general para que los confinára donde tuviera por conveniente; y por último viósele emplear en la milicia á personas sospechosas para los Españoles. Parecia que todos estos pasos eran dirigidos á granjearse el aura popular, á fin de usurpar el mando por una aclamacion general. Estos fueron los motivos urgentes que obligaron á Monteverde á regresar á Carácas. En el momento depuso á Tízcar de la autoridad de capitan general y jefe político (junio 1°); confirió esta al brigadier don Manuel del Fierro, hombre anciano y débil. Monteverde tenia que dedicarse exclusivamente á las operaciones militares, que casi en todas las provincias llamaban su atencion.

Una de estas era la isla de Margarita, exasperada como las demas por la tiranía y arbitrariedad de los mandatarios españoles. Antes hemos visto las tropelías que cometiera el gobernador don Pascual Martínez, especialmente con don Juan Bautista Arismendi. Aunque este y sus compatriotas hubieran obtenido su libertad por los justos y laudables esfuerzos de la real audiencia, no se atrevieron por algun tiempo á regresar á su pobre y árido país natal, sino que mas bien quisieron pedir limosna y vivir miserablemente en la Costa-Firme. Sin embargo los sucesos de Cumaná les hicieron concebir esperanzas de salvacion para su desgraciada patria : en consecuencia Arismendi y sus compañeros los mas atrevidos se fijaron en un plan de insurreccion y venganza, para darle cima en la primera ocasion favorable que se les presentára. En efecto, cuando el capitan general interino don Juan Tízcar trataba de congraciarse con los patriotas, y durante la ausencia de Monteverde levantaba las confinaciones impuestas por este de acuerdo con la audiencia, Arismendi y sus compañeros obtuvieron permiso para trasladarse á sus domicilios : allí unos se ocultaron de Martínez y de sus satélites; otros, como Arismendi, fueron presos y encerrados en el castillo de Pampatar, lo que aceleró la explosion.

Como la isla es pequeña, sus habitantes principales se pusieron fácilmente de acuerdo; y capitaneados por el jóven Rafael Guevara comenzaron á formar reuniones alarmantes para el gobernador, quien carecia de fuerzas capaces de reprimirlos. Al principio aparentaron sumision y obediencia, miéntras conseguian en las Antillas inmediatas algunas armas con que resistir á sus opresores. Unos pocos fusiles y escasas municiones que se proporcionaron con mucha dificultad les dieron aliento, y arrojando la máscara se presentaron en campaña, como hombres denodados y valientes. El gobernador y sus partidarios tuvieron en breve que encerrarse en el castillo de Pampatar, donde los sitiaron. Despues de algunos dias se les obligó á rendirse (junio 13). Martínez cayó prisionero con los Españoles que habian sido compañeros, ó auxiliádole en su sistema de opresion y crueldad. Arismendi fué nombrado gobernador por el pueblo margariteño: él habia ofrecido vengarse, y su venganza fué ruidosa. Martínez y sus compatriotas perdieron sus vidas en número de veinte y nueve.

Luego que los Margariteños no tuvieron enemigos que combatir en su suelo, trataron de prestar auxilios á las reacciones de la Costa-Firme, armando tres goletas y otros buques menores, cuyo comandante era el Italiano José Bianchi; como aquellos Isleños son excelentes marineros, hicieron entónces servicios distinguidos á la causa de la Independencia.

En la inmediata provincia de Barcelona hubo tambien movimientos revolucionarios, intentados por los patriotas que Monteverde tenia confinados, y á quienes Tízcar permitiera imprudentemente volver á sus casas. Por dos veces lo intentaron sin tener buen éxito, y los comprometidos huyeron á engrosar las filas de Mariño y sus valientes compañeros de armas: igual conducta observaron los patriotas libertados que pertenecian á la provincia de Cumaná, donde la revolucion y los esfuerzos de los patriotas hacian progresos alarmantes para las autoridades españolas.

Mas aunque los realistas habian sufrido tantos reveses en las provincias orientales de Venezuela, eran mayores los que se les preparaban en las occidentales: en las márgenes del Táchira se formaba una tempestad que debia ser tremenda para la causa de España. Á fin de referir estos sucesos, anudarémos de un poco atras la narracion.

Ya se ha visto en la primera parte de esta *Historia*, que el coronel Simon Bolívar batió en la villa de San José de Cúcuta la division del coronel don Ramon Correa; se ha visto que inmediatamente trató de formar una expedicion que libertára á Venezuela de la tiranía de Monteverde; que pidió auxilios al congreso federativo de la Nueva Granada y al presidente de Cundinamarca Nariño, enviando en comision especial al coronel venezolano José Félix Ríbas; se ha visto que el presidente Tórres confirió á Bolívar el empleo de brigadier de la Union y el título de ciudadano de la Nueva Granada; se ha visto las agrias disputas que con Bolívar trabára el coronel Manuel Castillo, atribuyendo á aquel despilfarros y desórden en la administracion militar; se ha visto que el congreso no cortó decididamente la cuestion, como debió hacerlo; se ha visto, en fin, que Castillo se oponia á la expedicion de Venezuela, que en su concepto era superior á las fuerzas y elementos que habia, en la que se iban á sacrificar temerariamente los soldados de la Union, dejando desguarnecida la Nueva Granada.

Á pesar de todo esto, ansioso Bolívar de dar libertad á su patria oprimida, y conducido por la Providencia, que le llamaba á tan altos destinos, no hubo especie de sacrificio á que no se sujetára para realizar sus atrevidos designios. Él escribió cartas amistosas á Castillo, proponiéndole que se reconciliáran y unieran en obsequio del servicio público, y aun cedió en algunos de los puntos en cuestion; pero todo fué en vano: Castillo tenia pretensiones al mando en jefe de la division que trajo de Pamplona á Cúcuta, y obraba como tal en la villa del Rosario, donde residia. Bolívar, despues de algunas dificultades, recibió permiso del congreso (marzo 18) para que avanzára en el territorio de Venezuela, segun lo habia solicitado ardientemente, y que limpiase de enemigos las provincias de Mérida y Trujillo. Dominando los Españoles á Venezuela con mas de seis mil hombres, y llegando apénas á mil las fuerzas de que Bolívar podia disponer, pocos habia de los que tenian conocimientos prácticos de las dificultades que debian encontrarse, que no juzgáran loca y temeraria la empresa que arremetia, graduándola de concepcion propia de un hombre desesperado que todo lo queria aventurar. En aquella época aun no se hallaba establecido el crédito militar de Bolívar, y sin embargo de confesársele intrepidez personal, atrevimiento en sus proyectos

y mucha actividad, se le tachaba de temerario, de poca economía y de permitir que se disipáran los recursos de las tropas. Existen los oficios del brigadier Bolívar al congreso de la Nueva Granada, en que le hablaba con tanta seguridad sobre el éxito feliz de la campaña y apoyándose en razones tan poderosas, que despues del buen suceso se ve claramente hasta dónde llegaban los talentos y la prevision de Bolívar, que ni por un momento dudó del mas feliz resultado, si la empresa era conducida con atrevimiento y celeridad.

El congreso, para concederle el permiso de internarse en el territorio de Venezuela, le puso las condiciones : de que estuviera siempre á las órdenes del gobierno de la Union; que no adelantára sus marchas sin reunir un consejo de guerra en que se examinára la posibilidad de la empresa; que el ejército solo tuviera el carácter de *Libertador de Venezuela*, cuyo gobierno sería restablecido al mismo pié en que se hallaba al tiempo de la invasion de Monteverde; en fin, que no emprendiera la marcha hasta recibir nuevas órdenes dependientes de arreglos que estaba haciendo el congreso. Poco despues se ordenó tambien á Bolívar, que prestára juramento de obediencia y fidelidad al congreso de la Nueva Granada y al poder ejecutivo de la Union. Es probable que esta órden emanára de los partes y oficios de Castillo, en que decia que Bolívar no obedeceria al congreso luego que se internára en Venezuela : tambien la motivarian las opiniones que Bolívar habia publicado á su arribo á Cartagena, atribuyendo en sus escritos la pérdida de Venezuela al sistema federativo, lo que naturalmente debia inspirar recelos al congreso de la Nueva Granada.

Cuando aun no se habia introducido la discordia entre Bolívar y Castillo, arribó á San José de Cúcuta el coronel venezolano Antonio Nicolas Briceño, miembro que habia sido del congreso de Venezuela y secretario de aquel cuerpo. Briceño era abogado y jóven distinguido en Carácas ántes de la revolucion, por sus talentos é instruccion nada comunes. Desde ántes de la pérdida de Venezuela fué uno de los patriotas mas exaltados, ya sea por su carácter, ó ya por sus convicciones. Con la subyugacion de su patria y con los pérfidos excesos cometidos por Monteverde, asociado á los Españoles é Isleños de Canárias, la exaltacion de Briceño habia degenerado en fanatismo político y en una verdadera locura. Arrastrado por tales sentimien-

tos, publicó en Cartagena en 16 de enero de este año un plan dirigido á hacer la guerra al gobierno español, que oprimia á su patria. Por este peregrino é inicuo proyecto invitaba á todos los extranjeros y Americanos á que se enroláran bajo de sus órdenes para dar libertad á Venezuela. « Como esta guerra, decia el plan, se dirige en su primer y principal fin á destruir en Venezuela la raza maldita de los Españoles europeos, en que van inclusos los Isleños....., puesto que no debe quedar ni uno solo vivo.... » Despues continuaba dando las reglas para el repartimiento de los bienes que dejáran : aplicaba dos cuartas partes al Estado, y la otra mitad debia repartirse entre los oficiales y soldados que se alistáran en la expedicion. Se ofrecian premios á los que presentasen cabezas de Españoles ó Canários, ofrecimiento que se hacía con tan feroz indiferençia, que se cae la pluma de la mano al trazar aquel horrible cuadro (1).

Sin embargo, Briceño halló algunos corazones tan feroces como el suyo. Antonio Rodrigo, José Debraine, Luis Márquez, Jorge H. Delon, B. Henríquez, L. Caz, aventureros extranjeros, firmaron aquel detestable contrato, junto con los Venezolanos Juan Silvestre Chaquea y Francisco de Paula Návas. Unidos á Briceño y á costa de este se trasladaron á los valles de Cúcuta, engrosando su número con algunos soldados que reclutaron en el camino. Allí sometió Briceño al primero y segundo jefe de las tropas granadinas Bolívar y Castillo aquel contrato, para hacer la guerra á muerte á los Españoles europeos y á los Isleños de Canárias : estos lo aprobaron en 20 de marzo; pero exceptuando lo relativo á — « dar la muerte á *todos* los que tuvieran el expresado orígen, » diciendo : « *que por ahora* solo se daria á todos aquellos que se encontráran con las armas en la mano ; » y suprimieron tambien los premios decretados por Briceño en favor de los oficiales que presentáran cabezas de Españoles y Canários. La fria razon no puede conformarse con que Bolívar y Castillo hubieran aprobado otros varios artículos de aquel proyecto : el primero participaba en gran parte de la exaltacion de Briceño, segun lo veremos bien pronto; y el segundo obró arrastrado por las circunstancias de la época y por la escasez de recursos para combatir á los Españoles.

Por estos medios, y titulándose comandante de la caballería,

(1) Véase la nota 9ª.

consiguió Briceño formar un pequeño cuerpo de ciento cuarenta y tres hombres; los cien destinados para caballería, los cuarenta y tres debian armarse con igual número de fusiles, y solo tenia mil cartuchos. Briceño pensaba obrar independientemente contra el gobierno real de Venezuela. Mas combatida esta idea por Bolívar con razones perentorias, convino en que se uniera al resto de la expedicion con el mando de la caballería; y en esta inteligencia partió para la villa de San Cristóval, territorio venezolano ya libertado, pues los restos de la division del coronel Correa batidos en San José se hallaban atrincherados en la fuerte posicion de la Angostura de la Grita.

Resuelta por el congreso granadino la invasion de Venezuela, Bolívar mandó marchar en los primeros dias de abril al coronel Castillo con ochocientos hombres para desalojar á Correa de sus posiciones. Despues de muchos dias empleados por Castillo en preparar su movimiento, pues decia que todo no estaba en órden, al fin se puso en marcha (abril 5). De camino en Táriba celebró arbitraria é indebidamente el consejo de guerra prevenido por el congreso, haciéndolo fuera del territorio de la Nueva Granada, contra lo que él mismo habia opinado, y sin la asistencia del primer jefe ni de las otras personas que tenian conocimiento del estado de la opinion de los pueblos de Venezuela. El resultado de este irregular consejo, de que altamente se agravió el general Bolívar como de un exceso notorio de su segundo, fué : — « que se representára al congreso ser muy peligroso atacar á Venezuela llevando tan pocas fuerzas, y que estas sin duda serian sacrificadas, si se avanzaban mas allá de Mérida bajo el mando de Bolívar, cuyas empresas eran temerarias y sin órden alguno... » El consejo concluía pidiendo al congreso que á la mayor brevedad enviára al general Baraya á fin de que mandára el ejército.

Hallábase Castillo en marcha y acampado en Láura, cuando supo con asombro que el titulado comandante de la caballería Briceño, obrando de conformidad con sus feroces designios, habia publicado un bando en que declaraba la guerra á muerte á los Españoles europeos y á los Isleños de Canárias, conforme á las bases de su plan de Cartagena, y añadiendo otra aun mas inicua : ofrecia la libertad á los esclavos que matasen á sus amos españoles ó canários. Su objeto era, segun decia, aterrarlos, á fin de que abandonáran el territorio de Venezuela. Para

cumplir sus amenazas, quitó la vida á dos Españoles pacíficos que hallára en San Cristóval (abril 9), y remitió las cabezas, una á Bolívar y otra á Castillo, con cartas cuya primera línea estaba escrita con sangre de las víctimas. Ambos recibieron con indignacion la noticia de este hecho atroz; Bolívar envió inmediatamente al oficial Pedro Briceño Pumar para que reemplazára á Briceño en San Cristóval. Existe la contestacion dada por Castillo devolviendo á Briceño la cabeza que le enviára, con una carta en que brillan las virtuosos y humanos sentimientos que animaban entónces á los patriotas granadinos. Aquella sangrienta ejecucion causó en la época el mayor escándalo en la Nueva Granada, lo mismo que el bando publicado por Briceño en San Cristóval sin autoridad alguna. Así el poder ejecutivo de la Union previno á Bolívar que publicase otro revocándolo, y manifestando ser filantrópicos y absolutamente diversos los principios que habia adoptado el gobierno general respecto de los Españoles que no hubieran dado ni diesen lugar en lo venidero á conducta mas severa. El mismo gobierno previno á Bolívar, intimára á Briceño que debia sujetarse á sus órdenes bajo de un formal juramento, ó que de lo contrario obrára enteramente separado de las tropas de la Union.

Despues de tales incidentes Castillo continuó su marcha sobre los realistas, á quienes atacó en sus fuertes estancias de la Angostura : habia tomado bien sus medidas para flanquear al enemigo y acometerle por la espalda. Alarmadas las tropas de Correa con tal movimiento, abandonaron el campo despues de un combate reñido, en que se distinguió, lo mismo que otros oficiales, el sarjento mayor Francisco de Paula Santander, ocupando con dos compañías una altura casi inaccesible. Correa se retiró, en consecuencia, de la Grita y Bailadóres, destruyendo las municiones y los montajes de su artillería que no pudo conducir. Las tropas de la Union se situaron en estos pueblos.

Castillo recibió órdenes del gobierno general para transigir las desavenencias con Bolívar, que se hallaba en la villa de San José de Cúcuta. Prevalido de ellas, dejó las tropas en la Grita y Bailadóres al mando del sarjento mayor Manuel Ricaurte, quien bajo el pretexto de que no podia estar neutral entre Bolívar y Castillo, se fué tambien á Cúcuta; por su ausencia quedó mandando aquellas fuerzas el mayor Santander. Castillo escribió en 16 de abril y desde el camino al presidente de la Union, dicién-

dole: « que tratándose ya de la reconquista de Venezuela de un modo que chocaba con sus principios políticos y aun morales, y de conducírsele como un instrumento de la ruina indefectible de las pocas fuerzas de la Nueva Granada, y por consiguiente de su libertad, estaba resuelto á sufrir primero la muerte que cooperar á tamaño sacrificio. » — En consecuencia, — « y no creyendo que sus servicios eran ya necesarios, pues la Union abundaba de generales aguerridos y llenos de sublimes conocimientos, hacía dimision de todos sus destinos. »

Dicha renuncia probablemente nacia tambien de la noticia que recibiera de estar ya en San José el brigadier Joaquin Ricaurte, con quien tenia una antigua enemistad, y creyó que sería el segundo jefe designado, como lo fué en efecto. Mas siendo todavía Castillo comandante general de la provincia de Pamplona, como tal daba órdenes á los jefes de batallon de las tropas granadinas contrarias á las de Bolívar; atacando así por sus fundamentos la disciplina militar. Esto sucedió con el teniente coronel Rafael Urdaneta, comandante del batallon 3º de la Union, á quien Bolívar destinaba para seguir á la Grita con el brigadier Ricaurte. Urdaneta habia recibido una órden comunicada por Castillo, en que le prevenia no se moviera de Cúcuta; y así lo dijo al general Bolívar, que sintió vivamente aquel suceso, sobre todo porque en el parte de Urdaneta se mencionaban dos oficios del gobierno general de 11 y 16 de abril, en los cuales se prevenia á Castillo: — « que por ningun motivo permitiera se aventuráran nuevas acciones en lo interior de Venezuela. »

Esta noticia, al mismo tiempo que irritó sobre manera á Bolívar contra la hostil conducta de Castillo, le causó el mas profundo sentimiento, porque veía disiparse como el humo sus proyectos de dar libertad é independencia á su querida patria; veía, segun las órdenes del ejecutivo de la Union, la resistencia de este á invadir á Venezuela, y á exponer las pocas fuerzas y elementos militares que tenia la Confederacion granadina; veía que por las intrigas, acusaciones y partidos que Castillo y sus secuaces habian logrado introducir en el ejército, se hallaba á punto de disolverse; veía, en fin, que unos oficiales y aun jefes querian ir á Venezuela y otros no, division que habia cundido hasta en los soldados. La situacion era crítica y dolorosa para un hombre que, como Bolívar, tenia la firme persuasion de que con las fuerzas que mandaba podia marchar hasta Carácas.

Irritado sobre todo con Castillo, que le hacía perder por sus intrigas y contradicciones tan brillante perspectiva de gloria y de libertad para su patria, y desalentado al mismo tiempo con el espíritu contrario á sus proyectos que inferia reinaba en los consejos del gobierno de la Union, se dirigió á este, haciendo renuncia de su destino, é implorando como una gracia especial el que se le admitiera (mayo 3). Añadia, que si esto no era asequible, se le concediera el permiso de seguir á Venezuela con las personas que quisieran acompañarle, proveyéndole el congreso de las armas y municiones necesarias. Concluía diciendo, que si nada de esto se le otorgaba, — « se le permitiera restituirse á Cartagena para tomar parte como simple voluntario en la expedicion que marchaba contra Santamarta y Maracáibo. Para el caso de que todo se le negára, pedia su pasaporte á fin de encaminarse á Cumaná ó Barcelona, donde estaba cierto que se combatia por la libertad de Venezuela. Dos dias despues envió á Tunja en clase de comisionado al doctor Francisco Soto, que llevó el encargo de apoyar estas diferentes solicitudes, y de sincerar su conducta acerca de las acusaciones que se le hacian.

Para aumentar sus penas, supo Bolívar en aquellos dias que el coronel Antonio N. Briceño se habia escapado furtivamente de la villa de San Cristóval (mayo 4) con el destacamento que mandaba, siguiendo por la fragosa montaña de San Camilo hácia las llanuras de la provincia de Barínas. Habiéndose unido á Briceño Francisco Olmedilla y otros pocos llaneros valientes, los tomó por guias para su loca empresa de hacer con un pequeño cuerpo independiente de hombres bisoños la guerra á los realistas en el territorio en que mejores y mas numerosas fuerzas tenian. Desde entónces Bolívar previó las funestas consecuencias que podian seguirse á la causa de la Independencia por aquella desercion, que disminuía tambien las tropas con que contaba.

Felizmente para la causa de la Independencia y libertad, no solo de Venezuela y de la Nueva Granada, sino tambien de toda la América del Sur, presidia el congreso granadino, y era jefe del poder ejecutivo el doctor Camilo Tórres, ciudadano que, segun hemos visto en la primera parte, por sus talentos distinguidos y por sus virtudes republicanas, era digno de figurar al lado de Washington y de sus ilustres compañeros. Tórres, desde los primeros oficios que recibiera de Bolívar, formó una alta

idea de sus talentos privilegiados, y tuvo por él la mas grande prediléccion, persuadido íntimamente que podia hacer eminentes servicios á la noble causa que sosteníamos entónces contra los Españoles.

Él veía en el coronel Castillo un militar lento y rutinero, formado á la usanza de los jefes peninsulares del tiempo de Cárlos IV; por el contrario, en Bolívar hallaba penetracion, actividad extraordinaria, arrojo y una gran propension á no sujetarse en todo á las llamadas reglas de los tácticos europeos, inaplicables en gran parte á la América del Sur. Esto era lo que Castillo denominaba desórden y temeridad. Por tales consideraciones, el presidente Tórres consiguió al fin que el congreso adoptára con calor las ideas y planes de Bolívar para dar libertad á Venezuela. Se persuadieron sus miembros que dirigiendo un pronto y decidido acometimiento sobre los realistas que dominaban aquel país, se defendia al mismo tiempo la Nueva Granada, á lo ménos por algun tiempo.

En cumplimiento de esta acertada resolucion, que se adoptára el 27 de abril, se concedió á Bolívar la facultad de libertar inmediatamente las dos provincias de Mérida y Trujillo, y de arrojar sobre el lago de Maracáibo los restos de la division del coronel Correa; igualmente se le prescribieron las reglas que debia observar en aquella expedicion, prohibiéndole que avanzára mas allá de Trujillo.

Poco despues recibió el presidente del congreso la renuncia irrespetuosa que dirigió Castillo de todos sus destinos al servicio de la Union. Se le admitió, añadiendo el decreto : — « que el gobierno se reservaba dictar las demas providencias convenientes. » Castillo, bajo de varios pretextos, se habia trasladado de Cúcuta á Pamplona, y de aquí á Tunja, donde supo que ya no servia al gobierno general; siguió entónces á Cartagena, su patria.

Bolívar recibió el 7 de mayo la órden del poder ejecutivo de la Union permitiéndole que pudiera seguir á Venezuela con las tropas que mandaba, y limpiar de enemigos las provincias de Mérida y Trujillo. Su regocijo fué extraordinario y compensó en gran manera las penas que habia sufrido. Así lo manifestó al presidente Tórres, ofreciéndole su eterno reconocimiento y absoluta sumision á los mandatos del congreso. En los mismos dias llegó á Cúcuta el coronel José Félix Ríbas con las tropas,

armas y municiones que bajo de algunos pactos habian confiado á Bolívar el presidente de Cundinamarca Nariño y el congreso de la Nueva Granada. Poco excedian las primeras de cien hombres por la desercion de mas de cincuenta que hubo en el camino. Inmediatamente dió Bolívar sus disposiciones para la pronta marcha del centro y retaguardia de su pequeño ejército, que apénas era una corta division. La vanguardia ocupaba siempre la parroquia de Bailadóres en la provincia de Mérida.

Algo mas de quinientos hombres efectivos, cinco obuses, cuatro piezas del calibre de á cuatro, cuatro de á tres con sus municiones, mil cuatrocientos fusiles y ciento cuarenta mil cartuchos, junto con algunos otros pocos elementos de guerra, eran las fuerzas insignificantes con que emprendia Bolívar arrojar á los Españoles de Venezuela. Mas de seis mil hombres de regulares tropas defendian su territorio, y verdaderamente era una empresa que parecia temeraria, segun la caracterizaban muchos en aquella época. Sin embargo, Bolívar la creía posible, y no tan difícil como algunos se figuraban. Veámos en qué se fundaba.

El general Bolívar sabía la violacion de las capitulaciones de San Mateo por Monteverde y sus partidarios; sabía la multitud de prisiones ejecutadas conforme á las órdenes del titulado *pacificador* y de sus agentes; sabía el orgullo de los Españoles europeos, de los Isleños de Canárias y de los Americanos realistas, orgullo que habia ofendido sobre manera el amor propio y los sentimientos nobles y generosos de los patriotas; sabía que oprimidos y vejados estos por la arbitrariedad y tiranía, aprovecharian la primera ocasion que se los presentára para levantarse contra sus opresores; sabía, en fin, que en Cumaná y Barcelona algunos republicanos valientes y atrevidos habian corrido á las armas y guerreaban con los realistas. Ignoraba, es cierto, el crecimiento alarmante que habia tomado aquella insurreccion, y las derrotas sufridas por Monteverde y sus tenientes; empero no dudaba que su atrevida empresa tendria un grande apoyo en los patriotas que lidiaban por la Independencia al oriente de Venezuela : por lo ménos los Españoles se verian obligados á dividir sus fuerzas.

De ningun modo se engañó Bolívar en mucha parte de sus cálculos, pues los realistas habian principiado á cometer muy graves errores, temiendo la expedicion de la Nueva Granada.

Con solo haber ocupado su vanguardia á Bailadóres, y mantenerse allí, la division del coronel Correa, que no bajaba de mil hombres, abandonó á Mérida, y emprendió su retirada hácia Betijoque.

Libres los patriotas meridanos de la presencia de los realistas, proclamaron de nuevo su independencia, dirigidos por el Español europeo Vicente Campo Elías, lo que sucedió en los últimos dias de abril, y en seguida pidieron socorro á Bolívar contra sus enemigos, que podian volver á castigarlos. Tan placentera noticia, que confirmaba la exactitud de sus cálculos, llegó á Cúcuta el 30 de abril, cuando aun no podia dar un paso adelante de Bailadóres. Su desesperacion fué extremada; pero careciendo de facultades para enviar auxilio de tropa, dispuso que el doctor Cristóval de Mendoza, que habia pertenecido al poder ejecutivo general de Venezuela, se pusiera en camino para Mérida, llevando la comision de que organizára el gobierno de la provincia en los términos que parecieron á Bolívar mas oportunos. Inmediatamente consultó al poder ejecutivo de la Union, cuál deberia ser la línea de conducta que observára respecto de la organizacion política de las provincias que recuperasen su independencia y libertad por los auxilios de la Nueva Granada.

Ántes de que se recibieran en Tunja tales noticias, el mismo congreso, queriendo tener un influjo directo en la campaña de Venezuela, habia nombrado una comision con el objeto « de dirigir las operaciones militares y de hacer en el territorio que se libertára los arreglos políticos que fueran necesarios (mayo 8). » Se componia del abogado doctor Frútos Joaquin Gutiérrez, miembro del congreso, que la presidia; del canónigo de Mérida doctor Luis Mendoza, y del coronel Antonio Villavicencio, antiguo oficial de la marina española. Habíanse ya dado instrucciones á esta comision, á las que se refirió el congreso al contestar la consulta de Bolívar. Añadió, sin embargo : — « que el congreso deseaba la reposicion del poder ejecutivo de Mérida en sus antiguos funcionarios; á ménos que ellos y la municipalidad se aviniesen y delegáran su autoridad en el ciudadano Mendoza. » Esta resolucion era conforme á las instrucciones ya citadas, segun las cuales la comision debia reorganizar los gobiernos de las provincias venezolanas, bajo de los mismos principios constitucionales que regian ántes de la invasion de los realistas. Los miembros del congreso y del poder ejecutivo de la Union gra-

nadina miraban como un negocio de suma delicadeza el ejercer cualquiera especie de autoridad sobre pueblos que ninguna delegacion habian hecho á los representantes de la Nueva Granada.

Sin embargo de que la comision nombrada se puso en camino lo mas pronto que le fué posible, cuando llegó á Cúcuta, ya Bolívar habia marchado, y ocurrencias posteriores le impidieron unirse á las tropas. Esta comision podia haber hecho algunos arreglos políticos que imitáran á los Estados Unidos, pero sin duda era incapaz de dirigir á Bolívar en la difícil campaña que iba á emprender.

Luego que dió Bolívar todas sus disposiciones para el movimiento de las tropas que seguian hácia Mérida, y dejar para guarnecer los valles de Cúcuta las que trajo de Cartagena, en número de doscientos noventa hombres, por ser de milicias y haberlas reclamado aquel gobierno, se puso en marcha para San Cristóval. Ántes de partir hizo delante del cabildo de San José el juramento de fidelidad y obediencia al congreso de la Nueva Granada. En Cucúta quedó mandando el brigadier Joaquin Ricaurte miéntras recibia instrucciones del gobierno general, segun se le habia prevenido : quedaron tambien para la defensa de Cúcuta y para conservar las comunicaciones del ejército libertador de Venezuela con la Nueva Granada algunos pocos elementos militares, y otros que no se llevaron por falta de trasportes, así como los enfermos que se hallaban en hospitales.

Las fuerzas efectivas de la Union con que Bolívar emprendió la campaña de Venezuela, puede decirse que eran insignificantes por su número : se componian de los batallones números 3°, 4° y 5° de infantería de la Union con un piquete de artillería; los dos primeros en cuadro, pues apénas contaban cien hombres. Mas en compensacion tenian excelentes cuadros de oficiales, lo mismo que los cien hombres suministrados por el presidente de Cundinamarca : en dichos cuerpos estaban los jóvenes oficiales Rafael Urdaneta, Atanasio Girardot, Luciano D'Eluyar, Francisco de Paula Vélez, José María Ortega, Manuel y Antonio Paris y Antonio Ricaurte, todos los cuales siguieron á Bolívar en la campaña de Venezuela. El sarjento mayor Francisco de Paula Santander, comandante accidental del 5°, que habia estado mandando en la Grita y Bailadóres, debia tambien haber

seguido á Bolívar, á quien lo ofreció, á pesar de que, segun sus cartas, se inclinaba al partido de Castillo, que tanto dividiera los ánimos de los oficiales al principio de esta célebre campaña; pero despues de haber despachado las tropas que tenia á sus órdenes para que siguieran hácia Mérida, obtuvo licencia del general para regresar al Rosario de Cúcuta á recoger los intereses de su batallon y arreglar los negocios de su familia. Sucesos posteriores y órdenes del gobierno de la Union le impidieron cumplir su promesa. Algunos Venezolanos distinguidos, emigrados en la Nueva Granada, se unieron tambien á Bolívar, entre los cuales descollaba el doctor Cristóval Mendoza. Desde entónces le acompañó en calidad de secretario el ciudadano Pedro Briceño Méndez.

Apénas habia partido Bolívar de la villa de San Cristóval el 15 de mayo, cuando ocurrió un suceso desgraciado en las llanuras que se extienden al oriente de la gran cordillera de los Ándes. Hemos visto anteriormente la desercion del coronel Antonio Nicolas Briceño y su marcha por la montaña de San Camilo, con el designio de obrar independientemente y de hacer la guerra á los realistas en la provincia de Barínas, — « sin llevar aquel intruso militar, como decia Bolívar en uno de sus partes al gobierno de la Union, armas de fuego, sin municiones, sin cartuchos y aun sin valor. » Luego que Briceño y sus compañeros salieron al llano, se les informó que el comandante español don José Yáñez, que ocupaba á Guadualito (1), habia seguido hácia Aráuca, con el fin de batir las tropas republicanas de Casanare, que amenazaban nuevamente aquella frontera de Venezuela. Briceño quiso entónces ocupar á Guadualito, adonde se dirigió á marchas forzadas con el fin de coger al enemigo entre dos fuegos. Poco habia que estaba en marcha partiendo del hato del doctor Francisco Antonio Fortoul, cuando la descubierta le participó que se avistaba una columna enemiga de quinientos hombres, entre ellos cien de caballería y un cañon (mayo 16). Los realistas rompieron inmediatamente el fuego, y el titulado comandante de la caballería ordenó la retirada; em-

(1) Unos dicen *Guadualito* y otros *Guasdualito*. Bolívar por lo regular usó de la primera denominacion en todos sus partes de esta campaña, al que seguimos en la edicion de la primera parte; mas *Guasdualito* es el nombre generalmente usado en Venezuela.

pero fué tan grande el terror que se apoderó de sus soldados que en el acto se dispersaron. El enemigo, echándoles encima la caballería, lanceó la mayor parte, y casi todos quedaron muertos ó prisioneros, escapando solo á San Cristóval como veinte hombres, entre los cuales se contaban los ciudadanos Olmedilla y Jacinto Lara. Briceño con otros varios oficiales y soldados quedaron prisioneros y fueron conducidos á Barínas.

Esta desagradable noticia se recibió en San Cristóval á los siete dias de haber acaecido el suceso, y no alcanzó el parte á Bolívar hasta Mérida, adonde llegára el 30 de mayo. Aquel pueblo patriota y entusiasta por la libertad le recibió con el mayor júbilo, saludándole como á su *Libertador*. Allí estaba mandando con aplauso universal el doctor Mendoza, conforme á las disposiciones de Bolívar. Sin embargo, cumpliendo este con las instrucciones del congreso granadino, restableció el gobierno republicano de la provincia (junio 5), cuyo poder ejecutivo debia componerse de cinco individuos; declarando públicamente : — « que tenia órdenes del congreso de la Nueva Granada para restablecer la constitucion venezolana, que regia ántes de la invasion de Monteverde. » — Tales instrucciones eran hijas de los principios liberales y rigurosamente federativos de que estaban imbuidos los miembros del congreso. Bien distante se hallaba Venezuela de poder sufrir aquellas leyes fundamentales, las mas débiles que se pudieron imaginar, y muy caro habia costado á los pueblos el haberlas adoptado. La experiencia de la facilidad con que las provincias venezolanas fueron subyugadas por cortos destacamentos de las tropas de Monteverde, debió haber desengañado de sus brillantes y poco sólidas teorías al congreso de la Nueva Granada. Todo concurria á persuadir, que el territorio que se libertára nuevamente debia tener una administracion mucho mas vigorosa, á fin de continuar la guerra y defenderse de sus enemigos.

La pérdida en el distrito de Guadualito de la expedicion de Briceño causó bastante sentimiento á Bolívar, principalmente por las noticias que los realistas podian haber adquirido en los papeles tomados á los prisioneros y recibiéndoles declaraciones. Tambien estaba seguro de que todos ó la mayor parte de los prisioneros serian pasados por las armas, en justa retaliacion del inicuo contrato de Cartagena, del bando de San Cristóval y de los hechos atroces cometidos en esta villa. Dedicóse, pues, á

exaltar el espíritu público y á comprometer á los pueblos en la desigual lucha que habia emprendido. No cesó por tanto de trabajar en Mérida con aquella prodigiosa actividad que tuvo, especialmente en su juventud, para organizar y aumentar el centro y la retaguardia de su pequeño ejército. Los habitantes de Mérida se prestaron con el mas laudable patriotismo á hacer cuantos sacrificios se les exigieron; entre estos suministró un batallon de reclutas de infantería de quinientas plazas mandado por Campo Elías, y un piquete de caballería á las órdenes del mayor Francisco Ponce, Español europeo : ambos hicieron servicios muy distinguidos en esta gloriosa y terrible campaña.

En el ínterin la vanguardia, compuesta de quinientos hombres, habia marchado adelante al mando de Girardot á ocupar la provincia vecina de Trujillo : este siguió el camino recto hácia la capital, y D'Eluyar se dirigió á Escuque con el objeto de perseguir una parte de la division Correa, que habia tomado posiciones ventajosas en Ponemesa : Correa no se atrevió á esperar el ataque, y en los primeros dias de junio se escapó á Maracáibo por el camino que conduce al puerto de Moporo sobre el lago. Sin embargo, otra parte de sus tropas, que ascendia á cuatrocientos buenos infantes y cincuenta caballos, quedaba en las cercanías de Carache al mando del marino español don Manuel de Cáñas, que se apoyaba en la decision de los habitantes de este pueblo, al que Bolívar llamó entónces *el Pasto de Venezuela,* aunque nos parece no haber sido exacta la comparacion.

El cuerpo de Cáñas no habia tenido bastante arrojo para defender á Trujillo, ciudad que fué ocupada sin oposicion por Girardot, á quien se recibió en todo el tránsito como parte de un ejército de hermanos y amigos : él permaneció en Trujillo hasta reunir sus destacamentos y adquirir noticias de los realistas, procurando miéntras tanto aumentar la vanguardia con los voluntarios que se le presentaban. El 10 de junio marchó á buscar al enemigo en Carache; en este mismo dia salió de Mérida el general en jefe, que habia permanecido allí haciendo los arreglos convenientes para allegar tropas, armarlas y disciplinarlas : el 14 arribó á Trujillo. Inmediatamente reorganizó el gobierno de la pequeña provincia ó Estado de Trujillo, nombrando un gobernador y restableciendo las autoridades republicanas, conforme á las ordenes é instrucciones eminentemente liberales del congreso granadino. Esta ceremonia, practicada

con noble sencillez y haciendo al pueblo reunido un discurso enérgico, sirvió para excitar su entusiasmo.

En aquella misma junta hizo leer la proclama que el presidente del congreso granadino dirigió en 20 de mayo á los Venezolanos, la que acababa de recibir. El presidente de la Union exhortaba á los pueblos de Venezuela á levantarse en masa contra sus crueles opresores, y á restablecer la República por la energía de sus virtudes, uniéndose á sus libertadores, cuyo único objeto era redimirlos de una infame cautividad. « Reuníos, decia, bajo las banderas de la Nueva Granada, que tremolan ya en vuestros campos y que deben llenar de terror á los enemigos del nombre americano. *Sacrificad* á cuantos se opongan á la libertad, que ha proclamado Venezuela, y que ha jurado defender con los demas pueblos que habitan el hemisferio de Colon, que solo pertenece á sí mismo, y que ni por un momento debe consentir en depender de un pueblo ultramarino. » En esta proclama, que donde quiera fué recibida con entusiasmo por los Venezolanos, hablaba ya el presidente Tórres de sacrificar á los que se opusieran á la libertad. El amor de la patria vencia en él la humanidad de sus sentimientos y de su carácter.

El espíritu de los habitantes de Venezuela que halló Bolívar en su marcha hasta Trujillo no podia ser mas favorable. Por todas partes se le presentaban multitud de republicanos, deseosos de tomar las armas contra sus opresores. Con la sola noticia de que un ejército de hermanos iba á darles libertad, patriotas distinguidos se escapaban de las provincias de Barínas y Carácas en busca de sus libertadores, siendo algunos de ellos hombres de importancia, capaces de dar consejos y de obrar con sus espadas é influjo. El general en jefe se aprovechó diestramente de estos auxilios para animar á sus tropas, aumentándolas al mismo tiempo. Aunque las noticias que adquiriera Bolívar de las fuerzas enemigas, le manifestaban ser estas muy superiores á las suyas, de ningun modo se arredró : le parecia fácil desconcertar á sus jefes y aterrarlos con la rapidez de sus movimientos y con la exageracion de la fuerza de su ejército. Alentábanle tambien las nuevas que recibiera en Trujillo de las rotas sufridas por Monteverde en el oriente de Venezuela y de los progresos que hacian los patriotas en aquella parte. Es cierto que estas noticias se le comunicaban confusas y aun poco

exactas, porque los realistas no habian permitido que se conociera la verdad de los hechos y la situacion de los negocios; pero no hay duda que contribuían sobre manera á elevar la audacia de Bolívar y de sus tenientes y á exaltar el entusiasmo patriótico de los pueblos.

En Trujillo supo tambien el general en jefe muchos pormenores, que aun ignoraba, del cruel tratamiento que habian dado los realistas á los oprimidos patriotas de Venezuela : pintáronsele con los mas negros y aun exagerados colores las crueldades de los Españoles en Calabozo, San Juan de los Mórros, Aragua y otros puntos; describiéronsele tan vivamente las prisiones, las confiscaciones y la desgraciada suerte de los patriotas en las bóvedas de la Guáira y Puertocabello, en los pontones y en las cárceles, que su sensibilidad se estremeciera, y que su irritacion contra la tiranía y despotismo de los realistas, que ya era profunda, llegára á su colmo. En tales circunstancias recibió de Barínas por medio de algunos emigrados la noticia, inexacta, es cierto, pero que entónces se creyó verídica, de que el coronel Briceño, con diez y seis oficiales mas y varios patriotas distinguidos habitantes de Barínas, habian sido fusilados en esta ciudad por órdenes del comandante español don Antonio Tízcar; noticias todas que le confirmaron mas y mas en la adopcion de una terrible medida que meditaba, la que iba á estremecer la humanidad y filantropía de las naciones cultas.

Tocamos ya el momento en que la guerra de Venezuela va á tomar un terrible carácter, desplegándose las pasiones violentas que producen las revoluciones. El cuerpo político, á manera del físico cuando se halla enfermo, necesita fuertes sacudimientos para recuperar el vigor y la libertad de sus movimientos. Esto es principalmente cierto respecto de aquellos pueblos que, como los Americanos del Sur, habian sido educados en el sueño letárgico de la esclavitud española : ellos vivian en una indolente apatía, y flojos los resortes de todas sus potencias. Era necesario ponerlas en accion y sacudirlas fuertemente para dar á sus almas la fuerza y la energía capaces de conquistar la independencia y libertad, y de conservarlas contra los embates repetidos de los tiranos y de sus satélites, empeñados en prolongar las cadenas y antigua degradacion de las colonias de España. Es verdad que para conseguir tan saludables efectos se cometen actos que hacen gemir á la humanidad; pero el hombre sensible

y el filósofo, al mismo tiempo que los deploran, no pueden ménos de confesar — « que males envejecidos necesitan remedios extremos. »

Hé aquí la conviccion firme y durable que tenia Bolívar, no por crueldad y dureza de corazon, sino por un sistema formado despues de profundas meditaciones sobre el carácter de sus compatriotas, y los hechos de los Españoles que habian pasado ya, ó que estaban sucediendo en Venezuela á su mismo derredor. Resolvió, pues, — « declarar la guerra á muerte. »

Ya desde Mérida habia publicado en 8 de junio una proclama fulminante contra las tiranías y excesos de los Españoles europeos en toda la América, pintándolos con los mas vivos colores. Despues de trazar un cuadro de las crueldades de nuestros opresores, concluía diciendo : — « Mas estas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados. Nuestra bondad se agotó ya; y puesto que nuestros opresores nos fuerzan á una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable, y la guerra será á muerte. » — Aun mas explícito fué en la segunda proclama que diera en Trujillo el 15 de junio [1]. En esta hizo otra viva pintura de la mala fe, de la perfidia, de la crueldad y de los hechos atroces de los Españoles de América y de Venezuela, capaz de conmover é irritar contra ellos á sus compatriotas, á quienes la dirigia. Entónces convidó á los Españoles á cooperar á la destruccion del gobierno peninsular en la Costa-Firme, y en caso contrario los conminaba con la pérdida de sus vidas por estas palabras : — « Todo Español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios mas activos y eficaces, será tenido como enemigo y castigado como traidor á la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. » — Por el contrario, se concedió un indulto general á los Españoles que se presentáran con sus armas ó sin ellas, ó que prestáran auxilios á los que procuraban alzarse contra la tiranía de su patria : á los oficiales militares y á los magistrados civiles que proclamáran el gobierno de Venezuela les prometia la conservacion de sus destinos; así como á los Americanos un perdon absoluto, aun cuando el error y la perfidia los hubiera extraviado de la senda de la justicia, y

(1) Véase la nota 10ª.

aun cuando hubiesen hecho servicios importantes al gobierno de la Península. « ¡ Españoles y Canários, terminaba aquella célebre proclama, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obrais activamente en obsequio de la libertad de la América! ¡Americanos, contad con la vida, aun cuando seais culpables! »

Tales fueron las circunstancias en que el general Bolívar proclamó la guerra á muerte y los fundamentos en que apoyára tan formidable declaracion. Á ellos se puede añadir que habiendo el gobierno español declarado *insurgentes* á los patriotas de la América del Sur y de Méjico, sus mandatarios les aplicaban rigurosamente las leyes de Indias y las demas que tratan de los rebeldes y traidores. Debiendo, conforme á sus disposiciones, condenarse á muerte á todo hombre que se aprehendiera llevando armas contra el rey, es evidente que desde el momento en que la Regencia de Cádiz expidió el decreto de bloqueo y de guerra contra Venezuela, Nueva Granada y Buenos Aires, declaró á sus habitantes en insurreccion, y por consiguiente proclamó la *guerra á muerte*. De aquí esa denegacion casi absoluta para entrar en tratados ó convenciones con los Americanos independientes; de aquí la violacion mas descarada de las raras capitulaciones que llegaron á celebrarse, por el principio — « de que no son obligatorios los pactos hechos con traidores; » de aquí el no admitir canje alguno de prisioneros, aun en circunstancias muy apuradas para los realistas; de aquí, en fin, el matar á sangre fria á los oficiales militares y á los empleados civiles de los republicanos, y muchas veces aun á los soldados que habian caido en sus manos, — « para satisfacer, decian los Españoles, á la justicia y á las leyes que disponen se quite la vida á los rebeldes y traidores. » — La justa é imparcial posteridad decidirá de parte de quién estaba la razon: si de los Americanos, que se vieron obligados á ejecutar actos de represalias dolorosas, violentando su natural sensibilidad y la dulzura de su carácter; ó de los Españoles, que en este siglo de la ilustracion y de la filosofía han renovado en América las sangrientas escenas de su primera conquista. Es notable la época en que esto sucedió. Cuando parecia que la España se levantaba del letargo mas que secular en que la tenian sumida la superstición, la ignorancia y el despotismo; al tiempo que se daba una constitucion que los Españoles juzgaron ser la egida de su

libertad civil; en esa misma época declaraba traidores á mas de diez millones de hombres que reclamaban los derechos imprescriptibles concedidos por el soberano Autor de la naturaleza, aplicando á vastos y poblados países leyes que solo pueden hablar de individuos ó pueblos aislados que turben el órden social. Desde entónces, ¿qué podia esperar la América ántes española, permaneciendo unida á la que se titulaba *Madre patria?* Solo injusticias, muerte y desolacion.

La declaracion de guerra á muerte se ha caracterizado de muy diferentes maneras: unos la han elevado á la categoría de los primeros actos de política, acaso el mas propio para asegurar la Independencia de la América; otros la han deprimido, diciendo que fué un arrebato de desesperacion y de barbarie. Creemos que produjo el bien de elevar los ánimos de los Venezolanos, sacándolos de la apatía é indiferencia en que habian caido poco ántes de la entrada de Monteverde, desamparando á los jefes ilustres que los querian dirigir á la Independencia. Ninguno pudo ser ya indiferente en la gran cuestion en que disputaban los partidos contendores intereses tan vitales. Esperó tambien acaso Bolívar que aterrados los Españoles y Canários huirian de Venezuela, refugiándose á su país natal. Engañóse en esto, pues acaso no se habia formado ideas exactas de la fuerza de carácter y de la tremenda energía de algunos Españoles europeos é Isleños de Canárias. La declaratoria de guerra á muerte hizo eco, y fué contestada por otra acaso mas formidable que tiñó en sangre venezolana casi todo el territorio de sus provincias. Este fué el mal, harto grave, que produjo la mencionada declaracion de Mérida y Trujillo.

Por una singular coincidencia, el 15 de junio en que Bolívar publicára su última proclama, anunciando que la guerra se hacía á muerte, fundado, entre otros motivos, en la matanza ejecutada en Barínas de Antonio Nicolas Briceño y de sus compañeros de armas, en ese mismo dia era que sucedia la ejecucion. Los autores realistas la hacen subir únicamente á nueve ejecutados, y Bolívar aseguró en un documento solemne posterior que eran diez y seis oficiales y algunos otros patriotas distinguidos. Los reos fueron condenados á muerte por un consejo de guerra, y arcabuceados públicamente; entre ellos solo estaban Briceño y Rodrigo de los individuos que firmaron el detestable convenio del 16 de enero en Cartagena. Así terminó

su carrera Antonio Nicolas Briceño, ese intruso y loco militar, como le llamára Bolívar. Cuando este general anunciaba su muerte á los Venezolanos y al mismo congreso de la Nueva Granada ántes de suceder, no fué porque hubiese inventado aquella tragedia sangrienta, sino porque tales eran las noticias que se le daban en los pueblos del tránsito : él se aprovechó, para completar sus designios, de las nuevas acreditadas y de la irritacion que habian causado entre los patriotas. Mas Bolívar esperaba las catástrofes de Guadualito y Barínas : la primera por la debilidad de las fuerzas de Briceño, y la inexperiencia de sus jefes ; la segunda por el conocimiento que tenia de los hechos de Briceño y socios, que no podian ser considerados sino como furiosos aventureros, cuyo principal objeto era asesinar y repartirse los despojos sangrientos de sus víctimas. Por las leyes españolas, así como por las eternas de la justicia y de las sociedades, se les debia quitar la facultad de dañar, privándoseles de la vida. La imparcialidad histórica exige de nosotros este juicio severo, que, si viviera, pronunciaria el mismo Bolívar, ahora que han calmado las pasiones revolucionarias que fué necesario excitar para conseguir el triunfo, y que es preciso tornar al carril de la razon y de la justicia.

Al mismo tiempo que Bolívar daba aquella tremenda declaratoria, estaba contínuamente ocupado en los ulteriores preparativos para la campaña. Como instaba la ocupacion de toda la provincia de Trujillo, el comandante Girardot marchó con la vanguardia (junio 16) á destruir el cuerpo de realistas que regía Cáñas, apoyado, segun dijimos, en la decision por el rey que tenian los habitantes de Carache. No se atrevió Cáñas á esperarle en el pueblo, y tomó fuertes posiciones en la loma de Agua-de-Obispos con cuatrocientos fusiles y cincuenta caballos. Allí lo atacó Girardot con tanto denuedo y gallardía el 19 de junio, que al cabo de una hora de fuego le forzó á abandonar su campo y á dispersarse, tomándole setenta y tres prisioneros, un cañon y sus respectivas municiones, ochenta fusiles y algunos otros artículos de guerra. La vanguardia republicana solo perdió cuatro hombres. « Carache, el infame pueblo de Carache, como decia Bolívar en una proclama dirigida á sus soldados, ha sido castigado y libertado á la vez. Sus habitantes rebeldes han muerto, ó son vuestros prisioneros ; y los otros que se han acogido bajo vuestra proteccion, gozan ya del abrigo de

las leyes republicanas que tan gloriosamente habeis redimido.» Este acto de rigor al iniciar la campaña era sin duda para inspirar temor á los habitantes de Venezuela que no se le unieran, y que pretendieran sostener los derechos del rey. Allí mismo principió á cumplirse la guerra á muerte declarada contra los Españoles y Canários.

Terror á los enemigos y entusiasmo militar y patriótico á sus soldados, hé aquí los dos fuertes sentimientos que la política de Bolívar procuraba elevar á su colmo para el buen éxito de la campaña. Con este objeto, al tornar á su cuartel general la vanguardia que tan bien se habia portado, fué recibida en triunfo por el estado mayor del ejército, por las tropas y por los habitantes de Trujillo. Entónces fué que el general en jefe dirigió á sus soldados la proclama ántes mencionada, pintándoles el estado de la opinion entre sus hermanos de Venezuela, y anunciándoles que hasta las mujeres combatian por la Independencia y derramaban su sangre en los cadalsos, por haber conspirado contra sus opresores para recuperar su libertad (junio 22). — « Y con estos ejemplos, decia, de singular heroismo en los fastos de la historia, ¿ habrá un solo hombre en *Colombia* tan indigno de este nombre, que no corra veloz á engrosar nuestras filas, que deben marchar á San Cárlos á romper las prisiones en que gimen esas verdaderas Belonas? ¡ No, no! — Todo hombre será soldado, puesto que las mujeres se han convertido en guerreras, y cada soldado será un héroe, para salvar pueblos que prefieren la libertad á la vida. »

Libertado el territorio de la provincia de Trujillo, reunió Bolívar en 25 de junio al presidente del Estado y á los principales magistrados á quienes habia restablecido en sus puestos. En un sencillo pero enérgico discurso les manifestó cuál era su mision emanada del congreso granadino, que con una generosidad sin igual queria romper las cadenas de sus hermanos, y restablecer la República de Venezuela á su primitivo estado de libertad é independencia. Este designio le pareció sublime, pues bien raras veces se habia visto — « que una nacion, por solo el amor á la justicia, envíe un ejército á libertar á sus vecinos, sin otro motivo que el de la gloria, y sin otros estímulos que los de la humanidad. » — El presidente del Estado contestó á nombre de los habitantes de Trujillo, profundamente penetrado de reconocimiento por la generosidad del congreso granadino, y lleno de

entusiasmo por los hechos marciales de sus libertadores. Bolívar procuraba con estos pasos y con tales discursos difundir el amor á la libertad é independencia, y que sus compatriotas formáran una alta idea del cuerpo soberano que le enviaba, y de los medios que estaban á su disposicion para llevar á efecto tan atrevida como noble empresa.

En Trujillo terminaba la mision que el congreso de la Nueva Granada habia conferido á Bolívar y al ejército del Norte. Estaban ya libres dos Estados de la Confederacion de Venezuela, y segun las órdenes terminantes debia detenerse en Trujillo para aguardar nuevas instrucciones. Llegaron estas y eran contrarias á todo avance, porque el congreso habia recibido tristes noticias de Cartagena, Santamarta y Casanare, donde los patriotas se hallaban en grandes apuros y dificultades por derrotas que habian sufrido. Por otra parte, en la Grita y Bailadóres comenzaban á levantarse guerrillas que probablemente serian auxiliadas de Maracáibo, cortando así las comunicaciones con la Nueva Granada, que era la base de operaciones y de donde podian recibirse auxilios. Tampoco se sabía el paradero de la comision del congreso que pudiera dar nuevas instrucciones, porque sus miembros se habian detenido á causa de tales novedades en los valles de Cúcuta, á fin de disponer su defensa y remitir al ejército una gran porcion del parque detenido allí, porque faltaban medios de transporte en los difíciles y largos caminos que habia transitado ya el ejército.

Aunque Bolívar no habia recibido educacion alguna militar, en aquellas delicadas circunstancias desplegó su genio y sus talentos para la guerra. Bien léjos de detenerse en la brillante carrera que le conducia á la gloria y á ser el fundador de la independencia y libertad de su patria, contesta inmediatamente al congreso (junio 25), demostrándole cuántos serian los males que deberian seguirse del cumplimiento de sus órdenes. Las noticias y desgracias que tanto habian alarmado al congreso eran, en su concepto, insignificantes, pues destruidos los enemigos en Venezuela, se defendia la Nueva Granada, y poco importaba que los realistas de Santamarta se apoderasen de algunos pueblos de Cartagena, que pronto serian recuperados : la opinion favorable de los Venezolanos y su cooperacion para libertarse del pesado yugo que los oprimia, el espanto que habia conseguido inspirar á los Españoles, y la diseminacion en que

se encontraban las fuerzas de estos, todo, todo persuadia que el ejército del Norte se hallaba en la imperiosa necesidad de obrar con la mayor rapidez, y de empeñar con los realistas combates mas decisivos. En caso, decia, de que él cometiera la debilidad de suspender sus marchas, entónces sería perdido indefectiblemente junto con las tropas de la Union; porque esto equivaldria á dar tiempo á los enemigos de reconocer el corto número de las tropas invasoras, de reunir las suyas que estaban dispersas, y de dar un golpe seguro á los republicanos, que no podrian resistir. Su resolucion, pues, era : — « obrar con la última celeridad y vigor; volar sobre Barínas y destrozarles sus fuerzas, para dejar de este modo á la Nueva Granada libre de los enemigos que la pueden subyugar. »

Estas razones para continuar la empresa comenzada, las expuso Bolívar con tanta claridad, vigor y energía, que no hubo persona alguna que dejára de convencerse de que en aquellas circunstancias su plan de operaciones era el mas acertado, al que asintiera despues el congreso granadino.

Engrosadas sus tropas con mas de cien voluntarios de Trujillo, y con algunos otros elementos de boca y guerra, Bolívar se preparó en los últimos dias de junio á pasar la gran cordillera de los Ándes, situada al oriente de su cuartel general : tomó el camino de Boconó, á fin de ocupar la ciudad de Guanare. Ya habia dado órdenes al coronel José Félix Ríbas para que siguiendo la ruta de Piédras por el páramo de Santo Domingo, se le uniera en dicha ciudad. Tenia el proyecto de cortar las comunicaciones de Carácas con la division que mandaba Tízcar en la provincia de Barínas : esta se compone de una gran parte de las vastas llanuras de Venezuela que se extienden al oriente de la cordillera.

Tízcar, hechura de Monteverde, no habia manifestado ni la actividad ni los talentos necesarios para conquistar el alto puesto de virey de Santafé, á que lo destinaba el capitan general. Recibió órdenes para socorrer la division de Correa y no lo ejecutó; dejando tranquilo á Bolívar, hasta que hizo embarcar hácia Maracáibo una parte de aquellas tropas, y destruyó la otra en Carache : no daba partes á sus jefes, ni disposiciones activas para contener los progresos de las republicanas, contra lo que expresamente le habia prevenido Monteverde. Urgido al fin por una órden terminante de este para que enviára tropas

capaces por su número y calidad de destruir á los invasores en el territorio de Trujillo ó Barquisimeto, tuvo que trazar su plan de operaciones.

Bolívar, en su rápida marcha hasta Trujillo, habia seguido el camino que se dirige hácia el norte por el occidente de la cordillera, entre esta y el lago de Maracáibo. Los patriotas podian ser cortados y perder sus comunicaciones con la Nueva Granada, tanto á causa de una invasion que hiciera por su flanco izquierdo el gobernador de la provincia de Maracáibo, como por columnas que Tízcar podia destacar desde Barínas, á fin de que montáran la cordillera por los puntos mas á propósito. En efecto, Tízcar destinó un cuerpo de ochocientos hombres de toda arma á cargo del capitan español don José Martí, el que debia desembocar, segun las circunstancias, bien sobre Mérida por el fragoso camino de los Callejónes, ó bien sobre Trujillo por el de Caldéras. Otra columna excelente, compuesta de quinientos fusileros, doscientos hombres de caballería y treinta artilleros con dos violentos, estaba pronta en Guadualito para salir á los valles de Cúcuta por la montaña de San Camilo á las órdenes del comandante don José Yáñez. Bolívar adquirió algunas noticias de estos detalles por los prisioneros que hizo en Carache, y se decidió á prevenir los planes del enemigo, aprovechándose de la inaccion en que este habia perdido un precioso tiempo.

Por medio de una marcha rápida atravesó la cordillera, y en el sitio del Desembocadero logró apoderarse de un destacamento de cincuenta hombres, apostado allí al mando del comandante de la caballería de Tízcar, don Julian de Ontalba. En consecuencia entró en Guanare el general en jefe en 1° de julio, é inmediatamente envió destacamentos en persecucion de los realistas fugitivos que se dirigian hácia la villa de Araure. Un rico botin de dinero, tabaco y mercancías fué el inmediato fruto de la marcha sobre Guanare. Allí supo que Tízcar solo tenia en Barínas quinientos hombres, y que era imposible se le reunieran las columnas de Martí y de Yáñez ántes que se le atacára: supo tambien que la columna de Martí seguia el camino de Caldéras para salir á Niquitao y Boconó. El coronel Ríbas marchaba por la via de Piédras conforme á las órdenes del general; mas luego que se le avisára que el enemigo habia tomado por las Caldéras, se dirigió á Niquitao y Boconó, am-

parándose de las montañas que cruzan aquel camino. Las fuerzas de Ríbas eran harto pequeñas : el batallon de Campo Elías, de reciente formacion en Mérida, y los destacamentos de Cundinamarca, con algunos pocos soldados mas disciplinados, hé aquí las tropas de que podia disponer. Por una casualidad feliz halló en Boconó al mayor general del ejército, teniente coronel Rafael Urdaneta, á quien Bolívar dejó con cincuenta hombres encargado de hacer marchar á Guanare alguna parte del material de las tropas que se habia atrasado. Con este destacamento se reunieron en Boconó cosa de cuatrocientos cincuenta hombres en la noche del 30 de junio. En la misma supieron que la columna de Martí se hallaba á cuatro leguas de distancia, y que el dia 1º de julio estaria en Niquitao. Tízcar habia creido que Bolívar seguiria la ruta de Trujillo, Carache y el Tocuyo, y en esta errada creencia enviaba á Martí, para que cortando sus comunicaciones con la Nueva Granada le tomára la espalda.

Era de la mayor importancia frustrar esta operacion é impedir que Martí regresára á Barínas á reunirse con Tízcar, ó que picase la retaguardia á las tropas republicanas. Para conseguirlo, no habia mas arbitrio que atacarle en Niquitao, á pesar de la desigualdad numérica de las fuerzas contendoras y aun de su calidad, pues una gran parte de las republicanas se componia de reclutas acabados de alistar en Mérida; pero tanto los dos jóvenes comandantes como los soldados se hallaban animados fuertemente por el entusiasmo de la libertad. Así, persuadidos Ríbas y Urdaneta de la importancia vital de batir aquella fuerza enemiga, se decidieron á ponerse en marcha en busca de los realistas, desde el 1º de julio muy temprano, y caminaron tres leguas hasta llegar al pueblo de Niquitao. Como á una legua de distancia se hallaba acampado el enemigo en el sitio de la Vega, que es una alta meseta cruzada por hondas zanjas y grietas hechas por las aguas de las lluvias en el curso de los años : sus avanzadas llegaban hasta cerca del pueblo. La posicion elevada que ocupaban los realistas era muy fuerte y en gran manera difícil para forzarla. Sin embargo, los patriotas ni se arredran ni se detienen por las dificultades : á las nueve de la mañana rompen el fuego y marchan á paso redoblado y con intrepidez sobre el campo enemigo, que parecia inexpugnable : allí se trabó un combate muy reñido, y nuestros soldados consiguieron desalojar á los Españoles, que variando de posicion

ocuparon otra aun mas fuerte, cubierta de peñas inaccesibles. Estrechados por todas partes los realistas con un valor admirable, y atacados por la espalda, al fin se pusieron en fuga por aquellos riscos y fueron completamente destrozados (julio 2), perdiendo en cinco horas de combate cuanto traían. El comandante con algunos pocos oficiales y soldados escaparon hácia Barínas, con el objeto de reunirse á Tízcar; el resto quedó muerto, prisionero y disperso, cayendo en nuestro poder cuatrocientos cincuenta hombres, mayor número de fusiles, un violento de á cuatro, las municiones y bagajes. No pudieron escapar reunidos con Martí veinte y cinco hombres, y muchos de los fugitivos perecieron de hambre y de frio en aquellas heladas cimas de los Ándes. Nuestra pérdida fué bien pequeña entre muertos y heridos. Pocas victorias hubo en Venezuela mas importantes y completas que la de Niquitao, en que Ríbas y Urdaneta adquirieron gran mérito y celebridad. Distinguiéronse tambien el capitan comandante de las tropas de Cundinamarca José María Ortega, el capitan Campo Elías y el teniente Tomas Plánes. Dos batallones nombrados la *Constitucion* y *España triunfante* componian la columna de Martí. Ríbas incorporó á sus tropas todos los prisioneros americanos, dejando volver á sus casas los reclutas mas inútiles. Tres capitanes españoles y ocho individuos mas de la misma nacion fueron pasados inmediatamente por las armas, conforme á la declaracion de guerra á muerte.

El mismo dia que Ríbas obtenia un triunfo tan brillante y completo, Bolívar se puso en marcha con la vanguardia sobre el cuartel general de Tízcar, para sorprenderle ántes que pudiera reunirse á la columna de Yáñez, ó con la de Martí ó sus reliquias, si, como esperaba, Ríbas conseguia derrotarla. La marcha del general en jefe desde Guanare fué rápida, segun lo exigian las circunstancias (julio 5). Cuando Tízcar supo de repente que Bolívar estaba en Barráncas á cuatro leguas de Barínas, lleno de espanto abandonó cobardemente su cuartel general á la cabeza de quinientos hombres de infantería y caballería, cubierto por las sombras de la noche, y dirigió su marcha hácia Nútrias, lugar situado á la izquierda del rio Apure. Bolívar iba á atacarle al amanecer del 6 de julio, en que llegó á Barínas y halló abandonada la ciudad. Trece piezas de buena artillería con sus municiones, fusiles, armas blancas, cartuchos, pólvora y otros útiles de servicio, hé aquí el fruto

de esta marcha rápida, y fruto muy precioso para los republicanos, que carecian de municiones y de otros varios elementos necesarios para continuar la campaña. Tízcar no los pudo salvar por el miedo que de él se apoderára. El júbilo de los habitantes de Barínas, que tanto habian sufrido por la tiranía y despotismo del inepto y cobarde Tízcar, fué extremado, é igual su reconocimiento á los patriotas, que con su denuedo y valor les restituyeron la libertad.

Dos dias tuvo el general en jefe reunidas sus fuerzas en Barínas, esperando que la columna de Yáñez vendria á marchas forzadas desde Guadualito en auxilio de Tízcar, y era necesario estar preparado para destruirla. Mas desengañado de que Yáñez no marchaba sobre Barínas, é instruido de que habia emprendido tambien su retirada por la derecha del Apure con el objeto de reunirse en Nútrias á los restos de Tízcar, envió aceleradamente al comandante de la vanguardia, teniente coronel Girardot, á impedir la reunion y disipar aquellas reliquias, cortando, si era posible, á Yáñez. Girardot, que habia desplegado en la campaña mucha intrepidez y talento militar, ejecutó el movimiento con la celeridad y acierto que acostumbraba. Cuando llegó (julio 13), Tízcar y su segundo, Nieto, se iban á embarcar para Guayana despues de haber saqueado á Nútrias, cuyo juez y otros vecinos estaban para ser arcabuceados por los Españoles, á causa de su distinguido patriotismo. Mas luego que los Americanos supieron que se acercaban soldados hermanos, en el acto de embarcarse se sublevaron contra los oficiales europeos que los mandaban, quitándoles las armas, pertrechos y cuanto habian robado la noche anterior. Solo pudieron salvarse, embarcados en el Apure, Tízcar y unos pocos oficiales mas con direccion á la ciudad de Angostura. Girardot recibió órdenes de continuar ocupando sus posiciones sobre el Apure, y aun de mejorarlas, porque no se tenian exactas noticias del paradero de Yáñez: este marchaba por la derecha del Apure sin acercarse al rio. Por su constancia y valor consiguió retirarse por el Mantecal y el camino de tierra hasta la villa de San Fernando, atravesando aquellas dilatadas llanuras medio anegadas.

Entre tanto Bolívar se ocupaba con la mayor actividad en reorganizar la provincia de Barínas, en reunir hombres de á pié y de á caballo, y en disciplinarlos cuanto era posible, poniendo en sus manos las armas tomadas al enemigo. El antiguo

coronel de Venezuela, Santineli, creaba un batallon de cazadores. La villa de Araure, que se habia levantado de nuevo contra sus opresores el 5 de julio, ofrecia á Bolívar por medio de su municipalidad doscientos jinetes; otros cuerpos de caballería se formaban en varios puntos, porque el entusiasmo patriótico se difundió por toda la provincia de Barínas. Para excitarle aun mas, el general en jefe convocó (julio 13) una junta de los magistrados y personas notables de la capital. En ella les manifestó cuánta era su complacencia por haber dado libertad á la provincia, expeliendo á los tiranos que la oprimian; que su mision emanaba del soberano congreso de la Nueva Granada, — « el que habia enviado un valeroso ejército á destruir el intruso gobierno español y á restablecer la República de Venezuela sobre las mismas bases que existian ántes de la insurreccion de los bandidos. » Leyóles las justas y filantrópicas instrucciones del poder ejecutivo granadino, en que mandaba restablecer el gobierno y administracion provincial que existian cuando Barínas fué subyugada por los realistas, y la proclama de 20 de mayo. En consecuencia, declaró que el ciudadano Manuel Antonio Pulido quedaba repuesto en el poder ejecutivo provincial, que fuera intendente encargado de la administracion de la hacienda pública el ciudadano Nicolas Pulido, y comandante general el coronel Pedro Briceño Pumar, con dependencia del gobierno de la Union y del general en jefe de las tropas de Venezuela. Tambien declaró que el gobierno de la Iglesia debia ser ejercido por el virtuoso y patriota eclesiástico doctor Ramon Ignacio Méndez. Encargó á todas las corporaciones, especialmente al clero, que se esforzáran en excitar el patriotismo de los pueblos, á fin de que unánimemente contribuyeran á restablecer la independencia y libertad del resto de Venezuela, oprimida aun por sus tiranos. Este discurso fué recibido por una aclamacion general, ofreciendo todos los concurrentes contribuir con sus haberes, y aun con sus vidas, á defender la independencia y libertad de su patria, bienes que habian conocido ser inapreciables, y á cumplir las disposiciones del congreso granadino, cuyas miras aplaudieron como era debido.

Estas habian sido las operaciones de Bolívar para realizar tan felizmente la primera parte de su célebre campaña, dando libertad á Mérida, Trujillo y Barínas. La actividad que desplegára en despertar el entusiasmo patriótico de los pueblos, en

allegar reclutas, armas y otros recursos; el terror que consiguió inspirar á sus enemigos, haciéndoles creer que estaba á la cabeza de un respetable ejército, declarando la guerra á muerte y dándoles bruscos y repetidos ataques; lo acertado de sus cálculos para prever y anticiparse á las operaciones de los realistas; en fin, su talento y energía en la ejecucion de su plan de ataque sobre Barínas, sostenido por el valor heróico de Ríbas y de Urdaneta, así como por la division de retaguardia, que aseguraron el éxito de la campaña y la entera dispersion de las fuerzas superiores de Tízcar, le dieron desde entónces justamente un lugar distinguido entre los caudillos de la Independencia de la América, y una brillante página en la historia. Todo el mundo admiraba las grandes calidades militares de este capitan, de quien se esperaban para lo venidero nuevos hechos de armas, nuevas victorias y nuevas combinaciones políticas. Veámos de qué manera correspondió Bolívar á tantas esperanzas.

Desde que el general ocupó á Barínas, dispuso que la division de retaguardia, mandada por el intrépido Ríbas, siguiera hácia el Tocuyo por el camino directo de Biscucuí y Humúcaro-Alto. Su objeto debia ser destruir una columna realista que gobernaba el comandante don Francisco Oberto, al que se habian unido don Pedro González y los restos de Cáñas, batidos en Carache. Al mayor general Urdaneta le confirió el mando del centro de su ejército bien poco numeroso, al que previno se situára en la villa de Araure. Al comandante de la vanguardia, Girardot, le dió órden para que á marchas forzadas se incorporára al ejército en Araure, dejando en Nútrias al capitan Gogorza con cien hombres para observar á Yáñez si aparecia, porque aun se ignoraba su paradero. Al mayor Francisco Ponce le envió con una compañía de caballería á ocupar los Llanos de Calabozo, y á ponerse en comunicacion con los patriotas de Cumaná y Barcelona, de cuyos prósperos sucesos Bolívar solo tenia confusas noticias. Dadas estas disposiciones, el general se puso en movimiento para Guanare el 16 de julio. Temiendo siempre que Yáñez por una marcha atrevida cayera sobre Barínas, dejó para guarnecer la capital al coronel Santineli con el batallon de Valerosos Cazadores, de reciente formacion. Detúvose en Guanare hasta el 22 de julio : esperaba el avance de la vanguardia, y que tuvieran resultados sus diferentes combina-

ciones, á fin de concentrar sus fuerzas en la villa de San Cárlos para dar el último golpe á los realistas. Lo deseaba con ansia, pues temia que los patriotas del oriente de Venezuela se le anticipáran á restituir la libertad á Carácas; se habian recibido noticias, aunque inexactas, de que ya eran dueños de la villa de Calabozo. Bolívar no disimulaba su ardiente y patriótico anhelo, pues entónces escribia al presidente de la Union (julio 25) : — « Temo que nuestros ilustres compañeros de armas, los de Cumaná y Barcelona, liberten nuestra capital ántes que nosotros lleguemos á dividir con ellos esta gloria; pero nosotros volarémos, y espero que ningun libertador pise las ruinas de Carácas primero que yo. »

Examinémos ahora cuáles eran las medidas de defensa y la situacion de los realistas para el sostenimiento de su mal afirmado poder, que bamboleaba.

Dejamos ántes al capitan general Monteverde en Carácas continuando sus persecuciones de los patriotas, y dictando providencias para defender el territorio de Venezuela invadido por el oriente y por el sudoeste. Desde Carácas enviaba sus órdenes, especialmente á la fuerte division de Tízcar, que, segun los mismos Españoles, ascendia á dos mil seiscientos hombres bien disciplinados. Mas fué tanta la incapacidad del futuro virey de Santafé, que en mucho tiempo no dió siquiera un parte á su jefe, ni cumplió con la debida exactitud las órdenes que se le comunicaban. Confiaba Monteverde en que detendria los progresos de los insurgentes ejecutando las sencillas operaciones militares que se le habian prevenido; pero de repente sabe el capitan general la ocupacion de Guanare por Bolívar. Entónces convoca una junta de guerra, que decide ser absolutamente necesario que se traslade al teatro de la guerra. El 6 de julio, en que Bolívar ocupó á Barínas completando la dispersion de las tropas de Tízcar, salió Monteverde de Carácas, y fué tanto el miedo que habia concebido Tízcar, que ni aun tuvo ánimo ni prevision bastantes para dar parte á su jefe de lo acaecido: parte que fué enviado por un alcalde de Barínas. Monteverde llego á Valencia en compañía de los clérigos y frailes sus consultores, entre otros del capuchino Coronil, quien habia cambiado el sayal por un brioso caballo, pistolas y otras armas, olvidándose enteramente, lo mismo que el padre Márquez, de que eran ministros de paz y de Jesucristo. Desde entónces po-

dria preverse que bien poco haria el capitan general cercado de hombres tan ineptos, y que solo habian tenido energía contra los patriotas desarmados para hacerlos conducir á las bóvedas, á las cárceles, á los pontones y á los destierros.

Dispersada la division de Tízcar, aun quedaban á Monteverde otras dos fuertes columnas, situadas, la primera en Barquisimeto al mando del comandante don Francisco Oberto, compuesta de ochocientos infantes y doscientos caballos, y otra de mil doscientos hombres de toda arma, dirigida por el teniente coronel don Julian Izquierdo, que ocupaba la excelente posicion de San Cárlos. Si Monteverde y sus tenientes hubieran tenido talentos militares, habrian reunido estas fuerzas con las que guarnecian á Valencia, y puéstose en aptitud de recuperar lo perdido.

El plan de Bolívar para la última parte de su campaña sobre Carácas se prestaba mucho á su destruccion, si los realistas hubieran concentrado las fuerzas que aun les quedaban. El coronel Ríbas marchaba, segun hemos visto, por el Tocuyo sobre Barquisimeto con la division de vanguardia, y el centro mandado por Urdaneta, al que debia reunirse el mismo Bolívar, se dirigia por el camino de las llanuras tocando en Araure para salir á San Cárlos, sin que le hubiera alcanzado todavía la retaguardia á las órdenes de Girardot. En el intermedio estaban los montes de la cordillera de Venezuela, y los dos cuerpos no podian auxiliarse sin graves dificultades. Mas Bolívar, al emprender tan arriesgada operacion, confiaba en su fortuna y en la impericia de los jefes españoles, á quienes no ocurrió destruirlos separadamente, cayendo primero sobre uno de aquellos destacamentos con todas sus fuerzas. Es verdad que se hallaban aterrados por las exageradas noticias que Bolívar y los demas patriotas habian difundido acerca del ejército que conducia este general, al que hacian montar á diez y siete mil hombres.

Bolívar, en efecto, no se engañó en sus cálculos. El comandante Oberto, confiando en la superioridad y disciplina de sus tropas, salió al encuentro de Ríbas acampándose en el sitio de los Horcónes, que yace entre Barquisimeto y el Tocuyo, apoyando su posicion con cuatro piezas de artillería del calibre de seis y de ocho. Aunque Ríbas solo tenia poco mas de quinientos hombres de infantería y caballería, no dudó atacarle el 22 de julio á las once de la mañana : lo hizo con mucho valor

y bizarría; á pesar de que dos veces fuera rechazado, volvió á la carga hasta derrotar á los realistas. Quedaron en su poder la artillería, los pertrechos, los bagajes y cuanto tenian los Españoles. Perdieron estos cerca de cien muertos y muchos prisioneros, entre ellos cinco Españoles, que en el acto fueron arcabuceados. Oberto, González y Cáñas con algunos pocos hombres huyeron por el camino de San Felipe, y Ríbas á la cabeza de cincuenta jinetes persiguió las reliquias de las tropas enemigas hasta la parroquia de Cabudare, dispersándolas del todo. Esta victoria fué de mucha importancia y aseguró el éxito feliz de la campaña.

Restaba solamente la division de Izquierdo, última esperanza de los realistas. Luego que el comandante español supo el 24 de julio la pérdida de las tropas de Oberto, determinó replegarse á Valencia, para no ser envuelto en San Cárlos, villa colocada en una llanura. Estaba ya en el Tinaco, cuando le dió órden Monteverde para continuar el movimiento con celeridad (julio 28). Cumplióla, y en Tinaquillo recibió otra en que se le mandaba volviese á ocupar á San Cárlos, enviando á Valencia un obus y un cañon de á cuatro que tenia consigo, á fin de que se hallára mas expedito en sus marchas. Considerando Izquierdo que tal disposicion era desacertada, lo representó así al capitan general, permaneciendo entre tanto acampado en el Tinaquillo; pero remitió el obus y el cañon á Valencia, disminuyendo sus fuerzas en cerca de doscientos hombres destacados para custodiarlos.

En tanto que la division de Izquierdo, compuesta de poco más de mil hombres, se detenia imprudentemente en el Tinaquillo, Bolívar llegó á San Cárlos. Allí permaneció el 28 y 29, reuniendo las fuerzas de Ríbas, y las de Girardot que á marchas forzadas arribó de las márgenes del Apure. Poco mas de mil hombres juntó Bolívar; él era superior en caballería del Llano y en la moral de sus fuerzas, cuyo entusiasmo se habia elevado con las victorias. Habiendo sabido que los Españoles estaban acampados en el Tinaquillo, hizo desfilar sus tropas al amanecer del 30 y durmió en las Pálmas, seis leguas distante del enemigo. Al siguiente dia (julio 31), ya en movimiento para atacarlo, recibió un parte de la avanzada, diciéndole que los realistas venian al encuentro y que se hallaban en la sabána de Pegónes. Forzando el paso nuestro ejército, se puso á la vista

de los enemigos, que todavía indecisos emprendieron su retirada, perseguidos por la caballería. Mas cuando esta arribó á la llanura de Taguánes, hallólos formados en batalla, y tuvo que esperar la infantería: entónces ya Bolívar habia dispuesto el órden de batalla, y aun seguia á encontrar á Izquierdo, que se avanzaba contra los republicanos. Luego que este jefe vió que nuestra infantería le acometia de frente, dirigiéndose la caballería á cortarle en la gran llanura atacándole por la espalda, le entró el desaliento, lo mismo que á su division, que formada en columna cerrada emprendió retirarse con direccion á Valencia. Los realistas la continuaron por seis horas con el mayor órden y valor, sin que ni las cargas de caballería pudieran romper su formacion, ni detenerles en su marcha. Ya estaban cercanos á la serranía en que se habria salvado aquella infantería con grave daño de las futuras operaciones de los patriotas. Para evitarlo, hicieron estos el último esfuerzo, y nuestros jinetes consiguieron casi cortar la retirada de los realistas. Se introdujo entónces el desórden y confusion en las filas enemigas, cuyos cuerpos quedaron encerrados entre la caballería é infantería. Los jinetes realistas huyeron por el llano, y los infantes fueron lanceados y destrozados en gran parte. Mas de doscientos prisioneros, armas, municiones, bagajes y todo el material de aquella fuerza cayó en poder de los republicanos. El comandante Izquierdo, miéntras peleaba con mucho valor, fué herido y murió poco despues con otros varios oficiales. Los Españoles dicen que perdieron setecientos infantes por la impericia de Izquierdo en dar la accion en una extensa llanura, siendo superior la caballería enemiga; observacion que es muy justa. Dispersóse el resto de la columna española. El teniente coronel Girardot y el mayor general Urdaneta se distinguieron en esta accion sobre todos los demas, á juicio de Bolívar (1).

Monteverde estaba fortificando á Valencia con la artillería y otros elementos militares que allí existian, y parecia resuelto á defender la ciudad hasta el último extremo, si era preciso; pero aun no habia concluido las fortificaciones. Tenia tambien consigo doscientos cincuenta infantes y de cuatrocientos á quinientos hombres de á caballo.

Dejando guarnecida á Valencia, Monteverde habia salido con

(1) Véase la nota 11ª.

algunas compañías de infantería y caballería en auxilio de Izquierdo, y en la noche del 31 estuvo cerca del campo de Bolívar. Instruido, sin embargo, en Carabobo de la destruccion de las tropas de Izquierdo, volvió riendas aceleradamente para la ciudad. Los republicanos le persiguieron hasta el Tocuyito, tres leguas distante. Multitud de patriotas salieron entónces llevando armas, municiones y cuanto podian recoger para auxiliar á sus libertadores. Al amanecer del 1° de agosto se puso en marcha Bolívar, quien supo cuando ya se aproximaba á Valencia, que Monteverde habia fugado durante la noche con poco mas de doscientos cincuenta hombres que le siguieron, dirigiéndose á Puertocabello. Los patriotas valencianos, libres ya de la tiranía española, recibieron á Bolívar y al ejército libertador como en triunfo. Treinta cañones de grueso calibre montados y cargados guarnecian la Plaza Mayor : fuera de estos, se tomó en Valencia un parque numeroso de armas y municiones, pues el capitan general nada pudo salvar. ¡ Tanto era el terror y espanto que le habian infundido los patriotas, ofendidos é irritados por su tiranía ! Ni tiempo ni valor tuvo para proteger las personas é intereses de los Españoles y realistas de Valencia, que dejó abandonados y á merced de los vencedores que hacian la guerra á muerte.

Antes de partir, escribió Monteverde al capitan general interino don Manuel del Fierro una carta particular, diciéndole : — « que por la derrota de Izquierdo se habia quedado sin tropas, por lo cual se veía obligado á abandonar con el mayor dolor á Valencia y tal vez á toda la provincia, y á irse á Puertocabello, que se hallaba sin defensa. » « Usted puede, añadia, si le parece, ponerse en el mejor estado de defensa, porque los enemigos irán inmediatamente sobre esa ciudad. » — Con tal ineptitud y cobardía acabó de eclipsar sus glorias militares este segundo Viriato, como le llamaban los clérigos, frailes y demas aduladores que componian su comparsa política. Á pesar de que Bolívar destacára inmediatamente algunas tropas en su persecucion á las órdenes del activo Girardot, ya Monteverde habia tomado una delantera considerable, y aquel jefe no pudo alcanzarle, causándole solamente deserciones y diminucion de sus fuerzas. Encerrado Monteverde en la fuerte plaza de Puertocabello, calmó su terror, continuando allí la cadena de sus desaciertos, rodeado de los mismos imbéciles consejeros, que

solo eran á propósito para arruinar enteramente al partido realista.

Al punto que el brigadier Fierro recibió en Carácas la carta de Monteverde, y otro oficio del comandante de la Victoria don Juan Badía, convocó una junta extraordinaria (agosto 3), compuesta del reverendo arzobispo, del intendente, de los dos oidores Vidal y Costa, del cabildo secular, de los oficiales militares y de algunos vecinos respetables. Despues de leerles dichos documentos, en que constaba que los enemigos marchaban ya sobre Carácas, consultó lo que debia hacerse en tan críticas circunstancias. Un golpe de rayo no habria sido mas terrible que tan alarmantes noticias para los miembros de la junta, pues los habitantes de la capital aun ignoraban que los patriotas hubiesen ocupado á San Cárlos. Cada uno veía su ruina inevitable, y muy pocos de la junta eran capaces de tener la calma y serenidad necesarias para deliberar. Todavía creció mas su espanto al examinar los recursos militares con que podian contar para la defensa. Hallóse que solo habia en Carácas trescientos hombres de tropa reglada, muchos de los cuales eran criollos, que no merecian la confianza de los realistas. Tampoco la inspiraba un batallon de voluntarios de Fernando VII : eran estos Españoles y Canários, mercaderes y pulperos, cuyo número llegó á subir hasta mil doscientos hombres; empero, habiéndose difundido las tristes nuevas de aquel dia, se desertaron en su mayor parte, ocupándose en salvar sus intereses, sus familias y sus personas. Con tales noticias la junta opinó que se capitulára, á excepcion del capitan Bengoa, quien se decidiera por la defensa, asegurando que con trescientos hombres que habia en la ciudad se batiria con doble número de insurgentes. Mas la junta no participó de estas bravatas, acordando capitular con el general Bolívar. En consecuencia nombró de comisionados al marques de Casa-Leon, al presbítero don Márcos Ríbas, á don Francisco Iturbe, al doctor don Felipe Fermin Paúl y á don Vicente Galguera : diéronseles instrucciones y se pusieron en camino el mismo dia.

Los comisionados hallaron á Bolívar en la Victoria el 4 de agosto, y donde habia capitulado Miranda con los realistas, se vieron estos obligados á capitular con los patriotas un año despues. Bolívar acordó inmediatamente una honrosa capitulacion : ofreció olvido de todo lo pasado respecto de los habitantes de

Carácas sin distincion de orígen ni de clases, seguridad de las personas y propiedades, bajo la condicion de que se le entregáran pacíficamente la ciudad y todos los pueblos comprendidos en la provincia de Carácas, incluso el puerto de la Guáira. Concedió la facultad de emigrar con sus intereses á todos los que pidieran pasaporte dentro de un mes, los que deberian salir del territorio venezolano á los dos meses, pudiendo constituir apoderados de su confianza para la recaudacion de sus intereses y conclusion de sus negocios. Exigió que se ratificára la capitulacion dentro de veinte y cuatro horas, contadas desde el momento en que la recibiera el gobierno de Carácas. Añadió, por último, la declaratoria, de que se daria tambien pasaporte á los militares españoles, dejándolos sus espadas á los oficiales, y que se entregarian debidamente las armas, pertrechos, archivos y demas existencias correspondientes al gobierno real, evacuando á Carácas las tropas españolas con el honor correspondiente á la nacion á que pertenecian, siendo de cargo del nuevo gobierno pagar los gastos de su transporte.

Contentos partieron los comisionados con esta capitulacion, á la que Bolívar acompañára un oficio dirigido al gobierno y municipalidad de Carácas, manifestando los motivos que habia tenido para concederla. « Son, decia, para mostrar al universo que, aun en medio de las victorias, los nobles Americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderacion á los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes, y hollado los tratados mas solemnes. — Estas capitulaciones serán cumplidas religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano. »

Nadie podia pensar que despues del acuerdo de la junta, el capitan general interino y los demas agentes españoles no lo cumplieran exactamente. Empero, aterrados con la marcha rápida de Bolívar, teniendo presentes la opresion y los agravios que habian hecho á los patriotas, y temerosos de su profundo resentimiento, en vez de dar las providencias necesarias para mantener la tranquilidad pública y salvar de algun modo el honor de las armas españolas, trataron de huir desde la misma noche del 3 de agosto. Detuviéronse hasta las ocho del dia siguiente con el arribo del teniente coronel Budía, quien les manifestó que el enemigo no podria llegar á Carácas ántes de dos dias. Sin embargo, en aquella misma noche el brigadier

Fierro y las demas autoridades dieron sus disposiciones á fin de asegurar en lo posible su fuga. Una de ellas fué nombrar gobernador al doctor Francisco Paúl, patriota decidido, que habia padecido mucho bajo la tiranía de Monteverde. Á pesar de sus excusas, Fierro le obligó á aceptar el gobierno, y anunció por un bando que dejaba libres á los Venezolanos y mandados por un compatriota suyo; pretendia con esta farsa que el pueblo se contuviera y no atacára á los fugitivos. En vano Paúl manifestó á Fierro que debia esperarse y ratificar la capitulacion, pues nada tenia que temer de los habitantes desarmados de Carácas. Pero tanto el cobarde capitan general interino como los realistas estaban llenos de miedo, y se pusieron en precipitada fuga hasta la Guáira, abandonando la capital con el mayor desórden, dejando abiertos los almacenes y oficinas públicas y hasta saqueándolos. Fierro y su comitiva se hicieron custodiar en su tránsito á la Guáira por la tropa, gente de armas, y artillería que pudieron conducir.

Luego que el pueblo caraqueño se vió libre de la horrible tiranía que habia pesado sobre él, se entregó á los raptos de un júbilo extraordinario. Reunido en grupos por las calles, plazas y barrios, gritaba : — « Viva la libertad, viva la Independencia, y mueran los tiranos. » — Fierro oyó en su fuga este ruido, y creyó que se le iba á atacar inmediatamente. Para asegurarse, mandó situar al teniente coronel Budía en las alturas de la Pastora, previniéndole que guardára la espalda á los emigrados y rechazára cualquiera hostilidad, ofreciéndole que le esperaria en la Guáira para que se embarcáran juntos.

Era un espectáculo bien triste el que presentaban los realistas en aquellos momentos desgraciados. Veíase el camino de la Guáira cubierto con cerca de seis mil personas, compuestas de hombres robustos, de ancianos, de mujeres y de niños, que caminaban á pié tostados por los rayos de un sol abrasador; llenos de consternacion dejaban abandonadas sus fortunas, separándose de los objetos mas caros por libertar sus vidas de la cuchilla de los patriotas, á quienes tanto habian ofendido. Abrumados por el calor y la fatiga muchos se tiraban exánimes sobre la tierra, sin poder trepar los cerros que dividen á la Guáira de Carácas. Cuando la emigracion arribó al puerto, casi todos los buques se habian hecho á la vela en aquella mañana por la imprevision de los jefes que no lo mandaron cerrar, y las au-

toridades ocuparon los pocos que restaban, á fin de escapar en ellos. Cualquiera puede figurarse el estado en que quedarian los Españoles europeos y los Canários, á quienes Bolívar habia dicho que no les perdonaria la vida; temor que se extendia á los Americanos que siguieron el partido realista, erigiéndose algunos en crueles perseguidores de los patriotas. Los habitantes de la Guáira se habian conmovido, y fué necesario que los gobernantes españoles cubrieran su embarque; operacion que recomendaron al comandante de la plaza don Francisco del Mármol. El brigadier Fierro hizo á este el mismo ofrecimiento que á Budía, de esperarle á bordo; pero salió del puerto sin tardanza alguna, dejando burlados á aquellos oficiales beneméritos en el servicio del rey. Encerrados entre Carácas y la Guáira, sin recursos ni vituallas, se vieron obligados á rendir las armas: Budía de cerca de seiscientos hombres, y Mármol de cuatrocientos que tenian bajo de su mando.

La desesperacion de los Españoles y Canários abandonados en el puerto de la Guáira por las autoridades reales fué extremada. No les quedaba otro recurso que la fuga á los bosques ó invocar la piedad de un vencedor implacable contra los enemigos de su patria. Esta era por cierto una situacion lamentable, y que hace estremecer á cualquiera hombre sensible.

Miéntras ocurrian tales sucesos, en Carácas se acordaba la capitulacion de la Victoria. El 5 de agosto marchó Bolívar sobre la capital, adelantándose los comisionados del gobierno español; mas no hallando en aquella ciudad quien ratificára dicha capitulacion, se dirigieron al gobernador interino que dejó Fierro y á la municipalidad. El primero convocó una junta, compuesta de algunos miembros del cabildo que aun se hallaban en la ciudad y de otros vecinos respetables. Habiéndose meditado y discutido las circunstancias críticas del dia, acordaron suplicar al general de las tropas de la Union se sirviese ratificar y observar la capitulacion.

Desde la Victoria á Carácas la marcha de Bolívar fué un continuado triunfo: tal era el entusiasmo con que los pueblos le recibian, lo mismo que á sus tropas, saludándolos á todos como á sus *libertadores*. Mas la entrada que hizo en Carácas el 6 de agosto el ejército republicano, en medio de un concurso numeroso y de los homenajes sinceros de un pueblo patriota, que se veía libre de la tiranía española por un héroe caraqueño, fué

un espectáculo muy glorioso para Bolívar, y que conmovió toda su sensibilidad. Por do quiera se oían las aclamaciones : — « ¡ Viva nuestro Libertador ! ¡ Viva la Nueva Granada ! » — De repente se vió abrir la numerosa reunion del pueblo, y apareció una tropa de jóvenes hermosas de las familias principales, vestidas de blanco y llevando en sus manos coronas de laurel y de flores. Á su vista Bolívar desciende de su caballo, y las jóvenes lo coronan como á vencedor; casi todos los patriotas que presenciaron esta escena derramaron lágrimas de placer. — Las repetidas salvas de artillería, el repique general de campanas, la música y alborozo de los habitantes, hicieron que aquella solemne entrada en Carácas fuese uno de los actos mas hermosos que hubiera presenciado el pueblo caraqueño. Los parientes, los amigos de Bolívar y las víctimas de la crueldad española, que acababan de salir como por encanto de sus escondites, de las bóvedas, cárceles y pontones en que habian estado sumidos, no se cansaban de abrazar al general y á sus oficiales, que les habian restituido una libertad que amaban cada dia con mas ardor, y que eran verdaderamente dignos de gozar. Á pocos dias entró en Carácas el comandante de la retaguardia, coronel José Félix Ríbas, quien fué recibido casi con la misma alegría y solemnidad que su general, coronándole algunas jóvenes distinguidas como á vencedor en Niquitao y los Horcónes.

Pasados aquellos primeros momentos en que se dieron todos á la comun alegría, dedicóse Bolívar al despacho de los mas urgentes negocios. Llamó principalmente su atencion el asegurar las armas, municiones, parques, archivos y arcas públicas de Carácas y la Guáira, que los realistas dejaron en el mayor desórden, abiertas las puertas de los almacenes y oficinas, robados muchos de los enseres de la propiedad del Estado, y clavada una parte de la artillería : todo esto con el designio de que los insurgentes no se aprovecháran de aquellos elementos de guerra.

Apénas habia dado Bolívar las primeras providencias para afianzar la tranquilidad y los intereses de la naciente República, cuando se ocupó en su organizacion provisional. Por una proclama del 8 de agosto y por un manifiesto del siguiente dia, dirigido á sus conciudadanos, les anunció el restablecimiento de la República de Venezuela bajo de los auspicios del congreso de la Nueva Granada. En consecuencia, y despues de consultar

á personas de influjo y conocimientos en los negocios de Estado, él asumió el mando supremo como general en jefe del ejército. Segun las instrucciones que habia recibido del gobierno general granadino, debia restablecer en Venezuela el sistema federativo, y las autoridades que depuso la invasion de Monteverde. En las tres provincias ántes libertadas habia cumplido tales instrucciones; pero en la de Carácas le pareció funesto, lo mismo que á sus consejeros, semejante restablecimiento en aquellas circunstancias. Constituir entónces un gobierno tan débil como el federal, habria sido lo mismo que entregarse por segunda vez á los Españoles. Así Bolívar manifestó á sus conciudadanos la urgente necesidad en que se veía de encargarse por algun tiempo del mando supremo, y las reformas que juzgaba necesarias en la constitucion del Estado, para darle una administracion concentrada y vigorosa, cual convenia en aquellos dias de peligro. Sin embargo añadia : — « Nada me separará de mis primeros y únicos intentos : son vuestra libertad y vuestra gloria. Una asamblea de notables, de hombres virtuosos y sabios debe convocarse solemnemente para discutir y sancionar la naturaleza del gobierno y los funcionarios que hayan de ejercerlo en las críticas y extraordinarias circunstancias que rodean la República. El *Libertador* de Venezuela renuncia para siempre y protesta formalmente no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados á los peligros para la salvacion de la patria. » Á fin de sincerar su conducta, dió cuenta al poder ejecutivo de la Union de los poderosos fundamentos que habia tenido para adoptar aquella importante resolucion. No hay duda alguna que era del todo necesaria para la defensa y organizacion del país libertado. Hubo entónces opiniones contrarias de algunos patriotas visionarios, seducidos todavía por el ejemplo de los Estados Unidos del Norte, á pesar del crudo desengaño que habian tenido de la gran debilidad del gobierno federativo : ellos deseaban su inmediato restablecimiento en Venezuela ; mas triunfó el partido de la concentracion del poder, miéntras se despejaba el horizonte político. Establecióse por consiguiente una verdadera dictadura en la persona de Bolívar, á la que hicieron oposicion los exaltados liberales ó federalistas, que solo estaban por sistemas especulativos de gobierno sin atender á su práctica, ni á las circunstancias del tiempo y del país.

El general de la Union consultó á várias personas sobre la organizacion que mas convendria dar á la administracion de la República, entre otras al ciudadano Francisco Javier Ustáriz. Siguiendo en parte sus consejos, estableció tres secretarías para el despacho de los negocios. Denominó la primera de Estado, relaciones exteriores y hacienda pública, confiriéndola al ciudadano Antonio Muñoz Tébar; la segunda de guerra y marina, encargándola al teniente coronel Tomas Montilla; y la tercera de gracia, justicia y policía, que dió al ciudadano Rafael Diego Mérida. En cada una de las provincias debia haber gobernadores civiles y militares, y corregidores en los cantones ó distritos capitulares. Encargóse la direccion general de rentas á un solo empleado, con las mismas facultades que tenia el intendente general en tiempo del gobierno español. Los gobernadores civiles eran sus delegados en las provincias. Para el importante destino de gobernador de Carácas nombró al doctor Cristóval de Mendoza, y para comandante militar al coronel Ríbas.

Decretados estos arreglos generales, se ocupó Bolívar de otro negocio importante. Tal fué la capitulacion de la Victoria no ratificada ni cumplida por las autoridades españolas: de ella pendia la suerte de las tropas reales que se habian entregado con Budía y Mármol, así como la de millares de Españoles y Canários rendidos ó cogidos en el territorio que comprendia la capitulacion. Repugnaba á la sensibilidad del general en jefe sacrificarlos conforme á su proclama de Trujillo; triste necesidad en que se veria si la capitulacion no era aprobada. Rindiéndose, pues, á las súplicas del gobernador provisional que habia sido de Carácas, de los miembros del cabildo, de algunos notables y de tantos desgraciados que tenian, como Damócles, la espada pendiente sobre sus cabezas, dió Bolívar la palabra de que cumpliria por su parte la capitulacion de la Victoria, siempre que Monteverde la aprobára. En consecuencia nombró una comision (agosto 9), que debia partir inmediatamente á negociar la ratificacion del capitan general encerrado en Puertocabello. Las personas escogidas fueron el doctor Felipe Fermin Paúl, don Francisco González de Lináres, el presbítero don Salvador García de Ortigosa, don Nicolas Peña y don Gerardo Patrullo. Estos se trasladaron á Valencia, de donde escribieron á Monteverde, instándole por la ratificacion del convenio, que era tan necesaria para salvar las vidas y propiedades de tantos Españoles

europeos y Canários que se hallaban amenazados por la guerra á muerte; hacíanle tambien presente hallarse interesado en tal acto el honor de los últimos restos de las tropas españolas rendidos entre Carácas y la Guáira. Sin embargo de tan urgentes consideraciones, sordo Monteverde á los clamores de tantas víctimas que iban á ser sacrificadas, se denegó absolutamente, dirigiendo á los emisarios de paz la siguiente célebre contestacion: — « No pudiendo don Manuel Fierro ni el cabildo de Carácas facultar para misiones de capitulacion, ni otras algunas que son privativas al capitan general de la provincia, han sido nulas y de ningun momento todas las operaciones en su consecuencia obradas : y yo jamas podré convenir en unas proposiciones impropias del carácter y espíritu de la nacion grande y generosa de quien tengo el honor de depender. » — Aunque los comisionados hicieron á Monteverde nuevas instancias, contestó siempre lo mismo, y aquellos terminaron su mision publicando un manifiesto, que comprendia todos los documentos relativos á esta negociacion desgraciada. Hase hablado mucho de la dureza y crueldad de corazon de Monteverde en abandonar á los Españoles europeos y á los Canários á la venganza implacable del vencedor, despues de haberlos comprometido por sus arbitrariedades y persecuciones de los patriotas. Sin embargo, nos atrevemos á emitir otra opinion muy diferente. Por la capitulacion de la Victoria se disponia la entrega de todo el territorio de la provincia de Carácas, al que pertenecian la plaza y castillo de Puertocabello. Si Monteverde, sin disparar un tiro, hubiese entregado este baluarte del poder español en Venezuela, habria añadido otro borron indeleble á su mancillada reputacion. Cualquiera que conozca las leyes de la milicia y del honor militar, no podrá ménos de formar este mismo juicio; es preciso que seamos imparciales, y que hagamos justicia aun á los que fueron nuestros enemigos.

Para el caso de no conseguirse por medio de la negociacion el que se rindiera Puertocabello, Bolívar habia escrito una intimacion á Monteverde, exigiéndole que entregára inmediatamente la plaza con cuanto en ella existia perteneciente al Estado. Este era, segun le decia, el único medio de salvar los innumerables prisioneros españoles é Isleños que estaban en su poder, haciéndole entender al mismo tiempo — « que á la menor dilacion serian exterminados todos. » El jefe español nada

contestó, guardando un silencio desdeñoso. Dejó por consiguiente que fueran encerrados en las bóvedas y en las cárceles los zelosos partidarios y fieles servidores del rey, su amo, y que se les secuestráran sus bienes con muy pocas excepciones.

Despues de haber dictado las providencias orgánicas y otras que juzgára mas urgentes, Bolívar se dedicó á organizar nuevamente el ejército, á reclutarlo, equiparlo, vestirlo y pagarlo. Esta era empresa harto difícil, porque los recursos de las rentas públicas estaban agotados con las dilapidaciones y grandes gastos del gobierno español, cuyo déficit, segun dijimos ántes, ascendia en Venezuela á mas de medio millon de pesos anual. Fué necesario, pues, ocurrir á medidas extraordinarias. Un préstamo forzoso de ciento veinte mil pesos, que recayó principalmente sobre los desafectos, el secuestro y confiscacion de la mayor parte de los bienes de los realistas emigrados, fueron las principales que adoptára. Ademas, circuló dos proclamas á los pueblos; excitaba por la primera á los Venezolanos á que contribuyeran activamente al sostenimiento de la guerra con su influjo, con sus personas y con sus bienes. Esta excitacion avivó el patriotismo de los pueblos, que se apresuraron á sacrificar en las aras de la patria, unos parte de sus bienes, y otros á enrolarse en las banderas del ejército libertador para combatir á los enemigos de la Independencia. En la segunda proclama afeó Bolívar á sus compatriotas sus excesivas pretensiones de mandos y empleos, y les dijo que los destinos civiles y los militares serian muy moderados, así en su número como en sus dotaciones, observándose la mas rigurosa economía. Él queria manifestar á las naciones que habian sido testigos del desórden espantoso de la primera administracion de la República, cuántos eran sus deseos de no incurrir en tamaño defecto en las reformas actuales.

Fuera de estas providencias, Bolívar decretó una conscripcion para aumentar y mantener el ejército bajo de un pié respetable: tambien hizo en él promociones de oficiales de todas clases y grados, recompensando así las brillantes acciones de sus compañeros de armas.

Tampoco se descuidó el general en jefe en solicitar apoyos extranjeros á la Independencia de Venezuela. Para conseguirlos, envió sin tardanza agentes extraordinarios á la Gran Bretaña y á los Estados Unidos del Norte. Dirigióse igualmente á

los individuos extranjeros de cualquiera nacion y profesion que fueran, convidándolos para que viniesen á establecerse en el territorio de Venezuela bajo la proteccion del nuevo gobierno. Les ofrecia igualmente que gozarian los derechos de ciudadanos todos aquellos que tomáran las armas para militar en las banderas de la independencia y libertad, y que ademas se recompensarian sus servicios de un modo competente.

Venezuela necesitaba con urgencia de esta medida, para llenar de algun modo el vacío que habian causado á la poblacion agrícola é industriosa, por una parte la emigracion de los Españoles y Canários que faltaban huyendo del furor de los patriotas irritados, y por otra la guerra á muerte que habia conducido al sepulcro á muchas víctimas. El mismo Bolívar dijo al congreso de la Nueva Granada desde Carácas (agosto 14): — « Despues de la batalla campal del Tinaquillo, marché sin detenerme por las ciudades y pueblos del Tocuyito, Valencia, Guáyos, Guácara, San Joaquin, Maracay, Turmero, San Mateo y la Victoria, donde todos los Europeos y Canários, casi sin excepcion, han sido pasados por las armas. » Hemos visto ya la invitacion fulminante que pasára á Monteverde conminándole con el exterminio de los mismos Españoles y Canários.

Estos pasajes manifiestan claramente que la guerra no solo se habia declarado á muerte, sino que en efecto se hacía de exterminio. La humanidad gime al considerar los cruentos sacrificios de víctimas humanas que se ofrecian para el establecimiento de la independencia y libertad de Venezuela. El historiador no puede ménos de deplorar la triste necesidad en que se vieron Bolívar y sus compañeros de armas de retaliar sobre los Españoles y Canários una medida tan terrible, y que hará estremecer á nuestros nietos; entónces habrá pasado enteramente el fuego de las pasiones vengativas y rencorosas que aun nos animan contra los Españoles, cuando nos acordamos — « que degollaron á nuestros padres, amigos y parientes, porque amaban la independencia y libertad de su patria. »

No solamente era Bolívar quien mandaba sacrificar á los Españoles europeos y á los Canários que aprehendia, sino que sus subalternos aun excedian sus mandatos. Los coroneles Ríbas y Arismendi se distinguian en la guerra á muerte, y creían aumentar su gloria no perdonando la vida á Español ni Canário alguno que cayeran en sus manos. Haria estremecer el cuadro

de estos asesinatos, si pudiera presentarse con todos sus horribles pormenores. Pero sería martirizar la sensibilidad de nuestros lectores, si tuviéramos por mas tiempo fija su atencion en objetos tan desagradables, sobre los cuales procurarémos deslizarnos.

Tales fueron los hechos de armas y las providencias con que Bolívar terminára su primera campaña para libertar á Venezuela del yugo opresor de los Españoles. No tuvo en ella el menor reves, y en ménos de tres meses ocupó las provincias de Mérida, Trujillo, Barínas y Carácas, defendidas por fuerzas muy superiores. Bolívar manifestó en esta campaña, por la vez primera, esa actividad, esa audacia y esa prevision que le dieron en el curso de su vida militar un lugar tan distinguido entre los guerreros del siglo XIX. Encadenado por las instrucciones del congreso de la Nueva Granada, debia limitar sus operaciones á las provincias de Mérida y Trujillo; mas él reclamó aquellas órdenes, demostrando hasta la evidencia que si detenia sus marchas y daba á los enemigos algun respiro en que pudieran reconocer las pequeñas fuerzas invasoras y combinar sus movimientos, se perderia sin remedio, y que los realistas marcharian triunfantes sobre la Nueva Granada, que tampoco sería capaz de defenderse. Por el contrario, que dejándosele libertad de obrar segun las circunstancias, estaba seguro del buen éxito de la campaña. En todos sus partes al gobierno de la Union manifestó siempre la misma seguridad del triunfo, coronando la fortuna sus bien fundados cálculos con espléndidas victorias que le hicieron el *Libertador* de su patria.

Saludado con este nombre glorioso, aun restaban á Bolívar muchos trabajos que concluir, y acciones que ejecutar para conservarlo y no desmerecerlo. Ántes de seguirle en esta época difícil y angustiada de su vida pública, veámos cuáles habian sido los sucesos de los patriotas en el oriente de Venezuela, á los que dejamos igualmente empeñados en combatir por la independencia y libertad de su país. Estos, despues de haber derrotado en 25 de mayo al orgulloso Monteverde, ya no se limitaron á la defensiva como hasta entónces, sino que proyectaron apoderarse del resto de la provincia de Cumaná, empresa que no era difícil por el terror que los independientes habian infundido á las tropas del rey. Los patriotas, animados por la confianza que inspiran las victorias, consiguieron aumentar su

ejército con todos los Venezolanos fugitivos de la tiranía española que se acogieron al territorio libertado; se hallaban, pues, en aptitud de atacar á los realistas en sus posiciones. En efecto, así se verificó, y se apoderaron sucesivamente de los puntos de Magüelles, Corosíllos y Cumanacoa, derrotando ó haciendo retirar á los Españoles que se refugiaron á la capital de la provincia.

Mariño, que de simple particular se habia elevado por las circunstancias á general, graduacion conferida por sus compañeros de armas, y el comandante Ramon Machado, mandaban las tropas destinadas contra Cumaná. En el tránsito hácia esta ciudad, dieron cosa de diez combates, destruyendo várias emboscadas de los realistas, hasta que lograron sentar su campo en el sitio de Capuchínos, propio para establecer el asedio. Ejecutáronlo en la parte de tierra formando una línea de circunvalacion, que se extendia por cerca de tres leguas en contorno. Despues de várias acciones parciales en que los patriotas salieron siempre victoriosos, consiguieron encerrar á los realistas en la plaza, que estaba fortificada con fosos, estacadas y cuarenta piezas de artillería de grueso calibre para la defensa de sus fuertes. De setecientos á ochocientos hombres era la guarnicion. Mas habia un obstáculo muy grave para llevar adelante el asedio, y era que los republicanos carecian de marina, y la plaza podia recibir por mar auxilios de boca y guerra. La revolucion de la isla de Margarita ocurrida por el mismo tiempo y el nombramiento del coronel Arismendi para gobernador, vinieron á sacar á Mariño de grandes embarazos. Arismendi, que no creía segura la independencia de su patria miéntras los enemigos dominaban á Cumaná y Barcelona, ofreció á los patriotas del oriente socorros de toda clase, aun ántes de habérselos pedido. La actividad y energía eran las principales dotes de Arismendi, y con su fuerte voluntad consiguió armar, segun dijimos, tres goletas y otros buques menores hasta el número de catorce, que al mando del Italiano José Bianchi, envió á disposicion de Mariño para bloquear el puerto de Cumaná, auxiliándole tambien con armas y municiones. Estos fueron prodigiosos resultados del patriotismo de los Margariteños, que todo lo sacrificaban desde entónces en las aras de la patria á pesar de la pobreza de su isla.

Estrechado el sitio de este modo, Mariño y Machado, cuando

ya consideraron que escaseaban los víveres y demas recursos de la plaza, dirigieron el 31 de julio una intimacion al gobernador Antoñánzas. Contestóla con irónico desprecio y con la fanfarronada de que la guarnicion habia resuelto defenderse hasta el último extremo é imitar á los Saguntinos, reduciendo á cenizas cuanto existiera ántes de rendirse. Tambien escribió particularmente á Mariño y á Machado, diciéndoles lo mismo y asegurándoles que tenia ochocientos hombres, fuera de quinientos situados en otros puntos exteriores, sin las fuerzas sutiles con las cuales en aquella misma noche destruiria la escuadrilla bloqueadora. Sin embargo de tales bravatas y amenazas, desesperando los realistas de poder sostenerse en la plaza, Antoñánzas hizo embarcar á bordo de su escuadrilla cuanto podia llevar, y se trasladó á la bôca del rio á fin de aprovecharse de algun descuido de Bianchi, para hacerse á la vela y salvarse en alguna colonia extranjera.

Dejó en Cumaná para mandar al sarjento mayor don Juan Nepomuceno Quero, Venezolano, que desde la entrada de Monteverde se pasára á los Españoles. Antoñánzas pretendia engañarle, diciendo que iba á solicitar auxilios y que entre tanto defendiera la plaza. Quero penetró el ardid, y para adormecer la vigilancia de los sitiadores, envió á su campo comisionados que tratáran de capitulacion : ajustóse esta, en efecto; pero entre tanto Quero habia hecho trasladar á las embarcaciones que aun habia en el puerto cuanto existia en Cumaná de alguna utilidad, junto con muchas personas de ambos sexos, de grado ó por fuerza. Los realistas clavaron la artillería, rompieron los fusiles, botaron la pólvora é inutilizaron todo lo que no fueron capaces de llevarse. Hecho esto, se hicieron á la vela en la noche del 2 de agosto. Mas no consiguieron escapar sin daño, pues habiendo conocido Mariño que se le estaba engañando, entró en Cumaná, consiguió desclavar un cañon y con él causó muchas averías á los fugitivos.

Reunido Quero al gobernador Antoñánzas, que no habia podido escaparse del puerto, procuraron salir inmediatamente al mar con ocho velas. Mas la escuadrilla independiente, que supervigilaba los buques españoles para impedir su salida, los ataca oportunamente, los persigue y apresa hasta cinco. El gobernador Antoñánzas fué herido en el combate, y de resultas murió poco despues en Curazao; leve castigo para los crímenes

de lesa humanidad que habia cometido en San Juan de los Mórros y en otros puntos. Entre los prisioneros se hallaron varios Españoles europeos, y se aprehendieron otros en Cumaná, que no habian podido embarcarse: ellos eran detestados por los patriotas, á quienes habian vejado y oprimido de mil maneras diferentes. Cuarenta y siete de los mas aborrecidos fueron pasados inmediatamente por las armas; los otros, reducidos á prision, se detuvieron en las cárceles, destinados á sufrir la misma suerte, junto con algunos Venezolanos de los que mas se habian distinguido en servir á los realistas. Atribuyóseles haber querido degollar á los patriotas que estaban presos, la noche que se embarcára Antoñánzas, y tambien que eran cómplices de una conspiracion proyectada á favor del gobierno español. Por los ruegos é intercesion del prefecto de las misiones fray Francisco Aliaga, la vida de aquellos desgraciados se prolongó por algun tiempo. Sin embargo, muchos de ellos, hasta completar el número de ciento veinte y dos, sufrieron la muerte, que les impusieron las exaltadas y rencorosas pasiones de los republicanos. Estas habian subido de punto cuando supieron todo lo que los realistas fugitivos hicieron sufrir á las personas de ambos sexos que se llevaron consigo de Cumaná. Asegúrase que para quitarles los pocos intereses que habian salvado, arrojaron al mar á hombres, mujeres y niños, y que á muchos los encerraron en las bodegas de las embarcaciones, donde murieron sufocados. De otras personas no se volvió á saber cuál habria sido su triste suerte.

Ocupada la ciudad de Cumaná por las tropas de Mariño, este se hizo cargo del gobierno de la provincia, que aun no estaba sometida del todo, pues los realistas ocupaban todavía á Yaguaraparo, Rio-Caribe, Carúpano y Cariaco. En el primer pueblo mandaba cuatrocientos hombres el cruel Servéris, sostenido por la escuadrilla de Guayana dirigida por don Francisco de Sáles Echevarría. Desconfiando de poder sostenerse en aquel punto, lo abandonaron ambas fuerzas retirándose á Angostura. Ántes cometió Servéris un asesinato de los mas detestables. El comandante Bernardo Bermúdez se habia embarcado en el golfo de Pária; cuando lo atravesaba en una canoa, tomó una embarcacion española, y poco despues fué á su turno apresado por otra de la escuadrilla de Echevarría. Hízole fusilar Servéris; pero habiéndose encontrado su cadáver aun con vida, se le condujo

al hospital, donde se hallaba moribundo. En su mismo lecho le mandó matar el desapiadado Servéris al retirarse de Yaguaraparo. Esta muerte fué causa de que José Francisco Bermúdez, hermano de Bernardo, tomára una ruidosa venganza, jurando que no perdonaria á enemigo alguno de los realistas que cayera en sus manos. En efecto, destinado á ocupar, como lo hizo, á Cariaco, Carúpano y Rio-Caribe, cumplió su terrible juramento, adquiriendo desde entónces la fama de valiente, pero de cruel y sanguinario.

Despues de libertar Mariño toda la parte oriental de la provincia de Cumaná, destinó al comandante Piar con un fuerte cuerpo de tropas contra Barcelona. Defendíala el mariscal de campo don Juan Manuel Cajigal, á quien Monteverde habia encargado mantener allí el dominio español. Aunque las fuerzas de Cajigal eran pequeñas, habia sostenido la campaña con pericia, pues conocia bien aquel país. Mas habiendo sabido la pérdida de Carácas, consideró que nada podia adelantar contra las fuerzas superiores de los patriotas, favorecidos por la opinion pública. Abandonó, pues, á Barcelona, dispersando en su mayor parte los mil cien hombres que tenia consigo (agosto 19) : la ciudad fué ocupada por Piar y sucesivamente los demas lugares. Cajigal se dirigió por tierra hácia el Orinoco para retirarse á Guayana : el sostenimiento de esta provincia le parecia de la mayor importancia para continuar las operaciones militares contra los insurgentes. Siguiéronle varios oficiales realistas, entre ellos don José Tomas Bóves y don Francisco Tomas Moráles. Estos hombres, célebres en la guerra de la Independencia, ya al pasar el Orinoco manifestaron á Cajigal deseos de quedarse en aquellas solitarias llanuras para hostilizar á los rebeldes. Accedió Cajigal á su peticion, dejándoles poco mas de cien hombres que conducia consigo, las armas y algunas municiones. Hé aquí la base de la guerra formidable que Bóves y Moráles hicieron á los patriotas de Venezuela, con los elementos esparcidos en las llanuras inmediatas á Santa María de Ipire; era ántes desconocida la importancia de los llanos de Venezuela.

Con la retirada de Cajigal el territorio de Cumaná y Barcelona quedó, al parecer, enteramente libre. — Mariño trató de organizarlo del modo mejor que le fué posible. En Cumaná, como en Carácas, habia dos partidos políticos : el uno de aquellos hombres liberales que pretendian el restablecimiento

del federalismo y de una exagerada democracia; el otro de patriotas mas decididos, cuyos principios se plegaban á las circunstancias del momento. Querian estos que se estableciera una administracion fuerte y vigorosa, que asegurase la Independencia, aunque fuera algun tanto en perjuicio de la libertad. Este partido triunfó de las débiles é inaplicables teorías de sus contrarios. En consecuencia Mariño fué nombrado jefe supremo de las provincias de Cumaná y Barcelona, y Piar reconocido como su segundo. Ocupóse Mariño inmediatamente en establecer una administracion regular en el territorio libertado, y en organizar las tropas que estaban á sus órdenes. Podíalo hacer porque tenia facultades extraordinarias. Sin embargo, en la errada persuasion de que todos los realistas se habian sometido á la autoridad de los patriotas, no persiguió los restos de Cajigal, que en silencio tuvieron tiempo y oportunidad para engrosar sus filas con los valientes llaneros.

La division de mando entre Bolívar y Mariño de las provincias que ántes formáran la Confederacion de Venezuela, fué una verdadera desgracia para el triunfo inmediato de la causa de la Independencia. Si todas las tropas se hubieran reunido bajo las órdenes de un solo jefe, las de oriente habrian servido para la pacificacion completa de los llanos, pues conocian ya el género de guerra que se podia hacer en ellos, y tenian en Maturin y en otros puntos llaneros audaces con quienes combatir á los que juntaban Bóves y Yáñez en las márgenes del Orinoco y del Apure. Dejóse á estos el tiempo suficiente para allegar buenos jinetes y hombres endurecidos en las fatigas de la vida pastoril, y para instruirlos, aunque imperfectamente, en la táctica de caballería lijera; así, bien pronto prepararon á los independientes nuevos trabajos y fatales desgracias en la segunda campaña que vamos á referir.

CAPÍTULO VI.

Barcelona libertada. — Puertocabello en estado de defensa. — Sublevacion de los valles del Tuy. — Expediciones á los Llanos. — Marcha Bolívar sobre Puertocabello. — Ataques infructuosos. — El mirador de Solano abandonado. — Zuazola preso y ahorcado. — Negociacion de canje de prisioneros sin éxito. — Primeras guerrillas é insurrecciones de los realistas. — Fuerte decreto contra los contrabandistas de tabaco. — Continúa el cerco de Puertocabello. —Arribo de una expedicion española. — Se abandona el sitio de Puertocabello. — Algunas guerrillas batidas. — Manifiesto dado en Valencia sobre la guerra á muerte. — Contestacion sobre lo mismo al gobernador ingles de Curazao. — Se multiplican las guerrillas hasta Cúcuta. — Motivos de esto. — El Español Rosete y sus hechos. — Retratos de Bóves, de Moráles y de los llaneros : cómo los reclutaba el primero. — Yáñez en San Fernando de Apure. — Bóves derrota á Montilla y Padron. — Salida de Monteverde sobre Valencia. — Accion de Bárbula. — Muerte de Girardot y honores que se le decretan. — Combate feliz de las Trinchéras. — Disposiciones para la campaña contra los realistas. — Obsequios fúnebres al corazon de Girardot criticados. — Honores decretados en Carácas á Bolívar. — Creacion del órden de Libertadores. — Bóves derrotado en el Mosquitero. — Crueldades de Campo Elías. — Cebállos ataca el occidente. — Triunfa en Bobare, Yaritagua y Barquisimeto. — Yáñez ocupa á Barínas, y se une con Cebállos. — Salomon es batido en Bijirima. — Batalla ganada en Araure : sus consecuencias. — El regimiento de Granada casi destruido. — Piar en Puertocabello. — Circular terrible de Bóves, y su influjo sobre los llaneros. — Derrota de los patriotas en San Márcos. — Monteverde depuesto. — La Regencia de Cádiz da nueva organizacion política y militar á Venezuela. — Funestas consecuencias de la guerra á muerte. — Una asamblea reunida en Carácas atribuye el poder supremo al Libertador. — Se propone la union de Nueva Granada y Venezuela. — Mision de paz á los llanos sin efecto. — Tratado de auxilios hecho entre Bolívar y Mariño. — Yáñez se apodera nuevamente de Barínas, y muere. — Campo Elías es vencido por Bóves. — Accion de la Victoria. — Circunstancias críticas de los republicanos. — Ejecucion de los Españoles y Canários presos. — Manifiesto justificativo del Libertador. — Ríbas triunfa de Rosete : crueldades de los realistas en Ocumare. — Bolívar sitiado en San Mateo. — Combates reñidos que se traban en febrero y marzo. — Accion heróica de Ricaurte. — Rosete bate á Arismendi, y es vencido por Ríbas. — Ce-

bállos sorprende á Urdaneta : ocupacion de San Cárlos y cerco de Valencia. — Se aproximan las tropas de Mariño. — Derrotan á Bóves en Bocachica, quien se retira á Valencia. — Cebállos levanta el sitio de esta ciudad. — Mérito contraido por D'Eluyar y los Granadinos. — Accion perdida por los republicanos en el Arado. — Triunfo que obtuvieron en Carabobo. — Mariño y Bolívar salen al encuentro á Bóves. — Sangrienta batalla perdida en la Puerta.

Año de 1813. — Cuando Bolívar preparaba una division de sus tropas para auxiliar á Mariño en la empresa de dar libertad á Barcelona, supo la fuga de su defensor Cajigal hácia Guayana, y que habian quedado libres las dos provincias del oriente. No tardó en recibir dos comisionados dirigidos por el jefe supremo Mariño, para dar cuenta al Libertador de Carácas de los triunfos obtenidos contra el enemigo comun : los comisionados traían á la vez el encargo de acordar con Bolívar lo conveniente sobre el futuro gobierno y organizacion política de Venezuela. Por entónces nada se pudo adelantar sobre una cuestion tan importante como difícil, pues ninguno de los dos jefes supremos queria sujetarse al otro. En cuanto á socorros militares, se ofrecieron mutuamente ; y Bolívar pidió con urgencia el envío de una division de las tropas de Mariño, para mantener la tranquilidad de los Llanos de Calabozo y batir algunas partidas realistas que allí se estaban formando. Pidióle tambien su marina para bloquear á Puertocabello é impedir la entrada de auxilios y de víveres.

Hechos por Bolívar en Carácas los arreglos mas urgentes, dirigió toda su atencion hácia la plaza de Puertocabello. Habia ya dádo á Monteverde el tiempo suficiente de ponerla en estado de defensa, cual no lo estaba cuando allí se retirára ; él, auxiliado por los realistas y demas habitantes de la ciudad y de sus alrededores, trabajó con tanta actividad, que ya por el 20 de agosto no era tiempo de tomar, sin mucho trabajo, aquel baluarte de Venezuela. Creen algunos, y nos parece que con bastante fundamento, que si Bolívar en vez de ir á Carácas con todas sus fuerzas á recibir obsequios y fiestas de sus compatriotas, se dirige sobre Puertocabello y ataca la plaza con vigor, la habria ocupado sin mucha dificultad, pues Monteverde nada habia previsto de antemano para su defensa.

Mas aunque se hubiera perdido tan favorable ocasion, Bolívar no desconfiaba de conseguir todavía el mismo feliz resul-

tado. Hizo, pues, marchar á Valencia dos divisiones al mando del intrépido Ríbas y de Urdaneta, á quienes siguió con el resto de sus tropas al promediar agosto.

Apénas habia dejado la capital, cuando los esclavos y otras gentes perdidas proclamaron al rey en las cercanías de los pueblos de Santa Lucía, Santa Teresa y Yare, que saquearon. Esta nueva insurreccion en los valles que riega el Tuy, instigada y dirigida por algunos Españoles como en el año de 12, fué por largo espacio de tiempo el azote del país. Al principio dispersaron á los amotinados las tropas del gobierno; pero juntándose de nuevo en mayor número, llegaron á contar el 6 de setiembre en San Casimiro de Guiripa hasta ochocientos hombres: allí los atacó y dispersó el comandante José Francisco Montilla. Sin embargo acogiéronse á los bosques, donde se ocultaron, y desde entónces hicieron á los patriotas una guerra de exterminio, amenazando constantemente á Carácas por aquel flanco y desolando los pueblos.

Fuera de este inconveniente ocurrieron otros de gravedad para retardar la marcha de Bolívar contra Puertocabello. Súpose que Bóves aumentaba rápidamente su partida, y que en el sitio de la Corona, cerca de Santamaría de Ipire, habia derrotado una columna republicana. Fué, pues, necesario destacar hácia Calabozo al teniente coronel Tomas Montilla con seiscientos hombres, á fin de que defendiera los Llanos. Con igual fuerza marchó al occidente de la provincia de Carácas el oficial Ramon García de Sena. Debia oponerse y destrozar, si le era posible, al Indio Réyes Várgas, quien, asociado al cura Torréllas, habia juntado un cuerpo franco de cerca de mil hombres. Cumplido que fuera su objeto, ambas divisiones recibieron órdenes para marchar sobre San Fernando de Apure, donde Yáñez se engrosaba cada dia. Debilitado Bolívar con dichos destacamentos, apénas pudo reunir ochocientos soldados.

Á pesar de esto, situado en Valencia, dió sus disposiciones para marchar sobre Puertocabello. Presentábansele dos rutas, la de Aguacaliente ó Palito, y la del valle de San Estévan. Por esta no habia inconveniente alguno; mas por la primera se encontraba el obstáculo de tres baterías levantadas en la cima de un monte, que termina bien cerca del mar al mediodía de la boca del rio San Estévan. Llamábanse las dos baterías ó malos fortines, Vigías alta y baja, y la otra Mirador de Solano.

La primera columna al mando de Girardot marchó (agosto 26) por el camino de Aguacaliente, y se apoderó de las Vigías con el valor y denuedo acostumbrados, retirándose sus defensores al Mirador de Solano. Bolívar marchaba con la segunda, regida por Urdaneta, que seguia por la ruta de San Estévan : esta ocupó el reducto que domina al Mirador, y la parte de la ciudad llamada Pueblo-Exterior, porque yace fuera de las fortificaciones. Un vivo fuego hacian los realistas contra los patriotas, tanto de los buques como del Mirador; pero nada arredró á estos, que conservaron las posiciones ocupadas. Vióse entónces el enemigo reducido al castillo y pueblo interior, sucesos debidos en su mayor parte, segun decia el mismo Bolívar, á la audacia de las tropas granadinas.

En los dias siguientes los sitiadores montaron la artillería, parte que recibieron de Valencia y parte que tomaron en los fuertes de que se habian apoderado. Con esta hicieron cesar los fuegos de los buques españoles y del Mirador, molestando sobre manera al enemigo, á quien no permitian coger agua del rio. Los realistas se defendian con vigor, haciendo fuego sobre la línea de los patriotas, arrojando bombas y balas rojas, y molestándoles frecuentemente con los fuegos de sus bajeles de guerra y lanchas cañoneras. Bolívar tambien consiguió bloquear el puerto con tres bergantines y tres goletas que impedian la entrada de víveres por mar, despues que los habia cortado enteramente por tierra.

Encerrados los realistas en el castillo de San Felipe y dentro de las estacadas del pueblo interior, aun no estaban libres de los fuegos de la artillería montada por los patriotas. En tal situacion, los enemigos quisieron sorprender á los sitiadores con una salida ejecutada en la noche del 29 de agosto : esta fué auxiliada por la artillería de los baluartes, que hizo un fuego harto vivo; pero se rechazó á los realistas á pesar de los esfuerzos que hicieran. Despues de dos dias Bolívar quiso dar un golpe de mano sobre el pueblo interior, y á las diez de la noche mandó avanzar en silencio dos divisiones de tropas lijeras al mando de los capitanes Camacho y Monágas. Cuando se calculó que estaban en los puntos designados, se dió la señal de ataque y se rompió el fuego en toda la línea. Fué correspondido por los realistas, que se concentraron dentro de las estacadas, adonde no pudieron penetrar los soldados de la República; estos su-

frieron mucho por un fuego de metralla bien dirigido, que barria completamente las calles por donde avanzaban. No se pudo sorprender á los enemigos; y errado el golpe, no hubo otro arbitrio que la retirada que el general en jefe mandó hacer. El capitan Felipe Camacho, un excelente oficial, fué herido mortalmente en esta accion, y murió de las heridas, lo mismo que su compañero Monágas; saliendo tambien heridos los oficiales Peñalver y Carrillo: las fuerzas invasoras sufrieron una pérdida considerable.

Creyendo los defensores del fuerte Mirador de Solano, mandados por el atroz Zuazola, que la plaza habia sido rendida en este ataque nocturno, abandonaron cobardemente aquella fortaleza. La tropa y oficiales que la guarnecian anduvieron errantes por los bosques inmediatos; mas fueron perseguidos, descubiertos y aprehendidos al dia siguiente, incluso el mismo Zuazola.

Aterrado este con la memoria de sus crueldades y de los crímenes de lesa-humanidad que habia cometido contra los patriotas, propuso á Bolívar ser canjeado por el coronel Diego Talon, que se hallaba preso en Puertocabello desde el tiempo de la tiranía de Monteverde. Bolívar aceptó la propuesta y la hizo al general español, añadiendo que canjearia otros cuatro prisioneros realistas. Don Juan Nepomuceno Quero, mayor general de Monteverde, contestó: — « El señor capitan general, cuya humanidad ha sido bien conocida en Venezuela, se halla horrorizado de las crueldades cometidas contra los Europeos por don Simon Bolívar; por tanto se ve en la dura necesidad de valerse de la recíproca, y ha resuelto que por cada uno que en lo sucesivo sea sacrificado ahí, lo hará con dos de los que se hallan en estas prisiones, y por ningun caso accede á dar á Talon por Zuazola; y sí canjear persona por persona de igual carácter. » — Bolívar no accedió á esta proposicion, y la mandó contestar al mayor general Rafael Urdaneta. El oficio era fuerte, conteniendo duras recriminaciones sobre los excesos cometidos por Monteverde en el tiempo de su mando contra una capitulacion expresa. « Si el intruso ex-gobernador Monteverde está pronto, decia, á sacrificar dos Americanos por cada Español ó Canário, el Libertador de Venezuela está pronto á sacrificar seis mil Españoles y Canários que tiene en su poder por la primera víctima americana. »

Así terminó la negociacion del canje de Zuazola, á quien Monteverde abandonó á la dura suerte que merecian sus crímenes, mirándolo con la mas fria indiferencia. Fué, pues, ahorcado en la plaza de Puertocabello á la vista de los sitiados, y pasados por las armas los cuatro Españoles sus compañeros. El jefe realista hizo tambien morir conforme á su amenaza á un número doble de los prisioneros que gemian en las bóvedas de la plaza. No eran estos prisioneros de guerra, sino patriotas de los que fueron presos violando la capitulacion de San Mateo, y que indebidamente se mantenian en las prisiones.

Sin embargo del mal éxito de la negociacion, deseoso Bolívar de economizar la sangre humana y de libertar á sus compatriotas que gemian en las bóvedas, envió á Puertocabello en clase de comisionados al presbítero don Salvador García de Ortigosa y á don Francisco González de Lináres. Propuso por su medio un canje de los presos de una y otra parte, ofreciendo á Monteverde que pondria en libertad dos Europeos por cada Americano, con tal que entre estos fuese comprendido el coronel don Diego Talon. La contestacion fué, que Monteverde entregaria los Americanos presos en el castillo de San Felipe por todos los Europeos y Canários que lo estaban en los países ocupados por Bolívar. Este aceptó el canje, sin embargo de la inmensa desproporcion que habia entre los realistas y los republicanos; mas puso la condicion precisa de libertar á Talon, á lo que se denegó Monteverde, quedando así rota la negociacion. Instigado el jefe realista de Puertocabello por sus miserables satélites, maltrató á Ortigosa, poniéndole en prision, y dejó de aumentar su ejército con tantos Europeos y Canários como habria libertado por medio del canje. Los abandonó tambien á su suerte con la mas fria y criminal indiferencia, dejándolos entregados al furor de los independientes, que él mismo habia irritado con los excesos de su administracion. No se puede hallar razon bastante para colorir tan bárbara conducta, pues en aquella crítica situacion era ridículo el puntillo de no tratar con los insurgentes.

Aun despues de esta negativa, Bolívar, deseoso de economizar la sangre humana, y de no verse en la triste necesidad de sacrificar á tantas víctimas, renovó por dos veces la solicitud de canje, sin que jamas pudiera conseguirlo de Monteverde. Este,

por tanto, fué responsable de la sangre humana que se derramára algunos meses despues.

Las noticias que de varios puntos recibió Bolívar en aquellas circunstancias, contribuyeron á exasperar mas los ánimos entre los partidos contendores de realistas é independientes. Por todas partes comenzaban los primeros á levantar la cabeza, á formar partidas de guerrilla y á hostilizar de mil maneras al gobierno republicano y á los patriotas. En el occidente de la provincia de Carácas, en los valles del Tuy, en Barínas y en los Llanos bajos de oriente, aparecia de nuevo la guerra con caractéres harto formidables. Esto obligó á Bolívar á dar una proclama (setiembre 6), conminando con la pena de muerte á los Americanos traidores que se unieran á los realistas para turbar el órden y la tranquilidad pública, conforme estaba sucediendo. En dicho decreto se declaraba tambien, que para juzgar y ejecutar á los que ántes habian sido traidores á su patria, bastarian sospechas vehementes. Esta proclama, segun verémos, no produjo el efecto deseado.

Desde el mismo campo de Puertocabello acordó Bolívar otro decreto demasiado severo : tal fué, el que impuso la pena de ser pasados por las armas á todos los que defraudáran de cualquier modo la renta del tabaco. Los juicios eran sumarios, y la misma pena de muerte debia imponerse á los jueces encargados de aplicar la ley, á quienes se probára haber mitigado la pena por connivencia, parcialidad ó por otra cualquiera causa. Esta ley de sangre no honra los talentos legislativos del general Bolívar, aun cuando se aleguen las circunstancias difíciles en que se hallaba, rodeado de enemigos y arruinadas las rentas públicas.

Entre tanto continuaba el sitio de Puertocabello sin que hubiera suceso alguno notable. Los sitiadores erigian baterías y montaban cañones en los fuertes que habian tomado. Con estos y con ataques verdaderos ó fingidos molestaban á los realistas, que hacian tambien á los patriotas todo el daño posible con los fuegos del castillo, con los de sus baterías y buques de guerra. Una bala de cañon quitó la vida al comandante de artillería Francisco Tinoco, oficial que fué muy sentido por los patriotas. Mas cuando las cosas se hallaban en una situacion bastante favorable á estos, un grave incidente vino á frustrar sus esperanzas de rendir á Puertocabello, é inutilizó los sacrificios que ha-

bian hecho para conseguir tan importante objeto. Las fiebres y la insalubridad del clima habian sido en poco tiempo mas funestas á los republicanos que el cañon enemigo.

Hacía algun tiempo que por cartas interceptadas de España se anunciaba una expedicion destinada á la Costa-Firme, cuyos gastos habian suministrado los comerciantes de Cádiz, deseosos de restablecer el monopolio que les era tan lucrativo en Venezuela. Arribó, en efecto, al puerto de la Guáira (setiembre 13), compuesta de la fragata *Venganza*, de 40 cañones, de una goleta de guerra y de seis buques de transporte : conducian el regimiento de Granada, que tenia mil doscientos hombres mandados por el coronel don José Miguel Salomon. Era comandante de la Guáira el coronel Leandro Palácios, y á la primera noticia que se tuvo en Carácas, voló allá el general Ríbas. Enarbolóse en todas partes el pabellon español y se hizo creer á los jefes de la expedicion que la plaza estaba aun sujeta al dominio del rey; así no dudaron fondear, y desembarcó el segundo de la expedicion don Ignacio Delvalle Marimon con quince granaderos y toda la correspondencia. Parece que en breve descubrieron ó maliciaron la red que se les habia tendido, porque invitados á comer en tierra el primer comandante y varios oficiales, lo rehusaron bajo de frívolos pretextos. Marimon, sospechando tambien que lo engañaban, por algun aviso ó señal amiga que recibiera, trató de regresar á bordo de la escuadra con sus quince granaderos. Trabóse entónces una lucha harto desigual, en que combatieron valerosamente los Españoles : muertos diez, Marimon rindió las armas con los cinco compañeros que le quedaban. Descubierto el ardid, los buques españoles picaron sus anclas y se hicieron á la vela en el momento. Nada valió el vivo fuego que les hicieron las baterías de la Guáira, porque se escaparon sin mayor daño, y el 16 de setiembre arribaron á Puertocabello.

Impuesto de este acontecimiento el general en jefe del ejército sitiador, consideró que sin embargo de no temer que los Españoles pudieran romper su línea, era fácil que penetrasen al interior si lo intentaban, bien por el rio Tocuyo, bien por cualquier otro punto de la costa indefensa, en cuyo caso podrian causar muchos males. Por tanto, siendo mas interesante defender las provincias que mantener el sitio de una plaza, Bolívar resolvió levantar el de Puertocabello, y establecer su

cuartel general en Valencia, desde donde podia defender el interior, y batir al enemigo si salia á campaña. Se propuso atraerle hácia las llanuras, donde la caballería pudiera suplir la desventaja del número, y combatir ambos sin artillería.

Despues de anunciar su resolucion á los soldados granadinos y venezolanos por una proclama en que manifestaba la mayor seguridad en el buen éxito final de la campaña, levantó el sitio en la noche del 17 de setiembre, sin tener la menor molestia de parte de los realistas, que no se atrevieron á salir de la plaza. Situado Bolívar en Valencia, mandó reunir sus tropas de todas partes, con el objeto de concentrarlas y asegurar mejor el resultado de las operaciones que meditaba. « Ha llegado el momento, decia al congreso de las Provincias Unidas, de los sacrificios, pues la suerte ha presentado á los Americanos la última prueba que va á sellar, ó su eterna ignorancia y esclavitud, ó su gloria y libertad duradera. »

El mismo dia que arribára á Puertocabello la expedicion española, consiguieron los republicanos al mando de García de Sena una ventaja importante : derrotaron en los Cerrítos-Bláncos, cerca de Barquisimeto, á mil hombres que el Indio Réyes Várgas, el padre Torréllas, Acevedo y Quintero habian conseguido reunir á nombre del rey de España : así por aquella parte se alejó por algun tiempo el peligro; aunque los partidarios realistas, auxiliados por el gobierno de Coro, no dejaron las armas, ni de proseguir sus dañados intentos contra los patriotas. En el canton de San Cárlos, el coronel republicano José Antonio Yáñez batió otra guerrilla, y se dirigió al Pao en busca de una tercera. La division patriota, mandada por el mayor D'Eluyar, derrotó completamente en los mismos dias á los realistas amotinados en Nirgua.

Para conjurar la tempestad que se iba formando, Bolívar, despues de su retirada á Valencia, se dedicó á mejorar la salud de sus tropas, enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puertocabello. Publicó tambien un manifiesto á las naciones del mundo (setiembre 20). Hacía en este una reseña lacónica de la invasion de Monteverde á Venezuela, de la capitulacion de la Victoria ó San Mateo, y de su violacion escandalosa; de las prisiones, secuestros de bienes y horrible opresion de los patriotas; de las matanzas y asesinatos cometidos por los Españoles europeos y los Canários en las personas de los inde-

pendientes; en fin, de la triste necesidad en que se habia visto de declarar y hacer la guerra á muerte. Recorriendo los fundamentos que tuvo para publicar declaratoria tan terrible como inusitada, decia : « Ellos pueden reducirse á pocos artículos : la escandalosa infraccion de la capitulacion de San Mateo; las muertes perpetradas en toda la provincia, en prisioneros de guerra, en rendidos, desarmados, labradores, vecinos pacíficos y en aprisionados en las cárceles; el trato inhumano, ignominioso, cruel y grosero dado á personas notables y condecoradas; la ocupacion de las haciendas y bienes; robos consentidos y autorizados; despojo de los empleos que ocupaban los Americanos sin causa ni proceso; sufrimiento de tantas familias desoladas; desamparos, tristeza y llanto de las mujeres mas principales de los pueblos, que vagaban por las calles expuestas á la deshonesta insolencia y bárbaro tratamiento de los Canários, curros, marineros y soldados. »

Poco ántes de esta publicacion habia dirigido el gobernador ingles de la isla de Curazao, Mr J. Hodgson, una carta á Bolívar, interesándose por la vida de los Españoles y Canários que se hallaban confinados en las prisiones de Carácas y la Guáira, y solicitando que se les concediera pasaporte para salir fuera del país. « Los valerosos, concluía, son siempre misericordiosos. » Bolívar respondió poco despues, en 2 de octubre, á esta carta, con otra especie de manifiesto, recapitulando con mucho calor y elocuencia, aunque nos parece que con exageracion, todos los hechos de los Españoles contra los habitantes de la América, remontándose hasta la conquista, y posteriormente desde la ocupacion de Venezuela por Monteverde; hechos que ya hemos referido. Añadia haber perdonado á muchos Españoles y Canários, que inmediatamente le habian hecho revoluciones en los valles del Tuy, Tacatá y otros puntos; que tampoco podia dar pasaporte á los que tenia presos, porque regresarian en breve á encender la guerra civil; pues aun desde las mismas prisiones tramaban proyectos subversivos. Terminaba esta célebre carta con el siguiente pasaje : « V. E. no se ha engañado en suponerme sentimientos compasivos; los mismos caracterizan á todos mis compatriotas. Podríamos ser indulgentes con los Cáfres del África; pero los tiranos españoles, contra los mas poderosos sentimientos del corazon, nos fuerzan á las represalias. La justicia americana sabrá siempre, sin embargo, distinguir al ino-

cente del culpable; y V. E. puede contar que estos serán tratados con la humanidad que es debida aun á la nacion española.» Este documento pinta con los mas vivos colores la exaltada irritacion que tenian los ánimos desde el principio de la guerra á muerte.

No era menor la que iba desplegando el partido realista. Ya hemos visto los cuerpos de tropas que combatian ó habian sido derrotados al occidente de la provincia de Carácas. Dispersados en un punto, era de esperarse que de nuevo se reunirian en otro. Á estas guerrillas debemos añadir otras, que levantaban la cabeza en la provincia de Mérida, hácia los confines de la Nueva Granada. En Bailadóres, los realistas pidieron auxilio á Maracáibo, de donde Miyáres les envió un destacamento á cargo de don Aniceto Matute, quien se apoderó de aquel pueblo sorprendiendo á sesenta hombres que lo guarnecian; todos, ménos seis, fueron degollados. El mayor Francisco de P. Santander marchó contra esta guerrilla y la dispersó en Lomapelada; mas no fué destruida, pues apareció de nuevo reforzada con la de Ildefonso Cásas. Entónces quedaron cortadas enteramente las comunicaciones de Bolívar con la Nueva Granada, y expuestos los valles de Cúcuta á las incursiones de las mencionadas guerrillas. La comision del congreso granadino, que por estas novedades no habia podido seguir á Venezuela, viéndose expuesta, regresó á Pamplona. Poco despues volvió á Tunja, porque auxiliados Matute y Cásas con un cuadro de doscientos soldados veteranos de Maracáibo, al mando del capitan de cazadores de Puerto-Rico don Bartolomé Lizon, invadieron los valles de Cúcuta, triunfaron en Carrillo y desolaron el país haciendo la guerra á muerte.

Casi todos estos combates se daban en los primeros veinte dias de setiembre, de modo que apénas habia pasado mes y medio despues de la entrada triunfante de Bolívar en Carácas, cuando ya se presentaba una reaccion formidable. Los pueblos que habian recibido á los patriotas como á sus libertadores se volvian contra ellos: unos seducidos nuevamente por los Españoles y Canários; é irritados otros con la guerra á muerte, con los reclutamientos, con la destruccion y exacciones forzadas de propiedades, que con poca medida y ningun órden hacian los republicanos, imitando á los realistas en la época ominosa de Monteverde. Así aumentaban el incendio, los asesinatos y los

demas horrores de la guerra civil. El país sufria sobre manera de un estado semejante, y la desolacion, la muerte y el desórden extendian rápidamente su funesto imperio en Venezuela.

Las intrigas y seduccion de los realistas habian conseguido ofuscar la razon de muchos pueblos, haciéndoles pelear contra sus compatriotas en favor de sus antiguos opresores. Este mal se aumentó sobre manera despues del arribo á Puertocabello del regimiento español de Granada. Los realistas hacian subir su fuerza á un triple número de la que tenia. Circulaban tambien otra multitud de patrañas para alucinar á los pueblos; una de ellas, que el coronel Antoñánzas volvia á la cabeza de cuatro mil hombres para ocupar los valles del Tuy y concurrir á la destruccion de las tropas de Bolívar.

En dichos valles no se habia conseguido restablecer la paz y tranquilidad; tampoco en los Llanos de oriente. La discordia civil los agitaba con violencia, y las teas incendiarias prendian por do quiera. Los negros esclavos amotinados y otra multitud que los seguian por el incentivo de la licencia mas desenfrenada, del robo y del saqueo de las haciendas, se habian reunido nuevamente despues de la rota de San Casimiro. El 10 de setiembre los batió segunda vez en Camatagua el comandante Francisco Montilla. Pero tales derrotas, que se pintaban como una pacificacion completa, solo eran dispersiones de atropamientos armados, que iban á reunirse en otros puntos para continuar esa guerra de exterminio que desoló aquellos hermosos valles. Aquí apareció y se hizo temible el Español Francisco Rosete, quien era un miserable pulpero en el pueblo de Taguai, de donde lo sacó Antoñánzas en tiempo de Monteverde, haciéndole teniente justicia mayor de Camatagua. Distinguióse desde entónces en perseguir á los patriotas y en robar descaradamente sus bienes. Á la entrada de Bolívar huyó á lo interior de los Llanos, de donde regresára al Tuy. Unido allí á los esclavos y á otros malvados feroces, hicieron á los patriotas una guerra desoladora, matando á cuantos caían en sus manos, robando y destruyendo sus bienes, é incendiando las casas de campo y las poblaciones indefensas. Todo esto lo ejecutaban á nombre de la religion y del rey, que condenaban, segun el lenguaje realista, á los malvados é impíos insurgentes. Tambien apoyaban tamaños desmanes en la guerra á muerte que habian declarado los patriotas y que hacian á los Españoles y Canários, apoderándose igual-

mente de sus bienes. Exaltándose de esta manera cada dia mas y mas las pasiones, é irritándose los partidos, multitud de hombres, tanto realistas como republicanos, corrian á las armas para vengar las muertes de sus padres, parientes, amigos y bienhechores, ó para indemnizarlos por medio de confiscaciones y saqueos de los bienes que se les habian quitado con violencia.

Ninguno de tales focos de insurreccion causaba al general Bolívar tan serios cuidados como el de los Llanos. Capitaneaban allí la contrarevolucion Bóves y Moráles, que despues adquirieron tanta celebridad. Ya dimos á conocer el orígen y condicion de Moráles. Don José Tomas Rodríguez era natural de Jijon en Astúrias, y en clase de pilotin se trasladó á vivir en Venezuela. Por haber cometido algunos actos de piratería, fué condenado á ocho años de presidio en Puertocabello. La intercesion y relaciones de unos comerciantes españoles de la Guáira, de apellido Bóves, consiguieron que dicha pena se le conmutára en una confinacion á Calabozo, donde por algun tiempo se dedicára á tendero de mercerías. Avergonzado con la pena que se le habia impuesto bajo el apellido de *Rodríguez*, lo cambió en el de *Bóves* como por gratitud á sus benefactores. Habiendo roto la revolucion, Bóves siguió al principio su partido con bastante calor; pero reducido á prision por un juez que pretendia despojarle de sus bienes, se le condenó como á desafecto á servir de soldado raso en el ejército. Aun estaba en la cárcel de Calabozo, cuando Antoñánzas ocupó la villa. Sacóle de allí, ardiendo en ira y deseoso de vengar la injuria que se le habia irrogado. Desde entónces abrazó la carrera militar, dedicándose á reunir los llaneros que conocia bastantemente y á formar la caballería realista. Ya hemos visto que sirvió y estuvo en San Juan de los Mórros, en Aragua y en otros puntos, desplegando su innata crueldad.

Prevalidos Bóves y Moráles de la declaracion de guerra á muerte que habian hecho los patriotas, soltaron la rienda á su natural ferocidad. Aseguran que el primero mataba y destruía á cuanto se le oponia, sin mostrar complacencia; por el contrario, Moráles tenia placer en mirar cómo espiraban sus víctimas. Este era avaro, y reunia los despojos para aprovecharse de ellos; Bóves, despreciando todo lo que no fuera las armas, abandonaba al soldado el provecho del botin. Ambos eran va-

lientes, impetuosos é infatigables, sin carecer de la astucia necesaria para la guerra.

Bóves y Moráles solo eran capitanes cuando el mariscal de campo Cajigal los dejó en las cercanías del Orinoco, dándoles algunos elementos militares para formar un cuerpo franco. Desde entónces obraron con absoluta independencia, colocándose Bóves en el primer lugar y concediendo el segundo á Moráles. Ambos tuvieron el mérito de haber sido acaso los primeros realistas que conocieron todo el partido que se podia sacar de los habitantes de los llanos, cuyo carácter hemos descrito con sus rasgos mas generales en el capítulo 1° (1). El llanero no tenia disciplina alguna, y montado á caballo en una silla cubierta de cuero crudo que casi nada costaba, sus armas eran una lanza ó una espada, y algunas veces un trabuco ó una carabina. Su vestido se componia de un calzon corto que le llegaba apénas á la rodilla, de una camisa ancha y suelta que le cubria hasta la mitad del muslo, y de un sombrero redondo de grandes alas, que por lo comun era de paja.

La manera con que Bóves reclutaba sus tropas cuando ya tuvo algun influjo, fué tan sencilla como el arreo de sus jinetes. Luego que llegaba á un pueblo ó caserío, su primer paso era publicar un bando, para que todos los hombres útiles y capaces de tomar las armas se alistáran bajo el estandarte real, conminándolos con pena de la vida si no lo ejecutaban. Cumplia exactamente sus amenazas y hacía matar á cuantos no le obedecian. De los hombres de cada poblacion ó parroquia formaba un escuadron, sin cuidarse de cuál fuera su número, al que daba el nombre del mismo pueblo, y así introducia la emulacion entre sus diferentes escuadrones. Esta caballería no recibia mas disciplina que la de marchar sobre el enemigo y acometer con denuedo é impavidez. Como en aquel tiempo abundaban tanto los caballos y ganados en las llanuras de Venezuela, Bóves los tomaba de donde los habia á nombre del rey, y todo lo demas que necesitaba sin pagarlo; pues nada era capaz de contener ni arredrar su fiera energía, como tampoco la de su segundo Moráles.

El Canário don José Yáñez desplegaba igualmente en San Fernando de Apure un carácter semejante para reunir á los

(1) Véase la nota 12ª.

llaneros. Valiente, activo y astuto, él se aprovechaba de todos los medios para aumentar el ejército real, sin hacer caso de su moralidad ó inmoralidad. Ya habia conseguido elevar á quinientos hombres un batallon de infantería, al que puso el nombre de Numancia; así como formar dos regimientos de caballería, de á cuatro escuadrones, que ascendian á mil hombres poco mas ó ménos. Yáñez, sin embargo, no podia abrir la campaña sobre la provincia de Barínas, segun meditaba, porque sus llanuras estaban inundadas y le era imposible atravesarlas. Bóves y Yáñez nunca pensaron reunirse, como parecia natural, para asegurar el buen éxito de la campaña: cada uno queria obrar independientemente y á su antojo en el teatro que escogiera. El de Bóves eran los Llanos de Calabozo y demas de la provincia de Carácas, y el de Yáñez los de la provincia de Barínas.

Dijimos ántes que Bolívar destinó al teniente coronel Tomas Montilla con seiscientos infantes para combatir á Bóves. Habiendo reunido el primero algunos jinetes, dominaba las llanuras de Calabozo, auxiliado en la misma empresa por el teniente coronel Cárlos Padron. Bóves, que tenia ya mas de ochocientos hombres, entre ellos sesenta Europeos, acechaba el momento favorable para caer sobre su enemigo. Dispuso, pues, marchar secretamente para sorprender á los comandantes Montilla y Padron, que se hallaban situados en Calabozo con cerca de mil hombres de todas armas, y con alguna artillería. Montilla, luego que supo que los realistas andaban por el camino que conduce del Calvario á Calabozo, dispuso que saliera á batirlos el teniente coronel Padron con la mayor parte de la fuerza. Bóves conoció inmediatamente la marcha de Padron y que estaba acampado cerca del caño de Santa Catalina, á tres leguas de distancia (setiembre 20). Temiendo que Padron supiera el lugar en que él se hallaba, por tres oficiales españoles que se le habian desertado, se puso en movimiento á las nueve de la noche. Á las dos de la mañana del 21 sorprendió á la division republicana, que destrozó é hizo prisionera en su mayor parte; ménos la caballería, que cometió la infamia de pasarse al enemigo. Al siguiente dia Bóves ocupó tambien á Calabozo, de donde huyó Montilla, tomando los almacenes, municiones y demas que allí tenian los patriotas. En ambos puntos degolló á estos sin darles cuartel, saqueando la poblacion. Montilla y

Padron escaparon hácia la villa de Cura con pocos soldados. Esta derrota hizo perder á los independientes todo el llano bajo, que Bóves consiguió dominar completamente.

Tan funestas noticias se recibieron en el cuartel general de Valencia, cuando Bolívar estaba lleno de cuidados por una invasion de Monteverde. Viéndose este libre del ejército sitiador, dispuso salir hácia el interior con todas sus fuerzas disponibles, que ascendian á mil seiscientos hombres de tropas excelentes. Si este cuerpo hubiera marchado reunido y á las órdenes de un oficial activo é inteligente, acaso habria reconquistado el país; pero Monteverde manifestó la mayor ineptitud. El primer error capital que cometiera, fué dividir sus fuerzas (setiembre 25), enviando primero la vanguardia compuesta de quinientos á seiscientos hombres, mandados por el capitan de fragata don Remigio Bobadilla. Este cuerpo tenia órdenes de no comprometer accion con las tropas del general Bolívar; mas desobedeciéndola, se avanzó hasta las cercanías de Naguanagua, tomando posiciones en las alturas de Bárbula, que pertenecen al ramal de los montes de Guataparo, uno de los dos que encierran la llanura de Valencia. El resto de las tropas se dirigió por el camino de Aguacaliente á las órdenes inmediatas del mismo Monteverde, quien hizo alto en las Trinchéras, donde fortaleció su campo; así entre los dos cuerpos realistas habia la distancia de dos leguas. No pudiendo comprender Bolívar cual sería el plan del enemigo, estuvo cuatro dias vacilante temiendo alguna celada. Mas persuadido al fin de que ninguna se encubria, dispuso atacar el 30 de setiembre la vanguardia española con tres columnas, que mandaban Girardot, D'Eluyar y Urdaneta. Treparon estas con un valor admirable las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, y consiguieron envolverle y arrojarle de aquellas cimas con fuga precipitada, sufriendo una pérdida considerable de muertos y prisioneros. Los patriotas, sin embargo, tuvieron que llorar la muerte del intrépido coronel Atanasio Girardot: al llegar con sus tropas á la altura ocupada por los realistas, una bala de fusil le atravesó la frente y le hizo morir. Era natural de Antióquia en la Nueva Granada, y desde el principio de la guerra de la Independencia se habia distinguido en los campos de Palacé, y cubierto de gloria en la campaña de Venezuela. Bolívar expidió una ley en aquella misma fecha, declarando el 30 de setiembre un dia aciago; mandó vestir luto

por un mes á todos los Venezolanos, y que el corazon de Girardot se llevára en triunfo á Carácas, para colocarlo en un mausoleo que se erigiria en la catedral. Sus huesos debian trasladarse á Antióquia, su patria; el cuarto batallon de línea que mandaba, llamarse *Girardot;* su nombre inscribirse en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la patria; y finalmente, su familia disfrutar por toda su posteridad del sueldo que gozaba el coronel Girardot. El luto, la traslacion en triunfo del corazon á Carácas y su depósito en la catedral, fueron los únicos actos que se realizaron de esta pomposa ley, que se llamó *de reconocimiento nacional.*

Despues de la accion de Bárbula, Monteverde aun tenia mas de mil hombres en la posicion de las Trinchéras, que los Españoles llamaron de *Aguacaliente.* Las tropas granadinas pidieron á Bolívar que las destinára en cuerpo á vengar sobre el enemigo la muerte de su ilustre compatriota. Bolívar exaltó aun mas tan noble sentimiento; y uniendo á los Granadinos un cuerpo venezolano hasta completar mil hombres, los puso bajo la direccion del coronel D'Eluyar, amigo íntimo y compañero de armas de Girardot. Aquel forzó los atrincheramientos enemigos (octubre 3), y puso en fuga la division de Monteverde, que salió herido en la cara. Aseguran los autores realistas, que la mayor parte de las tropas pelearon flojamente, y que algunos oficiales en número de sesenta abandonaron sus puestos y huyeron hácia Puertocabello. Monteverde tuvo que encerrarse de nuevo en la plaza, despues de haber hecho pérdidas considerables en una invasion tan mal conducida como aquella. En consecuencia la discordia se introdujo entre el capitan general y el coronel Salomon : el primero dejó el mando para curarse de su herida, é interinamente se confirió al segundo en una junta reunida al efecto, que no se arregló á cumplir lo que disponia la Ordenanza española acerca de la sucesion de mandos. Seguidamente se restableció el sitio de Puertocabello, confiriéndose el gobierno de las tropas que formaban la línea al teniente coronel D'Eluyar.

Bolívar, deseoso de premiar el mérito de los jefes y oficiales que con tanto celo y valor le habian seguido en la campaña contra las tropas españolas, les dió un ascenso; recompensa bien merecida, y que debia estimularlos. Dispuso tambien un

nuevo plan de operaciones para combatir á los realistas. Urdaneta, ascendido ya á brigadier, obtuvo el mando del occidente, adonde marchó con setecientos infantes y un escuadron. Tenia órdenes para agregar á sus fuerzas los cuerpos de milicias de San Cárlos y la columna mandada por García de Sena, que se hallaba de guarnicion en Barquisimeto. El teniente coronel Campo Elías fué destinado con mil fusileros hácia la villa de Cura, previniéndole que reuniera varios cuerpos de caballería en San Sebastian, Chaguarámas y otras parroquias, á fin de atacar á Bóves y á Moráles, que cada dia engrosaban sus fuerzas en Calabozo y se hacian mas temibles. El 10 de octubre se puso en marcha esta division.

Dadas tales providencias militares, Bolívar dispuso que el corazon de Girardot fuese conducido en triunfo á Carácas, conforme lo habia decretado por una ley. Queria con esta solemnidad excitar el entusiasmo de sus jefes, oficiales y soldados, manifestándoles cuánto honraba el valor y las demas virtudes militares. Él mismo se adelantó á la capital con su estado mayor y un séquito lucido de oficiales. Su entrada en Carácas fué triunfante, recibiéndole las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, lo mismo que el pueblo, con el mayor alborozo, por las ventajas que habia obtenido contra la expedicion venida de España, las que se juzgaban victorias completas. Al siguiente dia fué la entrada triunfal del corazon de Girardot. Lo recibieron el arzobispo con todo su clero, Bolívar y su oficialidad, junto con las autoridades y vecinos principales de la capital. La carrera estaba adornada con arcos de triunfo y con la asistencia de un pueblo numeroso. Colocóse la urna en un túmulo erigido al efecto en la catedral, y en los dias siguientes se hicieron á Girardot obsequios fúnebres muy solemnes.

Este viaje fúnebre-triunfal fué criticado severamente por un autor contemporáneo (1), como opuesto á los usos y costumbres de los habitantes de la América meridional, y como una imitacion de las farsas de la Francia republicana. « Estas procesiones, decia, con corazones en urnas, esos entierros á la heróica de Venezuela, y las fiestas cívicas de Buenos Aires, son cosas tan ajenas de las costumbres y opiniones de todos los países en que se habla español, que aunque produzcan un alboroto que los

(1) El célebre D. José María Blanco White, en su periódico *El Español*.

inventores toman por entusiasmo, solo contribuyen á disgustar á la gente sensata del país. » Talesreflexiones nos parecen dignas de conservarse para curar la manía de muchos, que aun subsiste, por las fiestas y solemnidades de las antiguas Repúblicas. Tambien se criticó en aquel tiempo el viaje de Bolívar á Carácas, cuando Bóves se hallaba triunfante en los Llanos, como originado de una vanidad pueril; mas no fué este el motivo. Ausente de la capital cerca de dos meses, la guerra habia impedido en gran parte que dictára providencias administrativas muy necesarias para aumentar y sostener el ejército, proporcionándole fondos y los demas recursos que tanto alivian y mejoran la condicion del soldado. En este cargo nos parece completamente justificado Bolívar; pero en cuanto al triunfo y demas relativo al corazon y honores decretados á Girardot, los creemos excesivos y verdaderamente románticos.

Terminadas las solemnidades consagradas á la memoria de Girardot (octubre 14), se reunieron el gobernador político de la provincia de Carácas doctor Cristóval Mendoza, la municipalidad, el director general de rentas, los corregidores de la ciudad y el prior del consulado. El gobernador propuso á la asamblea que discutiera y acordára la demostracion particular que se hallaba en el caso de tributar al general del ejército libertador, ciudadano Simon Bolívar, á nombre del pueblo de Venezuela, por las victorias que últimamente habia conseguido sobre las huestes españolas, que traían la opresion y la esclavitud de la patria. Discutida la materia, acordó la asamblea aclamar solemnemente al brigadier de la Union, ciudadano Simon Bolívar, — « capitan general de los ejércitos de Venezuela, vivo y efectivo, con todas las prerogativas y preeminencias correspondientes á este grado militar. » Aclamóle tambien con el título de *Libertador de Venezuela*, para que usára de él como de un don que consagraba la patria agradecida á un hijo tan benemérito; finalmente, resolvió la asamblea que en las portadas de todas las municipalidades se pusiera con caractéres bien inteligibles esta inscripcion : — « *Bolívar, Libertador de Venezuela.* »

Presentado al general Bolívar este acuerdo, aceptó con reconocimiento tan honrosos títulos que le daban sus compatriotas, expresando que el congreso de la Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los que verdaderamente los merecian. Para extender semejantes honores á los jefes, oficiales y soldados del

ejército, instituyó la órden militar de los *Libertadores* (octubre 22). Su divisa era una estrella de siete radios con esta inscripcion : — *Libertador de Venezuela,* y al reverso el nombre del individuo á quien se conferia. Tal venera debia ser el distintivo de todos aquellos que por una serie no interrumpida de victorias habian conseguido el renombre de *Libertadores.* «Estos, decia el decreto, serán considerados por la República y por el gobierno de ella como los bienhechores de la patria; tendrán siempre un derecho incontestable á militar bajo las banderas nacionales; en concurrencia con persona de igual mérito, serán preferidos; no podrán ser suspendidos, y mucho ménos despojados de sus empleos, grados ó medallas, sin un convencimiento de traicion á la República, ó algun acto de cobardía ó deshonor.» Dicho decreto se mantuvo en fuerza y vigor por todo el tiempo de la guerra de la Independencia, durante la cual muchos militares beneméritos obtuvieron la medalla honrosa de *Libertadores.*

Bolívar dió aquel decreto para premiar con distinciones honoríficas los hechos militares de sus compañeros de armas, y excitar el entusiasmo del ejército. Cada dia necesitaba mas de él, porque la guerra, á pesar de sus victorias, tomaba un terrible carácter, y los pueblos se conmovian por todas partes á favor de los Españoles.

El 14 de octubre, en que se conferian á Bolívar nuevos honores por sus compatriotas, se daba una reñida batalla en el sitio llamado el *Mosquitero,* cerca de la Puerta, entre Bóves y Campo Elías. Este, que no cedia al primero en vigor de alma y en actividad, habia conseguido reunir á sus mil infantes, mil y quinientos hombres de caballería de Chaguarámas y de otros puntos : contaba entre ellos cuatrocientos jinetes de Maturin, dirigidos por los comandantes José María Tórres, José María Amaya y Manuel Cedeño, capitan entónces. El sarjento mayor Miguel Ustáriz mandaba la infantería. Bóves tenia dos mil caballos y quinientos peones regidos por Moráles. Confiando ambos jefes en el valor y decision de sus tropas, ninguno rehuyó el combate. Trabóse con encarnizamiento (octubre 14), y Bóves consiguió al principio envolver y hacer mucho daño á la izquierda de los patriotas, cargando sobre ella gran número de sus caballos. Estos se empeñaron en la persecucion con demasiado ardor; y entónces Campo Elías, sin desconcertarse, cayó

con el resto de sus fuerzas sobre la infantería y caballería de Bóves. La arremetida fué violenta y nada pudo resistir : en quince minutos la caballería fué dispersada y muerta en gran parte, y la infantería degollada casi en su totalidad. Perecieron de los realistas mas de ochocientos hombres, pues Campo Elías no dió cuartel ni perdonó á los prisioneros. Tuvieron la misma suerte muchos de los jinetes de Bóves que se habian empeñado en la persecucion del ala izquierda derrotada. Creyendo ganada la batalla tornaron al campo, donde fueron lanceados. Los demas huyeron oportunamente hácia las riberas del Apure. Tomaron la misma ruta Bóves y Moráles, herido este de gravedad, y acompañado solo por diez y siete hombres de caballería. Acogiéronse al pueblo del Guayabal, situado á la embocadura del rio Guárico, en la márgen izquierda del Apure.

La conducta sanguinaria del Español Campo Elías en la batalla del Mosquitero fué excesivamente perjudicial á la causa de los republicanos. Impuestos los llaneros de que no se les habia dado cuartel, se decidieron por el partido real, y se aumentó su irritacion al saber que Campo Elías, á su entrada en Calabozo, habia marchitado la gloria de su triunfo sacrificando á varios Americanos indefensos, violando así lo que se ofreciera en la proclama de Trujillo y en otros documentos solemnes. Desde entónces Bóves tuvo en los llaneros soldados valientes que buscaban en él un jefe que los condujera á la venganza. Estando inundadas aun las llanuras, Campo Elías se descuidó en perseguir á Bóves hasta el Guayabal. Dedicóse allí en silencio el intrépido Asturiano á juntar de nuevo hombres y caballos, á fabricar lanzas arrancando algunas ventanas de hierro que habia en el pueblo, y á recoger otras armas. Hizo tambien que Moráles, luego que estuvo restablecido algun tanto de sus heridas, siguiera á Guayana á pedir auxilios.

Miéntras la victoria coronaba á los patriotas en los Llanos de oriente, la fortuna les era adversa en el ocaso, donde los realistas obtenian ventajas. A consecuencia del arribo á Puertocabello del regimiento español de Granada, se avivaron las esperanzas de los adictos al gobierno español, pues Monteverde y sus partidarios figuraban y hacian correr la voz de que era un ejército auxiliar que iba á reconquistar el país. Queriendo por su parte concurrir al mismo objeto, el coronel don José Cebállos, gobernador de Coro, reuniendo cuantas fuerzas disponibles

habia en la provincia de su mando, partió el 24 de setiembre con trescientos cincuenta hombres de infantería y caballería, para invadir el occidente de Venezuela por Siquisique y Carora. Habiéndosele agregado el padre Torréllas y otros partidarios, atacó en Bobare, pueblo del partido de Barquisimeto, el 17 de octubre, una columna republicana que regía el comandante Juan Manuel Aldao : consiguió batirla, perdiendo esta un cañon y algun armamento junto con varios muertos y prisioneros.

Los dispersos en el combate de Bobare se reunieron en Orachiche, lugar distante de Barquisimeto como ocho leguas : allí se juntaron con doscientos cincuenta hombres del batallon de Valencia, que venía por San Felipe á las órdenes del teniente coronel Miguel Valdes. Estas fuerzas unidas se dirigieron á Yaritagua. Impuesto el coronel Cebállos que al mismo tiempo habian llegado á Sarare trescientos hombres de caballería, resolvió atacar á los independientes ántes que uniéndose fueran superiores en número. Marchó, pues, hácia Yaritagua, adonde llegó á la una del dia 23 de octubre : halló á los patriotas en posesion del pueblo y de sus alturas inmediatas, que son excelentes posiciones (octubre 23). Los atacó en ellas, y despues de un combate bastante reñido, consiguió desalojarlos á las tres de la tarde y apoderarse de las alturas. Acercóse entónces á la poblacion con algunos cazadores y una partida de caballería : hallando á los patriotas formados en cuadro en la plaza, fingió que huía para que abandonáran el pueblo. En efecto le persiguieron, y habiéndolos cargado nuevamente fuera del lugar, la victoria se decidió por Cebállos. En su parte dijo que los insurgentes habian tenido mas de ciento veinte y seis muertos, entre ellos el teniente coronel Aldao y algunos otros jefes y oficiales : tambien que se apoderó de muchos prisioneros, armamento y pertrechos. Despues de esta ventaja, Cebállos contramarchó á Barquisimeto, en tanto que Valdes, con los restos de su columna, se dirigia por el camino de San Felipe hácia Valencia.

Cuando ocurrian tales sucesos, el brigadier Urdaneta con sus setecientos hombres habia llegado al Gamelotal, en la falda de la montaña del Altar que mira á Barquisimeto. Vió, pues, que no debia contar con las fuerzas que habian escapado de la rota de Yaritagua, las que seguian otro camino. Tambien le hacía falta un cuerpo de San Cárlos que se hallaba obrando hácia las llanuras, y que por tanto no podia reunírsele. Conceptuando

que sus tropas no eran bastantes para empeñar una accion con las de Ceballos, determinó permanecer en el Gamelotal miéntras daba parte de todo lo ocurrido al Libertador. Instruido este de tales sucesos desgraciados, salió precipitadamente de Carácas en los primeros dias de noviembre, y aprobando la conducta de Urdaneta, dispuso que aguardase los refuerzos que envió adelante y otros que él mismo llevaria. Así consiguió elevar la fuerza de Urdaneta á mil trescientos hombres, con los cuales se puso en marcha para atacar á Cebállos. Deseoso de venir cuanto ántes á las manos con el enemigo, no quiso aguardar Bolívar otros cuerpos que le seguian, especialmente el escuadron de Soberbios Dragones mandado por el coronel Luis Ríbas Dávila. Cebállos tenia en Barquisimeto cosa de quinientos infantes y trescientos caballos escasos, y era su artillería un pedrero y una pieza de á cuatro que debia oponer á dos del mismo calibre que traían los independientes (1). Estos se pusieron en marcha el 10 de noviembre, y desde temprano ocuparon el pueblo de Cabudare. Divididas y ordenadas allí las tropas en tres columnas, mandadas, el ala derecha por el coronel Florencio Palácios, el centro por el teniente coronel José Rodríguez, y la izquierda por el coronel Ducailá, Santiago Mancebo dirigia la artillería, y Fernando Guzman los jinetes.

Como la ciudad de Barquisimeto se halla situada en una mesa alta, el enemigo habia ocupado hácia la parte oriental el sitio llamado el *Campamento*, donde existia una gran casa, apostando allí su infantería apoyada por los dos cañones, cuyos fuegos dominaban el camino principal. Entre este punto y las primeras casas de la poblacion estaba formada la caballería, dirigida en persona por Cebállos. Tenian, pues, los patriotas que pasar bajo los fuegos de los realistas, si tomaban el camino principal. Para evitar Bolívar este grave inconveniente, dispuso seguir la vereda de Tierrablanca, que desde Cabudare se dirige al camino de Santa Rosa, por el cual podia subir á la mesa que sirve de área á Barquisimeto.

Dispuesto así el ataque, se principió la accion á las diez de la mañana (noviembre 10), cargando los doscientos jinetes de los patriotas á la caballería realista. No pudo esta resistir el choque, y cediendo el campo se dispersó en gran parte. La in-

(1) Véase la nota 13a.

fantería comenzó tambien á plegar, de modo que los independientes ocuparon entónces parte de la ciudad, donde repicaron las campanas y se entregaron á otras demostraciones de júbilo, creyendo que nuestros infantes habrian derrotado igualmente á los de Cebállos. Mas habiendo conseguido este reunir alguna caballería de la dispersa, atacó de repente por la espalda á los cazadores republicanos. Oyóse entónces un malhadado toque de retirada y la funesta voz de : — *Sálvese quien pueda.* Los cuerpos fueron envueltos al comenzar el repliegue, sin que Bolívar, Urdaneta y los demas jefes pudieran contenerlos. Al regresar nuestra caballería victoriosa, quedó sorprendida cuando vió la derrota de la infantería. Sin embargo, empeñó de nuevo el combate; mas no consiguió restablecer la pelea, y tuvo que seguir en desórden la fuga de los infantes por el mismo camino en donde principiára la batalla. Su éxito fué muy funesto á los patriotas, que, segun los realistas, perdieron trescientos cincuenta muertos, entre ellos diez y ocho oficiales, cuatrocientos prisioneros, contando con trece oficiales y muchos dispersos. Se apoderaron tambien de dos piezas de á cuatro con sus municiones, de tres banderas, seiscientos fusiles y gran número de cartuchos.

Hubiera sido mayor la pérdida de los republicanos, si no hubieran tenido la fortuna de que en el rio Cabudare encontraron al escuadron de Ríbas Dávila; estos dragones contuvieron con mucho valor á los realistas, y desde aquel punto cubrieron la retirada. Las reliquias de la division llegaron por la noche á la entrada de la montaña del Altar, sin que Cebállos hubiera contínuado la persecucion. Bolívar siguió á San Cárlos y Valencia á juntar y hacer mover nuevas tropas. Urdaneta quedó encargado de reunir los dispersos y de situarse en la villa de San Cárlos. Entre los fugitivos cayó poco despues en poder de los realistas el secretario del Libertador, Antonio Rafael Mendiri, que fué hecho prisionero en Orachiche. Conducido á Puertocabello estuvo preso algun tiempo, y al fin lo pasaron por las armas.

Aunque Cebállos, lento por naturaleza, no hubiera perseguido á los derrotados patriotas, el desastre de Barquisimeto fué muy funesto á la República, tanto por la pérdida efectiva de oficiales, hombres y elementos militares que hizo en él, como porque puso en comunicacion á los vencedores con las tropas del Español Yáñez.

Dejamos á este en San Fernando ocupado en organizar y disciplinar el batallon Numancia y dos regimientos de caballería. Consiguiólo, y despues de vestir su tropa, recibió de Guayana algunas armas y municiones: determinó entónces obrar activamente contra los republicanos, sin esperar que las llanuras secáran. Como tenia fuerzas sutiles armadas en guerra, fué su primera empresa ocupar la importante isla de Acháguas, para lo cual se puso en movimiento el 29 de setiembre. Despues de vencer muy graves dificultades y de dar un combate reñido, los independientes abandonaron aquella isla. En seguida se apoderó Yáñez de Bancolargo, de Nútrias, del Mijagual, de la Cruz y de otros lugares de la provincia de Barínas, de donde se fueron retirando sucesivamente los patriotas, por ser inferiores en número á la division realista. Yáñez se dirigió entónces contra Barínas, que abandonaron el gobernador y el comandante militar coronel Pedro Briceño Pumar. Retiróse este con algunos pelotones de caballería á San Cárlos, y la ciudad quedó desierta, porque casi todos los vecinos emigraron, temiendo las crueldades con que Yáñez marcaba su pasaje por do quiera, haciendo la guerra á muerte. En Barínas se apoderó el 2 de noviembre de la artillería y de otros varios elementos militares, que los patriotas no pudieron salvar. Inmediatamente avanzó tropas hasta Guanare al mando del capitan don Antonio Puig, amenazando así al corazon de la provincia de Carácas. En dicha ciudad fué aprehendido su comandante militar Juan Gabriel Liendo, á quien hicieron morir dividido en pequeños trozos á presencia de los feroces Españoles. Tales ejecuciones llenaron de espanto á la provincia de Barínas; perdida enteramente por los republicanos, se dedicó Yáñez á organizarla, en tanto que combinaba sus ulteriores operaciones con Cebállos, á quien dirigió inmediatamente comunicaciones. Propuso este que reunieran sus fuerzas en Sarare, para dar un golpe decisivo á los insurgentes ocupando á San Cárlos, pues sus llanuras eran á propósito para obrar muy bien la caballería; que reunidos podrian introducir víveres en Puertocabello, cuya guarnicion sufria ya bastante escasez; en fin, que á la vez protegerian la salida de ochocientos á mil hombres del regimiento de Granada, que no podian cooperar por falta de caballería. Este plan se adoptó por Yáñez.

Fué tambien de la aprobacion del capitan general interino coronel Salomon, á quien instó Cebállos con excelentes razones

que saliera de la plaza y que tomára el camino de San Felipe y Nirgua, para que se juntáran, ya en San Cárlos, si despues de la reunion con Yáñez conseguian apoderarse de esta villa, ó ya en Barquisimeto. Salomon, que tenia mil setecientos hombres, escogió ochocientos de Granada y doscientos Venezolanos con dos piezas de á cuatro y dos de montaña, y salió de Puertocabello (noviembre 16). Pero en vez de seguir la ruta de San Felipe, donde Cebállos habia preparado víveres y una columna auxiliar de doscientos hombres regidos por don Antonio Millet, tomó el camino de la cumbre de Patanemo. Era su proyecto salir á Guacara y apoderarse de los valles de Aragua, ó por lo ménos llamar la atencion de los patriotas, á fin de que no pudiesen dirigirse contra las demas tropas realistas que obraban por el interior. Situóse Salomon en las alturas de Vijirima, sobre el camino de Carácas á Valencia. Las tropas granadinas al mando del comandante D'Eluyar, que estaban acampadas en Naguanagua, marcharon hácia el valle de la Yagua, que queda á la falda del Vijirima : allí permanecieron en observacion miéntras llegaban algunos otros cuerpos.

Afortunadamente Bolívar estaba en Valencia, donde obraba activamente para reunir sus fuerzas contra Cebállos. Á las primeras noticias de la marcha de Salomon dispuso, que el mariscal de campo José Felix Ríbas volase desde Carácas con todas las tropas que le fuera posible reunir. En efecto, llegó con quinientos hombres de infantería, compuesta en gran parte de los estudiantes de la Universidad, y doscientos caballos del cuerpo de agricultores. Bolívar marchó tambien á la llanura con algunas fuerzas que organizaba en Valencia el coronel Manuel Villapol. El 23 de noviembre fueron atacadas las posiciones enemigas bajo el mando inmediato de Bolívar y por los jefes Ríbas y D'Eluyar. Acometió este por la izquierda, dirigiéndose hácia la cúspide del alto cerro ocupado por los realistas : tocó á Ríbas el ataque por el centro ó frente. En efecto, D'Eluyar con los Granadinos trepa una larga cuesta, y se traba la pelea, creyendo que al mismo tiempo sostenian el empuje los soldados que mandaba Ríbas. Mas siendo estos bisoños, y no acostumbrados á oir el estruendo del cañon, se intimidan y bajan en desórden, dejando comprometidos á los Granadinos, que despues de combatir valerosamente mas de seis horas, tuvieron que retirarse. Bolívar y Ríbas consiguieron por la tarde

reunir los dispersos. Atropellaron estos al teniente coronel Villapol, que se desriscó. Túvosele por muerto hasta el segundo dia, en que se le halló moribundo en una quebrada y se le pudo salvar la vida. Combatióse tambien al siguiente sin resultado definitivo. El 25 se renovó el ataque, y los Españoles fueron desalojados de sus posiciones, especialmente por el valor y arrojo del comandante D'Eluyar y de los Granadinos que mandaba. Salomon tuvo que emprender su retirada aquella misma noche y encerrarse de nuevo en Puertocabello, perdiendo cuatro cañones, las municiones, los víveres y algunos oficiales y soldados. Los patriotas sufrieron tambien bastante pérdida en los reñidos ataques de aquellas cimas escarpadas. No pudo ser mas feliz para los republicanos la resolucion que tomára Salomon de obrar independientemente de los demas cuerpos realistas. Si se hubiera unido con Cebállos y con Yáñez, segun se lo proponian, difícilmente habrian podido resistir las tropas de Bolívar.

El Libertador marchó aceleradamente desde Vijirima al cuartel general de Valencia, donde formaba el ejército que debia obrar al occidente. En cumplimiento de sus órdenes, Campo Elías se avanzaba hácia San Cárlos con una fuerte division, despues de dejar guarnecida á Calabozo con mil hombres al mando del teniente coronel Pedro Aldao, destinados á reprimir cualquier movimiento de Bóves. Estas providencias, ejecutadas con la actividad que entónces caracterizaba á Bolívar, produjeron todo su efecto, pues el 26 de noviembre marchó él mismo á San Cárlos, donde vió reunidos cerca de tres mil soldados.

El 1° de diciembre pasó revista al ejército, que tomó el camino de Barquisimeto, creyendo que allí estaria Cebállos; mas sabiendo que habia pasado por Sarare para reunirse con Yáñez en Araure, cambió el Libertador su plan y siguió la ruta de este último punto, dejando en Comoruco dos cuerpos de caballería que asegurasen las comunicaciones con San Cárlos. Esta precaucion era necesaria porque el país entero se habia sublevado á favor del rey, y los patriotas ni aun podian hacer el espionaje, pues no tenian de quién valerse; así era que toda persona que se encontraba fuera de las filas podia ser reputada como enemiga. En aquellos alrededores se habia hecho célebre la guerrilla de Cárlos Blanco, que en este año y en el siguiente tuvo en contínua zozobra á los habitantes de San Cárlos. Los patriotas, despues de pasar el

rio Cojédes, acamparon el 4 de diciembre al frente de Araure en la llanura. Creían que los realistas ocupaban el mismo pueblo, y sus fuerzas consistian en cerca de tres mil quinientos hombres, entre los cuales se contaban mil cuatrocientos de caballería.

La villa de Araure está situada en una suave planicie que se va elevando hasta un puesto mas alto, que llaman la *Galera.* Esta era la posicion del campo de Cebállos, que dominaba las estancias del Libertador. Desde la Galera arranca otra llanura mas elevada, que se extiende hasta las Vegas del rio Acarigua. Cuando amaneció el 5 de diciembre, los enemigos habian desaparecido, porque tomaron posiciones un poco distantes á la entrada de la montaña de Acarigua, cubierta su espalda y alas con el bosque : en el frente habia una laguna que impedia el que nuestros infantes acometieran por aquella parte. Sostenian tambien á los realistas diez piezas de artillería. En tan buena posicion ocultaba Cebállos sus tropas y tenia segura la retirada.

La vanguardia republicana, compuesta del batallon de Valerosos Cazadores mandado por el teniente coronel Manuel Manrique, se adelantó bastante á las otras divisiones del ejército de Bolívar, para reconocer la situacion y fuerzas de los realistas. La descubierta empeñó temerariamente la accion, haciendo fuego á los enemigos; y cuando el batallon de Valerosos Cazadores se avanzaba sin bastante precaucion para sostenerla, de repente fué flanqueado y cortado por mil jinetes. Ademas sufria el fuego de la artillería é infantería enemigas. Todo el batallon de quinientos hombres pereció combatiendo valerosamente por su pàtria. Solo escaparon Manrique y seis oficiales que tenian buenos caballos.

Á los primeros tiros que se oyeron del cañon realista, las divisiones del Libertador aceleraron su marcha; pero la desgracia estaba consumada. Por fortuna Cebállos no era un hombre audaz, y dió tiempo á Bolívar para formar sus divisiones en línea de batalla, en el mismo lugar en que habian perecido los Cazadores. El coronel Villapol ocupó la derecha, el coronel Palácios el centro, y Campo Elías la izquierda. La caballería estaba á los costados y en la reserva.

Nuestra infantería rompió el fuego con la mayor impavidez á pesar de que sufria repetidas descargas de artillería, y atacó la línea española con admirable órden, sin embargo del terrible con-

traste de que habia sido víctima la vanguardia. Despues de cambiar unas pocas descargas, el enemigo se vió acometido á la bayoneta. Queriendo envolver á nuestros infantes con sus prolongadas alas de caballería, cedió un poco una parte de la nuestra, que era bisoña; pero el escuadron de Soberbios Dragones que custodiaba al general, se avanza, sorprende á los llaneros en un movimiento de flanco, los acuchilla y hace huir. Vivamente perseguida la caballería de los realistas, se dispersa y deja abandonada la infantería. Con esta falta la línea española fué rota y destruido el ejército enemigo en poco tiempo. Los Españoles achacaron esta desgracia al poco valor que manifestó aquel dia la caballería de Yáñez; y aun se atribuyó á este flojedad en la pelea. Quinientos realistas quedaron tendidos y muertos, entre ellos algunos oficiales de graduacion, como el segundo jefe don Miguel Correa. Se les hicieron trescientos prisioneros, y se tomaron diez cañones, mas de mil fusiles, municiones y otros varios efectos, inclusas cinco banderas. Durante la pelea se encendió con los tacos de los cañones la paja alta de la sabána en que se combatia, y algunos jefes realistas atribuyeron á este incendio la fuga de sus jinetes; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que muchos de los heridos murieron quemados por el fuego que consumió la paja de aquel funesto campo de muerte.

Los restos de la infantería realista se acogieron al bosque del Acarigua, donde se les persiguió aquella misma tarde, consiguiendo dispersarlos y coger por la noche en la Aparicion de la Corteza, donde estaba situado el cuartel general, como seiscientos infantes que seguian aquel camino ménos frecuentado. Muchos Españoles y Canários, entre ellos algunos de los que ántes habian sido perdonados, cayeron entónces prisioneros de los patriotas irritados; á ninguno se le dió cuartel.

Cebállos y Yáñez huyeron por Guanare á Nútrias. Yáñez se embarcó para San Fernando con doscientos ó trescientos hombres de su division que pudo reunir; Cebállos para Guayana siguiéndole varios oficiales. Así fué que no hubo jefe alguno que se pusiera á la cabeza de los dispersos realistas que huyeron hácia el occidente. Cerca de ochocientos de infantería y caballería se reunieron en el Tocuyo y Siquisique.

Entre las banderas cogidas estaba la del batallon Numancia. Dióla Bolívar á un cuerpo de infantería formado con los fugitivos y dispersos en la accion de Barquisimeto. No habia querido

conferir á este cuerpo nombre ni bandera, diciendo á los soldados, que en la primera batalla debian ganar ambas cosas por su buen comportamiento. Efectivamente hizo prodigios de valor aquel dia este batallon, y obtuvo el glorioso nombre de *Vencedor de Araure.*

Disperso ó destruido en su mayor parte el ejército de Cebállos, que amenazaba la existencia misma de la República, el Libertador dictó las providencias convenientes para ocupar á Barínas, donde mandaba el Catalan don Antonio Puig. Este huyó á unirse con Yáñez en San Fernando, aterrado por las crueldades enormes y matanzas que habia cometido en aquella desgraciada provincia. El teniente coronel García de Sena le sucedió. El brigadier Urdaneta obtuvo el mando del occidente desde San Cárlos hasta los confines de la Nueva Granada. Tenia el encargo de pacificar el país y atacar en seguida á Coro, donde se creía no existir fuerza alguna.

Bolívar, despues de dar sus disposiciones para la pacificacion del occidente, incluyendo á Trujillo y Mérida, provincias que tambien se hallaban plagadas de guerrillas realistas, marchó rápidamente á Puertocabello, cuya línea mandaba siempre el comandante D'Eluyar. La ocasion de hacer progresos en el sitio era muy favorable : la fragata *Venganza* y demas buques de guerra habian seguido á la Habana desde noviembre por falta de medios para sostenerlos. Por igual motivo y para unirse con los cuerpos de Cebállos y de Yáñez, que le habian llamado con urgencia, determinó el coronel Salomon, de acuerdo con Monteverde, hacer otra nueva salida de la plaza con mil cien de tropa y doscientos aventureros : dejó una guarnicion de seiscientos hombres. Verificóse la marcha el 5 de diciembre, tomando el camino del Palito, Moron, Canoabo y Montalvan, en cuyo pueblo dispersó á trescientos patriotas. Allí supo la derrota de Araure, y se dirigió á Nirgua primero, de donde retrocedió á San Felipe, con el fin, segun decia, de adquirir noticias de Cebállos. Despues se avanzó hasta Orachiche; mas sabiendo que los patriotas reunian fuerzas considerables para atacar su division á la que faltaba caballería, no se atrevió á seguir á Barquisimeto, que ocupaba el coronel Villapol. Incierto y temeroso el coronel Salomon, retrocedió nuevamente á tomar la direccion de San Miguel del rio Tocuyo, perdiendo en los combates que diera á los patriotas en esta ciudad, en Cuara, los Aserra-

déros y Guama dos cañones, fusiles y algunos muertos. Era su objeto, conforme á lo que oficialmente dijo al gobernador de Coro, salir á Siquisique; pero en vez de tomar la ruta de Aroa, Sigua y Moroturo, donde no habrian encontrado impedimento alguno, siguió el camino de la costa por Salsipuédes y otros lugares pestíferos. La tropa, que carecia de víveres y de caballerías, fué atacada inmediatamente por fiebres y otras enfermedades terribles, viéndose el jefe en la triste necesidad de abandonar á su suerte en aquellos lugares á los Españoles europeos enfermos, cuya muerte era segura. Desde la boca del Tocuyo, Salomon, para completar sus desaciertos, no se atrevió á internarse, temiendo á los patriotas reunidos en Barquisimeto, y siguió á Coro por el camino insalubre de la costa. Fueron tantos los sufrimientos por el hambre, las enfermedades y otros muchos azares que tuvo la division española, que, segun la confesion de los mismos realistas, apénas llegó á Coro con cuatrocientos soldados enfermos y desnudos (1).

Fué muy triste el papel que hizo el regimiento de Granada, todo compuesto de Españoles en la guerra de la Independencia de Venezuela. Los hijos del país lo batieron en las fuertes posiciones de Bárbula y las Trinchéras ó Aguacaliente, cuando estaba íntegro. Lo mismo sucedió en Vijirima por una division, compuesta en gran parte de estudiantes y agricultores de Carácas, estimulados por el valor y disciplina de las tropas granadinas de la Union. Aquel regimiento hizo otras pequeñas salidas en que tuvo igual suerte. Por fin pereció en su mayor parte, sacrificada por la ineptitud de sus jefes, huyendo por la costa que yace á poniente y á sotavento de Puertocabello, de esos patriotas que los Españoles llamaban *cobardes*. Decidan los hombres imparciales, si estos hechos, y otros muchos que se pueden recordar, no prueban que los Americanos, si no excedian á los Españoles europeos, que tanto los despreciaban, en valor y fuerza de alma, por lo ménos de ningun modo les eran inferiores.

Entre tanto el sitio de Puertocabello se activaba con la presencia de Bolívar, sin que los realistas pudieran hacer ninguna salida por la diminucion de sus fuerzas. Por mar se impedia tambien toda comunicacion, pues Mariño, rindiéndose á las repetidas instancias del Libertador, habia enviado su escuadrilla

(1) Véase la nota 14ª.

á las órdenes de Piar. Con este oportuno auxilio se consiguió reducir la plaza á la mayor escasez.

Pero de ningun modo se pudo persuadir al jefe supremo de oriente que hiciera marchar sus tropas para contribuir á la tranquilidad de los Llanos de Calabozo y de los Bajos de Barínas, que se extienden hasta San Fernando, donde nuevamente se hallaba asilado Yáñez. Mariño, sin cuidado alguno desde la toma de Barcelona, porque el país permanecia tranquilo, pudo y debió hacer lo que se le pedia con tanto ahinco y necesidad por el Libertador. Pero zelos de mando y una funesta rivalidad impidieron á Mariño el que cooperase á esta medida de vital importancia; operacion que exigian el patriotismo y la política: la República tuvo que deplorar amargamente los resultados de la ambicion poco previsiva del jefe supremo de oriente.

Tan grave falta y la que cometiera el jefe de la division republicana de Calabozo, teniente coronel Pedro Aldao, dejando tranquilo á Bóves en sus guaridas del Guayabal, sin causarle molestia alguna en cerca de dos meses, tuvieron los mas deplorables resultados. Segun hemos indicado ántes, aquel hombre infatigable, de una alma enérgica y de un corazon de bronce, aprovechó el tiempo que sus contrarios dejaban correr lastimosamente en la inaccion. Entónces fué que en 1° de noviembre publicó Bóves la terrible circular en que mandaba reclutar á todos los hombres útiles para el servicio militar; en que ordenaba perseguir y matar á todos los traidores, es decir, á los patriotas; y en que, finalmente, disponia que los bienes de los insurgentes fuesen repartidos á los soldados del rey, ofreciéndoles tambien los demas premios á que se hicieran acreedores (1). Por otra circular ofreció la libertad á todos los esclavos que tomáran las armas á favor del rey. Los autores realistas que tratan de los sucesos de la guerra de la Independencia de Venezuela, condenaron justamente el célebre contrato de Antonio Nicolas Briceño; mas no se ruborizan de elogiar como un acto de sublime heroísmo y fidelidad á Fernando VII la furibunda circular de Bóves, dictada cuando regía ó debia regir la constitucion española de las Córtes de Cádiz. Mas justos nosotros, condenamos una y otra como delitos de lesa-humanidad y horrendos crímenes de exaltadas y vengativas pasiones.

(1) Véase la nota 15ª.

Erigidos los oscuros oficiales de Bóves en dueños absolutos de las vidas y haciendas de cuantos quisieron bautizar con el nombre de patriotas, desplegaron una terrible actividad. Por do quiera encontraron la mas pronta y eficaz cooperacion. De una parte los llaneros eran inclinados á la guerra por sus antiguas habitudes pastoriles, que habian formado en ellos un carácter indómito; de otra se hallaban profundamente resentidos por la matanza que Campo Elías habia hecho en sus compañeros, y deseaban tomar una sangrienta venganza; de otra, en fin, los estimulaba la esperanza del robo, del saqueo y de la licencia que les ofrecia Bóves para cometer todo linaje de excesos. Desde léjos veían y devoraban de antemano las riquezas de Valencia, de los valles de Aragua y de Carácas. Incitados por tales deseos, estuvieron prontos á marchar contra los traidores insurgentes, á quienes se les pintaba como enemigos de Dios y del rey. En medio de tantos criminales estímulos el fanatismo contribuía tambien á elevar el grito de guerra que llamaba á las armas á los llaneros. Siendo casi todos ellos Indios, zambos, negros y mulatos, Bóves habia desencadenado la ínfima clase de la sociedad contra la que poseía las riquezas del país. Las razas blanca, negra y bronceada iban á darse un combate de destruccion y muerte en las llanuras y en las montañas de Venezuela.

Por medio de incentivos tan poderosos como temibles y de aquestos elementos, Bóves consiguió hacer un atropamiento de mas de tres mil jinetes, provistos abundantemente de caballos aun de remuda. Ya estaba en marcha hácia Calabozo con tan formidable hueste (diciembre 13), cuando se le reunió Moráles. Conducia de Guayana cinco oficiales y cien soldados veteranos armados, trescientos fusiles mas, un cañon, cien mil cartuchos, pólvora y plomo. En toda aquella turba feroz solo habia ciento sesenta Europeos y cosa de ciento cincuenta infantes.

Aldao, valiente y decidido, no se retira, segun debia hacerlo y conforme era de su deber. En el paso del rio Guárico, nombrado San Márcos, aguarda impávido á Bóves el 14 de diciembre. Mas poco puede resistir á aquella muchedumbre de caballos. En breve la division republicana es envuelta, y degollada casi en su totalidad, incluso el comandante Aldao : allí perecieron tambien los oficiales benémeritos Rafael Castillo y Cárlos Padron con otros muchos, pues ni Bóves ni sus tropas dieron cuartel. La crueldad de Campo Elías en el Mosquitero produjo la san-

grienta retaliacion del campo de San Márcos, y la guerra de exterminio tomó un carácter aun mas espantoso, si esto era posible.

No restando en los Llanos tropas que pudieran oponerse á Bóves, este ocupó á Calabozo, donde continuó la matanza principiada en San Márcos, no perdonando á patriota alguno, apoderándose de sus bienes, que repartia entre sus feroces soldados. Dominó en seguida todo el Llano-Bajo hasta el pueblo de Parapara, donde principian ya las colinas que elevándose sobre San Juan de los Mórros y villa de Cura, forman el recuesto meridional de la cordillera que se extiende por las costas de Venezuela hasta el golfo de Paria. En aquellas cercanías no podia obrar la caballería de Bóves tan bien como en el llano: necesitaba, pues, de infantería, para emprender ulteriores operaciones, y se dedicó á formarla.

En el intermedio, los valles del Tuy, aunque no pacificados del todo, eran mantenidos en respeto por las tropas republicanas estacionadas en Capaya y otros puntos. En la provincia de Barcelona el padre Márquez, que habia adquirido alguna celebridad al tiempo de la entrada de Monteverde, quiso turbar la tranquilidad pública empuñando de nuevo la espada en favor del rey; mas fué aprehendido y pasado por las armas con varios de sus cómplices, en castigo de la muerte que habia dado al oficial Piráces y á otros patriotas.

Por este mismo tiempo los realistas sitiados en Puertocabello sufrian mucho á causa de la grande escasez de alimentos de toda clase. Esto y los repetidos desaciertos del capitan general Monteverde tenia irritados á los partidarios del gobierno real, y destruida la confianza que en él ántes pusieran. Distinguíase en la desafeccion á Monteverde un cuerpo de voluntarios españoles que ayudaban á la defensa. Eran estos comerciantes y hacendados fieles á la causa del rey, los que por tal motivo querian dominar á las autoridades de la plaza, y que hicieran cuanto á ellos se les antojaba. Hallándose las cosas en tal situacion, Monteverde nombró para mandar un buque de guerra á don Jacinto Istueta. Los oficiales de la marina real no quisieron cumplir la órden, y en consecuencia los voluntarios europeos instalaron por sí mismos una junta popular. Esta mandó alzar los puentes levadizos, y depuso al comandante de Puertocabello don Joaquin Puélles, al del apostadero capitan de fragata don

Joaquin Cuévas y á los comandantes de cuatro bergantines de guerra, arrestándolos ademas en las bóvedas del castillo de San Felipe. El mismo capitan general fué tambien depuesto (diciembre 28), y obligado á salir en breve para Curazao, junto con los demas jefes arriba mencionados. Empero, á pesar de tales actos de anarquía, los patriotas no pudieron enseñorearse de Puertocabello, por el odio que les profesaban los Españoles que se revolucionaron. Don Jacinto Istueta fué nombrado por los mismos voluntarios comandante de la plaza, los que proveyeron á su defensa, tanto con sus personas, como con sus bienes. De esta manera terminó la carrera de Monteverde, que tuvo solo un brillo efímero. Desde Curazao se trasladó á España, donde Fernando VII le hizo brigadier de la real armada, confiriéndole la gran cruz de Isabel la Católica y la de caballero pensionado de la órden de Cárlos III. Tales fueron los premios concedidos por su alzamiento contra sus jefes, y por la opresion, injusticias y muertes cometidas contra los Venezolanos.

La revolucion hecha en Puertocabello por los voluntarios europeos, cuyo prurito era, segun decia el mismo capitan general depuesto, mandarlo todo y que las autoridades obráran conforme á sus caprichos, fué disimulada por el gobierno español y por sus agentes, que no podian castigarla. El brigadier Cebállos primero, y despues el brigadier Vázquez Téllez, fueron declarados capitanes generales y jefes políticos interinos de Venezuela. Mas el país se hallaba en tanta confusion, que su autoridad solamente era nominal.

Deseando remediar tantos males y desórdenes, la Regencia de Cádiz hizo en este año una variacion muy sustancial en el régimen político y militar de la Costa-Firme. Por reales órdenes de 19 de setiembre y 3 de octubre, recibidas al fin del año, reunió el mando político y militar del Nuevo Reino de Granada y el de las provincias de Venezuela en la persona del mariscal de campo don Francisco Montalvo, nombrándole jefe político en comision de Venezuela. Designó tambien en clase de segundo jefe político y bajo de sus órdenes inmediatas al mariscal de campo don Juan Manuel Cajigal, destinando á Guatemala al capitan general don Fernando Miyáres, que hasta entónces lo habia sido de Maracáibo: reunióse esta provincia á las demas de Venezuela, formando un solo gobierno superior. Encargóse

á dichos jefes que gobernáran conforme á la constitucion y leyes de la Monarquía española.

La nueva organizacion, dirigida á dar fuerza y vigor al gobierno real de la Costa-Firme, resultó muy defectuosa. Montalvo residia en Santamarta, de donde enviaba sus órdenes, que llegaban tarde á Venezuela y no eran obedecidas. Cajigal, su teniente en la capitanía general, era hombre viejo, débil y achacoso, tachado de cobarde por Bóves y sus compañeros de armas. Desde Guayana, donde nada hizo, se trasladó á Coro tocando en las Antillas.

Establecido en aquella ciudad, pretendió usar de su autoridad legal dirigiendo órdenes é instrucciones á los varios jefes de las tropas realistas; pero estos se burlaron de ellas, especialmente Bóves y Moráles, é hicieron cuanto les sugirió su codicia, su ferocidad y su ambicion, sacrificando por todas partes á los desgraciados pueblos. Cuando en España se proclamaban por do quiera la libertad, la igualdad y los grandes bienes que debia producir la constitucion española, en Venezuela nadie se acordaba de ella, y mil tigres feroces llamados oficiales de Fernando VII derramaban copiosamente la sangre humana sin respetar ley alguna.

En aquellos mismos dias los pueblos dominados por los patriotas eran harto desgraciados. Es cierto que mandando solo el general Bolívar habia unidad y mas órden en los diferentes ramos de la administracion pública, y todos los jefes militares le obedecian. Sin embargo, dividido el ejército republicano en tantas partidas y pequeñas divisiones, cualquiera oficial procedia arbitrariamente á disponer de los bienes de cuantos él denominaba realistas, á reducirlos á prision, á quitar la vida á los Españoles y Canários, y aun á los Venezolanos enemigos del nuevo sistema. Sería imposible describir todos los actos de crueldad cometidos por uno y otro bando en la guerra á muerte que desapiadadamente se hicieron en Venezuela, y que tantas lágrimas costó á aquel desgraciado país. Ninguno de los partidos contendores está de acuerdo en haber sido el agresor, y ambos achacan al otro indebidas retaliaciones. Pero, sin que nos ciegue la parcialidad, creemos por los hechos narrados ántes, que los Espanoles tuvieron la culpa de aquella violenta é inhumana medida.

Mas las consecuencias fueron deplorables aun para los mis-

mos patriotas. Emparentados los Españoles y Canários con multitud de familias en cada uno de los pueblos de Venezuela, y ligados á la tierra por otros mil lazos, la muerte violenta que se diera á muchos de ellos, fué una causa perenne de tumultos. Produjo tambien retaliaciones muy crueles de parte de Bóves, Moráles, Rosete y otros jefes españoles que tenian á los independientes por traidores, malvados é impíos, á quienes las leyes divinas y humanas imponian las penas de muerte y de infamia. Así, en aquella época luctuosa era harto difícil la posicion de los patriotas. Si no declaraban la guerra á muerte, se dejaban degollar impunemente por los realistas; si la declaraban, como lo hizo Bolívar, daban á la guerra un terrible carácter, exponiéndose á que se les tratára de crueles, perversos é inhumanos: epítetos con que los autores realistas caracterizaron al Libertador. Como somos interesados contra los Españoles en la gran cuestion de la Independencia, presentamos los hechos segun fueron, ó los hemos sabido, y dejarémos que la posteridad imparcial decida sobre la justicia, conveniencia ó necesidad de la guerra á muerte.

Uno de los primeros resultados de esta guerra deplorable y de la mala conducta de los Españoles y Canários, comprobada con multitud de hechos, fué la prision que decretó Bolívar, poco despues de su entrada en Venezuela, de casi todos ellos, y el embargo de sus bienes con algunas excepciones. La experiencia manifestó que en cualquier pueblo donde habia, aunque fuera un solo Español ó Cánario, este sublevaba por lo comun á sus moradores contra los patriotas. Con semejante conducta se aumentó la irritacion de los republicanos, que sacrificaron á varios de los presos, y confiscaron sus bienes como pertenecientes á enemigos declarados. En tal enemistad se fundaba la prision de casi todos ellos, para que encerrados no hicieran daño; y el secuestro de sus bienes en que no auxiliáran á los enemigos de la Independencia. Bolívar propuso repetidas veces á Monteverde que canjeáran á todos los Españoles y Canários por un corto número de patriotas que se hallaban presos en las bóvedas de Puertocabello, algunos desde que se infringió la capitulacion de San Mateo. El jefe español no accedió por una soberbia é insensata estupidez. Fué, pues, causa de todas las terribles consecuencias que se originaron de su negativa.

Al terminar este año fecundo en sucesos, apénas habian cor-

rido ocho meses despues que Bolívar dió libertad á la mayor parte de las provincias de Venezuela. Hemos visto habérsele recibido con el mas grande entusiasmo, y que en mucha parte los mismos pueblos auxiliados por un puñado de valientes Granadinos, le condujeron en triunfo hasta la capital de Carácas. Mas, ¿cuáles habian sido las causas para que desde las márgenes del Unare hasta el lago de Maracáibo, y desde el Orinoco y el Meta hasta las costas del Atlántico, la mayor parte de los pueblos hubieran tomado las armas y se degolláran unos á otros, acaso el mayor número en favor de un rey prisionero que no conocian? ¿Por qué los dulces nombres de independencia y libertad no inflamaban á todos los corazones venezolanos y hacian triunfar la sagrada causa de la patria? Aunque tan graves cuestiones sean muy difíciles de contestarse satisfactoriamente, nos parece que las antiguas y seculares habitudes creadas por el gobierno monárquico, bajo del cual Venezuela se habia poblado, crecido y héchose rica, oponian argumentos fundados en hechos incontestables entónces contra las teorías democráticas de los republicanos. Contribuía tambien el fanatismo religioso con una gran dósis á persuadir á las masas populares ignorantes, es decir, á las ocho décimas de la poblacion, que debian oponerse á la Independencia como herética é irreligiosa. Pero, sobre todo, estamos convencidos de que la guerra á muerte, las contribuciones extraordinarias y las conscripciones fueron los estímulos mas poderosos que levantaron á los pueblos de Venezuela contra los patriotas. Atribuíaseles todo el diluvio de males que habian caido sobre las desgraciadas provincias de la Costa-Firme, como las matanzas, las confiscaciones y esa inmensa destruccion de propiedades. Por mas que se trabajaba, no se podia convencer á los ignorantes habitadores de las provincias, que la independencia y libertad traerian despues los bienes, y que los males presentes nacian de la terquedad de los Españoles en sostener su antigua dominacion. Así fué que, á fines del año décimotercio, ningun patriota podia habitar en los campos, ni andar solo por los caminos. Era necesario vivir en las ciudades y lugares populosos ó marchar reunidos en cuerpos armados: hasta en los últimos ángulos de la República, con muy pocas excepciones, habia guerrillas de realistas que, empuñadas las armas, recorrian los caminos, las veredas, las llanuras y los montes para destruir á los insurgentes. ¡Deplorable y triste

situacion, que por todas partes multiplicaba los peligros, los cuidados y las atenciones de Bolívar! Mas su actividad prodigiosa, su energía y sus talentos privilegiados hacian que arrostrára impávido las arduas circunstancias y los peligros que le rodeaban por todas partes : él excogitaba medios para salir de aquel apuro, sin pararse en las dificultades de la ejecucion, pues se creía capaz de superarlas por sí ó por medio de sus fieles y activos subalternos.

Año de 1814. — Arrastrado como por un torrente por el encadenamiento de los sucesos y las circunstancias de la formidable guerra en que se hallaba empeñado, quiso Bolívar, al principiar el año cuarto de la República, apoyarse en la opinion de los pueblos, consultando la de sus conciudadanos. Mandó, pues, convocar para el 2 de enero en el convento de San Francisco á todos los empleados públicos de Carácas y á los padres de familia. Reunida la asamblea, que presidia el gobernador político de la provincia, ciudadano Cristóval Mendoza, el Libertador pronunció un discurso, en que rápidamente enumeraba lo que habia hecho para dar libertad á sus compatriotas y restablecer la República de Venezuela, auxiliado por el gobierno de la Union y por un puñado de valientes Granadinos. Dijo, que habia admitido el poder soberano para salvar la República de la anarquía, y destruir á sus tiranos, pero que él no era el soberano; que los representantes de la nacion debian hacer las leyes, y que anhelaba por el momento de trasmitir á estos el poder que ejercia, pues únicamente aspiraba al honor de continuar combatiendo á los enemigos de la patria. Anunció que los tres secretarios del despacho presentarian á la asamblea informes justificados sobre cada uno de los ramos de la administracion, por cuyos documentos se veria cómo habia usado del poder supremo, dirigiendo todos sus pasos, en cuanto habia sido posible, á la felicidad de los pueblos.

En seguida el secretario Antonio Muñoz Tébar leyó el informe sobre los negocios pertenecientes á relaciones exteriores y hacienda pública; él mismo leyó por el ciudadano Rafael Diego Mérida el que tocaba á gracia, justicia y policía; y el ciudadano Tomas Montilla concluyó leyendo el informe concerniente á los ramos de guerra y marina. Pidió entónces la palabra el gobernador Mendoza, que hizo grandes elogios de Bolívar, y terminó su discurso manifestando la opinion de que aun no era tiempo

de convocar á los representantes de los pueblos de Venezuela, ni de admitir la dimision que Bolívar hacía del mando; ántes por el contrario debia encargársele de nuevo : — « no perdiendo de vista, segun decia, la necesidad de establecer un gobierno, y de formar un cuerpo de nacion respetable, solo debemos por ahora encargar á este mismo jefe, cuya liberalidad de ideas, cuya actividad y pericia se ven tan acreditadas, que trabaje desde luego en la Union indisoluble de Venezuela occidental con su parte oriental y con todas las provincias libres de la Nueva Granada, á cuyo congreso general toca por naturaleza formar la nueva constitucion, manifestando con esta misma confianza nuestra gratitud al Libertador, á quien por el mismo pueblo doy las gracias. » Bolívar, en contestacion, elogió con entusiasmo á sus compañeros de armas, nombrando á los mas distinguidos, que dijo ser los verdaderos libertadores y los que reclamaban la gratitud nacional. — « Compatriotas, terminaba su discurso, yo no he venido á oprimiros con mis armas vencedoras; he venido á traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo es el que puede convenir jamas, sino temporáneamente, á la República. Un soldado feliz no adquiere ningun derecho para mandar á su patria : no es el árbitro de las leyes ni del gobierno, es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República, y su ambicion debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país. He defendido vigorosamente vuestros intereses en el campo del honor, y os protesto los sostendré hasta el último período de mi vida. Vuestra dignidad, vuestras glorias serán siempre caras á mi corazon; pero el peso de la autoridad me agobia. Yo os suplico me eximais de una carga superior á mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno justo; y contad con que las armas que han salvado la República protegerán siempre la libertad y la gloria nacional de Venezuela. »

Este discurso y los nobles sentimientos expresados en él, fueron recibidos con entusiasmo y aclamaciones por la asamblea. Despues habló el presidente de la municipalidad, ciudadano Juan Antonio Rodríguez Domínguez, y últimamente el ciudadano Domingo Alzuru, todos en el mismo sentido de que Bo-

lívar continuára en el mando sin restriccion alguna. Alzuru pronunció su discurso en medio del pueblo, manifestando ser aquel acto solemne una prueba decisiva del reconocimiento de la soberanía popular. Propuso en consecuencia, « que el ciudadano Simon Bolívar, Libertador de Venezuela, fuera proclamado Dictador, para que, constituyéndole su primer magistrado, saliera la República y el mismo Bolívar de la especie de dependencia con que obraba en calidad de comisionado del congreso de la Nueva Granada. » Una aclamacion general sancionó esta proposicion. El Libertador dió las gracias á sus conciudadanos, aceptó la autoridad que se le conferia, y ofreció que no abandonaria el timon del Estado, sino cuando la paz reinára en la República; que la voluntad del pueblo sería para él siempre la suprema ley, y la guia de su conducta; así como el objeto de sus conatos sería la libertad y la gloria de sus compatriotas.

Los informes de los secretarios de Estado que se leyeron, contenian las diferentes providencias que se habian dictado, á fin de crear rentas ó reunir fondos con que sostener los gastos de la guerra, establecer la administracion de justicia y conservar la tranquilidad : igualmente para levantar tropas que defendieran la República. Bien poco se podia adelantar en la hacienda y en la organizacion interior en medio de esa guerra cruel que por todas partes devoraba la sustancia de los pueblos, y cuando estos no respiraban mas que odios y venganzas.

Habia, sin embargo, en el informe del secretario de relaciones exteriores una idea muy importante. — Propuso acaloradamente la Union de Venezuela y de la Nueva Granada en un solo Estado, como único medio de arrojar á los Españoles de ambos países, de extinguir rivalidades, y de fomentar la grandeza nacional. Ya Bolívar habia hecho la propuesta de Union al congreso granadino, que sometió el punto á la consideracion de las Provincias Unidas. Fuera de esto, nada se adelantó en aquella época sobre tal negocio, porque las desgracias de Venezuela impidieron su continuacion. Mas debe tenerse presente que así esta como las demas proposiciones de Union emanaron siempre de parte de Venezuela ó de sus hijos, y que la Nueva Granada no se mostraba deseosa de la Union.

Algunos han criticado severamente el que Bolívar, desde su entrada en Carácas, no hubiese convocado los representantes de los pueblos, para que constituyeran el gobierno del Estado.

Pero no advierten que, rodeado de enemigos implacables que constantemente hicieron á los patriotas una guerra exterminadora, si no hubiera ejercido el poder supremo con mano fuerte y vigorosa, la existencia de la República de Venezuela habria sido aun mas efímera. Por otra parte, era imposible en aquella época elegir representantes, ocupados como se hallaban los pueblos en destruirse mutuamente, combatiendo ya por los republicanos, ya por los realistas, que iban adquiriendo mayores fuerzas cada dia.

La insureccion de los Llanos era la que daba mas cuidado al Libertador. Deseoso, pues, de ver si podia apaciguarla por medio del influjo poderoso de la religion cristiana, instó al reverendo arzobispo de Carácas, que fuese con otros eclesiásticos á pacificar las llanuras de Calabozo, usando de la persuasion evangélica. El arzobispo se puso en camino, y solo llegó hasta Valencia: era Español europeo; y aunque estemos persuadidos de su filantropía y amor á la humanidad, nos inclinamos á creer que él no debia amar la Independencia de Venezuela, que tanto iba á perjudicar los intereses de la madre patria. Los demas eclesiásticos se adelantaron hasta la villa de Cura, donde Bóves los redujo á prision, enviándolos despues á Guayana como reos de Estado. No quedó entónces á Bolívar otro recurso que el de las armas, para conjurar aquella tempestad que amenazaba sumir en un abismo á la República.

Con tal designio, despues que fué destruida la division de Aldao, el Libertador hizo organizar en Valencia otro cuerpo de poco mas de mil hombres, que debia aumentarse en el tránsito hasta mil quinientos. Púsolo bajo la direccion de Campo Elías, el vencedor en Mosquitero, quien marchó á situarse en la villa de Cura, una de las entradas principales del Llano-Bajo. Allí tenian los republicanos un excelente y numeroso parque para armar y municionar el ejército de Oriente, que debia conducir en persona el general Mariño á fin de auxiliar al Libertador.

¡ Vanas esperanzas por entónces! En lugar de obrar así Mariño, habia mandado retirar á su segundo Piar y á los bajeles de guerra que estrechaban por mar el bloqueo de Puertocabello, los que tenian reducida la plaza á la última extremidad. Alarmado Bolívar con tal noticia, llamó á Piar, y consiguió que suspendiera el cumplimiento de una órden tan perjudicial. Concurrió tambien á aumentar su disgusto el haber sabido que el

coronel Arrioja, dependiente de Mariño, se habia marchado de improviso con un cuerpo que mandaba en los revueltos valles del Tuy, enderezando su vuelta hácia Barcelona. Para remediar en lo posible los males que iban á originarse de tan extrañas como desacertadas providencias, dirigió á Mariño comisionados especiales encargados de entregarle un oficio, en que le demostraba con noble sencillez cuánta era la sorpresa que le habia causado su inesperada conducta. Tales pasos, que sin duda no eran patrióticos, nacian de que hasta entónces el Libertador no habia reconocido el mando supremo ni la autoridad independiente de Mariño. Temia Bolívar despedazar para siempre la unidad del gobierno de las provincias que componian la capitanía general de Venezuela, y consideraba esta unidad como la única tabla de salvacion para resistir á los Españoles, que se empeñaban con tanto ahinco en restablecer su antiguo y vacilante poder. Escogiendo, sin embargo, entre los males el menor, instruyó á sus comisionados para que hicieran sin tardanza el reconocimiento que deseaba el jefe supremo de Oriente. Consignóse en un tratado que ambas partes aprobáran, en el que se establecieron las modificaciones que exigian las circunstancias para vigorizar la defensa contra el enemigo comun. Fué solo entónces que Mariño dictó las providencias oportunas á fin de que se reuniera y marchára su ejército.

Era ya demasiado tarde para impedir males de gran monta que amenazaban al corazon de la provincia de Carácas, importante base de las operaciones del Libertador, y de donde casi exclusivamente sacaba todos sus recursos de hombres, armas, numerario, vituallas y lo demas que necesitaba para la guerra. El occidente de la provincia y los Llanos estaban perdidos, pues Bóves ocupaba los de Calabozo, segun hemos visto, con una hueste formidable de jinetes, unidos á unos pocos infantes. Ademas de estas fuerzas, se presentó en la arena el Canário Yáñez con dos mil hombres, la mayor parte de caballería : habia conseguido tambien reorganizar los batallones Sagunto y Numancia en San Fernando de Apure y en otros lugares inmediatos. Para abrir la campaña, Yáñez dividió sus fuerzas. Confió una parte al comandante Puig y al teniente coronel venezolano Remigio Rámos, los que se dirigieron hácia Nútrias y la capital de Barínas en el mes de diciembre último, favorecidos por la sequedad de todas las llanuras de Venezuela, y por

las fuerzas sutiles que dominaban el caudaloso Apure y los rios navegables que á él confluyen. El 4 de enero fué atacada Nútrias, cuyos defensores mandaba el capitan Francisco Conde, que resistió denodadamente á los realistas; sin embargo tuvo que retirarse á la ciudad de Barínas, por habérselo prevenido el gobernador y comandante de la provincia, García de Sena, salvando la guarnicion y cuanto pudo conducir. Superado aquel obstáculo, marcharon los jefes realistas (enero 10) sobre la capital de Barínas, que sitiaron con mil jinetes. Sena tenia cuatrocientos caballos y quinientos infantes, fuerza que por su calidad compensaba suficientemente el número de los sitiadores. Sin embargo el comandante García de Sena se encerró en el recinto de la plaza, fortificándolo á la lijera, auxiliado en los trabajos de la defensa por todo el vecindario, que temia la crueldad y los excesos ya experimentados de Puig y de sus feroces soldados. Al mismo tiempo García de Sena envió á pedir auxilios al jefe del occidente brigadier Urdaneta, ofreciéndole defender la plaza hasta por quince dias mas, que se cumplian el 25 de enero. A pesar de que Urdaneta, despues de derrotar en Baragua quinientos hombres mandados por Réyes Várgas, marchaba ya contra Coro, casi seguro de ocupar esta provincia por el número y disciplina de sus tropas, que ascendian á mil seiscientos hombres concentrados en Barquisimeto, se detiene con tal noticia; escoge doscientos soldados de infantería y unos pocos de caballería, y en persona se dirige á socorrer á Barínas por el camino real de Araure y Ospino.

Entre tanto fluctuaba García de Sena sobre el partido que tomaria : incierto de recibir auxilios del occidente, conmovido en todas direcciones por los partidarios realistas, sabedor de que Bóves amenazaba al corazon de la provincia de Carácas con fuerzas numerosas, é impuesto de que bien pronto Yáñez se uniria á Puig, porque supo que marchaba sobre la villa de Ospino, determinó evacuar la plaza ántes que del todo se inutilizára su caballería, extenuada por el trabajo contínuo y la falta de forrajes. Al efecto lo propuso en una junta de oficiales, en que hubo pareceres encontrados. Algunos querian que se obrára enérgicamente contra los sitiadores; eran de este número los capitanes Francisco Conde y José Antonio Páez : el vecindario entero elevaba hasta el cielo sus quejas, porque se pretendia abandonarlo á la merced de los feroces realistas. García de Sena

guardó secreto sobre lo que pensaba hacer, y el 18 de enero fingió una salida dejando en la plaza como unos ochenta soldados valientes. Mas luego que estuvo fuera, se dirigió hácia Quebradaseca y Barinítas, amparándose en la serranía con direccion á tomar el fragoso camino de los Callejónes para salir á la provincia de Mérida. Los enemigos le persiguieron, apoderándose inmediatamente de la ciudad, donde degollaron á los pocos soldados que en ella existian, á hombres, mujeres y niños, saqueándola al mismo tiempo, y reduciéndola despues á pavesas. Tal fué la suerte desgraciada de Barínas. Cúlpase á García de Sena por no haberla defendido con novecientos buenos soldados que tenia, capaces de batir á los realistas, que carecian de infantería. Tambien se le culpa porque no prolongára la defensa hasta recibir noticias de Urdaneta. Este se aproximaba; y el 22 de enero, al vadear el rio Portuguesa, supo con grande sentimiento que Barínas no existia por haberla abandonado los patriotas. Apénas se le habia comunicado tan triste noticia, cuando se presentó Yáñez con gran parte de su fuerza que iba de marcha hácia Ospino. Era muy superior el número de sus tropas, pero los patriotas evitaron el combate cubriéndose con los montes inmediatos. Al dia siguiente repasó Urdaneta el rio, y se puso en retirada hácia Ospino, donde existia una corta guarnicion de doscientos hombres que mandaba el teniente coronel José María Rodríguez: engrosóla con sus doscientos infantes, y él marchó aceleradamente á Barquisimeto á reunir fuerzas con que oponerse á las empresas de Yáñez. Consiguió, en efecto, enviar trescientos soldados que dirigia el teniente coronel Manuel Gogorza correspondientes al batallon de Valencia, los que marcharon amparados siempre por las montañas, para entrar en Ospino auxiliados por una salida que debian hacer sus defensores, sitiados ya por las fuerzas de Yáñez. Consiguieron, en efecto, reunirse unos y otros en número de setecientos, que de nuevo se dirigieron á entrar en Ospino, formados en dos trozos que mutuamente se sostenian. Empeñóse entónces una reñida accion entre los intrépidos llaneros que Yáñez capitaneaba en persona y los infantes republicanos, que ordenados en la formacion mas conveniente, marchaban con lentitud, pero con paso firme y sereno, á la vuelta de Ospino. Furioso Yáñez de que se le escapára aquella columna valiente, se empeña en destruirla con sus jinetes, que caen por todas partes

muertos con el fuego de los fusiles y por las bayonetas de sus contrarios. En lo mas recio de la pelea, Yáñez recibe dos heridas mortales; queda sin vida, y los llaneros dejan abandonado su cadáver (febrero 2). — « El pueblo de Ospino, decia el boletin que referia este combate, lleno de furor al contemplar el cadáver de este tirano, se reunió y pidió al jefe de las tropas de la República que se le hiciese cuartos, colocándose su cabeza en la capital de Barínas, un brazo en la ciudad de Guanare, y otro en Guadualito, una pierna en Nútrias, y la otra en el campo de batalla, como se ha verificado. » Tal era el furor que se habia apoderado aun de los mismos pueblos, que despedazaban el frio cadáver de un valiente oficial que hacía la guerra sirviendo á su nacion. Todo hombre sensible no puede ménos de condolerse altamente al considerar tamaños extravíos.

El comandante de Ospino José María Rodríguez y el teniente coronel Manuel Gogorza, junto con los destacamentos que mandaban de los batallones Barlovento y Valencia, se cubrieron de gloria aquel dia : los realistas, acobardados con la pérdida de su jefe denodado, se retiraron hasta la ciudad de Guanare.

Reunidos allí los oficiales de la division de Apure, nombraron para jefe al teniente coronel don Sebastian de la Calzada, comandante del batallon denominado Sagunto. Era este en 1810 soldado raso en el batallon de la Reina, y el 19 de abril le halló preso y encausado por un hurto; delito que segun las leyes militares le hubiera conducido á galeras, de las que le libertaron los desórdenes consiguientes á una transformacion política. Enrolóse despues en las filas españolas; y por estos breves rasgos acerca de su vida se puede conceptuar cuáles serian el carácter y la moralidad de Calzada. Él fué uno de los que con mas empeño saquearon y destruyeron la tierra. Su primer ensayo fué volver contra la villa de Ospino, cuyos defensores se habian retirado á unirse con mayores fuerzas, siguiéndoles la poblacion en masa. No pudiendo saciar los realistas su furibundo enojo sobre seres humanos, incendiaron las casas que convirtieron en cenizas. Así vengaron con alguna razon la muerte de Yáñez y los ultrajes hechos á su cadáver. En seguida se apoderaron de la villa de Araure y amenazaron á la de San Cárlos. La division de Apure señaló por do quiera su pasaje con incendios, muertes y destruccion de la desgraciada provincia de Barínas.

García de Sena habia llegado el 24 de enero al pueblo de Pié-

dras por el camino de los Callejónes, uno de los mas ásperos y difíciles que atraviesan la cordillera de Mérida. Allí disolvió su caballería, que estaba ya inútil para el servicio. Dió tres dias de descanso á sus infantes, y desde la Puerta envió dos compañías á cargo del capitan Francisco Conde en auxilio del gobierno de Mérida, provincia que se hallaba amenazada por los realistas. García de Sena dejó el resto de su infantería en Trujillo. Él tomó aceleradamente la ruta de Valencia en busca del Libertador, para combatir á su lado contra los enemigos de la patria con el valor y denuedo que acostumbraba.

Era uno de los oficiales de la caballería disuelta en Piédras el capitan José Antonio Páez. Este se dirigió á Mérida á ofrecer sus servicios al gobernador de la provincia, los que fueron admitidos. Aprestóse inmediatamente despues una expedicion de 300 hombres y 30 caballos al mando de Parédes y dirigidos inmediatamente por Conde. Páez marchó con ellos hácia Estánques, con el fin de oponerse á las tropas del capitan don Bartolomé Lizon y de don Aniceto Matute, que en número de cerca de quinientos hombres se retiraban de los valles de Cúcuta, perseguidos por el coronel al servicio de la Nueva Granada Mac-Gregor. Aquellos malvados feroces fueron acometidos en Estánques el 16 de febrero y dispersados con pérdida considerable. Páez con su bravura contribuyó á la destruccion de los enemigos, á quienes persiguiera vivamente, tomándoles dos piezas de artillería, una bandera y la mayor parte de los fusiles. Se embarcó Lizon para Maracáibo en el puerto de Escalante con poco mas de cien hombres, y Matute con otros guerrilleros de la misma calaña escaparon hácia Bailadóres, cuyos habitantes eran enemigos declarados de los independientes : ellos habian promovido la expedicion que condujo á los valles de Cúcuta el feroz Lizon y las guerrillas de Matute, Entrena y Cásas, no ménos crueles que dicho jefe.

Miéntras acaecian estos sucesos, habian ocurrido otros muy importantes en varios puntos de la República. Dejamos á Bóves en Calabozo y á Campo Elías en la villa de Cura. Movióse aquel en 1º de febrero con una fuerza que algunos hacen montar hasta ocho mil hombres : en nuestro concepto con mucha exageracion. El mismo Bóves decia á los jefes españoles de Puertocabello, que se habia movido con tres mil trescientos soldados valientes, los seiscientos fusileros. En el punto de Flóres degolló

las partidas de observacion que tenian los patriotas. De camino envió una division de mil doscientos hombres al mando del feroz Rosete, la que debia pasar la cordillera por el camino de los Pilónes y caer sobre los ricos valles del Tuy. Campo Elías, luego que supo el avance de Bóves, tomó posiciones en la Puerta con mil doscientos infantes, quinientos jinetes y cien carabineros. Es aquel un sitio donde se reunen varios caminos que se dirigen al Llano-Alto, al Bajo y á otros puntos. Por el norte se encuentran ángulos salientes de la cordillera, y hácia el sur hay una gran llanura. Allí se trabó una batalla reñida (febrero 3), pero que no fué dudosa. Al cabo de dos horas los patriotas no pudieron resistir á la formidable caballería de Bóves. La mayor parte de la division republicana fué destrozada, especialmente la infantería. Algunos se escaparon en las alturas y montes inmediatos; Campo Elías, con los pocos oficiales y soldados que le siguieron, salió á la villa de Cura, retirándose despues hasta la Cabrera. Bóves recibió en la pelea una herida de gravedad. Sus escuadrones, mandados por Moráles, se apoderaron pocas horas despues del parque depositado en la villa de Cura, que solo dista del campo de batalla dos leguas y média. Tan grave pérdida era funesta á los patriotas y en extremo favorable á los realistas, que carecian de armas y municiones.

Bóves se detuvo en Cura mientras se mejoraba de sus heridas, y su segundo Moráles marchó hácia adelante con trescientos cazadores y mil caballos. Entre tanto Bóves se ocupaba en reunir sus numerosos escuadrones, para caer como un torrente desolador sobre Valencia y Carácas. Las riquezas de estas dos ciudades y de los valles de Aragua, ofrecidas á los llaneros, eran un estímulo muy poderoso para que la mayor parte de ellos corrieran á las armas.

La noticia de tamaña desgracia fué recibida por Bolívar en las cercanías de Puertocabello, adonde habia marchado aceleradamente desde Carácas. Se lisonjeaba de rendir la plaza por hambre, á causa de la falta casi absoluta de provisiones. Pero la fortuna se le mostró adversa, y tuvo que sacar la mayor parte de las tropas que guarnecian la línea sitiadora, para marchar á Valencia con el fin de resistir á las huestes numerosas y valientes, aunque indisciplinadas, de Bóves. Para oponerles en las montañas todos los obstáculos posibles, dispuso que el teniente coronel de ingenieros Manuel Aldao levantára fortifica-

ciones de campaña en el estrecho de la Cabrera, y que Campo Elías, con los restos que se habian salvado de la Puerta, defendiera aquella garganta; que el teniente coronel Mariano Montilla, tomando una partida de jinetes bien montados, llevase instrucciones al general Ríbas situado en Carácas. Era necesario, para conseguirlo, abrirse paso á viva fuerza por entre las partidas enemigas que infestaban las cercanías del lago de Valencia. El mismo Bolívar se puso en marcha hácia esta ciudad con las tropas que pudo recoger, y previno al general Urdaneta que le enviase con la mayor celeridad un cuerpo de los mejores de su division. Hallábase este en Barquisimeto reuniendo una fuerte columna, que destinaba á recuperar la perdída provincia de Barínas, empresa que con dicha órden quedó sin efecto. Debilitado Urdaneta, nada pudo emprender, ni contra Coro, ni contra las fuerzas de Yáñez. Bastante hacian sus tropas en batir las numerosas guerrillas que inundaban los pueblos y campos del occidente; derrotadas en un punto, se reunian en otro para consumar la funesta obra de destruir el país. Casi ninguna poblacion gozaba de tranquilidad en aquella época lamentable, y por todos los ángulos de la tierra se oía resonar el formidable grito de *guerra á muerte.* ¡Hora malhadada aquella en que se declaró!

Las tristes nuevas de la rota de Campo Elías, de la marcha de las tropas de Bóves hácia los valles de Aragua, y de que el feroz Rosete se hallaba en el pueblo de Cua con una fuerza considerable, llegaron á un mismo tiempo á Carácas. Ellas causaron una fuerte alarma en la ciudad. En el momento el comandante general Ríbas trabajó con actividad extraordinaria, auxiliado por el coronel Juan Bautista Arismendi y por el gobernador político doctor Cristóval de Mendoza. El pueblo entero de Carácas manifestó en aquellos momentos críticos un grande entusiasmo y energía para sostener su libertad é independencia contra los asesinos que Bóves capitaneaba. Á la primera noticia de tales peligros, todos los hombres útiles corrieron á las armas; así Ríbas pudo organizar en dos dias una division de poco mas de mil hombres con cinco piezas de artillería, y se puso en marcha hácia la Victoria, adonde llegó el 10 de febrero. Dos dias ántes la habia ocupado Moráles con la vanguardia del ejército de Bóves, y cometido cuantos excesos acostumbraban aquellos soldados feroces contra los pueblos que eran patriotas. Al acercarse Ríbas se retiró Moráles, que reuniendo sus fuerzas no

tardó en volver á atacarle. Á las siete de la mañana del 12 de febrero se presentó por el lado de San Mateo, sorprendiendo y matando las avanzadas que tenian los republicanos en el Pantanero, por donde iba su fuerza principal; se apoderó tambien del rio y del Calvario : de esta manera consiguió rodear la division de Ríbas con su numerosa caballería, y la redujo al estrecho recinto de la plaza. Allí se defendió Ríbas contra un fuego horroroso y contra las furiosas cargas de los realistas, que ocupando algunas casas y haciendo troneras en sus paredes, dirigian tiros certeros, especialmente para matar á los oficiales. Ríbas habia perdido ya tres caballos muertos, y veía caer á sus mejores oficiales. Á las cuatro y média de la tarde, el cansancio y la destruccion habian debilitado sobre manera la division patriota, cuya mitad estaba fuera de combate. Felizmente, en aquella terrible situacion, observó el general una nube de polvo por el camino de San Mateo, y creyó fundadamente que debia ser el comandante Campo Elías que se hallaba apostado en la Cabrera. Hizo, pues, salir cien hombres de caballería y cincuenta cazadores mandados por Mariano Montilla, para que, rompiendo la línea enemiga, protegieran la entrada de los auxiliares. Afortunadamente aquel trozo de soldados patriotas halló empeñada una accion harto desigual entre los enemigos y los doscientos veinte soldados del comandante Elías : Montilla, atacando por la espalda á los realistas, facilitó la entrada de socorro tan oportuno. Reforzado el general Ríbas, pudo tomar varios puntos ventajosos, que ocupaban ya las tropas de Moráles, y rechazarlas á la entrada de la noche causándoles bastante daño. Fué sensible á los republicanos la muerte del comandante de Soberbios Dragones, Luis María Ríbas Dávila, natural de Mérida, oficial valiente y querido en el ejército; como tambien la pérdida de otros oficiales y de cien soldados muertos con cuatrocientos heridos. La del enemigo fué muy superior.

Despues de haber sufrido este descalabro, Moráles volvió al dia siguiente á la carga, situándose en las alturas del Pantanero, de donde nuevamente se le obligó á huir con direccion á Cura. Persiguiósele con calor, tomándole en uno y otro combate la artillería, pertrechos, equipajes, y aun los libros de órdenes. La pérdida sufrida en el ataque de la Victoria y los movimientos de Bolívar que, situado en Valencia, podia cortarle, obligaron á Moráles á emprender aquella retirada.

Á tiempo que los batallones victoriosos de Bóves dirigidos por Moráles marchaban sobre los valles de Aragua, era muy crítica la situacion de Bolívar en Valencia, y de los patriotas en Carácas y la Guáira. Con pocas fuerzas debian hacer frente á las bandas harto superiores en número que capitaneaban Bóves y Moráles, á las que dirigia Rosete por los valles del Tuy, y á la multitud de partidas realistas que inundaban las cercanías del lago de Valencia. Ademas, Carácas y la Guáira estaban agotadas de hombres por el continuo reclutamiento, hasta llegar el caso de exigir por bandos que tomáran las armas los jóvenes desde la edad de doce años, y los hombres hasta la de sesenta. En tan críticos momentos debian Bolívar y los patriotas no solo defenderse de los crueles enemigos que los amenazaban con la destruccion y la muerte, sino tambien custodiar en prisiones á cerca de mil Españoles y Canários. Desde la entrada de Bolívar estos habian sido encerrados para impedir que conspirasen contra la República, pues el general en jefe no quiso por piedad ejecutar con rigor el terrible decreto de guerra á muerte. Fué para libertarse de aquella triste necesidad que tantas veces y con el mayor empeño propuso á Monteverde el canje de estos Españoles y Canários, por unos pocos Venezolanos y por el coronel Jalon; canje que rehusára el jefe realista por una torpeza y tenacidad inexplicables.

Aquellos Españoles y Canários conspiraban frecuentemente, segun era de esperarse, para conseguir su libertad y evadirse del riesgo inminente que corrian sus vidas. Semejantes tramas y una reaccion que podian ejecutar, sublevándose como los presos que se custodiaban en el castillo de Puertocabello en 1812, alarmaban continuamente á las autoridades republicanas y á los ciudadanos, que temian, en caso de un reves, la venganza de los prisioneros irritados por su largo encierro. Exasperados varios individuos de Carácas con las crueldades de Bóves, de Moráles y de Rosete, pidieron la muerte de los Españoles y Canários que habia en las cárceles. En consecuencia los jefes militar y político mandaron que diez y ocho de los mas peligrosos fuesen pasados por las armas. Al mismo tiempo el comandante de la Guáira, ciudadano Leandro Palácios, consultó á Bolívar, — « qué haria en aquellos momentos de peligro con la multitud de Españoles que existian en las prisiones de la plaza, cuando estos eran numerosos y la guarnicion muy poca. » La

contestacion del Libertador fué pronta y decisiva (febrero 8). « Ordeno á V. S., le dijo, que inmediatamente se pasen por las armas todos los Españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepcion alguna. » Se asegura que por iguales motivos previno lo mismo á los jefes militar y político de Carácas. La ejecucion de aquella terrible órden tuvo lugar en la plaza de la Catedral de Carácas, en el sitio destinado al matadero general, y en las alturas de la Guáira, castillo de San Cárlos y camino de Macuto, en los dias corridos desde el 8 al 16 de febrero. Los desgraciados presos eran extraidos sucesivamente de las cárceles y calabozos, y conducidos al lugar del suplicio : unos fueron pasados por las armas, y la mayor parte perdieron sus vidas heridos con lanza , machete ó sable. Sus cuerpos eran quemados inmediatamente despues. De este modo perecieron ochocientos sesenta y seis Españoles y Canários, entre los cuales habia muchos hombres buenos y respetables : ellos fueron víctimas de la guerra á muerte que con tanto encarnizamiento se hacian en Venezuela los patriotas y realistas. Aquel desgraciado país se asemejaba á un vasto campo de carnicería.

Concluida aquella terrible y lamentable ejecucion, Bolívar, para justificarla, publicó un manifiesto desde su cuartel general de San Mateo, firmado por su secretario Antonio Muñoz Tébar. Al principio de esta pieza hizo una rápida enumeracion de las crueldades cometidas en Venezuela por los Españoles contra los republicanos, desde que principió la guerra de la Independencia; que por tales atentados se habia visto en la necesidad de declararla á muerte, á fin de que los patriotas no fueran degollados con impunidad por sus enemigos; que despues de haber ocupado á Carácas, tuvo que reducir á prision á una gran parte de los Españoles, porque la experiencia le enseñó que muchos de los que habian gozado de plena libertad correspondieron con fugarse á los valles del Tuy y Tacatá, al Bajo-Llano y al occidente á promover insurrecciones plagadas de crímenes; ascendiendo á mas de diez mil el número de los que habian sido privados de su existencia desde el mes de setiembre de 1813; que hasta por la séptima vez propuso al jefe de Puertocabello el canje de los prisioneros, por unos pocos patriotas retenidos injustamente en las bóvedas de esta plaza, contra lo estipulado en la capitulacion de San Mateo, sin que jamas hubiese querido asentir, ántes por el contrario los ponia aquel jefe várias veces

delante de sus filas en los combates, á fin de que muriesen por las balas de sus compatriotas; y cuando, por justa represalia, se hizo lo mismo con algunos Españoles, los jefes realistas pasaron por las armas, en venganza de esto, á los patriotas Pellin, Osorio, Pulido y Pointet. Hablando de las crueldades cometidas por los realistas exclamaba: « ¡ Qué horrorosa devastacion, qué carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos! La execracion que seguirá á Yáñez y Bóves será eterna por los males que han causado. Partidas de bandidos salen á ejecutar la ruina; el hierro mata á los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos: las ciudades exhalan la corrupcion de los insepultos. Se observa en todos el progreso del dolor, en sus ojos arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados á la cola de los caballos. Ningun auxilio de religion les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros sagrados. En Mérida, en Barínas y Carácas, apénas hay una ciudad ó pueblo que no haya experimentado la desolacion. Pero la capital de Barínas, Bobare, Barquisimeto, Cojede, Tinaquillo, Nirgua, Guáyos, San Joaquin, villa de Cura y valles de Barlovento, fueron pueblos mas desgraciados: algunos han sido consumidos por las llamas, otros no tienen ya habitantes. Barínas, donde Puig pasa á cuchillo quinientas personas, y hubieran sido setenta y cuatro mas si la pronta entrada de nuestras armas en aquella ciudad no hubiera quitado el tiempo necesario á los verdugos para llenar su ministerio infernal; Guanare y Araure, donde Liendo y Sálas, bienhechores de los Españoles, son los mas maltratados al recibir sus golpes asesinos; Bobare, donde trozaron las piernas y los brazos de los prisioneros hechos allí mismo y en Yaritagua y Barquisimeto. »

Los extractos anteriores y el trozo que acabamos de copiar de tan célebre manifiesto, pintan con verdad y energía las pasiones que agitaban en aquella época lamentable, así al Libertador como á casi todos los patriotas. Pintan igualmente la escandecencia de las pasiones, el furor con que se hacía la guerra por ambos partidos, que respirando venganza, sobre todo el realista, esparcian hasta en los ángulos mas reconditos de Venezuela la destruccion y la muerte. En tales circunstancias, rodeado Bolívar por numerosos é implacables enemigos, con pocas fuerzas

para defenderse, no podia custodiar á los prisioneros españoles y canários sin distraer é inutilizar una porcion considerable de sus tropas, cuando las necesitaba urgentemente para defender el territorio invadido por el sur, por el oriente y por el occidente. Temia asimismo con mucha razon que los Españoles presos, poniéndose de acuerdo con los enemigos, hicieran una revolucion en Carácas y la Guáira, por medio de la cual se enseñoreasen del país y degolláran á los patriotas. En tan apuradas circunstancias y en momentos tan críticos, el Libertador, en calidad de magistrado supremo de la República, y usando del derecho que le concedia la guerra, mandó matar á los prisioneros españoles y canários en número de ochocientos sesenta y seis. Varios casos refiere la historia en que con ménos necesidad se dió por algunos capitanes la misma órden, que ha sido justificada por célebres escritores del derecho de gentes. « Una necesidad extremada, dice Vattel, puede únicamente justificar una accion tan terrible, y se debe compadecer al general que se halla en el caso de ordenarla. » — Bolívar cumplió, pues, con un deber lamentable; y la muerte que se diera por órden suya á los prisioneros españoles y canários, no fué una accion bárbara y feroz como la caracterizan los historiadores realistas, sino el uso justo de un derecho formidable de la guerra en casos muy graves y urgentes. El Libertador consideró siempre aquel hecho de su vida pública como justificado delante de los contemporáneos y de la posteridad, sin que nunca manifestára la menor vacilacion.

Bolívar necesitaba en aquellos mismos dias no solamente de la enérgica providencia de deshacerse de los prisioneros, sino tambien de obrar con la mayor actividad, sin arredrarse por la grandeza y proximidad de los riesgos. Así, despues de haber derrotado en la Victoria las bandas feroces y valientes que conducia Moráles como segundo de Bóves, el intrépido y activo general Ríbas, dejando una parte de sus tropas al Libertador, marcha de nuevo á Carácas con el fin de oponerse á Rosete, que por los valles del Tuy amenazaba á la capital. La ciudad habia sido fortificada en sus puntos principales con fosos, parapetos, estacadas y artillería; estaba, pues, fuera de peligro de un golpe de mano, que pudieran darle los grupos indisciplinados que conducia Rosete. Todo el mundo habia trabajado en estas obras aceleradas por la infatigable actividad del coronel Aris-

mendi, para quien nada era imposible en circunstancias difíciles. Ríbas, que tenia las mismas calidades, organizó en dos dias otra nueva division de mil hombres, y salió con ella en busca de Rosete. Hallóle situado ventajosamente en el pueblo de Charayave, que solo dista siete horas de marcha de Carácas, con ochocientos á mil hombres. Á las doce del 20 de febrero principió el combate, y se decidió en poco mas de una hora á favor de las tropas republicanas. El enemigo se puso en fuga, y la mayor parte se salvó en la serranía inmediata, dejando muchos muertos y heridos, como tambien gran número de lanzas y caballos. Tanto en el parte oficial de esta accion, como en el de la que ganára en Victoria, dijo Ríbas que no se habia dado cuartel á los prisioneros. ¡Triste y lamentable necesidad de aquellos malhadados dias!

De Charayave pasó Ríbas al pueblo de la Sabána de Ocumare, donde vió y supo todos los horrores que cometieron el bárbaro Rosete y sus crueles soldados. Mas de trescientas víctimas habian sido asesinadas, entre ellas una tercera parte de mujeres y de niños inocentes. Por todas las calles aparecian cadáveres despedazados y mutilados. Aquellos tigres, sedientos de sangre humana, obligaron á los maridos á presenciar la muerte de sus mujeres, y á las madres la de sus hijos, descargando despues sobre ellos el golpe fatal, sin permitir á nadie recibir los auxilios espirituales, por mas que los infelices pedian á gritos que se les concediera este único favor. Ejecutóse tan bárbara matanza el 11 de febrero, en que Rosete se apoderó de Ocumare, y en los dias siguientes. ¿Qué habrian hecho aquellos crueles asesinos, si de acuerdo con los prisioneros españoles hubieran ocupado á Carácas?... « La sangre americana, dijo Ríbas al fin de su parte oficial, es preciso vengarla. Las víctimas de Ocumare claman á todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento, y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esta raza malvada. »

Con la noticia de la matanza de Ocumare, el coronel Arismendi hizo en Carácas el mismo juramento. — « Os juro, Caraqueños, decia, que yo, horrorizado de tantas maldades, no perdonaré jamas á ningun Español enemigo. Su sangre será vertida por mis órdenes, porque sé que su sangre será grata á la sombra de las víctimas americanas inmoladas á su furor atroz;

seguro de que el general libertador se halla animado de los mismos deseos. »

Tales eran el lenguaje y los sentimientos del que hizo matar en Carácas á los prisioneros españoles y canários, con circunstancias que nos horrorizan. La irritacion de los republicanos se aumentó sobre manera por los excesos de Ocumare, y con la noticia que se divulgó de haberse cogido á Rosete un hierro para marcar la cara de los patriotas y de sus hijos con la letra P. En la batalla de Araure se habia tomado á Yáñez otro hierro semejante que figuraba una R, para señalar con fuego á los insurgentes rebeldes.

Aseguradas la capital y la Guáira con la dispersion de Rosete (febrero 20), el mayor peligro de los republicanos venía de las huestes de Bóves. El Libertador habia puesto su principal atencion en prepararse contra estas y escogido á San Mateo para fortificarse en lo posible, á fin de resistir al ímpetu de los indisciplinados llaneros á caballo. En Valencia dejó para jefe de las armas al coronel Juan Escalona, y el valiente D'Eluyar continuó encargado del sitio de Puertocabello, plaza que se hallaba muy estrechada por mar y tierra. Eran ya dueños los republicanos de todos los fuertes exteriores, incluso el Mirador de Solano. Los realistas no habian podido romper la línea ni introducir víveres de que tenian los sitiados una grande escasez; á pesar de esto, defendian la plaza valerosamente y con mucha constancia.

Ante todas cosas Bolívar hizo perseguir por el coronel Escalona y por el capitan Mateo Salcedo las guerrillas que infestaban las cercanías del lago de Valencia, y que se habian reunido en dos columnas. Escalona batió la primera de ochocientos hombres, organizada en la villa del Pao, que mandaba el Español Ruiz; Salcedo destruyó la otra de cuatrocientos matando mas de cien. Era necesario perseguir estas guerrillas para que no engrosáran el ejército de Bóves, y no cortáran las comunicaciones segun lo hacian con frecuencia.

En el ínterin el ejército de Oriente al mando del general Santiago Mariño se avanzaba, en auxilio del Libertador y de sus compañeros de armas, con tres mil quinientos hombres de infantería y caballería; entre estos habia jefes, oficiales y soldados veteranos de aquellos valientes que palmo á palmo, y despues de muchas acciones reñidas, habian reconquistado la

Independencia de las provincias de Cumaná y Barcelona. Este ejército, que llegó el 4 de febrero á Tucupido en el canton de Chaguarámas, amenazaba por su flanco izquierdo á la base de operaciones que tenian los realistas en las llanuras de San Fernando y Calabozo.

Mas, á pesar de esto, Bóves no se detuvo en sus planes de destruccion de los patriotas, que habia combinado con la division de Apure. Reuniendo sus numerosos escuadrones en la villa de Cura, y sano ya de la herida que recibió en la Puerta, se puso en marcha para buscar al Libertador. Bóves se llenaba de orgullo al considerar que iba á pelear con Bolívar por primera vez, con la pujante fuerza de cerca de dos mil infantes y cinco mil jinetes. Bolívar, que sabía los movimientos de su enemigo, guarneció la fuerte posicion de la Cabrera, formó una escuadrilla en el lago de Valencia, ocupó á la Victoria, y el 20 de febrero fijó su cuartel general en el pueblo inmediato de San Mateo. Este se halla situado en una llanura, coronada al norte y al sur por várias alturas, entre las cuales se distinguen al norte la del Calvario, y otra en cuyo vértice habia una casa propia del Libertador; pues allí inmediata y hácia el oriente se extendia la hacienda del Ingenio, una de las ricas propiedades patrimoniales de Bolívar. Al frente de dichas alturas y á cierta distancia hay otras nombradas de la Punta del Monte. El Libertador hizo construir trincheras para cortar el camino principal de la Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y corre al pié de la casa alta del Ingenio y del Calvario. Ademas, algunas partidas avanzadas de infantería defendian el paso del rio Aragua, y las calles inmediátas á la trinchera, donde en persona mandaba el mismo Bolívar. Cerca de mil quinientos infantes y seiscientos jinetes pudó reunir el Libertador para defenderse del ejército de Bóves, tan superior en número.

El 25 de febrero aparecieron sobre Cagua, pueblo inmediato á San Mateo, las huestes de Bóves. Este halló mucha resistencia cuando intentó vadear el rio, donde se le opuso el mayor general Mariano Montilla; ordenó, en consecuencia, la retirada y tomó posiciones en las alturas de la Punta del Monte. Mas al amanecer del veinte y ocho atacaron los soldados de Bóves á los patriotas con grande ímpetu y algazara. La oposicion que se les hizo en la trinchera y el horrible fuego dirigido por el Libertador mismo y por Lino Clemente, con que fueron recibidos

sus infantes y jinetes, causó en ellos mucho estrago; sin embargo, los soldados de Bóves y este jefe combatieron hasta el medio dia con un valor indomable. Á dicha hora dispuso Bolívar que el coronel Villapol reforzára el punto del Calvario para distraer la atencion y los ataques de los realistas. Entónces marcharon estos contra Villapol; se apoderaron de unas casas, desde las cuales hicieron un fuego horrible y certero contra los patriotas. Allí murió Villapol, salió herido Campo Elías y el jóven Pedro Villapol, hijo del coronel; este, aunque herido, consiguió restablecer la pelea y arrojar á los enemigos de las casas. Por fortuna Bóves fué herido, y estando ya próxima la noche, tocó á retirada y volvió á ocupar las mismas alturas que ántes. Habia sido mas feliz la izquierda de los patriotas situada en la casa de Bolívar y dirigida por el coronel Manuel Gogorza; atacó esta la derecha de los realistas mandada por Moráles, y consiguió rechazarla. Diez horas y média se combatió encarnizadamente en aquel célebre dia, y la victoria coronó los esfuerzos del Libertador. Mas fué doloroso el precio, porque entre muertos y heridos hubo una baja de doscientos tres hombres, los treinta oficiales. Los Españoles Villapol y Campo Elías murieron á consecuencia de aquel reñido combate. La pérdida de los enemigos fué mayor, pues en las calles del pueblo y en los caminos quedaron tendidos multitud de cadáveres. Á consecuencia de la herida que Bóves recibiera, se trasladó á la villa de Cura, dejando encargada la direccion del ejército á su segundo Moráles.

El 1° de marzo extendió Bolívar su línea de defensa por la izquierda hasta su hacienda, y estableció un cuerpo de infantería con el parque en la casa alta del Ingenio. Situó la caballería en las plantaciones de caña dulce, á fin de que tuviese un abundante forraje y pudiera sufrir las fatigas de la campaña, que debian ser muy continuadas.

La herida de Bóves y el descalabro sufrido por los llaneros en el ataque de las fortificaciones de San Mateo, apagó algun tanto su ardor, y permanecieron estacionarios en los diez primeros dias de marzo. El nueve supo Bolívar que Rosete habia ocupado nuevamente á Ocumare con tres mil hombres, segun contaba la fama; fuerzas que nos parecen exageradas por el temor que inspiraban aquellos facinerosos: desde allí amenazaban á Carácas. El Libertador, sin embargo de los riesgos que

le rodeaban, no dudó un momento el enviar auxilio á su querida patria. Puso á las órdenes del mayor general Montilla trescientos hombres escogidos, los que hizo marchar á las dos de la tarde á la vista del enemigo, á fin de engañarle (marzo 10). En efecto, cayó en la red, pues creyendo que aquella fuerza se destinaba á un ataque contra su derecha, se mantuvo en expectativa, y entre tanto Montilla adelantó su camino para defender la capital.

La fortuna del Libertador era, que los realistas carecian de municiones y se habian desengañado de que trincheras coronadas de artillería con fosos y estacadas no podian ser forzadas por caballería, aun cuando tuvieran sus jinetes el valor y arrojo mas denodados. Á pesar de esto, persuadidos de que Bolívar tenia pocas fuerzas que oponerles, renovaron sus violentos ataques el 11 de marzo, aunque tuvieron mal resultado. El 16 y el 17 fueron tambien batidos algunos cuerpos de caballería que estaban apostados sobre el rio Aragua y el camino que se dirige á Valencia: derrotólos el teniente coronel granadino Hermógenes Maza, quien se distinguió en la Victoria y en esta campaña por su grande valor y arrojo; los persiguió hasta Cagua Tomas Montilla, causándoles una pérdida considerable de muertos y heridos.

Sin embargo de tales ventajas, si los realistas hubieran tenido municiones para los dos mil fusileros que Bóves contaba, segun sus mismos partes, apoyados por cinco mil hombres de caballería, habria sido muy difícil la resistencia en una accion general, que por aquella falta esquivaban los enemigos. Su intrépido y activo comandante Bóves, mejorado ya de su herida, se hallaba nuevamente al frente de sus tropas, que lo recibieron con muestras de grande alborozo (marzo 17). Él esperaba, segun decia á los jefes realistas, rendir á Bolívar y las fuerzas que le acompañaban por el hambre y la sed; pues los tenia completamente sitiados en sus estancias de San Mateo.

Á pesar de tan lisonjeras esperanzas, Bóves, arrastrado por su ardor marcial y por el de los valientes llaneros, quebrantó en breve su prudente propósito, y desde el 20 de marzo principió de nuevo sus ataques. Pero el fuego bien nutrido de la artillería y fusilería de los republicanos hacía estragos en los realistas, que no obstante su impavidez y denuedo tenian al fin que retirarse, despues de sufrir considerables quebrantos. Conociendo Bóves que sus tropas se disminuían y desalentaban

con aquellos combates parciales, determina dar uno general que combina hábilmente. Una fuerte columna debia apoderarse por la espalda de los cerros en que se apoyaba la izquierda de Bolívar, y descendiendo sin tardanza, ocupar el Ingenio, donde se custodiaba el parque de los independientes. Bóves, á la cabeza de sus demas tropas, atacaria por el frente de la llanura de San Mateo, decidido á hacer los últimos esfuerzos y á consumir la mayor parte de sus municiones de reserva. En efecto, al rayar el alba del 25 de marzo se rompe el fuego por toda la línea, y Bóves recorriéndola audazmente anima á sus tropas, dirige sus esfuerzos, y da el ejemplo ya como soldado, ya como capitan. Mas nada consigue contra la sangre fria, el valor y la impavidez con que Bolívar y sus valientes compañeros de armas defienden sus parapetos y trincheras de la indisciplinada audacia de los llaneros, que caen sin vida al pié de las defensas, sin arredrarse aquellos que vienen detras. Pero en lo mas recio de la pelea la columna de Bóves, que en silencio habia montado las alturas situadas á la espalda de los patriotas, se muestra sobre la casa del Cerro, y marcha á ocupar el trapiche ó edificio del Ingenio. Depositado allí el parque del ejército, su pérdida parecia inevitable, la que por sus funestos resultados tuvo al Libertador, á sus jefes y oficiales, que miraban el riesgo, en una terrible incertidumbre por algunos momentos. No temiendo aquel ataque imprevisto, solamente cincuenta hombres custodiaban los pertrechos y municiones; mandábalos el jóven capitan granadino Antonio Ricaurte, natural de Santafé y de una familia distinguida. Viendo este que los enemigos se iban á apoderar sin duda alguna del almacen, y que tomando el parque era suya la victoria, hizo poner en salvo la tropa que mandaba, la que desfiló hácia la llanura, y con la mecha en la mano aguarda á que se aproximen los realistas. Entónces pone fuego á la pólvora, y vuela el parque con un terrible estruendo : los enemigos sufren un grande estrago, huyen los restos despavoridos de la columna, y Ricaurte, sacrificándose por la patria, salva al ejército republicano de su total destruccion. Si Bóves se apodera de aquellos pertrechos, habria exterminado á los patriotas en San Mateo. Así Ricaurte es merecedor de un nombre eterno por tan sublime sacrificio.

Al tiempo que en el cerro de la izquierda ocurria este suceso extraordinario, Bolívar defendia sus principales atrinchera-

mientos contra casi todas las fuerzas de Bóves, que los atacaban con furor é intrepidez admirables. En los momentos de mayor peligro en que los enemigos, viendo la aparicion de su columna por la espalda, y que los escasos defensores del parque desfilaban en retirada, hacian resonar los gritos de victoria que juzgaban segura; entónces dió el Libertador una brillante prueba de sangre fria y de un valor extraordinario. Manda desensillar su caballo, y colocándose en medio de sus tropas les manifiesta que morirá el primero entre sus filas. Entusiasmados aun mas los soldados republicanos con esta prueba de confianza, de valentía y de consagracion de su jefe, cargan de nuevo á los realistas: desalentados ya estos con el destrozo que hiciera la explosion del parque, y con la obstinada resistencia que por algunas horas les habian opuesto los sitiados, tocan á retirada y marchan hácia las alturas donde tenian sus estancias ordinarias. Aquella jornada fué muy costosa á los realistas, que perdieron entre muertos y heridos ochocientos hombres. La pérdida de los republicanos apénas ascendió á noventa y tres puestos fuera de combate, entre ellos quince oficiales.

Miéntras se daban tan reñidas acciones en el célebre sitio de San Mateo, Carácas habia estado en un riesgo inminente de ser presa de los numerosos bandidos capitaneados por Rosete, que solo respiraban sangre, destruccion y pillaje. El terror exageraba sus fuerzas, y ya los habitantes de la capital se figuraban verlos entrar á degüello destruyéndolo todo con el fuego y con la espada. Habia en aquellos críticos momentos la desgracia de que el general Ríbas, defensor feliz y valeroso de Carácas, estaba enfermo, y en la ciudad no existia fuerza que oponer á la enemiga. Sin embargo, el coronel Arismendi, segundo de Ríbas, junta ochocientos hombres y se dirige en busca de Rosete, á quien no se queria permitir acercarse á la capital. Componíase aquella columna en su mayor parte de estudiantes y tiernos jóvenes, que nunca manejáran ántes las armas, aunque tenian denuedo y exaltado patriotismo. Con tropas tan inferiores en número y tan bisoñas, el éxito del combate que se trabó en la Sabána de Ocumare el 11 de marzo no fué dudoso. Los jinetes del llano destrozaron las fuerzas de Arismendi, de cuyos soldados perecieron la mayor parte, escapando solo el jefe y algunos pocos oficiales, gracias á sus buenos caballos. Se perdieron las armas, municiones y equipajes.

Apénas se puede uno figurar las angustias y desolacion que nuevas tan melancólicas esparcieron entre los moradores de Carácas, que veían al enemigo á corta distancia, sediento de sangre, de pillaje y de venganza. Pero en tan críticos momentos se apareció Montilla con los trescientos hombres enviados por Bolívar desde San Mateo en auxilio de la capital. El intrépido Ríbas, á pesar de sus males, anuncia que se dispone á marchar contra las bandas feroces de Rosete. Viéndose los Caraqueños dirigidos por este jefe, renace la confianza, se presentan á tomar las armas, y pronto forma una division de novecientos hombres. No pudiendo montar á caballo, se hizo conducir en una cama portátil; así marchó el 17, y el 20 reconoció al enemigo acampado en la poblacion de Ocumare. Por fortuna de los republicanos el ignorante Rosete se mantuvo parapetado con los edificios, perdiendo la grande ventaja de su caballería, con la que habria destrozado la infantería de Ríbas. Este, aprovechándose del error capital de su contrario, lo atacó en el pueblo, incendió algunas casas, tomó otras por asalto, y al cabo de dos horas de vivo fuego puso á los enemigos en derrota. El mayor general Montilla y el teniente coronel José Maria Jiménez rechazaron el acometimiento de algunos escuadrones de caballería del llano, que por último recurso intentaron dar una carga por la izquierda. Entónces la derrota fué general, dejando los realistas muchos muertos y heridos, algunas armas, gran número de caballos, ganados y otros efectos. Rosete huyó en compañía de escasos grupos de hombres á caballo bien montados. Para no darle respiro ni lugar de rehacerse, Ríbas envió contra él por el fragoso camino de los Pilónes á Montilla y al coronel Leandro Palácios, con quinientos infantes de los batallones de Barlovento y Valencia, á fin de que persiguieran vivamente las reliquias de Rosete. El general Ríbas volvió á Carácas, cuyos habitantes le recibieron en triunfo y como á su libertador, pues verdaderamente lo era en aquellas circunstancias de tanto peligro.

Si en el oriente y en el centro de la provincia de Carácas habian conseguido los patriotas defenderse en el curso del mes de marzo de sus numerosos adversarios, que por do quiera y con un furor sin igual les arremetian á fin de dar á la naciente República una herida que desde su cuna la llevára al sepulcro, la fortuna se les mostró sañuda al occidente de la misma provincia. Veámos de qué manera.

Sabiendo el capitan general de Venezuela, segundo de Montalvo, don Juan Manuel Cajigal, que, segun dijimos, habia fijado por algun tiempo su residencia en Coro, las victorias obtenidas por el ejército de Bóves, llamado de *Barlovento*, y por la division de Apure, determinó obrar por su parte contra Barquisimeto y demas pueblos del occidente, donde mandaba á los republicanos el general Urdaneta. Auxiliado por la actividad, relaciones y conocimientos de la provincia de Coro, que tenia su gobernador el brigadier don José Cebállos, habia conseguido formar una division de mil hombres, dotados con sus correspondientes municiones y demas elementos necesarios. Se componia de las reliquias del regimiento de Granada y de Corianos. Esta division estuvo pronta para marchar sobre Siquisique hácia la mitad de febrero. Cebállos, que obtuvo el mando, fué revestido tambien con la comandancia general y direccion de las divisiones llamadas *Ejércitos de Apure y Barlovento*, á fin de que hubiera unidad en las operaciones de los realistas.

Examinemos ahora cuáles eran las tropas que debian oponérseles. Desde la batalla de Araure el brigadier Urdaneta habia sido destinado por el Libertador á mandar las fuerzas republicanas del occidente de Venezuela. Aquel jefe obró con mucha actividad y constancia, persiguiendo las partidas de guerrilla ó de bandidos realistas que desolaban el país. Destrozó á muchas, y obtuvo algunas ventajas sobre los enemigos. Con esto logró que los pueblos se decidieran bastante por la causa republicana, y pocas facciones se atrevian á levantar la cabeza. Pero el Indio Réyes Várgas, el cura Torréllas, Cárlos Blanco y el célebre Catalan Millet en San Felipe, no dejaban las armas de la mano. Torralva dominaba los alrededores de Ospino, Araure y Barquisimeto, y el Español José de la Vega amenazaba desde Guanare con un escuadron que le confiára Calzada. Preparábase Urdaneta á marchar sobre la provincia de Barínas, ocupada por la division de Apure, cuando á consecuencia de la derrota de Campo Elías en la Puerta recibió una órden del general Bolívar, para que enviase ochocientos fusileros á Valencia dirigidos por el coronel Villapol: órden que fué cumplida. Entónces, debilitadas sus fuerzas, vióse en la necesidad de evacuar muchos puntos que tenia ocupados. Esto y la noticia de que Bóves habia sitiado al Libertador en San Mateo hicieron despertar las facciones, que levantaron inmediatamente la cabeza. Halláronse,

pues, los patriotas rodeados por donde quiera de numerosas partidas de guerrilla, y se vieron en la necesidad de buscar por la fuerza no solamente las vituallas, sino hasta el forraje para los caballos. Cada dia eran atacados por diferentes puntos, y sus comunicaciones estaban interrumpidas por todas partes.

No se habia ocultado á Urdaneta la marcha del brigadier Ceballos hasta Carora, y á fin de prepararse para recibirle recogiendo ántes algunos víveres, destacó el 7 de marzo una columna de quinientos infantes y veinte y cinco dragones al mando del comandante Domingo Mesa hácia Quibor, quedándose él en su cuartel general de Barquisimeto con ciento treinta infantes y cincuenta jinetes. Ceballos, que tenia noticias exactas de las operaciones y movimientos de los independientes, porque los pueblos estaban á su devocion, concibió inmediatamente el proyecto de interponerse entre los dos cuerpos, atacando primero á Urdaneta. Marchó, pues, por el camino mas breve, y con la mayor celeridad se presentó en Barquisimeto á las seis de la mañana del 9 de marzo con setecientos infantes y trescientos caballos. Los patriotas salian á hacer el ejercicio, y á pesar de haber sido sorprendidos, sus jefes con mucha celeridad y sangre fria opusieron á los realistas un vivo fuego de fusil y el de dos violentos, segun la confesion del mismo Ceballos. Sin embargo, no pudieron resistir al número, y para no ser envueltos, escaparon por el camino de Cabudare, con pérdida de pocos hombres, aunque sí con la de todo cuanto existia en el cuartel general. Las tropas de Ceballos saquearon á Barquisimeto, y cometieron los demas excesos que eran consiguientes.

Con la noticia de la derrota de Urdaneta el resto de su division, que se hallaba en Quibor, se retiró al Tocuyo y despues á Trujillo, porque Ceballos marchó contra ella, aunque no continuó la persecucion por muchos dias.

Urdaneta, en el camino hácia San Cárlos, tuvo que batirse con cuatrocientos jinetes de la division de Apure y con várias partidas de facciosos. Á siete leguas distante de dicha villa supo que se hallaba sitiada por la misma division. Considerando que si no entraba en la plaza se iba á perder su guarnicion, resolvió adelantarse con veinte y siete carabineros, y burlando la vigilancia de los enemigos entró en San Cárlos el 11 de marzo. Puso en movimiento la guarnicion y con ella protegió la entrada de su infantería.

Los sitiadores eran mas de ochocientos, la mayor parte de á caballo, dependientes de don Sebastian de la Calzada : este, despues de haberse apoderado de la provincia de Barínas, permaneció bastante tiempo en la villa de Araure, desde donde avanzó un pequeño cuerpo sobre San Cárlos, para contener las salidas de su guarnicion, que se fortificó en la plaza de la villa con fosos, espaldones y artillería. Calzada, sabiendo la derrota de Urdaneta en Barquisimeto, y que la mayor parte de las fuerzas independientes se habian retirado de Quibor sobre el Tocuyo y Trujillo, ya no tuvo temor alguno por su espalda, y de acuerdo con Cebállos marchó el 12 con todas sus tropas á San Cárlos. Desde este dia hasta el 16 hubo obstinados ataques de los enemigos, que recibieron gran daño desde la torre de la iglesia de San Juan y de la azotea de una casa contigua. Mandaba en la plaza el Español Pablo Arrambarri, patriota decidido, á quien acompañaban muchas personas respetables del partido republicano. El doctor Juan José Maya era gobernador político, y allí estaban igualmente el anciano coronel Pedro Briceño Pumar, Manuel Pulido, gobernador que fué de Barínas, Rodríguez, el valiente defensor de Ospino contra Yáñez, el bizarro capitan granadino Antonio Paris, que perdió una pierna en este sitio, el presbítero doctor Ramon Ignacio Méndez, firme y valiente como el que mas, y otros muchos emigrados de los pueblos del occidente que habian buscado asilo en San Cárlos. Solo quinientos hombres de pelea defendian la villa, y tenian que hacer frente á ochocientos caballos y mil infantes que componian la division de Calzada. Los ataques dirigidos por los realistas fueron contínuos y muy reñidos, recibiendo mucho daño los enemigos; pero consiguieron dominar enteramente la parte del rio, é impedir á los patriotas que se proveyeran de agua. Viéndose Urdaneta con esta falta, sin vituallas y con una parte de la tropa seducida por los enemigos, tomó las precauciones necesarias para evacuar la villa. Al amanecer del 17 se puso en camino hácia Valencia salvando todas las armas y municiones, así como las familias que quisieron emigrar; solo dejó clavados seis pedreros, que embarazaban la marcha. A las seis de la mañana entró Calzada con su division en San Cárlos, cuando Cebállos se hallaba todavía en Barquisimeto. La villa fué saqueada, y los realistas cometieron los horrores y excesos que acostumbraban : esta demora salvó al general Urdaneta y á la guarnicion, que

no fué perseguida en su retirada, que hizo por la sierra de Macapo. Á los tres dias llegó íntegra á Valencia.

Desde esta ciudad dió parte Urdaneta al Libertador de lo ocurrido, quien se hallaba sitiado en San Mateo, asegurándole que Valencia debia ser atacada en breve por las fuerzas reunidas de Coro y Apure; añadíale, que no debia contar con ninguno de los pueblos del occidente, pues casi todos sus habitantes eran enemigos de la Independencia. En contestacion Bolívar encargó á Urdaneta que defendiera á Valencia hasta morir, porque estando allí almacenados todos los elementos de guerra, se perderia la República si esta ciudad caía en poder de los realistas. Le anunciaba que el general Mariño venía á decidir la campaña de San Mateo, y que hasta entónces no podia ser socorrida la plaza. « Enviad, ciudadano general, añadia, doscientos hombres en auxilio de D'Eluyar á la línea sitiadora de Puertocabello, á fin de que pueda cubrir el punto del Palito, por donde sería fácil á los Españoles enviar pertrechos á Bóves, que carece de ellos. » Esta órden importante se cumplió, por ser del todo necesario reforzar á los sitiadores de Puertocabello, para impedir que los realistas auxiliáran á Bóves con las municiones que tanto necesitaba : de esta falta dependia en gran parte la salvacion de Bolívar y de sus tropas encerradas en San Mateo.

Entre tanto Ceballos se habia unido en San Cárlos con la division de Apure, y encargádose del mando en jefe del ejército real de Occidente, que se elevó á tres mil hombres de todas armas. Por fortuna Ceballos era de la antigua escuela española; lento por consiguiente, y que nada se atrevia á arriesgar. Urdaneta solo pudo reunir en Valencia doscientos ochenta fusileros, para defender una ciudad abierta por todas partes, y que abrigaba muchos enemigos. Con tan débil guarnicion no tuvo otro arbitrio que fortificar la plaza principal, á fin de defenderse en ella de fuerzas muy superiores. Siendo harto difícil almacenar víveres, pues no se encontraba ganado vacuno en todos sus alrededores, y las riberas de la laguna estaban infestadas por algunas guerrillas enemigas, se vió en la dura necesidad de hacer matar y salar burros y mulas, acopiando algun maíz para la tropa. Procuró deshacerse de bocas inútiles en todo lo posible, y previno á los particulares que se proveyesen de vituallas para algun tiempo. Aun quedaron en la plaza personas inútiles, entre las cuales se contaban cerca de cuarenta de

la comitiva del arzobispo don Narciso Coll y Prat. Este digno prelado, conformándose con las instancias de Bolívar, y arrastrado por su propia caridad, habia salido de Carácas con aquel acompañamiento de clérigos á predicar la paz; y si esta no podia conseguirse, por lo ménos á que hubiera mansedumbre y observancia del derecho de gentes por los partidarios realistas. Nada pudo obtener, y su mision de paz y de caridad cristiana fué rechazada duramente; aun se asegura que algunos clérigos perecieron á manos de crueles guerrilleros. Tal era el motivo de hallarse el arzobispo en Valencia amenazado por los jefes españoles.

El ejército real se presentó delante de Valencia el 29 de marzo, y en el mismo dia Ceballos dirigió una intimacion para que Urdaneta se rindiera á discrecion. Bien léjos estaba el jefe republicano de cometer semejante debilidad; y rechazando tal proposicion, se preparó á una defensa vigorosa. Era gobernador militar de la plaza el coronel Juan Escalona, que tanto se habia distinguido por su valor; y gobernador político el célebre don Francisco Espejo: mandaba la artillería el comandante Taborda, á quien acompañaba el brigadier granadino Joaquin Ricaurte, nombrado por el congreso, segun dijimos ántes, segundo jefe del ejército, pero que no habia podido llegar al cuartel general hasta el principio de este año.

Afortunadamente los realistas carecian de artillería, pues la que tomaron en San Cárlos quedó inutilizada por los patriotas. Gobernaba su infantería el coronel Salomon, compuesta de las reliquias del regimiento de Granada, de los batallones Sagunto y Numancia correspondientes á la division de Apure, de algunos hombres de Coro y del occidente, regidos por el Indio Réyes Várgas, por el cura Andres Torréllas y por otros guerrilleros. El comandante general de la caballería era el teniente coronel Remigio Rámos.

Al siguiente dia (marzo 30), despues de haberse presentado el ejército real, principiaron los ataques vigorosos de los enemigos, que consiguieron se replegáran la mayor parte de las guerrillas que defendian la línea exterior, con el hospital y gran número de familias que buscaron asilo dentro del recinto fortificado de la plaza. En seguida ocuparon el rio con fuerzas superiores y cortaron el agua: pérdida irreparable para los independientes. Así continuaron los ataques y la defensa por cuatro dias con el

mayor vigor de una y otra parte. Peleóse á todas horas, y en todos los puntos, encontrando siempre los realistas la mas decidida resistencia de parte de los sitiados, sin embargo de que en los tres últimos dias carecian absolutamente de agua. Llegó el caso de que muchos soldados, abandonando el fusil, cayeran desmayados de sed. Estuvieron dadas las órdenes á todos los puestos de defensa para que se replegára la guarnicion al cuartel de artillería, si la plaza llegaba á ser forzada. Urdaneta y sus oficiales habian resuelto incendiar en el último extremo el parque, y volar con él.

En aquellas angustiadas circunstancias habia mas de un mes que Bóves tenia sitiado á Bolívar en San Mateo, sin que hubiera podido triunfar, así por el valor y entusiasmo de las tropas republicanas, como por la actividad y acertadas providencias dictadas por el Libertador. Gran parte de los llaneros de Bóves, cansados del sitio y disgustados porque no habian conseguido robar todo lo que se figuraban ántes, se desertaron, y la caballería se desmejoró por las fatigas de la campaña. Sin embargo era muy crítica la situacion de Bolívar, y las únicas esperanzas de salvacion del ejército republicano estaban fincadas en el arribo de las tropas de oriente que debian hallarse inmediatas.

Estas, en efecto, se aproximaban á marchas forzadas, divididas en cuatro cuerpos encargados de despejar de enemigos las llanuras del este de la provincia de Carácas, infestadas por guerrillas. En consecuencia el coronel Bermúdez se dirigió por el Chaguaramal de Mayora y valle de la Pascua; el coronel Arrioja se avanzó hasta Cabruta en la orilla izquierda del Orinoco; Tucupido fué el punto adonde se debia encaminar el coronel Manuel Valdes, porque el cura de esta parroquia habia sublevado los Indios á favor del rey; el teniente coronel Manuel Izaba seguia con la reserva la misma ruta por donde Bermúdez caminaba. Designóse para punto general de reunion el hato de Belen, situado al oriente del Calvario. Las operaciones trazadas por el general en jefe Mariño, aunque prolongaron las marchas y los apuros de Bolívar en San Mateo, tuvieron el mas feliz resultado. Los orientales triunfaron de varios tenientes y guerrilleros del llano en Tucupido, Aguanegra, Banco de Corosito, San Rafael, Altagracia y Lezama, pueblos ocupados por cuerpos francos ó guerrillas enemigas. Dos meses preciosos se invirtieron por el jefe supremo de oriente en tales operaciones

secundarias, en cuyo período estuvo á pique de perecer la República. Libres ya los pueblos que debian quedar á la espalda, dispuso Mariño que reunido el ejército se encaminára hácia Camatagua, á fin de seguir por la via mas recta á los valles de Aragua. Cuando llegaron sus avanzadas á San Casimiro el 21 de marzo, tuvo noticia de la rota sufrida por Rosete en Ocumare el dia anterior, y en consecuencia dispuso que Bermúdez con medio batallon saliese al encuentro de los fugitivos por el camino de los Pilónes. En efecto, Bermúdez consiguió cortarles la retirada, pero se trabó un combate reñido en todo el dia 22. No habiendo podido Rosete superar aquel obstáculo, dispersó por la noche su gente, siguiendo cada cual hácia el llano por la vereda que se le presentára en aquellos montes.

Por una casualidad feliz, en aquel mismo dia el mayor general Montilla y el coronel Palácios llegaron á la cima de la montaña con la columna que dirigian en persecucion de Rosete, desde donde divisaron las tropas de Bermúdez. Por algunos momentos las creyeron soldados enemigos, y fué grande el placer de unos y otros cuando reconocieron sus pabellones republicanos, y mutuamente se dieron la bienvenida. En breve se incorporaron Palácios y Montilla con el ejército de Mariño, á quien llevaron el auxilio muy oportuno de quinientos infantes veteranos, con lo cual se elevó su fuerza á cuatro mil hombres.

En el campo del Libertador se habian recibido algunas noticias sobre la marcha y operaciones del ejército de Oriente; mas se ignoraba su verdadera posicion, á causa del estrecho sitio que Bóves le tenia puesto. El jefe realista sí conocia el riesgo que le amenazaba por la espalda y que ya se aproximaba. Así, despues de haber hecho el 30 de marzo el último y desesperado esfuerzo que ántes referimos, perdió la esperanza de forzar á los patriotas en sus atrincheramientos. En consecuencia con gran dolor suyo comenzó á desamparar las posiciones que ocupaba al rededor de San Mateo, y se dirigió á encontrar al ejército de Oriente, que se avanzaba por el camino que de San Sebastian conduce á la villa de Cura.

Bóves tenia esperanza de atacar á Mariño ántes que arribára á las tierras altas y montuosas que separan las llanuras de los valles de Aragua: quiso apostarse en la Puerta, de fatal recuerdo para los independientes; pero Mariño, frustrando los planes del jefe realista, consiguió llegar á Bocachica, sitio que yace entre

la Puerta y Cura, donde tomó posiciones ventajosas. Eran casi iguales ambos ejércitos, compuestos principalmente de caballería.

Desde Bocachica destacó Mariño el 31 de marzo al jefe de su estado mayor teniente coronel Mariano Montilla con dos compañías, á fin de que hiciera un reconocimiento hácia Cura. En efecto, Montilla vió á las once de la mañana avanzarse el ejército real formado en columna. Al instante rompió el fuego contra Montilla, quien se replegó sobre la línea de batalla en buen órden. Habiéndose hecho fuerte en una posicion ventajosa, el enemigo se empeñó en cortarle desplegando sus alas, y en romperle con su centro. Montilla fué reforzado oportunamente por el mayor José Antonio Anzoátegui, y los realistas repitieron sus ataques para destruir aquel destacamento; pero siempre fueron rechazados. Entre tanto el intrépido coronel Bermúdez con la division que mandaba y un cañon arremetió á la izquierda de Bóves con mucho valor y acierto, apoderándose de una altura que ocupaba y obligándola á huir en desórden. El coronel Leandro Palácios á la cabeza del batallon Valencia auxilió al teniente coronel Montilla, é hizo retroceder la caballería realista cuantas veces le atacára.

Viendo el enemigo que no podia romper la derecha ni el centro de los independientes, cargó con el mayor denuedo y constancia sobre la izquierda donde se hallaba el general en jefe. Doscientos infantes colocados en un paso estrecho por donde habia de pasar la caballería de Bóves, y el fuego de un cañon muy bien servido, fueron bastantes para rechazar los escuàdrones realistas destinados á aquel empuje, los que huyeron en desórden. La caballería salió á perseguirlos, mas no los pudo alcanzar, porque los caballos de los patriotas se hallaban extenuados por tan largas y penosas marchas.

La infantería de Bóves habia consumido ya las pocas municiones que llevára al campo de batalla, y peleaba á la bayoneta protegida por la caballería, parte de la cual aun sostenia el combate á las cinco de la tarde, sin embargo de las muchas pérdidas que habia sufrido. Bóves aguardaba la caida de la noche para retirarse. El general Mariño, deseoso de terminar la batalla, dió órden para que el mayor general Valdes, con la reserva y con las fuerzas de la izquierda formadas en columna cerrada, atacára al centro del ejército español. Este no pudo

resistir aquella maniobra, ejecutada con denuedo y bravura; se retiró, pues, en calma y órden, sostenido por algunos escuadrones, tomando la direccion de Magdaleno y Güigüe. Era su objeto seguir á Valencia á unirse con las tropas de Ceballos.

En el campo quedaron tendidos los cadáveres de cerca de quinientos enemigos entre muertos y heridos. Los patriotas perdieron doscientos. De una y otra parte se peleó en este dia con mucho valor y constancia. Mas la victoria no fué tan decisiva como habria sido de desearse, pues Bóves se retiró con la mayor parte de su gente; y si hubiera tenido pertrechos, ¿quién sabe cuál habria sido el resultado final? Sufria el ejército de Oriente la misma falta, y por esto Mariño no se movió de sus posiciones. Valdes, Bermúdez, Montilla y otros jefes no pudieron conseguir por mas que le instaron el que les permitiera avanzar y perseguir á los que se retiraban. Es verdad que cada soldado solo tenia tres ó cuatro cartuchos; pero habrian sido acaso bastantes para dispersar las tropas de Bóves. Este era sin duda el enemigo mas formidable de la Independencia de Venezuela por sus talentos para la guerra, su tremenda energía, sus recursos y su valor indomable. Mariño lo temia aun despues de haberlo hecho sufrir aquel fuerte descalabro; pues en lugar de perseguirle ó seguir sus huellas hácia Valencia, tomó el fragoso camino de los cerros del Pao de Zárate y se dirigió á la Victoria, perdiendo en esta marcha, por la desercion y el cansancio, mas hombres y caballos que en el combate de Bocachica.

El mismo dia de esta batalla, desde el amanecer, emprendió el mutilado ejército de Bolívar su marcha de San Mateo hácia Magdaleno para cortar á Bóves, porque se calculaba que sería aquella la direccion de su retirada. Mas avanzó muy poco, á causa de que la artillería no podia seguir los movimientos de la infantería. El enemigo pasó aquella noche, y á las siete de la mañana del siguiente dia se supo la rota de Bocachica, y que Bóves se retiraba con direccion á Güigüe. Entónces la infantería y caballería independientes, dirigidas por el mayor general Tomas Montilla, corrieron en su persecucion. Quiso Bóves hacerse fuerte en Magdaleno, ocupando una posicion ventajosa; pero fué desalojado inmediatamente: lo mismo sucedió en la cuesta de Lluma y á la entrada de Güigüe. Siendo la marcha de los realistas por las márgenes del lago de Valencia, nuestras lanchas les hicieron un fuego vivo y acertado desde Magdaleno hasta

Guáica, el que les causó daños considerables aumentando el desórden de su retirada. Bóves tuvo en ella bastantes muertos, y se le tomaron cerca de trescientos prisioneros, mas de mil caballos y armamento, junto con otros artículos militares y gran parte de lo que sus tropas habian robado. Estas, segun su costumbre, cometieron en los pueblos que dominaron multitud de asesinatos, violaciones, saqueo y devastacion general. Mucha parte de sus equipajes era conducida por ancianos, mujeres y niños por no cansar los caballos, ni ocupar á los hombres útiles para la guerra. Gran número de aquellos desgraciados perecieron en la campaña por el hambre, las fatigas y los malos tratamientos.

Segun el testimonio del general Urdaneta en un documento oficial, perdió el Libertador, en el obstinado sitio de San Mateo, mas de doscientos oficiales de todas graduaciones; entre estos los coroneles Campo Elías y Villapol, y cerca de mil quinientos soldados valerosos y aguerridos. Pérdida que comparativamente podemos llamar inmensa para el país y para las circunstancias, aun cuando hubiera algo que rebajar.

Bóves llegó en su retirada á Valencia el 2 de abril con mas de tres mil hombres, y supo que en aquel mismo dia habia resuelto Cebállos en una junta de guerra que tuvo al efecto levantar el sitio. Las fuerzas reunidas eran numerosas, pues contaban cerca de seis mil hombres; pero la division de Bóves carecia de cartuchos, y la de Cebállos solo tenia á seis por cada soldado. Este jefe habia dado ya todas las disposiciones para emprender una marcha retrógrada, cuando se le pasaron diez y siete desertores republicanos, y dos de ellos le ofrecieron introducir por una senda oculta un cuerpo de tropas realistas dentro de la plaza fortificada, comprometiéndose á marchar á su cabeza y á responder con sus vidas del buen éxito. Cebállos determina entónces continuar el sitio un dia mas, y escoge una columna de seiscientos soldados para la empresa, número que juzga suficiente, porque la guarnicion de Valencia se halla extenuada de sed y de cansancio y la mayor parte heridos. La operacion debia ejecutarse á la média noche, y se encargaron de ella los comandantes Calzada, Rámos y Bóves mismo. Se puede asegurar que hubiera sido coronada por el suceso y destruida la guarnicion si el proyecto se ejecuta. Mas Calzada dijo á las dos y média de la mañana que desconfiaba de los deserto-

res, y Bóves no concurrió al lugar designado. Por consiguiente, Ceballos, temiendo al ejército de Bolívar y Mariño reunidos, se vió en la precision de levantar el sitio, que duró seis dias, los cuatro de contínuos combates, y de abandonar su presa, cuando ya debia entregarse Valencia por falta de agua y de lo mas necesario para la vida, así como por la extenuacion y las fatigas. Á las siete de la mañana (abril 3) se reunieron las fuerzas de los realistas á la falda del Morro, y poco despues desfilaron por el Guataparo abajo, siguiendo la ruta de San Cárlos, sin que los sitiados hubieran podido destinar una sola guerrilla á perseguirlos. Ambos jefes se retiraron al Tocuyito, á tres leguas de Valencia. Desde allí despachó Ceballos á Bóves por la via de la Guadarrama y del Pao, á fin de que fuera á reunir los dispersos en Bocachica, y á juntar nuevas tropas. Los tres mil llaneros que Bóves dejó con Ceballos, luego que se vieron privados de un jefe á quien idolatraban y temian, comenzaron á desertarse por escuadrones enteros. El brigadier Ceballos, para evitar semejante escándalo, se deshizo de ellos enviándolos á Calabozo, con el objeto de que se unieran á Bóves. Así lo verificaron casi todos, y este célebre caudillo volvió en poco tiempo á juntar el mismo ejército. Ceballos continuó su retirada hasta la villa de San Cárlos.

Debíase esta principalmente á la falta de municiones que tuvieron los ejércitos realistas de Barlovento y del Centro, falta que en aquella época salvó á la República. Provenia de que las tropas de Urdaneta, destacadas hácia Quibor cuando la rota de su jefe en Barquisimeto, hicieron una excelente operacion despues que Ceballos, dejándolas de perseguir, se encaminó á San Cárlos. Tomaron á Carora á la espalda de la division realista, é impidieron que de Coro enviasen municiones tanto á Ceballos como á Bóves. Esta circunstancia feliz contribuyó eficazmente á salvar por entónces á los patriotas de la multitud de enemigos conjurados contra ellos.

Luego que la ciudad de Valencia quedó libre por la retirada de los enemigos, se vieron los excesos cometidos por los sitiadores. Saqueadas todas las casas de la parte de la ciudad que ocuparon, quemadas muchas de ellas hasta á una cuadra de distancia de la plaza, cadáveres de hombres y mujeres insepultos por donde quiera, los templos violados y hechos establos para la caballería, las vestiduras y vasos sagrados destruidos y

robados; tal era el triste espectáculo que Valencia presentaba despues del sitio : no parecia que hubiera sido puesto por soldados de una nacion cristiana y civilizada que hacía la guerra á sus hermanos, sino por cuadrillas feroces de bárbaros. El arzobispo de Carácas sufrió el sitio, y escandalizado de tamaños excesos publicó de nuevo el edicto que diera en 20 de diciembre del año anterior excitando á la paz y concordia entre ambos partidos. ¡ Cuidados y exhortaciones inútiles ! Ninguno de ellos estaba en aptitud de oir los saludables y cristianos consejos del prelado, ni los dictámenes de la caridad fraternal. Solo respiraban guerra, destruccion y muerte.

Es harto enérgica la pintura que trazó el arzobispo Coll y Prat de los estragos de la guerra que se hacía en Venezuela. « Mi espíritu se conmueve, decia, y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; la vírgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando á su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano : todo esto está en mi corazon. »

El 3 de abril en que Cebállos levantó el sitio de Valencia, llegó Bolívar á esta ciudad : él dió, como era debido, los justos elogios á los que la habian defendido con tanto heroísmo. De allí regresó á la Victoria á verse con Mariño, á quien persuadió que debia seguir á Valencia con el objeto de hacer frente al ejército real. En aquellos dias trabajó el Libertador con la mayor actividad para organizar cuanto era posible en tan difíciles circunstancias la subsistencia del ejército y la recoleccion de víveres. Proveyó tambien á su equipo de vestuarios, de armas y municiones. Hecho esto, se dirigió con algunos refuerzos de tropas á la línea de Puertocabello. Habíala mantenido el modesto y bravo D'Eluyar con las tropas granadinas, sin que lo arredrasen los peligros que le circuían por todas partes : estuvo como sitiado por el ejército de Cebállos, que tenia á la espalda, y por fuertes partidas de guerrilla de los pueblos de Moron, Alpargaton y otras que le incomodaban. Reforzado, y libre su espalda, dispersó fácilmente aquellos atropamientos,

respirando de sus pasadas fatigas. D'Eluyar y las tropas granadinas de la Union adquirieron en aquellas circunstancias difíciles un mérito sobresaliente, por su valor y grande sufrimiento, así como por las oportunas providencias de su jefe. Sin el obstáculo insuperable que dichas tropas opusieron á los enemigos de Puertocabello, los jefes realistas de la plaza podrian haber enviado municiones á los ejércitos de Cebállos y Bóves, los que entónces muy probablemente hubieran triunfado de los republicanos.

Reunidas en Valencia las fuerzas del oriente y occidente de Venezuela, cuyos jefes se trataban cordialmente, se propuso el general en jefe Bolívar atacar á Cebállos, que estaba en San Cárlos. Marchó, pues, hácia esta villa una division de dos mil infantes y ochocientos jinetes dirigidos por Mariño. Luego que llegaron al Tinaco, se trató de aguardar las piezas de artillería de batalla, que se conducian lentamente cargadas por hombres, de esperar el parque y procurarse los víveres necesarios. En esto un hombre que parecia patriota se presentó al general, asegurándole que Cebállos, abandonando la villa, se retiraba por el camino que conducia á San Fernando de Apure. Creyóle aquel jefe, y olvidando la artillería, municiones y vituallas que necesitaban sus tropas, ordenó al mayor general Urdaneta que hiciera marchar las tropas á las doce de la noche, con el objeto de destruir al enemigo en su retirada. Mariño tomó la vanguardia con ochocientos caballos, y Urdaneta le seguia con cerca de dos mil infantes (abril 16). El ejército amaneció á dos leguas de distancia de donde estaban las primeras avanzadas de los realistas, que se replegaron hácia San Cárlos. Era ya conocido el engaño de la espía, y varios oficiales trataron de que se detuvieran allí hasta que se les incorporáran la artillería y el parque, especialmente las piedras de chispa de que tenian falta; pero el general Mariño mandó continuar la marcha, y á las diez de la mañana llegaron los patriotas al sitio del Arado, inmediato á la villa, donde descubrieron dos mil quinientos realistas que los esperaban formados en batalla : la caballería cubria las alas, y los infantes se hallaban al centro.

Fué así que Mariño, por su imprevision, se vió comprometido á combatir, sin tener las municiones suficientes : mas no era tiempo de retroceder; y pasando unos matorrales que dividian la llanura del Arado de la de Orupe, mandó formar la

línea de batalla al comenzar la primera que mediaba entre su ejército y el de los realistas, la que es llana enteramente. El órden de batalla que se adoptó fué análogo al de los enemigos : Bermúdez se colocó á la derecha, donde terminan las colinas que bajan de la cordillera; Valdes ocupó el centro, y en la izquierda se pusieron los soldados de la division Carácas, dirigidos por Tomas Montilla y por el teniente coronel Ramon Ayala. Dos trozos de caballería cubrieron las alas, y el resto se quedó con el general en jefe para ocurrir adonde lo exigiera la necesidad. Una compañía de infantes compuso la reserva.

Ninguno de los dos ejércitos tomó decididamente la ofensiva, y la mayor parte del dia 16 de abril habia corrido ya en tiroteos de las tropas lijeras, en ataques y maniobras de caballería. Á las cinco de la tarde un grueso cuerpo enemigo de esta arma atacó de firme la division de Bermúdez, la cual, despues de una descarga cerrada, se retiró á las colinas dejando un hueco en la formacion por donde pasaron los jinetes realistas : igual movimiento hicieron otros escuadrones que desde ántes amenazaban envolver la izquierda, cargando así gran parte de la caballería realista sobre doscientos infantes de la reserva, que desde el medio dia habia sido reforzada, encargándose su direccion al general Urdaneta. Al mismo tiempo Ceballos dispuso acometer al centro del ejército republicano con el regimiento de Granada á la bayoneta y setecientos caballos, segun él mismo dijo en su parte. Efectivamente consiguió romper del todo la línea de formacion y causar bastante daño á los independientes. Entónces, sobrecogida la retaguardia, compuesta en su mayor parte de caballería, se puso á huir : huyó el general Mariño, huyeron casi todos los jefes de division, y solo quedaron batiéndose en línea seiscientos infantes que pertenecian á la division de occidente. Habiendo pasado á su retaguardia la caballería enemiga, quiso envolver al cuerpo que mandaba Urdaneta atacándole por sus flancos; sin embargo del corto número de que se componia, rechazó al enemigo, llevándole en desórden hasta sus posiciones : esta heróica defensa salvó á los independientes, pues desembarazada la reserva de los enemigos que habia repelido, se incorporó á la línea de batalla. Afortunadamente los realistas se mantenian inmobles, cuando supo Urdaneta por el teniente coronel Ramon Ayala que en el flanco izquierdo no habia quedado otro jefe que él. Por la ausencia de Mariño el

mando correspondia á Urdaneta, y en calidad de jefe dió las órdenes convenientes para que Bermúdez se aproximára con el fin de restablecer la línea de batalla; lo que se consiguió recogiendo inmediatamente la infantería dispersa, pues la noche habia puesto término á la pelea de una y otra parte. Ántes de emprender la retirada, dispuso emboscar una partida de tropa, á fin de que atacára á un trozo de caballería enemiga que pasó á retaguardia persiguiendo á los fugitivos, el que á su regreso fué batido, pues venía en la confianza de que las tropas de Mariño habian sido enteramente derrotadas. Á las diez de la noche se emprendió la retirada con direccion al Tinaco, salvando los heridos, las municiones y todo lo demas que pertenecia al ejército, sin embargo de que habia huido casi la mitad. Al amanecer del 17 llegaron los restos al Tinaco sin encontrar al general Mariño ni á los otros jefes y jinetes que habian huido del campo de batalla; pero sí hallaron los cajones y algunos restos del parque destruido por los mismos, acaso para que no cayese en poder de los enemigos, ó para aprovecharse de las caballerías que lo conducian. No habiendo esperanza de racionar la tropa en aquel lugar, se continuó la marcha hasta el sitio de las Paloméras, donde existian algunos sembrados y era una posicion ventajosa contra la caballería realista, en caso de que los persiguieran. Allí encontraron ardiendo las cureñas de la artillería incendiadas por los fugitivos, y cuando buscaban los soldados algunas raíces para alimentarse, aparecieron Mariño y el comandante de la caballería Cedeño, que, abandonados por sus compañeros de armas, se ocultaron en el bosque. Continuóse la retirada hasta Valencia : fué pequeña la pérdida de los republicanos en muertos y heridos, siendo de los primeros el teniente coronel Martin Peñalver. El éxito de esta batalla fué de los mas singulares que pueden narrarse : Urdaneta contrajo aquel dia un brillante mérito, porque á él principalmente se debió la salvacion de casi toda la infantería, abandonada por los jinetes y por los jefes principales que habian huido.

En la línea de Puertocabello, cuya plaza pensaba asaltar, recibió el Libertador tan desagradable noticia, exagerada como sucede en tales circunstancias. Voló á Valencia, donde supo con placer que la pérdida era mucho menor, y gracias á sus activas providencias el mal se remedió en breve. Fué, sin embargo, necesaria toda la actividad y energía que le caracterizaban á fin

de superar los graves obstáculos que se oponian para juntar hombres, municiones, vituallas y todos los demas recursos necesarios para continuar la campaña. Inundada la tierra de guerrillas enemigas, casi ninguno trabajaba, porque no estaba seguro de gozar el fruto de sus fatigas : la guerra todo lo destruía, y el país presentaba por do quiera la triste imágen de la desolacion. A pesar de esto, la intrepidez, actividad y constancia de Bolívar no desmayaban; él esperaba siempre llevar á cima la independencia de su patria, y hacer frente á la tempestad que le rodeaba por todas partes. Lo mas urgente era entónces oponerse al ejército de Cebállos, que acababa de triunfar.

Por este mismo tiempo el capitan general interino de Venezuela mariscal de campo don Juan Manuel Cajigal, deseoso de acercarse al teatro de la guerra, habia emprendido su marcha desde Coro. Él puso en movimiento una division realista que existia en el occidente, y consiguió desalojar á los patriotas, que se habian apoderado de Carora, á los que hizo perseguir hasta Carache. Entónces continuaron su camino todas las municiones que habia remitido de Coro para las tropas reales que obraban en lo interior de Venezuela; auxilio de la mayor importancia para la continuacion de aquella sangrienta lid, y que debia poner á los realistas en aptitud de terminarla. Cajigal se unió (abril 30) en San Cárlos al ejército de Cebállos, de cuyo mando se hizo cargo. Allí declaró tenientes coroneles á los caudillos Bóves y Calzada, y al comandante de la caballería de Apure don Remigio Rámos.

Entre tanto el ejército independiente se hallaba concentrado en Valencia, y el español permanecia en sus posiciones de San Cárlos. Movióse este el primero trasladando al Tocuyito su cuartel general. En breve el republicano emprendió tambien su marcha (mayo 17) desde Valencia, acampándose á la vista del enemigo. Cajigal era superior en caballería, y Bolívar en infantería; así aquel maniobraba para que se diera la accion en la llanura, y este para atraer á los realistas hácia el bosque y tierras altas. Se batieron las guerrillas, y hubo tambien algunos desafíos y combates singulares en que varios oficiales patriotas adquirieron una justa fama de diestros y valientes, tales como el Maturiniense Francisco Carbajal, conocido por el sobrenombre de *Tigre encaramado,* á causa de su bravura; José Gre-

gorio Monágas, Genaro Vázquez y algunos otros naturales, ya del oriente, ya del occidente.

Despues de estos amagos para dar una batalla, Bolívar se retiró á Valencia el 19, á causa de las lluvias contínuas y á fin de esperar al general Ríbas, que sabía estar en marcha desde Carácas con un refuerzo. Cajigal se presentó al dia siguiente á un cuarto de legua de los republicanos en ademan de combatir; pero despues de haber reconocido las posiciones que ocupaban los patriotas, se retiró de nuevo hasta la llanura de Carabobo; él queria ganar tiempo miéntras que Bóves se movia con la numerosa y formidable caballería que nuevamente habia reunido en los Llanos de Calabozo. Mas queriendo este infatigable jefe aprovecharse de la ausencia del ejército del general Mariño, envió una division al mando de don Bartolomé Martínez á tomar á Barcelona, la que fué batida por el general Piar. Aquel descalabro detuvo la marcha de Bóves, á fin de repararlo, reuniendo al mismo tiempo las armas y municiones que le faltaban.

Cuando Cajigal se retiró de Valencia, Bolívar estuvo indeciso si le perseguiria, porque tenia fijos los ojos en el ejército de Bóves. Era ademas muy crítica la situacion de los patriotas. Racionaban las tropas con carne de burros, y carecian de todo lo mas necesario para la vida; solo ocupaban á Valencia, los valles de Aragua y á Carácas. Los campos estaban llenos de bandidos, y los realistas eran dueños de todos los llanos, donde solamente habia ganados, carnes y caballos.

En medio de tamañas dificultades, otra muy grave vino tambien á aumentar los cuidados de Bolívar: tal fué que gran parte de la infantería de oriente que Mariño condujo, seducida por los sarjentos, se hallaba pronta á desertar. En efecto, una columna de doscientos hombres abandonó el campo en el silencio de la noche, dirigiendo su vuelta á San Diego. Por fortuna el mayor general Urdaneta tuvo conocimiento oportuno del escándalo que se perpetraba, é inmediatamente envió un escuadron en alcance del cuerpo desertado; dispuso tambien que los oficiales se trasladáran sin tardanza á los cuarteles, á fin de impedir que otros siguieran tan mal ejemplo. No siendo los desertores prácticos del terreno, se extraviaron en los bosques, y fácilmente se les redujo á la obediencia. Luego que arribaron á Valencia, se les formó al frente del ejército; allí los cabecillas

fueron fusilados junto con un soldado de cada cinco. Cortóse el mal; pero su amago causó á Bolívar un profundo sentimiento, porque si tornaba á cometerse, podria ser de las mas funestas consecuencias.

Un refuerzo oportuno de ochocientos hombres, que trajo de Carácas el general Ríbas, puso al Libertador en estado de buscar á Cajigal con poco mas de tres mil hombres, para darle una batalla, y con este designio se puso en marcha (mayo 26). El ejército realista se hallaba situado en Carabobo, á seis leguas de Valencia, el que recibió igualmente un refuerzo de cuatrocientos jinetes de Apure, completando así tres mil hombres ó poco mas (1). Cajigal habia escogido el campo á todo su placer en el término meridional del valle, cubierta la espalda con la serranía de las Hermanas, la derecha é izquierda con alturas que impedian el que se le flanqueára. Á las nueve de la mañana del 28 de mayo descubrió el Libertador la línea enemiga á la extremidad de la llanura, cubierta la izquierda con la mayor parte de la caballería, y esta apoyada sobre un bosque y una pequeña altura ocupada por doscientos cazadores. La eminencia en que se apoyaba la derecha estaba igualmente guarnecida con tropas. El todo de la línea se habia situado sobre unas colinas muy ventajosas para la infantería, teniendo un campo raso donde obrára la caballería. La reserva, compuesta del regimiento de Granada, se apoyaba sobre el bosque de las Hermanas, que yacia á la espalda de los realistas. Al frente habian colocado cinco piezas de artillería, y otra á la izquierda. Delante de ambos ejércitos y fuera del tiro de cañon una zanja, cubierta de bosque, cruzaba la llanura, y el Libertador tuvo que hacerla pasar á sus tropas, ántes de formar la línea de batalla; operacion que los enemigos le permitieron ejecutar permaneciendo tranquilos. Formóla entónces al frente de los realistas en tres divisiones, mandadas por los coroneles José Francisco Bermúdez, Manuel Valdes y Florencio Palácios. Cubrian sus flancos dos escuadrones de carabineros. Atendida la superioridad numérica de la caballería enemiga, estableció una segunda línea de batalla, compuesta de la division del coronel Leandro Palácios, que era la reserva de la derecha, y de la del coronel Jalon, que en la izquierda hacía el mismo oficio. El resto

(1) Véase la nota 16ª.

de la caballería fué colocado en el centro. Los flancos de cada una de las divisiones estaban cubiertos con dos piezas de artillería.

Al medio dia marchó en batalla el ejército republicano contra el de los Españoles, que se mantenian inmobles: los patriotas avanzaron, sufriendo el fuego de la artillería enemiga sin disparar un tiro. Mas observando el Libertador que el jefe español reforzaba su caballería de la izquierda con dos escuadrones que tenia ocultos, y que prolongaba su línea por aquella parte, conoció que intentaba flanquear su primer cuerpo arrollando los carabineros de la derecha. Para prevenir este movimiento, hizo marchar oblicuamente la division del coronel Leandro Palácios, ordenándole atacára al enemigo; este con bastante celeridad formó en columna mas de trescientos caballos, y cargando denodadamente sobre la derecha de los patriotas, consiguió atropellar una parte del escuadron de carabineros, y pasar á retaguardia de la primera línea. Simultáneamente rompió el fuego toda la infantería realista, y un cuerpo de caballería distrajo la atencion de la reserva mandada por Jalon, aparentando querer atacarla. Estos movimientos, que habrian podido turbar el órden de otra infantería ménos aguerrida que la de Bolívar, causaron la pérdida del enemigo. La primera línea de los republicanos hizo un vivo y sostenido fuego, al mismo tiempo al frente que á la retaguardia, lo que turbó á la caballería realista. Comenzaba apénas á vacilar, cuando fué cargada por la nuestra, que en breve la arrolla y dispersa. La reserva del coronel Palácios hizo al mismo tiempo un gran destrozo en la caballería enemiga, que despavorida atropelló y rompió en su fuga la línea de su misma infantería, que trataba de darla proteccion. En aquel momento se aumentó el desórden del ejército realista, y aunque sus jefes procuraron sostenerse en las últimas alturas del centro, donde habian ya colocado algunas piezas de artillería, fué en vano, porque los patriotas no les permitieron restablecer su formacion. Aun quedaba firme en su puesto la reserva española y la caballería de la derecha; para destruirla, se previno á la reserva del coronel Jalon que atacase á la bayoneta aquellas tropas. Mas la reserva española, compuesta de cuatrocientos cuarenta hombres del regimiento de Granada, huyó cobardemente sin aguardar el combate. Se puso tambien en fuga la caballería de la derecha, encaminándose hácia la villa del Pao con su jefe Cajigal; el resto del ejército

huyó con Cebállos, y se le persiguió por el camino de San Cárlos. La victoria de los patriotas fué completa. De parte de los realistas murieron el mayor general de infantería Somarriba y varios oficiales; quedaron prisioneros el teniente coronel Puélles, el comandante del regimiento de Granada y otros oficiales subalternos. Entre el campo de batalla y el camino del bosque de las Hermanas se contaron trescientos cadáveres de los enemigos, fuera de los que perecieron en los montes. Se cogieron quinientos fusiles, toda la artillería, municiones y otros muchos efectos, así como cerca de cuatro mil caballos, gran parte con sus monturas, porque los abandonaban los jinetes para ganar mas pronto la espesura del bosque. El ejército de Cajigal perdió en un solo dia cuanto habia robado en mucho tiempo, y nuestros soldados quedaron ricos por el botin que hicieron. La pérdida de los republicanos fué insignificante: doce muertos y cuarenta heridos.

Á pesar de esta victoria, el ejército de Bóves causaba serios cuidados al Libertador. Para hacerle frente, dispuso que Mariño con mil quinientos infantes, setecientos jinetes y cien artilleros con siete piezas, fuera inmediatamente á situarse en la Puerta. Bolívar se dedicó entónces á buscar recursos con que alimentar y vestir á sus tropas hambrientas y desnudas. Ocupándose los habitantes de la provincia de Carácas y de otras casi exclusivamente en hacerse la guerra, y en destruirse unos á otros, la miseria habia cundido por todas partes. Así era que los soldados enfermos y heridos perecian en los hospitales y en los campos á causa del abandono en que se les dejaba por falta de asistencia y de medios. En aquellos momentos críticos y de funesta recordacion, las mujeres de Margarita, Carácas, Valencia y de otras ciudades dieron pruebas de su caridad, de su patriotismo y de la bondad de sus corazones, cuidando á los infelices soldados de la patria, ó enviándoles recursos para aliviar en cuanto les era posible sus dolencias y crueles sufrimientos. La situacion del Libertador se hacía diariamente mas crítica y penosa. Sus enemigos sacaban de los pueblos todo cuanto necesitaban por la fuerza y la violacion; él no usaba de tales medios para no acabar de exasperar á los habitantes del país, y por esto no podia conseguir los artículos necesarios para sostener la guerra. La lucha era, pues, desigual. Éranlo tambien las fuerzas respectivas, pues Bóves habia conseguido reunir un ejército numeroso de

infantería y caballería en los Llanos de Calabozo. Parecia por tanto necesario que el Libertador, despues de la victoria de Carabobo, marchára rápidamente contra aquel formidable enemigo. Pero en vez de hacer esto, Bolívar creyó necesario perseguir á los restos del ejército español; por tanto ordenó al general Urdaneta que siguiera en pos de Cebállos con setecientos infantes, y al coronel Jalon que persiguiese á Cajigal por el Pao, dándole cuatrocientos fusileros y seiscientos caballos. Esta operacion fué muy criticada por oficiales bien acreditados en aquella época, que vieron en ella los gérmenes de las desgracias sucedidas bien pronto. Bolívar, sin embargo, disminuyó los riesgos de aquel departimiento de tropas, disponiendo que la division de Jalon marchára á unirse con Mariño, cuando supo que Cajigal habia tomado la ruta de San Fernando de Apure.

Mucho necesitaba el general Mariño de este refuerzo : desde el 28 de mayo habian comenzado á moverse de Calabozo las tropas de Bóves, cuyo ejército se componia de cinco mil jinetes y cosa de tres mil infantes; estos, no ya sin cartuchos, sino provistos de abundantes municiones que el jefe realista habia conseguido en Guayana y Coro. Mariño, que no sabía el número formidable de las huestes enemigas, en vez de retirarse, cometió el error funesto de tomar posiciones en el campo fatal de la Puerta. Provenia la ignorancia en que se hallaba de las fuerzas realistas, de que los habitantes de los campos eran casi todos enemigos, y no daban noticia alguna, ni se hallaban espías. El 14 de junio se incorporó Bolívar al ejército; ya Mariño habia dictado sus disposiciones para combatir decididamente en aquel sitio. Bóves no dió lugar á los jefes republicanos de que pensáran en retirarse. Dejando ocultas en los matorrales y cañadas la mayor parte de sus fuerzas, rompió el fuego con la infantería mandada por Moráles, y se avanzó denodadamente contra la línea de batalla del Libertador, miéntras la caballería de este iba á atacar la derecha de Bóves. Al mismo tiempo la infantería y artillería republicana hacian fuego á la infantería realista. Á fin de que el ataque fuera mas decisivo, dispuso Bolívar que descendiera el batallon Aragua de una pequeña altura, donde se hallaba formado en columna, y que desplegára en batalla por el flanco izquierdo de la línea realista, á fin de envolverla y destruirla. Apénas se habia ejecutado este movimiento, aparecieron de improviso los escuadrones enemigos que

se mantenian ocultos, y cayeron cual nube destructora sobre los patriotas : los atacan, los rodean, los despedazan y en poco tiempo casi todo el ejército quedó tendido en el campo combatiendo la mayor parte y degollados á sangre fria los que rindieron sus armas. Bolívar, Mariño, Ríbas y otros jefes huyeron hácia Carácas; bien pocos escaparon de aquel terrible desastre. Artillería, fusiles, municiones, equipajes, papeles y cuanto los republicanos habian llevado á la Puerta, todo cayó en poder de los enemigos. Bóves dijo en sus partes, que solo habia perdido doscientos hombres entre muertos y heridos, y que de los patriotas habian perecido dos mil seiscientos; otros rebajan el número á la mitad, y segun datos que tenemos á la vista, pasaron de mil doscientos los muertos, entre los cuales se contaron el coronel Manuel Aldao, y el comandante Antonio María Fréites. El secretario del Libertador Antonio Muñoz Tébar y el coronel Jalon quedaron prisioneros y perdieron tambien la vida. Jalon fué ahorcado el dia siguiente en Cura y su cabeza remitida á Calabozo; aunque Español europeo habia sido antiguo amigo de la Independencia de Venezuela, sirviéndola con lealtad y constancia. Cuando Bolívar logró que se le canjeára por el teniente coronel Marimon, estaba Jalon reducido á un esqueleto por sus padecimientos físicos y morales en las bóvedas de Puertocabello; apénas convalecido asistió á la batalla de Carabobo, donde prestára servicios importantes. Tébar, el ídolo de Bolívar, del ejército y del pueblo, era un jóven amable, de talentos y de instruccion, incansable en el trabajo é impávido en las batallas; los acompañaron al sepulcro otros muchos oficiales. La patria gemebunda llora sobre la tumba de tantos valientes que perecieron en aquel funesto campo de muerte por darla existencia y libertad.

CAPÍTULO VII.

Consecuencias inmediatas de la derrota de la Puerta. — Sitio de Valencia. — El Libertador abandona á Carácas : funesta emigracion. — Capitulacion de Valencia violada por Bóves. — Este desobedece á Cajigal : sus providencias en Carácas. — Operaciones de Urdaneta en el occidente. — Pónese bajo la proteccion del congreso granadino. — Estado lamentable de la opinion y del país. — Calzada bate á Urdaneta en Mucuchíes : este se retira á Cúcuta. — Esfuerzos de Bolívar y compañeros para oponerse á los realistas. — Es derrotado en Aragua : huye á Cumaná, que abandona tambien. — Perfidia de Bianchi. — Ambicion é ingratitud de Ríbas con Bolivar, que sale expelido de la Costa-Firme. — Moráles es derrotado en Maturin. — Piar se apodera de Cumaná : Bóves lo derrota : crueldades de este en Cumaná : su desobedencia y carácter sanguinario. — Disensiones entre Ribas y Bermúdez. — Bóves derrota á este. — Batalla de Urica y muerte de Bóves. — Le sucede Moráles, quien ocupa á Maturin. — Muerte de Ríbas. — Dispersion y fuga de los jefes patriotas. — Operaciones de Calzada : su segundo, Rámos, ocupa á Cúcuta. — Calzada pierde su caballería en Guadualito. — Vuelve á este lugar, donde toma cuarteles de invierno. — Terminacion funesta de la segunda época de la República de Venezuela. — Movimientos de las castas; desobediencia de Bóves improbada por el gobierno español. — Expedicion que el rey envia á la Costa-Firme : su arribo. — Pacificacion de Margarita. — Pérdida en el navío *San Pedro*. — Carácter y facultades del general Morillo. — Junta de secuestros y otras providencias opresivas que dicta : desprecia á los criollos. — Deja mandando en Venezuela al brigadier Moxó : tropas que le da : Morillo se dirige á Santamarta : sus proclamas. — Comienza la reaccion patriótica en los Llanos : jefes que la promueven. — Expedicion de Monágas y socios á Guayana : su mal éxito. — Cedeño ocupa el Alto-Orinoco. — Partidas de guerrilla en Cumaná, Barcelona y Llanos de Carácas. — Retaliaciones de los partidos contendores. — Expedicion de Calzada contra el Nuevo Reino : es batido en Chire : pasa la cordillera y llega victorioso hasta Pamplona. — Revolucion de Margarita : combates que se dan, y valor de sus habitantes : excesos de los Españoles. — Operaciones del ejército independiente de Casanare. — Bate á los realistas en varios encuentros. — Páez adquiere fama : sus primeros años. — Acciones de Monágas, Parejo, Sarasa y Rójas. — Sufrimientos de los patriotas en los Llanos. — Mejora la opinion en su favor, y conciben esperanzas de un éxito feliz.

Año de 1814. — Despues de tan completa como lamentable derrota, Bolívar huyó rápidamente á Carácas, adonde llegó el 16 de junio, con el fin de trabajar, asociado del general Ríbas y de otros jefes, en ver si podia reparar el golpe funesto de la Puerta. De paso dió órden al coronel Escalona, que mandaba en Valencia, para que defendiera la plaza hasta el último extremo; previno tambien á D'Eluyar, que dirigia el sitio de Puertocabello, se sostuviera á todo trance, miéntras él conseguia recoger y enviar auxilios. Entre tanto se dedicó en Carácas á reanimar el espíritu público, y á juntar armas, municiones y recursos con que oponerse á los realistas.

En aquellos mismos dias se recibió en Carácas una noticia de España, que amenazaba nuevas desgracias para la causa de los independientes. Tal era el regreso de Fernando VII á la Península, y que se hallaba restablecido en el poder absoluto, echando abajo la constitucion y leyes que las Córtes de Cádiz habian dado á la Monarquía española. Libre la España de la invasion francesa, gobernada por una autoridad fuerte y sin trabas que impidieran ó retardáran su accion, y con tropas aguerridas sobrantes, era de temerse que muy pronto se dirigieran expediciones contra las provincias revolucionadas de América. Hasta entónces débiles refuerzos eran los que habia enviado la España para sostener su poder vacilante en sus vastas colonias. Á pesar de esto, sus partidarios mantenian la lucha con vigor, triunfando en algunas partes, como recientemente en Venezuela.

El ejército del feroz Bóves se adelantó como un torrente devastádor hasta la Victoria, persiguiendo á los fugitivos: la ocupó sin resistencia, destacando desde allí una division de mil quinientos hombres á cargo del capitan Ramon González, para que marchase sobre Carácas. Bóves tomó la ruta de Valencia, apoderándose de Maracay y demas puntos hasta la Cabrera, de los que se fugaban las poblaciones en masa, espantadas de los destrozos que cometian las tropas realistas. La Angostura ó istmo estrecho de la Cabrera se habia fortificado con fosos que cortaban el camino, con un fortin y cuatro lanchas cañoneras: el teniente de fragata Pedro Castillo estaba encargado de defender el puesto con doscientos cincuenta hombres de fusil y ciento mas á bordo de las lanchas dirigidas por el alférez de fragata Ildefonso Molero; otros aseguran que el comandante de tierra

era José María Fernández. Bóves hizo un reconocimiento de la posicion que ocupaban los patriotas y de sus cercanías : por desgracia observó que se podia flanquear trepando el cerro hácia el norte, y bajando despues sobre el istmo en la parte que no estaba cortada. Hízolo así, y atacando á los republicanos por donde no estaban preparados, les dió un combate á muerte el 17 de junio. Se defendieron con el mayor valor causando al enemigo una gran pérdida; mas no pudieron resistir al número, y Bóves hizo degollar á cuantos cayeron en sus manos : algunos se ahogaron en el lago, y otros consiguieron meterse en las lanchas y pasar á las islas del mismo lago, donde se mantuvieron cuatro meses dominándolo, hasta que el hambre y la division los compelieron á salir de sus guaridas; cayeron algunos en manos de los jefes realistas, consiguiendo otros arribar salvos á las costas del mar, donde se embarcaron para las colonias extranjeras (1).

Bóves, despues de asegurar sus flancos, marchó con mas de tres mil hombres sobre la ciudad de Valencia. Era su gobernador militar el coronel Juan Escalona, su segundo el teniente coronel granadino José María Ortega, y el doctor Francisco Espejo gobernador civil; componíase la guarnicion de cerca de quinientos soldados y algunos ciudadanos. Escalona fortificó las avenidas principales de la Plaza Mayor, y se decidió á defenderla hasta el último extremo. Al efecto mandó salar la carne de todas las bestias del servicio y de cuantos animales pudo haber á las manos. Púsose el sitio el 19 de junio, en que Bóves hizo intimaciones terribles á la guarnicion, amenazándola con que si no se rendia, los pasaria á todos á cuchillo. Mas fué en vano, y de ninguna manera pudo intimidar á aquellos valientes defensores de la Independencia venezolana. Situado Bóves en el Morro, dirigió desde allí continuos y desesperados ataques contra todos los puntos de Valencia; pero halló una resistencia heróica de parte de la guarnicion, que defendió palmo á palmo la ciudad, á pesar de que el agua se obtenia con mucha dificultad y los víveres no estaban abundantes. Los sitiados tenian esperanzas, aunque remotas, de recibir auxilio del occidente enviados por Urdaneta, y de que Bolívar pudiera restablecer algun tanto su fortuna y socorrerlos.

(1) Véase la nota 17ª.

Durante el sitio se hallaba este en Carácas, haciendo los últimos esfuerzos para reunir tropas y elementos militares con que oponerse á los realistas. El comandante de la línea de Puertocabello, teniendo á la espalda al ejército de Bóves, y por el frente á la guarnicion de la plaza, se vió en la triste necesidad de abandonar el sitio por la noche (junio 25). Juntó, pues, sus tropas, clavó la artillería que no pudo conducir, y sin que de modo alguno le molestáran los realistas, se retiró al puerto de Ocumare; embarcándose allí en la escuadrilla que bloqueaba á Puertocabello, se dirigió á la Guáira, adonde llegára felizmente. D'Eluyar, que habia manifestado en aquel largo sitio mucho valor y talentos militares, se reunió á Bolívar con las tropas granadinas y demas que dirigia, llevándole una division veterana que le podia ser muy útil en tan difíciles y terribles circunstancias.

El Libertador habia dictado en Carácas todas las providencias que le sugirieron sus distinguidos talentos para la guerra, su actividad y los ardientes deseos que tenia de dar á su patria independencia y libertad. Habia reunido al pueblo de la capital para ver si podia infundirle nuevo aliento, y para que le prestára los recursos que fueran posibles á fin de continuar la guerra; habia publicado la libertad de los esclavos que se alistáran en las banderas republicanas; habia recibido de las iglesias las alhajas de oro y plata que no eran del todo indispensables para el culto, con el objeto de que su valor sirviera para la defensa de la patria en aquellos momentos de peligro y de urgente necesidad; habia, en fin, acordado otras muchas providencias para salvar la República del naufragio que le amenazaba. Mas todo fué en vano: la division del ejército de Bóves dirigida por González se acercó á la capital, al mismo tiempo que otro guerrillero de nombre Machado se avanzaba por la ruta de la Sabána de Ocumare; diéronse algunos lijeros combates en Buenavista, Antímano y las Ajuntas, que fueron desgraciados á las armas republicanas. No quedando, pues, ningun medio á Bolívar para defender á Carácas, y no queriendo exponer á su amada patria á los riesgos de un sitio que habria irritado aun mas á los realistas, la abandonó (julio 6), dirigiéndose á la provincia de Barcelona. Una gran parte de la poblacion de la capital que temia perecer á manos de los soldados feroces de Bóves, emprendió una imprudente y fatal emigracion, en

que se comprendieron casi todas las familias de los patriotas; hombres, mujeres, ancianos y niños, dejaron aceleradamente su país natal y todas sus fortunas para trasladarse á otra provincia. Solamente llevaban los bienes que podian conducir á hombros con sus débiles fuerzas. La mayor parte iba á pié y debian pasar rios, montañas y precipicios intransitables, así como países anegados é insalubres. El abandono de Carácas por los patriotas y aquella funesta emigracion eran espectáculos capaces de despedazar los corazones mas insensibles; pero los realistas no tuvieron la menor piedad de tan lamentable catástrofe. Las tropas de Bóves persiguieron á los emigrados, los alcanzaron, mataron á muchos, robaron sus bienes, y cometieron todo linaje de excesos. Otra gran parte de esta emigracion pereció por el hambre, las fatigas y las fiebres; así fueron bien pocos los que llegaron á Barcelona.

El arzobispo, el marques de Casa-Leon y otros vecinos de Carácas llamaron al comandante de las tropas reales situado en Antímano, para que entrára en la capital abandonada: ellos intercedieron tambien para que no se cometieran los excesos y desórdenes que los llaneros habian ejecutado en otros pueblos. González, que era hombre bueno, escuchó benignamente tan filantrópicos ruegos, y apresuró su marcha á fin de llegar á Carácas primero que el jefe realista Machado, quien caminaba al mismo tiempo hácia aquella ciudad siguiendo la via de Ocumare. Aquel habia saqueado la parroquia del valle, y en camino para la capital asesinó al conde de la Granja y á otro vecino respetable, que salieron á recibirle. Detúvole en el Mamon una órden de González, quien así pudo entrar en Carácas el 7 de julio, primero que los demas, evitando los desmanes que sin duda hubiera cometido el feroz Machado con su partida de bandoleros.

Al mismo tiempo Bóves sitiaba á Valencia, sin que hasta entónces hubiera podido triunfar de los valientes patriotas que la defendian. Escasas las vituallas así como el agua, combatiendo todo el dia y parte de la noche contra enemigos tan audaces y numerosos, y sin esperanza alguna de auxilio, su constancia y valor aun no desfallecian. Mas al fin, viéndose reducida la guarnicion á un tercio de su número, no teniendo víveres algunos y estrechando el enemigo mas y mas el sitio, fué necesario tratar de una capitulacion. Desde el 8 de julio el gober-

nador militar Escalona envió al cuartel general de Bóves dos parlamentarios haciendo proposiciones. Bóves ofreció bajo de su palabra de honor conservar las vidas y propiedades de todos los que se halláran dentro de la ciudad; dar pasaporte á los que quisieran pedirlo dentro de quince dias, para que se trasladáran á un país extranjero, llevando consigo las propiedades que pudieran recoger en el expresado tiempo. Tambien ofreció conceder salvosconductos á los que permanecieran en el país, que no serian molestados por sus opiniones pasadas, jurando, así estos como los prisioneros, no tomar las armas contra el gobierno español. El comandante Escalona hizo convocar á las personas mas notables de la ciudad y á los oficiales de la guarnicion, á fin de que resolvieran lo que debia hacerse. La junta determinó que se aceptára la capitulacion, añadiendo un artículo de que se diese cuenta á Bolívar, el que se negó por Bóves; así como otro en que se exigia, que el comandante español prestase juramento solemne ante el Ser Supremo de que observaria inviolablemente la capitulacion. Bóves dijo que ofreceria bajo su palabra de honor cumplir exactamente las condiciones estipuladas. Conforme á estas bases, firmóse la capitulacion el 9 de julio por el teniente coronel Félix Uzcátegui y el doctor Miguel Peña de parte de los patriotas. Entregóse la plaza el 10 de julio, despues de haber sufrido un sitio de diez y nueve dias de continuos combates con cerca de cuatro mil hombres que tenia el ejército real.

Esta solemne capitulacion fué violada en todas sus partes. El gobernador político doctor Espejo, cosa de noventa vecinos de la ciudad, sesenta y cinco oficiales patriotas y mas de trescientos individuos de tropa y del pueblo fueron lanceados inhumana y pérfidamente por órdenes de Bóves y por sus feroces soldados. Apénas pudieron escapar como cinco oficiales de los defensores de Valencia: estos fueron el coronel Escalona, su segundo el teniente coronel Ortega, el doctor Miguel Peña y otros dos, que, no creyendo en las promesas de Bóves, se ocultaron. De hechos tan atroces como estos se puede inferir cuántos serian los excesos y crueldades de aquel bárbaro caudillo en los pueblos indefensos, á favor de los cuales no habia empeñado solemnemente su palabra de honor llamando por testigo al Ser Supremo.

Cuando Valencia se entregaba por una capitulacion, arribaba

al Tinaquillo el ejército del Centro, á cuya cabeza estaba el capitan general don Juan Manuel Cajigal, que hizo los mayores esfuerzos por anticiparse. Este, despues de la batalla de Carabobo, huyó, segun hemos dicho ántes, por el Pao hasta San Fernando de Apure. En el intermedio, con el auxilio de los conocimientos locales y de la actividad de los tenientes coroneles Calzada y Rámos, se volvieron á juntar los llaneros dispersos reorganizándose nuevamente el ejército. Tornó, pues, Cajigal á su cabeza marchando á San Cárlos, á fin de cooperar á la rendicion de Valencia, que supo en el Tinaquillo. Cajigal, usando de la autoridad propia de la capitanía general de Venezuela, que estaba á su cargo, exigió á Bóves una razon de sus operaciones militares y de la capitulacion concedida á Valencia. Bóves se denegó á obedecerle, diciendo : — « que le dejára obrar libremente hasta la total pacificacion de las provincias; que, verificada esta, se haria cargo del gobierno y de la capitanía general, manteniéndose entre tanto en los pueblos pacificados á la retaguardia como, San Cárlos : » añadíale, « que si queria instruirse de sus operaciones, podia ocurrir al comandante general don José Cebállos, nombrado por el mismo Cajigal, á quien habia dado cuenta de ellas. » — El capitan general nada mas pudo conseguir de Bóves, quien, apoyado en diez mil llaneros que mandaba y que le idolatraban por el robo, los asesinatos y otros delitos que les permitia, se burló de la autoridad superior de aquellas provincias. Llegó á tanto su audacia, que establecida la real audiencia en Puertocabello, Bóves erigió á su amaño otro nuevo tribunal para que conociese de las causas del país que él llamaba *de su conquista*. Reconvenido por sus jefes, se excusaba diciendo : — « que habia dado cuenta al rey ; » y como todos lo temian, ninguno se atrevió á hacerle una decidida oposicion, pues no podian reducirle á su deber. Dejamos á nuestros lectores la triste consideracion de cuál sería entre tanto la suerte de los infelices pueblos bajo del yugo opresor de un tirano tan feroz y sanguinario.

Desairado Cajigal y haciendo de la necesidad virtud, se retiró á Puertocabello á esperar allí el fin de la reconquista de Bóves; dió cuenta de todo al capitan general don Francisco Montalvo, de quien dependia, y esperó sus órdenes, extendiendo su autoridad á todo el país que no habia sujetado Bóves.

Este, despues de visitar á Puertocabello, donde fué muy fes-

tejado por los exaltados realistas, que allí se habian refugiado, y á quienes las felices operaciones de aquel caudillo libertaron de las penalidades de un largo sitio, regresó á Valencia, de donde partió á Carácas el 26 de julio. Dejó mandando en dicha ciudad al oficial don Luis Dato, Español cruel, de la misma calaña que su jefe; dispuso tambien que Moráles, con una fuerte division, siguiera en persecucion de Bolívar y de los restos fugitivos de los patriotas, que despues de atravesar las montañas de Capaya, se dirigian á Barcelona por el camino de la costa. Diez dias permaneció Bóves en Carácas, y sus actos mas notables respecto de la capital y del territorio cuyo mando habia usurpado tan audazmente, fueron el nombramiento de don Juan Nepomuceno Quero para gobernador de la provincia, dos indultos que expidiera desde Valencia y que se publicaron en 18 y 26 de julio, y una órden fulminante que dirigió á todas las justicias mayores de los pueblos, autorizándolas para que por sí solas y sin la intervencion de ningun tribunal superior impusieran la pena capital á todos aquellos que hubieran tenido parte en la muerte de los Españoles prisioneros, ejecutada en el mes de febrero último. Órden tan bárbara y sanguinaria produjo los actos mas arbitrarios, pues personas oscuras é ignorantes quedaron autorizadas para escoger sus víctimas, bajo el pretexto de que hubieran tenido parte en dichas ejecuciones. Distinguióse el traidor á la patria Quero en estas venganzas, y adquirió un renombre funesto el llamado Chepito González, jefe de los verdugos realistas de Carácas, así como la cañada Coticita, lugar donde asesinaban á los patriotas. Los valles de Aragua fueron tambien diezmados, matando del mismo modo y con igual arbitrariedad á cuantos republicanos se habian atraido el odio de algun malvado realista. Aseguran las Memorias de aquel tiempo desgraciado, haberse mostrado Quero mas cruel que el mismo Bóves, quien se dejaba influir por los consejos de algunos realistas de probidad, como los Jóves, Návas Espinola y don José Domingo Duarte; así fué que se tuvo por una desgracia su pronta marcha de Carácas, de donde se dirigiera hácia la provincia de Barcelona.

Veámos ahora cuáles habian sido las operaciones de Urdaneta al occidente de Venezuela.

Le dejamos cuando marchó despues de la batalla de Carabobo, persiguiendo con setecientos infantes á los restos del

ejército español, que habian huido con Ceballos hácia el occidente. El jefe realista no se detuvo hasta Barquisimeto, porque no se juzgaba capaz de hacer frente á los que le perseguian. Urdaneta habia recibido del Libertador la órden de marchar hasta el Tocuyo, reunirse con la division que mandaba el teniente coronel Domingo Meza, y salir despues á los Llanos de Araure y Guanare, á fin de juntar caballos, ganados y vituallas para conducir todo esto á Valencia, donde habia una suma escasez de alimentos. Urdaneta ocupó á San Cárlos el 1° de junio, y dejó allí ciento cincuenta hombres á las órdenes del valeroso comandante José María Rodríguez, con el objeto de asegurar sus comunicaciones con el cuartel del general en jefe. Dejó tambien los equipajes, enfermos, heridos y el parque sobrante. Con el resto y veinte mil cartuchos continuó su marcha al Tocuyo, y dió las órdenes correspondientes á las tropas acantonadas en aquella comarca. Hallóla plagada de partidas reanimadas con la presencia de Ceballos en Barquisimeto, que iba juntando ya algunas fuerzas. Todo el país era enemigo, y por do quiera se encontraban facinerosos que á nombre del rey mataban, asesinaban y robaban cuanto podian. Desde el Tocuyo se dirigió Urdaneta á la villa de Araure; y apénas comenzaba á ocuparse de la recoleccion de ganados y caballos, cuando supo, aunque confusamente, los desastres acaecidos al ejército libertador, y se le dijo que San Cárlos estaba ocupado por los realistas. Dirigióse entónces á esta villa, adonde entró por la fuerza, despues de batir dos guerrillas enemigas: allí supo la derrota funesta de la Puerta; que el comandante Rodríguez habia salido para Valencia en auxilio del gobernador Escalona, llevándose todas las municiones y los demas aprestos militares; y que á una legua de Valencia fué atacado por un cuerpo de caballería del ejército de Bóves y obligado á tomar la serranía de la izquierda; en fin, que Valencia estaba sitiada estrechamente.

Era evidente que muy pronto deberia ser atacado por la caballería que mandaba Remigio Rámos en número de seiscientos jinetes; él solo tenia unos pocos hombres desmontados y seiscientos infantes escasos, que carecian de equipo y municiones por haberlas llevado Rodríguez. Fuera de esto, se hallaba embarazado con mas de mil emigrados; todo lo cual hacía muy crítica su situacion. Despues de consultarla con sus oficiales,

determina regresar al occidente, abriéndose paso al traves de cualquier enemigo que pretendiera impedírselo, penetrar hasta el Tocuyo, reunirse á la division de Meza, y aguardar noticias posteriores de Valencia y Carácas. Al romper su marcha apénas contaba con seis mil cartuchos, y por tal motivo excusó entrar en combates, destinándolos para batir á Ceballos, quien todavía ocupaba á Barquisimeto. Por fortuna aquel jefe, que era demasiado prudente, evitó la accion retirándose á Siquisique; quedó, pues, franco á Urdaneta el camino de Trujillo, adonde se dirigió. Todos los dias tuvo que batirse con partidas de ladrones realistas que infestaban los caminos, y que mataban á cualquier soldado que se apartára un poco de la formacion.

Urdaneta descansó pocos dias en el Tocuyo, para ver si podia adquirir noticias de Bolívar. Allí se le presentaron algunos soldados del destacamento de ciento cincuenta hombres con que el valiente oficial Rodríguez habia seguido de San Cárlos á Valencia, donde no pudo entrar. Despues de tomar la serranía, concibió el arriesgado proyecto de reunirse á la division de Occidente, donde quiera que se hallára. Su marcha fué por Nirgua, San Felipe, Yaritagua y Barquisimeto. Perseguidos vivamente por las muchas guerrillas de que estaba plagado el país, y combatiendo casi todos los dias, aquellos valientes no se arredraron y pudieron coronar su heróica empresa. Solo cuarenta y seis se reunieron á Urdaneta, conducidos por el comandante Landaeta, pues Rodríguez habia muerto el dia ántes en las cercanías de Quibor, peleando por su patria.

En Trujillo, reunida ya toda la division, dió Urdaneta descanso á las tropas, compuso el armamento, montó un escuadron de dragones, y reorganizó sus fuerzas, que se componian de piquetes de diferentes cuerpos. De ellos formó tres batallones, denominados Barlovento, Valencia y la Guáira. Confirió el mando del primero á Andres Lináres y José Anzoátegui; del segundo á Miguel Martínez y Pedro Leon Tórres; y del tercero á Domingo Meza y Juan Sálias. Nombró comandante de la caballería á Bartolomé Cháves. Costóle mucha dificultad la subsistencia de su division por la escasez y carestía de los víveres, que pagaba para no exasperar á los pueblos. Consistian los fondos de su caja militar en quince arrobas de plata que habia tomado de las iglesias de Trujillo y de otras parroquias: fondos escasos verdaderamente, pero que eran suficientes para el soldado re-

publicano, que se contentaba con muy poco en aquella triste época de la patria.

El capitan general de Venezuela, despues que Bóves le negó la obediencia, dispuso que la division que mandaba don Sebastian de la Calzada y don Remigio Rámos marchára al occidente de la provincia de Carácas en persecucion de Urdaneta. Reunió este en Trujillo mil fusileros excelentes, de aquellos veteranos que habian peleado desde el año anterior en tanta multitud de combates. En la incertidumbre de la suerte que le hubiera cabido al Libertador, y teniendo poca esperanza por entónces del restablecimiento de su fortuna y de su mando, se dirigió Urdaneta al congreso de la Nueva Granada manifestándole el estado lamentable de la República de Venezuela (julio 27): le ofrecia que defenderia las provincias de Mérida y Trujillo palmo á palmo, y que en último caso se replegaria hácia Cúcuta salvando las tropas y armas que pudiera, las que pondria á disposicion del congreso granadino. Fué muy triste la enérgica pintura que el general Urdaneta hizo al congreso del estado del país en el parte que le dirigiera desde Trujillo. « De aquí para adelante (hácia Valencia) son tantos, decia, los ladrones, cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen á su bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; voluntariamente se reunen en los campos á hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países mas abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas, y sus habitantes se van á los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas tal vez á buscar el alimento, es sacrificado. El país no presenta sino la imágen de la desolacion. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por donde quiera, y el resto de los hombres reunidos por todas partes para destruir al patriota. Nosotros no poseemos un caballo, ni tenemos un soldado que no sea de Carácas y de los valles de Aragua, y en mayo quedaban muy pocos de que echar mano en aquellos países. »

Tal era el estado en que se hallaban los cantones occidentales de las provincias de Carácas, Trujillo y Mérida. El cuadro trazado por Urdaneta era verídico por confesion de los mismos realistas, cuyo testimonio en la materia es irrecusable. El asesor de la intendencia de Venezuela doctor don José Manuel Oro-

pesa, en una carta escrita poco ántes (18 de junio) al superintendente de hacienda don Dionisio Franco, despues de quejarse de la derrota que habian sufrido los realistas en Carabobo, que atribuía á las erradas providencias de los jefes, hacía revelaciones importantes. Se lamentaba amargamente del poco zelo de sus partidarios, de su insubordinacion y indisciplina : decia, que los jefes estaban obligados, porque no podian hacer otra cosa, á — « autorizar el desórden, el robo, el asesinato, el vicio, la insubordinacion, el escándalo, y qué sé yo qué mas; que los pueblos eran devastados, y acuchillados indistintamente todos los que tenian algo que robarles, premiando despues al vil asesino y al infame ladron. » Hablando del estado del país, era muy fúnebre el cuadro que trazaba. — « No hay ya provincias; decia, las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas, unas á centenares, otras á decenas, y de otras no queda mas que los vestigios de que allí vivieron racionales. Esta no es una exageracion, es una verdad que la he palpado con bastante dolor. Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria, y tal vez sin mas delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. La agricultura enteramente abandonada, y así es que ya no se encuentra en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad. En una palabra, he visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios. No se puede decir mas, ni yo me atrevo á referirle lo mas que he visto y que he llorado... El riesgo que corremos es inminente. Sola la consideracion de que defendemos una causa en que se interesa la religion, el rey y nuestra propia tranquilidad y quietud, pudiera darnos serenidad y valor para ver de cerca sin huir un riesgo y un peligro que nos va á atraer una escena mas inhumana y trágica que la que sufrimos. Está ya al presentarse á cara descubierta, pues está ya en ejecucion con embozo. Los blancos somos el objeto, etc., etc. »

El testimonio del realista Oropesa vale mucho en la materia, porque hablaba de sus mismos partidarios. Infiérese de él, segun ántes dijimos, que los jefes realistas consiguieron enajenar la opinion de los pueblos, permitiéndoles el robo, el asesinato, el saqueo y los demas crímenes ya mencionados; y con esta conducta los hicieron enemigos acérrimos de los ricos ciudadanos, fueran

ó no patriotas, pues los bautizaban con este nombre. Así fué que consiguieron alistar bajo del estandarte real á las ínfimas clases del Estado y á todas las castas: estas bien pronto conocieron su fuerza, y concibieron la idea de destruir á los criollos blancos que habian hecho la revolucion ¡ Y habia jefes españoles dependientes de una Monarquía, que para vengarse de los republicanos promovieran revolucion tan horrible! ¡ Qué bárbara estupidez!....

Estimuladas las masas populares de Venezuela por incentivos tan poderosos, corrian por do quiera á las armas, y los jefes realistas reunian en breve ejércitos superiores á los republicanos. Así fué que los comandantes Calzada y Rámos, despues de ocupar á San Cárlos, abandonado por Urdaneta, recibieron de Cajigal la órden para que le persiguieran hácia el occidente. Reuniendo guerrillas al cuerpo de tropas que tenian, juntaron mas de dos mil hombres de toda arma. Fuéles por tanto muy fácil ocupar simultáneamente casi todos los pueblos de la provincia de Trujillo. — Dejamos á Urdaneta en la capital, de donde se vió en la necesidad de emprender su retirada dirigiéndose á la ciudad de Mérida, hácia la cual se adelantó con una numerosa emigracion, á fin de preparar lo necesario para las tropas. Los emigrados le tachaban de cobarde, porque decian que abandonaba el país sin combatir huyendo de partidas de ladrones, pues por falta de noticias no podian persuadirse que Calzada dirigiera un cuerpo numeroso de soldados. Fastidiado Urdaneta con tales críticas, resolvió imprudenta é indebidamente dar una accion desventajosa, tanto por el número relativo de las divisiones contendoras, como por la falta de municiones de la republicana, que solo tenia diez cartuchos para cada soldado. El combate se trabó el dia 7 de setiembre en el pueblo de Mucuchíes con bastante vigor por una y otra parte: sin embargo la division republicana fué batida y perdió cerca de cuatrocientos hombres; pérdida muy sensible en aquellas circunstancias. Urdaneta continuó su retirada hácia los valles de Cúcuta, adonde llegára el 1º de octubre con ochocientos infantes y un escuadron de carabineros desmontados. Lo acompañaban jefes y oficiales muy distinguidos, como el coronel Florentino Palácios, su segundo, y los comandantes de los cuerpos ya nombrados: venian tambien allí los tenientes coroneles Miguel Valdes, Bartolomé Cháves, Miguel Vázquez, Jacinto Lara, Fran-

cisco Picon, Francisco Conde y otros varios oficiales que despues se hicieron célebres. Entre estos debe contarse al capitan José Antonio Páez, quien se retiraba de Mérida.

Desde Trujillo habia indicado Urdaneta al congreso de la Nueva Granada lo importante que sería para la defensa de sus provincias organizar en Casanare una fuerza de caballería, é impedir que los realistas se apoderasen de los muchos caballos que aun existian en esta provincia. El gobierno general acogió tan importante indicacion, y en cumplimiento de sus órdenes envió Urdaneta por la salina de Chita doscientos hombres del batallon de Valencia al mando del sarjento mayor Pedro Leon Tórres. Siguieron tambien todos los jefes, oficiales y hombres útiles para la caballería, que debia mandar el teniente coronel Miguel Valdes, luego que se reuniera. Entre dichos oficiales fué á Casanare el capitan Páez, y tanto los doscientos infantes como los mencionados jefes y oficiales compusieron el núcleo del ejército de Oriente, que tanta celebridad adquiriera despues, y que eficazmente contribuyó á sostener la bella causa de la independencia de Venezuela. De él se formó en una época posterior el ejército de Apure.

Por fortuna de Urdaneta y de las provincias granadinas, la division de Calzada no persiguió á las tropas republicanas sino hasta la ciudad de Mérida, fijando allí su cuartel general. Aguardaba recibir órdenes y noticias del resultado de la campaña del oriente de Venezuela, así como dar descanso y proveer de recursos á su division. Esta inaccion fué un suceso muy feliz, porque la Nueva Granada carecia de tropas que la defendieran, y no habria podido resistir.

Despues de habernos ocupado en referir los sucesos del occidente de Venezuela, volvamos hácia el oriente, en cuyo camino dejamos á Bolívar y á todos los emigrados de Carácas, perseguidos de muerte por los realistas y por las penalidades inherentes á tan funesta emigracion. Segun hemos indicado ántes, pereció esta en gran parte por la cuchilla de los soldados de Bóves, el cansancio, el hambre, la intemperie é insalubridad del clima. El Libertador salvó las tropas y elementos militares que habia sacado de Carácas, situándose en la villa de Aragua de Barcelona. Allí trabajaron Bolívar, Ríbas y Bermúdez, así como otros jefes y oficiales, con mucha actividad para formar un ejército que pudiera oponerse á los realistas. El

general Mariño, que mandaba en aquellas provincias como jefe supremo, envió desde Cumaná hombres, dinero, pertrechos y los demas auxilios que pudo proporcionar al ejército republicano. Fijóse el cuartel general en Aragua, villa fundada sobre el rio de este nombre, que desemboca en el Guere, tributario principal del Unare. Bolívar la hizo fortificar cuanto le fué posible, reuniendo allí los restos que le habian quedado de sus intrépidos batallones, á los que agregára todos los hombres que pudo reunir, tanto de los emigrados, como del territorio que aun se hallaba libre. De la mas distinguida juventud caraqueña formó un batallon de ochocientas plazas, dirigido por el comandante Pedro Sílias; cuerpo que no desmintió el patriotismo y el valor con que siempre se han distinguido los habitantes de aquella ilustre ciudad. Bolívar, auxiliado eficazmente por sus compañeros de armas, trabajó en Aragua con aquella actividad infatigable, aquel vigor y entusiasmo por la independencia de su patria que le eran característicos. Pero solo tuvo poco mas de un mes de término, y es fácil concebir que en tan corto espacio no era posible crear un ejército capaz de oponerse con buen éxito al número, al valor y á la fortuna de los Españoles.

Presentóse Moráles delante de Aragua con cerca de ocho mil hombres, segun los mismos realistas, y los patriotas apénas contaban tres mil (agosto 17). El Libertador habia dispuesto hacer la principal oposicion en el paso del rio Aragua y por donde lo atravesaba el camino real: en efecto, dividió su fuerza en tres cuerpos que se apoyáran mutuamente, los que debian cambiar sus respectivas situaciones conforme lo exigiera la necesidad. Bermúdez, que habia conducido mil hombres desde Cumaná, y que obraba como segundo jefe, queria que se hiciera la defensa en la parte fortificada de la poblacion, dictámen equivocado porque se inutilizaba la caballería, que era excelente, y á la que dirigian oficiales muy distinguidos. Con tales contradicciones y con los zelos que ya se manifestaban á las claras entre los jefes y oficiales del oriente y occidente de Venezuela, el Libertador se veía compelido á usar de perjudiciales condescendencias; así, dejó que Bermúdez modificára el plan que habia trazado, y que no pudo llevar á efecto cual convenia en las circunstancias.

Moráles ordenó el ataque el 18 de agosto por el punto en que el camino cruzaba al rio Aragua, miéntras que una parte con-

siderable de sus tropas intentaba pasarlo mas arriba por el flanco izquierdo de los republicanos. Un batallon que cubria el mencionado flanco, y que hubiera podido oponerse al ataque del enemigo, habia sido mandado retirar por Bermúdez. Así fué que las tropas del centro, embestidas por el frente y por el flanco, tuvieron que replegarse á las calles. El ala derecha, capitaneada por Bolívar, viéndose aislada, ejecutó igual movimiento. Apoderáronse entónces los realistas de un bosque que rodea en parte la villa, y desde allí hicieron un fuego horroroso contra los patriotas, á quienes por otros puntos estrechaban sus masas de infantería y caballería. Batallones enteros fueron destrozados por los Indios, negros, zambos y mulatos que mandaba Moráles. Los republicanos pelearon con desesperacion, seguros de que no se les daria cuartel y de que en Aragua iba á decidirse la suerte de su patria. Hácia la mitad del dia, y despues de haberse combatido por mas de dos horas, el mejor cuerpo de caballería, capitaneado por Francisco Carbajal, fué deshecho y su jefe muerto; ya se habia adquirido un renombre eterno por su arrojo y valentía, pues adonde quiera que se lanzaba en la pelea, los enemigos tenian que cederle el paso. Vencidos este y otros obstáculos, nada pudo resistir al número y al arrojo de los llaneros, y los patriotas fueron despedazados. Conociendo Bolívar que era inútil ya la resistencia, se retiró con mucha parte de la gente de Carácas por el camino de Barcelona. Bermúdez prolongó la defensa hasta las dos de la tarde, retirándose entónces hácia Maturin, acompañado por algunos restos de la caballería, dirigidos por los comandantes José Tadeo Monágas, Pedro Sarasa y Manuel Cedeño.

Pereció en aquel terrible combate casi todo el batallon de Carácas, incluso Sálias. En la iglesia de Aragua se encerraron cerca de mil personas entre soldados y otras gentes del pueblo. Todos fueron degollados, hasta sobre el mismo altar, donde se ofrecian sacrificios al Ser Supremo : el pavimento de la iglesia quedó cubierto de sangre y de montones de cadáveres. Si en el templo no se dió cuartel á los republicanos, mucho ménos se les daria en el resto del campo de batalla; así fué que perecieron mas de tres mil patriotas. Casi todas las armas, municiones y equipajes cayeron en poder de los realistas, que, segun su misma confesion, tuvieron mil once muertos y ochocientos treinta y dos heridos.

Persuadido el Libertador de que no podia defender á Barcelona, la evacuó, dirigiéndose á Cumaná con los restos que habia salvado del campo sangriento de Aragua. Ocupóla Moráles inmediatamente, lo mismo que á toda la provincia. A Cumaná se encaminaron tambien los generales Ríbas y Piar. Mariño, luego que supo la derrota, publicó la ley marcial; y con acuerdo del gobernador de Cumaná, Francisco Ascué, del comandante de artillería Francisco Sucre y de los coroneles Palácios, D'Eluyar, Valdes y Montilla, resolvió concentrar en Güiria todas las fuerzas y recursos que tenian los patriotas. Esta posicion era excelente, muy fácil para defender, y en donde podria recibir auxilios de armas y municiones de los países extranjeros. Mariño dió sus órdenes al coronel José Francisco Bermúdez, para que las tropas que mandaba en Maturin marcháran á Güiria: por un bando convidó al vecindario de Cumaná y de sus cercanías á que emigrase á dicho punto; llamó á los buques de la escuadrilla que estaban cruzando en las costas inmediatas, y trasladó á su bordo los caudales, armas y municiones que habia en la capital, á fin de que fuesen conducidos á Güiria con mayor seguridad. Solo aguardaba el arribo del Libertador con las tropas que hubiese podido reunir, para acordar las operaciones ulteriores; pero entre tanto la ciudad de Cumaná quedó desierta y abandonada por sus moradores, que huyeron despavoridos.

En la misma noche, que era la del 25 de agosto, llegó el general Bolívar. Cuando trataba con Mariño y otros jefes sobre el partido que debiera tomarse en tan difíciles circunstancias, supieron que el jefe de la escuadrilla, el Italiano Bianchi, de acuerdo con los capitanes de los buques, trataba de hacerse á la vela, llevándose los caudales, armas, municiones y demas que se le habian confiado. Para realizar tan infame proyecto, Bianchi sedujo á los soldados que estaban á bordo y á la guarnicion del castillo de San Antonio, que fué abandonado; por consiguiente los bajeles se vieron entónces libres del fuego que podia hacérseles por las baterías del castillo. Ya casi todos los oficiales que existian en la ciudad se habian embarcado, cuando los generales Bolívar y Mariño tuvieron que hacer lo mismo, abandonando el proyecto de la emigracion por tierra hasta Güiria.

Luego que Bolívar y Mariño estuvieron á bordo de una de las naves de la escuadrilla, hicieron por medio de la persuasion

cuantos esfuerzos les fueron posibles con el comandante Bianchi, para que entregára los caudales, armas, municiones y bajeles que tenia en su poder, sin los cuales no habia esperanza alguna de defender la patria contra los Españoles; mas fué en vano. Bianchi no pensaba mas que en robar y en alzarse con todo lo que existia á bordo. No teniendo otro arbitrio Bolívar y Mariño disimularon, alimentando la esperanza de obligarle á la restitucion y de castigar su perfidia en la isla de Margarita, adonde debian arribar á proveerse de agua y de vituallas. Pero Bianchi frustró sus esperanzas, pues en lugar de anclar en la bahía y bajo de los fuegos de la plaza, se colocó fuera del puerto y del tiro de cañon. Sin embargo los jefes republicanos consiguieron al fin que Bianchi pusiera á disposicion del gobierno de Margarita las armas y pertrechos, y que les entregára parte de la escuadrilla con los demas efectos que en ella existian; mas se alzó con tres buques y con un tercio de la plata labrada y alhajas, á pretexto de que en las provincias de Cumaná y Margarita le debian mas de cuarenta mil pesos de presas que habia introducido en sus puertos.

Inmediatamente que consiguieron esta restitucion, Bolívar y Mariño se trasladaron á la Costa-Firme, desembarcando en el puerto de Carúpano, que aun se hallaba libre (setiembre 3). Pero al desembarcar se encontraron con una gran novedad. Durante su ausencia los caudillos republicanos que dominaban aquella costa, habian tomado la extraña resolucion de proscribir á Bolívar y á Mariño, bajo el pretexto de que habian abandonado el ejército á fin de ponerse en salvo. Nombróse á Ríbas y á Piar jefes primero y segundo de la República: decreto que fué obra especial del ambicioso Ríbas. Al mismo desembarcar, los habitantes de Carúpano, conmovidos por los agentes que promovieran tan injusta como impolítica revolucion, se amotinaron contra Bolívar y Mariño. Ríbas occurrió al siguiente dia desde Cariaco, donde se hallaba, redujo á prision á Mariño, dejando libre á Bolívar aunque destituido. ¡ Intolerable ingratitud contra un hombre abatido por la fortuna, y á quien Ríbas debia sus grados militares y la elevacion en que se hallaba! Debíale tambien el disimulo, acaso forzado, de todos los desmanes cometidos por Ríbas durante su mando en Carácas : habia sido el hijo predilecto de la fortuna; pero al mismo tiempo uno de los jefes superiores mas déspotas y absolutos para con los desgra-

ciados pueblos en aquella época lamentable de la República.

Ríbas cubria tamaños excesos bajo los nombres respetables de patria y libertad. Lo mas singular fué, que habiendo sabido Bianchi la prision de Mariño y la destitucion del Libertador, pues aun cruzaba en aquella costa, se presentó reclamándolos y en una actitud militar á que Ríbas no se pudo resistir; así convino en permitirles su embarque. Ántes puso Bolivar á disposicion de Ríbas la plata y los demas efectos preciosos que habia salvado de la rapacidad de Bianchi; deseaba que sirvieran para la defensa de los pocos lugares que aun estaban por los independientes. Embarcóse entónces con Mariño, dirigiéndose á Cartagena en la Nueva Granada. Hicieron ambos jefes el cruel sacrificio de abandonar las riberas de su patria cuando aun se combatia en ellas contra los realistas; deseaban evitar la discordia y la anarquía en tan desgraciados momentos, las que hubieran agravado los males de la República. Aquella asonada militar produjo, sin embargo, males muy graves, siendo un ejemplo fatal de indisciplina que sembrára en los ánimos semillas fecundas de odios y rencores, cuyos funestos efectos debian sentirse en lo venidero.

Ántes de hacerse á la vela, el Libertador dió el 7 de setiembre un manifiesto á sus conciudadanos, en el que sinceraba su conducta, asegurando que ella sería examinada por el congreso granadino, que le habia enviado á libertar á Venezuela del yugo de los tiranos que la oprimian; y que el mismo congreso pronunciaria un juicio muy solemne, fundado en documentos irrefragables que iba á presentarle. — « Entónces sabreis, concluia, si he sido indigno de vuestra confianza, y si merezco el nombre de *Libertador*. Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título, que vuestra gratitud me tributó cuando os vine á arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que, Libertador ó muerto, mereceré siempre el honor que me habeis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver segunda vez á libertaros por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada con tantos laureles. Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino, que volará, ansioso de recoger nuevos trofeos, á presentaros nuevos auxilios, y á traeros de nuevo la libertad, si ántes vuestro valor no la adquiere. »

Bolivar se alejó al dia siguiente de las playas de su querida

patria con Mariño y otros oficiales que le eran adictos. Ya se ha visto en la primera parte lo que hizo entónces en la Nueva Granada.

Al mismo tiempo que se alejaban del puerto, arribó Piar de Margarita con doscientos hombres: iba en solicitud de Ríbas para desempeñar el puesto de segundo jefe de la moribunda República, sin cuidarse de la irregularidad con que se le habia conferido tal destino. Tanto Ríbas como Piar eran dos ambiciosos que deseaban apoderarse del mando supremo, sin reparar en los medios, ni en que iban á dividir en bandos opuestos á los pocos patriotas que aun tenian las armas en la mano.

Miéntras ocurrian estos sucesos, habian acaecido otros en la ciudad de Cumaná. Los realistas que allí existian, viéndose libres el 26 de agosto de casi todos los patriotas que emigraron, hicieron la proclamacion de Fernando VII. Al mismo tiempo dieron libertad al capitan de navío de la armada española don Juan Puente, gobernador electo de Guayana, que se hallaba prisionero en aquella ciudad, y le instaron para que se encargára del gobierno de la provincia como el oficial de mas graduacion. Lo hizo, en efecto, el 29 de agosto, y desempeñó su encargo con humanidad, procurando evitar los excesos de doscientos soldados feroces de Moráles mandados por el comandante Pineda, que componian la guarnicion. Es muy sensible que Puente fuera poco tiempo despues hecho prisionero por Montilla, jefe de una partida republicana, cuando iba para Guayana, y pasado por las armas junto con un fraile mercenario que le acompañaba.

Á la vez que ocurrian en Carúpano los escandalosos sucesos ya mencionados, los realistas, dirigidos por Moráles, combatian en Maturin con los patriotas que defendian aquella plaza. Despues de la batalla de Aragua, Moráles se dirigió con la fuerza de seis mil quinientos hombres contra los republicanos asilados en Maturin. Mandábalos el coronel José Francisco Bermúdez, quien solo contaba mil hombres de caballería y doscientos cincuenta de infantería. Bajo de sus órdenes militaban Sarasa, Cedeño, Monágas y otros valientes jefes que tanto lustre y honor dieran en cien combates á las armas de Venezuela. Inflamados por el deseo de la venganza y por su amor á la libertad, recibieron á Moráles como hombres decididos á vencer ó morir. Esta fué la contestacion que dieron á la intimacion que les di-

rigió el 7 de setiembre. Desde el 8 principiaron los combates de guerrillas, y así continuaron hasta el 12 con mutuas ventajas que se compensaban. En aquel dia Bermúdez y sus valientes compañeros determinan adoptar la ofensiva y atacan á Moráles con vigor. Rechazados por las numerosas bandas realistas de infantería y caballería, hubo momentos en que se creyeron perdidos. Sin embargo, excitados por la voz y por el ejemplo de sus jefes, y tomando solo consejo de su desesperacion, se lanzan sobre la infantería realista, destrozan la mayor parte de ella, ponen en fuga la caballería y la persiguen por el espacio de média legua. Á su regreso de la persecucion acabaron de destruir la infantería enemiga, que se habia refugiado á un monte. Asegurase haber perdido los realistas en aquel célebre combate dos mil doscientos hombres muertos, una gran parte en su misma formacion. Ademas, tomaron los republicanos ciento cincuenta mil cartuchos, dos mil y cien fusiles, setecientos caballos ensillados, fuera de seis mil caballerías y ochochientas reses de ganado vacuno. La pérdida de los patriotas fué solo de setenta y cuatro muertos y cien heridos. Moráles, con los restos que pudo salvar, huyó por el camino de Barcelona hasta el pueblo de Santa Rosa. Allí se detuvo á esperar que se le uniera Bóves.

Este caudillo activo é infatigable, despues que dejó á Carácas, se habia situado algun tiempo en Calabozo, donde se dedicó á reunir y organizar nuevas tropas para llevar á cima la completa destruccion de los patriotas. Habiéndolas juntado, marchó á Barcelona con dos mil hombres, y luego que supo el descalabro que habia sufrido su segundo Moráles, solo respiró sangre y venganza. Los esfuerzos de los patriotas debian ser muy activos para obrar con probabilidad de suceso contra las masas imponentes que fácilmente juntaban los caudillos realistas. Efectivamente, en aquellos momentos fueron grandes, y con cuatrocientos hombres que llevára Ríbas á Maturin lograron organizar una fuerza de dos mil doscientos infantes y dos mil quinientos caballos bien armados y municionados con los despojos que dejára Moráles. Ademas, se esperaba la incorporacion de Piar con ochocientos hombres. Habíale dirigido Ríbas desde Cariaco sobre Cumaná, con el objeto de proteger y conducir á Maturin la emigracion de Carácas. Piar dirigió la empresa con fortuna y atrevimiento, derrotando en la quebrada de los

Frailes á los realistas que guarnecian la ciudad, de la que se apoderó (setiembre 29). Mas, orgulloso con su victoria é insubordinado, no quiso abandonar la plaza, y resolvió por sí solo sostenerse en ella. Juntó en consecuencia hasta dos mil hombres mal armados y peor municionados. Bóves, que se preparaba en la capital de Barcelona para marchar en auxilio de Moráles hácia Urica, mudó de resolucion. Con mucha rapidez atravesó el fragoso camino que hay por la costa desde Barcelona á Cumaná. Aguardóle Piar en la Sabána del Salado el 17 de octubre, y le combatió con su valor y denuedo acostumbrados. Mas no pudo resistir á las tropas de Bóves, que destrozaron y degollaron á casi todos los soldados de Piar. En seguida Bóves entró en Cumaná á sangre y fuego, saqueando la poblacion y asesinando sus soldados á cuantos hombres hallaban por las calles, plazas é iglesias : hacen algunos subir á mil las víctimas sacrificadas aquel dia. En los siguientes continuó la matanza por el gobernador que Bóves nombrára, llamado don Gaspar Miguel Salaverría, hijo de Cumaná. Este fué el asesino feroz de sus compatriotas, y sus órdenes á los comandantes subalternos eran muy lacónicas. « Cuantos patriotas caigan en sus manos, les decia, sin mas exámen ni aviso, los pasará por las armas, haciéndolo á V. responsable de su cumplimiento. » Con tan sangrientas disposiciones se continuaron por algun tiempo los excesos de las tropas realistas y las persecuciones de toda clase de personas. En consecuencia Cumaná quedó casi desierta, pues gran parte de los hombres y mujeres que no perecieron, emigraron huyendo á los bosques. La insubordinacion de Piar fué la causa inmediata de los males que por estas proscripciones sufrió la capital de la provincia de Cumaná.

Los lazos de la disciplina y de la subordinacion se habian roto en aquella época desgraciada, no solo entre los patriotas sino tambien entre los realistas. Bóves el primero obraba en todas materias conforme á sus caprichos, sin obedecer las órdenes de su jefe inmediato el capitan general interino, ni las del superior don Francisco Montalvo. Este habia exigido la obediencia del audaz caudillo que usurpó el mando de una gran parte de Venezuela, sin que obtuviera contestacion alguna favorable : Bóves se escudaba siempre diciendo, que habia dado cuenta al rey y que entre tanto continuaria la reconquista del país. Es curiosa y digna de conservarse la pintura que Montalvo dirigia

al secretario de la guerra de España el 31 de octubre de este año sobre el orígen, causas y progresos de la revolucion de Venezuela, en cuyo oficio decia : « Dos partidos capitales son los que mantienen la guerra civil : el de los Europeos, bastante acalorado, entre los cuales hay no obstante hombres sensatos que vituperan el encarnizamiento de sus propios paisanos, y no pierden de vista sus verdaderos intereses, y el verdadero servicio del rey : el otro es el de los criollos blancos, enconado, ciego de furor y respirando venganzas. Entre ellos tambien hay muchos sugetos de capacidad y moderacion que desaprueban la conducta criminal de ambos partidos : los unos, de aquellos á quienes sus bienes ó las relaciones de sangre los han detenido al principio en medio de los revoltosos, y poco despues proscritos imprudentemente por nuestros jefes, se han visto forzados á seguir unas opiniones que no tenian; y los otros, que han podido conservarse afortunadamente sin tomar parte en cosa alguna que los hiciera reos.

» Pero don José Tomas Bóves y los que se le parecen, no distinguen entre delincuentes ó inocentes : todos mueren por el delito á sus ojos de haber nacido en América. Los facciosos de Puertocabello han persuadido á poca costa á Bóves á desobedecer á Cajigal : aquel ha logrado reunir, como que convida con todo género de desórden, al pié de diez á doce mil zambos y negros, los cuales pelean ahora por destruir á los criollos blancos, sus amos, por el interes mútuo que ven en ello : poco despues partirán á destruir á los blancos europeos, que tambien son sus amos, y de su muerte les viene el mismo beneficio que de la de los primeros... Aunque se tuvieran las razones mas fundadas para no desconfiar de don José Tomas Bóves, ¿qué necesidad habia de dar lugar á que se pusiese á prueba la fidelidad de este ni de ningun otro, dejándole ó tolerando que llegase á un estado de poder del que prudentemente se debió temer que abusaria? Esta reflexion tiene mas fuerza, si se considera que Bóves no tiene obligaciones por su nacimiento, que es insubordinado por carácter, como lo indica su atrevida desobediencia á su inmediato jefe el general Cajigal; que no tiene conocimientos ni ningun género de instruccion, como lo prueba su ánimo bárbaramente cruel, manifestado en el modo con que se ha comportado á la cabeza de los zambos y negros, y de un puñado de hombres blancos sin pudor, tan ignorantes como él,

pareciendo mas bandidos que soldados, bien que de soldados nada tienen. »

Este cuadro, trazado por la pluma de un jefe español de alta categoría, manifiesta claramente que hemos dicho la verdad en la pintura que hicimos del carácter de Bóves y de sus soldados feroces. Tambien prueba que las desgracias repetidas de los patriotas se debieron, no tanto á los horrores y excesos que sin duda cometieron en medio del incendio producido por la exaltacion de las pasiones revolucionarias, sino al levantamiento casi general de las castas contra los criollos blancos. Hé aquí el móvil poderoso que diera á los realistas Bóves, Moráles, Rosete y otra multitud de guerrilleros subalternos cuantos soldados quisieron, estimulándolos tambien con el robo, el saqueo y otros muchos crímenes.

Excitando Bóves y Moráles á los indios, zambos y mulatos con estímulos tan poderosos, corrian por millares á las armas para combatir las últimas reliquias de los independientes. Bóves, despues de la matanza de Cumaná, habia aumentado sus tropas considerablemente, y se hallaba pronto en los primeros dias de noviembre para marchar contra Maturin : Moráles habia tambien reorganizado en la parroquia de Santa Rosa, correspondiente al canton de San Mateo, un ejército muy superior al de los patriotas. Para comenzar sus operaciones sobre Maturin, envió una columna de ochocientos hombres al mando del Canário Hernández, que tomó la parroquia de Urica, situada en la mitad del camino que sigue de Santa Rosa á Maturin. Entónces salió Bermúdez de esta plaza á la cabeza de cuatrocientos jinetes, atacó á Hernández y le desalojó de Urica, causándole una pérdida considerable.

Poco despues los jefes republicanos Ribas y Bermúdez, que mandaban en Maturin, supieron la marcha de Bóves contra ellos, quien se avanzaba por la serranía de San Antonio. Entónces ya se habian puesto en movimiento para atacar á Moráles, situado nuevamente en Urica con todas sus fuerzas. Hallábanse en el sitio de las Guacharácas, cuando Bermúdez propuso á Ribas con una decision que de ningun modo convenia al que obraba como segundo jefe, que torcieran á la derecha por los pueblos de Caicara y San Félix para salir al encuentro á Bóves en la tierra montañosa. Ribas no fué de esta opinion, pues queria que se atacase á Moráles ántes que aumentára sus fuerzas,

y en un lugar á propósito para combatir la caballería. Esta diferencia de pareceres produjo un grande altercado y mucha division entre los jefes, sin que Bermúdez, siempre violento y siempre voluntarioso, quisiera ceder un ápice de su proyectado plan. Ríbas, viendo su obstinacion, retrocedió hácia Maturin, á la cabeza de algunos jinetes, y Bermúdez se dirigió contra Bóves. Hallóle en el punto de los Corosíllos; y para combatir, tomó posiciones con su infantería en las alturas de los Magüéyes, formando la caballería al pié en terreno llano. Trabóse la accion en nueve de noviembre, y Bóves se dirigió con su acostumbrado valor contra las alturas en que se defendian los patriotas. Estos, que se hallaban escasos de municiones, no pudieron resistir mucho tiempo, y fueron derrotados con pérdida considerable. El caudillo español los persiguió, y habria acabado con las reliquias, si el comandante Cedeño, que mandaba la caballería, no hubiera contenido el empuje de los realistas, á quienes se opuso todo el dia peleando en retirada. Protegidos así los infantes pudieron refugiarse en Maturin. Tal fué el triste resultado de la voluntariosa terquedad de Bermúdez : estando Moráles mas débil que su jefe, probablemente hubiera sido otro el éxito de aquella jornada, si se hubiese adoptado el prudente dictámen de Ríbas.

Libres de aquel obstáculo, Bóves y Moráles se reunieron al dia siguiente (noviembre 10) en Urica. Los patriotas reorganizaron su ejército en el corto espacio de doce dias y estuvieron prontos á recibir á los realistas, si, como esperaban, se dirigian á batirlos en Maturin. Deseosos los jefes españoles de que los republicanos salieran á combatirlos en sus posiciones, y de que abandonáran á Maturin, plaza muy difícil de tomar en aquellas circunstancias, porque habia sido fortificada mas que nunca, fingieron cartas en que se decia, que el general Urdaneta se hallaba con su ejército en la provincia de Barcelona. Habiendo introducido por medio de sus espías estas noticias en Maturin, excitaron un deseo general de marchar á batir al enemigo en sus estancias de Urica. Ríbas, que habia juntado ya mas de dos mil hombres de infantería y caballería, quiso aprovecharse de aquel entusiasmo poco meditado, porque tambien carecia de los medios necesarios para mantener sus tropas. Empeñóse de nuevo otra disputa con Bermúdez, quien opinaba que no se tomára la ofensiva, sino que se aguardase á los realistas en Matu-

rin, aprovechando las ventajas naturales del terreno, y las que se habian añadido por el arte. Sin embargo cedió al fin á la superioridad de Ríbas, despues de haber causado esta disputa la separacion de algunos oficiales. Ya se habia introducido una funesta desunion é inobediencia precursoras de grandes males para la República.

Estando así divididos los jefes y varios comandantes subalternos, marcharon los republicanos en busca de los realistas, que aun se hallaban apostados en Urica con mas de siete mil hombres de infantería y caballería. El 5 de diciembre, cuando bajaban al valle de Urica, divisaron al enemigo formado en dos líneas paralelas iguales de infantería, protegidos los costados con masas imponentes de caballería. Observando Ríbas la superioridad de los realistas, forma el proyecto de compensarla, si era posible, con un grande arrojo de su parte; escoge, pues, cuatrocientos jinetes de los mas denodados y valientes, que destina para romper las filas enemigas. Sarasa recibe el honroso pero muy peligroso encargo de mandar la mitad de aquellos valientes, ocupando la izquierda de la línea; al célebre Monágas cupo el mismo honor hácia la derecha: la infantería se formó en el centro, dirigida por los tenientes coroneles Blas del Castillo y Andres Rójas; el grueso de la caballería fué colocado á retaguardia, cuyo comandante era Jesus Barreto, y detras algunas compañías de reserva. Tres piezas de artillería fueron distribuidas á lo largo de la línea. Cuando los dos ejércitos estaban á una distancia proporcionada (diciembre 5), dispuso Ríbas que los cuerpos de Sarasa y Monágas, abriéndose paso por ambos flancos de los realistas, saliesen á retaguardia, y que entónces volviendo caras los cargasen, miéntras que él y Bermúdez los atacaban por el frente con la infantería de Castillo. Prevínose á la caballería de retaguardia que auxiliase á cualquiera de los dos cuerpos que llegára á flaquear. Se ofreció un grado á cada oficial y una recompensa pecuniaria á cada soldado, si se obtenia la victoria. Los jefes, recorriendo la línea, declararon solemnemente que la suerte de la República estaba fincada en el éxito de aquella batalla. Bien lo conocian hasta los últimos soldados, que se propusieron vencer ó morir en aquel dia.

Bóves se mantuvo quieto esperando el acometimiento de los republicanos: colocóse á la derecha, al frente de un escuadron predilecto de carabineros. Allí recibió el ataque de Sarasa, que

lo ejecutára con un valor é ímpetu irresistibles, de suerte que espantados los realistas volvieron la espalda en desórden. El caudillo español hizo los mayores esfuerzos para detener á los suyos, y al fin quiso retirarse; pero indómito el caballo no obedeció á la voz ni al freno de su jinete. Entónces un soldado republicano, cuyo nombre jamas se ha podido averiguar, dió á Bóves una lanzada y le dejó muerto en el suelo. Suceso tan notable parecia que daria á los patriotas un triunfo espléndido; mas no fué así. Cuando Sarasa, destruida el ala derecha de los enemigos, iba á cargar por la espalda á su infantería, observó que Monágas habia sido rechazado en la izquierda, arrojándole sobre la reserva de la caballería de Barreto, y que ambos cuerpos, puestos en fuga, caían sobre la infantería republicana que estaba en reserva, causándole un desórden espantoso. Abandonado Sarasa á sus propios esfuerzos, cercado por los enemigos y á la retaguardia de Moráles, no tuvo otro arbitrio que abrirse paso por la fuerza. Consiguiólo al fin despues de heróicos esfuerzos de valor, perdiendo en la pelea la mitad de sus jinetes. El resto de la caballería republicana huyó desbandada. La infantería dirigida por Castillo pereció toda, pues la cercó el ejército enemigo. Los realistas no dieron cuartel como era de esperarse. Los patriotas perdieron en aquella funesta jornada las armas, municiones y cuanto habian sacado de Maturin. Ribas y Bermúdez pudieron salvarse en esta villa.

Ganada la batalla de Urica, Moráles convocó una junta de los jefes y oficiales de sus tropas, que extendieron un acta confiriéndole el mando del ejército de Barlovento, como á sucesor de Bóves. Tambien le dieron el gobierno de todo el territorio que este habia pacificado, y que llamaba *de su conquista*. En aquella junta hubo algunos que imprudentemente aconsejaron el reconocimiento de la autoridad de Cajigal; voto que Moráles no quiso olvidar, y que costó la vida á los oficiales que lo emitieran, á quienes pocos dias despues hizo asesinar bajo de diferentes pretextos. A consecuencia de la decision de dicha junta, Moráles continuó desconociendo á los jefes superiores de Venezuela, y usurpando una autoridad que no le correspondia segun las leyes españolas.

El dia ántes de la batalla de Urica obtuvieron los realistas á las órdenes de Yáñez, oficial dependiente del ejército de Barlovento, una ventaja mas sobre los patriotas. Un jefe de partidas,

llamado Montilla, de simple particular se habia elevado al mando y reunido un cuerpo de ochocientos hombres de los emigrados republicanos que no habian querido acogerse á Maturin. Con esta fuerza dominaba las márgenes de Orinoco en el partido de la villa de Soledad. Yáñez le atacó y derrotó completamente en el pueblo de Cari; mas el combate costó la vida á Yáñez y al coronel español Molinet. Este era el mismo que por la noche ordenó el degüello de todos los habitantes de la parroquia de Santa Ana, salvándose solamente algunas mujeres. Yáñez se habia distinguido tambien por sus crueldades en aquellos pueblos. Los fugitivos de Cari se dirigieron hácia Maturin, y los pocos que se salvaron del campo sangriento de Urica quisieron apoyarse igualmente en la division de Montilla; así fué que casi todos cayeron en poder de los realistas que ocupaban aquellas sabánas, y fueron sacrificados.

Despues de la victoria de Urica, Moráles siguió inmediatamente contra Maturin, presentándose delante de la poblacion el 10 de diciembre. Apénas se habian podido reunir cerca de trescientos infantes é igual número de jinetes, armados por el trabajo infatigable de los armeros, que habilitaron algunos fusiles abandonados ántes como inútiles. La plaza estaba fortificada con terraplenes y trincheras guarnecidas por algunas piezas de artillería para cerrar las entradas principales. Estas defensas, unidas á las dificultades que causaba el rio Guarapiche, que yace al norte, y los pantanos que hácia el oriente defienden la villa, hacian de Maturin un campo bien fortalecido. Moráles, no queriendo detenerse, determina abrumar á los patriotas con la superioridad de sus fuerzas. Envia, pues, por el sitio del Hervedero una division de mil quinientos infantes, para que dando un rodeo de tres ó cuatro leguas por una montana que parecia impenetrable, atacára al dia siguiente (diciembre 11) á los patriotas por la espalda. Luego que aclaró el dia, Moráles se puso en movimiento con el resto de sus fuerzas para tomar las baterías del frente. Se peleaba con mucho valor y encarnizamiento, defendidos los republicanos por sus trincheras, cuando á las once de la mañana la division realista, que habia marchado la noche anterior, penetró en la plaza acometiendo por la espalda. Los republicanos huyeron entónces abandonando las baterías, y Moráles tambien forzó los atrincheramientos. Hombres, mujeres, niños y ancianos, todos perecieron al filo de la espada de

los realistas, cuya ferocidad se aumentaba con la memoria de la sangre que les habia costado Maturin. La pérdida de los realistas fué considerable, y algunos la hacen montar á mil hombres; número que nos parece exagerado.

Los pocos soldados republicanos que pudieron escapar de Maturin se dirigieron, unos á los bosques del Buen-Pastor, otros hácia la costa del oriente, y doscientos hombres acompañaron á Bermúdez á la montaña del Tigre. Ríbas fué mas desgraciado: encaminóse al occidente en busca de las tropas de Urdaneta, á quien suponia en los alrededores de Barquisimeto. Habia arribado ya á los montes de Tamanaco, inmediatos al valle de la Pascua: fatigado y muerto de hambre, quiso descansar algunas horas en una choza, y envió á la poblacion inmediata á un negro esclavo suyo á buscar alimentos. Tres oficiales que le acompañaban creyeron aquel paso imprudente y partieron sin tardanza. Desconocido el esclavo en el lugar, fué reducido á prision, se le dió tormento y confesó quién era y dónde estaba su amo. En el momento corrieron á prenderle hallándole dormido, y maniatado le llenaron de insultos. Muy pronto le quitaron la vida sin formalidad alguna. La cabeza de Ríbas fué conducida á Carácas, donde por disposicion de las autoridades españolas se la puso en una jaula de hierro que colocaron en el camino de la Guáira, cubierta con el gorro frigio que Ríbas siempre usára como emblema de la libertad. Así pereció oscuramente el general José Félix Ríbas, natural de Carácas: fué guerrero valiente, emprendedor y feliz, sin que por algun tiempo hubiese perdido accion alguna. Tenia un genio violento y un carácter indómito, incapaz de sujetarse á reglas. Sus tropelías, el despotismo con que trataba á los pueblos, y sus crueldades con los Españoles y Canários contribuyeron sobre manera á hacer odiosa la causa de la Independencia en Venezuela. Despues de la batalla de Aragua, su inoportuna ambicion introdujo la discordia entre los jefes patriotas, lo que aceleró la destruccion de la República.

Enseñoreado Moráles de Maturin, faltaba únicamente la reduccion de los pueblos de Soro, Irapa y Güiria, situados en la extremidad oriental de la costa de Cumaná. Moráles se dirigió hácia aquellos puntos con las tropas suficientes para asegurar el triunfo. Irapa fué atacada y rendida, huyendo á los montes el coronel Rivero que la defendia. La misma suerte cupo á Soro.

En Güiria mandaba el Frances Videau, donde pudo haberse opuesto á los realistas una grande resistencia; pero desgraciadamente se introdujo la discordia entre los oficiales republicanos, é impidió que hicieran la obstinada defensa que en otras circunstancias habrian hallado los Españoles. Estos no perdonaron á patriota alguno que cayó en sus manos, esperando aniquilar así los gérmenes de la revolucion de Venezuela. Existen Memorias contemporáneas que hacen subir á tres mil el número de las personas sacrificadas por el feroz Moráles en aquellas costas. Entónces no tuvieron ya los realistas enemigos que combatir en toda la extension de Venezuela. La bandera republicana tremolaba solamente en Margarita, adonde huyó el coronel Bermúdez; unido allí con Arismendi, trataron de organizar tropas para defender vigorosamente la isla. Moráles se aplicó á formar una escuadrilla que cruzára en aquellas costas, con el objeto de aprehender á los que pretendieran emigrar. Dedicóse tambien á hacer todos los preparativos á fin de apoderarse de Margarita.

Veámos ahora cuáles eran los sucesos militares que entre tanto ocurrian en las provincias meridionales de Venezuela. Seguimos á la division de Calzada hasta la ciudad de Mérida, despues de haber batido en Mucuchíes á las tropas con que se retiraba Urdaneta. Cansados, desnudos en gran parte y faltos de recursos para moverse, los que no podian suministrarles las arruinadas provincias de Trujillo y de Mérida, los soldados de la division de Calzada no pasaron de esta ciudad, dejando que las fuerzas de Urdaneta siguieran tranquilas su marcha hasta los valles de Cúcuta. Calzada permaneció en Mérida dando descanso á sus tropas el resto de setiembre y todo el mes de octubre, reorganizándolas, armándolas en lo posible con los fusiles cogidos á los patriotas y aumentando su número. Como era el único ejército que se hallaba á disposicion del capitan general de Venezuela, Cajigal, porque el de Moráles aun no le obedecia, aquel dirigió órdenes á Calzada á fin de que no se alejase de las provincias de Venezuela, y que permaneciera custodiando las limítrofes con la Nueva Granada.

Bien pronto recibió Calzada la órden perentoria de que inmediatamente se trasladára con el todo ó la mayor parte de sus fuerzas á la provincia de Barínas, amenazada por las fuerzas de Casanare. Dijimos ántes que el congreso granadino, por consejo

de Urdaneta, envió á Casanare doscientos infantes y un cuadro de excelentes oficiales de caballería para formar allí una division, pues dicha provincia tenia hombres aptos y valientes, así como una multitud de caballos que era necesario aprovechar contra los realistas. En efecto, aquella acertada providencia habia surtido los mejores resultados. Estaban ya reunidos mas de setecientos llaneros á caballo armados de lanza y cien carabineros. Los mandaba Francisco Olmedilla, jefe valiente y atrevido, capaz de conducirlos á la victoria, con otros subalternos distinguidos como Miguel Antonio y Genaro Vázquez, los dos hermanos Brítos, de Ospino, Antonio Ranjel, Miguel y Fernando Figueredo, Unda y Francisco Luque, con el célebre capitan José Antonio Páez, Miguel Guerrero, Miguel Valdes, Ramon Nonato Pérez, Antolino Mujica y otros.

La noticia de esta reunion de caballería, que recibiera Cajigal en Puertocabello aumentando su número, como frecuentemente sucede á tanta distancia, fué la que le obligó á prevenir á Calzada que sin tardanza alguna tramontára la cordillera, y que se trasladase á Barínas para defender esta provincia de la invasion que se preparaba en Casanare. El comandante Calzada la cumplió, y se puso en marcha el 4 de noviembre; quedó en Mérida su segundo Remigio Rámos para defender el territorio venezolano por aquella parte, dejándole setecientos hombres de infantería y caballería, y como quinientos lanceros y flecheros.

Ya en Barínas, Calzada se dedicó muy activamente á recoger caballos y á reunir hombres propios para el arma de caballería. Al cabo de dos meses tenia disciplinados ochocientos llaneros en su cuartel general de Guadualito, lugar muy bien situado para defender las Llanuras de Barínas contra una invasion de Casanare.

Las órdenes comunicadas por Cajigal para que se trasladase Calzada á Barínas, impidieron la ejecucion de un plan muy bien meditado por el capitan general en jefe don Francisco Montalvo. Este en los primeros dias de noviembre envió instrucciones terminantes á Calzada para que con todas sus fuerzas ocupase los valles de Cúcuta, batiendo ó haciendo retirar al interior del Nuevo Reino de Granada á las tropas de Urdaneta, y que avanzando un fuerte destacamento hasta la ciudad de Ocaña, se pusieran en comunicacion con el mismo capitan general para obrar de consuno sobre las tituladas Provincias Unidas. Ha-

llándose Calzada en Barínas, no pudo realizar este proyecto, que hubiera colocado en una posicion muy crítica á la Nueva Granada, especialmente cuando la division de Urdaneta marchó sobre Santafé. Sin embargo, fueron tan repetidas y terminantes las órdenes de Montalvo, que Calzada, á pesar de su oposicion personal á la ejecucion de tal medida, y á que tampoco la aprobaba Cajigal, dispuso todo lo conveniente para su marcha contra Cúcuta.

Año de 1815. — Ya estos valles habian sido ocupados por las tropas de Remigio Rámos con un cuerpo de mil doscientos hombres (enero 7), avanzándose hasta las fortificaciones de Chopo, siguiendo los caminos de Chinácota y Bochalema; pero no se atrevió á embestir dichas fortificaciones, defendidas por cuatrocientos hombres que mandaba el coronel granadino Santander.

Al mismo tiempo que esto sucedia, Calzada, á cuyas órdenes estaba Rámos, se ponia en marcha desde Guadualito el 25 de enero: conducia setecientos hombres de fusil y trescientos lanceros, que unidos á los de Rámos formarian un cuerpo bastante numeroso. Esta division tomó la ruta de las montañas de San Miguel y San Camilo, de mortíferos climas, que diezman cualquiera division de tropas que transite por ellas. Calzada dejó en Guadualito su caballería, compuesta de ochocientos lanceros y cien carabineros mandados por Pacheco; ignoraba sin duda ó despreciaba el movimiento de las tropas de Casanare, que regidas por Olmedilla se dirigian á atacarle: estas, despues de vencer graves dificultades en los caminos, llegaron el 29 de enero por la noche á Guadualito, sin que los realistas hubieran sabido la marcha de los patriotas. Olmedilla conducia algo mas de ochocientos hombres, la mayor parte de á caballo con algunos dragones y artillería. Al amanecer rodeó el pueblo, distribuyendo sus tropas en las diferentes entradas, y al toque de la diana un cañonazo anunció el momento del ataque. Los enemigos, que ya habian tomado sus disposiciones, pretendieron forzar el punto que mandaba el jefe de escuadron José Antonio Páez y escaparse por el camino que conducia á Cúcuta; pero una carga terrible del escuadron de Páez los destrozó, matando á muchos y dispersándose el resto por los bosques. Los demas escuadrones casi nada tuvieron que hacer. Perdieron los realistas en esta accion sus mejores oficiales de caballería, ciento cincuenta muertos y doscientos sesenta y cinco prisioneros, con cincuenta

carabinas y trescientas lanzas. El resto de la division se dispersó tan completamente que, segun la confesion del mismo Calzada en sus oficios á Montalvo, no se pudieron reunir veinte y cinco hombres. En aquel mismo dia los republicanos, conducidos por Fernando Figueredo, segundo de Olmedilla, entraron en la plaza con órdenes para lancear á los realistas prisioneros. Sesenta y cinco fueron ejecutados por el conocimiento que se tenia de su adhesion á los realistas. Los demas prisioneros se destinaron al servicio de las armas, enviándolos á Pore.

Calzada recibió tan funesta noticia en el punto de Teteo, ya cerca de la villa de San Cristóval, comunicada por el mismo comandante Pacheco, que pudo escapar á uña de caballo. Desde allí determinó contramarchar á las Llanuras de Barínas, á fin de remediar aquel desastre. Ántes envió órdenes precisas á Remigio Rámos, para que abandonando los valles de Cúcuta, sin decir la verdadera causa de su retirada, se le uniera á marchas forzadas, dejando solamente algunos piquetes de observacion, y atravesando las fragosas montañas de San Camilo y San Miguel: él regresó con el designio de ocupar nuevamente á Guadualito, porque sin la posicion de este punto necesario para la provision de ganados del Llano, ningunas tropas podian permanecer en Cúcuta sin que pereciesen de hambre, por la devastacion que habian sufrido aquellos fértiles y hermosos valles. Rámos, cumpliendo las órdenes de su jefe, emprendió la retirada el 7 de febrero, y se internó en la ruta de Barínas. Este doble pasaje de las montañas insalubres de San Camilo y San Miguel costó una pérdida considerable de hombres y caballerías á las divisiones de Calzada y de Rámos, llamadas entónces *Ejército del Centro* por los jefes realistas. Fué tambien causa de muchas enfermedades.

La invasion de las tropas de Casanare causó grande alarma á los jefes españoles de Venezuela y de la Nueva Granada, porque se dijo como cierto que ascendian á tres mil hombres. Mas no tardaron en disiparse aquellos temores, pues Olmedilla y sus compañeros abandonaron á Guadualito despues de haber recogido el botin: aquella no era una invasion séria, sino solo una excursion del momento. Páez, sin embargo, persiguió á los enemigos hasta el Apure, donde destrozó las tripulaciones de algunas lanchas españolas. Situóse Olmedilla con sus fuerzas en la villa de Aráuca, con el objeto de remontar la caballería, y de

que sus caballos fatigados se repusieran en aquellos abundantes pastos. Así fué que el comandante de marina don Francisco Como, despues de reunir mas de ciento cincuenta hombres, ocupó de nuevo y sin trabajo alguno á Guadualito, abandonado por los patriotas (febrero 3). Pintóse esta recuperacion por el partido español como una espléndida victoria, que compensaba el precedente descalabro. Calzada regresó á aquel lugar, y con su actividad característica se dedicó á trabajar y levantar de nuevo un cuerpo de caballería, capaz de oponerse á la de Casanare.

Ya lo habia conseguido en los primeros dias de marzo, y variando el plan del capitan general Montalvo, pensaba destruir primero los escuadrones de aquella provincia, y tramontar entónces la gran cordillera, para penetrar en el Nuevo Reino de Granada. Con este designio, y habiendo repuesto en gran parte su caballería, cuya remonta pensaba completar en los Llanos de Casanare, se puso en movimiento con una fuerte division de dos mil hombres. Dispersóse la de Olmedilla sin combatir, á causa de las disputas entre sus jefes. Calzada atravesó el Aráuca sin oposicion alguna y llegó hasta el rio Ele. El gobierno de Casanare, que se hallaba indefenso, estaba para emigrar á los Llanos de San Martin sobre el Meta, cuando Calzada se vió en la necesidad de regresar á Guadualito. Este movimiento retrógrado tuvo su orígen, tanto en una órden que recibió del capitan general interino de Venezuela don Juan Manuel Cajigal, en que le prevenia, que de ningun modo avanzára al reino de Santafé por aquella parte, como de que el general Urdaneta amenazaba su espalda con una columna que se internó por la montaña de San Camilo y podia ocupar á Guadualito. Habiendo regresado Calzada á esta parroquia, tomó cuarteles de invierno, pues las lluvias con las grandes inundaciones que causan en los Llanos, pusieron término á las operaciones militares en aquella parte.

Así concluyó la segunda época de la revolucion de Venezuela. Duró apénas dos años desde el desembarco de Mariño en la costa de Güiria, hasta que los realistas volvieron á tomar el mismo punto. Época de gloria, de heroísmo, de sangre y de crueldades. Bolívar y Mariño con muy pocos recursos consiguieron triunfos los mas brillantes, auxiliados por otros jefes cuyos nombres se hicieron tambien harto famosos : ellos dieron á los pueblos entusiasmados la libertad del pesado yugo español, bajo

del cual gemian; pero bien pronto desapareció aquel entusiasmo. Otra nueva cadena de males se sucedió por la guerra, la conscripcion, las derramas, las exacciones y cien desastres mas que la primera arrastra en pos de sí. La guerra á muerte con sus proscripciones, cadalsos y asesinatos vino á empeorar la suerte de los pueblos de Venezuela, y á formarles un carácter cruel y sanguinario de que se resintieran en todo el curso de la guerra de Independencia. Bóves y otros jefes españoles se aprovecharon diestramente de tales circunstancias y desmanes, para suscitar enemigos á los patriotas. Á nombre de la religion y del rey conmovieron á los Indios, negros, zambos y mulatos de Venezuela, especialmente de las llanuras de Calabozo y de Apure, los que armaron lanzándoles contra los blancos. Aquellos, tan feroces como valientes, soltaron la rienda á todos los excesos que les permitian los jefes realistas. Con el cebo del saqueo, del robo, del asesinato y de otros muchos crímenes, casi todas las castas de Venezuela se armaron contra los criollos blancos que habian hecho y sostenian la revolucion, para dar á su patria independencia, libertad é igualdad. Estos no pudieron resistir á hombres endurecidos con el trabajo y las fatigas, que hoy eran dispersados en un punto, y que mañana aparecian en otro mas numerosos y temibles. Bóves, sobre todo, se hizo idolatrar por aquellos hombres; y siendo solamente capitan, y despues teniente coronel, llegó á mandar en el curso de este año hasta doce mil llaneros. Fué hombre verdaderamente extraordinario por sus talentos naturales para la guerra, su actividad y su valor indomable. Si la muerte no le hubiera llevado al sepulcro desde el campo del honor, habria opuesto á Bolívar y á sus ilustres compañeros de armas obstáculos acaso insuperables para conquistar la Independencia, y por su bárbara crueldad habria diezmado con su cuchilla la poblacion americana de Venezuela.

Con semejantes elementos en manos de los jefes realistas la lucha era desigual; sin embargo los patriotas sucumbieron con gloria, peleando y combatiendo siempre por la bella causa de la independencia y libertad de su querida patria. Es cierto que Bolívar, Mariño, Ríbas, Arismendi, Bermúdez, Urdaneta, Piar y otros jefes, irritados contra las perfidias de los Españoles y Canários residentes en Venezuela, é impelidos por la necesidad, cometieron actos que á muchos han parecido crueles é innecesarios, quitando á aquellos la vida y confiscándoles sus bienes;

pero estos hechos, que eran hijos de la exaltacion de las pasiones de la época, y provocados por los realistas españoles, no fueron la centésima parte del degüello general que algunas veces decretaron Bóves, Moráles, Rosete y otros caudillos españoles ménos célebres en los fastos del crímen. Valencia, la Puerta, Aragua, Urica, Maturin, Santa Ana y demas puntos en que fueron sacrificados millares de patriotas, son pruebas incontestables de esta verdad. Los realistas vencieron en los campos de batalla, y fueron tambien muy superiores á los republicanos en esa multitud de actos que hicieron derramar tanta sangre inocente y gemir á la humanidad, escandalizando á las naciones civilizadas (1).

Aun ántes de terminar los jefes realistas la reconquista de todos los lugares que ocupaban los independientes en las costas orientales de Venezuela, estuvieron al coger amargos frutos del armamento de las castas que hicieron con tanta imprudencia. Se habia tramado por estas una horrible conspiracion para degollar á los blancos. Su foco principal estaba en el ejército de Barlovento, y tenia muchas ramificaciones en varios cuerpos de tropas estacionados en las demas provincias y en la poblacion misma. Fué descubierta por la desercion de algunas compañías de soldados que siguieron á sus domicilios para ejecutar el plan meditado. En aquellas circunstancias peligrosas, Moráles procedió con grande actividad y energía á prender y castigar á los sediciosos hasta con el último suplicio. Tambien comunicó avisos á todas partes, á fin de que los jefes y autoridades estuvieran con la mayor vigilancia; de este modo se cortó un mal funesto que hubiera causado la completa desolacion de Venezuela. Sin embargo, sus habitantes habrian continuado viviendo sobre un volcan pronto á hacer una terrible explosion, si el arribo de una numerosa expedicion de tropas españolas no hubiera asegurado la tranquilidad pública contra el desenfreno militar y las maquinaciones de las castas.

Desde la batalla de Urica y la muerte de Bóves habia seguido Moráles obrando con la misma usurpada independencia, sin obedecer al capitan general de Venezuela don Juan Manuel Cajigal, quien permanecia en Puertocabello; Moráles dominaba en el país llamado *de conquista* del ejército de Barlovento. Se

(1) Véase la nota 18ª.

habia obstinado en desconocer toda autoridad que no presentára título expedido por el rey de España. Mas al fin llegó á Venezuela (marzo) la contestacion del ministro universal de Indias, Lardizábal, á los partes sobre la desobediencia de Bóves. Decia, que el rey, en consideracion al acreditado valor de este caudillo, á sus gloriosos triunfos y á sus grandes servicios, le concedia el empleo efectivo de coronel de ejército, pero que habia sido muy desagradable á Su Majestad su conducta con el capitan general, á quien debia obedecer y respetar como á su legítimo superior. Impuesto Moráles de esta real órden, se allanó á prestar obediencia á Cajigal, que pudo salir entónces de Puertocabello y trasladarse á Carácas, para reorganizar el gobierno de las provincias de la capitanía general, que se hallaba en el desórden mas completo. Don Francisco Montalvo, capitan general en jefe, intentó algunas veces trasladarse á Venezuela, pero jamas realizó el viaje, y siempre residia en Santamarta. Así era que, colocado á tanta distancia del centro de accion, aunque animado de muy buenas intenciones, poco ó nada pudo hacer en beneficio de aquellas provincias devastadas por las calamidades de una guerra destructora.

Tanto este jefe como el mariscal de campo Cajigal habian manifestado repetidas veces al ministerio español, que sin tropas europeas bastante numerosas sería imposible restablecer la obediencia y la debida subordinacion de los inferiores, relajada por tantos malos ejemplos que dieran en Venezuela Monteverde, Istueta y compañeros de Puertocabello : igualmente que Bóves, Moráles y otros. Habian informado tambien que, sin aquellas tropas, los Indios, negros, zambos y mulatos, armados imprudentemente para destruir á los republicanos, podrian hacer una revolucion que sería aun mas horrible y sangrienta que la que iba terminándose de los llamados patriotas. Sabíase ya que en España se preparaba una grande expedicion para la América española; y algunas cartas de la Península decian que su destino era la Costa-Firme.

En efecto, apénas se vió Fernando VII restituido al trono de sus mayores y al poder absoluto que estos le transmitieran, cuando sériamente pensó en reducir de nuevo á su obediencia á las provincias de la América del Sur que se habian declarado independientes. Tenia un ejército numeroso y aguerrido en cien combates contra los Franceses, y peleando tambien al lado de

las tropas inglesas que arrojaron de España á los ejércitos de Napoleon. Disponiendo de tales medios, decretó una expedicion de diez mil hombres de desembarco, la que debia mandar en jefe el mariscal de campo don Pablo Morillo, que se habia distinguido en la guerra peninsular. Morillo tenia valor, firmeza de alma, algunos talentos y experiencia militar. Al brigadier de la armada española don Pascual Enrile, natural de Cuba, se confirió el mando de la escuadra, nombrándole segundo jefe de la expedicion. El ministerio español tuvo que vencer muy graves dificultades, á fin de proporcionarse los medios y recursos para el equipo de la escuadra y para mantener las tropas. Sacóle de tales embarazos el comercio de Cádiz, que hizo los mayores esfuerzos y suministró al gobierno real todo cuanto faltaba para la expedicion, con la esperanza de recuperar el antiguo monopolio del comercio de que gozára por tantos años. Destinóse al principio la expedicion contra las provincias del Rio de la Plata, pero algunos obstáculos que se presentaron fueron causa de que se dispusiera enviarla primeramente á la capitanía general de Venezuela : restablecido allí el gobierno real, debian seguir las tropas á rendir la plaza de Cartagena, y pacificar al Nuevo Reino de Granada.

La expedicion, segun las órdenes comunicadas al general Morillo, debia hacerse á la vela en Cádiz el 1º de diciembre; mas no lo pudo verificar hasta el 24 de enero de este año. Vientos contrarios la obligaron á regresar al puerto, y zarpó nuevamente á la mitad de febrero navegando hácia Canárias, donde se reunió en los últimos dias de este mes : desde allí dirigió su rumbo á la Costa-Firme. Constaba de seis regimientos de infantería con la fuerza de mil doscientos hombres cada uno, de una columna de seiscientos cazadores escogidos, de un escuadron completo de artillería volante con diez y ocho piezas, de dos compañías de artillería de plaza, y tres de zapadores, del regimiento de caballería de Fernando VII y de cuatro escuadrones de húsares expedicionarios, compuestos de destacamentos sacados de varios cuerpos. El total ascendia á diez mil seiscientos cuarenta y dos hombres. Traía ademas un parque de artillería con la dotacion correspondiente para atacar una plaza de segundo órden, y para fortificar varios puntos, con todos los demas útiles necesarios para una expedicion ultramarina destinada á países lejanos é insalubres.

Componiáse la fuerza naval del navío *San Pedro Alcántara* de setenta y cuatro, de tres fragatas, y de veinte y cinco á treinta buques menores con artillería de diez y ocho y de veinte y cuatro. Los transportes eran mas de sesenta. Mucho tiempo habia que de los puertos de España no salia una expedicion marítima tan numerosa, ni tan bien organizada.

El convoy arribó á Puerto-Santo, á barlovento de Carúpano en las costas de Cumaná, el 3 de abril. Para entónces ya Moráles habia preparado en Carúpano treinta y dos buques, unos armados en guerra y varios como transportes : tenia prontos igualmente cinco mil hombres de desembarco para ir sobre la isla de Margarita, única provincia de Venezuela que aun no reconocia al gobierno real. Mandaban allí Arismendi y Bermúdez. Con la escasa poblacion de la isla y sus pocos recursos era harto difícil que pudieran defenderse.

Moráles prestó obediencia á las órdenes del general en jefe Morillo, y este, luego que se impuso del estado de los negocios en la Costa-Firme, determinó seguir á Margarita para subyugarla. En efecto, dadas sus disposiciones con la mayor prontitud, hizo embarcar tres mil hombres de la gente de Moráles en la escuadrilla venezolana de veinte y dos velas, que mandaba don Juan Gavazo; y con la suya, compuesta de ochenta y cinco velas y todo su ejército, se dirigió á Pampatar, adonde arribára el 7 de abril.

Ya los habitantes de Margarita habian recibido noticias exactas de la expedicion por medio de los prisioneros que tomaron en un buque de transporte de la escuadra española. Entraron, pues, en consejo sobre la conducta que debian seguir, cuando solo tenian la fuerza de cuatrocientos hombres. A pesar de esto, Bermúdez con algunos pocos oficiales de almas fuertes opinaban que debian defenderse hasta morir. Mas prevaleció la opinion contraria, de que la defensa en aquellas circunstancias era una temeridad punible, que comprometeria las vidas de multitud de personas que se habian refugiado en la isla, huyendo de la muerte y del exterminio con que las perseguian Moráles y su ejército, dominadores del continente. En consecuencia Arismendi y otros jefes refugiados en Margarita determinaron someterse. Bermúdez, improbando aquella resolucion, que juzgaba hija de la pusilanimidad, y creyendo que sería funesta á los que la adoptaban, trató de huir : embarcándose en una pe-

queña nave, pasó por medio de la escuadra española, y despues de haber recorrido algunas de las Antillas, se dirigió á Cartagena.

El 9 de abril saltó en tierra el general Morillo, á quien precedió una proclama en que ofrecia el perdon á los insurgentes, y un olvido absoluto de lo pasado aun á los mas comprometidos. Toda la isla se sometió sin resistencia alguna, á excepcion de algunos pocos oficiales desconfiados que siguieron el ejemplo de Bermúdez. Aun Arismendi con todos sus comprometimientos fué bien tratado por Morillo y permaneció en la isla. El jefe español concedió un pasaje gratuito á bordo de su escuadra á todos los emigrados que quisieran volver al continente. Morillo cumplió sus promesas, y por lo general trató bien á los Margariteños que se le presentaron; mas no así el pérfido y cruel Moráles : quince emigrados oficiales y patriotas que se embarcaron en uno de sus bajeles para trasladarse á Barcelona, fueron asesinados vilmente al llegar al puerto.

Morillo, despues de mandar jurar al rey en toda la isla y poner en órden la administracion pública, nombró de gobernador al teniente coronel don Antonio Erráiz, dejándole una guarnicion bastante numerosa. En las instrucciones que diera á Erráiz le previno entre otras cosas: que exigiera de las personas mas pudientes, y que hubieran tenido parte en el gobierno revolucionario, una contribucion extraordinaria de sesenta á ochenta mil pesos en varios plazos; que no permitiese salir de la isla á los emigrados que hubieran servido al gobierno republicano, ni á sus mujeres, hijos ó esclavos; que si ocurria alguna sublevacion en la Costa-Firme, se apoderase de todos ellos, como tambien de los oficiales que hubiesen desempeñado empleos civiles ó militares durante la revolucion; que estableciera un consejo de guerra permanente, para juzgar á los que de palabra ó por obras manisfestáran un espíritu insurgente ó poco amor al gobierno de Su Majestad; en fin, que destinára cierto número de padres de familia pudientes á observar qué habitantes se fugaban, los que responderian con su cabeza si no se interesaban en dicho servicio.

De tales instrucciones y de otros varios artículos que estas contienen, se infiere con evidencia que el general español trataba á los de Margarita con generosidad solo por algun tiempo, á fin de que la fama lo presentára como un jefe benigno, mién-

tras conseguia la pacificacion de otras provincias. Mas los dejaba con el dogal al cuello y encerrados, para que se pudiera disponer de sus vidas y haciendas en el primer momento favorable que se presentára.

Apénas se habia rendido Margarita, cuando se incendió y voló el navío *San Pedro*, fondeado al frente de la isla de Coche (abril 21). Asegúrase que en él se perdieron la caja militar del ejército, los vestuarios, la pólvora y los pertrechos: pérdida inmensa en aquellas circunstancias, ocasionada, segun se dijo, por un descuido al vaciar licores que se encendieron.

Luego que Morillo hubo arreglado el gobierno de Margarita, siguió con la escuadra y el ejército expedicionario á Cumaná. Allí dictó cuantas providencias juzgára conducentes á la completa pacificacion de las provincias orientales de Venezuela. El coronel del regimiento de Barbastro, don Juan Cini, obtuvo el mando de la provincia, y el brigadier don Juan Bautista Pardo fué nombrado comandante general de Cumaná, Barcelona, Margarita y Guayana, poniendo á su disposicion el regimiento de dragones. Despues de esto hízose Morillo á la vela con direccion á la Guáira, embarcando en su escuadra á Moráles y de tres á cuatro mil hombres de su division, compuesta de esos negros, zambos y mulatos valientes que habian destruido á los republicanos.

La escuadra española y gran parte del ejército expedicionario fueron á situarse en Puertocabello, y Morillo arribó á Carácas el 11 de mayo. La conducta que observára en Margarita y otra proclama llena de halagüeñas promesas previnieron los ánimos á su favor, aun de aquellas personas que habian sido mas adictas al sistema republicano. Cansadas de las agitaciones y desórdenes de la revolucion que acababa de espirar, deseaban la quietud y tranquilidad como los bienes supremos.

Era el general Morillo un militar ignorante y sin educacion, duro por carácter y que se dejaba arrastrar por movimientos repentinos de cólera, desconfiado en extremo, aunque no desprovisto de sentimientos generosos, de franqueza y lealtad. Como general, carecia de la ciencia necesaria y de esas combinaciones rápidas para trazar una campaña ó dirigir los movimientos imprevistos en el campo de batalla; pero tenia un valor á toda prueba, energía y serenidad: severo sostenedor de la disciplina y del órden en todos los ramos, se hacía querer del soldado, y

tales dotes constituían de Morillo un jefe acaso el mas á propósito para hacer la guerra en la América española, donde solo combatian pequeñas fuerzas.

Morillo venía plenamente autorizado por el rey para obrar del modo que juzgára mas conveniente á la pacificacion: hízose, pues, cargo de la capitanía general que desempeñaba Cajigal. Moráles habia indispuesto el ánimo de Morillo contra aquel á consecuencia de las disputas sobre mando que con él tuviera. Así, Cajigal fué mal tratado por Morillo, quien por tal conducta se privó de los consejos saludables que le hubiera dado el capitan general interino, hombre dotado de sentimientos nobles, generosos y moderados respecto de los patriotas.

Uno de los primeros cuidados de Morillo fué trabajar activamente en reorganizar el gobierno de aquellas provincias, cuyos resortes estaban relajados en extremo por la guerra y por los actos frecuentes de insubordinacion que habian quedado impunes. Ruinas y desórden por todas partes, odios y venganzas, fué lo que halló, y debia sacar recursos para la difícil campaña que iba á emprender sobre Cartagena y las provincias del Nuevo Reino de Granada. Faltábanle principalmente medios pecuniarios por la pérdida verdadera ó supuesta de la caja militar del ejército. Hay quienes opinen, que jamas sacaron esta de Cádiz, y que el incendio del navío *San Pedro* fué de adrede para encubrir el robo. Aserciones y cargos que nos parecen infundados.

Despues de tamaña pérdida como la que hiciera el ejército expedicionario con el incendio del navío *San Pedro*, fueron muy grandes las vejaciones que cometieron Morillo y sus subalternos sobre los arruinados habitantes de la provincia de Carácas, para mantener sus tropas, darles algun socorro, vestirlas y proveer á los hospitales: con tal que se consiguiera el fin, cuidaban poco de la violencia de los medios.

Fué el primero exigir un préstamo forzoso de doscientos mil pesos (mayo 19). En seguida, y fundado en una real órden de 9 diciembre de 1814, creó una junta de secuestros, que se instaló inmediatamente. Debia esta secuestrar y vender los bienes: primero, de todos los caudillos ó fautores de la revolucion, de los que hubieran llevado armas contra el rey, asesinado á los vasallos fieles, ó promovido de cualquier modo la revolucion; segundo, de los que por una conducta pasiva é inoficiosa habian

seguido el partido de los independientes; y tercero, de aquellos que hubiesen emigrado por miedo de las tropas reales á lugares no sospechosos y aun á países de la dominacion española. La mayor parte de los bienes de los comprendidos en las tres clases mencionadas debian venderse con pocas excepciones. Así era que casi todos los habitantes de Venezuela iban á ser incluidos en las conspiraciones y reducidos á la miseria mas espantosa. Tales disposiciones, que se llevaron á cima con extremado rigor, cubrieron de lágrimas y de luto á Venezuela. Mas de quince millones de pesos de propiedades fueron secuestrados y vendidos en gran parte. El brigadier don Salvador Moxó era el presidente de la junta. Estableciéronse otras semejantes en las provincias, autorizadas, no solo para la venta de los bienes embargados, sino tambien para conocer y sentenciar las causas de infidencia : establecimiento formidable que sobre manera iba á oprimir aquellas desoladas provincias. Añadióse á estas providencias la creacion de consejos permanentes de guerra, compuestos de oficiales del ejército expedicionario, los que debian juzgar militarmente cualesquiera delitos de rebelion. Arrancados así de su fuero los habitantes de Venezuela y suprimida por Morillo la real audiencia, en virtud de las plenas facultades con que le habia autorizado el rey, los tribunales y juzgados civiles quedaron inhibidos del conocimiento de los procesos de insurreccion, que les tocaban por las leyes comunes de la Monarquía española. Desde entónces vieron claramente los Venezolanos que en lo venidero iban á ser regidos por la vara de hierro de un horrendo despotismo militar.

Suprimida la real audiencia, Morillo creó á su amaño un tribunal de apelaciones (mayo 27), nombrando los miembros que debian componerle, con exclusion de los antiguos ministros de la audiencia, á los que trató indignamente, porque se habian opuesto desde el tiempo de Monteverde á las violencias y á la arbitrariedad de los caudillos españoles : oposicion que estos no podian ver sin que les causára grande irritacion.

A tan opresivas providencias, á las exacciones de víveres, ganados y de todo cuanto necesitaba su ejército y escuadra para vivir en la abundancia, añadieron, así el general en jefe como los expedicionarios subalternos, el mas profundo desprecio por los Venezolanos, que con tanto valor habian sostenido la causa del rey. Presentándose cierto dia un coronel del país, dijo el

jefe del regimiento de la Union, don Francisco Mendíbil : « Si estos son los vencedores, ¿quiénes serán los vencidos? » Túvose esta ocurrencia por un dicho agudo que celebraron todos los oficiales expedicionarios, y aun el mismo Morillo. Mas no fué esto solo : recogiéronse á muchos jefes y oficiales sus despachos, despidiéndoseles del servicio con ultraje y vilipendio. Tamaña ingratitud dió en breve muchos partidarios á la Independencia, pues los valientes llaneros no sufrieron el verse ajados y menospreciados por los altaneros Españoles, á quienes tan imprudente conducta debia costar muy caro.

Desde entónces comenzaron á revivir las esperanzas moribundas de los patriotas, que divisaron á lo léjos un porvenir mas dichoso.

El general en jefe, ántes de partir, dió algunas providencias para mantener el órden y la disciplina militar, así como para calmar los partidos políticos. Él prohibió severamente que á ninguno se pudieran echar en cara sus opiniones anteriores; procuró recoger los vagos y establecer una exacta policía. Declaró tambien libres á todos los esclavos que habian tomado las armas en favor de la causa del rey, sin dar indemnizacion alguna á sus amos; lo que para estos fué otro motivo de descontento.

Hechos tales arreglos, nombró al brigadier don José Ceballos, teniente de rey en Carácas, para capitan general interino. El brigadier don Salvador de Moxó quedó encargado de la direccion de las fuerzas que dejaba en Venezuela y de las operaciones militares. Este era el verdadero jefe en todos los ramos, pues Ceballos, tenido en poca estima por Moxó y por los oficiales expedicionarios que le rodeaban, se veía obligado á seguir los malos consejos é inspiraciones de aquel, y sufria con paciencia desaires en su persona y en su autoridad. Lo mismo habia sucedido al mariscal de campo Cajigal, que poco tiempo despues siguió á España, lacerada su alma por la incivilidad y poca consideracion con que le tratára Morillo. Parecia que el desdeñoso orgullo de este y de los oficiales expedicionarios se habian propuesto disgustar á todos los antiguos servidores del rey en Venezuela: acumulaban así combustibles para un incendio no muy lejano.

Bajo las órdenes de Moxó dispuso Morillo que mandára en los Llanos el brigadier don Pascual del Real, situándose en Ca-

labozo con ochocientos hombres de guarnicion; en Margarita dejó ochocientos; igual número en Cumaná y Barcelona; mil en Carácas y la Guáira; trescientos en Puertocabello; y en Barínas situó la quinta division al mando de Calzada, la que reorganizára enviando oficiales y algunos cuadros de Españoles expedicionarios. Ántes habia dirigido el regimiento de Extremadura y alguna caballería con la fuerza de mil setecientos hombres al istmo de Panamá con destino al Perú, y enviado á Puerto-Rico un batallon de Cazadores. Morillo pudo hacer tales esfuerzos auxiliado por el ejército que halló en Venezuela al mando de Moráles, del que embarcó cerca de cuatro mil hombres con su jefe; tuvo que fusilar á varios soldados que se desertaban en gran número, pues no querian dejar su tierra natal : tambien se les trató á bordo con indecible dureza; todos los cuidados del general en jefe y de sus subalternos se dirigian en favor de los Españoles europeos. Oficiales de los venidos de la Península reemplazaron á los criollos despedidos del servicio, y todo esto concurrió á introducir el descontento entre los naturales del país contra el gobierno real.

La expedicion se componia de cinco mil hombres europeos y de mas de tres mil Venezolanos. Del 10 al 12 de julio se hizo á la vela desde Puertocabello con direccion á Santamarta en el Nuevo Reino de Granada : conducíanla cincuenta y seis buques, algunos de guerra, y los demas transportes. Morillo, en su proclama de despedida (julio 10), daba las gracias á los Venezolanos por los esfuerzos que habian hecho para proveer á su expedicion de cuanto le era necesario : decia, que todos sus conatos se dirigirian á no derramar una sola gota de la sangre tan preciosa de los Granadinos : de paso indicaba que un Venezolano habia introducido los horrores de la anarquía entre los pacíficos habitantes de la Nueva Granada, á quienes iba á presentar el ramo de oliva, y á reunir á la gran familia, cuyo jefe comun era *Don Fernando VII el Deseado*. Aseguraba, que su ausencia no sería larga, y que volveria en breve á ocuparse de la felicidad de Venezuela, sin perdonar cuidado alguno para la prosperidad del país. « Yo espero, terminaba, no tener que arrepentirme de la confianza que pongo en vosotros. Dejo fuerzas suficientes para destruir á los malvados que se atrevan á turbar la tranquilidad pública. Vosotros os reunireis, no lo dudo, para extinguir todos los partidos. En cualquier lugar en que yo me

encuentre, velaré sobre vosotros; este es mi primer deber: si mi presencia fuese aquí necesaria, vosotros me vereis aparecer de nuevo con la rapidez del rayo para purgar estas provincias de los monstruos que viven de la desgracia de los otros.»

El brigadier Moxó quedó en Venezuela á la partida de Morillo con casi toda la autoridad civil y militar entre sus manos. Él presidia la junta de secuestros y el consejo de guerra permanente, que breve y sumariamente juzgaba los delitos de infidencia. Tambien estableció otro nuevo tribunal llamado *de policía*, que organizára en Venezuela un sistema opresivo de espionaje y delaciones. Tenia el encargo de formar en todos los pueblos matrículas de los habitantes con notas reservadas sobre el carácter, vicios y virtudes de cada uno. Se prohibió el uso de toda clase de armas blancas ó de fuego, y se dispuso que nadie pudiera leer cartas é impresos que se recibieran de los países extranjeros, sin presentarlos ántes á la policía. Por órdenes del mismo Moxó se exigieron dos empréstitos, cada uno de cien mil pesos, los que aumentaron la ruina de la provincia de Carácas. Organizóse por último una contribucion para el año siguiente del diez por ciento sobre los productos líquidos de todas las propiedades é industrias, ménos los sueldos militares; gravámen demasiado fuerte para aquellas provincias devastadas.

Medidas tan duras no eran propias del capitan general interino don José Ceballos, quien, disgustado en extremo contra los expedicionarios, pidió su pasaporte y siguió á España. Reemplazóle Moxó, cuya autoridad no tuvo entónces límites algunos. Asegúrase que su rapacidad y avaricia no conocian freno, ni decoro alguno sus costumbres. Le acompañaban en esto aquellos expedicionarios que permanecieron en Carácas, los que tratando á Venezuela como á un país de conquista, corrompieron la moral pública y contribuyeron eficazmente á excitar la indignacion de los naturales del país. En sus nobles pechos aun no se habia extinguido del todo, como algunos tímidos habian creido, el sagrado fuego du su amor á la independencia y libertad. Alimentábanlo muchos generosos patriotas, unos en silencio aguardando mejor ocasion, y otros arrostrando los peligros y toda clase de privaciones.

El número de estos se aumentó considerablemente con los muchos desertores que ántes de embarcarse tuvo la division de Moráles. Perdió cerca de mil hombres de esos llaneros valientes

que no querian abandonar á su patria y emprender una campaña en países distantes. Casi todos estos desertores, que amaban ya la carrera militar, fueron otros tantos soldados que se armaron contra el poder español en Venezuela y en favor de la moribunda causa de la Independencia, que entónces parecia desesperada.

En efecto, despues de las victorias completas obtenidas por los realistas en Urica y Maturin, y despues de la ocupacion de Soro, Irapa y Güiria, los pocos patriotas que escaparon de la cuchilla española, y no pudieron huir á países extranjeros, se dispersaron en los bosques. En estos fueron perseguidos con la mayor tenacidad por los Indios caribes de los pueblos de Chamariapa, San Joaquin y Santana, crueles ejecutores de las órdenes de su comandante Concepcion Díaz, realista decidido; lo mismo hacian los habitantes de Cachipo, dirigidos por N. Garriga, y en otros pueblos no faltaban perseguidores semejantes, que buscaban los medios de congraciarse con los jefes españoles. Desnudos, muertos de hambre y cazados como bestias feroces, varios oficiales patriotas, al cabo de cuatro meses de una vida tan miserable, pensaron en reunirse para vender caras sus vidas y morir como valientes. Una de las primeras partidas que se formaron, fué la que juntó el comandante Francisco Vicente Parejo en la Mesa de Guanipa: el comandante José Tadeo Monágas se puso á la cabeza de otra, apoderándose de los pueblos de Santana, Cachipo y Pariaguan. Cuando esto sucedia, Parejo ocupaba al pueblo de Chamariapa. Canelon y Ranjel levantaron igualmente partidas de guerrilla en la provincia de Barcelona. El capitan Jesus Barreto y el comandante Andres Rójas vagaban en las llanuras de Maturin; Cedeño se apostó en las cercanías del Tigre, rio que desemboca en el caño Manamo del Orinoco; el célebre Sarasa se habia establecido en los Llanos de la provincia de Carácas. Casi todas estas partidas estaban al principio armadas solamente con picas del duro y ponzoñoso arbusto llamado *Piritu* ó *Macanilla;* mas á fuerza de pequeños combates, todas fueron adquiriendo armas de fuego, especialmente en las sorpresas que daban á los pueblos. Monágas el primero consiguió aumentar bastante su partida, y batir en San Diego de Cabrutica una columna española matando á mas de doscientos soldados. Parejo obtuvo igualmente algunas ventajas en el Guico y Guanipa. Perseguido

Monágas por el teniente coronel don Salvador Gorrin, fué alcanzado y batido en Peñas-Negras y en el Palmar.

Sin embargo, reunido con Parejo, Sarasa, Cedeño y Sotillo, resolvieron dirigirse á las riberas del Orinoco, persuadidos del patriotismo de sus habitantes y de otras muchas ventajas que podrian conseguir. Para llamar la atencion de Gorrin, dirigiéronse en el mes de abril á la villa de Aragua en Barcelona, que sorprendieron, apoderándose de muchos efectos militares y de comercio. Allí supieron el arribo de la expedicion de Morillo por una proclama de Moráles fijada en la puerta de la iglesia. El mismo dia abandonaron la villa, y en sus alrededores tuvieron los jefes una junta de guerra : considerados en esta los nuevos peligros que los amenazaban tan de cerca, resolvieron alejarse cuanto fuera posible acercándose al Orinoco, pasarlo despues y llevar la guerra á la provincia de Guayana. En seguida los patriotas se dispersaron para no encontrarse con Gorrin; y reuniéndose de nuevo en el punto convenido, se encaminaron primero á Santa María de Ipire y despues á San Diego de Cabrutica : en el tránsito derrotaron algunas partidas enemigas. Desde allí siguieron hácia las márgenes del Orinoco, juntando caballería y aumentando su pequeña division, que llegó á tener mil doscientos hombres mal armados. Con esta fuerza arribaron el ocho de junio al Orinoco por el Hato de los Rodríguez, frente á la ciudad de la Piedra, situada en la provincia de Guayana. Era empresa harto arriesgada pasar el caudaloso Orinoco, sin tener mas que dos pequeñas curiaras ó canoas, una de las cuales solo podia conducir nueve hombres y tres la otra con algunas sillas. De esta manera pasó un destacamento que se mantuvo oculto abajo del puerto de la Piedra : luego cayó sobre la ciudad, apoderándose de todas las embarcaciones que allí habia. Solamente mil hombres atravesaron el Orinoco, pues los otros se desertaron creyendo ser temeraria la empresa.

Habiendo descansado dos dias, marcharon sobre Muitaco, donde destruyeron doscientos hombres bien armados que allí existian; en seguida pasaron el rio Aro y se avanzaron, reduciendo los pueblos del tránsito, y aumentando sus tropas con todos los hombres útiles y caballerías que encontraban. La division republicana, que constaba ya de mil seiscientos hombres armados con picas de madera, lanzas, flechas y algunos fusiles y carabinas

con muy pocos cartuchos, se acampó al frente de la ciudad de Angostura, capital de la provincia de Guayana. Era su gobernador el teniente coronel expedicionario don Nicolas Ceruti, quien acababa de encargarse del mando. Á pesar de sus fortificaciones, los patriotas intentaban tomar la plaza; pero esto era imposible, porque al mismo tiempo llegó á defenderla el teniente coronel Gorrin con su division, bien provista de todo lo necesario y superior á los patriotas en infantería, aunque no en caballería : de todas armas tenia Gorrin dos mil hombres. Este, que era activo, astuto y valiente, atacó á los republicanos el 22 de junio en su campamento de la Mesa; sorprendiólos á média noche y dispersó en gran parte sus fuerzas, causándoles bastante pérdida. Pocos dias despues atacó y batió á Parejo en el Morichal de Becerro, quien tenia doscientos hombres. Reunidos Parejo y sus restos á Monágas y á Cedeño, quisieron estos hacer frente al comandante realista en el sitio del Caraqueño con seiscientos hombres; en efecto, disputaron el campo algunas horas, pero Gorrin los derrotó completamente, matándoles doscientos cincuenta hombres, y tomándoles quinientos cincuenta caballos é igual número de lanzas. Destruidas ó dispersas casi todas sus tropas, Monágas y Sotillo con cuarenta hombres se quedaron ocultos en las márgenes del rio Aro : Cedeño, Parejo é Infante marcharon con ciento setenta compañeros armados hácia Caicara. En el paso difícil del caudaloso rio Cáura perdieron algunos hombres; sin embargo Cedeño ocupó á Caicara y en seguida los pueblos del Alto-Orinoco hasta Rio-Negro. Su cuartel general lo puso en el Tigre á las inmediaciones de Caicara, y llegó á dominar todo el país que se extiende desde el Cáura con mil hombres de caballería, pues carecia de armas de fuego, que no tenia dónde adquirir.

Monágas fué ménos feliz. Perseguido por los realistas, especialmente por los Indios caribes del pueblo de Tapaquire, que descubrieron y degollaron en un retiro los enfermos que habia dejado ocultos, y por las partidas que mandaba el Español don Juan Sánchez, sufrió varios descalabros. Vengó, sin embargo, sobre los Indios la muerte que dieran á los patriotas enfermos, á las mujeres y niños que los acompañaban. Sorprendió al pueblo de Tapaquire, le puso fuego y no dió cuartel á sus habitantes. El comandante Sotillo determinó separarse de Monágas: cayendo sobre el puerto de la Piedra, se apoderó de aquella po-

blacion, y desde allí pudo repasar el Orinoco. Monágas, despues de muchos contratiempos, de combates y de numerosas fatigas, arribó al Cáura, y con gran dificultad consiguió pasarlo uniéndose á Cedeño. Pocos dias habian corrido cuando se suscitaron disputas entre los dos jefes, sobre el mando y acerca del territorio en que debia hacerse la guerra á los Españoles. Para cortarlas y calmar tambien los zelos que tenia Cedeño, resolvió Monágas acercarse al Orinoco en compañía de Parejo; logró pasar el rio con cincuenta hombres en los últimos dias de julio, trasladándose á la provincia de Barcelona. El comandante Cedeño permaneció en el Alto-Orinoco en su cuartel general del Tigre, donde fué acometido dos veces por el gobernador de Guayana Ceruti. La primera por el Chiribital, y hallando resistencia muy decidida tuvo que reembarcarse el jefe español. En la segunda se internó hasta la Bendicion; mas fué compelido á retirarse á Angostura, porque la caballería de Cedeño no le permitia coger una res para comer, y con sus marchas fatigó constantemente á los realistas. Así fué que en todo este año ninguna ventaja positiva pudieron obtener contra los independientes del Alto-Orinoco.

En las provincias de Cumaná y Barcelona combatian algunos cuerpos francos de los republicanos, aunque sin hacer progresos. Una de estas partidas de doscientos hombres fué derrotada el 2 de agosto en las alturas de Morechito por el teniente coronel comandante de dragones don Juan Solo; otra por el teniente coronel don Rafael López en los montes de Urica. Este logró por medio de sus persecuciones que el guerrillero Canelon aceptára un indulto, entregando ciento cuarenta fusiles y mas de trescientas lanzas con algunos pertrechos. Hizo aun mas, pues abocándose con Manuel Villarroel, otro jefe de partida, le persuadió que se acogiera tambien á un indulto ofrecido por el gobernador de Cumaná: Villarroel cometió la necedad de confiarse en las promesas de los realistas, y fué pasado por las armas, luego al punto que se presentó al comandante militar de Areo. El mismo comandante Solo batió la partida que dirigia José Francisco Peñalosa (setiembre 1º); habiendo este caido prisionero, se le fusiló en Cumaná el 29 de setiembre junto con el coronel Rivero, derrotado y cogido en Punta de Piedra por el sarjento mayor de dragones don Miguel Domínguez. Tantos descalabros eran aun mas sensibles porque el gobernador de la

isla de Trinidad, sir Ralph Jámes Woolford, habia prohibido que se enviáran al continente armas y pertrechos, bajo las penas de expulsion de la isla y confiscacion de bienes.

La fortuna persiguió tambien á los patriotas en las llanuras de Carácas. Algunas partidas de Sarasa fueron destruidas por el teniente coronel expedicionario don Manuel García de Luna; la accion principal se dió en el sitio de Medrano el 9 de agosto, donde fué derrotado y muerto el comandante de la partida, sin que Luna diera cuartel, exceptuando á un niño de seis años, hijo de Sarasa, á quien remitió á Carácas: sin embargo de la victoria, los húsares de Fernando VII probaron aquel dia las consecuencias del valor y audacia de los llaneros, á quienes principiaron á temer desde entónces. Luna adquirió en los Llanos la fama de cruel y sanguinario.

Aunque algunas partidas de los patriotas fueron derrotadas por los Españoles, otras se sostenian, y continuamente daban qué hacer á los realistas, que no podian gozar de quietud: estos cuerpos francos obligaban á los soldados españoles á marchas y contramarchas que los cansaban y debilitaban, especialmente á los expedicionarios; tambien sorprendian con frecuencia las partidas pequeñas apoderándose de sus armas. Los independientes iban adquiriendo ya algun partido entre aquellos mismos llaneros que tanto contribuyeran á la destruccion de la República. Morillo y sus oficiales, que los despreciaron como á seres indignos de asociarse con ellos, los habian hecho patriotas.

Con todo, la situacion de los republicanos era lamentable: encerrados en lo interior, sin esperanza de auxilio, desnudos, comiendo carne sin sal, no teniendo por lo comun otras armas que la lanza y el caballo, perseguidos como bandoleros, algunas veces desesperados, formaban grandes reuniones y se atrevian á atacar los cuerpos realistas. Estrechados otras por fuerzas superiores, los mismos jefes dispersaban sus tropas indicando algun punto distante donde se reunieran en un dia determinado. De esta manera evitaban la persecucion de los realistas, entre los cuales se distinguieron para tal especie de guerra los tenientes coroneles Gorrin y López, cuya astucia, valor y actividad fueron harto funestos á los republicanos. Sería bien difícil y fastidioso continuar los pormenores de las acciones de partidas de guerrilla. Baste decir, que cada semana habia combates, y que la guerra no se hacía con tanta crueldad como

en la época de Bóves, pues ambas partes á veces perdonaban á los prisioneros.

Mas no habian cesado enteramente los actos de crueldad. El jefe español de Güiria, cuyo nombre ignoramos, cometió en 4 de noviembre un hecho que manifiesta la mas refinada ferocidad. Embarcó en el falucho armado de don Francisco García cuarenta y tres personas entre mujeres y niños. Los ejecutores no cumplieron la órden de ahogarlos en el mar, pero los desembarcaron en los islotes desiertos y áridos de los Testigos, cerca de Margarita, para que allí murieran consumidos por el hambre y la inclemencia. Un extranjero llamado Tomas Dolaváres los socorrió con alimentos, y por intercesion de várias personas el gobernador de Cumaná los hizo conducir á Carúpano. La causa para intentar aquellos asesinatos fué, que las expresadas mujeres y niños se tenian por patriotas, lo que era un delito de muerte para los Españoles. Es lástima que no podamos ofrecer á la execracion pública el nombre de aquel comandante.

Traslademonos ahora de las provincias orientales de Venezuela hácia las extensas llanuras de Barínas y la gran cordillera de los Ándes. Desde que Morillo siguió á su expedicion contra Cartagena, cuyos pormenores hemos referido en la primera parte, dejó en la provincia de Barínas la quinta division de su ejército al mando del teniente coronel Calzada, compuesta de dos batallones con mil y ochocientos fusileros y quinientos hombres de caballería. Habíase prevenido á Calzada que realizára el antiguo plan marchando sobre los valles de Cúcuta, y avanzándose hasta Ocaña para ponerse en contacto con el ejército real que bloqueaba á Cartagena. Este mismo, segun referimos ántes, habia sido, desde la retirada de Urdaneta á Cúcuta, el proyecto favorito del capitan general don Francisco Montalvo, quien no pudo conseguir que se verificase. Várias causas lo impidieron, y la demora principal era la division de tropas que el congreso granadino habia levantado en la provincia de Casanare, la que obrando por la villa de Aráuca, amenazaba constantemente á Guadualito y á las llanuras de Barínas. Aun subsistia el mismo obstáculo, y por esto Calzada, á pesar de las órdenes urgentes de su general, no habia podido moverse. Morillo esperaba en vano la combinacion acordada; y Calzada, viendo las dificultades que presentaba el tránsito de Barínas á Cúcuta, así por la fragosidad de los caminos, como por la falta de subsistencias

en un país tan arruinado, determinó con acuerdo de sus inmediatos jefes cambiar de ruta, dirigiéndose sobre la provincia de Casanare : era su objeto principal destruir la division republicana que existia en dicha provincia, compuesta de mil jinetes y ciento cincuenta fusileros mandados por el general Joaquin Ricaurte. Para ejecutar esta excelente operacion, se detuvo Calzada en Guadualito, hasta que principiaron á secar los Llanos en el mes de octubre. Emprendió entónces su marcha con la mayor celeridad posible, teniendo que vencer tantos obstáculos como le oponia la naturaleza en un país medio anegado y lleno de fango. En los pasos de los rios Lipa, Ele, Casanare y otros puntos ventajosos, las tropas republicanas quisieron detener la marcha de Calzada; pero las fuerzas realistas eran tan superiores en número que fué imposible. Al fin los independientes las esperaron en la llanura de Chire, al pié de la gran cordillera de los Ándes, donde hubo un fuerte choque de caballería. Calzada perdió gran parte de la suya en un combate que se diera el 31 de octubre. Mas la infantería se salvó en la cordillera inmediata, y á la cabeza de dos mil hombres la pasó Calzada, segun referimos en la primera parte.

En tanto que los realistas mandados por Morillo y por otros jefes combatian en la Nueva Granada á los republicanos, la isla de Margarita habia levantado el grito de insurreccion. Esta pequeña provincia apénas tenia de doce á trece mil habitantes. Sus moradores eran pobres á causa de la esterilidad del terreno, proveniente de la falta de lluvias, pues solo produce maíz y algunos otros frutos : tambien alimenta pequeños hatos de ganados. Una gran parte de sus habitantes se ocupa en la pesca : ellos son fuertes, robustos y frugales, dados al trabajo y á la marina, en que sobresalian. Desde la ocupacion de Morillo, el coronel Arismendi y los demas patriotas que allí se encontraron, y á quienes perdonó el jefe español, sabiendo en su mayor parte las instrucciones que este habia dejado al gobernador Erráiz, vivieron vigilantes. Por fortuna este oficial español, honrado y bondadoso, proclamaba el sistema de que se debian cumplir religiosamente las promesas de Morillo, y por tanto no quiso ejecutar las órdenes de Moxó, para prender á los patriotas y secuestrar sus bienes. En consecuencia fué removido de su destino. Sucedióle el teniente coronel don Joaquin Urreistieta, que profesaba principios opuestos á su antecesor, siendo desconfiado,

cruel y avaro. Este gobernador era un instrumento propio para cumplir las órdenes de Morillo, quien desde su cuartel general de Turbaco previno al brigadier Moxó, que mandase prender á Arismendi, á don Ramon Silva y á don Juan Miguel Láres, miembros que habian sido del gobierno revolucionario de Margarita, y que los remitiera presos á España. Cuando llegó esta órden, ya Urreistieta, incitado por el brigadier don Juan Bautista Pardo, jefe militar de la provincia de Cumaná, habia tratado de prender á Arismendi, á don Cayetano Silva y á don Felipe Villalba, por haber supuesto que mantenian correspondencia con los patriotas emigrados en Trinidad. Aquellos escaparon á los bosques, y los soldados españoles solo aprehendieron á don Juan Ariza junto con don Francisco y don José Bolívar.

Advertidos Arismendi y los demas patriotas de Margarita de que no debian confiar por mas tiempo en las promesas españolas, comenzaron á obrar activamente desde el retiro de los montes en que se hallaban, para conmover la isla contra el gobierno real. Casi todos sus habitantes eran amigos de la Independencia, habia oficiales que los podian dirigir, y su posicion marítima les daba facilidad para adquirir otras armas y municiones, fuera de las que tenian ocultas. Despues de formar su plan, resolvieron los jefes de la insurreccion reunirse y sorprender en un mismo dia los destacamentos españoles. Mas el gobernador descubrió el proyecto, ocurrió armado al punto de la reunion, mató algunos, y los demas comprometidos se pusieron en salvo (noviembre 15). Entónces comenzaron las reuniones armadas en toda la isla, y aunque Urreistieta tratára de sufocarlas en su cuna, le fué imposible, porque cuando los patriotas se presentaron en campaña eran ya mas de mil quinientos hombres armados, con sus oficiales respectivos, llenos de osadía y confianza. Ellos tomaron posesion de la parte setentrional de Margarita, apoderándose tambien de la casa fuerte y de la guarnicion de la Villa del Norte, de la que destruyó Arismendi mas de doscientos hombres. En Porlamar y Pampatar fueron rechazados los independientes por las fortificaciones. Se dirigieron entónces contra la Asuncion, capital de la isla, encerrándose el gobernador en el castillo de Santa Rosa, construido en la misma ciudad. Allí fué sitiado Urreistieta con la mayor parte de las tropas españolas.

En aquellas circunstancias Urreistieta, lleno de furor, dictó las providencias mas duras contra los insurgentes. Debe conservarse una de sus primeras órdenes, que en 17 de noviembre comunicaba al capitan don Juan Garrigó, sobre el modo con que debia obrar en su marcha hácia la Villa del Norte. « No dará V., decia, cuartel á ninguna persona, y permitirá el saqueo á la tropa luego que llegue. Si V. cree que los enemigos son débiles, seguirá sus marchas á San Juan; pero para esto me dará V. parte cuando llegue al Norte. Dará V. fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando esté todo *tranquilo*. La Villa del Norte será tambien quemada cuando vuelva V. de San Juan. Tome V. todas aquellas medidas que le parezcan para dejar bien puesto el honor del cuerpo. »

Animado de los mismos sentimientos contra los patriotas de Margarita, el capitan general interino Moxó ordenaba á Urreistieta que procediera con una energía revolucionaria. « Prevengo á V., le decia, que deseche toda humana consideracion. Todos los insurgentes ó los que los sigan con armas ó sin ellas, los que hayan auxiliado ó auxilíen á los mismos, y en fin, todos los que hayan tenido parte en la crísis en que se encuentre esa isla, serán fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumaria, sino con breve consejo verbal de tres oficiales..... No hay que desmayar; el valor triunfó siempre del número : y si, como creo, se halla á caballo el escuadron de dragones, bastará para exterminar á los malvados que aun quieren sembrar de huesos esa isla. Reencargo á V. mucha actividad, y que siendo inexorable me dé parte de la entera pacificacion de ese albergue de pícaros, que tanto han abusado de nuestra bondad y clemencia. »

Estas órdenes no necesitan de comentario, pues ellas hablan por sí solas. Despues de semejante conducta de los jefes españoles, ¿qué otro recurso quedaba á los habitantes de Margarita, sino la retaliacion de que usaron severamente, y vencer ó morir? Por fortuna consiguieron lo primero, debido en gran parte á la bárbara crueldad de sus enemigos.

No obstante el valor y arrojo de los soldados de Margarita, bien poco pudieron adelantar contra el castillo de Santa Rosa, en que se habia encerrado Urreistieta con tropas españolas. El gobernador que las mandaba sufrió tambien algunos descalabros : quiso tomar una batería que le causaba mucho daño;

pero fué derrotada la compañía de Barbastro, destinada á tal empresa. Aun fué mas grande la pérdida que tuvo (diciembre 12) un destacamento de doscientos hombres que el comandante de Pampatar envió para hacer levantar el sitio de Santa Rosa; solo trece pudieron penetrar hasta el castillo, quedando los demas muertos ó prisioneros. Al amanecer del siguiente dia el mismo gobernador se puso en marcha á la cabeza de ciento ochenta soldados, dejando en Santa Rosa una pequeña guarnicion á cargo del valiente oficial don Francisco Maya. Entónces fué mas feliz, y logró unirse en Pampatar con los auxilios enviados de la Costa-Firme por el brigadier Moxó, empeñado fuertemente en sujetar de nuevo á los habitantes de Margarita. Estos elevaron su fuerza á cuatro mil trescientos hombres de infantería y doscientos de caballería, aunque todos mal armados. Sin embargo de que dieron repetidos ataques al castillo de Santa Rosa, fueron siempre rechazados, porque no tenian medios suficientes ni experiencia para tomar los puntos fortificados.

En uno de aquellos acometimientos contra dicha fortaleza quedaron heridos siete patriotas al pié de las murallas, los que fueron degollados á presencia de sus conciudadanos. Bien caro pagaron los realistas esta crueldad : ella dió motivo á que los republicanos matáran en la Villa del Norte á trece oficiales y ciento setenta y ocho soldados españoles. Con estas matanzas la guerra de Margarita se iba encrueleciendo mas y mas, y parecia que no muy tarde se verian los malhadados tiempos de Bóves. Urreistieta ofreció un precio por la cabeza de Arismendi, á fin de ver si podia encontrar un vil asesino.

Año de 1816. — Poco despues habiendo el gobernador recibido algunos auxilios, se puso al frente de doscientos cincuenta infantes y cien dragones, y salió de Pampatar (enero 5). En seguida forzó las dos líneas que tenian los patriotas entre aquel puerto y la Asuncion, causando bastante daño á los independientes, que peleaban con un valor heróico, segun el testimonio de sus mismos enemigos. « V. S. formará una idea, decia Urreistieta á Moxó, del empeño y obstinacion con que se bate esta canalla, consentida ya en morir tarde ó temprano, cuando ocupa una ventajosa posicion, con decir que cuantos puntos hemos tomado hasta ahora, han sido materialmente á bayonetazos, y ha habido insurgente que con su mano ha arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que es á lo que puede llegar

el arrojo de un hombre temerario. » — « Posterior á la accion que llevo referida, el enemigo no sale de su nueva línea, y allí permanece viendo saquear y quemar la ciudad de la Asuncion por nuestros soldados irritados, sin que se atreva á molestarlos tan siquiera con un solo tiro; lo que me hace creer se hallarán del todo exhaustos de municiones. »

Corridos algunos dias, ofició el brigadier Pardo á Moxó (enero 29), avisándole que la mujer de Arismendi habia dado á luz en su prision *un nuevo monstruo*... y que convendria decapitarla por haber su marido hecho matar á los prisioneros españoles. » La consorte de Arismendi habia sido insultada vilmente y aprisionada por los Españoles, por haberse denegado á escribir á su marido que depusiera las armas y que se rindiera. Poco despues fué trasladada á Cádiz, de donde se fugó para regresar á su patria ya libre é independiente. En todas estas épocas manifestó siempre un ánimo varonil y constancia inalterable superior á su sexo.

Los crueles sentimientos del brigadier Pardo y sus dañadas intenciones se descubrieron no solamente en la mencionada consulta, sino en otra que parece increible, pero que consta por documentos que se conservan. Preguntaba á Moxó, — « si deberia privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla, puesto que los patriotas se valian de ellos para introducirse en Pampatar y tomar conocimiento de lo que ocurria. »

Los documentos mencionados manifiestan claramente que en Margarita se hacía una guerra de exterminio. Los Españoles saqueaban, quemaban y arrasaban cuanto podian. Urreistieta no perdonaba á ningun rebelde que caía en sus manos; y los de Margarita hacian lo mismo. Siendo estos pobres, aunque vendieran cuantas alhajas tenian de oro y plata para comprar armas y municiones, y aunque poseían el puerto de Juan Griego, eran pocas las que podian conseguir en las islas vecinas, á causa de que los respectivos gobiernos se lo impedian con severidad. Hé aquí el motivo principal por que los Margariteños no adelantaban mucho en sus operaciones contra las tropas españolas, bien armadas y disciplinadas.

No siendo numerosas, Urreistieta pedia constantemente socorros al capitan general Moxó. Este hizo el último esfuerzo y salió de Cumaná y Barcelona un convoy con seiscientos hombres de infantería y caballería de la columna de Gorrin. El brigadier don Juan Bautista Pardo se trasladó á la isla para man-

dar en persona las operaciones contra los insurgentes. Pero halló que con los mil y cien hombres que tenia, aun era incapaz de sujetar á Margarita, y que se necesitaban otros mil fusileros para quemar, talar y destruir todo, de tal suerte que los Margariteños perecieran de hambre ó se entregáran. Estos, segun el mismo Pardo en un oficio al capitan general Moxó, habian apurado todos los medios de defensa. « Prescindiendo, decia, de su fuerza armada, que es numerosa, y de su caballería, que pasa de doscientos hombres, tienen muchas trincheras y baterías en todos los caminos y bosques que dominan, puesto espías y puntos avanzados en todos los pasos y alturas, construido reductos, y apurado de una manera no vista todos los medios de defensa que caben en la posibilidad; pues como saben han de morir, se defienden hasta con hondas y piedras de que á cada paso tienen hechos montoncitos: llegando su delirio hasta formar almacenes de hondas y otros medios, de que solo se habia usado en tiempo de los Moros. »

Con tales arbitrios y decision de todos los habitantes de Margarita, los realistas nada pudieron adelantar. La exasperacion se unia al patriotismo de los Margariteños, pues los Españoles talaban, quemaban y destruían cuanto podian dominar. Tampoco daban cuartel; y añadia el brigadier Pardo en uno de sus oficios al capitan general : — « que no perdonarian ni aun á los inocentes. »

Á pesar de tamaños riesgos, los republicanos estaban divididos entre sí, por lo cual quitaron el mando al coronel Arismendi, confiriéndolo al jóven comandante Rafael Guevara. Al mismo tiempo dieron varios ataques á los puntos fortificados por los Españoles, que no consiguieron tomar. En uno de estos los patriotas incendiaron con sus fuegos un repuesto de pólvora custodiado en el castillo de Santa Rosa. Urreistieta fué herido entónces, y le sucedió en el mando el coronel don Juan Aldama, quien tenia un carácter igualmente duro y cruel como su antecesor. Los realistas continuaron por algunos meses ocupando las posiciones de la Asuncion, Porlamar y Pampatar. Diariamente habia combates de guerrillas, que sería largo y fastidioso referir por menor. Dedicáronse tambien los jefes españoles á formar una escuadrilla con la cual fueron dueños del mar, y les sirvió para conducir vituallas, municiones y toda clase de auxilios que les dirigian los jefes de Venezuela.

Pero el capitan general Moxó nunca pudo enviar á la isla de Margarita los mil hombres que le pedia el brigadier Pardo. Continuamente se le llamaba y habia llamado la atencion hácia diferentes puntos, sobre todo por la parte de la Nueva Granada. Despues de haber marchado de Barínas hácia la provincia de Casanare, y de esta al interior del Nuevo Reino la quinta division al mando del teniente coronel don Sebastian Calzada, este se avanzó hasta el rio Chitagá en la provincia de Pamplona. Allí derrotó completamente á la division de Cúcuta, mandada por el general Urdaneta, cuyas pequeñas reliquias se retiraron hasta Piedecuesta; por consiguiente quedaron abandonados los valles de Cúcuta, de que se apoderaron los realistas. Se pusieron entónces en aptitud de comunicarse con Maracáibo y las provincias limítrofes de Venezuela, de donde necesitaban recibir socorros de vestuarios y municiones que faltaban á la division de Calzada.

En aquellas circunstancias el gobierno de la Union granadina dictó una disposicion bien importante. Con el objeto de llamar la atencion de Calzada hácia otra parte, y de privarle de los auxilios de ganados y demas artículos que podia recibir de las llanuras de Barínas por la via de la montaña de San Camilo, dió órden al general Joaquin Ricaurte de ocupar con las tropas que mandaba en Casanare á Guadualito, posicion muy importante en la provincia de Barínas. Ricaurte cometió la ejecucion al comandante Miguel Guerrero, quien, pasando el rio Aráuca, atacó cerca del punto llamado Mata de la Miel al sarjento mayor gobernador de la provincia don Ildefonso de Arce, quien tenia trescientos hombres con los que ántes cubria á Guadualito. Arce fué batido el 14 de diciembre anterior, y se le hicieron ochenta y cuatro prisioneros, quedando el resto muerto ó disperso. Tambien se le tomaron novecientos caballos, cien lanzas con otros efectos militares, y los patriotas ocuparon á Guadualito. Despues de esta pérdida, Arce no permaneció tranquilo, y con la mayor actividad juntó nuevas fuerzas de infantería y caballería. Ricaurte, temiendo ser atacado, envió al jefe de escuadron José Antonio Páez hácia Quintero, donde juzgaba estaria el enemigo, dándole trescientos caballos. Páez halló en el paso del rio Apure, llamado el Palmarito, y en su márgen derecha, una columna realista de trescientos hombres, mandada por el comandante Vicente Peña. No habiendo conseguido Páez

sorprender al enemigo, le atacó á las seis de la mañana del 2 de febrero, con la impetuosidad que siempre acostumbró. La columna fué completamente derrotada, tomándole veinte y cinco prisioneros, incluso el comandante, y doscientos caballos ensillados : el resto fué muerto ó disperso.

El gobernador de Barínas, que ya lo era el coronel don Francisco López, porque Arce habia seguido á San Cárlos, se hallaba en Quintero con una fuerza de mil y cien jinetes y trescientos infantes para atacar la division republicana. Con estas noticias y despues de haber regresado Páez, Ricaurte convocó una junta de guerra : la mayor parte de los oficiales presentes fueron de opinion que se marchára contra el enemigo, pues tenian la mayor confianza en las tropas que mandaban; sin embargo, hallándose enfermos Ricaurte y Guerrero, comandante general de caballería, se retiraron con unos pocos infantes al paso del rio Aráuca de vuelta á Casanare, para guardarle entre tanto. Por su ausencia dejó Ricaurte el mando de quinientos hombres de caballería al jefe de escuadron Páez, que se puso inmediatamente en movimiento. Apénas se habia separado cuatro leguas de Guadualito, cuando halló al enemigo en la Mata de la Miel, en marcha contra los republicanos, el 16 de febrero. Estos se formaron en tres pequeñas columnas : mandaba la primera el jefe de escuadron Ramon Nonato Pérez, la segunda y tercera los capitanes Miguel Figueredo y Antolino Mujica. El enemigo, apoyando las dos alas de su caballería en dos bosques pequeños, ocultó en estos su infantería, y aguardó el combate con impavidez. Los soldados republicanos atacaron tambien con mucha firmeza y denuedo, á pesar del vivo fuego que hacian la infantería emboscada y el cañon (febrero 16). El choque fué sangriento y reñido desde las cinco de la tarde; pero el arrojo, intrépidez y valor de la caballería de los Llanos de Casanare triunfó de la constancia española, y los realistas fueron completamente derrotados. Mas de cuatrocientos muertos, ciento noventa prisioneros, cien monturas con doscientos ochenta caballos, fueron el fruto de esta jornada, en que el comandante Páez y sus tropas se cubrieron de gloria. La mayor parte de los prisioneros se alistaron en las banderas republicanas, y el pequeño ejército, que se llamaba *del Oriente de la Nueva Granada*, se aumentó con mas de cuatrocientos hombres, que en gran parte eran de los pueblos vecinos. Si aquellos valientes hubie-

ran tenido recursos de vestuario, dinero, pertrechos y mas fusiles, podrian haber causado á los Españoles una diversion formidable.

Desde la célebre accion de la Mata de la Miel, el capitan Páez adquirió una celebridad que se aumentára despues; la historia por tanto debe darle á conocer desde sus primeros años. Páez nació en las cercanías de la villa de Aráure, correspondiente á la provincia de Barínas. Oriundo de la raza del Cáucaso, recibió una educacion campestre, cual convenia á un habitante de los Llanos, cuya principal ocupacion debia ser la ganadería. Teniendo apénas diez y seis años de edad, le envió su padre á percibir una suma de dinero en Cabudare. De regreso en los alrededores de Yaritagua le atacaron cuatro hombres para robarle. Defendióse con un par de pistolas, y de un tiro derribó muerto á uno de los agresores. Confundido con esta muerte involuntaria, huyó de la casa paterna, y alejándose en las llanuras, entró á servir en el hato de la Calzada, perteneciente á don Manuel Pulido, rico propietario de ganados. Portóse bien adquiriendo la confianza y aun los favores de su protector. La revolucion de 1810 le halló trabajando en aquella hacienda.

Alistóse entónces en la milicia de Barínas como soldado, y ascendió á sarjento, sirviendo en este empleo hasta la ocupacion de Venezuela por Monteverde, en cuya época se dedicó nuevamente á las ocupaciones campestres y pastoriles. En 1813, el comandante español Tízcar le llamó al servicio con el grado de capitan. Páez no lo aceptó, uniéndose por el contrario á una partida de guerrilla que fomentaba su patron el teniente coronel Manuel Pulido para auxiliar á Bolívar, cuando su invasion de Venezuela : hizo entónces Páez servicios muy importantes como soldado de caballería.

Al fin del mismo año, invadida la provincia de Barínas por el Canário Yáñez y por el Catalan Puig, Páez cayó en poder de este, que le habia mandado fusilar. Seiscientos pesos que diera el Español Escutasol le sacaron de la capilla por algunos dias; mas no de la prision, á que de nuevo lo redujo Puig, quien le tenia destinado con otros muchos patriotas á la muerte, que aquel hombre feroz distribuía sin piedad. El triunfo de Bolívar en Aráure, y la fuga precipitada de Puig, lo salvaron del riesgo inminente de perder la vida. Unióse á García de Sena con sus demas compañeros, y regresó á Barínas, donde militó al lado de aquel

jefe, distinguiéndose desde entónces como uno de los mas valientes llaneros. Era capitan cuando en el mes de enero de 1814 García de Sena determinó abandonar la capital de Barínas, sitiada por la caballería de Puig y de Rámos. Páez fué uno de los que mas se opusieron á aquella retirada, pues opinaba con otros, que la guarnicion podia batir á los enemigos. Acompañó á García de Sena en su retirada hasta las Piédras, y disuelta allí la caballería, se encaminó á Mérida á ofrecer sus servicios como capitan. Aceptados, estuvo en la accion de Estánques contra la columna de Lison, donde se portára con un valor extraordinario, persiguiendo á los realistas con tanta temeridad y arrojo, que pudieron costarle la vida, pero que aumentaron su reputacion.

Perdída la desgraciada batalla de la Puerta, siguió á Urdaneta en su retirada hasta los valles de Cúcuta. Sepárose disgustado por una disputa que tuvo con el comandante de la caballería Bartolomé Cháves, y por la salina de Chita se dirigió á Casanare. El gobernador Andres Solano le dió el mando de trescientos hombres de caballería, primero bajo las órdenes del comandante Francisco Olmedilla, y despues á las del brigadier Ricaurte. Asistió á la accion de Chire y á otros varios combates. Por su brillante comportamiento y valor en la segunda accion de la Mata de la Miel, el gobierno de la Union le envió el despacho de teniente coronel, que tan bien habia merecido.

Cuando ya no existia el peligro que amenazára á las tropas de la Union en Guadualito, por haber disipado Páez el armamento con que iba á atacarlas el coronel español don Francisco López, Ricaurte envió al comandante general de la caballería Miguel Guerrero, á que tomára el mando de aquella division. Guerrero, en efecto, se puso á su cabeza en Guadualito. Mas, irritados los oficiales y tropas que allí existian de que los hubiera abandonado en los momentos de peligro, lo depusieron de la comandancia y proclamaron por jefe á Páez.

Este habia perseguido los restos enemigos escapados del campo de la Miel, hasta las cercanías de la ciudad de Barínas, que supo haber sido abandonada por los realistas. En aquesta correría llegó hasta Canagua, apoderándose de mil quinientos caballos, que hizo pasar el Apure á fin de asegurarlos. Mas habiendo sabido el motin ocurrido en Guadualito, regresó á dicha parroquia, y consiguió por medio de la persuasion y de su influjo

sobre las tropas, que los oficiales y soldados reconocieran de nuevo al comandante Guerrero. Este fué reemplazado en el mes de marzo por el coronel Miguel Valdes, escogido por el gobierno de la Union granadina para jefe de aquella division, que se llamaba *Ejército de Oriente.* Ricaurte habia obtenido su retiro por enfermo. Valdes se trasladó á Guadualito en abril.

Ántes habia salido con doscientos treinta jinetes el comandante Miguel Antonio Vázquez á ocupar el pueblo del Mantecal. El 31 de marzo consiguió su objeto, despues de un lijero tiroteo en que hubo algunos muertos de una y otra parte, apoderándose Vázquez de ochocientos caballos que los enemigos custodiaban en aquellas cercanías. Tuvo, sin embargo, que retirarse por haber cargado sobre él una division de ochocientos caballos, mandada por el coronel presbítero Andres Torréllas. Situóse este en el Mantecal, donde permaneció hasta la mitad de mayo. Entónces Páez, en cumplimiento de las órdenes de su jefe Valdes, se puso á la cabeza de la columna de caballería que ántes mandára Vázquez, cuyo número se habia aumentado hasta quinientos hombres. Torréllas no aguardó el choque, retirándose á Nútrias, á la izquierda del Apure, donde se hallaba el grueso de las fuerzas españolas, que dirigia el gobernador de Barínas. Páez ocupó al Mantecal y á Rinconhondo, lugar situado á la izquierda del caño Urichuna. Tales excursiones de los patriotas en el territorio que yace entre los rios Apure y Aráuca, servian para reunir hombres de los valientes llaneros, recoger caballos y extender en los pueblos la opinion en favor de la causa de la Independencia.

Miéntras que sucedia esto en el cajon de los rios Aráuca y Apure, ocurrian en el centro de la Nueva Granada los infaustos acontecimientos que terminaron la existencia política del gobierno de la Union. Poco ántes habia nombrado al general Urdaneta para jefe del ejército de Oriente; pero Valdes no quiso entregar el mando, y Urdaneta permaneció en Casanare, donde fué elegido dictador y comandante de las armas. Trabajaba con actividad en la defensa de la provincia, cuando una faccion militar, dirigida desde Guadualito por el mismo Valdes y ejecutada por el coronel Carrillo, enviado al intento con un cuerpo de caballería, le depuso, y quedó mandando el coronel Juan Nepomuceno Moreno con el título de gobernador, aunque sin vigor alguno. Por tanto bien pocos eran los auxilios que la pro-

vincia de Casanare podia prestar al ejército de Oriente. Compuesto en su mayor parte de Venezolanos, y obrando en el territorio de Venezuela su jefe Valdes, se consideró desde entónces como independiente.

Ya habia entrado el mes de junio, y Páez aun se mantenia en Mantecal. El gobernador de Barínas, coronel López, que era muy activo oficial, hacía aprestos militares para atacarle. Juntó, en efecto, cuatrocientos infantes con seis piezas de artillería y mil doscientos caballos, con los cuales marchó hácia el Mantecal. Páez solo tenia reunidos cuatrocientos jinetes, y á pesar de tamaña inferioridad, no dudo esperar el choque de los realistas, formándose en una sabána limpia cerca del poblado (junio). López extendió su formacion á la derecha del caño Caicara, que es pantanoso : cubria su frente una laguna y tenia apoyada su espalda por un bosque. Las fuerzas contendoras apénas distaban mil varas unas de otras. López, sin embargo de ser tan superior en número, no quiso atacar á Páez en todo el dia, por no alejarse del bosque y dejar á su espalda aquella laguna, que era una barrera contra el arrojo de los soldados republicanos. Así en aquel dia solo hubo escaramuzas entre cincuenta carabinerosindependientes que dirigia el valiente capitan Antolino Mujica y doscientos de los Españoles : estos fueron arrollados en diferentes combates, teniendo algunos soldados muertos y heridos. Por la noche Páez no se retiró, acampándose en un médano circuido de agua, á fin de evitar una sorpresa. Al dia siguiente López tampoco se movió, y los patriotas lo pasaron tranquilos en su fuerte posicion. Puede tacharse al jefe español de poco valiente y decidido en aquellas circunstancias.

La exactitud de este severo juicio se corrobora con la retirada que López emprendió por la noche, marchando aceleradamente al paso del Apure nombrado el Frio. Páez alcanzó aquí á los realistas, al cabo de dos dias de marchas muy penosas por llanuras anegadas. Cargólos con su caballería al amanecer, causándoles la pérdida de doscientos jinetes que se dispersaron, y de quinientos caballos destinados para la remonta.

Despues de tales acontecimientos, Páez destacó al capitan Ranjel con doscientos hombres á ocupar la isla de Achâguas, que sabía tener poca guarnicion; pero se equivocó en sus cálculos, pues con motivo de la dispersion que sufrieron las tropas de López en el Frio, este envió á Achâguas al coronel Torréllas,

á fin de que reuniera los dispersos y reclutára mas hombres para la caballería : dióle cien infantes y doscientos lanceros que bajaron embarcados por el Apure. Inundados enteramente los Llanos, y teniendo que pasar el Apurito, la marcha fué difícil; mas consiguió Ranjel sorprender la poblacion y el cuartel de infantería, donde existian cien hombres, matando á unos é hiriendo á otros (junio 19). Sin embargo de esta ventaja, como los doscientos lanceros estaban en otra casa, ocurrieron en auxilio de los infantes cuando Ranjel no los esperaba. Entónces se introdujo entre sus soldados el desórden, de suerte que se vió compelido á emprender la retirada. Hubo la desgracia de haber caido prisionero el valiente capitan Mujica, por habérsele atascado el caballo en un jagüey. El jefe realista Torréllas hizo fusilar á Mujica en aquel mismo dia, y envió su cabeza á Calabozo para escarmiento de los adictos á la detestable causa de los insurgentes. Despues de estos sucesos, Ranjel volvió al Mantecal, muy disminuida su columna; gran parte de los jinetes que la componian se desertaron, por la dificultad de las marchas proveniente de la inundacion de las Sabánas, que era tremenda en aquellos dias tan aciagos para la causa de la independencia y libertad.

Terminaba, en efecto, en el mes de junio la reconquista de la Nueva Granada por las huestes españolas que conducian Morillo y Enrile; estos derramaban en los patíbulos la sangre de los ilustres fundadores de la Independencia, que dieron crédito á las promesas é indulto de Latorre, ó que de cualquier modo cayeron en sus manos. Unos pocos mas previsivos habian huido á las llanuras de Casanare con las tropas que mandaba Serviez, de las que apénas llegaron á Pore cincuenta y seis infantes y ciento cincuenta hombres de caballería (junio 23). Perseguidos por la columna del brigadier Latorre, y temiendo á otra que entraba en los Llanos por la salina de Chita, determinaron ir á unirse con cuatrocientos caballos de Casanare, que estaban en Chire á cargo del general Urdaneta, bajo las órdenes del gobernador Moreno. Dióse entónces la accion indecisa de Guachiría el 29 de junio, á consecuencia de la cual la columna realista del coronel don Manuel Villavicencio tuvo que retirarse á la cordillera.

Siguióse á esta ventaja efímera la convocatoria que hizo el coronel Miguel Valdes, comandante del ejército de la Union

llamado *de Oriente*, de una junta en la villa de Aráuca, á fin de que los jefes republicanos acordáran medidas capaces de cortar la anarquía y todos sus males. Consecuencia de esta asamblea, segun referimos en la primera parte, fué la eleccion del doctor Fernando Serrano para presidente, y del doctor Francisco Javier Yáñes para su secretario (julio 16). Eligió la misma asamblea comandante general de las reliquias del ejército republicano existentes en Casanare y en Guadualito al coronel Santander. Posesionados de sus respectivos destinos, dispusieron que todas las tropas y emigrados pasáran á la izquierda del rio Aráuca. Esta medida era ya indispensable, porque unidas las columnas de Latorre y Villavicencio, componian una division harto superior á la que los patriotas eran capaces de oponerles.

Reunidas en Guadualito las fuerzas republicanas por el mes de agosto, el nuevo gobierno dió órden al capitan Ranjel de que abandonando el Mantecal siguiera á la Trinidad de Urichuna, pueblo escogido para la residencia provisional de las tropas y emigrados. Aquel lugar, apartado de las fuerzas realistas que mandaba el coronel López, que eran numerosas, ofrecia mayor seguridad á los patriotas, y todos se trasladaron á dicho punto.

¡Cuán triste y desgraciada era la situacion de los patriotas en aquellos dias! Rodeados de partidas enemigas, sin poder alejarse á una legua del pueblo, permanecian los jefes y soldados casi todo el dia y la noche á campo raso temiendo ser sorprendidos por los realistas. Las lluvias contínuas, la anegacion de los terrenos, el calor, la humedad y el trabajo destruyeron en bréve los vestidos de las tropas y de los emigrados sin esperanza de reponerlos. Se peleaba, segun dice un testigo ocular, por el cuero de la res que se mataba para arroparse por la noche. Carne sin sal y sin pan era el único y diario alimento. Los caballos parecian esqueletos, y la mayor parte de los jinetes carecian de sillas. Las tropas estaban mal armadas, pues habia pocas armas de fuego, y las lanzas eran picas ó chuzos del árbol llamado *Albarico*. Estado tan lamentable provenia en gran parte de que las tropas permanecian en un mismo lugar, porque su comandante en jefe Santander ignoraba cuál era el mejor sistema para hacer la guerra en las llanuras de Venezuela.

El teniente coronel de caballería Ramon Nonato Pérez se habia quedado por su propia cuenta en los Llanos de Casanare, en el lugar nombrado Cuiloto, con doscientos hombres y qui-

nientos caballos de remonta. Como este auxilio habria sido de la mayor importancia, Santander envió á Páez á que hablára con Pérez, á fin de persuadirle que se trasladára á la Trinidad: encargóle tambien que reuniera en el hato Lareño cuantos caballos pudiera, aunque fuesen potros sin domar. Páez desempeñó esta arriesgada comision, y llevó algunos caballos al cuartel general. Mas no pudo recabar de Nonato Pérez que obedeciera las órdenes de Santander, y que marchára á unirse con el resto de los patriotas.

El 16 de setiembre regresó Páez á la Trinidad, y halló la novedad de que varios jefes y oficiales iban á proclamarle jefe supremo, porque no creían á Santander con la aptitud necesaria para salvarlos de tantos peligros como los rodeaban. Conocida por Santander la rebelion que iba á estallar, la impidió aquel dia, ofreciendo que renunciaria la comandancia en jefe. Hizo, en efecto, la renuncia ante el presidente Serrano, quien la admitió, nombrando en seguida al teniente coronel Páez para que mandára en jefe. Otros dicen, y esto parece mas probable, que en aquel mismo dia se tuvo una junta de oficiales, compuesta de los coroneles Juan Antonio Parédes y Fernando Figueredo, de los tenientes coroneles José María Carreño, Miguel Antonio Vázquez, Domingo Meza, José Antonio Páez y del sarjento mayor Francisco Conde. Páez fué elegido jefe supremo por dicha junta; nombramiento que aprobaron las tropas. El nuevo jefe arengó á estas, dándoles las gracias por la confianza que en él habian depositado: tambien obtuvo de la junta el empleo de general de brigada. Era tal la confianza que todos tenian en el valor de Páez, en su actividad, en su influjo sobre los llaneros y en otras dotes que le adornaban, que los generales Urdaneta y Serviez, lo mismo que algunos coroneles, se sometieron á su autoridad de buena gana, mirando este paso como la única tabla de salvacion en aquel naufragio espantoso.

Páez decretó en seguida la cesacion en sus funciones del presidente Serrano, declarando en presencia de las tropas que él exclusivamente se hallaba en ejercicio de la autoridad suprema. En aquella triste y difícil coyuntura no podia ser de otro modo. La autoridad civil y la division de mandos hubieran causado embarazos para adoptar y llevar á efecto las activas y enérgicas medidas que eran necesarias: sin estas no podia salvarse la existencia de las reliquias desgraciadas de los patriotas, que se

habian acogido á las llanuras situadas entre el Aráuca y el Apure.

La primera providencia militar que dictára Páez fué la de organizar su pequeño ejército en tres divisiones de caballería, de cuya arma se componia casi toda : dió el mando de la primera al general Urdaneta; el de la segunda á Santander, y el de la tercera ó reserva á Serviez. Hecho esto, anunció que iba á ponerse en movimiento en busca del enemigo, á quien consideraba en Acháguas : movimiento que emprendió efectivamente el 23 de setiembre. Lo dejarémos marchando por aquellas extensas y anegadas llanuras del Bajo-Apure, conduciendo en veinte y nueve embarcaciones por el rio Aráuca una gran parte de la emigracion de hombres, mujeres y niños, á semejanza de los pueblos pastores, cuya ruta hacian todos muy escasos de recursos, aun de los mas necesarios para la vida. Ahora examinarémos cuáles eran el estado de los patriotas y los sucesos ocurridos en otros puntos de Venezuela.

Dejamos á Monágas, Parejo, Sarasa y otros valientes patriotas combatiendo por la independencia de su patria, y debemos ahora seguir sus principales operaciones. Despues que los dos primeros caudillos se retiraron á la provincia de Barcelona, abandonando su desgraciada empresa contra Guayana, volvieron á sus antiguos acantonamientos, miéntras se hallaban en aptitud de hacer la guerra á los Españoles. En la provincia de Cumaná, el comandante Barreto habia reunido ochocientos jinetes sobre los caños del Tigre, y amenazaba á Maturin. El teniente coronel don Rafael López salió á perseguirle con seiscientos soldados realistas, y debia auxiliarlo el comandante español de Maturin. Por el mismo tiempo Sarasa, perseguido vivamente por los realistas, tuvo que dispersar sus gentes; sabido esto por Monágas y Parejo se vieron con él á fin de acordar sus operaciones futuras. En efecto, convinieron en que dentro de quince dias se reunirian en San Diego de Cabrutica, llevando cada jefe toda la gente que pudiera colectar. Así se verificó, determinándose en la junta que Monágas obraria contra la villa de Aragua, y Sarasa sobre el Chaparro. Entre tanto supo Monágas que el comandante realista don Rafael López marchaba de Aragua hácia el Tigre, y salió á encontrarle con trescientos jinetes. Le dió várias cargas, causándole algun daño, por lo cual López emprendió una marcha retrógrada para volver á Aragua

apoyándose en los bosques: ya habia entrado en la villa, cuando el comandante Parejo se unió á Monágas con el resto de las fuerzas que mandaba, quien lo habia llamado para ver si conseguia batir al enemigo.

Corridos algunos dias apareció en el rio Tigre, que desagua al Orinoco, el comandante Andres Rójas, de la raza africana, que venía de la isla de Trinidad : este por medio de un tal Losada hizo correr la voz de que en el Tigre no mandaba ningun blanco, que él era comandante de mar y tierra, y que habia conducido abundantes recursos para hacer la guerra. Tales rumores tenian por objeto seducir á los oficiales de la division que dirigia Monágas, y que este fuese desconocido, como en efecto sucedió, por medio de un acta. Viendo Monágas la importancia de precaver los males de un paso que traeria funestas consecuencias, marchó con rapidez adonde se hallaban los sediciosos : los dos principales Losada y Tórres huyeron, y quedó restablecida la disciplina de las tropas.

Entre tanto Andres Rójas obraba sobre Maturin, en cuyas cercanías tuvo algunos encuentros favorables con los Españoles, hasta conseguir desalojarlos de la villa, que incendiaron al tiempo de su evacuacion. Despues se encontró Rójas con la division de López en las márgenes del Tigre : hallándose cada uno en la parte opuesta, las guerrillas se tirotearon en todo el dia. Mas conociendo Rójas la superioridad de las fuerzas de López, emprendió por la noche su retirada sobre la provincia de Barcelona. Habiéndose unido con las divisiones de Monágas y Sarasa, ocurrió la dificultad del mando. Para allanarla, se convocó una junta general de oficiales, que se tuvo en San Diego el 26 de mayo. Monágas fué elegido comandante en jefe y Sarasa su segundo, y se les dió un consejo permanente con el que debian consultar las operaciones militares : se componia de los coroneles Andres Rójas y Jesus Barreto, del teniente coronel Cárlos Padron y de los capitanes Francisco Rójas y Jerónimo Urquiola. Las tropas reunidas ascendian á mil quinientos hombres mal armados. Sin embargo de esta desventaja, Monágas se puso en marcha hácia la villa de Aragua á buscar al enemigo. Halló en las quebradas de Cocuísas al comandante López, que iba igualmente en solicitud de los republicanos. López, luego que avistó á los patriotas, apoyó en un bosque su formacion, de donde no se pudo conseguir que saliese, á pesar de várias

tentativas que se hicieron al efecto. Llegada la noche, temieron los independientes alguna sorpresa por la astuta sagacidad é intrepidez del comandante realista. En consecuencia Monágas marchó al sitio del Punche, donde sentó su cuartel general.

Las lluvias eran muy frecuentes en aquel tiempo, lo que inutilizó la caballería : fué, pues, necesario enviar al comandante Barroso á la Aguada del Tigre á recoger caballos. No teniendo entre tanto los soldados cómo defenderse de las contínuas y copiosas lluvias de la zona tórrida, el pequeño ejército de Monágas sufrió una fuerte desercion. No podia ser de otra manera : los soldados republicanos de aquella época no gozaban de paga, carecian de vestuario, y muchas veces de alimento. Sucedia con frecuencia que, ya perseguidos por los realistas, ya por carecer de buenos caballos para coger ganados en las dilatadas llanuras que riegan y fecundan el Orinoco, el Apure y otra multitud de rios, tenian que comerse las corazas de las sillas formadas de cuero sin curtir. Por lo comun su alimento era carne asada sin sal, su cama la tierra, sus tiendas la bóveda celeste, y su vestido un pedazo de trapo á la cintura á la usanza de los Indios caribes. Fuera de esto, los Españoles pintaban á los patriotas como unos foragidos que cometian toda especie de crímenes, y á quienes era necesario perseguir y matar, cual si fueran bestias feroces.

Mas á pesar de tamaños obstáculos, que se oponian á la grande empresa de los independientes de Venezuela, su partido se aumentaba y sus bandas crecian con rapidez. Ya desde los últimos dias del año anterior habia informado el brigadier Moxó al general Morillo, que si Bolívar pisaba la Costa-Firme, habria un trastorno general por los infinitos partidarios que tenia, y que Carácas era el semillero de la revolucion. La isla de Margarita se hallaba conmovida toda entera. En Cumaná, Barcelona y Llanos alto y bajo de Carácas se peleaba por la Independencia; lo mismo sucedia en Barínas, y no faltaban partidas de guerrilla é insurreciones en las provincias de Mérida y Trujillo.

Uno de los jefes que habia reunido mas fuerzas y ocupado posiciones mas difíciles de atacar, era Cedeño, en el Alto-Orinoco, donde se habia enseñoreado de la ribera derecha desde Caicara hácia arriba. Tenia ya mil trescientos hombres, despues que se le uniera con trescientos soldados el capitan Me-

lean Bolívar en el año de 1815. Habia dividido su tropa en tres pequeñas divisiones : la primera á cargo de su segundo Pedro Hernández; la segunda mandada por el comandante Juan José Sarmiento ; y la tercera por el comandante Juan Antonio Mina, la que con el título *de reserva* estaba á las inmediatas órdenes de Cedeño en su célebre campo del Tigre. Las otras se hallaban apostadas en diferentes puntos y prontas á reunírsele.

El valiente gobernador español de Guayana, Ceruti, no podia sufrir la contínua amenaza que Cedeño le hacía desde el Alto-Orinoco. Destinó, pues, una columna de tropa á fin de que batiera á los insurgentes. Empero los realistas se avanzaron con poca precaucion , y sufrieron una derrota completa el 8 de marzo, quedando el comandante y muchos oficiales y soldados tendidos en el campo, de tal suerte que muy pocos pudieron regresar á Angostura. Este descalabro de ningun modo desalentó al gobernador Ceruti. Reuniendo mil quinientos hombres y una escuadrilla numerosa, proyectó ocupar á Caicara sobre la derecha del Orinoco. Era su designio facilitar el paso por Cabruta de un cuerpo auxiliar de caballería, á fin de combatir con esta arma á los valerosos jinetes de Cedeño. Mas los habitantes de Caicara pusieron fuego al lugar, y cayendo las tropas de Cedeño sobre los realistas los derrotaron, causándoles mucho daño. Afortunadamente la escuadrilla real que se habia internado en el rio Cuchivero dió un auxilio oportuno á Ceruti, cuyos restos se salvaron, huyendo embarcados á Angostura. Desde entónces bien poco debia temer Cedeño de parte de los Españoles, que se limitaron á la defensiva sobre las riberas del rio Cáura.

Á la sazon que ocurrian estos sucesos en la márgen del Orinoco, los habitantes de las vastas llanuras de Venezuela ya no eran aquellos entusiastas que se reunian en grandes masas al llamamiento de Bóves, Moráles, Yáñez, Calzada y Rámos, para degollar á los patriotas. Desengañados por la experiencia, y convencidos del desprecio con que los miraban los Españoles, ya no querian ser ciegos instrumentos para remachar sus mismas cadenas. Un parte que dirigió Moxó en esta época al ministro de la guerra en España, pinta enérgicamente el estado de la opinion pública en Venezuela. «Desde que pisamos, decia, este suelo, no ha cesado la guerra. Los bandidos que infestan los inmensos Llanos de estas provincias, vagan continuamente , y

cuando se les persigue, huyen, se dispersan y guarecen en los lugares mas sanos, burlando de este modo las combinaciones mas bien meditadas; de suerte que molestan á nuestros valientes sin comprometerse jamas al combate: pues si bien algunas veces han podido alcanzarlos, ha sido por un feliz incidente. Desde que penetré el carácter de la guerra que se nos hace, columbré la imperiosa necesidad de sistemar alguna fuerza del país, y aunque temia poner las armas en manos de una gente tan voluble, resolví fomentar las columnas del Llano; pero desgraciadamente premios, agasajos, consideraciones, castigos y ejemplares severos, todo ha sido inútil. Nada ha podido contener la escandalosa desercion y desórdenes que se experimentan. Últimamente tomé el expediente de vestirlos y relevarlos cada cuatro meses, y tampoco ha surtido efecto, viéndome en la precision de anunciar á V. E. que casi no sé qué temperamento tomar; porque si se les deja, y si se les persigue, toman el monte (donde viven bien, porque no les falta carne y frutas salvajes), se ponen á ladrones, y se unen á los bandidos. Ademas, dichas columnas, que en algun tiempo han sido numerosas, jamas se han batido sino protegidas por los Europeos (1), y no hay ejemplar de que ellas solas hayan resistido á un pequeño grupo de bandidos: acciones perdídas y otras en que nuestros valientes han sido cobardemente abandonados responden de esta verdad; y hé aquí, Excelentísimo Señor, la imprescindible necesidad de que los acompañe alguna fuerza expedicionaria aun en los parajes mas sanos, como en la costa de Güiria y en otros puntos. »

Este retazo da una idea bastante exacta del sistema de guerra adoptado en Venezuela por los patriotas, que combatian en favor de la independencia de su país. Tambien manifiesta el estado que tenia la opinion pública hácia la mitad del año de 1816. Los independientes adquirian fuerzas y partidarios en la mayor parte de las provincias, y á pesar de que los Españoles decian que eran cobardes, se batian denodadamente, y muchas veces triunfaban de sus adversarios. El capitan general Moxó pedia incesantemente al general en jefe buques de guerra, tropas y toda clase de auxilios. Mas ocupado Morillo en la subyugacion de la Nueva Granada y en derramar la sangre de sus mas ilus-

(1) Véase la nota 19ª.

tres patriotas, no queria abandonar ocupacion tan indigna de un guerrero célebre : despreciando altamente á los Americanos, de ningun modo creía que estos se atrevieran á pelear con las tropas expedicionarias, que, en su opinion, debian arrollarlos por todas partes. Esta detencion de Morillo en el Nuevo Reino de Granada y su menosprecio por los hijos del país fueron en extremo favorables á la causa de la Independencia de Venezuela. Cuando su genio militar, su valor y actividad ocurrieron á apagar el incendio, ya era demasiado vasto y habia hecho rápidos progresos. Aun faltaba á los independientes un jefe de talentos, valor, actividad é influjo sobre los muchos caudillos que aisladamente combatian por la independencia y libertad de su patria ; pero este jefe no tardó en aparecer. Su presencia y los auxilios que condujo, inspiraron nuevo aliento á los patriotas ; y el fuego sagrado de la libertad armó á su favor multitud de brazos que la sostuvieran con esfuerzos heróicos, con una constancia inalterable y con un desinteres imitado bien pocas veces en las revoluciones de los pueblos.

CAPÍTULO VIII.

Expedicion de Bolívar preparada en Haití. — Bate la escuadra española y arriba á Margarita. — Es nombrado jefe supremo y Mariño segundo jefe. — Su proclama y operaciones. — Talla puesta á las cabezas de los jefes patriotas. — La expedicion arriba á Carúpano. — Destaca á Mariño y á Piar. — Los realistas se preparan á atacarle por mar y tierra. — Importantes providencias que toma el Libertador: su situacion crítica y sus nuevos proyectos. — Se reembarca y apodera de Ocumare. — Marcha Soublette al interior; emprende su retirada, y son derrotadas sus tropas: estas siguen á Choroní. — Bolívar se reembarca; motivos por los cuales no pudo reunirse á las tropas. — La division al mando de Mac-Gregor penetra de nuevo en los valles de Aragua y sigue hácia los Llanos de Oriente. — Combates de Chaguarámas y de Quebrada-Honda, ó Socorro, hasta unirse en San Diego de Cabrutica con Sarasa y Monágas. — La misma division triunfa en Alacran. — Matanza en Barcelona por los realistas: Piar los derrota en el Juncal. — Separacion de Mac-Gregor. — La vida de Bolívar peligra en Güiria por un motin: deja la Costa-Firme. — Los principales jefes independientes le llaman de nuevo. — Operaciones de Mariño y Bermúdez. — Piar marcha con el ejército hácia Guayana. — Asedio estrecho de Cumaná. — Los realistas abandonan á Margarita. — Operaciones de Páez en las llanuras de Apure. — Combate del Yagual. — Prision y muerte del coronel López. — Páez invade á Barínas por medio de Urdaneta: accion del Guayabal y sitio de San Fernando. — Urdaneta regresa de su expedicion y se retira á Barcelona. — Otros oficiales abandonan al ejército de Apure. — Excesos de los soldados de Páez. — Marcha de Morillo sobre Venezuela. — Nueva expedicion del Libertador: llega á Barcelona y es reconocida su autoridad. — Situacion de los patriotas á fin de 1816. — Providencias y opresivo gobierno del capitan general Moxó. — Bolívar es derrotado en Clarínes, y Mariño rechazado en Cumaná. — Este socorre oportunamente al Libertador, atacado en Barcelona por una fuerte division española. — Indecision y lentitud de su jefe el brigadier Real. — Es removido, y nombrado Aldama. — Reconciliacion de Bolívar con Mariño y Bermúdez. — El jefe supremo determina abandonar á Barcelona; es contrariado y marcha á Guayana con peligros. — Divisiones en el ejército mandado por Mariño. — Ataque y toma de la casa fuerte de Barcelona: degüello de los patriotas, que no pudieron ser socorridos. — El Libertador traslada el ejército á Guayana. — Campaña feliz de Piar sobre Angostura: es rechazado en un asalto. —

Se apodera de las Misiones del Caroní : envia un comisionado al jefe supremo : descalabro de las tropas de Páez en el Rabanal. — Marcha del ejército de Morillo por los Llanos. — Latorre es atacado y batida su caballería por la de Páez. — Este reconoce en parte la supremacía de Bolívar. — Latorre sigue á Guayana y es derrotado en San Félix. — Congreso ilegítimo de Cariaco. — Morillo se reune con Aldama. — Arribo de una expedicion española contra Margarita. — Operaciones de Morillo en Cumaná. — Disensiones de los patriotas con Mariño. — Bolívar y sus tropas desconocen las resoluciones del congreso de Cariaco. — Muerte dada á los capuchinos en el Caroní. — Bloqueo de Angostura y Vieja-Guayana. — El Libertador consigue fabricar buques ; pero son destruidos por los Españoles, que le hacen correr un gran peligro. — Combate naval de Pagállos. — La escuadra de Brion entra en el Orinoco. — Latorre abandona á Angostura, y despues á la Vieja-Guayana. — Lisonjera perspectiva de los patriotas.

Año de 1816. — En la primera parte hemos referido extensamente las operaciones del general Bolívar en las provincias de la Nueva Granada, hasta que salió de Cartagena, su arribo y residencia en Jamáica, y su traslacion á la isla de Santo Domingo ó Haití. Perdída la plaza de Cartagena, que Bolívar intentaba socorrer, se reunieron en los Cáyos multitud de oficiales patriotas, así venezolanos como granadinos y extranjeros. Bolívar se dedicó asiduamente á reanimar el espíritu abatido de los emigrados, y á inspirar confianza del buen suceso que podria tener una expedicion contra la Costa-Firme á varios extranjeros, sus amigos, capaces de franquearle los fondos necesarios para realizar su proyecto. Era este llevar la guerra á Venezuela miéntras Morillo se hallaba ocupado en la pacificacion del Nuevo Reino de Granada. Á pesar de las grandes sumas que necesitaba para formar la expedicion, armar buques y comprar fusiles y municiones, Bolívar lo halló todo con su propio crédito y el de sus amigos. En esta empresa le auxilió eficazmente el extranjero Luis Brion, rico mercader y armador de Curazao, el mismo que habia conducido fusiles á Cartagena ántes de que arribára la expedicion de Morillo, y que los volvió á sacar. Fué tanto el influjo que sobre su ánimo consiguió el Libertador, que desde entónces dedicó Brion todos sus haberes y el resto de su vida al servicio de la República. Para esta expedicion dió tres mil quinientos fusiles, ciento treinta y dos mil piedras de chispa, sus buques habilitados y otros artículos; todo lo cual valia como cien mil pesos.

Otro comerciante de los Cáyos hizo entónces á Bolívar los mas importantes servicios. Fué este el señor Roberto Sutherland, Ingles de nacimiento, quien nada escaseó al Libertador de cuanto podia necesitar en Haití para sus gastos personales y los aprestos de su expedicion. Hizo aun mas : aprovechándose de las relaciones que tenia con el presidente de aquella República, Petion, introdujo y le hizo conocer á Bolívar. Este consiguió interesar á Petion en favor de la independencia y libertad de Venezuela. En consecuencia ofreció al Libertador que le auxiliaria con armas, municiones, dinero, y hasta con uno ó mas buques, si era posible. Para no comprometer con la España, dueña de una gran parte de la isla de Santo Domingo, al gobierno de Haití, se convino en que el Libertador giraria sus libranzas contra el señor Sutherland, á quien se abonarian, sin que en la tesorería de la República hubiera constancia de haberse franqueado tales auxilios. De esta manera fué que se pudieron completar los aprestos de la proyectada expedicion.

Las noticias de los preparativos que Bolívar hacía en los Cáyos llegaron pronto á los jefes españoles de Venezuela y de la Nueva Granada. Morillo los supo de positivo en Mompox en su marcha para Santafé. Unos decian entónces que la expedicion se dirigia á saquear á Santamarta, y otros que iria á las costas de Venezuela con el mismo objeto. Variaban tambien las noticias en cuanto á su número, pues hubo declaraciones juradas que hacian montar la expedicion á veinte y dos buques pequeños de guerra y á dos mil hombres, cuando otros rebajaban mucho de este número. Morillo la despreciaba altamente, y creía que no podria realizarse. ¡Tan atrevida le parecia en aquellas circunstancias, en que las armas españolas triunfaban por todas partes, y en que el ejército real era numeroso y aguerrido! Sin embargo, con una prevision extraordinaria envió desde Ocaña (abril 5) al brigadier don Francisco Tomas Moráles con una compañía de granaderos del regimiento del Rey, á la que debia reunirse en Maracáibo otra de la Union; su destino era formar y disciplinar tropas en Venezuela. Estas debian ser dos batallones mas del regimiento del Rey, cada uno de mil doscientas plazas y tres escuadrones de caballería.

Entre tanto Bolívar activaba en los Cáyos el apresto de su expedicion. Pueden considerarse las muy graves dificultades que se veria obligado á superar, así por la escasez de fondos

con qué hacer los gastos, como por la clase de los oficiales emigrados que debian ó pensaban enrolarse. Entre ellos habia algunos declarados enemigos del Libertador, á quien atribuían la pérdida de Venezuela, como el coronel Mariano Montilla y otros. Estos no querian de modo alguno someterse á su autoridad, sobre lo cual hubo reñidas disputas y aun desafíos. Conviniéronse, al fin, en que, cuando estuvieran en Venezuela, se elegiria un jefe supremo por los votos de los demas; miéntras tanto Bolívar, protegido por Brion, que daba los buques para la expedicion, obtuvo el mando. Algunos de los oficiales disidentes, entre ellos los coroneles Montilla y Bermúdez, fueron excluidos á causa dé sus anteriores y ruidosas desavenencias con el Libertador. El general Mariño fué nombrado jefe del estado mayor y subjefe el coronel Ducoudrai-Holstein, el que poco tiempo despues se apartó voluntariamente, y fué reemplazado por el teniente coronel Cárlos Soublette, patriota decidido, natural de Carácas, quien adquirió despues tanta celebridad. Acompañaban tambien á Bolívar el general Piar, el Escoces Mac-Gregor, Pedro Briceño Méndez su secretario, y el Granadino Francisco Antonio Zea, que habia adquirido en Madrid un nombre distinguido por sus talentos y conocimientos literarios. Iban en la misma expedicion otros muchos oficiales, que tanto honor hicieron á la causa de la Independencia.

Tan célebre expedicion solamente se componia de seis goletas y de una balandra armadas en guerra; las mandaba Brion, á quien Bolívar ofreció ó concedió el pomposo título de *Almirante de la República de Venezuela.* Embarcáronse á bordo de esta escuadrilla ciento cincuenta oficiales con algunos pocos soldados y otras personas destinadas para desempeñar empleos civiles, sin que el número total excediera de doscientos cincuenta. Llevaba, sí, un abundante parque de armas y municiones con que armar las tropas que se levantáran.

Hé aquí los escasos medios con que Bolívar emprendia la nueva campaña contra las fuerzas españolas que dominaban á Venezuela, y que iban subyugando al Nuevo Reino de Granada, despues de haber rendido la importante plaza de Cartagena. La empresa del Libertador debia parecer á los frios calculadores quijotesca y temeraria en extremo. En efecto, querer libertar con doscientos cincuenta hombres, conducidos en siete pequeños barcos con algunas armas y municiones sobrantes, á las

provincias de la capitanía general de Venezuela, guarnecidas por mas de cinco mil hombres de tropas excelentes, respaldadas por cerca de ocho mil que tenia Morillo en la Nueva Granada, mandadas todas por buenos y experimentados oficiales formados en la guerra de la Independencia de la España contra los Franceses, era empresa que ciertamente parecia una verdadera locura. Así la caracterizaron los jefes españoles de Venezuela y de la Nueva Granada, sin excluir á Morillo, á pesar de que las noticias exageraban el número de tropas que compondrian la proyectada expedicion. Sin embargo, este fué el núcleo en derredor del cual se formó el ejército republicano que diera independencia y libertad á las provincias de la Costa-Firme, así como á la Nueva Granada, y que llevára victoriosa la bandera tricolor hasta flamear en las heladas cimas del Potosí. ¡ Loor eterno al ilustre jefe que proyectára aquella expedicion, y á sus denodados compañeros, que tanto le ayudaron en su heróica empresa! Ellos jamas desconfiaron de la salud de la patria, aunque esta pareciera aherrojada fuertemente al yugo español.

Preparado todo lo necesario, Bolívar y sus compañeros se hicieron á la vela del puerto de Aguin el 30 de marzo, y remontaron sobre la isla dinamarquesa de Santa Cruz. Cerca de esta apresó la escuadrilla un buque mercante español; mas sufrió en su viaje calmas que lo prolongaron mas allá de lo necesario, y fueron causa de que los Españoles se prepararan en todas partes, porque ignoraban el punto adonde iba á hacerse el desembarco. Hasta el primero de mayo no pudo recalar á los Testígos. Al dia siguiente encontró dos buques de guerra españoles, que junto con otros bloqueaban los puertos de la isla de Margarita ocupados por los patriotas: eran el bergantin *Intrépido* y la goleta *Rita*. Estos fueron atacados por los de la escuadrilla y tomados al abordaje, despues de una resistencia muy vigorosa, en que perdieron las tres cuartas partes de sus tripulaciones. El comandante del *Intrépido*, don Rafael de Iglésias, viendo que era imposible salvar su buque, se tiró dos balazos para no caer vivo en manos de los republicanos. El bergantin quedó inservible, y no se aprovechó; el comandante de la *Rita*, don Mateo Ocampo, murió al principio del combate. Los demas buques españoles huyeron hácia Cumaná, sin atreverse á esperar la escuadrilla, porque la fama habia aumentado sobre manera sus fuerzas.

Despues de esta ventaja que reanimára el entusiasmo de los patriotas, la escuadrilla reconoció á Pampatar y á Porlamar, entrando en el puerto de Juan Griego el 3 de mayo. El arribo solo de la expedicion realzó el valor de los habitantes de Margarita, desalentando á sus enemigos. Estos abandonaron en consecuencia la ciudad de la Asuncion y el castillo de Santa Rosa, que tanto daño habia hecho á los patriotas; Arismendi, que mandaba en la isla, lo hizo demoler inmediatamente. Los realistas se concentraron en Pampatar y en sus alrededores.

Desembarcados los hombres y elementos que conducia el Libertador, se reunieron el 7 de mayo en la iglesia de la Villa del Norte los jefes y oficiales de la isla, muchos vecinos respetables, los emigrados del continente con los jefes y oficiales que componian la expedicion, convocados expresamente por Bolívar. En seguida manifestó el Libertador la necesidad de confiar el mando supremo al que mereciese mas la confianza de la asamblea : añadió, que él, léjos de querer que la eleccion resultára á su favor, la temia, no solo por la gravedad del encargo, sino porque ella podia excitar zelos y desconfianzas que serian funestos á la causa de la Independencia; que él serviria tan gustoso mandando como obedeciendo : recomendó últimamente el mayor cuidado y libertad en la eleccion, pues de ella dependia en gran parte el buen éxito de la empresa que habian arremetido. La discusion fué breve, porque todos fijaron los ojos en Bolívar, á quien eligieron por unanimidad *jefe supremo de la República*, sin sujetarle á otra ley que la salvacion de la patria. El general Mariño obtuvo el nombramiento de segundo jefe.

Al siguiente dia publicó el Libertador una proclama, llena de moderacion y sin afectar autoridad alguna : anunciaba que habia llegado el tercer período de la República; elogiaba el valor sublime con que los habitantes de Margarita, acaudillados por el intrépido general Arismendi, habian proclamado y sostenido el gobierno independiente de Venezuela : él venía á auxiliarlos, y no á conquistarlos; á combatir por la libertad y á restaurar la República sobre fundamentos sólidos. Para esto se reuniria un congreso de representantes de los pueblos donde fuese la voluntad de los mismos. « Yo no he venido, les decia, á daros leyes; pero os ruego que oigais mi voz; os recomiendo *la unidad del gobierno y la libertad absoluta*, para no volver á

cometer un absurdo y un crímen, pues que no podemos ser libres y esclavos á la vez. Si formais una masa sola del pueblo, y si os unis con nosotros, contad con la victoria.» — Proclamó á los Españoles la cesacion de la guerra á muerte, si ellos dejaban de hacerla, ofreciendo á los Venezolanos que cayeran prisioneros una seguridad completa, pues siempre eran hermanos inocentes.

Luego que el Libertador fué nombrado jefe supremo, dirigió (mayo 17) una intimacion al brigadier don Juan Bautista Pardo, situado en Pampatar, exigiéndole que entregára la isla. Decia en ella: — «que encargado por sus conciudadanos del mando supremo, creía de su deber dar principio á la campaña por un grande acto de humanidad, perdonando á los prisioneros tomados en los buques de guerra que bloqueaban la isla, y haciendo cesar por su parte la guerra á muerte, que deshonraba á la nacion española y desolaba á la América; que en consecuencia recobraria todo su vigor el derecho de la guerra, sin faltar al de gentes, que hasta entónces se habia visto conculcado tan horrorosamente.» El comandante realista contestó denegándose á la entrega de la isla, aseverando que jamas el gobierno español declaró la guerra á muerte, y que sus ejércitos solo habian usado de justas represalias; que por tanto, si cesaba de parte de los insurgentes, tampoco se haria por la suya.

La escuadrilla de Bolívar bloqueó á Pampatar, é hizo un ataque sobre el pequeño fuerte de Porlamar; no habiéndolo podido tomar, se retiró. El jefe supremo conoció entónces que las posiciones ocupadas por los realistas no se podian forzar sin un sitio formal, y carecia de elementos para ejecutarlo; consideró, ademas, que en esta operacion perderia un tiempo demasiado precioso. Pensó tambien que la isla de Margarita no era un país de recursos bajo de ningun aspecto, y solo debia servir para un apoyo de las operaciones, porque el valor y el patriotismo de sus habitantes aseguraban su independencia del gobierno español. Movido por estas consideraciones, Bolívar, despues de haber provisto á los defensores de Margarita de armas y municiones, resolvió dirigirse al puerto de Carúpano con los doscientos cincuenta hombres que habia traido y algunos otros emigrados que voluntariamente se le unieron.

El capitan general de Venezuela, don Salvador Moxó, deseoso de evitar los males que podia causar esta expedicion al gobierno

del rey, su amo, escogió un hermoso medio para destruirla. Ofreció, pues, diez mil pesos de la real hacienda, por cada una de las cabezas de Bolívar, Arismendi, Bermúdez, Mariño, Piar, Brion y de cualesquiera otros jefes rebeldes. Ya que el valor y la pericia militar no podian triunfar de los patriotas, se quiso armar contra ellos el puñal asesino : medida que cubrirá siempre de infamia á sus autores (1).

La expedicion, compuesta ya de once buques menores, se presentó en Carúpano, puerto de la provincia de Cumaná, situado al este de la capital. El desembarco se realizó el 1° de junio; y aunque el comandante español don Andres Martínez de Pinillos hizo la mayor resistencia que le fué posible, no pudo defenderse. Él se retiró al pueblo de San José, llevando consigo una emigracion numerosa, y despues á Cariaco. La artillería, dos buques que habia en el puerto armados en guerra, el bergantin *Bello Indio* y una goleta con algunos otros efectos, cayeron en poder de los patriotas. En seguida se apoderó Bolívar en aquella costa de algunos frutos con que satisfacer en parte los servicios y la codicia de los corsarios que le acompañaban.

Inmediatamente despues de la ocupacion de Carúpano, Bolívar expidió un decreto, llamando al servicio militar á todos los esclavos, ofreciendo la libertad á los que se presentáran bajo de ciertas condiciones, y con la calidad de indemnizar á sus amos. Envió tambien á Mariño con la goleta *Diana* y cuatro flecheras, á fin de que se apoderase de la costa de Güiria, dándole algunos hombres, armas y municiones. Piar marchó igualmente hácia Maturin, adonde debia entrar por el caño Colorado, llevando igualmente armas, municiones y oficiales para levantar un cuerpo de tropas. Bolívar entre tanto se ocupó en Carúpano en poner sobre las armas á cuantos hombres pudo hallar en sus alrededores, tanto libres como esclavos.

Necesitaba obrar con la mayor actividad, porque el brigadier don Tomas de Círes, gobernador civil y militar de la provincia de Cumaná, habia salido de esta capital desde el 3 de junio y allegaba con grande presteza cuantas fuerzas podia, para destruir la reunion de ladrones que se habia apoderado de Carúpano. Tal era el nombre que daban los realistas á la expedicion libertadora. Si el jefe español hubiera marchado con rapi-

(1) Véase la nota 20ª.

dez sobre Carúpano, habria despedazado las pocas fuerzas que conducia Bolívar; pero todo el mundo estaba en la persuasion de que habia desembarcado con un ejército numeroso de negros de Haití : por tan errada inteligencia, Círes obró con precaucion y lentitud, á fin de dar un golpe seguro allegando ántes todas las tropas que le fuera posible.

Era ya el 19 de junio cuando se acercó á Carúpano, atacando y derrotando un pequeño destacamento avanzado de los patriotas, que mandaba el teniente coronel Francisco de Paula Alcántara, quien tuvo que retirarse con el fin de reunirse al cuerpo principal. Á pesar de esto, Círes se detuvo, y solo envió un destacamento, que aproximándose á la poblacion, incendiára á Carúpano-Alto, lo que puso en la mayor inquietud á los patriotas. Bolívar con su escuadrilla hizo una tentativa contra la Esmeralda, la que tambien le salió adversa.

Entre tanto habia procurado ponerse en comunicacion con Monágas, Sarasa, Rójas y demas jefes de guerrillas que combatian por la causa de la Independencia en las llanuras de las provincias de Cumaná y Barcelona. Lo consiguió en parte, enviando los despachos de generales de brigada á Monágas, Sarasa, Rójas y Cedeño. El primero, junto con otros jefes de guerrilla, le reconocieron por « jefe supremo de la República, » y á Mariño como á su segundo (junio 25).

Mas ninguna partida se le pudo reunir, pues los gobernadores españoles de Cumaná y Barcelona obraron con la mayor celeridad y acierto, consiguiendo poner una especie de cordon de tropas en las cercanías de Carúpano, cuyos fuegos alcanzaban hasta la misma villa. Es cierto que Mariño y Piar habian tenido buen resultado en sus respectivas expediciones, los que se apoderaron de Maturin y de Güiria; pero los auxilios que pudieran enviar al Libertador eran tardíos.

En aquellos dias se reunió en Carúpano una asamblea popular, presidida por el abogado Diego Bautista Urbaneja. Pidióse por ella que el gobierno de la República de Venezuela fuese *uno* y *central,* peticion en que conviniera tambien la municipalidad, reconociéndose á Bolívar como jefe supremo, segun se habia practicado en Margarita. Estas dos asambleas fueron el orígen de que se aboliera el sistema de gobierno federativo, que tanto daño habia causado á Venezuela en la primera época de la República. La opinion decidida del Libertador y de casi todos

los patriotas que conocian la marcha de los negocios políticos y militares era, que sin la concentracion del poder en una sola persona autorizada con plenitud de facultades, la guerra no se podia dirigir ni hacer con alguna esperanza de suceso; sobre todo cuando las fuerzas españolas eran tan superiores á las de los patriotas.

Privado Bolívar de la cooperacion de las fuertes guerrillas que vagaban en las llanuras de las provincias de Cumaná y Barcelona, su situacion vino á ser muy crítica. Cerca de mil trescientos hombres de tropas veteranas se habian reunido para destruirle. Supo tambien que la escuadrilla española, aumentada considerablemente, pues constaba de cuatro bergantines, cuatro goletas y otros seis buques menores, habia salido de Cumaná á conducir víveres y otros auxilios para la guarnicion de Pampatar, y que á su regreso debia Carúpano ser atacado por mar y tierra. Con algunos refuerzos que Mariño le envió de Güiria, apénas habia podido juntar seiscientos hombres, la mayor parte bisoños. Deseando prevenir á sus enemigos, propuso á Brion que fuese á buscar y destruir la escuadrilla española; habiéndose excusado con que no tenia tropas, Bolívar le ofreció que embarcaria todas las suyas para asegurar el éxito de la empresa. Se le dieron entónces nuevas excusas, y conoció que los comandantes de los corsarios no querian aventurar sus barcos en una batalla en que nada podian adquirir para aumentar sus fortunas. Fué, pues, necesario que Bolívar se conformára con su situacion y que concibiera otro plan.

Este fué aun mas atrevido que el que acababa de frustrarse. Determinó reembarcar los seiscientos hombres que habia juntado y todas las personas de Carúpano que se creyeran comprometidas con el gobierno español. El 29 y 30 de junio se hizo el reembarque, y el 1° de julio zarpó la expedicion, dirigiendo su rumbo al puerto de Ocumare, situado entre la Guáira y Puertocabello. Bolívar habia concebido el proyecto de penetrar rápidamente en los valles de Aragua, país el mas rico y poblado de Venezuela, armar la poblacion patriota que ellos contenian, y organizar un ejército capaz de resistir á las fuerzas españolas que podian oponérsele, las que en su mayor parte se hallaban dispersas.

Aun estaba la escuadrilla en el puerto de Carúpano cuando Monágas, Sarasa y Rójas, que habian reunido ochocientos hom-

bres en el sitio del Punche, con el objeto de auxiliar al Libertador, fueron atacados y batidos por el comandante realista don Rafael López, el 30 de junio, con pérdida de mas de doscientos. Rójas siguió á los montes del Tigre, y Monágas con el mayor general Parejo hicieron otra nueva reunion en el pueblo de Múcuras.

Mas felices habian sido los patriotas de la costa de Güiria. Alentados con el arribo de Mariño, salieron de los bosques apoderándose de todos los pueblos, incluso Yaguaraparo. Con tales ventajas las expediciones de Mariño y Piar tuvieron mejor resultado que la empresa conducida por Bolívar en persona.

En el intermedio este navegaba hácia el occidente. El 5 de julio tocó la expedicion en Borburata, cerca de Puertocabello, y despues hizo rumbo á Ocumare, que ocupó sin dificultad el 16 de julio, porque solo estaba guarnecido el puerto por un pequeño destacamento. En el mismo dia publicó el Libertador una proclama á los habitantes de la provincia de Carácas, en que los excitaba á tomar las armas, anunciándoles que tenia un ejército provisto de artillería, armas y municiones para darles libertad; que habia cesado la guerra á muerte; que las tropas que se pasáran del enemigo serian recibidas como amigas, y que ninguno sufriria el menor perjuicio por haber sido partidario del rey. Les ofrecia que, libertada Carácas, sería convocado un congreso y restablecido el gobierno de la República; proclamaba, en fin, la libertad de los esclavos, y que en lo venidero no habria en Venezuela mas que una clase de hombres, pues todos serian ciudadanos.

Dados todos estos pasos, Bolívar hizo marchar á las nueve de la noche (julio 6) casi todas sus fuerzas al mando del mayor general Cárlos Soublette; le dió órden de que, pasando la cordillera montañosa que separa la costa de lo interior por nueve leguas de mal camino, penetrase en San Joaquin de Mariara, apoderándose de la importante posicion de la Cabrera, y que se fortificára en ella. Juzgaba el Libertador que con esta medida dominaria los valles de Aragua, donde podria levantar un pequeño ejército. Entre tanto Bolívar hizo desembarcar el parque, una imprenta y otros varios efectos que conducia á bordo de la escuadra. El almirante Brion habia resuelto salir á cruzar y á buscar víveres para su escuadrilla, segun lo verificó al tercer

dia, á pesar de las instancias que le hizo Bolívar de que permaneciera en el puerto algunos dias mas para asegurarlo. Queriendo irse, el Libertador le confirió una comision diplomática para los Estados Unidos y Méjico. El jefe supremo sin perder un momento trabajó en Ocumare muy activamente en adquirir reclutas, y envió al comandante Francisco Piñango, á fin de que hiciera lo mismo en Choroní, puerto situado tres leguas al oriente de Ocumare.

El mayor general Soublette marchó rápidamente hácia el interior, y el 8 de julio apareció en las alturas de San Joaquin de Mariara, cuando ya el comandante militar español de Ocumare habia esparcido el alarma por todas partes. En seguida batió un escuadron de húsares de Fernando VII que se le opuso, ocupando á Maracay y al estrecho de la Cabrera. Al mismo tiempo dirigió una proclama á los habitantes de los valles de Aragua, excitándoles á tomar las armas en favor de la Independencia. Pero estos, llenos de terror de los Españoles, emigraban de los pueblos al acercarse los patriotas, porque no estaban seguros de que pudieran protegerles, si acaso se comprometian en su favor.

La fortuna se mostró en aquellas circunstancias favorable á la causa de los realistas y en extremo contraria á los patriotas. El mismo dia que Bolívar desembarcó en Ocumare, habia llegado á Valencia el brigadier don Francisco Tomas Moráles con algunas tropas. Así fué que, juntando esta fuerza con la parte del regimiento de infantería de la Union que se hallaba en aquella ciudad y en los puntos inmediatos, pudo formar una columna de cuatrocientos buenos soldados. Fuera de estos, el brigadier don Pascual del Real y el sarjento mayor don Juan Nepomuceno Quero marcharon aceleradamente desde Carácas con otros auxilios para destruir á los insurgentes.

En tales circunstancias el mayor general Soublette interceptó una carta en que se decia, que el brigadier Moráles se hallaba en Valencia con un ejército de siete mil hombres. Aunque juzgó muy exagerado este número, temió sin embargo que siendo las fuerzas de Moráles superiores á las suyas, fuera atacada y quizas cortada la division que mandaba. En consecuencia, abandonando á Maracay y los demas puntos ocupados, se retiró el 9 de julio al pié de la cuesta de Ocumare, llamada la Piedra. Allí le atacó el brigadier Moráles el 10 de julio, y des-

pues de un fuerte tiroteo el coronel Soublette cambió de posicion, tomando otra mejor en la altura del cerro de los Aguacátes, donde los enemigos no podian cortarle ni forzar su campamento, sino era con mucha dificultad.

Recibida por Bolívar la infausta noticia del movimiento retrógrado emprendido por el mayor general, salió de Ocumare á unírsele con ciento cincuenta reclutas que habia podido juntar. El mismo dia trece por la noche se unió el Libertador á la division mandada por Soublette, y dió sus disposiciones para la accion que se esperaba.

Moráles se habia detenido en San Joaquin, aguardando el arribo del brigadier Real, jefe nombrado por el capitan general Moxó. Uniósele allí con un refuerzo de trescientos hombres el teniente coronel don Manuel Bauzá, que despues de una marcha rápida sobre Puertocabello buscando á los insurgentes, habia regresado oportunamente para tomar parte en la accion. Mas viendo Moráles que Real tardaba, y que los patriotas podian fortificar su campo hasta hacerlo inexpuguable, resolvió ir á atacarlos con setecientos hombres, segun dijo en su parte oficial. En consecuencia se puso en marcha á las doce de la noche del trece, y á las seis de la mañana del dia siguiente comenzó la accion. Los Españoles emprendieron arrojar á los patriotas de las alturas que ocupaban trepando por los cerros con un valor heróico, á pesar del vivo fuego y de la tenaz resistencia que les opusieron las tropas independientes. Mas siendo estas bisoñas, y compuestas aquellas en su mayor parte de veteranos aguerridos, se decidió la victoria á favor de los realistas al cabo de tres horas de fuego. Los patriotas perdieron cerca de doscientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros; y el resto huyó en desórden hácia Ocumare, dejando perdidos como trescientos fusiles, municiones, caballerías y otros varios artículos militares. En la retirada se desertaron casi todos los habitantes de la costa que habian sido reclutados.

En tan crítica situacion Bolívar, que seguia la retirada de las tropas, despues de haber dado algunas providencias, envió órden al comandante Piñango para que acelerase la operacion que se le habia encargado, de ocupar los desfiladeros de la bajada de Curucuruma á la llanura de Maracay. Tuvo tambien una larga conferencia con el general Mac-Gregor, quien por su órden siguió á Choroní con las pocas tropas que habia en el

puerto. La misma ruta debian tomar los restos que mandaba el mayor general Soublette, que iban en retirada con órden y regularidad, sin que el enemigo los persiguiera de cerca. Á las cinco de la tarde (julio 14), el jefe supremo partió para Ocumare, anunciando que volveria entre once y doce de la noche: su objeto era hacer embarcar el parque, armamento y municiones, á fin de trasladar todo esto por mar á Choroní: acompañóle el comandante de artillería Bartolomé Salon. En el momento de su arribo al puerto, ordenó al mayor general de marina Villaret, que reembarcase el parque y demas efectos pertenecientes á la expedicion á bordo del bergantin *Indio Libre*, que era de la República. Villaret dijo, que no confiaba en el capitan de aquel buque, y que sería mejor poner las armas y pertrechos en dos goletas mercantes que habia en el puerto; ejecutólo así con alguna parte de dichos artículos.

Ya avanzada la noche, Bolívar fué al arsenal y halló que Villaret habia mandado cesar el embarque, y que todavía se hallaban en tierra cosa de mil fusiles con alguna pólvora, municiones y otros efectos. Envió entónces á buscarle, y supo haberse ya embarcado; mas no quiso regresar á tierra, pues decia, que no confiaba en el capitan del bergantin, y que correria el riesgo de que este se hiciera á la vela dejándoles en el puerto. Por tal desconfianza tampoco puso en dicho bergantin los fusiles, pólvora, municiones, diez y nueve cajones de una imprenta y otros varios artículos que dejó abandonados para ser presa del enemigo. Fundábase Villaret en que el valor de estos objetos tentaria la codicia del capitan para alzarse con el bergantin. Bolívar se hallaba en tierra casi solo, cercado de enemigos, y temeroso de que los capitanes de los buques se alzáran con las armas, municiones y demas elementos militares que tenian á bordo, que eran en gran parte el fundamento de su esperanza para continuar la empresa comenzada. En tan crítica situacion llegó al puerto su ayudante de campo Isidro Alzuru, á quien habia dejado en la poblacion de Ocumare para que por su medio le comunicára Soublette las novedades que ocurrieran: Alzuru por sorpresa, por aturdimiento, y no se sabe si acaso por malicia, dijo al Libertador, que los enemigos estaban entrando en Ocumare, y que las tropas republicanas habian emprendido apresuradamente su retirada á Choroní. En vez de aqueste parte que tanto debia alarmar, lo que Soublette enviaba

á decir era : — « que Moráles se habia detenido en Peladero, á dos leguas, con demostraciones de que pasaria allí la noche. » Tal noticia causó en el puerto la mayor confusion : muchos individuos se arrojaron al agua para llegar á las embarcaciones. Urgido Bolívar por esta y las demas consideraciones arriba expresadas, determinó embarcarse en el *Indio Libre.* Las otras personas que no pudieron ganar las embarcaciones, ó no cupieron en el buque armado, siguieron hácia Ocumare y dieron conocimiento del desórden ocurrido. Soublette, para desmentir el falso aviso, envió al comandante Miguel Borras ; pero cuando este llegó al puerto, ya Villaret habia hecho cortar las anclas y puéstose á la vela.

Toda la noche estuvieron las embarcaciones en frente del puerto, y al siguiente dia se les mandó dirigirse á Choroní, para donde habian seguido las tropas ; el bergantin lo verificó, pero las dos goletas se quedaron atras, é hicieron vela hácia la isla de Bonaire. Observando esto el comandante de marina, siguió las aguas de aquellos barcos, y aun les hizo fuego para que continuáran el rumbo prescrito. La noche se acercaba cuando alcanzaron á dichos transportes, y considerando Bolívar ser muy fácil que se escapáran en la oscuridad, tuvo que conformarse con seguir á Bonaire (julio 16). Por la mañana luego que los buques arribaron, se supo que sus capitanes no querian ir á la Costa-Firme, temiendo desastres y pérdidas en sus especulaciones. Ademas, se les debian algunas cantidades por el jefe supremo, y á pesar de que el comandante de marina les habia autorizado para que retuvieran en pago la cuarta parte de los efectos que estaban á su bordo, ellos, á la manera de Bianchi, querian escaparse con el todo.

Fueron vanos los esfuerzos que hizo Bolívar para recuperar las armas y municiones que estaban á bordo de los dos transportes. Felizmente al segundo dia despues de haber arribado á Bonaire, es decir, el 18 de julio, se presentó la escuadrilla de Brion, que venía de Curazao, el que obligó á los buques mercantes á devolver las armas y municiones con que pretendian alzarse. Al siguiente dia Bolívar se hizo á la vela para Choroní, que halló en poder de los realistas; tocó en Chuao, donde supo que la division patriota se habia introducido en los valles de Aragua. Regresó entónces á Bonaire, donde se le unió el coronel José Francisco Bermúdez, y ambos resolvieron dirigirse al puerto

de Güiria, para continuar combatiendo por la independencia de su patria. La constancia fué siempre una de las primeras virtudes de Bolívar á despecho de las mayores desgracias.

Los enemigos del Libertador, especialmente los realistas, que tanto querian desacreditarle para que no tuviera prosélitos, y hasta algunos de sus amigos y compatriotas, le han acusado de que abandonó voluntariamente á sus compañeros de armas, poniéndose en salvo cuando podia peligrar su vida. Es por esto que hemos mencionado todas las circunstancias del caso, para que su conducta pueda ser juzgada con imparcialidad. Nos parece, conforme á documentos auténticos que tenemos á la vista, que se le acusó con injusticia: él dispuso, ántes de separarse de sus compañeros, á las cinco de la tarde del funesto 14 de julio, que las tropas se dirigieran á Choroní; mandó que Piñango se apoderase de los desfiladeros de Curucuruma, y tuvo una larga conferencia con el general Mac-Gregor, á quien envió adelante á dicho puerto. De aquí se infiere, y expresamente lo testifican los diarios del estado mayor general, que su proyecto era penetrar de nuevo en los valles de Aragua, y por marchas rápidas seguir á los Llanos del oriente de Venezuela á unirse con Sarasa, Monágas y demas jefes que allí combatian denodadamente por la independencia y libertad de su país.

Miéntras tanto habian sido muy importantes las operaciones de las tropas que mandaba el coronel Soublette. Acampado este el 14 de julio en las cercanías de Ocumare, aguardaba el regreso del jefe supremo, pues Moráles se habia detenido á dos leguas, en el sitio llamado Peladero. Mas á las once de la noche supo Soublette que Bolívar y muchos de los que estaban en el puerto se habian embarcado, sin dar el jefe supremo las últimas disposiciones sobre lo que debiera hacer la division, y que se habian dejado abandonados en la playa mil fusiles y varios efectos militares. El comandante de artillería Bartolomé Salon y otras personas que no se pudieron embarcar, y que llegaron despavoridas al campamento, confirmaron aquellas tristes nuevas, contando que se habian picado las anclas y precipitado la salida de los buques, por haberse asegurado que los enemigos entraban ya en Ocumare.

No debiendo perder un momento para no exponerse á la destruccion total, el mayor general despues de recoger todas las personas que podian seguir la marcha, la emprendió á las dos

de la mañana hácia Choroní; tuvo que pasar por el dolor de abandonar los heridos á la crueldad de Moráles por falta de caballerías. Fuera de la mochila y del fusil, llevaba cada soldado el peso de doscientos cartuchos, á fin de que no faltáran las municiones necesarias para combatir á sus enemigos. La marcha se emprendió, en efecto, á la hora prescrita, y á las diez de la mañana arribó (julio 15) la division al sitio de Cayagua, donde la aguardaba y habia preparado raciones el general Mac-Gregor. Allí se hizo este cargo del mando por consentimiento y expresa deliberacion de los jefes, y el mismo dia arribaron las tropas á Choroní. Moráles llegó al puerto de Ocumare á las siete de la mañana.

¡Cuán crítica era la situacion de los patriotas! Perseguidos por un enemigo victorioso y superior en número, sin tener mas defensa que tropas bisoñas, desalentadas y desprovistas de recursos, parecia imposible que no sucumbieran bajo del enorme peso de tantos peligros como los rodeaban. Sin embargo, la misma situacion desesperada infundió nuevo aliento á los jefes, é inspiró gran valor á los soldados. El general Mac-Gregor y su segundo Soublette, de acuerdo con los demas jefes que tenian mando, como Salon, Anzoátegui, Briceño, Vélez, Leon Tórres, Borras, Raposo, Figueredo y Alcántara, resolvieron llevar al cabo la atrevida empresa acordada con Bolívar, de atravesar nuevamente la cordillera que circunda á poca distancia las costas de Venezuela, salir á Maracay, seguir á los Llanos de oriente y salvarse en ellos uniéndose á los patriotas que allí combatian por la Independencia. Teniendo que pasar por el centro de la provincia de Carácas, estaban seguros de que hallarian tropas enemigas que se les opusieran; pero entre los dos extremos, de perecer en la costa ó combatir valerosamente buscando medios de salvarse, no era dudoso el partido que se debia escoger. Ademas, consideraban con razon que dejando á su espalda la division de Moráles, compuesta de las fuerzas disponibles que habia en los valles de Aragua, era probable que no hallarian reunido cuerpo alguno superior que pudiera obstruirles su marcha.

La division patriota, que se llamó *del Centro*, descansó de sus fatigas en Choroní hasta el diez y seis de julio por la tarde: preparaba al mismo tiempo lo necesario para la marcha que iba á emprender, y aguardaba el arribo de los buques salidos de Ocu-

mare con el jefe supremo. Mas no habiendo llegado estos y siendo en extremo preciosos los instantes, la division del Centro se puso en marcha hácia Maracay, ántes de lo cual se desertó el ayudante Alzuru, lo que hizo mas sospechosa su conducta en el puerto de Ocumare. Al dia siguiente se reunió con el comandante Piñango, quien ocupaba los desfiladeros de Curucuruma: seiscientos infantes y treinta dragones componian toda la fuerza. Al bajar al valle de Onoto fué derrotado (julio 18) el sarjento mayor don Juan Nepomuceno Quero, que con una columna realista queria disputar el paso á los independientes. El general Mac-Gregor trató muy bien, puso en libertad y aun obsequió á los prisioneros que hizo de las tropas europeas. La division no se detuvo un momento en Maracay, entró en la Victoria dispersando su guarnicion, descansó algun tanto en la cuesta de Guacamáyas, y el 20 de julio arribó salva al Pao de Zárate. En la ciudad de San Sebastian de los Réyes tenian los Españoles trescientos hombres, que huyeron con su jefe el malvado Rosete al acercarse los patriotas. Pasando estos el rio Guárico, arribaron al pueblo de San Francisco de Cara. Allí supieron el 22 de julio que el general Sarasa, á quien juzgaban situado en los Llanos de Chaguarámas, se encontraba en San Diego de Cabrutica, lugar que yace en lo interior de las llanuras de Barcelona. Esta noticia descubrió claramente á los jefes la posicion difícil en que se hallaban, rodeados de enemigos y teniendo que atravesar llanuras inmensas dominadas por la caballería española, siendo así que la division patriota solo constaba de infantería; pero tamañas dificultades, léjos de entibiar el valor y entusiasmo de las tropas, contribuyó á aumentarlos. Llenas de confianza en sus jefes y con la firme resolucion de arrostrar cualesquiera peligros, continuaron sus marchas pasando segunda vez el Guárico, y en seguida el rio Orituco, dirigiéndose á Chaguarámas.

Á la entrada de este pueblo se presentaron ciento cincuenta hombres de tropas europeas, é igual número de las del país, los que ocuparon las primeras casas de la poblacion y un bosque inmediato. Fueron atacados el 29 de julio y desalojados de sus posiciones, causándoles bastante pérdida; pero se encerraron en una casa atrincherada que habia en la plaza, donde imprudentemente y sin utilidad alguna hizo Mac-Gregor que se continuára el combate. Mas sabiendo este general que los Españoles

tenian víveres para muchos dias, no se empeñó en forzarlos; habria perdido mas tropa fuera de los treinta y tres heridos y once muertos que tuvo. Ademas, el tiempo era precioso en extremo, pues sabía que una fuerte division española iba á marchas forzadas en su persecucion. Las únicas ventajas que obtuvo Mac-Gregor en su inconsiderado ataque de Chaguarámas, fué apoderarse del tabaco que habia en el estanco, y de que se le incorporase el comandante Basilio Belisario, patriota decidido y muy práctico del terreno, quien desde entónces fué la guia principal de la division del Centro.

Fatigados los patriotas y escasos de víveres, pues no tenian los necesarios para la racion del soldado, poco pudieron adelantar en sus marchas hasta el 1° de agosto. En este dia se incorporó en el Socorro á la division republicana el coronel Julian Infante con el escuadron Valeroso de caballería, que formaba parte de la division del general Sarasa. Este oficial venía en busca de los patriotas, pues se hallaba instruido de su marcha por el coronel Ricardo Mesa, enviado desde la Lajita el 24 del mes anterior, á fin de que se pusiera en comunicacion con las guerrillas de Sarasa. Mesa desempeñó satisfactoriamente aquesta arriesgada comision, proporcionando tan oportuno auxilio, que llenó de confianza á las tropas, que veían con admiracion aquellos valientes que habia tanto tiempo que con la lanza y el caballo sostenian la Independencia contra todo el poder español. No quedaron ménos admirados los llaneros al contemplar la division del Centro, compuesta solo de infantería, que habia sido capaz de emprender y realizar una marcha tan larga y difícil, desde la costa del Atlántico por los valles de Aragua hasta lo interior de los Llanos, burlándose de los realistas y atravesando por lugares en que los enemigos tenian ó podian reunir fuerzas superiores, especialmente de caballería.

El 2 de agosto, cuando se ponia en marcha la division, se descubrió una avanzada realista : dentro de poco apareció una fuerte columna de infantería y caballería, compuesta de mil doscientos hombres, cuyo jefe era el sarjento mayor Quero, la que marchaba rápidamente contra los patriotas. Ocupaban estos una posicion desventajosa para aguardar al enemigo, cuya infantería era superior y cuádrupla su caballería. Mandaron, pues, los jefes acelerar la marcha para atravesar la Quebrada-Honda, lo

que se verificó, á pesar de que los realistas atacaron la retaguardia para impedirlo. Mas el batallon de Cazadores, los dragones de á pié, y por último el de Barlovento defendieron el paso de la Quebrada, hasta que la division republicana ocupó una ventajosa posicion donde pudo formarse en batalla.

El movimiento de los patriotas hizo creer á los realistas que iban en fuga. Así, con el designio de envolverlos, envió su jefe por la derecha un trozo de caballería, otro por la izquierda, y otro pasó la Quebrada bastante arriba, á fin de apoderarse del camino por donde se imaginaba Quero corrian los supuestos fugitivos : la infantería española marchó por el centro. Empeñada la accion, la rapidez y precision de los movimientos de los republicanos suplió al número en aquel dia memorable. Unas mismas tropas combatieron en la derecha, izquierda, centro y retaguardia. Llenos de entusiasmo patriótico, pelearon con tal denuedo, que ántes de média hora estaban los realistas en completa derrota y el campo cubierto de cadáveres, armas y municiones. Se les tomaron mas de doscientos caballos ensillados, sus pertrechos, equipaje y cincuenta prisioneros europeos y del país, que fueron bien tratados; á pesar de esta pérdida, los Españoles publicaron que habian triunfado. De parte de los independientes hubo veinte y tres entre muertos y heridos; pero fué muy sensible la muerte del teniente coronel Francisco Piñango, que al frente de la primera compañía del batallon Barlovento, que mandaba, se arrojó sobre la infantería enemiga para decidir el combate. Lo consiguió, aunque sacrificándose gloriosamente por la independencia de su patria.

Habiéndose obtenido una victoria tan brillante, nada tuvo que temer la division de los patriotas. Dueños estos de los Llanos, no podian los Españoles oponerles obstáculo alguno que detuviera su marcha. En Santamaría de Ipire se les unió el general Sarasa con toda su caballería (agosto 3) : el 10 de agosto completaron sus operaciones, juntándose en San Diego de Cabrutica con el general José Tadeo Monágas y otros valientes oficiales, que mandaban trescientos buenos soldados. Todos reconocieron á Mac-Gregor como general en jefe. Aquí terminó este con la division del Centro la ejecucion de las órdenes é instrucciones verbales que habia recibido en Ocumare del jefe supremo Bolívar. Haber conseguido inspirar á tropas bisoñas y derrotadas valor, entusiasmo y confianza bastante para emprender una

marcha tan difícil como arriesgada; haber atravesado por medio de las fuerzas enemigas y de la numerosa poblacion de la provincia de Carácas; haber recorrido desde Choroní mas de ciento cincuenta leguas de camino, perseguidos siempre por fuertes divisiones enemigas, combatiendo siempre y siempre venciendo; haber unido, en fin, su division á los patriotas de las llanuras con una pérdida insignificante, son hechos que deben hacer célebres tanto los nombres de Mac-Gregor, Soublette, Salon, Anzoátegui y demas oficiales de aquella division, como el de los cuerpos que cumplieron con tanto denuedo las activas y acertadas providencias de sus jefes. La division del Centro, unida á los patriotas del Llano, fué la base del ejército con que Bolívar derrocó el poder español en Venezuela, dando á su patria independencia y libertad (1).

El ejército republicano del Centro permaneció en San Diego quince dias, descansando de sus fatigas y organizando sus diferentes cuerpos, al cabo de los cuales (agosto 25) se puso en marcha con direccion á la villa de Aragua de Barcelona. El general en jefe habia resuelto apoderarse de esta posicion ventajosa, ántes que las fuerzas que reunian los Españoles en Chaguarámas la pudieran guarnecer. Las marchas debian ser rápidas en extremo, para prevenir los movimientos del enemigo; mas en aquel año era tan rigurosa la estacion del invierno, que habria desalentado á cualesquiera tropas ménos animadas por el entusiasmo de la libertad. Lluvias copiosas y contínuas, torrentes impetuosos, llanuras inundadas enteramente y obstáculos de todo género se oponian á cada paso á la marcha de los republicanos. Sin embargo, todas estas dificultades fueron superadas, y el ejército llegó á Guatacaro el 3 de setiembre. Teniendo allí noticia de que una fuerte division enemiga al mando de Moráles iba en su persecucion, determinó el general Mac-Gregor contramarchar sobre aquellas fuerzas para impedir se unieran á las de Aragua. El teniente coronel don Rafael López, que mandaba en esta villa, creyendo que el movimiento retrógrado de los patriotas era una fuga, marchó precipitadamente sobre ellos á la cabeza de su division.

Hallábase el ejército del Centro acampado el 6 de setiembre en la colina del Alacran, cuando los vigías anunciaron haberse

(1) Véase la nota 21ª.

descubierto al enemigo en las alturas del Roble. Los jefes independientes formaron allí mismo su línea de batalla, ocupando la derecha la caballería del general Monágas, el centro la infantería al mando del teniente coronel Pedro Leon Tórres, con dos piquetes de flecheros caribes, dirigidos por sus valientes jefes Manáure y Tupepe. La caballería del general Sarasa estaba en la izquierda, y la reserva, mandada por el coronel graduado Ricardo Mesa, se formó en columna á retaguardia. Á las once de la mañana los realistas extendieron su línea de batalla al frente de los patriotas sobre una colina, apoyándose en un bosque. Ocupó el centro su infantería con un cañon violento del calibre de á cuatro, cubriendo sus costados con flecheros caribes y las alas con su caballería. Despues de algunos tiroteos, la línea de los republicanos descendió de la colina á paso redoblado, y atacó á los enemigos en la posicion ventajosa que tenian. El general Sarasa, al frente del escuadron Valeroso, se precipita sobre la caballería de la derecha de los Españoles, y la obliga á replegarse detras de la infantería, adonde la persigue. El general en jefe, tomando la bandera del batallon Barlovento, se pone á la cabeza de la infantería, y da un ataque á la bayoneta. Monágas carga al mismo tiempo sobre la izquierda de los realistas, y la infantería de la reserva se une al resto de la línea en todos sus movimientos : ellos se hacen simultánea y rápidamente con tanta impetuosidad, que en breve se decide la accion ganándose la victoria. Quinientos cadáveres quedaron tendidos en el campo, entre ellos muchos oficiales. Se tomaron trescientos prisioneros, trescientos fusiles y carabinas, un cañon, todos los pertrechos, las madrinas de caballos que conducian para la remonta y otros muchos aprestos militares: fué completo el triunfo, y obstinadamente se persiguieron los cuerpos enemigos hasta el Chaparro, adonde llegó el ejército aquella misma noche. La pérdida de este entre muertos y heridos ascendió apénas á sesenta hombres.

Desde el Chaparro envió Mac-Gregor al general Monágas con doscientos caballos y cien infantes á que se apoderase de la villa de Aragua, ántes que el enemigo adoptára medidas para su defensa. El general Sarasa fué dirigido sobre Santamaría de Ipire, hácia donde se sabía que marchaba el brigadier Moráles con una fuerte division.

El ejército del Centro ocupó en seguida á Aragua y al Carito.

Aquí publicó el general Mac-Gregor una proclama llena de nobles sentimientos, en que invitaba á los habitantes de la provincia de Barcelona á que diesen ejemplos de generosidad, union y patriotismo, que se olvidára todo lo pasado, y que en lo venidero no hubiese mas odio que al despotismo, ni mas pasion que la de la libertad.

En el Pilar supo Mac-Gregor que los Españoles habian evacuado á Barcelona (setiembre 12). El gobernador y mucha parte de la emigracion siguió por la costa hácia Carácas; la otra se dirigió á Píritu. Viéndose libres los habitantes que habian permanecido en la ciudad, proclamaron con júbilo imprudente la Independencia. Mas habiéndolo sabido el teniente coronel López, que se hallaba en las cercanías, regresa el mismo dia 12 de setiembre por la tarde; sorprende á los Barceloneses en medio de su poco meditada alegría; degüella á cuantos puede haber á las manos; saquea la ciudad y se retira precipitadamente hácia Píritu con el botin. Los moradores que pueden escapar de la cuchilla enemiga huyen á los montes, espantados de escenas tan horrorosas, y queda la ciudad solitaria. Por fortuna Monágas, que habia marchado al mismo punto, intentó cortar á López; le dió un combate en que le matára setenta hombres, recuperando parte de los latrocinios de este cruel Venezolano.

Al siguiente dia (setiembre 13) el ejército del Centro ocupó á Barcelona, y todos quedaron asombrados al ver la sangrienta y bárbara ejecucion que habian hecho López y sus satélites. Por do quiera hallaron cadáveres insepultos y víctimas de la crueldad de los realistas. Era aun mas horrible este atentado contra la humanidad en aquellas circunstancias, en que los jefes independientes Bolívar, Mac-Gregor y Mariño habian proclamado á la faz del mundo civilizado, que no harian ya la guerra á muerte, y que daban principio á una era del todo nueva.

Ocupada Barcelona por el ejército del Centro, sus jefes se pusieron en comunicacion con la isla de Margarita. El general Arismendi, que aun mandaba en ella, dió con liberalidad los auxilios que se le pidieron de armas, artillería y municiones que necesitaban los republicanos. Entre tanto sus jefes trabajaron activamente en aumentar, organizar y disciplinar sus tropas; tambien escribieron á los generales Mariño y Piar, haciéndoles conocer la situacion crítica en que se hallaban, y que estaban

seguros de que en breve serian atacados por los Españoles. Piar, tan activo como valiente, se puso en camino sin tardanza, marchando por la costa con una division de infantería.

Muy pronto se tuvieron noticias de que el brigadier Moráles habia llegado á la villa de Aragua con las fuerzas considerables que traía de la provincia de Carácas, y que marchaba sobre el Carito. El general Mac-Gregor, viendo que su ejército habia recibido esta noticia con mucha impavidez, juntó los cuerpos en la plaza de Armas y les dirigió una proclama, excitándolos á combatir valerosamente contra Moráles y sus tropas, que tantos estragos y asesinatos habian cometido en la provincia de Barcelona.

Inesperadamente se presentó en el puerto, conducido por una flechera, el general de division Manuel Piar. Este jefe habia dejado su cuartel general de Cumaná, el que se hallaba en la Quebrada de Ortiz, y venía con algunas tropas en auxilio del ejército del Centro. Piar, célebre y feliz caudillo de la Independencia, fué recibido con el mayor placer, y teniendo graduacion mas elevada que Mac-Gregor, se le confirió el mando en jefe conforme á las leyes militares. En aquellos momentos preciosos no se perdió un instante para combatir con buen éxito á los realistas. Se reorganizaron y ejercitaron los batallones de infantería, se montaron y pusieron en estado de servicio cuatro piezas de campaña, completándose tambien el armamento de la caballería. Mas hubo el contratiempo de que Sarasa no se reuniera con sus fuerzas: este jefe habia preferido por un cálculo equivocado quedarse á la espalda del enemigo, á fin de causarle todo el daño posible.

Despues de haber hecho tan importantes arreglos, se puso en marcha el ejército en busca del enemigo (setiembre 26), dirigiéndose al Playon del Juncal, hácia donde se sabía haber seguido Moráles. Llevaba este tres mil realistas veteranos de infantería, caballería y artillería; él no tenia la menor duda de que iba á destruir á los insurgentes. Estos apénas completaban dos mil hombres con la division de Piar, mandada por el general Pedro María Fréites. Los dos ejércitos pasaron la noche á média legua de distancia, sin que los realistas se apercibieran de esto por algunos montecillos que ocultaban á los patriotas. El 27 de setiembre, cuando rayaba el dia, dieron los independientes el toque de alarma y marcharon contra los Españoles.

Formóse la línea situando en el centro la infantería, y delante de esta la artillería : la caballería se colocó en las alas. La formacion de Moráles consistia en un triángulo de tres fuertes columnas de infantes apoyadas por los jinetes. Formados los republicanos á alguna distancia, provocaron repetidas veces á Moráles, para que abandonase el bosque rodeado de malezas de muy difícil acceso, donde estaban situadas sus tropas : posicion que era muy ventajosa. Mas todo fué en vano, porque la mayor parte de la caballería realista se hallaba inutilizada á causa de las dilatadas marchas, y por esto incapaz de combatir en campo raso. Los patriotas atacaron entónces la izquierda enemiga, donde una columna de caballería, regida por el Venezolano José Alejo Mirabal y apoyada por algunos infantes que dirigia el capitan Juan Meceron, Venezolano tambien, maniobraba sobre la division de Piar y amenazaba á su retaguardia. Este combate se prolongó por mas de dos horas, sin embargo de haberse opuesto á los realistas la caballería de la izquierda, gobernada en persona por el general en jefe y algunas compañías de infantería. La columna española rechazó cuantos ataques se le hicieron. Entónces toda la infantería republicana se movió, teniendo á su cabeza al general Mac-Gregor, y dió una carga terrible á la bayoneta; al mismo tiempo la cabeza de la derecha envolvió á la izquierda enemiga. Los Españoles no pudieron resistir á maniobras y cargas ejecutadas con denuedo, rapidez y sangre fria. Ayudaron sobre manera para aterrar á los enemigos los cañones de artillería bien servidos, cuya metralla hacía claros adonde quiera que la dirigian. Los realistas huyeron por todas partes, dejando en el campo trescientos muertos, cuatrocientos prisioneros, quinientos fusiles, todos los equipajes y elementos militares que llevaron al campo de batalla. Aun habria sido mayor el estrago, si el capitan venezolano José Nicasio Aléjos no hubiera protegido la retirada de algunos infantes con el primer escuadron de caballería que mandaba. Este valiente llanero junto con los tenientes don Juan Meceron y don Juan Bermúdez se cubrieron de gloria en aquel dia, defendiendo la causa del rey. Apénas trescientos hombres reunidos pudo salvar Moráles, dirigiéndose por las montañas de San Bernardino á Clarínes. Habiendo tenido aviso que los patriotas le perseguian, pasó el Unare con direccion á Puruey, siguiendo luego á Uchire, y últimamente á la antigua embocadura del rio Tuy,

que hoy es la del Guapo. En esta retirada cometió Moráles los asesinatos y otros actos de crueldad que acostumbraba, consiguiendo reunir hasta ochocientos hombres de los dispersos, segun él mismo dijo al capitan general.

La pérdida de los independientes en el Juncal ascendió apénas á diez y siete muertos y cien heridos, entre ellos ocho oficiales. El enemigo fué perseguido vivamente en su fuga, sin que se consiguiera destruirlo del todo.

Los generales Mac-Gregor y Monágas, que tanto habian contribuido á la victoria del Juncal, siguieron con dos divisiones en persecucion de los fugitivos; Monágas batió y dispersó en el pueblo de San Francisco al comandante don Rafael López, que mandaba un cuerpo realista de bastante fuerza. Reunidos Monágas y Mac-Gregor en San Lorenzo, el último dejó su division al mando del primero, y se fué para Margarita disgustado con el general en jefe, enfermo y cansado. De allí siguió á las Antillas sin que regresára despues á la Costa-Firme. Piar concibió tambien zelos de que Monágas le disputára el mando, y lo separó de su division, lo mismo que al coronel Parejo y á otros oficiales que no eran de su confianza. Su ambicion de mando exclusivo privó por algun tiempo á la República de muy buenos servidores.

Aun faltaba uno de estos en la Costa-Firme, cuya presencia era de la mayor importancia. El general Bolívar estaba ausente, y la causa de la Independencia de Venezuela carecia de su mas ilustre caudillo. Este, despues de los sucesos ocurridos en Ocumare, se hizo, segun dijimos ántes, á la vela con Bermúdez, y arribó á Güiria el 16 de agosto. Allí encontró patriotas, pero no amigos. Bermúdez, desde que saltó en tierra, no cesó un momento de intrigar contra el Libertador, quien estimaba el valor y prendas militares de este jefe, pero no podia sufrir la dureza de sus modales, ni su genio voluntarioso y cruel: por esto habia rehusado admitirlo en la expedicion de los Cáyos, y vió con pena que regresára al continente en su compañía. Bermúdez habia sentido sobre manera este desaire, y alimentaba en su pecho un odio profundo hácia el jefe supremo, el que se añadia á las quejas y disputas que tuvieron en 1814 cuando la caida de la República. Tampoco eran cordiales la amistad y consideraciones que Mariño tenia con el Libertador, pues se creía siempre llamado al primer puesto en las provincias orientales de

Venezuela para mandar y no obedecer. Así estuvo lisonjeando á Bolívar de que las tropas le seguirian á Maturin, donde pensaba juntarse con Piar á fin de atacar á Guayana. De esta manera lo entretuvieron con vanas esperanzas hasta el 22 de agosto, en que por las intrigas de Mariño y Bermúdez hubo una asonada contra el jefe supremo, cuya autoridad fué desconocida abiertamente. Los habitantes de Güiria se amotinaron diciendo, que ellos no podian marchar abandonando sus casas, sus mujeres y sus familias á la merced de los realistas, que todo lo reducirian á pavesas. Una tropa de asesinos subalternos de Mariño conspiraron abiertamente contra la vida de Bolívar, quien los aguardó con una firmeza, valor y serenidad extraordinarios, y al fin salió por medio de ellos con su espada en mano. Bermúdez no solamente dijo al Libertador palabras descompuestas y muy ofensivas, sino que aun tiró la espada contra su jefe. Otro de los motivos que se alegaban como pretexto de aquel motin, era que Bolívar habia abandonado la expedicion de Ocumare y salvádose, dejando comprometidos á sus compañeros. Mas habiendo el jefe supremo regresado al bergantin *Indio Libre*, que lo condujo á sufrir tan dolorosa prueba que no esperaba, se hizo á la vela desde Güiria. Sabiendo que en Margarita reinaba el mismo partido contra su autoridad, se dirigió á Puerto-Príncipe en Haití, abandonando su empresa de reunirse con los patriotas del Llano, por no tener franca otra via para seguir al interior.

El pueblo de Güiria y los sediciosos que lo movian eligieron entónces primer jefe á Mariño y segundo á Bermúdez. Este era el objeto principal de aquella baja é indigna conspiracion.

Luego que el ejército del Centro ocupó á Barcelona, los amigos del Libertador supieron con gran pena é indignacion los sucesos de Güiria : ellos sintieron profundamente un acontecimiento tan escandaloso, y se pusieron de acuerdo con algunos patriotas de los que combatian en los Llanos del interior y con otros de la isla de Margarita. Se apresuraron, pues, á cortar la anarquía ántes que hiciera mayores progresos, y á dar al jefe supremo una satisfaccion completa por el agravio que se le habia irrogado. Arismendi fué el primero que en 22 de setiembre manifestó al Libertador los sentimientos de sumision y obediencia que le animaban. Lo mismo hicieron el 27 los jefes del ejército del Centro, comisionando al efecto al intendente general de hacienda Francisco Antonio Zea, para que fuese á la isla de

Santo Domingo, con el objeto de manifestar á Bolívar, que el ejército, las primeras autoridades de la Costa-Firme independiente y la mayoría de sus habitantes estaban prontos á reconocer y á someterse á su autoridad. Zea admitió la comision, haciéndose á la vela desde el puerto de Barcelona en la goleta *Diana*, armada en guerra.

Entre tanto Mariño y Bermúdez, ufanos con su mando usurpado, usaban de él con vigor para combatir á los Españoles. Mariño habia arreglado el comercio de la costa oriental de Cumaná por medio de un tratado que celebró con M. Matison, comisionado del gobernador de la isla de Trinidad, el que principió á observarse inmediatamente. Marchó despues sobre Yaguaraparo, atacándole el 2 de setiembre por mar y tierra : tomóle, causando bastante pérdida á los realistas, y aumentando su tropa con cuarenta soldados que abandonaron las banderas del rey. Sucesivamente se apoderaron los dos jefes de Rio-Caribe, Carúpano y Cariaco, tomando á los Españoles víveres, ganados y algun armamento ; lo mas sensible para estos fué, que muchos soldados europeos abandonaron sus filas, pasándose á los republicanos. Por tales ventajas consiguió Mariño plantar su cuartel general en el sitio del Cántaro. Era su proyecto hostigar la plaza de Cumaná en combinacion con las fuerzas marítimas de la isla de Margarita. En efecto redujo á su guarnicion á tan grande apuro, que se pensó en evacuar la ciudad.

Piar se acercó tambien con otra columna de tropas, despues de haber destruido á várias partidas en su tránsito desde Maturin : sitúose en la Quebrada de Ortiz, á fin de concurrir á estrechar el sitio de Cumaná ; pero desde allí, segun dijimos ántes, voló á Barcelona, prestando muy oportuno auxilio á Mac-Gregor : auxilio sin el cual acaso no hubieran triunfado los patriotas en el campo del Juncal.

Pocos dias despues de esta célebre victoria, el general Piar, que tenia talentos y una penetracion militar nada comunes, concibe el proyecto de conducir á una gran distancia el ejército del Centro que manda. Este jefe audaz y emprendedor piensa que es de la mayor importancia la provincia de Guayana para base de operaciones contra el poder español en Venezuela ; medita que el general Cedeño se ha mantenido en ella sin que los realistas hayan podido jamas forzar la línea del rio Cuchivero, y que habian sido derrotados siempre que lo intentaron : arro-

jándolos á la derecha del Cáura, ve que uniendo su ejército con la division de Cedeño, serian capaces de apoderarse de toda la provincia de Guayana, y que opondrian á los Españoles una barrera tan fuerte como el caudaloso Orinoco. No duda, pues, emprender esta operacion. Así, dejando á Monágas, á Sarasa, y á otros jefes de guerrillas para que fatigáran á los realistas, él emprende su marcha el 8 de octubre desde Barcelona, dirigiéndose hácia el Alto-Orinoco con cerca de mil quinientos hombres.

Sin embargo de la falta que hácia en Cumaná la division de Piar, ocupada en mayores empresas, el general Mariño no desistia de continuar el sitio de la capital, que tenia reducida á suma estrechez. Aun mandaba en ella el brigadier español don Tomas de Círes, quien se defendia con la tenacidad española. Mariño y Bermúdez hicieron várias tentativas para tomar la plaza por la fuerza ; mas siempre salieron descalabrados, y tuvieron que limitarse á un asedio. Sin embargo, como la guarnicion era poca, Círes estaba en un riesgo inminente de tener que abandonar ó rendir á Cumaná, si no era socorrido. Instó, pues, al capitan general de Venezuela para que le enviára prontos y eficaces auxilios con que defender la capital y provincia de su mando.

Moxó no tenia fuerzas disponibles sino la division que se organizaba en Orituco, la que se componia de los restos escapados del campo del Juncal, y era necesaria para defender la provincia de Carácas y las guarniciones de Pampatar y Porlamar, únicos puntos que los realistas ocupaban en Margarita. La escuadrilla española, que regía el capitan de fragata don José María Chacon, se empleaba casi exclusivamente en llevar víveres y otros auxilios á las guarniciones sitiadas en dichos fuertes. En tan crítica situacion, el capitan general convocó en Carácas (octubre 10) una junta de guerra. Convínose en ella, que no se podian defender todas las fortificaciones sitiadas por los insurgentes, y se discutió la cuestion, de ¿qué plaza convendria abandonar, si Cumaná ó Pampatar? Acordado que se abandonára á Pampatar, conservándose á Porlamar, si era posible, la escuadrilla siguió al primer puesto con las órdenes convenientes. El brigadier Pardo condujo la evacuacion de los puestos fortificados de Margarita con el mayor sigilo y acierto, auxiliado eficazmente por el comandante de la escuadrilla y por los subalternos. Verificóse la evacuacion el 13 de noviembre, embar-

cándose todos los elementos de guerra, soldados y demas que habia en Pampatar. Á la madrugada del cuatro se incendió y abandonó el fuerte de Porlamar, y el castillo de San Cárlos quedó minado y encendido el mixto que debia durar média hora. Felizmente los patriotas supieron con oportunidad el abandono hecho por los realistas, y precipitándose hácia el castillo, apagaron ántes de estallar la mina preparada, desclavaron los cañones que no se pudo llevar el enemigo, y con estos hicieron algun daño á los realistas.

Al cabo de un año que los valientes patriotas de Margarita habian dado el grito de rebelion contra sus opresores, consiguieron libertar la isla entera. Repetidos y heróicos esfuerzos tuvieron que hacer para defenderse de las fuerzas y superiores recursos de los Españoles. Mas de mil hombres y un millon de pesos costó á los realistas la revolucion de Margarita, sostenida con tanto valor y acierto por Arismendi, Gómez, Guevara, Manéiro y otros valientes patriotas, auxiliados por el resto de los habitantes sometidos á sus órdenes; así ellos merecen el mas profundo reconocimiento de Venezuela y de gran parte de la América del Sur. Sus esfuerzos patrióticos contribuyeron eficazmente á las ventajas que habian obtenido los republicanos en la Costa-Firme.

Los mil infantes realistas que defendian á Margarita siguieron en su mayor parte á Cumaná á las órdenes del brigadier Pardo (noviembre 4). Los dragones europeos regidos por el coronel don Juan Aldama se dirigieron á la Guáira, con el objeto de que se remontáran y unirlos despues á la division realista que se juntaba y disciplinaba en Orituco.

Cuando la expedicion arribó á Cumaná en 16 de noviembre, aun continuaba el general Mariño sus ataques para tomar la capital á viva fuerza, sin cuidarse de estos auxilios; mas en breve tuvo que emprender su retirada, porque los realistas principiaron á tomarle varios lugares del interior. Entónces el brigadier Pardo envió seiscientos hombres á obrar contra Barcelona, los que fueron derrotados por el general Fréites en la sabána de Maurica, cerca de aquella ciudad.

Miéntras ocurrian estos sucesos en las costas del Atlántico, en lo interior de los Llanos de Venezuela otros caudillos denodados combatian por la independencia de su patria, superando obstáculos que parecian invencibles. Uno de estos era Páez, á quien

dejamos caminando por los Llanos denominados Cajon de Aráuca con la numerosa emigracion que se amparaba en sus tropas, para no ser víctima de la cuchilla española. Habiendo partido de la Trinidad, tomó el camino que pasando por Rinconhondo sigue á Acháguas, adonde suponia hallarse el enemigo. El coronel español don Francisco López, que mandaba las tropas del rey, supo inmediatamente que Páez marchaba en solicitud suya, y salió de Acháguas á encontrarle. Estaba el jefe realista en las Queséras-Blanquéras, cuando se le pasó un emigrado llamado Ramon Larriba, quien le aconsejó no esperase á los patriotas en campo raso, porque su caballería era temible á causa del arrojo y confianza que tenian los jinetes en la lanza y el caballo; armas con las cuales se juzgaban invencibles en una sabána limpia. Aunque la fuerza de López era de mil setecientos caballos y cuatrocientos infantes, determinó contramarchar hácia la ribera izquierda del Aráuca, y tomó posiciones en el Hato del Yagual, cuya casa é inmediaciones le parecieron fuertes. Páez continuó su marcha hasta los Médanos de Araguayuna, distantes del Yagual diez y seis ó diez y ocho leguas. Allí dejó la emigracion, custodiada por una compañía escogida de caballería, y dispuso que todos los hombres útiles para la guerra tomáran las armas, sin excepcion alguna de persona ni de estado. Incorporó en sus tropas á los mas útiles, y de cien de ellos, hombres delicados, viejos ó enfermos, compuso una reserva. Apénas alcanzaba su fuerza total á setecientos. Hecho esto, se despidió de la emigracion por una proclama que hizo profunda sensacion, especialmente en las mujeres emigradas, á quienes parecia que jamas volverian á ver á sus esposos, padres ó amigos.

Era el 6 de octubre, segundo dia de marcha en que Páez se habia adelantado mas de una legua, acompañándole solamente ocho personas entre ordenanzas y ayudantes; una mujer le avisó que en el Hato de los Cócos, poco distante, habia enemigos. Páez no se detuvo, y cuando llegó al hato, vió que un oficial se retiraba lentamente llevando por delante una recua de cien caballos, llamada por las llaneros *madrina*, y custodiada por cincuenta y cinco lanceros, treinta de los cuales tenian carabinas. Páez resuelve en el momento apoderarse de los caballos, que necesitaba sobre manera, porque los suyos eran verdaderos esqueletos. Despues de sufrir una descarga de las

carabinas, arremetió á los jinetes trabándose una encarnizada pelea con lanza. Parece increible; pero Páez y sus compañeros triunfaron del mayor número, escapando solamente ocho realistas con su jefe, que era el capitan Facundo Mirabal. Los demas quedaron muertos ó prisioneros, apoderándose tambien de los caballos.

Esta brillante accion elevó el espíritu abatido de los patriotas, preparándolos para otras mayores. Al siguiente dia comenzó Páez á flanquear la posicion de López, y dió descanso á su tropa en el sitio nombrado las Aguadítas. Por la noche cortó á los realistas su retirada de Achágaas, despues de atravesar pantanos, lagunas y hondos caños. Doble era el objeto de esta marcha atrevida : poner á sus tropas en el caso de vencer ó morir, y apoderarse de los caballos de remonta que el enemigo custodiaba á su retaguardia. En los dias 8 hasta el 11 de octubre, tanto los realistas como Páez trataron de sorprenderse mutuamente sin haberlo conseguido. En uno de estos dias (octubre 8) se trabó un reñido combate de caballería, y fué muy glorioso el comportamiento del comandante Genaro Vázquez, que sostuvo con su escuadron el ataque de toda la caballería realista mandada por Torréllas, á la que hizo retroceder. Este suceso introdujo el desórden y suscitó un fuerte disgusto entre los coroneles López y Torréllas. Al fin Páez consiguió apoderarse de todos los caballos que custodiaba López, destinados á remontar sus jinetes. Entónces provocó á los realistas para que salieran á atacarle. En aquella misma noche (octubre 11) abandonaron el Hato del Yagual, embarcando en sus flecheras, que tenian sobre el Aráuca la artillería que dirigieron á San Fernando. López se embarcó solo para Achágaas, dejando dispuesto que el grueso de las tropas reales se dirigiese al paso de Achágaas en el Apurito : marcha que ejecutaron perseguidas por las fuerzas de Páez, quien estuvo para caer prisionero ó muerto en una emboscada que le preparó Réyes Várgas. El 13 de aquel mes tuvo la fortuna de apoderarse de la isla de Achágaas, que López abandonó. Desde allí envió Páez á su segundo el comandante Miguel Guerrero con la mitad de sus fuerzas á sitiar á San Fernando. La otra mitad, mandada por él mismo, tomó sus estancias en el Apurito á la derecha del rio; los realistas habian pasado el Apure y acampádose al frente en el pueblo de San Antonio. Estos dominaban el rio con cuatro flecheras armadas de arti-

llería y mas de cuatrocientos hombres. En vano procuraba Páez vencer tamaño obstáculo, porque no tenia medios para armar buques, cuando una casualidad feliz le proporcionó apoderarse de los barcos enemigos. Un oficial nombrado Peña habia cometido una falta, y para castigarla, Páez le mandó pasar en una canoa con ocho hombres á las doce del dia (noviembre 6), y que atacára el campamento realista. Estos nueve hombres, que parecian marchar á una muerte cierta, consiguieron atravesar el rio sin ser vistos, y cayendo de repente sobre el descuidado campo enemigo, introdujeron la confusion y el desórden. Unos huyeron hácia Nútrias, otros rio abajo, entre ellos el coronel López. Calculando Páez que este subiria de nuevo el Apure á fin de dirigirse á Nútrias, puso una emboscada en el punto que le pareció mejor. Su cálculo le salió exacto, pues á las nueve de la noche se presentaron cuatro embarcaciones, consiguiéndose que la montada por López se apartase de las demas, retrocediendo las dos y cayendo la otra en poder de los patriotas. López continuó su viaje rio arriba; pero tuvo la desgracia de que en Banco-Largo se habian apoderado algunos jinetes de Páez de una lancha, y con ella salieron al encuentro á López : vióse obligado á retroceder de nuevo, y su embarcacion fué abordada por una canoa en que se embarcaron el valeroso teniente Francisco Aramendi con ocho compañeros. El jefe espanol fué muerto á golpes de sable, á peticion de los Indios de Cunabiche y de otros habitantes que habian sufrido por sus violencias (noviembre 7). Los patriotas quisieron vengar tambien la muerte del capitan Mujica pasado por las armas en Achâguas.

Con estas ventajas consiguieron los patriotas independientes apoderarse hasta de siete lanchas armadas en guerra, en las cuales pasó el ejército el rio Apure, y sin oposicion ocupó á Nútrias el 12 de noviembre. Los enemigos que allí existian huyeron hácia Barínas. Desde aquel pueblo envió Páez dos escuadrones, que hicieron un reconocimiento al interior de la provincia hasta la cordillera occidental. Queria por este medio persuadir que era dueño de la provincia de Barínas, cuya capital fué ocupada en efecto por Urdaneta. Páez regresó á San Fernando, y uniéndose con Guerrero, continuaron estrechando el bloqueo de la plaza, defendida por el brigadier don Ramon Correa. Bien poco adelantó el jefe republicano contra aquella plaza,

fuerte por naturaleza, y que los Españoles habian procurado fortificar añadiéndole algunas obras.

Á la mitad de diciembre, queriendo Páez cortar las comunicaciones de San Fernando con Carácas, pasó alguna gente á la izquierda del Apure, apoderándose del pueblo del Guayabal. Por un oficio que Correa dirigia al comandante Gorrin, supo que este marchaba con trescientos jinetes, quinientos infantes y quinientos caballos mas destinados á montar los hombres de esta arma que tenia el comandante de San Fernando. Sin tardanza dispuso Páez salirles al encuentro con doscientos hombres escogidos que separó del sitio. Atravesó con ellos á nado el Apure por el Diamante y el caño Apurito, cerca del Guayabal. Reuniéndose con ochenta que allí tenia, cayó sobre Gorrin el 18 de diciembre á las once de la mañana. Trabóse un choque violento de caballería, y la de Gorrin fué destrozada en gran parte ó dispersa. Conseguido este triunfo, los jinetes de Páez volvieron sus lanzas contra la infantería realista, que hallaron formada en cuadro. Inútiles fueron todos los esfuerzos de los patriotas para romper el muro de hierro que les oponian aquellos infantes, que mataron á muchos de los mejores y mas arrojados oficiales. Al fin tuvo que desistir de la persecucion de tan excelente infantería, apoderándose de los quinientos caballos. Ambos cuerpos volvieron á San Fernando, aunque por diversos caminos. El arribo de Páez fué oportuno (diciembre 20), porque unido con Guerrero pudieron rechazar una salida hecha por los realistas con el objeto de procurarse ganados, pues los alimentos escaseaban en la plaza. Despues de este suceso, Páez tuvo noticia de que Morillo y Latorre bajaban de la Nueva Granada hácia los Llanos que riegan el Aráuca y el Apure. Trasladóse entónces á la villa de Achäguas para organizar algunas tropas con que oponérseles. El teniente coronel Guerrero permaneció delante de San Fernando, á fin de hostilizar á Correa en cuanto pudiese.

Referimos ántes la marcha del general Urdaneta sobre Barínas. Recorrióla sin hallar enemigos á quienes combatir, apoderándose de todos los recursos que hallára, de los que tanto necesitaban los patriotas de Apure. Mas habiendo sabido que el brigadier Calzada, destacado del ejército que tenia Morillo en la Nueva Granada, se avanzaba por el camino de los Callejónes de Mérida con una fuerte division, quiso oponérsele á su salida al

Llano; mas fué derrotado, y perseguido vivamente hasta Nútrias, donde se embarcó para ir á Acháguas. Allí supo los triunfos del ejército del Centro, y que probablemente Bolívar estaria en Barcelona ó próximo á llegar. Separóse, pues, de Páez, y sin arredrarle las muchas dificultades y peligros á que se exponia, siguió á unirse con el jefe supremo, á quien idolatraba. Lo mismo hicieron todos los jefes y oficiales de infantería que habia en el ejército de Apure. Unos marcharon hácia Guayana á incorporarse con Piar, y otros á Barcelona. Santander, Conde, Blanco, Carreño y otros lo hicieron con pasaporte, escapándose algunos; entre estos corrió gran peligro de ser fusilado el teniente coronel José María Córdoba, á quien aprehendieron, perdonándole al fin Páez. Otros distinguidos oficiales patriotas perecieron asesinados por hombres del ejército de Apure. Despues de la accion del Yagual, Serviez fué muerto en Acháguas: crímen que se rugió desde ántes sin que hubiera medios de impedirlo, ni de castigar á los asesinos, que se dejaron impunes. Poco tiempo habia corrido cuando sufrieron la misma suerte desgraciada el coronel Miguel Valdes, sin embargo de haber sido su jefe, y el anciano Luis Girardot. Los asesinos de estos últimos fueron castigados de muerte: acto de justa severidad de Páez, que contuvo el desórden é impidió que fueran sacrificadas otra multitud de víctimas, por robarles, como á los ya asesinados, los pocos intereses que aun conservaban para aliviar algun tanto las miserias de una vida tan infeliz y agitada como la que pasaban.

Estos sangrientos desórdenes y la incompatibilidad de las habitudes de los llaneros de Apure con las de los hombres civilizados que por las circunstancias se hallaban en aquel ejército, hicieron que todos los que no eran del Llano fueran abandonando la division que mandaba Páez. Este les permitió separarse, pues conocia que aquellos hombres le podian ser de bien poca utilidad. Á los jefes y oficiales de esta clase no les obedecian los llaneros, ántes bien les despreciaban, porque no sabian domar los potros cerreros, torear, enlazar, pasar á nado los rios, matar los tigres y caimanes, ni ejecutar otros mil actos que practicaban los llaneros con destreza, y que los hombres de países mas civilizados no eran capaces de hacer. Abandonáronle tambien los emigrados que pudieron trasladarse á otros puntos, entre ellos el ilustrado patriota doctor Yáñes, y el valiente pres-

bítero doctor Ramon Ignacio Méndez, el que enristró su lanza en el Yagual como un intrépido soldado (1).

Acercábase el fin del año 1816, que tan funesto habia sido á los patriotas de la Nueva Granada, y á un mismo tiempo se ponian en movimiento los dos campeones que tenazmente debian combatirse por mucho tiempo en las provincias de Venezuela. Bajaba Morillo de la alta esplanada de Santafé de Bogotá y de los Ándes granadinos con mas de cuatro mil hombres perfectamente armados y disciplinados; él iba orgulloso con las victorias que sus tropas habian conseguido, y creyendo que el país se hallaba pacificado por muchos años, porque habian espirado en los cadalsos los mas ilustres patriotas de la Nueva Granada. Bolívar con muy escasos medios y recursos, ayudado por algunos generosos amigos, preparaba en Haití otra expedicion de muy pocos hombres, compuesta principalmente de armas y municiones, con algunos barcos de corsarios, á quienes de nuevo capitaneaba el almirante Brion. ¡Qué inmensa diferencia entre los medios y

(1) Para esclarecer mejor la manera con que se hacía la guerra en los Llanos de Venezuela, copiarémos el siguiente rasgo de unos apuntamientos históricos del general Santander, ilustrado testigo presencial. — « Durante la campaña de los Llanos de 1816 á 1818 se hacía la guerra á los Españoles con caballería y muy poca infantería. La movilidad del arma de caballería, la facilidad de atravesar á nado los rios y caños crecidos, el conocimiento práctico del territorio, la abundancia de ganados que era el único alimento de las tropas, la carencia de hospitales, de parques y provisiones, daban á las tropas independientes ventajas muy considerables sobre los Españoles. Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenia vestido lo usaba, el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habituados los llaneros á vivir con carne sola, y á robustecerse sufriendo la lluvia, no temian la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningun rio los detenia en sus marchas; valerosos por complexion, ningun riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros, pasaron trabajos y privaciones apénas concebibles. » — « El reclutamiento se hacía siempre general de toda persona capaz de tomar una arma; nadie estaba exceptuado. Así fué que en los combates del Yagual y de Mucurítas tenian su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda dersona que podia usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados á vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, tódos se alimentaban de una misma manera con carne asada sin sal, y todos iban descalzos. »

preparativos de que disponian uno y otro caudillo! Cualquiera puede tachar de temeraria y loca la empresa de atacar Bolívar á Morillo; se asemejaba á un pigmeo que iba á combatir con un gigante. Pero esta semejanza desaparece, si se considera que Bolívar era el campeon de la Independencia, de la libertad y de la igualdad. Cuando tan nobles sentimientos se apoderan de los pueblos, son vanos y desaparecen todos los recursos y el poder de los satélites del despotismo que oprimen á los pueblos. Estos, al fin, sacuden el yugo á que se hallaban uncidos, y rompen las cadenas de la tiranía. Así lo vamos á ver en el curso de nuestra narracion.

Hallábase Bolívar en Puerto-Príncipe de Haití, cuando recibió la invitacion que le enviaba Arismendi desde Margarita: casi al mismo tiempo arribó Zea, que llevaba igualmente la comision de persuadirle que regresára al continente, donde los jefes de mas influencia estaban prontos á reconocer de nuevo y á someterse á su autoridad. Estando siempre dispuesto el Libertador á combatir el poder español, para dar á su patria independencia y libertad, no dudó un momento cuál sería el partido que debiera seguir. Inmediatamente comenzó sus preparativos para formar y conducir á Venezuela otra expedicion. Afortunadamente arribó al mismo tiempo Brion, quien diera cuenta á Bolívar de los motivos que le habian impedido cumplir la comision diplomática que le habia conferido en Ocumare para los Estados Unidos y Méjico. Juntos acordaron formar otra nueva expedicion, que se compondria de los buques del almirante y de los que mandaba el mayor general de marina Villaret.

Mas ocurrió un obstáculo que paralizó los aprestos por algunos dias. Tal fué el arribo de la expedicion que el Español don Francisco Javier de Mina conducia para Méjico, á fin de auxiliar á los patriotas que allí combatian por su independencia de la España. Esta doble expedicion, que á un mismo tiempo se adelantaba en Haití, quitó á la de Bolívar algunos partidarios, y retardó su salida; pero al fin le proporcionó varios oficiales facultativos que en lo venidero hicieron servicios distinguidos. Dichos oficiales determinaron en Haití abandonar á Mina y sus proyectos, cuyas dificultades conocieron mejor entónces, y volverse á Europa. Bolívar les habló á fin de persuadirles que le acompañáran al continente, lo que pudo conseguir. Esta expedicion fué auxiliada muy activa y eficazmente por el presidente

Petion, que suministró la mayor parte de las armas, municiones y demas artículos militares que entónces reuniera el Libertador. Contra el señor Roberto Sutherland era que Bolívar giraba las letras, y quien las cubria ostensiblemente. Sin embargo, este mismo generoso y liberal extranjero daba por su cuenta cantidades considerables para sostener los esfuerzos del Libertador, á fin de conseguir la independencia y libertad de Venezuela.

Concluidos los preparativos, la expedicion se hizo á la vela del Puerto de Jacquemel en 21 de diciembre. Solamente los buques de Brion zarparon entónces y arribaron á Juan Griego el 28 del mismo, despues de un viaje muy feliz. En aquel mismo dia Bolívar publicó una proclama, en que exponia los motivos que le obligaron á separarse de la expedicion de Ocumare y de la costa de Güiria. Manifestaba asimismo la necesidad que habia de que se reuniera un congreso en Margarita, cuyo objeto sería el establecimiento de una forma de gobierno acomodada á las circunstancias actuales y á los deseos de los pueblos que habian recuperado su libertad. Era de imperiosa necesidad el dar á los negocios públicos mejor organizacion para cortar los desórdenes anárquicos que por do quiera extendian su funesto imperio. La guerra impidió que se realizára esta idea del Libertador.

Pocos dias ántes (diciembre 20) habia seguido hácia Barcelona el general Arismendi, conduciendo el auxilio de cuatrocientos hombres : dejó el mando de Margarita al coronel Francisco Estévan Gómez, jefe de un valor á toda prueba y de excelentes dotes para gobernar á su patria. Bolívar se dirigió tambien á Barcelona, pisando el continente al terminar el año. El mismo dia 28 que arribára á Juan Griego, zarpó de los Cáyos el resto de la expedicion destinada á la Costa-Firme á cargo de Villaret, la que traía una gran provision de pertrechos; su travesía fué larga, y llegó á su destino al cabo de un mes.

Al desembarcar el Libertador en Barcelona, se halló sin tropas que dirigir, pues él habia traido consigo muy pocos hombres. El ejército del Centro no existia ya. Monágas, Sarasa y Parejo tenian sus pequeñas divisiones en otros puntos. Hemos referido ántes que el grueso marchó con Piar á las riberas del Alto-Orinoco. Despues de un viaje largo y penoso en extremo, consiguió en los últimos dias de noviembre pasar aquel rio por el caserío llamado Machacótes. Las fuerzas de Piar fueron eficazmente auxiliadas en pasaje tan difícil por las de Cedeño. Reuni-

dos ambos jefes en Caicara, este reconoció por fortuna la supremacía del primero, conformándose con ser su segundo en la atrevida empresa que meditaban de ocupar la provincia de Guayana.

Tales fueron los sucesos militares ocurridos en el curso de este año en el territorio de la capitanía general de Venezuela. La isla de Margarita habia sido libertada enteramente. Las provincias de Barcelona y Cumaná estaban casi libres del poder español. Páez en el Apure triunfaba tambien de los realistas, cuando Piar y Cedeño se disponian á marchar contra la capital de Angostura, lisonjeándose de tomarla en breve. Mucho habian adelantado los independientes en el número, en la disciplina y en el armamento de sus tropas, pero sus medios y recursos militares eran escasos, y su gobierno civil aun no habia recibido organizacion alguna. Se hallaban, sin embargo, en vísperas de tener que resistir á muy crudos combates y batallas que iba á darles un militar valiente, activo y constante, cual era Morillo.

En este mismo año el gobierno civil de las provincias de Venezuela dominadas por los Españoles, habia sido administrado por el capitan general don Salvador Moxó, hombre duro y cruel, cuyo poder absoluto oprimió y vejó á los habitantes de la Costa-Firme. Empréstitos forzosos, distribuciones mensuales para mantener las tropas del rey, secuestro de bienes de los patriotas, consejos permanentes para juzgarlos militarmente, juntas opresivas de policía; hé aquí los principales medios de que se valiera Moxó para sostener su autoridad y la del rey, su amo, en Venezuela. Empero sus habitantes eran vejados y oprimidos de otras mil maneras por la insolencia y desprecio con que los expedicionarios miraban á los criollos, á quienes trataban como á esclavos que pretendian escaparse de la cadena; por su avaricia y liviandad escandalosa de costumbres, que no tenian miramiento ni coto alguno para mancillar el honor de las familias; en fin, por las persecuciones contínuas que se suscitaban á los ciudadanos bajo el pretexto de que eran patriotas ó adictos á los malvados insurgentes, como los llamaban. Estas persecuciones llegaron á su colmo en el mes de junio, cuando Bolívar desembarcó en Ocumare. Formáronse entónces por la junta de policía listas para prender á mas de quinientas personas, que iban á ser deportadas porque se las creía afectas á la Independencia. El juicio debia pronunciarse verbalmente, oyendo el

dicho de varios testigos preparados de ante mano por el mismo capitan general. Por fortuna el consejo permanente de oficiales, que era el tribunal designado, se opuso á tan arbitrario procedimiento, y lo mismo hizo la real audiencia. Á pesar de esto, Moxó, apoyado por su asesor don José Manuel de Oropesa y por el teniente coronel don Manuel Bausá, que componian la terrible y arbitraria junta de policía, se empeñó en llevarlo á cima en el mes de julio. Por autorizacion suya el capitan Chopito González redujo á prision á cuarenta personas, que sacó de Carácas por la noche á fin de conducirlas á los valles de Aragua, donde añadió á su arbitrio tres ó cuatro mas. Desde las Ajuntas, á dos leguas de la ciudad, principió á matar á los que llevaba aprisionados. La sangrienta ejecucion se completó con el asesinato de todos los presos entre Turmero y Maracay. En vano reclamaron la real audiencia y el consejo permanente el pronto y ejemplar castigo del asesino González. En las contestaciones que hubo, se dió á conocer por Moxó que González habia obrado por órdenes suyas. Sin embargo, el consejo siguió un proceso á González, y ya estaba para ser condenado á la horca, cuando Moxó disolvió aquel tribunal, como último recurso para salvar á su ahijado. Consiguió, en efecto, que, revista la causa, González solamente sufriera la pena de ser deportado á la provincia de Coro. La Providencia castigó allí sus crímenes, pues aprehendido por los patriotas, fué pasado por las armas en justo castigo de los grandes excesos que habia cometido. La real audiencia, que en todos tiempos se distinguiera por la justicia de sus magistrados, dió cuenta al rey Fernando VII de tantos asesinatos perpetrados segun las órdenes del capitan general y de sus satélites; mas ninguna providencia favorable, ni aun respuesta pudo obtener. Los mandatarios realistas en Venezuela, en la Nueva Granada y en todas las colonias de España, estaban seguros de recibir la aprobacion, directa unas veces, y otras indirecta, de los mayores crímenes, siempre que los revistieran con el manto del zelo por los intereses y la conservacion de los dominios de Su Majestad. El gobierno de Madrid aun iba mas adelante : premiaba con altas dignidades y condecoraciones á los asesinos y opresores de los Americanos. Así Moxó recibió, en premio de sus servicios en Venezuela, el grado de mariscal de campo y el título de capitan general en propiedad : gracias que publicára el 6 de octubre.

Entre las providencias opresivas del gobierno español, debemos contar la real órden que dirigió al capitan general, para que el arzobispo de Carácas don Narciso Coll y Prat se presentára en Madrid. Este digno prelado obedeció sin réplica, trasladándose á la Península. Allí se le hicieron fuertes cargos, porque se le atribuía haber fomentado la rebelion de su diócesis. Él no la habia combatido, observando una conducta justa y moderada entre los partidos beligerantes, cual convenía á un digno sucesor de los apóstoles. Semejante lenidad le atrajo el enojo del gobierno español, que jamas le permitiera regresar á su Iglesia. Así fué que la dejó en orfandad, hasta que terminó sus dias. La memoria de Coll y Prat debe ser grata á los Venezolanos, á pesar de que algunos escritores apasionados hubieran á veces querido tildar su conducta patriótica, dejándose arrastrar por la exaltacion de los partidos.

Al ver tamañas injusticias de un gobierno que se decia paternal, y al considerar el cúmulo de medidas opresivas que cada dia se dictaban, ¿qué otro recurso quedaba á los Venezolanos sino combatir valerosa y obstinadamente contra el poder español, hasta arrojar de sus riberas ó vencer á los que lo sostenian? Veámos de qué modo continuaron la lucha para conseguir el noble objeto de sus patrióticos, penosos y largos esfuerzos, y establecer sólidamente en su adorada patria la independencia, libertad é igualdad.

Año de 1817. — Fecundo fué en sucesos militares el mes de enero. Secos ya los Llanos de Venezuela, donde lidiaban con encarnizamiento los partidos contendores, querian aprovechar los seis meses en que les permitian las lluvias emprender cualesquiera operaciones. Bolívar fué uno de los primeros que se movieron. Hemos dicho que cuando arribára á Barcelona, casi no halló tropas independientes que mandar, por haber marchado Piar hácia Guayana : eran tambien pocos los enemigos en los valles del Tuy, pues la fuerza principal de los realistas se organizaba en Orituco. Solo existia en la márgen izquierda del Unare, frente á Clarínes, un pequeño cuerpo de quinientos cincuenta hombres que regía el capitan don Francisco Jiménez, los trescientos Indios flecheros. Á pesar de que el Libertador pudo apénas reunir trescientos hombres á los cuatrocientos que Arismendi habia traido de Margarita, concibió con tan pequeña fuerza el atrevido plan de invadir la provincia de Carácas, para

darle su libertad. Así lo anunció el 8 de enero, en que se puso en marcha, por medio de una proclama dirigida á sus compatriotas. Al siguiente dia (enero 9) atacó á los realistas, que habian circuido su campo con algunas fortificaciones de campaña. Miéntras se combatia por el frente, el Indio capitan de caballería Chauran marchó por un bosque á salir á retaguardia de los patriotas. Realizada esta operacion sin ser visto, cayó de improvisto con cuarenta caballos sobre los independientes. Creyéndose acometidos por un cuerpo realista que existia en el Bajo-Tuy, se desordenan y huyen perseguidos y lanceados por aquellos jinetes y por los demas realistas, que salieron de su atrincheramiento. Quedó el campo sembrado de cadáveres, fusiles y pertrechos; muy pocos regresaron á Barcelona con Bolívar y Arismendi, pues los que se ocultaron en la espesura del bosque inmediato, fueron tambien aprehendidos, lanceados ó fusilados en los dias siguientes: suerte funesta que tocó al coronel Tomas Hernández. La desgracia perseguia entónces al Libertador en todas sus empresas, que acometia ciertamente sin los medios y recursos necesarios. Confiaba siempre demasiado en el amor á la Independencia que suponia animaba á todos ó casi todos los Venezolanos. ¡Esperanza falaz en aquella época, que estuvo á pique de costar la vida al jefe supremo, si la Providencia no hubiera conservado sus preciosos dias, para que cumpliera los altos hechos que debia ejecutar en beneficio de gran parte de la América del Sur!

Casi al mismo tiempo que Bolívar, se puso en movimiento el general Mariño en la provincia de Cumaná, despues de haber recuperado varios lugares que los realistas ocupaban con las tropas que extrajeron de Margarita. Situóse con mas de dos mil hombres en el sitio del Cántaro, donde fijó su cuartel general. En 18 de enero intimó al brigadier Pardo la rendicion de la ciudad dentro de cuatro horas, añadiéndole que de lo contrario se preparára á morir, porque iba á tomar la plaza por asalto. Despreció con razon el jefe realista semejante fanfarronada, y Mariño movió su ejército al sitio del Barbudo, de donde pudo reconocer las posiciones enemigas. Sin embargo de la defensa obstinada que estos hicieron, combinando su resistencia con los fuegos bien dirigidos de siete buques de guerra, Mariño tomó por asalto la casa fuerte que tenian los Españoles en la ribera del golfo. En consecuencia los patriotas obligaron á los

realistas á encerrarse dentro de las trincheras de la ciudad, ocupando aquellos el barrio de Chiclana y toda la poblacion exterior. En el mismo dia (enero 19) el general Manuel Valdes, aunque herido, recibió el encargo de tomar las alturas de Agua-Santa : lo habria conseguido, si un ayudante por equivocacion no le hubiese dado la órden de que se retirára. Sin embargo los independientes continuaron sus ataques hasta las siete de la noche, sufriendo con impavidez un fuego mortífero de las baterías del castillo de San Antonio y del reducto de San Fernando : tres veces fueron rechazados de los parapetos que cubrian el hospital, y tres veces volvieron á la carga. El fuego de cañon duró hasta el amanecer del dia siguiente, no habiendo tenido tampoco resultado alguno favorable los ataques parciales que dieran los patriotas en aquel dia. Ellos bien poco podian adelantar contra plazas fortificadas : aunque de un valor indomable, los llaneros de Venezuela carecian de conocimientos y de medios para embestir y tomar fortificaciones, contra las cuales siempre se estrellaban.

Los esfuerzos inútiles y ruinosos de Mariño contra las fortificaciones de Cumaná se suspendieron con las alarmantes noticias que recibiera de Barcelona. Comisionados del Libertador le avisaron que, á pesar de las activas providencias que este dictaba para reclutar hombres, apénas tenia seiscientos, casi todos bisoños, cuando iba á ser atacado por cerca de cuatro mil de que se componia la division organizada en Orituco, que estaba ya en marcha, mandada por el brigadier Real, por Moráles y por el coronel don Juan Aldama. Proponíale que unieran sus tropas, á fin de ponerse en aptitud de resistir á la division realista. Para el caso de que esta hubiera ocupado á Barcelona, el jefe supremo indicaba á Mariño el plan de que maniobrára á la derecha del rio Neverí, en la firme inteligencia de que él defenderia el convento de San Francisco á todo trance. En este edificio, que tenia alguna fortaleza, se almacenaron víveres y se dieron otras disposiciones para hacer una defensa vigorosa y sufrir un sitio.

Luego que recibiera esta invitacion, Mariño entró en consejo con los oficiales de sus tropas y convinieron en marchar sobre Barcelona. Encargóse el mando de la provincia de Cumaná al coronel Antonio José Sucre, el mismo que despues adquirió tanta celebridad. Mariño, acompañado por el mayor general

Rafael Guevara, Bermúdez, Valdes, Armario y con su fuerza disponible, que apénas eran mil doscientos hombres, se movió el 20 de enero hácia Barcelona. Una parte de sus tropas siguió por mar y otra por tierra, las que debian reunirse en el pueblo de Pozuélos.

El 8 de febrero apareció marchando contra Barcelona la division de Real, engrosada con mil doscientos hombres de las tropas existentes en Clarínes, los que se le reunieron el mismo dia. Real destinó inmediatamente dos batallones para tomar el puente sobre el Neverí y reconocer la ensenada de Pozuélos, adonde esperaba que arribaria la escuadrilla real, que conducia artillería de batir. El puente fué ocupado con poca pérdida, y dos compañías de los realistas marcharon hácia la parte occidental de la ciudad, donde estaba situado el convento de San Francisco, las que empeñaron un tiroteo con los patriotas encerrados en este edificio, pues no salieron de sus fortificaciones. No habiendo parecido la escuadrilla, el ejército español se retiró al Pilar, luego que anocheció, y de allí marchó al Unare la division de Clarínes. Causó esta retirada el arribo de Mariño á Pozuélos. Reunidas las fuerzas auxiliares con las de Bolívar, hicieron un movimiento sobre San Bernardino. Una compañía de cazadores realistas sostuvo en aquel pueblo (febrero 14) un brillante combate con los patriotas, que de allí regresaron el 15 á Barcelona.

La posicion del Pilar ocupada por Real no era á propósito para comunicarse con la escuadrilla española, que en número de catorce velas habia aparecido sobre la costa y trabado lijeros combates con la de los independientes. Trasladóse, pues, en primer lugar al Juncal, y en seguida hácia Píritu y Clarínes, donde se acampó. Esperaba siempre que la escuadrilla desembarcára la artillería gruesa que le faltaba para batir la casa fuerte de Barcelona. Era tal el desgreño é inexactitud con que se hacía el servicio entre los realistas, que Real no fué capaz de ponerse en comunicacion con el jefe de la escuadrilla para obrar de acuerdo. Así, cuando esta, creyendo que el ejército español se hallaba en las cercanías de Barcelona, atacó el punto llamado el Morro, nada pudo adelantar por falta de cooperacion de las tropas de tierra. Limitóse en consecuencia al bloqueo de aquella costa, miéntras que Real permaneció en la inaccion. Así habian corrido los dias hasta la mitad de marzo, tiempo

en que pudo haber rendido por hambre á los defensores de la casa fuerte.

Bolívar deseaba que los enemigos le hubieran atacado en el convento, donde esperaba destruirlos : confianza que nos parece un poco aventurada, si un jefe audaz y emprendedor hubiera mandado el ejército real. La casa fuerte no era capaz de resistir el fuego de gruesa artillería, ni un asedio bien dirigido, en que el hambre y las enfermedades habrian hecho rápidos progresos. Creemos que Bolívar se salvára entónces de uno de los mayores riesgos que corriera en su agitada vida, de caer en manos de los Españoles ó de ser degollado : esta nos ha parecido siempre una salvacion providencial.

Cuando el brigadier Real dió cuenta al capitan general Moxó de su retirada hasta la izquierda del Unare, fundándola en la escasez de víveres y falta de artillería de batir, y se supo su inaccion, causó esta noticia el mayor disgusto á los realistas de Carácas. Los jefes españoles juzgaron con razon que Real no tuvo motivo suficiente para retirarse, y que habia sido una verdadera cobardía no atacar, ó por lo ménos sitiar la casa fuerte. Fué intenso el dolor que sintiera Moxó de que su teniente no hubiese hecho los mayores esfuerzos á fin de apoderarse de Bolívar, de Arismendi y de otros varios cabecillas principales encerrados en dicha casa. Á tales disgustos se añadieron las intrigas de Moráles, que acusaba de inepto á Real y de revoltoso á Aldama. Tampoco se descuidaba este, quien escribia igualmente sobre la ineptitud de Real, sin perdonar á Moráles, contra quien se habia seguido un sumario en Orituco, para acreditar sus crueldades y excesos cometidos despues de su derrota en el Juncal. El resultado de estas dobles y várias intrigas fué, que el capitan general separó del mando á Real y á Moráles : á este por el crímen de crueles asesinatos que se le atribuían justamente. Lo confirió al coronel Aldama, que ántes era comandante en jefe de la caballería : Moráles fué reducido á prision para seguirle el proceso.

Miéntras tanto habia ocurrido en las estancias de Bolívar y Mariño un suceso bien importante. Tal fué la negociacion que entablára el primero con el segundo para que se unieran cordialmente, olvidando cualesquiera sucesos desagradables y resentimientos pasados. El lenguaje de Bolívar, que respiraba generosidad y ardiente amor de la patria, hizo una impresion

fuerte sobre los enemigos que tenia en la division de Mariño. En consecuencia fué reconocido de nuevo como jefe supremo; y los mismos que seis meses ántes le habian insultado atrozmente y conspirado contra su vida en Güiria, se convirtieron entónces en sus amigos. ¡Tan poderoso fué el influjo del procedimiento generoso de Bolívar, del olvido que manifestára de sus agravios personales, de sus modales dulces é insinuantes y de sus talentos militares! Debemos tambien elogiar la conducta de Mariño, que, á pesar de aquellas desavenencias, no dudó en ocurrir prontamente al campo de Barcelona, cuando supo el peligro que corria el Libertador. ¡Ojalá esta reconciliacion hubiera sido la última, abandonando Mariño para siempre su ambiciosa é insostenible idea de ocupar en la República el primer puesto!

Restablecida la union y reconocida la suprema autoridad del Libertador, comenzó este á meditar sobre los inconvenientes que presentaba su permanencia en Barcelona. Arruinados sus alrededores por la guerra, no quedaban subsistencias para las tropas. Por otra parte, debia esperarse un nuevo acometimiento del ejército español, acampado siempre en la línea del Unare, cuyas operaciones serian apoyadas por una escuadrilla que no podian contrarestar los independientes. Resolvió, pues, con acuerdo de los principales jefes del ejército, alejarse de Barcelona, trasladar á Margarita los elementos militares que no fuesen necesarios para la próxima campaña, y marchar con todas las tropas á los Llanos del interior. Proponíase el Libertador reunir en un solo cuerpo de ejército las diferentes divisiones y partidas que obraban en las provincias de Barcelona, Cumaná y Guayana, á fin de ponerse en aptitud de seguir sobre la capital de Venezuela. Creía que tomándola ántes del arribo de Morillo y de sus huestes podria combatirlos ventajosamente. Dió en consecuencia las órdenes para que el ejército marchára hácia lo interior de la provincia de Barcelona mandado por Mariño: prevínole ocupase una posicion abundante de víveres, central y ventajosa.

Las autoridades municipales de la ciudad y el general Pedro María Fréites se opusieron al abandono absoluto de Barcelona, lo mismo que el gobernador político Francisco Estévan Ríbas. Ofrecian defenderla, si se les dejaba un batallon con algunas armas y municiones. Pretension fué esta que el Libertador combatió con razones militares victoriosas; mas no produjeron

el deseado efecto de la persuasion. Al fin tuvo que ceder con dolor, dejando cosa de setecientos hombres de guarnicion con órdenes de encerrarse en el convento, cuyas fortificaciones se aumentarian para proteger á trescientas personas mas que allí estaban refugiadas, proveyéndose tambien de vituallas. Esta condescendencia fué una debilidad, hija de las circunstancias de que Bolívar aun no tenia bien afirmada su autoridad: él conocia todo el riesgo que corrian las vidas de mil patriotas que se empeñaron imprudentemente en que se defendiera la casa llamada Fuerte de Barcelona, que verdaderamente era harto débil.

Dadas estas disposiciones, Bolívar determinó seguir á Guayana á verse con Piar, quien le habia dado cuenta de las ventajas obtenidas, enviándole al coronel José Manuel Olivares, secretario de Cedeño. Sin tardanza emprendió su viaje (marzo 25), acompañado solamente de quince oficiales y algunos asistentes armados. Su marcha precedió á la del ejército, ignorando que el enemigo, ántes de su retirada al Unare, habia formado con guerrillas del país una línea desde Píritu hasta San Mateo. Cuando el jefe supremo llegó al pueblo de Curataquiche, dispuso que los oficiales marchasen armados con las carabinas de los asistentes, receloso de una guerrilla que existia hácia Quiamare. Al llegar al bajo de este nombre, cubierto de malezas y fango, el coronel Parejo, que iba delante, descubrió una emboscada enemiga, y dió la voz de alarma echando pié á tierra: Bolívar, que le seguia, hizo lo mismo; y en alta voz comenzó á dar las disposiciones de que se atacára á los realistas por la derecha y por la izquierda. Este arbitrio y el vivo fuego que hizo la escolta persuadieron á los enemigos que eran acometidos por fuerzas superiores. Abandonaron, pues, su ventajosa posicion, y dejaron el camino franco. Á poco de haber pasado Bolívar por San Mateo, la misma guerrilla de Quiamare, al mando de Jesus Aleman, entró en aquel pueblo, y dijeron al comandante la comitiva tan poco numerosa que acompañaba al Libertador. No pudo creerlo, y no le persiguió, juzgando que á su retaguardia vendrian mas tropas: esta incredulidad salvó á Bolívar y á sus compañeros. Mas no fué solo este peligro el que corriera en aquel dilatado viaje. El coronel español Aldama tuvo desde Barcelona avisos anticipados de la marcha que meditaba el Libertador, é intentó enviar á destruirle una columna de caba-

llería; no pudo reunirla tan pronto como era necesario, lo que dió tiempo á que Bolívar escapára. Llegó, pues, felizmente al Orinoco, y lo atravesó por la cabeza de la isla Bernabela en una curiara (1), que le diera el comandante Pantaleon Guzman.

Apénas se habia ausentado el Libertador, cuando las tropas que dirigia Mariño marcharon por divisiones hácia lo interior (marzo 25), siguiendo el camino que pasa por San Bernardino. Tomó la misma ruta un convoy militar con el parque y los equipajes. El 29 llegaron al Carito, donde se desarrollaron los gérmenes de division que alimentaba aquel ejército. Tenia Mariño ardientes deseos de regresar á la provincia de Cumaná con los cuerpos que allí condujo, pues acostumbrado á la independencia, no queria servir á las órdenes del Libertador. Eran partidarios de sus ideas algunos jefes y oficiales; pero se oponian Soublette, jefe de estado mayor, Bermúdez, Valdes y Arismendi : la reconciliacion con Bolívar del segundo y tercero fué sincera y habian resuelto con firmeza obedecer en todo los mandatos del jefe supremo.

Acampados en el Carito, quiso Mariño dar nueva organizacion á las fuerzas que dirigia. Confirió, pues, el mando de la division de vanguardia á los generales Bermúdez y Valdes; el de la del centro á Arismendi; el de la izquierda al general Urdaneta; los granaderos y la guardia de honor del general en jefe formaban la reserva, que se encomendó al teniente coronel Rafael Jugo, secretario de Mariño. Este nombramiento en uno de los mas ardientes partidarios de Mariño fué causa de un grave escándalo. Bermúdez y Valdes se opusieron abiertamente á la colocacion de Jugo; y llegó á tal punto el alboroto que algunos cuerpos, movidos por sus jefes, corrieron á las armas para sostener tal oposicion. En aquellos nomentos críticos se divulgó la voz de que Bolívar habia sido asesinado por una guerrilla (marzo 30); hecho que se atribuía á una celada puesta por Mariño y por Jugo. De resultas de tan siniestros rumores, este corrió un gran riesgo de que le matáran. Salvóle Urdaneta en cuya casa vivia, publicando la noticia comunicada por Monágas, de que Bolívar habia pasado por Santa Ana sin novedad.

Tamañas divisiones fueron la causa de que en el mismo dia marcháran las tropas hácia Aragua. Esta villa era, en efecto, la

(1) Especie de embarcacion lijera que se usa en el rio Orinoco.

posicion central y abundante en recursos indicada por el Libertador para que se acampára el ejército miéntras él regresaba de Guayana. Allí descansaron hasta el 6 de abril, en que se continuó la marcha hácia el Chaparro, donde durmieron al dia siguiente. Mariño con su estado mayor se avanzó hasta Santa Ana. Aquí recibió oficios muy urgentes del general Fréites, pidiéndole prontos auxilios para defenderse, pues iba á ser atacado por fuerzas realistas muy superiores. En el momento dispuso Mariño que el general Soublette regresára al Chaparro, para que activase la marcha retrógrada que debian emprender todas las fuerzas con direccion á Aragua. En efecto, la division de Bermúdez llegó á esta villa á las diez de la mañana, y la de Urdaneta á las once. Poco despues arribó Mariño el mismo dia 11 de abril. Mas ya era tarde, pues llegaron á la villa de Aragua algunos fugitivos que dieron las mas funestas noticias. Los desgraciados patriotas que se encerraron en la casa fuerte habian sido víctimas de su imprudente valor y de los deseos de conservar libres sus hogares (1).

Dejamos al coronel Aldama hecho cargo del ejército real acantonado sobre el Unare. Este nuevo jefe, deseando acreditarse, movió el 3 de abril casi todas las tropas, pues solo dejó allí seiscientos hombres al mando del teniente coronel don Feliciano Montenegro Colon, nombrado gobernador de Barcelona. Aldama emprendió su marcha en combinacion con la escuadrilla española. Esta condujo artillería de calibre propio para batir la casa fuerte donde se habian encerrado Fréites, el gobernador político Ríbas y otra multitud de patriotas. El 5 de abril ocuparon las tropas reales á Barcelona, y se comunicaron con la escuadrilla, que desembarcó la artillería, quedando estrechado el sitio. Entónces Fréites aun no habia podido aumentar las fortificaciones, encargo especial que le hizo el Libertador. Tenia esta falta cuando por todas partes embarazaban sus operaciones una multitud de habitantes de todos sexos y edades que se habian refugiado á la casa fuerte, con la esperanza de libertarse allí de los vejámenes, insultos y crueldades de las tropas españolas. Era por tanto imposible que ya lo verificase.

(1) Baralt y Díaz refieren estos sucesos de otra manera. Nosotros hemos seguido los diarios históricos del citado mayor general que poseemos originales, los que son documentos de mas crédito.

Parapetados con las casas de la ciudad los soldados de Aldama, pudieron establecer sus baterías á mil pasos de distancia de la fachada del convento que miraba al oriente. Rompióse el fuego con dos cañones de artillería al amanecer del 7 de abril, y al medio dia se colocó en batería otra pieza; así fué que á las dos de la tarde estaba la brecha practicable, y todo pronto para dar el asalto. Desde el principio Aldama habia dirigido una intimacion al comandante patriota, para que se rindiera, y la repitió ántes de asaltar la casa fuerte. Los sitiados contestaron, que se hallaban decididos á defenderse hasta vencer ó morir, pues rindiéndose estaban seguros de que serian asesinados. Esta heróica resolucion se llevó al cabo, á pesar del llanto y alaridos de las mujeres, niños y ancianos refugiados en el convento, y á pesar tambien de otras muchas desventajas que militaban contra los independientes. Casi todos los soldados eran reclutas que aun no sabian manejar el fusil, y tambien la artillería se manejaba por hombres que no conocian esta arma, siendo igualmente las piezas de pequeño calibre. Por esto el comandante de artillería, que al mismo tiempo dirigia las fortificaciones, Júdas Tadeo Piñango, bien poco pudo adelantar. Dióse el asalto general inmediatamente despues que Aldama recibió la mencionada respuesta. Era imposible que los republicanos pudieran resistir al número y disciplina de los realistas. Sin embargo en algunos puntos, como en el reducto exterior donde mandaba el coronel Francisco de Paula Vélez, hicieron una resistencia vigorosa : en todas partes los oficiales se defendieron con un valor desesperado, para morir combatiendo por su patria; así causaron á los Españoles bastante pérdida. Irritados estos, penetraron furiosos en lo interior del convento, y los soldados feroces del cruel Aldama no dieron cuartel. Degollaron cerca de setecientos hombres de armas tomar, inclusos algunos prisioneros realistas que se custodiaban en el convento. ¡Tanto era su ciego furor! Mataron tambien mas de trescientos entre ancianos, mujeres y niños. En la iglesia del convento se refugiaron muchas personas, creyendo que les valdria aquel sagrado asilo; mas fueron asesinadas sin piedad, quedando bañado en sangre aun el mismo altar y sagrario del templo. Solamente catorce oficiales y soldados pudieron escapar huyendo á los campos; entre ellos se contaban el general Fréites y el gobernador Ríbas, heridos, los que fueron aprehendidos y enviados á Carácas, donde Moxó los

hizo ahorcar. Fréites se hallaba moribundo, porque los Españoles tuvieron la crueldad de no curarle sus heridas, que se gangrenaron. Parece que los jefes realistas querian aterrar de nuevo á los patriotas con las sangrientas ejecuciones de matanzas generales, cual lo hicieron ántes Bóves, Moráles y Rosete. Aquella bárbara carnicería fué ejecutada por los tenientes coroneles don Joaquin Urreistieta, don Agustin Noguéras y don Francisco Jiménez, así como por el sarjento mayor don Vicente Bauzá y el comandante de escuadron don José Návas, jefes que capitaneaban el asalto de la casa fuerte.

Solamente cuatro mujeres fueron conservadas por Aldama para saciar sus pasiones desenfrenadas. Él mandó degollar á cincuenta enfermos y heridos que habia en el hospital, y á doce prisioneros que se hicieron despues en la campiña: todos debieron su vida á la humanidad y atenciones del gobernador Montenegro, segun este mismo refiere, y al Español don Tomas Rodríguez, encargado del hospital, los que no dieron cumplimiento á órdenes tan crueles. La ciudad de Barcelona quedó sembrada de cadáveres y despojos, pues fué saqueada completamente, no pudiendo los habitantes que sobrevivieron á tan lamentable catástrofe conservar otras cosas de sus bienes que edificios y la ropa que vestian. El nombre del feroz Aldama debe pasar á la posteridad, para que se le cubra de una bien merecida execracion, á la par de los Bóves, Moráles, Rosetes y de otros famosos asesinos (1). Los Españoles solo tuvieron veinte y cinco muertos y setenta y cinco heridos.

El horrendo sacrificio de los patriotas se habia consumado en Barcelona cuando las tropas de Mariño llegaron á Aragua, donde supieron las tristes nuevas por el oficial Raimundo Fréites, hermano del general, y por otros fugitivos. No pudiendo ya conseguir el patriótico y humano objeto que se proponian, determinaron regresar á Santa Ana. En consecuencia, todos los cuerpos emprendieron sin tardanza una marcha retrógrada. Desde Santa Ana, Mariño siguió á Cariaco con la division que mandaba Urdaneta y la reserva de Jugo. No podemos explicar cómo Urdaneta, que era tan adicto á Bolívar, pudo continuar obedeciendo á un jefe que contrariaba enteramente las disposiciones de aquel. Las divisiones regidas por Arismendi, Bermú-

(1) Véase la nota 22ª.

dez y Valdes, que del todo habian roto con Mariño, regresaron al Chaparro, á fin de aguardar las órdenes del Libertador. Aldama con su ejército dejó á Barcelona, donde se carecia de todo; y el 16 de abril marchó á situarse en Aragua primero y despues en el Chaparro, lugares abundantes de ganados: llevaba tambien el designio de perseguir á los patriotas, los que se hallaban muy distantes cuando arribó al Chaparro.

Algunos han censurado fuertemente á Mariño, Arismendi y demas jefes que mandaban el ejército que marchó al interior de los Llanos, en cumplimiento de las órdenes terminantes del jefe supremo, porque no socorrieron á Barcelona. Nos parece que no tienen razon. Bolívar habia dispuesto aquella retirada por motivos poderosos; entre otros, porque sus tropas en Barcelona eran harto inferiores en número y calidad á las del rey que se hallaban estacionadas en Píritu y Claríncs. Era de la mayor importancia conservarlas para realizar los planes que meditaba, y habia considerado ser una medida antimilitar empeñarse en defender las casas y edificios de Barcelona, pues ya estaban consumidos sus recursos. Fué por eso que previno su abandono, poniéndose ántes en salvamento el parque y demas elementos militares. Si se hubieran cumplido tan acertadas providencias, no tendríamos que deplorar la catástrofe sangrienta de la casa fuerte; pero las autoridades civiles y militares de Barcelona cerraron los oidos á consejos tan prudentes como previsivos del Libertador, y por defender sus hogares impidieron la evacuacion. Mil víctimas sacrificadas, veinte piezas de artillería de gruesos calibres, mil fusiles y una considerable porcion de municiones, todo perdido, y acaso la disolucion del ejército, fueron las tristes consecuencias. Deploramos profundamente las desgraciadas muertes de Fréites, de Ríbas y de tantos patriotas, dignos de mejor suerte, que se refugiaron al convento. Creemos, empero, que ellos tuvieron la culpa de aquella funesta matanza, por haberse empeñado en no cumplir las sábias disposiciones que dictó Bolívar ántes de su partida.

Este habia encontrado á Piar en los alrededores de la ciudad de Angostura, que sitiaba. Allí tuvo una larga conferencia con el Libertador, á quien reconoció como jefe supremo. Habiéndose instruido este de la situacion que tenian los negocios en el Orinoco, se acabó de persuadir que no habia mejor base de operaciones que la provincia de Guayana, cuyas dos plazas fuertes se

hallaban sitiadas por Piar. En efecto, circundado su territorio por el caudaloso Orinoco, y navegando los patriotas por sus hermosos rios tributarios, se hallaban en aptitud de penetrar en el corazon de Venezuela. Tambien podian comunicarse por el mismo rio con los países extranjeros, para recibir armas, municiones y otros auxilios. Fijado, pues, semejante plan, determina Bolívar regresar á los Llanos de Barcelona, para conducir las tropas que allí habia dejado (abril 17). Halló en la Palmita, cerca del Chaparro, á las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Sarasa, donde supo la nueva defeccion de Mariño y la pérdida de la casa fuerte. Poniéndose á la cabeza de aquellas fuerzas, que ascendian á poco mas de quinientos hombres, emprendió su marcha al Orinoco, dejando á Monágas y á otros subalternos en diferentes puntos de los Llanos, á fin de que fatigáran continuamente al enemigo con frecuentes y repentinas incursiones de fuertes guerrillas.

Bolívar tuvo que vencer graves dificultades en sus marchas por la estacion de las lluvias que habian principiado, y en el paso del Orinoco, que verificára en gran parte con mucha pericia y atrevimiento en los dias 25 y 26 de abril, en pequeñas canoas, dos leguas mas arriba de la embocadura del rio Pao en el Orinoco, y ántes de llegar al rio Guaicupa. Aun no se habia concluido, cuando al amanecer del 27 se presentaron tres flecheras españolas á impedirlo, rompiendo sus fuegos de metralla, que fueron vivamente contestados. Al cabo de una hora que duró el combate, dos de ellas siguieron Orinoco arriba y una bajó, quedando libre el rio. Á las nueve del mismo dia se terminó el pasaje felizmente, y las embarcaciones siguieron á ocultarse en la confluencia del rio Aro, con el objeto de auxiliar el paso del ejército. No habiendo camino en la derecha del Orinoco, el Libertador se vió en la necesidad de mandar abrir una senda por un espeso bosque, avanzando las tropas conforme se adelantaba la pica. La mayor parte de los oficiales iban á pié, y careciendo de víveres murieron algunos soldados por haber comido la yuca brava, que es un veneno activo. Acosados todos por el hambre, tenian ya preparada carne de caballo para alimentarse; llegó entónces el coronel Tomas Montilla con los auxilios que enviaba el general Piar; aquel los encontró en la márgen derecha del rio Aro. Siguieron desde allí sin dificultad alguna hasta unirse en el Juncal con el ejército independiente

que sitiaba la ciudad de Angostura. Tan feliz acontecimiento sucedió el 2 de mayo, y Bolívar fué reconocido solemnemente jefe supremo de la República de Venezuela.

Sucesos importantes habian precedido en Guayana á la incorporacion del Libertador al ejército que mandaban Piar y Cedeño, que se cubrieron de gloria en aquella campaña, iniciada con mucho arrojo y continuada con prudencia y grande felicidad. Vamos á referirlos, volviendo la vista hácia atras.

Dejamos á Piar incorporado con Cedeño en Caicara á la derecha del Orinoco, avenidos ya sobre el mando: cuestion delicada en todos tiempos y mucho mas en aquella época, porque los jefes de guerrillas ó de cuerpos francos mas considerables querian obrar con absoluta independencia. Hecho cargo del mando, Piar determinó seguir hácia Angostura tan pronto como fuera posible ántes del invierno, porque entónces las crecientes de los rios impedirian la marcha, que era por tierra y por la derecha del rio: los realistas dominaban sus aguas y las del Cáura con una escuadrilla, á la que no podian los patriotas oponer ni un solo buque. Entre tanto que se hacian los preparativos, Piar se malquistó con varios jefes y oficiales: su genio era duro y violento, y no cuidaba de ganarse el afecto de sus compañeros de armas, naturalmente quisquillosos. Por esto algunos se fueron del ejército, contrariando otros los proyectos del general en jefe. Al fin se reunieron en junta de guerra, para considerar el proyecto que se meditaba, y si convendria darle cima. Decidióse por la afirmativa, en lo que tuvieron una parte muy principal las razones que adujera y el influjo que tenia el coronel José Antonio Anzoátegui; sin embargo, algunos jefes y oficiales no gustaron de la resolucion tomada, los que no quisieron seguir en la expedicion. Esta se movió con dos mil ochocientos hombres de infantería, artillería y caballería, el 23 de diciembre del año anterior.

Dirigióse la marcha hácia el caudaloso rio Cáura, tributario del Orinoco por su derecha. Los realistas defendian la márgen oriental con quinientos infantes y trescientos jinetes, sin que los republicanos poseyeran una sola embarcacion; así, parecia una temeridad emprender el pasaje, operacion arriesgada, sobre todo cuando los enemigos dominaban el curso navegable del Cáura con tres flecheras y dos cañoneras bien armadas y tripuladas. Para vencer tamañas dificultades, el general habia comi-

sionado al coronel José Liendo con veinte y cinco hombres á fin de que hiciera construir en los bosques de la izquierda del rio algunas embarcaciones de céiba. Mas la fortuna y el valor favorecieron á los independientes. En la noche que precedió al 31 de diciembre un oficial de marina, llamado Rafael Rodríguez, atravesó el Cáura en una mala y pequeña lancha hallada casualmente, y por donde no pudieron verle los enemigos, acompañado de tres soldados escogidos. Este hombre atrevido sorprendió una avanzada realista, y tomó otra lancha á presencia del comandante español y de sus tropas. Con tan precioso despojo, obtenido por su valor y audacia, regresó al campo de los independientes. En estas y en otras dos pequeñas embarcaciones que se echaron al agua de las construidas, de las cuales solamente una era útil, se emprendió el difícil pasaje.

Embarcáronse dos piquetes de infantería, que subiendo hácia arriba debian saltar á tierra fuera de la vista de los enemigos. Al mismo tiempo la artillería abrió sus fuegos; y Cedeño, poniéndose á la cabeza de uno de sus mejores escuadrones, auxiliado eficazmente por el valiente capitan Lorenzo Hinojosa, se echan al rio dirigiéndose á nado con sus caballos y soldados hácia el paso real. Allí estaban las fuerzas sutiles enemigas; pero tanto estas como la infantería y caballería, aterradas con tan inesperado y audaz acometimiento, huyeron vergonzosamente despues de haber disparado unos pocos tiros de cañon y de fusil. Cedeño y sus compañeros persiguieron á caballo en pelo á los que se retiraban; llegaron hasta San Pedro, legua y média del Cáura, lanceando á todos los realistas que no se rendian. Pocas acciones se presentan en la guerra de la Independencia que prueben mas claramente el audaz atrevimiento y valentía de los llaneros de Venezuela.

Franqueada aquella barrera, el ejército republicano marchó sin oposicion hasta las cercanías de Angostura, donde se acampó el 12 de enero en el sitio del Juncal. El 17 al amanecer se apoderó el capitan José Gabriel Lugo del cerro del Samuro. Esta ventaja reanimó las esperanzas de Piar, quien determina que en la noche del 18 se ataquen las fortificaciones de la plaza llamadas Perro-Seco, Monserrate y la Céiba. Dióse, en efecto, la arremetida, y casi toda la noche se combatió valerosamente así por los patriotas como por los realistas. Mas defendidos estos con sus reductos y auxiliados por el vivo fuego que hacian

sobre los independientes dos fragatas, tres goletas y cuatro cañoneras españolas, situadas unas en el Orinoco, y otras en la laguna Corniéres, consiguieron rechazar á sus enemigos. Ascendió la pérdida de los patriotas á trescientos hombres entre muertos y heridos.

Un descalabro tan considerable redujo á la inaccion al ejército de Piar, y la desgracia aumentó las rencillas y sinsabores entre los jefes y oficiales. Sabiéndose entónces el arribo de Bolívar á Barcelona, algunos abandonaron el ejército para ir á unirse al jefe supremo. La situacion embarazosa en que se hallára Piar en aquellas circunstancias, le sugirió la excelente idea de marchar contra los pueblos de las Misiones del Caroní, servidas por capuchinos catalanes, ardientes partidarios del gobierno real. Miéntras la plaza de Angostura gozára de los recursos que le proporcionaban dichas Misiones, compuestas de cuarenta y seis pueblos, era harto difícil asediarla. Los realistas, que conocian la importancia de aquellos establecimientos, habian tratado de establecer algunas fortificaciones en la orilla derecha del Caroní hácia los pueblos de Caruche y Ure, defendidas por alguna artillería. Dejando Piar á los coroneles Teodoro Figueredo y Felipe Mauricio Martin con la mayor parte de la caballería, para que continuáran el asedio, marchó con el resto y toda la infantería contra las Misiones. Dos columnas, que mutuamente se apoyaban, superaron todas las dificultades que les opusieron los realistas. El 17 de febrero ocuparon, reunidas ya, la villa de Upata, cabecera de las Misiones; los enemigos que no habian muerto ó caido prisioneros, huyeron á encerrarse dentro de los muros de las fortalezas de la Vieja-Guayana.

Dijimos ántes que los misioneros eran muy decididos enemigos de la Independencia : ellos habian auxiliado eficazmente á las autoridades de la provincia para hacer la guerra á los patriotas, y continuando su influjo sobre los Indios, podian capitanear una reaccion. Para evitarla, Piar hizo reunir 22 misioneros en el convento de Carache, y encargó al oficial Jacinto Lara que los custodiase. Al mismo tiempo confirió al activo y honrado presbítero José Félix Blanco, mas inclinado á las carreras militar y civil que á la eclesiástica, la administracion de todas las Misiones, bajo el título de *Comandante general*. Divididas en cinco distritos, Blanco las gobernó por medio de autoridades civiles. Grandes fueron los recursos que los indepen-

dientes sacaron de todos aquellos lugares para la guerra, en hombres, caballos y ganados : estos se habian propagado mucho en tan fértiles llanuras, bajo la firme y económica administracion de los misioneros capuchinos, que, segun se dice, habian gobernado los pueblos con mucha dureza. Se asegura que los Indios los aborrecian sobremanera, y que abrazaron con entusiasmo la causa de los independientes, luego que los libertaron del yugo opresor de los misioneros. Habia entre ellos varones verdaderamente apostólicos, y otros de malas costumbres, entregados al comercio, y cuya principal ocupacion era la de enriquecerse á costa del trabajo de los infelices Indios. Comprendióse á todos bajo de este predicamento, lo que por una lamentable desgracia les fué muy funesto algun tiempo despues.

Inmediatamente despues que Piar obtuvo aquestas ventajas, envió de comisionado cerca del jefe supremo al coronel Olivâres, para que le diera cuenta del próspero estado de los negocios en las riberas del Orinoco y del Caroní. Partió el 24 de febrero hácia Barcelona: en el tránsito se unió con otros jefes que bajaban el rio Apure en busca del Libertador; uno de ellos el coronel Santander. Este fué quien dió á Bolívar exactas noticias del ejército y operaciones de Páez en las llanuras que riegan el Aráuca y el Apure. Otros jefes tomaron desde allí la ruta de Guayana, con el designio de unirse al ejército de Piar, quien adquiria mucha fama. Este, despues de haber organizado el gobierno y la defensa de las Misiones, volvió á su cuartel general cerca de Angostura. Allí fué donde recibió al jefe supremo, y tuvieron la primera conferencia, que produjo el acertado plan de concentrar en Guayana las fuerzas independientes para arrojar á los Españoles de tan importante provincia. El comportamiento de Piar fué entónces noble, sumiso y patriótico, contribuyendo eficazmente á restablecer la autoridad suprema del Libertador.

Los independientes eran ménos felices en las márgenes de Apure que en las del Orinoco. Dejamos al segundo de Páez, teniente coronel Miguel Guerrero, sitiando á San Fernando, donde se habian juntado las columnas del brigadier Correa y del teniente coronel Gorrin. Fuertes ya con mil quinientos hombres de toda arma, acometieron el 8 de enero la línea de las tropas sitiadoras. El choque fué violento en el sitio del Rabanal: los patriotas, sin embargo de que solo tenian tres

escuadrones, se empeñaron en romper la línea de batalla de los realistas, y lo habrian conseguido, si no hubiera sido tanta la inferioridad de sus fuerzas. Guerrero fué completamente derrotado, aunque los Españoles compraron bien cara la victoria, por el valor denodado con que se batieron los jinetes de Apure. Despues de esta accion fué que los llaneros asesinaron á Girardot y á Valdes, por robarles los pocos intereses que aun tenian. Los patriotas se replegaron al cuartel general de Páez, que necesitaba aquel refuerzo para oponerse al formidable adversario que se aproximaba por los confines de la Nueva Granada.

El ejército de Morillo habia marchado en dos fuertes divisiones : la primera por Cúcuta, dirigida por el coronel Calzada, la que anteriormente hemos dicho que penetró en Barínas por los Callejónes de Mérida y que arrojó de allí á las tropas de Páez, mandadas por Urdaneta. Dedicóse Calzada en dicha provincia, auxiliado eficazmente por el coronel Remigio Rámos, á aumentar y disciplinar la caballería de los llaneros, cuyo número elevaron á mas de mil quinientos hombres. Se consideraban estos necesarios para facilitar en los Llanos la marcha de la infantería, y sobre todo de las fuerzas expedicionarias europeas. La otra division, mandada por el brigadier don Miguel de Latorre, se componia en su mayor parte de los cuerpos que habian subyugado á la Nueva Granada y los Llanos de Casanare, donde permanecieron hasta que el general en jefe dispuso que se movieran hácia el territorio venezolano. Calzada y Latorre se reunieron en Guadualito al principio de enero. Morillo, que habia salido de Santafé el 16 de noviembre, partió de Sogamoso el 6 de diciembre del año anterior, atravesando la cordillera hasta Pore con mucha dificultad. Él mismo confesó que no hubiera podido continuar su viaje sin los servicios que le prestáran algunos escuadrones de llaneros que le acompañaban, los que cogian las reses necesarias para el sustento diario y facilitaban el paso de los rios caudalosos y de los caños profundos que sus tropas tuvieron que atravesar, practicables, segun su mismo testimonio, solo á los llaneros, y sin cuyo auxilio no pueden ejecutarse (1).

(1) Es digno de verse el oficio que sobre estas dificultades dirigió Morillo á Sámano desde Pampatar el 1º de agosto de 1817, que publicamos en la *primera parte*.

Al tiempo que Latorre y Calzada emprendieron su marcha desde Guadualito, llevaban un ejército de cuatro mil hombres aguerridos, entre ellos mil setecientos de caballería, la mayor parte llaneros, que mandaba el coronel Rámos. Latorre y Calzada ignoraban las posiciones ocupadas por Páez, el enemigo que podia oponérseles. Hallábase este en el Mantecal, y tenia concentradas sus fuerzas entre Acháguas y Setenta á la derecha del Apure. El ejército realista marchó (enero 27), hasta el pueblo de San Vicente por la misma orilla del Apure, dirigiéndose á San Fernando. No tenia conocimiento de las fuerzas de Páez, quien, segun las noticias dadas á Morillo, solo podia reunir doscientos ó trescientos bandidos, hambrientos, desnudos y mal armados. Páez habia proyectado atraer á los expedicionarios á un campo escogido de antemano, y con este objeto destinó una columna que observára á los realistas, y que en caso de ser perseguida se fuese retirando para conducirlos al punto deseado. Dicha columna era poco numerosa, y Latorre la hizo perseguir en la errada inteligencia de que no hallaria otras fuerzas enemigas. Así marchaba el ejército español, cuando de repente, al salir á una gran sabána, se le presentaron, el 28 de enero, todas las fuerzas de Páez, que ascendian solamente á mil y cien caballos que los Españoles despues del combate hicieron montar á tres mil, para colorir el descalabro que sufrieran en esta llanura, nombrada de Mucurítas. Latorre, á la vista de los independientes, formó su infantería en columna cerrada, cubriéndola con la caballería á retaguardia y en sus alas. Páez, que solo tenia jinetes armados de lanzas, de las cuales algunas eran del árbol llamado *Albarico*, no podia exponerse á sufrir los tiros de la infantéría, se propuso, pues, el plan de separar la caballería realista de su infantería. Con tal objeto formó dos columnas poco fuertes, y les mandó atacar los flancos españoles, previniendo á sus comandantes que se fueran retirando, á fin de que perseguidos por los realistas pudiera envolverlos con otras dos columnas preparadas con este objeto. Maniobra tan sencilla de Páez produjo el resultado feliz que se proponia. Los escuadrones enemigos persiguen á los patriotas fugitivos, segun ellos : sepáranse largo trecho de la infantería, y de repente los formidables escuadrones de Páez, volviendo caras, destrozaron en gran parte, ó pusieron en completa dispersion á toda la caballería

llanera, compuesta de los criollos que mandaba Remigio Rámos; solamente escaparon los húsares europeos, que avanzaron con ménos celeridad y aturdimiento que los soldados de Rámos; así pudieron estos ampararse nuevamente bajo los tiros de la infantería. En seguida el jefe republicano mandó poner fuego á la alta paja que cubria la sabána, la que estaba completamente seca. Cincuenta hombres se hallaban prontos de antemano con tal objeto, y en pocos momentos estuvo incendiada toda la llanura. La infantería española se formó en cuadro para resistir los reiterados ataques de la caballería de Páez. Rodeada por esta, envuelta en fuego y en humo, tuvo la fortuna de hallar un gran pantano en el que la paja no estaba seca: metióse en él Latorre con sus tropas, y así pudo salvarse de sufrir mayor pérdida. « Catorce cargas consecutivas, decia Morillo, sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que no eran una gabilla de cobardes poco numerosa, como me habian informado. » Tal fué la célebre accion de Mucurítas. Al amanecer del dia siguiente se incorporó Morillo con Latorre, y continuaron su marcha apoyándose en el bosque de la ribera derecha del Apure hasta llegar á San Fernando, teniendo siempre á la vista la caballería republicana. Retiróse Páez á San Juan de Payara, cuando vió que los enemigos no querian empeñar nuevos combates. Este valiente jefe quedó poseyendo todos los Llanos entre el Aráuca y el Apure, y en aptitud de caer sobre las llanuras de Barínas ó de la provincia de Carácas, siempre que le placiera. Fijando su cuartel general en el sitio del Yagual, pasó el crudo invierno de este año acosado de mil privaciones, que remediaba de cuando en cuando, haciendo incursiones rápidas sobre Nútrias, Barínas y otros lugares de la provincia de este nombre. La emigracion de la Nueva Granada y de Venezuela, que no pudo trasladarse á Guayana, sufrió trabajos indecibles por falta de alimentos, de vestidos y aun de habitaciones.

Instruido el general Bolívar, cuando marchaba hácia Guayana, por el coronel Santander, de las fuerzas que Páez tenia á sus órdenes, vió la importancia de atraerle á la union y al reconocimiento de su autoridad. Para conseguirlo, le envió desde Angostura á los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, los que fueron bien recibidos en el ejército de Páez. Despues de algunas conferencias, obtuvieron la aquiescencia de este cau-

dillo, reducida á concurrir con sus tropas á hacer la guerra contra los Españoles bajo la direccion del Libertador como jefe supremo. En todo lo demas Páez continuó obrando con absoluta independencia y con plenitud de facultades en el territorio que dominaba.

Situado el general Morillo en San Fernando, y conociendo la importancia de aquella plaza, hizo aumentar sus fortificaciones. Desde allí destacó al brigadier Latorre con una hermosa division, en que iba el batallon granadino de Cachirí, que tan bien se batiera en Mucurítas, dirigida á la provincia de Guayana, para destruir los bandidos que capitaneaban Piar y Cedeño, segun la expresion de los realistas. Embarcado Latorre con sus tropas, bajó el Apure y el Orinoco, y arribó á la Angostura sin novedad alguna.

Piar habia regresado á las Misiones del Caroní, adquisicion cuya importancia conocia mas cada dia. Ellas eran el almacen y granero de las provisiones necesarias para la poblacion de la capital, y el primer proyecto que Latorre concibió fué quitárselas. Con tal objeto, y para evitar, segun decia él, que sus soldados se contagiáran con una fiebre maligna que reinaba en la plaza, determinó sacar sus tropas acampándolas en el hato nombrado Ferranero, al sur de la ciudad. Este era un ardid imaginado, á fin de que Piar atravesára el caudaloso rio Caroní con su caballería y la estropeára. Pensaba entónces salirle al encuentro cuando estuviese próximo al expresado hato, que dista dos ó tres jornadas del Caroní, y con sus caballos inutilizados; ocultarle su regreso á Angostura, embarcar sus tropas é introducirse por la Vieja-Guayana en las Misiones desguarnecidas. Creía Latorre que Piar no tendria caballos de refresco que oponerle, y que indefectiblemente lo venceria en una batalla.

No se imaginaba el jefe español que su plan fuera penetrado por el republicano, que manifestó en aquella ocasion una astucia y singular penetracion. Apénas supo la salida de Latorre, cuando llamó al comandante de las Misiones, Blanco, y le previno que le tuviera preparados quinientos caballos de refresco para remontar sus jinetes, luego que repasára el Caroní, á fin de caer sobre Latorre, donde quiera que se presentase en las Misiones. En esta inteligencia pasó á la márgen izquierda del rio en busca del ejército español; cuando el jefe de este le tuvo cercano, hizo por la noche grandes fogatas para entretener á

Piar, y en silencio regresó á la capital: al dia siguiente se embarcó y en breve estuvo en la Vieja-Guayana. El general Piar, en vez de entretenerse en las cercanías de Angostura, marcha al Caroní, lo pasa sin tardanza frente al pueblo de este mismo nombre, y encuentra hasta setecientos caballos de refresco, que condujo por la via recta de Upata á Alta-Gracia el infatigable presbítero Blanco. Habiendo remontado Piar su caballería, se puso á esperar el arribo de los realistas para darles un combate decisivo.

Latorre no se hizo esperar mucho tiempo, y el 11 de abril estuvo á la vista de sus contrarios entre los pueblos de San Miguel y San Félix. El general español tenia mil seiscientos infantes y doscientos caballos bien armados y disciplinados. Contaban los patriotas quinientos fusileros, otros tantos flecheros, ochocientos hombres armados de lanza y cerca de cuatrocientos jinetes. Hizo Latorre de sus fuerzas tres columnas cerradas, guarneciendo sus costados con tropas lijeras y caballería. Por el contrario, Piar extendió cuanto pudo su línea de fusileros y flecheros colocando en segunda fila á los Indios lanceros. En cuanto á la posicion, tuvo algunas dudas, escogiendo al fin la falda de una pequeña altura que se halla al occidente de San Miguel. En ella la izquierda de los patriotas quedaba cubierta con un profundo barranco, y la derecha se apoyaba en el cerro. Tenia aqueste campo la ventaja de que pudo colocar la caballería detras de la altura y como emboscada en actitud de caer de improviso sobre el flanco de las columnas enemigas; debian estas subir el declive de la altura haciendo sus fuegos, los que por tanto no podian causar notable daño á los independientes.

Queriendo aprovecharse Latorre de un momento de incertidumbre, marchó contra ellos á paso de ataque y con armas á discrecion, creyendo sorprender y trastornar en un momento la línea de los patriotas (abril 11). Hallólos, sin embargo, ya preparados por los activos esfuerzos del coronel José María Chipía y por los del teniente coronel José María Landaeta, que ordenaron sus gentes en presencia del enemigo. Dada la voz de fuego, los fusileros y flecheros hicieron una descarga cerrada que causára á los realistas un gran destrozo: inclináronse inmediatamente las alas en forma de semicírculo, para encerrar á los enemigos, y la caballería, desembocando por la falda de la colina, dió un ataque furioso sobre su flanco izquierdo.

Los realistas quisieron retirarse entónces sin perder su formacion, y estrechados por todas partes no pudieron usar de sus fuegos. Solamente se oía el ruido de las bayonetas y de las lanzas, ó la voz de algun oficial que animaba á los suyos, como Ceruti, gobernador de Angostura y jefe del estado mayor. En breve fué aquella accion un terrible degüello de los realistas: unos se arrojaban al barranco, y otros eran lanceados ó hechos prisioneros. Un gran número de valientes murió sin abandonar su puesto. Apénas diez y siete individuos escaparon favorecidos por la noche y por la lijereza de sus caballos, entre los cuales se contó á Latorre, los que se embarcaron en el puerto de las Tablas. En aquella sangrienta jornada murieron mas de quinientos realistas, y el número de los heridos excedió de doscientos. Entre los prisioneros habia setenta y cinco jefes y oficiales, incluso el gobernador Ceruti, que tan valiente habia sido en la batalla. La pérdida de Piar solamente fué sensible por la muerte de Chipía y Landaeta, que tanto valor é inteligencia habian mostrado aquel dia. Piar, dejándose arrastrar por la irritacion vengativa de que estaban poseidos entónces los patriotas contra los Españoles, mandó matar cerca de trescientos prisioneros europeos que hizo en esta accion, perdonando sí á los criollos. ¡ Ejecucion terrible, que los patriotas juzgaban ser una justa retaliacion de las crueldades de Morillo!

Triunfo tan brillante produjo los mas felices resultados en favor de la causa de la Independencia. Los despojos en armas, municiones, vestuarios y aun dinero, pusieron al ejército de Piar en un estado que nunca habia tenido. Los prisioneros americanos engrosaron tambien sus filas. Así fué que cuando Bolívar se juntó en 2 de mayo con las tropas de Piar, formaron ambos cuerpos un número de soldados ya respetable. La marcha del Libertador no pudo ser mas feliz y oportuna. Si él no hubiera conducido aquellas fuerzas á la derecha del Orinoco, es casi seguro que las habria destruido el ejército superior de Morillo. Salvólas, pues, y en las selvas antiguas del caudaloso Orinoco hizo resonar el grito de libertad é independencia, dando á la República una base de operaciones invulnerable por los realistas, que jamas pudieron atacarla.

Mas entre tanto que el Libertador echaba los fundamentos de la unidad del gobierno, bajo la autoridad de un solo magistrado revestido con plenitud de facultades, y que los jefes principales

se iban plegando á su reconocimiento, Mariño, siempre ambicioso y siempre inconsecuente, se prestaba á una pantomima ridícula de congreso venezolano. Hallábase en Cariaco, donde habia reunido ya una division de dos mil hombres, con los cuales dominaba la península de Paria hasta Carúpano. Aparecióseie allí en los primeros dias de mayo el canónigo Cortés Madariaga, el mismo exaltado demócrata que tuvo tanta parte en la primera revolucion de Carácas. Monteverde le envió preso á España, y con otros compañeros estuvo encerrado en Ceuta, de donde se escapó y vino á Jamáica. De esta isla pasó á Margarita. Allí dió una especie de manifiesto, recomendando se estableciera un gobierno representativo emanado de la voluntad nacional, y que se proscribieran las autoridades militares que habia producido la revolucion, como otros tantos centros del mas odioso despotismo. Trasladado Madariaga á Cariaco, Mariño acogió todas las ideas, aun las mas extravagantes, de aquel revolucionario, que nada sabía de todo lo que debia hacerse para triunfar del poder español. Persuadióle que siendo Mariño el segundo jefe de la República, conforme al acta celebrada en Margarita, y estando ausente el jefe supremo, debia él formar un gobierno provisional. Fueron muchas las ventajas que decia Madariaga emanarian de esta providencia capital; una de ellas el reconocimiento de la República de Venezuela por las naciones extranjeras, como Estado independiente. En consecuencia de tales sugestiones, Mariño convocó el 8 de mayo una junta, compuesta del almirante Brion, del intendente general de hacienda Francisco Antonio Zea, de varios empleados de la primera época de la República y de otros que no lo eran. El general Mariño declaró, á su nombre y al del jefe supremo, instalado el congreso de Venezuela, compuesto de aquellos pocos individuos. En seguida resignó su autoridad en el mismo congreso, retirándose para que este obrára con toda libertad. Presidida por el ciudadano Francisco Javier Maíz, se declaró aquella junta investida del carácter y representacion de los Estados Unidos de Venezuela y reinstalado el gobierno federativo: no tuvieron en cuenta que así contrariaban abiertamente repetidos actos posteriores, segun los cuales se habian adoptado la unidad de la República y la centralizacion del poder, por el consentimiento de todos los jefes que ejercian autoridad. Acto contínuo (mayo 8) eligieron, para desempeñar el poder ejecu-

tivo, á los ciudadanos general Fernando del Toro, retirado en la isla de Trinidad, á Francisco Javier Maíz, Simon Bolívar, Francisco Antonio Zea, José Cortés Madariaga y Diego Vallenilla : advirtióse que los ciudadanos Zea y Cortés entrarian á ejercer el poder ejecutivo en calidad de interinos, miéntras que se posesionaban los ciudadanos Toro y Bolívar, que se hallaban ausentes. Nombraron igualmente los miembros que debian componer el poder judicial, y acordaron que todos los empleados jurasen al nuevo gobierno, lo que en efecto verificaron los que existian en Cariaco. Por último, la ciudad de la Asuncion fué escogida para capital provisoria de la República, y á la isla de Margarita se le dió el nombre de *Nueva Esparta*. Algunos de los nuevos empleados pasaron á ella, á fin de ejercer allí sus pretendidas funciones.

Uno de los primeros objetos que se propusieron los promovedores del llamado *Congreso de Cariaco*, fué el desconocimiento de la autoridad suprema conferida á Bolívar. Otros siguieron de buena fe el impulso que se les dió, sin meditar bastantemente que iban á introducir la discordia entre los jefes principales, cuando tenian que resistir á Morillo y á su ejército : mal funesto, que podia hacer perder en pocos dias las ventajas obtenidas á costa de tanta sangre, de tantas privaciones y sacrificios de toda clase. Parece que tampoco meditaron ser tan ridículo como contrario á los principios del derecho constitucional, que unos pocos hombres, sin mision alguna de los pueblos, se declaráran sus representantes, solo porque era su voluntad hacer tal declaratoria. Sin embargo, esta farsa no tuvo resultados, y muy pronto el congresillo de Cariaco fué olvidado, porque los sucesos militares y el general Morillo se atrajeron toda la atencion.

Este jefe se reunió en el Chaparro con la division que dirigia don Juan Aldama, y entónces juntó un ejército de cerca de seis mil hombres (mayo 13). Pocos dias despues tuvo noticia de haber arribado á la bahía del Morro de Barcelona (mayo 19) una expedicion española, regida por el brigadier don Juan Canterac, la que mandó seguir á Cumaná en las mismas embarcaciones que la habian conducido de España, y que allí le aguardase. Componíase del regimiento de infantería de Navarra, de un batallon del regimiento de Búrgos, de un escuadron de lanceros y de dos compañías provisionales de caballería destinadas á llenar las bajas que hubiese en los cuerpos de esta arma.

Conforme á las órdenes que el ministro de la guerra marques de Campo-Sagrado comunicó en 12 de febrero de este año al capitan general de Venezuela, se habian reunido bajo el mando del brigadier Canterac dos mil ochocientos hombres, destinados para diferentes puntos de América. Era el objeto de esta reunion que dichas tropas se apoderasen de la isla de Margarita, asilo de piratas, que perjudicaban sobremanera al comercio marítimo de la Península, y para que cesára allí la insurreccion que fomentaba la de otras provincias. Creyendo el ministerio español ser fácil con dichas tropas la pacificacion de Margarita, apoyadas en dos corbetas de guerra, la *Descubierta* y *Diamante*, que venian custodiando el convoy mandado por el comandante de la *Descubierta* don Francisco Topete, no manifestó la menor duda de que se realizarian sus deseos de sujetar aquella isla desleal. Así previno al capitan general de Venezuela que inmediatamente despues siguieran al istmo de Panamá el batallon de infantería del regimiento de Búrgos y el escuadron de lanceros á cargo de Canterac, nombrado jefe de estado mayor del ejército del Alto-Perú: el regimiento de Navarra debia ser trasladado á la isla de Cuba á las órdenes de su coronel, y las dos compañías provisionales de caballería se destinaban para llenar las bajas que hubiera en los cuerpos de esta arma correspondientes al ejército expedicionario de Costa-Firme. El ministro español encargaba muy estrechamente á los jefes de Venezuela que inmediatamente despues de la ocupacion de Margarita guarnecieran la isla con tropas de las que tenian bajo de sus órdenes, y que dirigieran las otras á sus respectivos destinos, sin que por ningun pretexto se detuviera la marcha de ninguno de los expresados cuerpos.

El brigadier Canterac, á pesar de una órden tan terminante, no resolvió atacar á Margarita, sin saber ántes el estado en que se hallaba su revolucion. Para conocerlo, fué que surgió en Barcelona. En sus cercanías halló al ejército de Morillo, á quien decidiera el arribo de un auxilio tan oportuno á seguir contra Margarita; así cumplia las órdenes del rey, su amo, y saciaba la venganza, pasion que le animaba contra aquellos Isleños desleales. Llevaba tropas excelentes, mandadas por jefes y oficiales experimentados en la guerra de la Península contra los Franceses; en consecuencia fijó definitivamente su plan de campaña.

Debia ocupar primero los puntos que los insurgentes poseían en la provincia de Cumaná, sobre todo en las costas, y seguir despues á castigar y destruir, si era necesario, á los malvados rebeldes de la isla de Margarita. No el cálculo militar ó político, sino su enojo y pasion, le sugirieron este proyecto : parece que de preferencia debió socorrer á Guayana, provincia cuya grande importancia él mismo conocia; plan que sin duda habria sido el mas funesto á los independientes. Despues de sujetar ó destruir á Margarita, ¿qué habia adelantado? Añadir á los dominios españoles una isla pobre, estéril y despoblada.

En ejecucion del mencionado plan, Morillo, poniéndose él mismo á la cabeza de su ejército, atacó y tomó el puerto de Cariaco el 10 de junio; Carúpano sufrió igual suerte el 13; y poco despues Güiria fué tomada por el teniente coronel don Francisco Jiménez, y los Españoles dominaron de nuevo toda la península de Paria. Los patriotas perdieron en aquellos combates ciento cincuenta hombres, su armamento, ocho piezas de artillería y tres oficiales prisioneros, que fueron el teniente coronel Rafael Jugo, Francisco Sucre y Antonio Herrera : estos fueron arcabuceados por órdenes del benigno pacificador Morillo. Así gran parte de la division mandada por Mariño fué muerta, prisionera ó dispersa. En Carúpano se perdieron tambien el místico de guerra *General Sarasa* y la balandra *Aurora*, tomados por las fuerzas sutiles que mandaba el capitan realista don José Guerrero.

Cuando ocurrian estos sucesos desgraciados, Mariño estaba ausente en lo interior de la provincia, á consecuencia de las disposiciones de la ridícula farsa congresal de Cariaco. Deseoso de que los jefes militares que se hallaban en la provincia asintieran á las resoluciones del mencionado congreso, envió un comisionado á Urdaneta, que mandaba algunas tropas en el distrito de Cumanacoa. Pero este jefe, sumiso y obediente á la autoridad suprema, se denegó á dar su consentimiento; mas tuvo la pena de que el comisionado de Mariño, poniéndose de acuerdo con algunos oficiales, consiguió se desertára todo el batallon Güiria, dirigiéndose á Cariaco. El sarjento mayor Jerónimo Sucre mandaba otro batallon dependiente de Mariño, quien igualmente se denegó á obedecer los acuerdos del congreso de Cariaco, apoyado por el mayor Francisco Portero y por el coronel Antonio José Sucre, que allí estaba : ellos deci-

dieron no solamente no reconocer á Mariño en su calidad de *Generalísimo*, título que le diera el mencionado congreso, sino marchar á Guayana á unirse con Bolívar, despues que el batallon se disolvió tambien por iguales motivos que el de Güiria. Reunidos Urdaneta, los jefes arriba expresados y otros oficiales hasta el número de treinta, tomaron la ruta de Maturin. Salióles al encuentro Mariño, escoltado por un cuerpo de caballería (junio 8), á fin de disuadirles de su intento; pero fué en vano, pues continuaron su viaje atravesando los desiertos que median entre Maturin y el Orinoco. Trabajos y fatigas sin número sufrieron en este viaje hasta unirse en las cercanías de Angostura con el ejército del Libertador. Tal fué el motivo por que Mariño estaba ausente cuando los realistas atacaron la península de Paria. Luego que supo tantos descalabros, emprendió su retirada á Maturin con algunos dispersos que reuniera. Gran parte de estas desgracias fueron una consecuencia de su ambicion del mando supremo, que lo precipitára á la reunion del congresillo de Cariaco.

Luego que Bolívar supo las actas y disposiciones que diera el mencionado congreso, las desconoció y rechazó decididamente, sin embargo de que Piar y otros jefes de alta graduacion de los que le acompañaban en Guayana, le manifestaron simpatías por lo hecho en Cariaco; estos, sin embargo, no obtuvieron resultado alguno, porque los jefes de las divisiones y de los cuerpos, los oficiales y tropa se pronunciaron abiertamente por la obediencia á la autoridad suprema del Libertador. Lo mismo hizo el almirante Brion, á pesar de haber sido miembro del congresillo por debilidad y condescendencia con Mariño. Se apresuró á reunir sus naves y cuantos elementos de guerra pudo juntar en Margarita. Era su objeto cumplir las órdenes de Bolívar, penetrando con su escuadrilla en el Orinoco, para rendir las fortalezas de Angostura y Guayana la Vieja. Otros varios miembros de dicha asamblea, algunos empleados de los que esta nombrára y multitud de personas se hicieron tambien á la vela del puerto de Pampatar el 31 de mayo en la misma escuadrilla de Brion : temian la proximidad del ejército y de la invasion de Morillo, que ya se anunciaba. El valiente Margariteño Antonio Díaz mandaba las fuerzas sutiles.

Un jefe del valor y denuedo de Díaz hacía mucha falta en el rio Apure para mandar y organizar las fuerzas sutiles que te-

nian los independientes, que daban allí frecuentes combates á los realistas. En 18 de junio quiso don Dionisio Orono, que mandaba dos cañoneras y cuatro flecheras, destruir doscientos patriotas situados en el paso de Apurito; pero fué rechazado con pérdida. Continuó entónces su viaje hácia Nútrias, adonde llevaba un convoy; mas perseguido por cinco flecheras y una curiara de los republicanos, dispuso que el convoy fondeára en el paso de Urtréras. Atacó entónces á los republicanos en la tarde del 20, y despues de un reñido combate, Orono los obligó á desamparar sus embarcaciones, de las que tomára dos, refugiándose en los bosques los hombres que las tripulaban. Esta pérdida fué muy sensible á los patriotas que combatian en el Apure, los que no tenian medios ni recursos para armar otros buques. Les era preciso quitarlos al enemigo.

Entre tanto el Libertador habia tomado várias disposiciones en su cuartel general cerca de Angostura : una de ellas fué reorganizar el ejército, haciendo dos divisiones : era jefe del estado mayor general el brigadier Cárlos Soublette. Confirió el mando de la primera division á Piar, elevándole al alto puesto de general en jefe, y el de la segunda al general José Francisco Bermúdez. En seguida levantó el campo del Juncal y ocupó los alrededores de Angostura.

Tal era el estado de los negocios del sitio, en que poco se habia adelantado por la falta de medios y recursos para batir las fortificaciones y la escuadrilla real, que enteramente dominaba el Orinoco. En estas circunstancias se supo en Angostura el arribo de Morillo con su ejército al Chaparro, donde se habia reunido con la division de Aldama. Se dijo como cierto en Guayana, y habia motivos para creerlo, que Morillo destinaba una fuerte division de sus tropas para libertar la provincia de Guayana de la presencia y ataques de los republicanos. En consecuencia el jefe del estado mayor general dió la órden de que los veinte ó veinte y dos capuchinos misioneros catalanes que se hallaban reunidos y supervigilados en Caruache, fueran conducidos á otro pueblo del interior de las Misiones, llamado la *Divina Pastora;* traslacion que se ejecutaria en el caso de un ataque de parte de los realistas. El oficial encargado de su custodia, que ignoraba la geografía del país, entendió que se le prevenia los enviára á la eternidad á gozar de la Divina Pastora, ó la Vírgen María, y resolvió deshacerse de una vez de ellos, matándolos sin piedad.

Verificóse aquella sangrienta ejecucion (mayo) por una partida de Indios de los mismos que los capuchinos habian sacado de los bosques y medio civilizado, los que, segun hemos dicho anteriormente, detestaban á los misioneros. El oficial confiaba acaso que disculpándose con tan torpe equivocacion, Bolívar, despues de la matanza, no le haria cargo alguno. Por desgracia para el honor del Libertador, el oficial no se engañó en sus cálculos, y quedó impune tan horrendo crímen (1). Solo tiene la disculpa de la justa irritacion que se habia apoderado entónces de los patriotas por las sangrientas ejecuciones de Morillo en la Nueva Granada, y por las de sus jefes y oficiales subalternos de Venezuela. Creian firmemente que los realistas europeos eran semejantes á las bestias feroces, y que no habia otro remedio que destruirlos. Distinguíanse los capuchinos catalanes entre sus compatriotas por su oposicion á la causa de la Independencia, y se creyó que enviándolos á la eternidad, los Indios de las Misiones del Caroní la adoptarian con vigor, libertándolos de la presencia de los misioneros, á quienes veían como á sus opresores, á causa de la disciplina severa en que los habian mantenido para civilizarlos y morigerar sus costumbres. Parece que así sucedió, y que los Indios caroníes fueron soldados valientes en el ejército republicano.

Acampado este inmediato á las fortificaciones de Angostura, consiguió el Libertador elevar un reducto en la eminencia que está frente á la puerta de San Fernando, á tiro y medio de pistola de la ciudad. Hizo luego repetidos amagos de asaltar la plaza por varios puntos; mas se quedaron en amagos, porque escarmentado con el descalabro que sufriera Piar cuando su ataque á viva fuerza, tuvo que limitarse á un asedio. Despues de algun tiempo, viendo el jefe supremo que adelantaba poco en esto, resolvió en 30 de mayo variar de plan y ocupar nuevas posiciones, con el objeto de bloquear al mismo tiempo los dos castillos de la Vieja-Guayana (2). En consecuencia la izquierda del ejército libertador bloqueaba las mencionadas fortalezas; el centro ocupaba á San Miguel y al pueblo de Caroní, parroquias situadas veinte leguas al este de Angostura. Su cuartel general se fijó en San Félix, donde diera el célebre reglamento sobre

(1) Véase la nota 23ª.
(2) Véase la nota 24ª.

consejos de guerra permanentes para juzgar con brevedad los delitos militares en toda la República, el que por mucho tiempo estuvo en observancia. La derecha del mismo ejército, compuesta en su mayor parte de caballería, era la division bloqueadora de Angostura.

Sin embargo, Bolívar conocia que muy poco podria avanzar en el bloqueo de las dos plazas, miéntras no tuviera una escuadrilla con que dominar el rio Orinoco, del que eran señores absolutos los Españoles. Al efecto dirigió invitaciones las mas exigentes al almirante Brion, quien le habia dicho que iba á situarse sobre el rio Guarapiche, á fin de que introdujera de una vez su escuadrilla en el Orinoco. Ya habia sabido que Morillo iria sin duda alguna sobre la isla de Margarita, y por este motivo era de la mas alta importancia activar las operaciones para libertar del todo la provincia de Guayana, ántes que el ejército expedicionario regresára de aquella isla. Dedicóse, pues, á la construccion de aquellas lanchas y flecheras en el puerto de las Tablas, situado en la boca del Caroní, á la derecha del Orinoco arriba de la Vieja-Guayana. La empresa era harto difícil, porque carecia de todos los elementos necesarios para fabricar buques, y solo tenia algunos carpinteros comunes. Esta obra la puso bajo la supervigilancia de Arismendi. Mas á pesar de tamaños obstáculos, la actividad, la constancia y el asiduo trabajo pudieron al cabo superar tantas dificultades, y á fin de junio tenia ya el jefe supremo tres ó cuatro flecheras (1). Con estos buques, mandados por el capitan Rodríguez y por el teniente Rosendo, se tomaron otros al enemigo. La flotilla era, sin embargo, muy inferior á la española, que constaba de veinte cañoneras y goletas; por tanto la nuestra solo podia obrar furtivamente contra algunos puestos de los Españoles y atacar las embarcaciones que por cualquier motivo se apartaban de la fuerza principal. La escuadrilla republicana se hallaba protegida en los casos adversos por la línea de tropas establecida en el pueblo de San Miguel, entre las dos plazas que se bloqueaban.

En tales circunstancias, el jefe supremo supo que la escuadrilla de Brion habia entrado en el Orinoco, á la que debian unirse once pequeños buques que tenia ya armados en guerra. Como el puerto de las Tablas, donde se habian construido, está á

(1) Véase la nota 25ª.

la parte de arriba de las fortalezas de Guayana, era necesario que pasasen por el frente y por medio de la escuadrilla enemiga que cerraba el Orinoco. Esta operacion arriesgada se verificó en la noche del 2 de julio, y nueve embarcaciones consiguieron bajar sin ser sentidas; pero habiendo sonado el cañon de alarma, dos tuvieron que retroceder. La escuadrilla española persiguió á la nuestra, que se vió en la necesidad de refugiarse en el caño de Casacóima, en la orilla derecha del rio.

Desde ántes habia previsto el Libertador lo que podria acontecer, é hizo marchar un destacamento de tropas, para que poniéndose en comunicacion con la escuadrilla, pudieran hallar los buques algun abrigo en caso de ser atacados. No contento con esta disposicion, fué él mismo (julio 4) á esperar el resultado. Informado el enemigo de tales circunstancias por algunos prisioneros, segun se ha creido, quiso dar un golpe decisivo á la revolucion aprehendiendo al general Bolívar y al destacamento que lo custodiaba. Con este designio, desembarcaron una partida de soldados, un poco mas arriba de la boca del caño; los realistas ejecutaron su operacion sin ser sentidos y fueron á batir el destacamento por la espalda, cerrándole la única vereda por donde podia escapar. Bolívar estaba con los generales Arismendi, Soublette, Pedro Leon Tórres, Jacinto Lara, Briceño Méndez y otros jefes á alguna distancia de la tropa, y los Españoles los hallaron ántes que á esta. Advertidos del inminente riesgo que corrian, Tórres y dos mas pudieron tomar sus caballos y escaparse. En tan crítica situacion no quedó á los otros mas arbitrio que arrojarse á un estero y ocultarse dentro del agua. Algunos tiros que hicieron nuestros soldados al oir los del enemigo contuvieron á este, salvando así al jefe supremo y acaso á la República. Tan léjos estaba el Libertador de creer que podia escapar, que un amigo íntimo suyo que se hallaba presente, nos ha referido, que habia desnudado su garganta y preparado un puñal para degollarse ántes que caer en manos de los Españoles. Este horrible sacrificio habria tal vez anulado por algun tiempo los esfuerzos de Venezuela y de gran parte de los pueblos de la América del Sur por su independencia. Mas por fortuna los Españoles temieron empeñarse en la persecucion por aquel bosque anegado y se reembarcaron, sin obtener otro resultado que haber puesto á la virtud y al heroísmo en la última prueba: de preferir el honor á la vida.

Á pesar del escape milagroso de Bolívar con los jefes y oficiales que le acompañaban en el caño de Casacóima, se consumó el sacrificio de las embarcaciones que con tanto trabajo habia preparado. Entrando la escuadrilla española en el mencionado caño, atacó y rindió á la republicana, salvándose en tierra la mayor parte de las tripulaciones.

En la noche de este dia, que la pasaron Bolívar y sus compañeros á la márgen de ese mismo caño de Casacóima, donde pudo representarse una tragedia tan lamentable, les hablaba el Libertador con el entusiasmo y la imaginacion que le eran característicos acerca de sus futuras campañas, y sobre el vasto campo de gloria que se presentaba á los defensores de la República. Desde entónces les decia, que libertarian á la Nueva Granada y á Quito, y que trasladándose despues al Perú, llevarian sus armas triunfantes hasta el Potosí. Semejantes ideas, hijas de la brillante imaginacion, de los talentos y de la prevision de Bolívar, parecian entónces tan extravagantes, que el capitan Martel, que las habia oido, fué á comunicar á otro de sus compañeros, — « que se hallaban sumidos en la última desgracia ; » — « que Bolívar estaba loco. »

La pérdida de la escuadrilla habria opuesto al Libertador obstáculos casi invencibles, si al mismo tiempo no se hubiera presentado en las bocas del Orinoco la escuadra de Brion en cumplimiento de las órdenes y disposiciones del jefe supremo. Brion habia distribuido sus fuerzas en dos divisiones : la una, compuesta de cinco bergantines y goletas, á sus inmediatas órdenes ; la otra, regida por el capitan Antonio Díaz en número de cinco flecheras, habia entrado con la debida anticipacion por el caño Macareo, previniendo al comandante que navegasen por él hasta el rio, y que despues bajáran á encontrarse con la escuadra. Los Españoles buscaron á esta division con diez y seis flecheras, y tuvieron la fortuna de sorprender á nuestros buques el 8 de julio en la isla de Pagállos, miéntras conmian las tripulaciones. En aquella sorpresa, favorecidos por el viento y por la corriente del rio, consiguieron los enemigos apoderarse de dos flecheras de los republicanos ; sin embargo el comandante Díaz, animando á los suyos con su voz y con su ejemplo, empeñó un combate muy sangriento al abordaje. Al fin consiguió represar sus dos flecheras, tomar otras dos á los realistas y echarles á pique cinco. El comandante español, su segundo,

y otros varios oficiales y soldados perecieron en la accion, segun las relaciones contemporáneas. Los enemigos se retiraron espantados de este suceso, que toca en los límites de lo increible para el que no conozca la desesperacion con que entónces peleaban los republicanos. Aunque la victoria quedó por nuestra division de fuerzas sutiles, tuvieron estas la pérdida de algunos oficiales y soldados que murieron combatiendo gloriosamente por la independencia y libertad de su patria. El comandante Díaz no pudo perseguir á los enemigos, ni continuar subiendo el rio, á causa de que sus embarcaciones padecieron mucho en sus cascos y marinería. En consecuencia tornó á Güiria y de allí á Margarita, por no haber encontrado en el primer punto auxilios parar curar á sus heridos.

El jefe supremo se hallaba visitando el país de las Misiones del Caroní, cuando supo que la escuadra del almirante Brion subia el Orinoco. Trasladóse rápidamente al pueblo de San Miguel, y de allí envió por la orilla derecha del rio un batallon para que situándose en Piacoa, se pusiera en comunicacion con la escuadrilla. Esta llegó felizmente á la punta Cabrian, y despues fué recibida en Casacóima por el Libertador y los demas jefes del ejército : todos manifestaron la mayor alegría por tan fausto acontecimiento, pues tenian justamente fincadas sus esperanzas en el arribo de la escuadra para conseguir un feliz resultado en su empresa. Ademas, en ella iban algunos patriotas distinguidos, junto con las familias, deudos y amigos de muchos jefes y oficiales del ejército.

Para asegurar la escuadrilla, que aun era inferior á la realista, el Libertador mandó construir un fuerte llamado *Brion*, situado á média legua de Casacóima, que dista cinco leguas de la ciudad de Guayana. Lo dirigia como ingeniero el capitan Pasioni, bajo las órdenes del general Arismendi. Para cubrirlo, marcharon allí los batallones Barlovento y Cazadores de honor. Se trabajó con grande actividad, y en breve se erigieron baterías capaces de defender aquel punto de cualquier golpe de mano de la escuadrilla española.

Sabiendo estas noticias el brigadier Latorre, defensor de la ciudad de Angostura, quien ya no tenia víveres algunos, determinó abandonar la plaza. Lo hizo, en efecto, á las diez de la mañana del 19 de julio, llevándose en la escuadrilla la guarnicion, que se componia de trescientos hombres útiles, sin con-

tar los enfermos y los soldados de marina. Embarcáronse tambien los empleados civiles y las demas personas que quisieron emigrar, siendo los últimos que lo hicieron Latorre y el gobernador de la provincia don Lorenzo Fitzgerald. Todos se trasladaron á Guayana la Vieja; y el general Bermúdez, que mandaba el sitio, ocupó la capital de la provincia con grande regocijo de los patriotas, que veían acercarse el término feliz de su empresa.

Concentradas en la Vieja-Guayana las fuerzas españolas, era natural que su escuadrilla intentase atacar y destruir la nuestra, que aun era ménos fuerte. Mas parece que los buques se hallaban mal tripulados, y que ya se habia introducido en ellos la desmoralizacion, pues algunos se pasaron á los independientes. Por estos motivos, y acaso tambien por la sangrienta leccion que los realistas habian recibido en Pagállos, se limitaron á hacer amagos repetidos de un combate decisivo, que nunca se verificó. Obstruido el rio, y bloqueados estrechamente los dos castillos de Guayana, Latorre perdió toda esperanza de conseguir vituallas. Los realistas se habian comido ya hasta los cueros que habia en la plaza, y no quedándoles recurso alguno, abandonaron la ciudad. Seiscientos hombres de guarnicion y muchos habitantes realistas se embarcaron para emigrar. El convoy se componia de mas de treinta velas, y levó anclas á las diez de la mañana del 3 de agosto para bajar el Orinoco. Nuestra escuadrilla lo persiguió activamente con el designio de causarles todo el daño posible, lo que en efecto hizo por el espacio de treinta leguas. Las embarcaciones de guerra que llevaban á Latorre, al valiente y humano coronel Fitzgerald y á las tropas, bajaron libremente el rio y salieron al mar; pero las que conducian la emigracion comenzaron á dispersarse en el laberinto de caños que forman el delta del Orinoco: gran parte cayeron en poder de los patriotas, á quienes tanto temian: enredados algunos en aquella multitud de caños que se cruzan, no pudieron salir y se perdieron sin que jamas se averiguára su paradero. La escuadrilla real dirigió su rumbo, primero á la isla de Granada, y despues á la Costa-Firme.

La ocupacion de Angostura, de la Vieja-Guayana y de toda la provincia de este nombre, fué un acontecimiento muy feliz para los patriotas y para el jefe supremo, que habian trabajado en aquella empresa con tanta constancia, valor, actividad y

acierto. Ya tenian un puerto sobre el Atlántico y dominaban el hermoso Orinoco, pudiendo por sus rios tributarios penetrar hasta el corazon de Venezuela, escogiendo el punto ó puntos que mas les conviniera atacar. Bolívar se dedicó, pues, á reorganizar el ejército y á restablecer el gobierno de la provincia de Guayana, para acometer nuevas empresas que ya meditaba.

CAPÍTULO IX.

Destitucion de Moxó. — Sucesos favorables á los realistas. — Situacion triste de Margarita. — Desembarco de Morillo : su proclama é intimacion. — Toma de Porlamar y Pampatar. — Reñido combate en Matasiete : matanza de Juan-Griego y crueldades de los Españoles. — Noticias alarmantes que recibe Morillo. — Resuelve abandonar la empresa. — Valor de los Margariteños : daños que causaron al ejército real. — Morillo en Cumaná. — Ocupacion de Yaguaráparo. — Ventajas de Páez en Barínas y pérdida en Apurito. — Indulto publicado en Carácas : promesas de Morillo y desconfianza de los patriotas. — Maquinaciones de Piar : su proceso y ejecucion. — Proclama de Bolívar : decreta el repartimiento de los bienes nacionales. — Mariño confinado á Margarita. — El jefe supremo crea un consejo de Estado : sus atribuciones, division y miembros que lo componen. — Tribunales civiles que se establecen. — Preparativos militares y fuerzas para la próxima campaña. — Nueva conducta política de Morillo : sus decretos. — Aprestos militares que hace, y tropas de que dispone. — Recorre su línea de operaciones. — Sarasa es derrotado en la Hogaza. — Bolívar contramarcha á Angostura. — Sube el Orinoco y se junta con Páez. — Atraviesa el Apure en San Fernando, plaza que deja bloqueada. — Morillo es sorprendido en Calabozo : se retira. — Combate del Sombrero. — El Libertador regresa á Calabozo. — Morillo sigue á Valencia, donde concentra su ejército. — Vuelve Páez á San Fernando, que toma : heróico valor de sus defensores. — El Libertador determina invadir á Carácas. — Ocupa los valles de Aragua : falsa posicion en que se coloca. — Las divisiones Sarasa y Monágas son batidas por Morillo : huyen, y Bolívar se retira á Cura. — Pierde la batalla del Sémen : herida que recibe Morillo. — Bolívar reune en Calabozo un nuevo ejército. — Combate de Ortiz y pérdidas que sufre. — Resuelve ocupar el occidente de la provincia de Carácas. — En el Rincon de los Tóros corre mucho riesgo su vida, y es derrotado. — Sucesos varios de la campaña : se dirige á unirse con Páez ; no lo consigue, y se traslada enfermo á San Fernando. — Marcha de Páez sobre San Cárlos. — Accion que pierde en Cojede : regresa al Apure. — Cedeño es derrotado en los Pátos. — Los patriotas pierden los Llanos hasta el Apure. — Grandes pérdidas que sufrieron en la campaña. — Revista crítica de esta. — Regreso de Bolívar á Angostura.

Año de 1817. — Miéntras que el general Morillo hacía los preparativos necesarios para su expedicion contra Margarita, ocurrian algunos otros sucesos dignos de mencionarse. El mas ruidoso fué la destitucion que el general pacificador hizo del capitan general de Venezuela, Moxó, en virtud de las plenas facultades que el rey le habia concedido. Morillo atribuía á Moxó muchas de las desgracias que durante su ausencia habian ocurrido á las armas reales en las provincias de la Costa-Firme; Moxó tambien decia, que el general en jefe tenia la culpa, á causa de no haberle enviado oportunamente los auxilios que le pidiera. Temiendo Moxó alguna tropelía con su persona, se embarcó en un buque de guerra (julio 7), y á bordo ya, encargó la capitanía general al brigadier don Juan Bautista Pardo, designado por Morillo para sucederle. Desde allí se fué á Puerto-Rico, cargado, segun afirmaron algunos, de riquezas mal habidas, arrancadas á los habitantes de Venezuela, que se complacieron sobremanera al verse libres de aquel tirano opresor y cruel.

Las armas reales consiguieron al mismo tiempo algunas ventajas, aunque poco importantes. Fué la primera el haber sido rechazados en Chaguarámas por un destacamento del batallon de Castilla, dirigido por el capitan don Bartolomé Martínez, cien caballos con que el coronel Leonardo Infante pretendió apoderarse de aquel pueblo; empresa temeraria, porque los Españoles tenian allí una casa fortificada. En los mismos dias ocurrió la defeccion de Juan José Ramírez, que con su guerrilla, compuesta de setenta y seis patriotas, se presentó al jefe realista que mandaba en Camatagua. ¡ Ejemplo raro en los anales de la guerra de la Independencia ! y disculpable para ánimos débiles, aterrados entónces con el ejército y grandes preparativos que hacía el general Morillo para destruir á los insurgentes.

Sus primeros esfuerzos iban á dirigirse contra la pequeña, estéril y despoblada isla de Margarita, que en aquella época contaba poco mas de trece mil habitantes. La escuadra del pacificador, compuesta de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, se hizo á la vela del puerto de Cumaná, conduciendo mas de tres mil hombres de tropas excelentes, mandados por buenos oficiales. Los de Margarita apénas le podian oponer mil y

trescientos hombres, mal armados; los doscientos de caballería, y el resto de infantería con algunos pocos artilleros. Mandaba aquellos valientes el general Francisco Estévan Gómez, y era su segundo ó jefe de estado mayor el coronel Joaquin Manéiro, digno de ocupar aquel puesto. Los habitantes de Margarita habian sido abandonados en los últimos dias de mayo por veinte y tres buques que componian la escuadrilla de Brion, llevándose casi todas las armas y municiones hácia el Orinoco. En ella se escaparon los jefes del gobierno federal establecido por las actas de Cariaco, algunos oficiales y mas de trescientas personas que se embarcaron en Pampatar con la mayor prisa y desórden, como si ya el enemigo estuviera delante. Todos temian la próxima invasion, y los que huyeron carecian de la fuerza de alma, valor y firmeza que manifestaron los demas en aquellas críticas circunstancias; calidades que los hicieron dignos de llevar el nombre de *Nueva Esparta* que el congreso de Cariaco habia dado á su patria. El ejército de Morillo arribó al puerto de Guamache, y principió su desembarco el 15 de julio en frente de la punta de Mángles, en el punto nombrado los Varáles. El coronel Manéiro con cuatrocientos hombres y cincuenta jinetes le opuso una resistencia vigorosa. El terreno favorecia mucho á los patriotas, que conocian las veredas del espeso bosque de cactos ó tunales y de arbustos espinosos y enramados en que se combatia : detras de las matas peleaban con seguridad y ofendian á los Españoles, matando principalmente á los oficiales, á quienes dirigian sus tiros certeros, sin que los realistas pudieran ofenderlos. Gran parte de las tropas expedicionarias se empeñaron en aquel combate desigual, en que los defensores de Margarita se cubrieron de gloria, causando mucho daño á sus enemigos. La division de Canterac fué de las que mas sufriera, contra la esperanza de su jefe, quien ántes de desembarcar aseguraba á Morillo que vencerian con solo presentarse á los insurgentes. Abrumados por el número, los patriotas se retiraron al fin.

Conociendo Morillo la valentía de los defensores de Margarita, y estando sus tropas faltas de víveres y de agua, de que es muy escasa la isla, se replegó al campo de los Varáles, donde estuvo detenido cinco dias. Desde allí dirigió el pacificador una proclama á los habitantes de Margarita, excitándoles á que se rindieran á las armas del rey, y ofreciéndoles que en este caso

les perdonaria sus crímenes. « De lo contrario, decia, nada habrá que detenga mis empresas, y cesando las consideraciones y las esperanzas de vuestra rendicion, marcharé sobre vosotros con fuerzas respetables que están á mis órdenes; y si los traidores de Barcelona acabaron con su miserable existencia, en esta isla desleal no quedarán ni las cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes que despreciaron la piedad del soberano y se empeñaron en su exterminio. » En el mismo dia (julio 17) Morillo dirigió una intimacion al comandante de los rebeldes de Margarita, diciéndole: que si hacía desarmar á los habitantes, y se sometia con ellos á la obediencia de su amado soberano el señor don Fernando VII, cesaria toda hostilidad, se olvidarian los acontecimientos pasados, y el comandante podria contar con la proteccion del soberano, lo mismo que todos los jefes y demas personas leales que le acompañáran á hacer tan importante servicio. El general Gómez contestó con firmeza y energía, denegándose absolutamente á cumplir los deseos del jefe español, y á aceptar el perdon y olvido que se les ofrecia. Los habitantes de Margarita pensaban lo mismo que sus jefes. Llenos de entusiasmo, todos ellos habian adoptado la firme resolucion de vencer ó morir. Para cumplirla, trabajaban de dia y de noche los hombres, las mujeres y aun los niños en fortificar los puntos ventajosos de la isla, en reunir armas y municiones, y en formar en las alturas montones de piedras, para ofender al enemigo de cuantos modos les fuera posible.

Morillo se indignó sobremanera al ver la firmeza que manifestaban los jefes y habitantes de Margarita. Habiendo hecho desembarcar la segunda division de su ejército, regida por el coronel Aldama y compuesta de mil doscientos hombres del regimiento de la Union y del batallon de cazadores de la Reina doña Isabel, principió de nuevo sus operaciones militares. Al amanecer del 22 de julio se puso en marcha todo el ejército hácia el castillo de Porlamar, faldeando los cerros para evitar los ataques de la caballería independiente. La escuadrilla navegaba tambien cercana á la costa, á fin de proteger con sus fuegos la marcha de los realistas. Los patriotas no pudieron resistir, y poniendo fuego al castillo, lo mismo que á algunos buques, clavaron la artillería y se retiraron, combatiendo siempre. Túvose entónces un consejo de guerra, presidido por el general Gómez, y se acordó que los defensores de Margarita se retirasen

á la línea del Caranai en el pueblo de San Juan, segun se verificó. Era el objeto de esta maniobra obligar á Morillo á que se alejára de sus buques, y que se internára en la isla, donde podrian hacerle una guerra mas cruda, privándole de los recursos que le suministraba su escuadra.

Empero no consiguieron su objeto, porque el jefe español, mejor advertido, continuó por el sur penetrando hasta el valle del Espíritu-Santo, en cuyo tránsito se dieron algunos combates. Despues el ejército real se dirigió (julio 24) contra el castillo, baterías y fortificaciones que rodeaban á Pampatar. Como eran pocas las fuerzas de los independientes, les fué imposible defender tantos puntos. Así resolvieron abandonar la ciudad y sus fuertes con el objeto de concentrar sus tropas. En consecuencia los realistas tomaron la artillería que coronaba las fortificaciones de Pampatar, que no tuvieron tiempo los Margariteños de destruir, perdiendo tambien algunos otros pertrechos. Todas sus fuerzas se concentraron en la ciudad capital de la Asuncion.

El general español habia obtenido estas ventajas con bastante pérdida, y conociendo el valor denodado con que los Margariteños defendian su libertad, dió descanso á sus tropas, é hizo nuevos preparativos para continuar la campaña. Todos sus proyectos se dirigian contra la Asuncion. Era harto difícil el acceso á su territorio, por los bosques de tunales y las fortificaciones de reductos, zanjas, parapetos y fosos con que los insurgentes habian rodeado la ciudad y sus alrededores. Sin embargo de tamaños obstáculos y de lo escabroso del terreno, el ejército real se puso en movimiento el 31 de julio, con el objeto de colocarse entre la Villa del Norte y la Asuncion, por donde el terreno parecia mas llano y accesible, sin que pensára Morillo trabar entónces un combate serio, pues mas bien intentaba hacer un reconocimiento. Al efecto ocupó sin resistencia el cerro de Matasiete, desde donde podia descubrir la ciudad y sus cercanías; entre tanto su escuadra llamaba la atencion por los puertos del Manzanillo, Constanza y Juan-Griego. Mas habiendo bajado del cerro hácia la Asuncion, en su marcha las guerrillas independientes fatigaron á los Españoles, obstruyéndoles el paso con un fuego continuado; así poco á poco se fué trabando la accion, hasta empeñarla los dos mil infantes y seiscientos caballos que componian aquel dia las divisiones de Canterac y

Aldama. Sobre todo fué muy crudo el combate en las lomas, bosques y cocales que rodean la ciudad. Á las ocho y média de la mañana se dió principio á aquella sangrienta pelea, que se terminó á las cuatro de la tarde : ella fué gloriosa para los habitantes de Margarita, que hicieron célebre el nombre de Matasiete, donde fuera lo mas crudo del combate. De una y otra parte se peleó con mucho valor ; pero conociendo los patriotas el terreno á palmos, obtuvieron grandes ventajas con solo trescientos hombres de infantería y algunos pocos de caballería; sobre todo la division de Canterac sufrió en extremo. Las tropas de Morillo tomaron algunas posiciones, pero ninguno de los puntos fortificados de la Caranta y Libertad, que eran los principales. Fatigado el ejército real con multitud de heridos y sin medios de transportarles, durmió en el campo de batalla (agosto 1º). Al dia siguiente emprendió su retirada hácia Pampatar, despues de haber sufrido una gran pérdida que causaron al ejército de Morillo el valor y la heróica resistencia de los patriotas de Margarita. Entre estos se distinguieron aquel dia memorable el general Gómez, que mandaba la accion, los coroneles Pablo Ruiz y Policarpo Mata, los tenientes coroneles Rafael Picazo y Juan Bautista Coba, con otros valientes oficiales.

Morillo dió algunos dias de descanso á sus tropas ántes de emprender nuevas operaciones. Entre tanto el general Gómez, para manifestar cuán poco temia á los Españoles, hizo un paseo militar sobre Pampatar, llevando trescientos jinetes y doscientos infantes. Siguió el camino de los Róbles, y en el tránsito destruyó un destacamento realista, al que hizo diez y siete prisioneros, y supo de estos que el jefe español se preparaba á obrar en la parte del norte, á fin de apoderarse de la Asuncion por distinta via. Para realizar su plan, Morillo se puso en marcha el 6 de agosto desde Pampatar, y pasando por los caminos de Porlamar, atacó el 7 al pueblo de San Juan : ocupólo con el grueso de sus tropas, lo mismo que la garganta llamada Portachuelo, posicion de la mayor importancia; al mismo tiempo el jefe español envió cuatrocientos hombres por el camino de la Aguada, con el designio de impedir que el general Gómez socorriera á Juan-Griego, punto adonde se dirigian las miras de los realistas : allí tenian los patriotas tres grandes flecheras y una balandra. La escuadrilla española debia obrar en combinacion con las tropas de tierra.

El ejército español pasó la noche en el pueblo de San Juan y en las demas posiciones que habia ocupado. Situado en ellas, impidió que pudieran atravesar el Portachuelo trescientos hombres de auxilio que el general Gómez enviaba á Juan-Griego á las órdenes del coronel Manéiro. Al dia siguiente (agosto 8) el ejército español continuó sus movimientos, siguiendo la division de Canterac por la izquierda del Portachuelo, miéntras que la del coronel Aldama la apoyaba en su marcha. En breve los independientes fueron atacados con el mayor vigor, pericia y constancia en todas sus posiciones. Los Espartanos de Margarita, que apénas eran doscientos en aquel dia, regidos por el coronel Fermin, hicieron la mas heróica y tenaz resistencia, especialmente en el fuerte de Juan-Griego, colocado en una altura. Várias veces obligaron á retroceder á las huestes españolas, que sin embargo de sus grandes pérdidas tornaban al combate. En medio de esta reñida accion, incendióse el parque de municiones de los Margariteños, lo que provino de la explosion de una mina que tenian preparada para prenderla en el último extremo. Incautamente se la puso fuego ántes de tiempo: muchos soldados volaron, se introdujo el desórden y el desaliento en los demas, que huyeron por várias direcciones. La caballería española, que estaba preparada y que tenia á su frente al mismo general Morillo, los persiguió en una laguna de poco fondo, adonde se refugiaron muchos dispersos. Allí todos fueron degollados, sin que ningun patriota diera la menor muestra de debilidad, ni implorára la clemencia del vencedor, á excepcion de uno. Los mismos historiadores españoles cuentan que, lleno Morillo de furor al ver tanta firmeza, mató á diez y ocho con su propia mano, metiéndose en la Laguna-Salada. Esta accion de un general en jefe, que se lanza á degollar sin piedad á sus compatriotas vencidos, que se han defendido con tanto valor, es digna del verdugo de los patriotas de la Nueva Granada. Mas de doscientos soldados republicanos perecieron en aquel funesto dia, despues de haber vendido muy caras sus vidas; fueron tambien degolladas cuantas personas habia en el fuerte de todos sexos y edades. Desde entónces aquella laguna llevó el nombre de *Los Mártires margariteños.*

Todo lo que habia en Juan-Griego cayó en poder de los Españoles, que incendiaron y saquearon este pueblo: destruyeron tambien cuanto existia en él que pudiera ser útil á sus morado-

res, en odio, segun decian, de su rebelion. El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte.

Á la sazon que ocurrian tales desgracias, los patriotas consiguieron en el puerto de Paraguachi un pequeño desquite. El comandante Francisco Cámpos destruyó en su mayor parte un cuerpo de doscientos soldados del batallon de la Reina doña Isabel, escapando pocos por el puerto del Cardon. Este destacamento era la mitad de los cuatrocientos hombres que Morillo habia dirigido contra la Asuncion, miéntras que duraba su arremetida sobre Juan-Griego, los que arrasaron el valle de la Margarita y de Paraguachi: ellos impidieron tambien que el general Gómez pudiera socorrer el punto atacado por los Españoles. Mas poniéndose á la cabeza de las tropas que le restaban, se trasladó con ellas á cubrir la Villa del Norte, amenazada inmediatamente. Hallándose al frente del ejército español, desafió repetidas veces al general Morillo á un combate particular, quien diera al desprecio las bravatas del jefe de Margarita.

Aquí terminaron los progresos lentos y difíciles que hizo el ejército español en la subyugacion de la heróica isla de Margarita. Sus moradores, aunque sin marina y escasos de armas y municiones, la defendieron palmo á palmo, con una constancia, un valor y un patriotismo á toda prueba. No consiguieron hacerlos vacilar, ni las promesas, ni las amenazas, ni las crueldades de los Españoles, decididos á no dejar en aquella isla desleal piedra sobre piedra; — « y *ni aun las cenizas* y la memoria de los rebeldes, » como decia Morillo en su proclama que ántes citamos. Los Margariteños se defendian en los matorrales, en los bosques, en las laderas y en los montes, con artillería, con fusiles, con piedras y con cuanto les venía á las manos y podia dañar á sus enemigos. Hasta las mujeres combatian arrojando piedras y ayudando á los hombres, á quienes llevaban, sin temor de las balas, pertrechos, vituallas y refrescos, á fin de que no cesasen ni desmayáran en la pelea (agosto 8).

Para que se forme una idea exacta de lo reñida que fué esta, y de la valentía de los moradores de Margarita, no podemos aducir mejor testimonio que el de sus mas crueles enemigos. Hablando Morillo al ministro de la guerra en Madrid de la accion de Matasiete, decia: « El combate fué sangriento y tenaz; los rebeldes se batieron desesperadamente..., y estuvieron tan obstinados, que á pesar de las repetidas pérdidas que sufrian

en las cargas de su caballería, volvian á los ataques con tal furia, que muchas veces estuvieron mezclados con los Cazadores... Se hubiera igualmente forzado el paso del Portachuelo del Norte, si el crecido número de heridos con que nos hallámos desde muy poco tiempo de principiada la accion, y no tener ni una sola caballería en que trasportarlos, no me hubiese obligado, por no abandonarlos, á permanecer todo el dia sobre aquel terreno, donde se sostuvo un combate continuado que duró hasta el anochecer. » Describiendo el mismo Morillo la toma de Juan-Griego, dijo de oficio : « Desde este momento presentó el ataque de aquel fuerte el aspecto mas espantoso : pasaban de quinientos rebeldes de la canalla mas atroz y desalmada de la isla los que le defendian, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela, y facinerosos que cada uno contaba con muchos asesinatos y estaba acostumbrado á mirar la vida y la existencia con el mayor desprecio. Estos malvados, llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja en la defensa, parecia cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y á las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejoras tropas del mundo..... Estos llegaron al último extremo de desesperacion, y apuraron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal que hacian, arrojaban piedras de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuera muy pequeña. Fué tal el fuego, la precipitacion y el encarnizamiento con que peleaban, que en medio del denso humo, de la gritería y amenazas, se vió el efecto de la explosion de un repuesto de municiones en el cual volaron algunos malvados, y acabó de ponerse en confusion el resto, al momento mismo en que las tropas iban á saltar el parapeto. » — El denuedo, la constancia y el arrojo de los defensores de Margarita habian ofuscado ya hasta la vista de un jefe tan valiente como el general Morillo. Veía gigantes descomunales, á la manera de don Quijote, en hombres que no excedian la estatura comun de nuestra especie.

Entre los valientes defensores de Margarita, deben ocupar el primer lugar el general Francisco Estévan Gómez, junto con los coroneles Manéiro, Mata y Coba, y otros varios. Murieron combatiendo gloriosamente por la independencia y libertad de

su patria, especialmente en Juan-Griego, el coronel Juan Fermin y los oficiales Cipriano y Vicente González, Juan Rodulfo, Cayetano Silva, el capitan Ténias, el valiente Indio Guaiqueri, Francisco Adriano y algunos otros, cuyos nombres, dignos de memoria, es lástima que se ignoren.

Sin embargo de tan brillante defensa, habria sido muy difícil que los habitantes de Margarita hubieran podido resistir al fin con buen suceso á las tropas de Morillo, que tenia envuelta ya casi toda la isla. Cuando se preparaba para atacar la Villa del Norte y la ciudad de la Asuncion, sus mejores poblaciones, adonde se habian concentrado las fuerzas de los patriotas, recibió de Carácas noticias alarmantes. El capitan general interino don Juan Bautista Pardo le participaba hallarse ocupado todo el Llano alto por la division insurgente de Sarasa; haberse pasado á los enemigos García, comandante del pueblo de Taguai; que los valles del Tuy se hallaban amenazados de una invasion; que estaba por tanto expuesta á perderse la capital de Venezuela, si no se le enviaban prontos y eficaces auxilios; en fin, que del todo se habia perdido la provincia de Guayana, pues, segun las noticias que tenia, se lo aseguraban por varios conductos.

Morillo no podia concebir cómo era que en ménos de un mes que habia se hallaba en Margarita, podian haberse puesto en estado tan crítico los negocios del partido real en la Costa-Firme, cuando al embarcarse dejó en ella fuerzas muy respetables para su defensa. Sin embargo, no quiso exponer nada en una materia de tamaña importancia. Resolvió, pues, aunque con dolor, abandonar la empresa de la subyugacion y ejemplar castigo de los Margariteños. En consecuencia, el 10 de agosto dejó los alrededores de Juan-Griego, y se puso en marcha con sus tropas hácia Pampatar y sus cercanías: allí expidió un decreto de bloqueo en el que comprendia las bocas del Orinoco, las costas de Güiria y de Margarita. Hecho lo cual, se embarcó el 17 de agosto para la Costa-Firme con direccion á Cumaná, dejando enteramente libre la isla de Margarita, cuyas playas jamas volvieron á pisar los realistas. En Cumaná supo Morillo, aunque tarde, que hombres tímidos le habian exagerado los peligros. Estos de ningun modo eran tan graves como se los pintaron; á excepcion de la pérdida de Guayana, suceso que encerraba los mas vastos resultados contra la causa real y en favor de la Independencia de Venezuela.

Memorias contemporáneas hacen montar la pérdida de hombres que tuvo Morillo en Margarita á mil soldados, causada por las balas, las fatigas y las enfermedades. Se asegura haber conducido á Cumaná setecientos enfermos. Sus tropas llevaban por do quiera la destruccion y la muerte en aquella isla heróica, pero desgraciada. Habíase propuesto el pacificador destruir los hombres, los animales, las casas y plantaciones en castigo de la deslealtad de sus moradores, de los que hizo matar á varios inocentes, y aun á mujeres. En aquellos dias no solo con estos señaló su carrera de sangre, sino que mandó tambien conducir á Margarita, con el pretexto de que trabajáran en las obras de fortificacion, á trescientos patriotas que habian sido amnistiados en Barcelona por su gobernador el teniente coronel don Feliciano Montenegro. Casi todos ellos fueron asesinados por órdenes de Morillo. En vano elevó Montenegro sus quejas hasta los piés del trono, manifestando que la mencionada amnistía habia sido concedida por expresa autorizacion de la real audiencia y del capitan general Moxó. No obtuvo decision alguna, y triunfó la iniquidad de Morillo.

Al arribo de este á Cumaná (agosto 20), dispuso que marchára el teniente coronel don Francisco Jiménez contra Güiria y Yaguaraparo en la Península de Pária, dándole el pacificador las mas violentas instrucciones sobre el modo con que debia tratar á los insurgentes. Jiménez, despues de un reñido combate, se apoderó de Yaguaraparo, donde perdieron los independientes mas de doscientos cincuenta hombres, entre ellos el coronel comandante José María Hermoso, y los de igual clase Franchet y Domingo Paduano con otros valientes oficiales.

Ménos felices habian sido los realistas en la provincia de Barínas. Páez, á la cabeza de novecientos caballos, pasó el Apure y penetró hasta la capital, derrotando al coronel Remigio Rámos, quien solo pudo escapar hácia San Cárlos con veinte y cuatro soldados y doce oficiales. Como retaliacion de la sangre que derramaba Morillo, Páez mandó fusilar á los oficiales y soldados europeos que tomára, saqueó la ciudad capital para proveerse de algunos recursos de que tenia grande necesidad, y se retiró de nuevo á las estancias en que invernaba. Sufrió, sin embargo, una pérdida sensible en dos bongos cargados de equipajes y familias que bajaban por el Apurito : fueron tomados en el pueblo de este nombre por el capitan don Juan Duran,

dependiente de Calzada: muchos de los que iban en aquellos bongos perecieron bajo la cuchilla española. Los realistas obtuvieron tambien algunas ventajas en el Alto-Llano, en los puntos del Algarrobo y Laguna-Seca, contra una fuerte partida que mandaba Julian Infante; en la última accion le mataron cuarenta hombres de cuatrocientos que llevó al combate.

Desde Cumaná se trasladó Morillo á Carácas á principio de setiembre, en que ocurrian estos sucesos. Una de sus primeras providencias fué acordar la publicacion de un indulto concedido por Fernando VII en 24 de enero de este año, con motivo del matrimonio del rey y del infante don Cárlos con dos princesas de Portugal. Hasta entónces no habia querido Morillo que se publicára, temiendo la presencia en la Costa-Firme de algunos patriotas que se acogieran á él. Para evitar este grave inconveniente, obtuvo un acuerdo de la real audiencia, por el cual se dejó al arbitrio del capitan general, la calificacion de los indultados que conviniera arrojar del país ó remitir á España. Dióse á la publicacion de este indulto (setiembre 21) mucha importancia, por la pompa y solemnidad con que se hiciera.

El mismo dia publicó Morillo una proclama á los habitantes de Venezuela, manifestándoles sus ardientes deseos de que se acogieran á él todos los disidentes. « Su Majestad, decia, ha visto los males que padecen sus hijos de América, y ha querido de una vez hacerlos desaparecer y estrecharlos por nuevos vínculos de su amor á su patria y á la gran Monarquía española. Un indulto para todos los comprendidos en las pasadas y presentes insurrecciones, procesados y no procesados, ausentes y existentes; un olvido general, el término de las desgracias que han alejado la tranquilidad de vuestro suelo, es el que, en nombre del mas amado y mas clemente de los soberanos, se publica en esta fecha.—Esta promesa, tan sagrada como inviolable, es mi primer deber anunciárosla; y mi corazon se complace de antemano con los bienes que os procura, y con el número de personas que vuelven otra vez á gozar de su antigua elicidad. Tales han sido siempre mis sentimientos (1), y no he

(1) Testigos son los patíbulos que levantó por donde quiera en la Nueva Granada para asesinar jurídicamente á los mas ilustres ciudadanos; y lo que insultó á los patriotas y á sus desgraciadas familias. Sus lágrimas, llanto y desolacion eran un placer para el feroz corazon de Morillo.

perdido ocasion alguna para dar todos los pasos que podian evitar las consecuencias de la guerra..... ¡Habitantes de todos los pueblos! contad con que contribuiré á la reconciliacion general y al importante fin de que todos gocen de los bienes que la piedad del rey les proporciona. Apoyaré las autoridades civiles; haré respetar el sistema de las leyes; me dedicaré al fin de la pacificacion; y las armas del ejército de mi mando no se emplearán, sino contra el obstinado é ingrato que desprecie la piedad del monarca, y en la proteccion de sus vasallos reconciliados, leales y pacíficos. »

Á pesar de tan lisonjeras palabras, que el jefe español repitió en otra proclama posterior, los patriotas las despreciaron altamente. Sabíase por una triste experiencia el valor que debian dar á las promesas y ofrecimientos de olvido de los Españoles : el odio hácia ellos habia echado hondas raíces en el corazon de los Venezolanos; y una gran parte miraba como segura la Independencia. Por consiguiente solo algunos emigrados que permanecian en las Antillas volvieron á su patria, bajo la salvaguardia del indulto. Los demas corrieron á las armas con mayor entusiasmo que nunca.

Entre tanto un suceso desagradable vino á turbar la alegría de los republicanos, excitada por la reciente salvacion de Margarita y por la ocupacion de la provincia de Guayana, el que tenia su orígen desde una época anterior. Cuando el Libertador fué la primera vez á Angostura, encontró al general de division Piar mandando el ejército que este mismo habia trasladado á las márgenes del Orinoco, despues de haber triunfado de los Españoles en el playon del Juncal, cerca de Barcelona. Aquel caudillo conservaba zelos y antiguas rivalidades con Bolívar, los que ántes habria hecho valer desconociendo su autoridad de jefe supremo, si no hubiera temido á los demas jefes, oficiales y soldados, que en lo general amaban con entusiasmo al Libertador. Piar se sometió á la necesidad del mejor grado que le fué posible, y parecia haberse reconciliado enteramente con Bolívar, despues que este le ascendió á general en jefe, en premio de sus grandes servicios á la causa de la Independencia. Sin embargo, no pudo ocultar por mucho tiempo que él obedecia con pena y que aguardaba una ocasion oportuna para sacudir el yugo. Así, cuando el general Mariño formó el congresillo de Cariaco para hacerse independiente del jefe supremo, ¡y que el

mando se le confiriese á él, Piar, de acuerdo con el general Arismendi, trató de ganar á los demas jefes y oficiales para que en Guayana se estableciera un consejo de generales y de hombres de influencia, por cuyo medio se limitára la autoridad suprema y absoluta de Bolívar: él exageraba los peligros que habia de una guerra civil, si el Libertador continuaba encargado exclusivamente del gobierno supremo: les decia que en Guayana debia establecerse el mencionado consejo, con el fin de que contrapesando la autoridad del jefe supremo, se restableciera la confianza y la union. El verdadero objeto de tales sugestiones era apoderarse Piar del mando y hacer á Arismendi partícipe del gobierno. Poco tardó en llegar á oidos de Bolívar este proyecto, quien, usando de prudencia y de política, lo hizo encallar con solo dar á entender que lo conocia. Algunos consejos y reprensiones fueron las únicas medidas que adoptó para disipar esta nube, porque estaba seguro del amor que le tenia el ejército.

Piar no pudo persuadirse que sus maquinaciones quedáran sin castigo: así, para evitarlo, pidió licencia durante el bloqueo de Angostura para separarse del ejército é irse á curar de sus enfermedades. El Libertador no queria acceder á su pedimento, ya fuese porque lo consideraba necesario en el ejército, ó ya porque, penetrando su disgusto y sinsabores secretos, temiera aumentarlos si le concedia la licencia que solicitaba con tanto ahinco. Importunado por todas las personas influyentes que le rodeaban, á quienes Piar interesó para conseguir su licencia, se la concedió el 30 de junio desde su cuartel general de San Miguel, y en su lugar nombró para mandar el ejército al general Bermúdez. Piar no salió á países extranjeros, como lo habia solicitado, sino que trasladándose á la villa de Upata, comenzó allí á desarrollar sus pérfidos proyectos: él despedazaba sin piedad el crédito del Libertador; él procuraba promover la division entre los jefes y la desobediencia de las tropas; él, enfin, trataba de que reviviera en el ejército la rivalidad de los colores, á fin de promover una guerra de castas. Piar era hijo de un caballero venezolano en una mulata de Curazao, y por este lado descendia de la raza africana. Rendida la capital de Angostura, se trasladó á esta ciudad, donde continuára sus tramas, censurando la administracion del jefe supremo, y escribiendo á varios jefes de la clase de los pardos para indu-

cirlos á desconocer la autoridad del Libertador, y á establecer un nuevo órden de cosas análogo al detestable plan que se habia propuesto realizar. Ya Piar se lisonjeaba de conseguirlo, cuando fueron descubiertas sus maquinaciones. El jefe supremo, no queriendo aun tocar en los extremos, le escribió llamándole á su cuartel general bajo de apariencias amistosas y de grande interes. Mas Piar, conociendo su delito, no se confió en tales demostraciones, y léjos de obedecer al llamamiento, se escapó hácia Cumaná. En el tránsito, y especialmente en Maturin, continuó sus intrigas sobre el mismo plan : poniéndose allí de acuerdo con Mariño y con otros revoltosos, comenzó á juntar soldados para resistir.

La situacion era peligrosa en extremo por la audacia y valentía de Piar, y por los resortes peligrosos que habia tocado para adquirirse prosélitos : las tropas le eran adictas y estaban mandadas en gran parte por oficiales de color, entre los cuales habia hombres revoltosos, excitados por la ambicion que animaba á Piar. Felizmente se ocuparon entónces las dos plazas de la provincia de Guayana, y el jefe supremo vió la grande importancia de cortar enteramente, y ántes que hiciera progresos, un mal que podia ser tan funesto á la República. Fué su primer paso encargar al general Urdaneta el gobierno de la division que ántes mandaba Piar, la que se hallaba acampada en la Vieja-Guayana ; autorizarle para mantener en ella la mas severa disciplina, y para juzgar sumariamente á todo individuo, de cualquiera clase que fuera, que se manifestase adicto al proyecto de Piar. En seguida convocó á todos los generales y jefes del ejército en una junta de guerra, en que de nuevo fué reconocida explícita y solemnemente su autoridad. Luego comisionó al general Cedeño y á los comandantes Juan Francisco Sánchez y Juan Antonio Mina, para que fuesen á prender á Piar, dándoles un cuerpo de caballería. Al mismo tiempo escribió á todos sus amigos, envió comisionados, y no dejó providencia alguna que juzgára oportuna para conjurar la tempestad que tronaba en derredor suyo. En los momentos de peligro fué siempre que Bolívar manifestó su presencia de alma, su actividad y fortaleza.

Sus providencias produjeron el efecto deseado. Piar, á pesar de sus esfuerzos, no pudo reunir partidarios, y abandonado por todos, se trasladó á la villa de Aragua de Cumaná, con el fin de

apoyarse en los descontentos del partido de Mariño. Allí le encontraron rodeado de un numeroso cuerpo de caballería á las órdenes del valiente coronel Francisco Carmona; empero, instruido este de las órdenes que llevaban del Libertador, no hizo resistencia alguna : así Piar fué arrestado inmediatamente y conducido á Angostura con todas las consideraciones debidas á su alto rango militar y á la desgracia en que se hallaba sumido.

El jefe supremo dispuso que prontamente se le siguiera el proceso como á conspirador y desertor. Sustanciada la causa con arreglo á las leyes militares, se reunió un consejo de guerra de oficiales generales, al que presidia el almirante Brion. Componíase de los generales de brigada Pedro Leon Tórres y José Antonio Anzoátegui; de los coroneles José Ucroz y José María Carreño, y de los tenientes coroneles Júdas Tadeo Piñango y Francisco Conde : era el fiscal ó acusador el general Cárlos Soublette, y defensor del reo el coronel Fernando Galindo. El tribunal pronunció la sentencia el 15 de octubre, y el desgraciado general Piar fué condenado unánimemente á muerte, y á ser degradado, por los crímenes de inobediencia, sedicion, conspiracion y desercion, segun consta del proceso. El jefe supremo confirmó la sentencia del consejo de guerra en cuanto á la pena de muerte, mas no en la parte relativa á la degradacion.

Muchos de los jefes y oficiales del ejército eran de dictámen que esta sentencia no se ejecutára públicamente, por el riesgo que habia de una conmocion en el pueblo y en el ejército, que estaban seducidos en parte por los atroces proyectos de Piar. Mas el Libertador declaró que preferia correr aquel peligro y cualquiera otro, ántes que dar lugar á que una secreta ejecucion se atribuyera á venganza suya; que la muerte de Piar era un sacrificio necesario que se hacía á la justicia y á la seguridad públicas para reprimir los grandes crímenes. En consecuencia Piar fué pasado por las armas en la tarde del dia siguiente (octubre 16), en la Plaza Mayor de Angostura, á presencia de todos los cuerpos de tropas que la guarnecian. Asegúrase que el Libertador no pudo contener las lágrimas al oir los tiros que terminaban la vida de aquel general valiente, que habia dado tantos dias gloriosos á la causa de la Independencia. Estas lágrimas y la firmeza de Bolívar en tan delicadas circunstancias le son muy honrosas, y realzan en gran manera su carácter

Piar murió con la misma serenidad é intrepidez que tan frecuentemente habia mostrado en las batallas. Su índole inquieta, soberbia y engreida con sus méritos y servicios le hacian aspirar al primer puesto, sin reparar en los medios. Por mas que hayan dicho los enemigos de Bolívar, especialmente los realistas, su muerte fué justa, y su juicio legal. Condenósele por las declaraciones de oficiales amigos suyos, y dos de los jueces, Tórres y Anzoátegui, le debian en parte su elevacion, por haberlos ascendido á generales despues de la batalla de San Félix. Todas estas consideraciones y otras muchas que pudiéramos aducir, comprueban hasta la evidencia que no pasiones bajas, ni una rivalidad de Bolívar contra el mérito sobresaliente de Piar, sino su amor á la justicia y la imperiosa necesidad de conservar la tranquilidad pública, amenazada en sus bases primordiales, fueron las que obligaron al Libertador á sujetar á juicio al vencedor de San Félix y á mandar ejecutar su sentencia de muerte (1).

Este ejemplar castigo produjo los mas saludables efectos: reprimióse la natural independencia de tantos jefes militares, y se mejoró la disciplina del ejército. Desde aquella época principió á introducirse el órden y la regularidad en el gobierno de las provincias libres, porque se conoció la fuerza y unidad de la autoridad suprema que ejercia Bolívar, la que hasta entónces habia sido en gran parte nominal.

Para calmar el descontento que en muchos pudiera haber causado la ejecucion de Piar, el jefe supremo dirigió al dia siguiente (octubre 17), una proclama á los soldados del ejército libertador. Les manifestaba en ella el dolor que sentia por la muerte de aquel célebre caudillo, cuya conducta, dijo, habia sido siempre la de un faccioso : les habló de su ambicion, que le impelia á apoderarse del mando supremo, suscitando una guerra civil la mas atroz : recordaba á los soldados que la igualdad, la libertad y la independencia eran la divisa de los republicanos, y que todos los ciudadanos, sin distincion ninguna de clases, tenian abiertas las puertas de los empleos y honores de la República : añadia, que justamente habia sido entregado á la vindicta de las leyes un hombre que pretendia trastornarlo todo con el mas horrible de los crímenes ; y concluía

(1) Véase la nota 26ª.

diciendo : « ¡ Soldados ! el Cielo vela por vuestra salud ; y el gobierno, que es vuestro padre, solo se desvela por vosotros. Vuestro jefe, que es vuestro compañero de armas y que siempre á vuestra cabeza ha participado de vuestros peligros y miserias, como tambien de vuestros triunfos, confia en vosotros. Confiad, pues, en él, seguros de que os ama mas que si fuera vuestro padre y vosotros sus hijos. »

El lenguaje y las ideas de esta proclama, el repartimiento de los bienes nacionales que el jefe supremo habia decretado el 10 de octubre entre los jefes, oficiales y soldados del ejército libertador con arreglo á sus servicios (1), y sobre todo, el poderoso influjo que Bolívar ejercia sobre él, por su patriotismo, su desinteres, su actividad, su amor al soldado y otras muchas virtudes que le adornaban, calmaron los resentimientos. Las justas recompensas concedidas á todos los que se habian interesado en evitar la guerra civil, acabaron de reconciliar los ánimos y de extinguir los partidos.

Solo existia el de Cumaná, acaudillado por Mariño, quien no reconocia la autoridad del jefe supremo. En consecuencia fué declarado disidente; y para reducirlo á la obediencia, se confirió el destino de gobernador y comandante general á Bermúdez, dándole la órden de que lo prendiera. Marchó, en efecto, el comisionado con un cuerpo de tropas, apostándose en Cumanacoa. Mariño se hallaba con cuatrocientos hombres en el pueblo de San Francisco, firmemente decidido á no obedecer y á sostenerse por las armas. Despues de várias contestaciones en que los dos jefes se insultaron mutuamente, estaban ya para batirse, cuando Bermúdez pudo ganarse á algunos oficiales que dejaron á Mariño. Viéndose este abandonado, tuvo que someterse, conviniendo en retirarse á la isla de Margarita y vivir allí tranquilo. Bermúdez, acordándose de su antigua amistad con Mariño, obtuvo de Bolívar que no se le persiguiera. Entónces quedaron todos los jefes republicanos, junto con las tropas y el país que dominaban, sujetos á la autoridad del Libertador como jefe supremo. Esta unidad y las facultades amplias que en aquella época tenia el gobierno de la República, debian contribuir sobre manera á que prosperase cada dia mas la causa de la Independencia de Venezuela.

(1) Véase la nota 27ª.

Desembarazado el jefe supremo de los cuidados que le diera el proceso de Piar, medita ser preciso, á fin de evitar en lo venidero nuevos conatos de sedicion, reorganizar el gobierno de la República poniendo algun contrapeso á su autoridad absoluta, y las bases para el establecimiento sucesivo de un gobierno regular en que tuvieran parte los pueblos. Persuádese de que ni debe ni le es conveniente mandar por mucho tiempo como dictador, porque esto excita contra él las censuras de los republicanos pensadores, y porque un gobierno semejante no es conforme al espíritu del siglo (octubre 30). Determina, pues, crear y establecer un consejo de Estado, que se instaló solemnemente el 10 de noviembre en la ciudad de Angostura, que habia declarado capital provisoria. En el acto de la instalacion, el jefe supremo pronunció un discurso, manifestando el estado que tenia la República de Venezuela y los progresos que se habian hecho para restablecer su Independencia; recordó que desde el acta solemne de Margarita del 6 de mayo de 1816, se habia estatuido que la República fuese una é indivisible, acuerdo que estaba sancionado por el consentimiento unánime de los pueblos: así que, existiendo solamente el poder ejecutivo, se iban á establecer el legislativo y el judicial. El consejo de Estado debia suplir las veces del primero, conforme al decreto de su creacion.

Manifestó que hasta entónces, por la necesidad imperiosa de la defensa contra los enemigos, solo habia existido una verdadera dictadura, único y formidable poder capaz de haber salvado á los patriotas de ser degollados sin piedad por los realistas. — « El tercer período de Venezuela, añadió, no habia presentado hasta ahora un momento tan favorable, en que se pudiese colocar al abrigo de las tempestades el arca de nuestra constitucion. Yo he anhelado, y podria decir, que he vivido desesperado, en tanto que he visto á mi patria sin constitucion, sin leyes, sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin mas guias que sus banderas, sin mas principios que la destruccion de los tiranos, y sin mas sistema que el de la independencia y de la libertad. Yo me he apresurado, salvando todas las dificultades, á dar á mi patria el beneficio de un gobierno moderado, justo y legal. Si no lo es, V. E. va á decidirlo: mi ánimo ha sido establecerlo. » — Á tan nobles como patrióticos y justos sentimientos agregó el Libertador una

rápida enumeracion de las atribuciones conferidas al consejo de Estado, manifestando que no eran incompatibles con el vigor y la fuerza que habia recibido el poder ejecutivo, no solamente para libertar y pacificar el territorio, sino para crear el cuerpo entero de la República : obra que requeria las fuerzas de un gobierno esencialmente vigoroso y concentrado. El consejo de Estado debia suplir las veces del cuerpo legislativo, conforme al decreto de su creacion. Á él tocaba la iniciativa de las leyes, reglamentos é instrucciones que juzgára necesarios para la salud y prosperidad de la República. Debia ser consultado por el poder ejecutivo ántes de que pusiera en ejecucion las leyes y reglamentos que decretára. Tendria voto consultivo en todos los casos arduos que ocurrieran, y á su dictámen prestaria el jefe supremo la mayor atencion. Otra de las altas funciones en que intervendria el consejo de Estado, sería en las relaciones exteriores, para darles un centro de unidad, interviniendo tambien en los contratos que se hicieran con el objeto de adquirir toda especie de elementos de guerra. Sobre todo, dijo, que era urgente el establecimiento del consejo de Estado para llenar provisionalmente las funciones del jefe supremo en caso de fallecimiento, pues la República sufriria un considerable trastorno, si no quedase establecido un consejo de gobierno ántes de emprenderse la próxima campaña, durante la cual debia ausentarse el jefe de la República. Tampoco olvidó el Libertador en aquella solemne ocasion el hablar de la santa religion de Jesucristo, que el primer congreso de Venezuela habia declarado ser la exclusiva y dominante del Estado. Dijo, que esta habia llamado poderosamente su atencion, y que la orfandad espiritual á que desgraciadamente se hallaban reducidos los pueblos, le ponia en la imperiosa necesidad de convocar una junta eclesiástica, á lo que estaba autorizado como jefe de un pueblo cristiano, á quien nada podia segregar de la comunidad de la Iglesia romana. Esta convocatoria sería el resultado de consultas frecuentes con eclesiásticos doctos y piadosos. Esperaba que tal paso llenaria de consuelo el ánimo afligido de los fieles y de los Venezolanos religiosos.

El consejo de Estado se dividió en tres secciones, cuyos presidentes nombró el mismo jefe supremo. Componíase la primera seccion, denominada de Estado y de hacienda, del intendente general Francisco Antonio Zea, del intendente de la provincia

de Guayana Fernando Peñalver y de los ministros de las cajas de Angostura José María Ossa y Vicente Lecuna; la segunda, de guerra y marina, la presidia el almirante Luis Brion, y eran sus miembros el general Manuel Cedeño, gobernador de la provincia de Guayana, el coronel Tomas Montilla, gobernador de la plaza de Angostura, el comandante general de caballería Pedro Hernández, y el jefe de estado mayor de la division de la provincia Francisco Conde. Presidia la tercera seccion, del interior y justicia, el presidente de la alta corte Juan Martínez, y eran miembros los abogados Luis Peraza, José España y Antonio José Betancourt. Fuera de estos miembros, el consejo de Estado se componia de los generales de brigada Cárlos Soublette, jefe del estado mayor general, y José Antonio Anzoátegui, comandante en jefe de la guardia de honor; de los coroneles Antonio Díaz, comandante de las fuerzas sutiles, Mateo Salcedo, Juan Francisco Sánchez, José Ucroz, José Manuel Olivâres y Fernando Galindo; así como del comisario general del ejército Manuel Bremont.

En el discurso que el jefe supremo pronunciára en el acto de la instalacion del consejo, dió cuenta rápidamente del estado en que se hallaba la República y de las principales providencias que habia dictado para organizar las provincias libres del mejor modo que habia sido posible, en virtud de las circunstancias difíciles en que se hallaban, á causa de la guerra que sostenian contra los Españoles. Declaró tambien que la alta corte de justicia gozaria de toda la independencia que le concedia la constitucion federal de Venezuela.

Fuera de estas corporaciones, Bolívar estableció un tribunal de comercio para el juzgamiento de los negocios de este ramo : corporacion que debia proteger tambien la agricultura.

Á la vez que el jefe supremo se ocupaba en los arreglos civiles del país que su ejército habia libertado del yugo español, trabajaba incesantemente y con una actividad extraordinaria en la organizacion militar. Por todas partes se reclutaban hombres para la infantería y caballería, se recogian caballos, se formaban nuevos cuerpos, se disciplinaban, se armaban y vestian. Algunos de estos, mandados por el general de brigada Pedro Leon Tórres, habian seguido ya á engrosar la division del general Sarasa, á quien se enviaron armas, municiones y buenos oficiales. Aquella division, apostada en las inmediaciones de

Chaguarámas, era la que destinaba el jefe supremo para obrar contra la provincia de Carácas. El general Páez bloqueaba á San Fernando de Apure hacía algun tiempo, y ocupaba casi toda la provincia de Barínas, despues de haber batido algunas columnas enemigas: su ejército debia apoyar los movimientos de Sarasa, llamando la atencion de los Españoles. Habia dispuesto que hicieran lo mismo los jefes de partidas Urquiola, Villasana y otros patriotas, que obraban tambien en la misma provincia de Carácas. Monágas, situado en las cercanías del Pao, mandaba una division en la provincia de Barcelona. Los generales Bermúdez y Rójas ocupaban la mayor parte de la de Cumaná. La villa de Maturin era la capital provisoria y el centro de sus operaciones. Bermúdez, situado en Cumanacoa, enviaba fuertes partidas sobre Cumaná, Cariaco y otros puntos marítimos ocupados por los realistas con ochocientos á mil hombres. Las fuerzas republicanas ascendian casi al mismo número en aquella provincia. Mas los Españoles tenian la ventaja de que dominaban todos los puntos litorales desde Güiria en el golfo Triste, y de tener una escuadrilla de lanchas y flecheras de guerra, mandadas por el valiente oficial don José Guerrero, la que les daba grande movilidad.

Sin embargo de la actividad con que obraba siempre el general Bolívar, habia tenido que retardar sus operaciones militares por falta de municiones. El almirante Brion le habia ofrecido un parque bien abundante que tenia contratado. Esperándolo se pasaron dos meses, al cabo de los cuales fué preciso enviar comisionados á buscar pólvora y balas.

Tal era en los últimos dias del mes de noviembre el estado y situacion de las fuerzas independientes que mandaba el Libertador. Este, arrastrado por su ardiente imaginacion, por su genio emprendedor, y por su amor de la gloria, meditaba grandes proyectos, lisonjeándose de que muy pronto daria á su patria independencia y verdadera libertad. Aun no conocia todas las dificultades que debia oponerle su formidable adversario el general en jefe del ejército español de Costa-Firme.

Hasta aquí hemos visto al general Morillo oprimir á Venezuela con el establecimiento del tribunal de secuestros, con el de policía y con grandes exacciones para la campaña de la Nueva Granada; derramar implacablemente en los cadalsos la sangre de los mas ilustres patriotas granadinos; vejar á los

pueblos con la abertura de caminos y con otras várias medidas violentas; destruir, finalmente, en Margarita á fuego y sangre todo el país que pudieron ocupar sus tropas. Estos hechos crueles y opresivos serán mirados con horror, y mancharán siempre las páginas de su historia militar y política.

Mas parece que Morillo, desengañado de sus errores, se convenció al fin de que los castigos habian perjudicado sobre manera á la causa del rey, afirmando en el corazon de los Granadinos y Venezolanos su amor á la Independencia, que hacía por tanto rápidos progresos. Así fué que, desde su arribo á Carácas en el mes de setiembre de este año, cambió de conducta. Dedicóse, pues, con su habitual actividad y firmeza, á cortar los abusos que se habian introducido en el ejército y la administracion. Desapareció el odioso tribunal de secuestros y los consejos permanentes de guerra : tribunales de sangre establecidos para juzgar los delitos de infidencia. El capitan general don Juan Bautista Pardo publicó tambien el 25 de setiembre, con acuerdo y consentimiento del general en jefe, una larga instruccion, restableciendo en Venezuela en toda su fuerza y vigor las leyes de la Monarquía española. Por este reglamento se devolvió á la real audiencia y á los demas jueces y tribunales ordinarios la administracion de justicia en sus diferentes ramos. Cesó por tanto, en todo lo que era posible, por el estado de guerra en que se hallaba el país, el despotismo y la arbitrariedad militares con que el gobierno español habia oprimido á Venezuela desde la entrada de Monteverde en 1812. No faltaron, empero, excepciones y ejemplares de favoritismo. Uno de ellos fué con el brigadier Moráles, á quien se le seguia una causa criminal por grandes crímenes. Morillo la cortó de propia autoridad, restituyéndole todos sus honores y empleos.

Al mismo tiempo que el general Morillo dictaba aquestos arreglos civiles, y empeñaba su palabra de que observaria religiosamente el indulto concedido por su rey, trabajaba con grande actividad en los aprestos militares. Se acercaba el tiempo de abrir la campaña en los Llanos de Venezuela, anegados hasta entónces (1); y Morillo no se descuidó un momento. No sabía por dónde le atacaria Bolívar, aunque estaba seguro

(1) Véase la nota 28ª.

de que preparaba en silencio alguno de los atrevidos planes que sin duda meditaba.

El ejército real que debia oponerse al de los patriotas se componia de cinco divisiones. Mandaba la primera el brigadier don Miguel de Latorre, la que estaba acantonada en el Calvario y en el Sombrero : esta comprendia los regimientos de infantería de Castilla y de la Union, los húsares de Fernando VII y un débil escuadron de lanceros del país. La segunda division se formaba del batallon de Búrgos, dos del regimiento de Navarra y un escuadron de lanceros del rey : esta guarnecia á Carácas y sus alrededores. La tercera ocupaba el vireinato de la Nueva Granada, y colocada á tanta distancia, de nada podia servir á Morillo en la próxima campaña. Mandaba la cuarta el coronel don Juan Aldama, y se componia de los dragones de la Union, los guias del general, los lanceros venezolanos, y los batallones de Victoria y de Numancia. Esta division ocupaba en la orilla izquierda del Apure á Nútrias y sus cercanías. Formaban la quinta el batallon de Barínas, los dragones fieles á Fernando VII y varios escuadrones de caballería, organizados segun la costumbre del país. El coronel don Sebastian de la Calzada era su jefe y tenia sus estancias en San Fernando y Camaguan. Entre las mencionadas se comprendian las tropas de Canterac, el que tuvo que seguir al Perú solamente con algunos cuadros diminutos de caballería, á pesar de las órdenes terminantes y contrarias del ministro español de la guerra.

Fuera de estas divisiones, otros cuerpos realistas guarnecian á Puertocabello, la Guáira, Barcelona, Cumaná y demas puntos litorales. Una columna mandada por el teniente coronel don Francisco Jiménez se apoderó en este tiempo de Güiria, tomándola por asalto, y causando á los patriotas un daño muy considerable.

Cuando ya se aproximaba la época de abrir la campaña, el general Morillo salió de Carácas, y fijó su cuartel general en la villa de Calabozo, como punto el mas central de los Llanos de Venezuela. Avisóle entónces el coronel Calzada haber adquirido noticias de que las tropas de Páez se dirigian sobre San Fernando, y Morillo hizo rápidas marchas hasta Camaguan. Poniéndose allí á la cabeza de la quinta division, siguió por la ribera izquierda un largo y penoso camino de nueve dias hasta San Antonio, donde juzgaba que se hallaria Páez. No habién-

dolo encontrado aquí, se le aseguró que estaba en la isla de Acháguas, y que aun tenia diseminadas sus tropas. El jefe español no continúo su marcha; y guarneciendo el paso de Apurito, se dedicó á visitar los demas cuerpos que formaban su línea de operaciones.

El Libertador supo entre tanto que el brigadier Latorre tenia cerca de mil setecientos hombres entre el Calvario y Sombrero, y que amenazaba á la division del general Sarasa, acampada en Belen. Bolívar conoció luego al punto que esta division corria mucho peligro, si, como suponia, iba á ser atacada por los realistas. Sarasa carecia de educacion militar, y se habia distinguido hasta entónces solamente como un guerrillero valiente y de influjo en los Llanos-Altos de Carácas (1). Resolvió, pues, ir á mandar en persona aquella division, conduciendo mil quinientos hombres para aumentarla. Al efecto dió sus disposiciones con la mayor celeridad, y embarcándose en el Orinoco (noviembre 22), subió con sus tropas hasta el puerto de Cadenáles, situado á la izquierda del rio, á treinta leguas de Angostura. Desde allí envió al coronel Julian Móntes de Oca para decir á Sarasa que la incorporacion de las tropas debia realizarse en Rio-Claro, poco distante de San Diego de Cabrutica y hácia el poniente. Asegúrase que Móntes de Oca, en lugar de Rio-Claro indicó á Sarasa como punto de reunion el rio Santa-Clara, que se junta con el Manapire entre Caicara y Chaguarámas. Al mismo tiempo prevenia á Sarasa que de ningun modo empeñára accion y que la evitase por medio de marchas y contramarchas, alejándose siempre de la línea enemiga, hasta que se le uniera el jefe supremo con el refuerzo que llevaba. Este siguió de Cadenáles á San Diego de Cabrutica.

Sabiendo el brigadier Latorre en el Calvario la marcha de Bolívar para unirse con Sarasa, determinó batirlos separadamente. Para conseguirlo, se puso en movimiento por la noche con cerca de mil infantes y mas de trescientos jinetes. En el hato de San Miguel tuvo noticia que los patriotas, en número de mil y cien infantes y mas de mil caballos, se habian dirigido desde el hato de Belen, donde se hallaban, al de la Ho-

(1) Dar á un hombre de esta clase el mando en jefe de una division de mas de doz mil hombres de infantería y caballería, parece haber sido un yerro capital de Bolívar : yerro que tuvo funestas consecuencias.

gaza. Latorre precipitó su marcha sin detenerse en toda la noche del 1° de diciembre. Al amanecer del siguiente dia batió una avanzada republicana en la quebrada de Manapire: adelantándose, halló formada la division de Sarasa en una altura que yacia como á un cuarto de legua á la derecha de las casas del hato de la Hogaza. Los patriotas, confiados en la superioridad numérica que tenian, no dudaron atacar á los realistas. Estos acometieron á la bayoneta con dos batallones de infantería de Castilla y de Navarra, sosteniendo el movimiento dos escuadrones de húsares de Fernando VII y cien lanceros del país. Defendiéronse los republicanos, haciendo un fuego muy vivo de artillería y fusilería. Mas no pudieron resistir á la disciplina de las tropas españolas. Su línea se desordena; entra la confusion, y la infantería republicana, arrojando los fusiles, es degollada en su mayor parte por la caballería enemiga. La de los patriotas se disperso casi en su totalidad, y los cuerpos que la componian no pelearon en aquel dia con la decision que otras veces, ni sostuvieron los esfuerzos de la infantería. Segun el parte del brigadier Latorre, los patriotas perdieron en esta desgraciada batalla mil doscientos muertos, contándose entre ellos el jefe de estado mayor coronel Miguel Martínez, y otros varios oficiales distinguidos: cerca de mil fusiles, tres cañones de bronce, municiones, banderas, una imprenta y mil caballerías. La pérdida de los realistas apénas fué de doscientos hombres muertos y heridos. Entre estos se contaba el mismo general Latorre, que tuvo un muslo atravesado por una bala de fusil, y el coronel don Pedro González Villa. Con el fuego de los tacos se incendió el pajonal de la llanura en que se combatia, y perecieron abrasados muchos de los heridos de una y otra parte, quemándose ó desmejorándose varios efectos militares.

La derrota de los independientes fué completa: en muchos dias no se pudieron reunir doscientos infantes á las órdenes del general Tórres. La mayor parte de la caballería se juntó de nuevo por el influjo y autoridad de Sarasa y del coronel Julian Infante.

Bolívar supo tan funesta noticia el 4 de diciembre en San Diego de Cabrutica. Entónces ordenó á Sarasa que continuára cubriendo con su caballería las llanuras de Carácas, y previnᅳá Monágas que hiciera lo mismo en las de Barcelona; él detero

minó contramarchar á Angostura, pasando el Orinoco por la Soledad. En consecuencia dió todos los avisos y órdenes convenientes, adelantándose rápidamente á la capital de Guayana. Aquí publíca la ley marcial; y trabajando con su actividad acostumbrada, consigue reponer en la mayor parte la pérdida que la República habia hecho en la Hogaza. Entre tanto el jefe supremo tuvo la fortuna de que llegára á Angostura un buque cargado de armas y municiones. Pudo con estas armar las nuevas tropas que habia juntado por medio de la leva en masa de la poblacion de Guayana.

El Libertador recibió entónces cartas del general Páez, hácia cuyo cuartel general habia dirigido ántes á Urdaneta, con el fin de combinar las operaciones y franquear las bocas del Apure en caso de hallarlas ocupadas por el enemigo, para cuyo objeto le dió cuatro embarcaciones de guerra. Páez le avisaba desde la isla de Acháguas, que á consecuencia del movimiento hecho por el general Morillo, durante el cual situára quinientos hombres en el paso nombrado San José de Apurito, él habia llamado la division que tenia ántes sobre Barínas; que otro cuerpo suyo habia derrotado en Nútrias á doscientos realistas, mandados por el comandante Matute; en fin, que iba á reunir su ejército para obrar sobre la plaza de San Fernando.

Recibidas tales noticias, el Libertador concibió el proyecto de unir su ejército al de Páez, á fin de maniobrar con una masa respetable de tropas. Arreglado su plan de campaña, envió con pliegos á Páez al teniente coronel Olivâres, avisándole su resolucion, y comenzó á hacer sus preparativos. Puso al mando del general Pedro Leon Tórres los restos de la division Sarasa, que se habian reunido en San Diego; de los batallones Barlovento y Angostura formó otro cuerpo regido por el general Valdes; y dispuso que tanto estas divisiones, como la del general Monágas, se acercáran al lugar donde el rio Pao desagua en el Orinoco. Dadas tales disposiciones, se embarcó el jefe supremo con el resto de su ejército, y un convoy de veinte y nueve buques se hizo á la vela de Angostura para subir el Orinoco (1) (diciembre 31).

(1) El 22 de diciembre hubo en la ciudad de Mérida una revolucion republicana, capitaneada por N. Berrueta, Manuel Scarpeta y Francisco Gámez. Atacados por los realistas, que los rodeaban con fuerzas superiores,

Año de 1818. — En la boca del Pao, las divisiones Monágas, Tórres y la guardia de honor fueron trasladadas á la orilla derecha del mismo Orinoco, para continuar sus marchas por tierra á Cicara, á las órdenes del general Monágas. Prevínose á Sarasa, que se hallaba en el sitio del Muerto, que siguiera hácia el rio Cáura. El general Cedeño con su division estaba apostado en su antiguo campo del Tigre. Todo el ejército se reunió en la parróquia de la Urbana, en el Alto-Orinoco (enero 22) : por allí pasaron el rio las tropas, y en seguida atravesaron los diferentes brazos del rio Aráuca. El general Páez envió dos mil caballos y varios otros recursos, como tambien algunas embarcaciones que sirvieran para conducir el parque por Aráuca.

El ejército siguió por tierra, tocando en los puntos del Gato, Carretero, hato de la Cañafístola y Caujaral. El 31 de enero se juntó al de Páez en San Juan de Payara con grande júbilo de todos los patriotas, que veían terminada una operacion tan larga como difícil. El Libertador tuvo entónces bajo de su mando dos mil jinetes y cerca de igual número de infantes. El ejército de Apure, que mandaba el general Páez, era un conjunto de llaneros valientes, pero sin disciplina, y acostumbrados en lo general á cometer cualesquiera crímenes, que no siempre se podian castigar. Sus jefes se hacian obedecer por su valor personal, y ellos mismos, incluso Páez, se hallaban habituados á hacer su voluntad. Por tanto, su obediencia y sumision al jefe de la República era entónces solamente de nombre. Amaban la independencia de toda autoridad superior, y por tanto era harto difícil que inmediatamente se sometieran y respetáran las órdenes del jefe supremo (1).

Bolívar permaneció seis dias en San Juan de Payara, remontando su caballería, organizando el ejército y dándole descanso. Desde allí se puso en marcha con direccion á San Fernando de Apure. Cuando arribó al paso del Diamante, no hallaron embarcaciones algunas; solo vieron á la parte opuesta una caño-

tuvieron que huir hácia diferentes puntos, salvándose con dificultad los jefes de tan imprudente insurreccion, que se apaciguó enteramente á la mitad de enero inmediato.

(1) Los llaneros que mandaban Páez, Sarasa, Monágas y otros jefes republicanos, eran los mismos en gran parte y de igual raza de los que reunieron en 1813 y 1814 Bóves, Moráles, Yáñez y Rosete; tenian, pues, los mismos vicios y la misma insubordinacion.

nera, tres flecheras y algunas canoas de los realistas. En el momento los húsares del general Páez, conducidos por el valiente coronel Aramendi, en número de cincuenta hombres escogidos, echan pié á tierra, desensillan sus caballos y con lanza en mano se arrojan al caudaloso Apure con sus caballos en pelo: solo dieron lugar á las embarcaciones para hacer una descarga ántes de abordarlas y tomarlas con un denuedo y valentía dignos de los mayores elogios. Tan atrevida y feliz operacion se ejecutó á tiro y medio ó poco mas del cañon mas abajo de la plaza de San Fernando, la cual quedó entónces sin comunicacion con Morillo. Desde ántes la tenia sitiada Páez, quien pretendió tomarla el 14 de enero en la noche por medio de una sorpresa. Mas fué descubierto y rechazado con pérdida de hombres y de diez y ocho embarcaciones, que habia ocupado en la embestida. Dos dias tardó el ejército en atravesar el Apure en los buques tomados. Los Españoles dominaban el rio con otras fuerzas sutiles; mas, ó no se atrevieron á impedir el paso, ó sus buques se hallaban en otros puntos.

Acampado el ejército en las inmediaciones de San Fernando, lugar situado á la orilla derecha del Apure, que era desde su orígen la línea que mantenian los realistas, Bolívar dirigió una intimacion á la plaza, para que se rindiera; lo que no se verificó. Sus fortificaciones consistian en dos castillos sobre el rio, y en uno sobre el camino de San Juan de Payara. La plaza era incapaz de resistir un sitio formal, á causa de hallarse enteramente descubierta por varios puntos; pero sí estaba libre de un golpe de mano, defendida por una guarnicion de seiscientos cincuenta hombres, mandados por el valiente oficial venezolano don José María Quero.

No entraba en los planes ni en los intereses del Libertador el detenerse para tomar á San Fernando; mas queria hacer creer que tal era su ánimo, con el objeto de que sabiendo haber puesto el sitio, se descuidáran los jefes españoles, y por este medio sorprender la division acantonada en Calabozo. Con semejante designio dispuso en secreto y verificó la marcha del ejército hácia esta villa. Delante de San Fernando dejó un pequeño cuerpo de observacion (febrero 8).

Entre tanto el general Morillo habia hecho rápidas visitas á Valencia y á San Cárlos, dando disposiciones para mejorar la disciplina y acantonamientos de sus tropas, y para que no les

faltáran las subsistencias y recursos necesarios. Se hallaba en San Cárlos cuando se le presentó un soldado de su ejército, que estando prisionero, habia conseguido escaparse. Instruyóle este, por medio de las marchas de Bolívar, de su rápida subida del Orinoco y de su reunion con las tropas de Páez. En el momento el activo general dió sus órdenes, á fin de que todas las divisiones de su ejército se pusieran en movimiento hácia los puntos en que juzgaba sería mas conveniente su presencia para resistir al enemigo. Él siguió á Calabozo, adonde arribára el 10 de febrero, en ménos de cuarenta horas.

El mismo dia de su arribo se replegaron sobre el cuartel general los puestos avanzados que tenia hácia el Guayabal y Camaguan, batidos por los patriotas, que habian atravezado el rio Guárico por el vado de Altagracia. En el paso del rio Orituco sorprendieron una avanzada realista, por la que supieron estar Morillo en Calabozo con mil seiscientos infantes y trescientos caballos.

Á pesar de las noticias de tales movimientos, el jefe español estaba persuadido que eran solo partidas lijeras. Para afirmarle en esta opinion, el Libertador habia hecho replegar á su ejército los pequeños cuerpos avanzados hácia el Guayabal y Cumaguan. Así fué que, engañado Morillo, creía que Bolívar se hallaba ocupado en la rendicion de San Fernando. En este errado concepto dictó las órdenes y preparó lo necesario para emprender su marcha, y socorrer aquella plaza, marcha que debia realizar al dia siguiente, dejando á Calabozo (1).

Esta es una villa situada á la izquierda del Guárico. Por el norte la rodean unos bosques, los que hay tambien por el sur; pero al este y al poniente se extiende la mesa de Calabozo, que es una hermosa y vasta sabána.

Morillo quedó absolutamente sorprendido cuando á las ocho de la mañana del 12 de febrero se desplegó en la llanura de Calabozo el ejército republicano en el órden siguiente. Una avanzada y dos columnas de caballería del general marchaban sobre la derecha. Tres columnas de infantería y la division Cedeño de caballería formaban la izquierda. En la retaguardia iban otros cuerpos de infantería con la artillería, el parque y los equipajes cubiertos por la division Monágas, que cerraba la

(1) Véase la nota 29ª.

marcha. Los republicanos formaban un semicírculo al rededor de la villa, y se apoderaron de un número considerable de novillos que se conducian para los Españoles, matando á los conductores. Tambien interceptaron las comunicaciones entre dos cuerpos realistas y el cuartel general: el regimiento de húsares de Fernando VII y una compañía de cazadores del regimiento de Navarra estaban situados en el punto llamado la Mision de Abajo, como á una legua de Calabozo, donde habia algunos pastos para la caballería. El batallon de Castilla se hallaba en la Mision de Arriba (febrero 12).

Á los primeros tiros de fusil, Morillo montó á caballo con su estado mayor, y formó sus tropas en tres columnas cerca de la villa. Era su objeto facilitar la reunion de los cuerpos separados. Consiguió, en efecto, que lo verificase el batallon de Castilla, que perdió sus equipajes y algunos prisioneros; pero el regimiento de húsares, en número de trescientos hombres, fué cargado vigorosamente, destrozado en gran parte y perseguido, obligando á sus restos á tomar un camino muy extraviado. Dos compañías de Navarra, que salieron del campo enemigo con el objeto de sostener á los húsares y á los cazadores, fueron batidas por otras dos del batallon Barcelona. El mismo general Morillo, que se habia adelantado á proteger los soldados fugitivos, estuvo para ser envuelto por la caballería de los patriotas, y solamente pudo salvarse por la lijereza de su caballo, y porque el coronel Aramendi, que le perseguia, se detuvo por haber metido su caballo un pié en un hoyo. Á su lado vió morir el jefe realista al teniente coronel Návas, comandante de los dragones de la Union, y á otro oficial de húsares.

La compañía de cazadores de Navarra se sostuvo miéntras que combatia al abrigo de los húsares; mas, destrozados estos, se defendieron valerosamente hasta que fué exterminada. Los patriotas no dieron cuartel á las tropas europeas, que perdieron mas de trescientos hombres.

Despues de este combate desgraciado, Morillo se encerró en Calabozo. Como sus casas estaban bien construidas, y los Españoles tenian fortificados con reductos los cuatro ángulos de la plaza, y al poniente de esta habia una casa fuerte, el Libertador no creyó prudente atacar allí á los realistas. Habria entónces anulado la mayor y mejor parte de su fuerza, que era de caballería. Resolvió, pues, bloquear la villa, y con este designio el

ejército se acampó á las márgenes del rio Orituco, cerca del paso de Cedeño.

Al siguiente dia (febrero 13), á las doce, marchó el ejército republicano á tomar sus estancias en la parroquia del Rastro, tres leguas distante de Calabozo por el camino de San Márcos. Se pasó aun otro dia en que no hubo mas suceso particular que una intimacion dirigida por Bolívar á Morillo, en que le decia estaba pronto á perdonar al mismo Fernando VII, si se hallára en la plaza. El general español hizo tambien un reconocimiento hasta la laguna nombrada el Vicario, por la parte de abajo, á la cabeza de algunos húsares y de su estado mayor.

Siendo muy crítica la situacion del general Morillo, quien no podia dominar la llanura por falta de caballería, y no teniendo víveres algunos, resolvió emprender una larga y penosa retirada. Ocultó, pues, debajo de tierra tres piezas de artillería; despedazó ochocientos fusiles de los tomados en la Hogaza, é inutilizó otros varios artículos militares. Á média noche del 14 emprendió su marcha en tres columnas paralelas, que se reunieron en el camino: colocaron entónces en medio los enfermos, heridos, bagajes y emigrados de Calabozo, que en gran número quisieron seguir á los Españoles. El ejército real se dirigió hácia el Sombrero, lugar situado á la orilla derecha del Guárico, como á veinte leguas de Calabozo. Todo el camino era por una llanura abrasadora, cubierta de cenizas, porque habian quemado la paja que la cubria, segun se acostumbra en los Llanos de Venezuela, á fin de que haya pastos frescos para los ganados.

Al amanecer del 15 supo el Libertador la evacuacion de Calabozo por las tropas españolas. Hallándose en el Rastro, quiso por una marcha directa y rápida interponerse entre el Sombrero y la division realista, para destruirla con su numerosa caballería en aquella gran sabána. Mas algunos de sus generales se opusieron á la medida, y aun rehusaron abiertamente obedecer las órdenes, pretendiendo que ántes se debia ocupar á Calabozo. El jefe supremo tuvo que condescender con que se diera un paso tan falso como insignificante, que hizo perder tres leguas de marcha y medio dia: pérdida inmensa de momentos preciosos y que en lo venidero fué muy funesta. Bolívar hizo este sacrificio de su gloria y de su opinion al amor de la Independencia de su patria. Solo tan sublime sentimiento pudo inspirarle en aquel dia tanta prudencia, como la que empleó para reducir á

su deber al general Páez. Lisonjeado este por algunos sediciosos, se creía el primer hombre del ejército, y estuvo para desconocer enteramente la autoridad del jefe supremo. Por fin, el influjo del Libertador disipó aquella nube, restableciéndose la union, á lo ménos en apariencia.

Pero entre tanto los Españoles adelantaban sus marchas. Era ya medio dia cuando salió de Calabozo el jefe supremo, acompañado de Páez y de toda la caballería, con el objeto de obligar al enemigo á hacer alto y dar tiempo á que llegasen la infantería y los húsares de Apure, que iban con ella. Aunque los Españoles marcharon rápidamente, habiéndose detenido las tropas de Morillo á las cuatro de la tarde en la llanura nombrada la Oriosa á beber en un arroyo que pasa por el camino, fueron atacados por la caballería de los patriotas, que les dió várias cargas tratando de detenerlos; aguardaba la infantería, aunque inútilmente. Esta, en vez de seguir la huella de los caballos hácia el Sombrero, tomó el camino del Calvario, y ya era de noche cuando llegó á la Oriosa, despues de haber perdido mucho tiempo (1). Los Españoles se formaron entónces en tres columnas, llevando á retaguardia algunas partidas pequeñas de caballería : los bagajes, enfermos y emigrados iban á la vanguardia á las órdenes de don Francisco Tomas Moráles. La actitud de la infantería española era imponente, y casi nada sufrió por el ataque de los escuadrones enemigos que la alcanzaron : ella continuó su retirada toda la noche, descansando algun tanto en el Zamuro. Al siguiente dia por la mañana arribó al Sombrero en la orilla derecha del Guárico; las tropas españolas tomaron posiciones en sus márgenes escarpadas y cubiertas de bosque.

Los realistas sufrieron mucho en esta marcha de treinta horas por una llanura sembrada de cenizas, tostados por un sol ardiente y abrasador, y muertos de hambre, de sed y cansancio. Mas de cien soldados, ó murieron de fatiga, ó se quedaron tendidos en el campo; todos los Europeos fueron sacrificados por

(1) La rapidez de la marcha de los patriotas fué muy grande en aquel dia. Los realistas les llevaban ocho horas de ventaja, y ademas los republicanos tuvieron que caminar tres leguas para llegar á Calabozo. Salieron de esta villa á las doce del dia, y á las cuatro de la tarde alcanzaron á los enemigos. ¡ Marcha estupenda, pero que inutilizó la caballería !

los patriotas, que no les daban cuartel. Morillo y sus oficiales caminaron á pié la mayor parte de esta penosa y larga jornada, tanto para dar ejemplo al soldado, como para conducir en sus caballos á los enfermos y heridos. Mas el general en jefe tuvo la gloria de salvar casi todas sus tropas.

Por muchos esfuerzos que hizo Bolívar para alcanzar al enemigo con su infantería y caballería, no pudo conseguirlo. Catorce leguas anduvo con sus batallones, y suspendió la marcha á las dos de la mañana (febrero 16), para darles algun descanso. Ántes de amanecer la emprendió nuevamente, pero estaba ya muy avanzado el dia cuando arribó á la márgen del Guárico en el paso del Saman. Los patriotas, fatigados y sedientos en extremo, encontraron al enemigo apostado en una formidable posicion. Esta se hallaba cubierta de bosque y dominaba la orilla izquierda del rio, lo mismo que el angosto camino que habia para tomar el paso del Guárico, que era por un desfiladero.

El combate se trabó con tales desventajas de parte de los republicanos, que pretendian arrojarse al rio para aplancar la sed ardiente que los devoraba. En lugar de esto, solo hallaban la muerte por los fuegos certeros de la infantería enemiga, oculta dentro del bosque. Los batallones de infantería de Apure y Barlovento sostuvieron el fuego con viveza, permaneciendo en reserva el batallon Valeroso, y á alguna distancia el de Barcelona. Viendo el Libertador que nada podia adelantar contra la infantería española, cuyos fuegos causaban en sus filas un daño considerable, mandó cesar el combate por el frente y que la caballería hiciese una marcha por el flanco izquierdo. Era su objeto pasar el Guárico mas abajo por un vado distante, á fin de atacar al enemigo por aquel lado y por la espalda; pasóse el resto del dia en esta operacion.

Los Españoles han pintado la accion del Sombrero como una gran victoria que habian conseguido sobre los independientes, cuando solo fué un combate de posicion, que estos no pudieron forzar. En aquellas circunstancias convenia sobre manera al general Morillo ensalzar cualquiera ventaja obtenida, para reanimar el espíritu público. Lo consiguió, en efecto, con la ponderada victoria del Sombrero, cuya noticia contuvo la emigracion de gran número de los habitantes de Carácas. Cerca de tres mil personas estaban ya en la Guáira ó en camino para aquel puerto, á consecuencia de las primeras noticias exageradas de

la sorpresa del ejército real en Calabozo. Anuncióse como cierto que habia perecido el general Morillo con todas sus tropas.

La pérdida de los patriotas en aquella accion fué de cien hombres; entre ellos murió el teniente coronel Pasioni, ayudante general del estado mayor, quien vino de la Italia á derramar su sangre por la Independencia de Venezuela : fué muy sentida su muerte. El general Anzoátegui y ocho oficiales mas salieron heridos.

Sin embargo de esta ventaja, las tropas de Morillo aun no estaban seguras. Así al oscurecer levantó su campo, retirándose á Barbacóas, lugar situado á corta distancia del Sombrero, sin que los republicanos le persiguieran : ellos pasaron la noche en el Sombrero.

La causa de esta demora fué que algunos generales independientes, especialmente Páez, se denegaron abiertamente á continuar la persecucion del ejército español, porque dijeron que los caballos no podian sufrir mas fatiga. Bolívar tuvo que condescender y dar gusto á los mismos generales, que insistieron en que el ejército contramarchase á Calabozo, para remontar la caballería. Este contratiempo causó á Bolívar un acerbo dolor, viendo que se salvaban los realistas cuando podian ser destruidos, como lo habrian sido si el jefe supremo hubiese tenido bien afirmada su autoridad para hacerse obedecer.

Libre el general Morillo de la persecucion de los republicanos, continuó su retirada hácia los valles de Aragua, para cubrir y dar confianza á la capital y á las demas ciudades del interior. Dejando á sus flancos dos compañías de Navarra y una de Castilla para diversas expediciones del servicio, les ordenó que observáran al enemigo sobre la ruta de Ortiz. El resto del ejército siguió á la villa de Cura por el áspero camino de Camatagua y San Sebastian de los Réyes, sin bagajes, sin víveres y en un estado lastimoso. En Cura se le unieron doscientos hombres del batallon de pardos, dos compañías del regimiento de Búrgos y algunos pocos jinetes que venian de Carácas en virtud de disposiciones anteriores. Desde Cura dictó Morillo las órdenes mas activas para concentrar su ejército en Valencia, á cuyo efecto habia prevenido anticipadamente al coronel Calzada que con la mayor celeridad posible marchase por San Cárlos á Valencia con la quinta division, llevando cuanta caballería le fuèse posible. La misma órden comunicó al brigadier don Juan Al-

dama, que tenia consigo una parte del regimiento de Valencia. Previno al capitan general de Carácas (febrero 28), que hiciera una fuerte recluta para aumentar los regimientos de infantería de la Union y de Castilla hasta mil doscientos hombres cada batallon; que tomára todos los caballos, sin excepcion de persona, para montar los jinetes, pues sin esta arma, de que abundaban los rebeldes, no podia combatirlos con ventaja; en fin, que le enviára armas y víveres porque el ejército se hallaba escaso de todo.

Dadas estas disposiciones, pasó Morillo una revista de sus tropas en la villa de Cura, á la que dió mucho aparato, para manifestar á los pueblos alarmados que su ejército estaba íntegro, é inspirarles confianza: despues dirigió sus cuerpos á diversos acantonamientos. Los batallones de Navarra siguieron á Valencia, el de la Union á Turmero, el de Castilla á la Victoria, y el resto de los húsares á la Quinta. Dejó al brigadier Moráles con un cuerpo de observacion en la villa de Cura. El batallon de pardos, las dos compañías de Búrgos y los reclutas que se habian hecho en los Téques y otros pueblos, se situaron en las Cocuízas al mando de Latorre para cubrir á Carácas (1).

En el intermedio Bolívar habia regresado á Calabozo: aquí se vió en la necesidad de hacer otro nuevo sacrificio, por el empeño que tomó el general Páez de volver al Apure con el objeto de apoderarse de San Fernando. Opúsose el Libertador cuanto pudo á esta operacion como innecesaria, pues aquella plaza debia rendirse, bloqueada como se hallaba, y sin esperanza de auxilio. Mas ninguna reflexion fué bastante para disuadir á Páez de su proyecto favorito. Él desmembró el ejército, marchando el 23 de febrero, con su division de caballería, ménos el escuadron del coronel Vázquez, y con el batallon Apure. Llevó el nombramiento de comandante general de la provincia de Barínas, que debia libertar (2).

Cuando Páez arribó á San Fernando, ya el coronel Guerrero, segundo jefe de la division de Apure, habia puesto sitio á la plaza con la columna de cazadores que el coronel Sánchez trajo de Guayana y con dos escuadrones de caballería. Páez, desde

(1) Véase la nota 30ª.
(2) Véase la nota 31ª.

su arribo, activó las operaciones del cerco. Sitúo en San Jáime al coronel Ranjel con seiscientos jinetes : diez y siete buques armados dominaron el Apure; se construyeron tres baterías, una á la derecha en frente de la plaza, y dos á la izquierda delante de los castillos y casi bajo de los fuegos del uno de ellos. Algunos fusileros guarnecian la una, y el resto de la infantería y caballería se acampó cerca de las otras dos. Por doce dias se hizo un vivo fuego contra la plaza; al cabo de los cuales, habiendo el enemigo consumido las municiones, los víveres y hasta los caballos de que se alimentaba, se vió en la necesidad de evacuar la villa el 6 de marzo á média noche, tiempo en que el capitan comandante don José María Quero se hallaba herido por dos balazos. Haciéndose conducir en una hamaca, tomó hácia arriba por la márgen del caño Viruaca, cerca del Apure. Á las cuatro leguas de marcha fué alcanzado por las fuerzas sitiadoras. Los realistas combatieron denodadamente, rechazando á los patriotas, en cuya accion salió herido el coronel Sánchez. Tampoco fueron vencidos aquellos en un segundo choque, sostenido vigorosamente por ambas partes, ni en un tercero. Siempre se defendieron con un valor y heróica impavidez, aprovechándose con grande perícia militar de cuantas posiciones hallaban en que pudieran sostenerse. Reducidos los realistas á ménos de doscientos hombres, herido nuevamente Quero, y muertos en el campo del honor los capitanes don Trinidad Farias y don Ramon Calvo, cuando se preparaban al amanecer del siguiente dia para dar nuevo combate, se presentó el mismo general Páez, instándoles á que se rindieran. Lo consiguió, en efecto, y ciento setenta y cuatro soldados, once oficiales y el comandante Quero se entregaron á discrecion. Los prisioneros ascendieron á trescientos ochenta y nueve con los que ántes se habian cogido, y los muertos á mas de cien; dispersóse el resto de la guarnicion, que contaba al principio del sitio seiscientos cincuenta hombres. En San Fernando tomaron los patriotas seiscientos sesenta y cinco fusiles, gran cantidad de pertrechos y municiones, veinte piezas de artillería hasta del calibre de á diez, diez y ocho pedreros, seis buques de guerra, cinco mercantes, y sesenta y tres entre flecheras y bongos. La pérdida de los independientes fué de cincuenta muertos, dos oficiales heridos y sesenta soldados. Toda la tropa se distinguió; pero especialmente los coroneles Guerrero, Sán-

chez, Figueredo y Salom, comandante de la artillería, lo mismo que el jefe de la escuadrilla Antonio Díaz y otros varios oficiales.

El denuedo, la constancia y el valor con que se defendió la guarnicion, especialmente en los combates que siguieron al abandono de la plaza, es de lo mas glorioso que se presenta en la historia de la guerra de la Independencia. El capitan Quero y sus valientes compañeros de armas se hicieron dignos de grandes elogios de parte de los realistas, y es sensible que no hubieran empleado tan heróicos esfuerzos en dar libertad é independencia á su patria. La mayor parte de la guarnicion de San Fernando se componia del tercer batallon de Numancia, formado en la Nueva Granada, cuyos naturales se han distinguido siempre en la infantería. Los oficiales eran ó españoles ó venezolanos. El rey de España, impuesto de los brillantes hechos de armas de los defensores de San Fernando, concedió várias gracias y distinciones honoríficas á don José María Quero, á don José Chamorro y á don Francisco López Guijarro, lo mismo que á los demas oficiales é individuos de tropa (1).

La rendicion de San Fernando era adquisicion muy importante para los patriotas: ellos desde entónces dominaron completamente el Apure y gran parte de los Llanos de Venezuela. Fué la única ventaja sólida que consiguieron en la célebre campaña de este año, tan fecunda en sucesos.

Miéntras tanto el jefe supremo y sus primeros oficiales trabajaban con la mayor actividad en Calabozo: juntaban caballos para la remonta, y hombres de todo el territorio que ocupaban para aumentar los cuerpos, llenando tambien sus bajas. Bolívar hizo un reconocimiento sobre Guardatinájas y San José de Tisnádos, para obtener noticias de los movimientos de la division Calzada, las que no se pudieron adquirir. Mas recibió informes de que Morillo se habia retirado á Valencia, dejando una fuerte division en la villa de Cura; que el ejército español habia llegado á los valles de Aragua con bajas enormes y en un estado miserable; en fin, que esto habia producido una consternacion general en la provincia de Carácas.

Dos proyectos se presentaron entónces al jefe supremo. Era el primero marchar hácia San Cárlos y apoderarse de todo el

(1) Véase la nota 32ª.

occidente de Venezuela, cortando la division de Calzada. El segundo se reducia á seguir rápidamente sobre la division española apostada en la villa de Cura, y batirla apoderándose de los valles de Aragua, y acaso aun de Carácas, ántes que Morillo pudiera rehacerse. Consultados los jefes en una junta de guerra, aprobaron el último plan de campaña. En consecuencia el Libertador concentró sus tropas en el hato de San Pablo, distante como doce leguas de Calabazo hácia Carácas.

Componíase el ejército de las brigadas de caballería de Monágas, Sarasa, y del coronel Vázquez en número de mil doscientos hombres. La infantería constaba de los batallones Angostura, Barlovento, Barcelona y Valeroso con la fuerza total de cerca de mil hombres, en gran parte reclutas ó con poca disciplina. El 5 de marzo salieron con direccion á Ortiz los cuerpos de caballería de Sarasa y de Vázquez. El resto del ejército siguió el siete la misma ruta de Ortiz, Parapara y San Juan de los Mórros.

La division española situada en la villa de Cura se retiró luego que supo la aproximacion de los patriotas, tomando la direccion de Valencia por el camino del Auyamal á las órdenes del brigadier Moráles : por consiguiente toda la caballería al mando de Sarasa y doscientos infantes pasaron de Maracay y cubrieron la fuerte posicion de la Cabrera (marzo 12), donde tenian órdenes para levantar fortificaciones. La caballería de Monágas, sostenida por el batallon Angostura, quedó situada en Maracay, San Joaquin y sus alrededores. El resto de la infantería, mandada por el general Valdes, siguió por Cagua y la Victoria avanzándose hasta el Consejo, á dos leguas de distancia de las Cocuízas, donde se hallaba apostado fuertemente el general Làtorre con un cuerpo del ejército español. La brigada del coronel Vázquez tomó sus estancias en la Victoria. El Libertador fijó su cuartel general en esta misma villa despues de haber dado personalmente sus instrucciones á Monágas y á Sarasa, y dispuesto lo conveniente para que se fortificára el desfiladero cuya defensa se les habia confiado.

Ya estaban ocupados los hermosos valles de Aragua, donde habia multitud de patriotas que recibieron con entusiasmo á Bolívar y á sus compañeros de armas. Cerca de quinientos se alistaron para formar un batallon, y el general Urdaneta fué nombrado por el jefe supremo gobernador y comandante general de la parte libertada de la provincia de Carácas.

Mas la posicion del Libertador y de su ejército era en extremo falsa y peligrosa. Se habia internado en las montañas de Carácas, sin meditar bastantemente que su fuerza principal se componia de caballería, que debia serle de poca utilidad en aquellos terrenos. Era su infantería inferior á la española en número y disciplina, de modo que se podian prever fácilmente las consecuencias. Ademas, sus tropas se habian adelantado hasta la Cabrera, dejando al general Morillo en Valencia, el que con el grueso de su ejército podia atacarlas de un dia á otro por el flanco izquierdo, y aun cortarles la retirada hácia el Llano. Por la derecha podia tambien acometer á los independientes el brigadier Latorre con la fuerte division que tenia á sus órdenes en las Cocuízas, y acaso destruirlos enteramente por medio de un ataque combinado con Morillo. Por consiguiente el movimiento del Libertador habia sido en extremo imprudente y acaso temerario.

Dos enemigos se presentaban á Bolívar para combatirlos: Latorre y Morillo. Decidióse atacar al primero, que ya se habia movido de sus posiciones y que estaba acampado en el sitio de la Laja. Una fuerte division debia acometer á los realistas por la espalda durante la noche, siguiendo una trocha desconocida, al mismo tiempo que otra los atacaria por el frente para cogerlos entre dos fuegos. Empero, cuando Bolívar se hallaba en el pueblo del Consejo dando todas sus disposiciones para la importante operacion que meditaba, recibió noticias alarmantes. Ya el general Morillo habia conseguido reunir su ejército en Valencia con el arribo de la quinta division, regida por el coronel Calzada; entónces previno á Latorre que el 14 de marzo atacára á Bolívar en el Consejo. Felizmente la órden fué interceptada, y el Libertador conoció los planes de su enemigo.

Contando Morillo con la cooperacion de Latorre, se puso en marcha desde Valencia el 13 de marzo por la tarde. El brigadier Moráles mandaba la vanguardia, y las otras dos divisiones tenian por jefes á los coroneles don Luis de la Rocque y don Sebastian Calzada. La mayor parte del ejército siguió por el camino principal de Carácas, y poco mas de trescientos caballos por el de Güigüe y Magdaleno. La marcha duró toda la noche sin oposicion alguna hasta llegar á San Joaquin.

En la mañana del siguiente dia (marzo 14), Morillo ocupó á la Cabrera, punto que se hallaba fortificado con un foso y pa-

rapeto, que no fueron defendidos por el destacamento que los custodiaba. La caballería de Sarasa forrajeaba á la sazon en várias haciendas con tanto descuido, como si no hubiera enemigos. Muy pocos infantes pudieron escapar, y la caballería, perseguida vivamente por Moráles, se dispersó en gran parte: tanto los jinetes, como los oficiales y jefes, tomaron el camino de la villa de Cura, sin acordarse de la infantería, que se habia internado por la ruta de Carácas, al mando del Libertador. Las tropas de Morillo siguieron á Maracay, distante tres cuartos de legua de la Cabrera. En aquel lugar se trabó un fuerte combate con el batallon Angostura y la caballería regida por Monágas. Estos cuerpos no pudieron resistir el ataque impetuoso y bien combinado de los realistas: abandonaron, pues, el campo, la infantería en dispersion, y la caballería desordenada. Los patriotas sufrieron aquí bastante pérdida, especialmente de caballos de remonta, de mulas, de equipajes y de otros efectos militares: aquella division emprendió tambien su retirada para la villa de Cura.

Afortunadamente el coronel Mateo Salcedo, á quien no arredraban los peligros, se dirigió á la Victoria, y desde allí dió parte de lo acaecido al general Urdaneta, quien lo comunicó sin tardanza al Libertador: á las dos de la tarde (marzo 14), supo este en el Consejo el resultado adverso de aquellos combates; y conociendo la crítica posicion en que se hallaba, ordenó en el momento la retirada, ántes que Morillo se la cortase, ocupando el camino que conduce á la villa de Cura. La caballería del coronel Vázquez, compuesta de solo dos escuadrones de Apure, cubria la retirada. Por fortuna, el ejército republicano pasó sin tropiezo alguno por el camino principal de la Victoria; en seguida atravesó la cuesta peligrosa de las Mulas, y marchando toda la noche llegó al amanecer á la villa de Cura. En la encrucijada de Cagua tuvo la fortuna de que se le reuniese el general Monágas con su caballería. El tiempo era lluvioso en extremo, y los caminos estaban cubiertos de lodo. Así fué que las tropas sufrieron excesivamente en esta marcha nocturna. En Cura halló el jefe supremo á la division del general Sarasa y el resto de la caballería batida por los Españoles. Reunido el ejército, hizo alto para descansar y tomar algun alimento; pero á las dos de la tarde continuó su retirada hácia Bocachico, á tres leguas de Cura, donde Bolívar habia resuelto pernoctar.

En aquel dia (marzo 15) por la mañana, llegó el ejército español á Cagua, con el designio de cortar la retirada al de los patriotas. Morillo tuvo el sentimiento de saber allí que Bolívar con sus tropas se le habia adelantado. Dió, pues, á las suyas algun descanso, y por la tarde se puso nuevamente en marcha hácia Cura, donde pensaba sorprender á los republicanos. Con tal designio entró en esta villa á la una de la mañana, formado su ejército en tres columnas de ataque. Mas solo halló trescientos hombres de la caballería del coronel Vázquez, los que, estando alerta, se retiraron despues de haber hecho algunos tiros á los realistas.

Estos mismos escuadrones dieron á Bolívar la noticia de que el enemigo le perseguia con todas sus fuerzas, la que recibió á las dos de la mañana. En el momento dispuso que desfiláran el parque, los equipajes y la infantería para el Sémen ó la Puerta. La caballería se situó á la retaguardia, protegida por dos compañías de fusileros del batallon Barlovento y por la brigada de caballería del coronel Vázquez, que tanto se distinguiera en esta campaña.

Al amanecer llegó el ejército al Sémen (1), y se despacharon para San Juan de los Mórros los equipajes y los emigrados que siguian á las tropas republicanas (marzo 16). El jefe supremo determinó imprudentemente dar una batalla al ejército español, y en consecuencia tomó sus posiciones. Contaba solo con poco mas de dos mil hombres, la mitad de infantería (2). Formóse en una gran llanura, rodeada de bosque y cubierta de paja, la que se termina al norte y al sur por montes elevados que hacen una garganta para salir á los Llanos bajos : llámase la Puerta, sitio funesto para los patriotas, que en la guerra de la Independencia perdieron allí tres batallas sangrientas. La posicion escogida por Bolívar tenia al frente una cañada con sus barrancos, por la cual corre el Sémen. Seguíase despues una llanura de regular extension, que se terminaba por otra cañada que llamarémos la primera por el camino que traían los realistas.

El brigadier Moráles, que mandaba la vanguardia española, se presentó á las seis de la mañana del 16 de marzo ocupando la

(1) Llámase este lugar así de un riachuelo á cuyas márgenes se dió la batalla que los realistas llamaron de la Puerta.

(2) Véase la nota 33ª.

orilla del segundo barranco y una casa que yacia á la derecha del camino. En el momento fueron atacados los realistas; y aunque el batallon Barínas, en que consistia la fuerza principal de aquella vanguardia, combatió valerosamente, no pudo resistir el choque : él se desordena y pierde la mayor parte de su fuerza.

El general Morillo, que habia resuelto dar á sus tropas algunas horas de descanso en la villa de Cura, partió aceleradamente á los primeros avisos que le dió Moráles de que iba á combatir, y luego que oyó el ruido de la fusilería. Á las nueve de la mañana llega al primer barranco, y viendo el estado crítico en que se halla su vanguardia, que hasta entónces habia perdido cerca de seiscientos hombres, envia las órdenes mas urgentes para que arrojando sus tropas las mochilas, vuelen al campo de batalla.

En aquel momento el brigadier Moráles tenia muertos ó heridos la mayor parte de su fuerza, que huía en dispersion hácia la primera cañada. Miéntras llegaban sus cuerpos de infantería, Morillo se dedicó á reunir los dispersos; mas fué tambien arrollado por la caballería enemiga, y corrió un gran peligro, pues solo tenía consigo unos pocos hombres.

Se presentaron entónces los batallones realistas de la Union y otro de pardos de Valencia. Desembocando inmediatamente á la llanura, tomaron posiciones, y con un fuego bien dirigido, detuvieron á la caballería republicana : ventaja debida principalmente al valor y buen comportamiento del batallon de la Union. Morillo, aprovechándose de este momento de indecision, y sostenido por los demas cuerpos de su ejército, que sucesivamente iban llegando y tomaban parte en la batalla, dió una carga á la cabeza de su excelente escuadron de artillería volante. Los patriotas no pudieron resistir el ataque simultáneo de la infantería española, que era tan superior en número y disciplina. Así fué que la de los independientes se dispersó despues de un largo y reñido combate. La caballería huyó tambien hácia San Juan de los Mórros, hasta donde se extendió la persecucion de los Españoles.

La pérdida de los patriotas fué de cuatrocientos muertos y mayor número de heridos. Perdieron tambien cerca de quinientos fusiles, algunos caballos ensillados, los de remonta, porcion de mulas, el equipaje, los papeles del Libertador y otros

efectos militares (1). Los generales Urdaneta, Valdes, Tórres, con otros jefes y oficiales, fueron heridos en esta reñida accion.

Los Españoles sufrieron considerablemente, pues los mismos historiadores realistas confiesan que á las nueve de la mañana habia perdido Moráles la mitad de su tropa, y del regimiento de la Union murieron los mejores soldados combatiendo contra fuerzas superiores (2). Al terminarse la batalla, fué herido el general Morillo por una lanzada que le diera un soldado patriota al pasar cerca de una mata de Cují, y le atravesó el vientre. En pocos momentos se halló al morir por la sangre que derramaba. Encomendó, pues, el mando al brigadier don Ramon Correa, encareciéndole la necesidad de la mas activa persecucion de los rebeldes y que salvára á los prisioneros : él se hizo conducir á la villa de Cura. Al dia siguiente arribó al mismo punto con su division el brigadier Latorre, quien tomó el mando del ejército español, y Morillo fué conducido á Valencia para curarse de su herida, que por una muy rara casualidad no resultó ser mortal.

El ejército republicano siguió en dispersion por el camino principal de Parapara y Ortiz (marzo 19); reunióse en el Rastro, punto designado al efecto. Bolívar envió al comandante Bláncas con un escuadron al Caiman y á San Pablo á proteger los dispersos. El teniente coronel realista don Rafael López habia aparecido hácia Guardatinájas en cumplimiento de las órdenes anteriores de Morillo : él hizo mucho daño á los patriotas derrotando el escuadron de Bláncas, quien perdió la vida, y apoderándose de los dispersos. López tenia quinientos jinetes y cien infantes.

Sabiendo el jefe supremo que el ejército real, compuesto de tropas numerosas, iba en su persecucion, dió, luego que le fué posible, las mas activas disposiciones á fin de remontar la caballería, reorganizar sus cuerpos y aumentarlos. Para conseguirlo, la medida principal fué llamar á los generales Páez y Cedeño, que se hallaban en el Apure, á cuyo efecto envió en comision al general Pedro Leon Tórres. Entre tanto el Libertador concentró en Calabozo los restos de su infantería para reorganizarla, y puso la villa en estado de defensa : la caballería se acampó en

(1) Véase la nota 34ª.
(2) Véase la nota 35ª.

la Chinca, á legua y média de distancia. El general Anzoátegui regía las fuerzas de la plaza, y Sarasa las exteriores.

Bolívar y el general Monágas siguieron á Guardatinájas á encontrarse con Páez y Cedeño, que se sabía marchaban aceleradamente. Hallando á la vanguardia que mandaba Cedeño, el Libertador la dirigió al Rastro, regresando él á Calabozo. Aquí, entre várias medidas que dictára, formó de las reliquias de su infantería un batallon, que denominó *Sagrado*. Los coroneles y tenientes coroneles eran sus oficiales, mayor el general Anzoátegui, y comandante el mismo Bolívar.

Todas estas y otras muchas disposiciones se tomaban por el Libertador con una actividad extraordinaria para resistir al ejército español, que aumentado con la columna de López se avanzaba rápidamente sobre Calabozo. Pero fué mayor la celeridad de las tropas de Páez y de Cedeño, que arribaron al Rastro (marzo 22) ántes que el enemigo. Allí se concentró el ejército republicano y acabó de reunirse por la noche. Los realistas habian llegado al Banco del Rastro, y solo distaban dos leguas de los patriotas.

Supo entónces con asombro el brigadier Latorre que tenia al frente, no unos fugitivos, como pensaba, sino un ejército, compuesto de infantería y de excelente caballería, casi igual en número al que habia combatido en el Sémen. Convocó, pues, un consejo de guerra, en que se acordó la retirada hácia las montañas de Ortiz, atendiendo al mal estado en que se hallaba la caballería. En la misma noche del 22 emprendieron los realistas su marcha retrógrada, temerosos de la caballería enemiga; sufrieron mucho, especialmente por la falta de agua, en los dos dias que tardaron en llegar á Ortiz. Desde el camino destacó Latorre con direccion á la villa del Pao al cuerpo de don Rafael López. Dejando consigo en Ortiz los batallones de Castilla, de la Union, de Valencia y el escuadron del Infante don Cárlos, envió el resto del ejército á la villa de Cura: debia acantonarse aquí la infantería, y la caballería en los lugares situados á las márgenes de la laguna de Valencia, donde abundan los pastos.

Habiéndose incorporado á los patriotas el coronel Ranjel con su brigada de caballería, Bolívar y Páez determinaron seguir en persecucion de los realistas. Dejando en el Rastro al general Sarasa para mandar en los Llanos de Calabozo y proteger las

comunicaciones, se dirigieron á Ortiz por el hato de San Pablo, con ochocientos infantes y dos mil jinetes. Hallaron que Latorre habia ocupado posiciones en unas alturas que yacen á la entrada del pueblo, con novecientos cincuenta infantes y un escuadron de caballería. La infantería republicana era casi igual en número, pero muy inferior en disciplina, y poco ó nada podia hacer nuestra numerosa y excelente caballería lijera contra puntos militares bien defendidos. Sin embargo Bolívar y Páez determinaron atacar á los realistas, empeñándose el 26 de marzo en forzar aquellas posiciones, combatiendo con un valor extraordinario desde las doce hasta las cuatro de la tarde. En vano tomaron la primera altura, pues el enemigo se retiró á la segunda; en vano hicieron desmontar quinientos jinetes para que auxiliáran á la infantería; finalmente, en vano trepaba la caballería por los cerros hasta alcanzar á los batallones enemigos. Los esfuerzos del valor denodado y aun heróico de los patriotas se estrellaron contra los obstáculos que en aquella jornada les opusieron la naturaleza y la disciplina militar. Cansados, en fin, de sufrir, abandonaron la temeraria empresa de forzar aquellas posiciones militares. Fué una lástima que los patriotas no hubieran procurado apoderarse del pueblo á fin de envolver á Latorre, despues de flanquear con sus tropas aquellas alturas: maniobra que probablemente les hubiera dado la victoria contra los realistas. Es cierto que los independientes tuvieron una pérdida considerable en oficiales y soldados muertos y heridos, contándose entre los primeros el valiente coronel Jenaro Vázquez, que murió al dia siguiente; pero tambien la sufrieron los Españoles, que, temerosos de un segundo ataque, abandonaron su campo en aquella misma noche: ellos se retiraron con celeridad hácia la villa de Cura á reunirse con el resto del ejército real. Los republicanos volvieron al hato de San Pablo; allí se les juntaron nuevos refuerzos del Apure, conducidos por el general Tórres, así como una madrina de caballos para la remonta de los jinetes.

Viendo el Libertador que todas sus tentativas para penetrar en la provincia de Carácas por el camino principal, que pasa por la villa de Cura, eran infructuosas, determinó variar su plan de campaña. Encomendó, pues, al general Páez el mando de las fuerzas existentes, y dispuso que marchára por San Juan Bautista del Pao (marzo 31) á obrar sobre la villa de San Cárlos,

con el fin de apoderarse del occidente de Venezuela. Ántes debia destruir un cuerpo de tropas, situadas en aquella villa á las órdenes del brigadier Real. Mas este se retiró á Valencia. El jefe supremo volvió á Calabozo.

Desde ántes habian ya marchado varios de sus generales á juntar nuevas tropas : Monágas en Barcelona, Sarasa en el Calvario, Sombrero y Barbacóas, y Soublette con algunos oficiales ingleses recien llegados (1) siguió á Guayana. Situado Bolívar en Calabozo, activó el reclutamiento para sus cuerpos por medio de la ley marcial que habia publicado en la provincia de Guayana desde diciembre del año anterior, y que renovó entónces. Oficiales de todas graduaciones salieron á cumplirla en los diferentes puntos del territorio que dominaban los republicanos. Por medio de tan activas providencias en ménos de ocho dias se halló Bolívar á la cabeza de seiscientos hombres de infantería y alguna caballería. El 8 de abril se puso en marcha con estas fuerzas para San José de los Tisnádos con direccion á San Cárlos y Valencia. Era su designio reunir dichas tropas con las del general Páez, y llevar á efecto el nuevo plan de campaña. Habiendo permanecido en los Tisnádos hasta el 16 de abril, aguardando á que se le reuniera la columna del coronel Justo Briceño, y despues de haberlo conseguido, salió por la tarde la division á situarse en el lugar llamado Rincon de los Tóros, média legua distante. La caballería del general Cedeño se habia separado con el objeto de proteger la reunion de una

(1) Hasta la época de que hablamos habian partido de los puertos de la Gran Bretaña y arribado á Venezuela las siguientes expediciones auxiliares. El buque *Grace* con el coronel Mac-Donald y veinte oficiales. Aquel jefe fué asesinado por ladrones subiendo el Orinoco. El *Indio* con el coronel Kene, y trescientos hombres que naufragaron en las costas de Francia, los que por esta desgracia no siguieron á su destino. El *Príncipe* con el coronel Wilson y un cuadro de caballería en número de sesenta hombres. El *Esmeralda* con el coronel Hippisley y ciento veinte hombres. El *Dawson* con el coronel Campbell y el cuadro de un regimiento de rifles en número de ciento treinta. El *Britania* con el coronel Gilmore y el cuadro de una brigada de artillería, que ascendió á noventa hombres. De esta relacion, que es exacta con muy cortas diferencias, resulta : que hasta fin de marzo de 1818 habian llegado á Venezuela cuatrocientos veinte oficiales y soldados ingleses. La mayor parte de ellos hicieron las campañas y murieron en la guerra de la Independencia. — Sobre esta misma materia se puede ver el *Apéndice* al tomo 3º, nota 11ª.

partida de infantería que estaba persiguiendo á otra guerrilla enemiga.

Poco ántes la columna del teniente coronel don Rafael López habia sido reforzada en el Pao por los Dragones Leales, los Guias del general, el batallon Barínas y los restos del de Victoria (abril 16). El brigadier don Pascual del Real se puso á la cabeza de dichas fuerzas. Pero en breve se vió compelido á replegarse á las Cañádas sobre el camino real de Valencia, porque el general Páez le amenazaba por la Galera, situada en la serranía del Pao. Mas habiendo la division de Páez hecho un movimiento sobre San Miguel del Baul, Real tuvo órden de Morillo para ocupar con la mayor parte de sus fuerzas á Tinaco y San Cárlos. El teniente coronel López fué nombrado comandante general de los Llanos, y dejándosele una fuerte columna, se le previno por Morillo que atacára á los insurgentes donde quiera que los hallase, y que impidiera la reunion de Bolívar y Páez, que marchaban con direccion á San Cárlos.

López, cuya actividad era extraordinaria y su valor y audacia á toda prueba, se trasladó sin tardanza al Hatoviejo, donde hizo descansar su tropa. Aprovechándose de una noche de luna, marchó dirigiéndose con toda ella á San José de los Tisnádos, que sabía estar ocupado por los enemigos. Al acercarse al Rincon de los Tóros, cogió prisionero á un criado del capellan de Bolívar, que andaba fuera del campo buscando unas caballerías que se habian perdido á su amo. Dióle aquel una noticia muy circunstanciada del lugar en que dormia el Libertador, y de los oficiales y sarjentos que mandaban las patrullas. Obtenidos tales datos, el capitan de Dragones de la Union don Tomas Renováles concibió el atrevido proyecto de matar en aquella noche (abril 17) á Bolívar, y se ofreció á ejecutarlo, si se lo permitia su jefe.

Obtenido el permiso, dispuso López que la infantería se internase en el bosque para atacar á los patriotas al rayar el dia, y que fuese la caballería á ocupar el camino que seguia hácia Calabozo, única via de retirada. Renováles escogió treinta y seis soldados que se ofrecieron á acompañarle en una empresa tan arriesgada, como penetrar hasta el centro del campo enemigo. Estaba ya muy inmediato con solos ocho hombres á la Mata (1), en

(1) Llámase *Mata* en los Llanos un pequeño bosque rodeado de sabánas.

que dormia Bolívar con algunos otros oficiales en hamacas colgadas de los árboles, cuando Renováles se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, subjefe de estado mayor. La identidad de lenguaje y de vestidos, la oscuridad de la noche, pues la luna se habia ocultado ya en el horizonte, y el decir Renováles que la patrulla habia sido enviada por el jefe supremo al que iba á dar cuenta, hicieron que el coronel Santander no conociera el engaño : él iba hácia la Mata, donde se hallaba el Libertador, á recibir órdenes; y la patrulla realista, conducida por el criado prisionero, siguió para el mismo punto en su compañía. Cuando Renováles habia llegado cerca de la Mata, el subjefe de estado mayor se apartó un poco, á fin de apearse de su caballo, y entrar en el pequeño bosque : entónces la partida enemiga hizo fuego sobre aquel punto. El Libertador se habia sentado sobre su hamaca al oir el ruido de los que se acercaban, pero felizmente las balas pasaron por encima de su cabeza, y solamente resultó herido su caballo que estaba inmediato. Ninguno de los que dormian cerca de él fué herido ó muerto. La partida española en su retirada encontró solo al coronel Fernando Galindo, y un soldado le traspasó con la bayoneta de su fusil (1) : jóven digno de mejor suerte por su valor denodado, así como por su noble y generosa conducta cuando hizo la defensa del desgraciado Piar.

Despues de tan singular acontecimiento, se alarmaron las tropas de Bolívar, que eran cerca de trescientos infantes y setecientos caballos. Conociendo la proximidad de los realistas, el Libertador dió sus disposiciones para recibirlos. En efecto, trabada la accion al romper el dia, cedió la caballería de la izquierda. Quedó entónces descubierta la infantería del centro, que fué destrozada por los enemigos; últimamente huyó la caballería de la derecha. Los realistas persiguieron en todas direcciones y con una actividad extraordinaria á los independientes, que perdieron mas de trescientos muertos, entre ellos el coronel Silvestre Palácios y el mayor Mariano Plaza, cerca de cuatrocientos fusiles, y casi todo cuanto existia en el cam-

(1) Es falso cuanto dicen los historiadores realistas de que Bolívar se salvára en camisa y por una casualidad. Tambien es falso que la partida de Renováles matára al capellan del libertador Fr. Estévan Prado, al coronel Mateo Salcedo y á otros oficiales que dormian cerca del jefe supremo.

pamento. Quedaron prisioneros el jefe de estado mayor divisionario teniente coronel Manfredo Bertolazi, Italiano de nacimiento, los de igual clase José Francisco Portero y Juan de Dios Moráles, y el capitan ayudante del Libertador Florencio Tobar. El jefe supremo estuvo en gran riesgo de morir ó caer prisionero, porque huyendo despues de perdída la accion, dió en un bosque espeso. No pudiéndolo pasar á caballo, dejó el suyo, y siguió á pié; despojándose de su gorra y dorman, los tiró para no ser conocido. Mas saliendo de nuevo á la sabána, el enemigo estaba encima, sin que ninguno de los fugitivos diera su caballo á Bolívar, aun que solicitó el auxilio de varios. Al fin un soldado de caballería, que le conoció, tuvo la generosidad de darle su caballo, poniéndose él en riesgo de perecer. El soldado no hizo alarde de esta accion generosa, y en mas de un año mantuvo oculto su nombre; pero una casualidad feliz le descubrió al Libertador, quien pudo entónces premiar á un hombre que le habia salvado la vida.

Al terminar el combate fué muerto el teniente coronel López, comandante de los realistas; era un pardo natural de la provincia de Barínas, oficial valiente, audaz en extremo y de talentos nada comunes para hacer la guerra en el Llano. Habia causado á los patriotas graves daños en la guerra de la Independencia. El ejército real sintió mucho la muerte de López, y los republicanos se alegraron sobre manera cuando supieron hallarse libres de un enemigo tan formidable (1).

El mismo dia llegó Bolívar á Calabozo con su estado mayor y los restos de la caballería de Sarasa. Mas siendo insuficientes las fuerzas para resistir un nuevo ataque de los realistas, el Libertador se puso en marcha el dia siguiente hácia el paso de Orituco, á juntarse con una columna de caballería que el coronel Aramendi conducia de San Fernando. Unido con ella, regresó á Calabozo y despues al Rastro, donde se le unió la caballería de Cedeño, que se habia salvado.

Por la muerte de López recayó el mando en el teniente coronel don Antonio Plá. Dirigióse este á Ortiz, donde dispersó la columna republicana mandada por el coronel Sánchez (abril 21), la que estaba en observacion. Desde allí siguió á San Francisco de Cara y á Camatagua, alejándose nuevamente del Llano. El

(1) Véase la nota 36ª.

brigadier Moráles vino entónces con nuevas fuerzas á tomar el mando de aquella division, con órdenes terminantes para arrojar de Calabozo á los rebeldes.

Viendo el jefe supremo que ninguna operacion importante podia emprender con las fuerzas que tenia en el Rastro, las encargó al general Cedeño, nombrándole comandante general de los Llanos de Calabozo. Bolívar resolvió entónces ir á unirse con la division del general Páez, que sabia hallarse en los alrededores del Pao. Tomando, pues, cuarenta hombres escogidos de caballería, siguió con su estado mayor por las sabánas de Guardatinájas. Habiendo llegado en tres dias con sus noches al paso de la Guadarrama en el rio Portuguesa, supo que Páez con sus tropas habia marchado sobre San Cárlos. Siendo imposible ó muy peligroso el tránsito para reunírsele, determinó volver á San Fernando de Apure por Camaguan. Desde allí reforzó la division Cedeño, y dictó várias disposiciones para levantar nuevos cuerpos y perseguir algunas partidas enemigas que existian en el país libertado (1).

(1) Nos aprovechamos con gusto de las notas que nos ha comunicado el general Daniel F. O'Leary, testigo fidedigno y presencial, sobre la manera de vivir el Libertador en esta y en las demas campañas de los Llanos de Venezuela. Dice aquel :

« Cuando Bolívar se hallaba en los Llanos, su vida era la de un llanero. Levantábase con el dia, y luego montaba á caballo para visitar los diferentes cuerpos de tropas que estaban cercanos. De paso animaba á cada uno con algunas palabras cariñosas ó con recuerdos lisonjeros. Él seguia las marchas con su estado mayor : al medio dia se apeaba para bañarse cuando habia comodidad, almorzar carne como todos los demas, y descansar en su hamaca. Entónces dictaba las órdenes que debia comunicar y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Despues de haber comido las tropas su corta racion de carne, se continuaba la marcha hasta las cinco de la tarde, hora en que ordinariamente se acampaban, escogiendo, si era posible, alguna mata ó pequeño bosque. Si la escena no se variaba por algun encuentro con los Españoles, cada dia sucesivo representaba con monotonía los mismos sucesos, de levantar el campo, marchar durante el dia y acamparse de nuevo por la tarde, siempre á cielo raso, pues nunca habia tiendas. Generales, jefes y oficiales estaban con respecto al modo de vivir sobre un pié de entera igualdad aun con el soldado ; ellos participaban de las mismas fatigas, comian de las mismas raciones, agua y carne, preparadas de la misma manera. Hasta en el vestido eran todos iguales, sin que el Libertador usára en el Llano distincion alguna ; aun hubo algunas veces que estuviera escaso de vestido. Es claro,

Las fatigas de una campaña tan activa y las penas consiguientes á las pérdidas y desgracias que habian experimentado los patriotas, minaron la salud del Libertador. Su enfermedad le obligó á permanecer en San Fernando una gran parte del mes de mayo, en donde restablecian igualmente su salud los generales Valdes y Urdaneta, heridos en la batalla del Sémen.

Entre tanto Morillo tambien se curaba en Valencia de la peligrosa herida que recibiera en la misma accion. Desde allí daba sus órdenes á los cuerpos del ejército real, que obraban en diferentes puntos. Él supo bien temprano el nuevo plan de campaña trazado por Bolívar y los movimientos de Páez con direccion á San Cárlos. En consecuencia se dedicó á frustrarlo, impidiendo, como lo hizo por medio de la columna de López, la union del jefe supremo con Páez.

Receloso, empero, de la marcha del último, concentró en San Cárlos y sus alrededores cerca de cuatro mil hombres de infantería y caballería, mandados por el brigadier Latorre. Sin embargo, á pesar de tanta superioridad, las guerrillas de jinetes republicanos entraron repetidas veces hasta las mismas casas, lo que obligó al ejército español á situarse á fines de abril en el Cerro de San Juan, á la izquierda de la villa. Páez se retiró despues, con el objeto de reunir la columna que traía de Araure el coronel Ranjel. Sabiendo el general Latorre que no se hallaba distante la division republicana, salió de San Cárlos el 2 de mayo al amanecer. Al cabo de seis leguas de marcha hácia el occidente, se presentó en Camaruco la vanguardia de los patrio-

pues, que aquellas campañas de Venezuela fueron las mas penosas de la agitada vida de Bolívar y de sus beneméritos compañeros de armas. Entónces gozaba el Libertador de todo el vigor y robustez de su edad (treinta y seis años), y se exponia á sufrir las mayores fatigas, como andar quince y veinte horas seguidas á caballo, con grande rapidez, comiendo solo un pedazo de carne asada. Las innumerables vacadas y yeguadas que pacian en las extensas llanuras que riegan el Orinoco y sus afluentes, fueron la base indispensable para conseguir la independencia de Venezuela. Sin ellas, los patriotas, pobres, miserables y sin puertos, habrian perecido de hambre, de enfermedades y de toda clase de penas, ocultos en sus guaridas de los bosques solitarios. Mas la abundancia de ganados y de caballos los salvó y condujo al fin hasta fijar en Carácas, la Guáira y Puertocabello la bandera tricolor, arrojando á los Españoles, que por mas de trescientos años habian dominado, poblado y civilizado el país. »

tas, que despues de sostener algun tiroteo se retiró hácia Cojede. Á un cuarto de legua de este pueblo halló Latorre (mayo 2) á la division de Páez, formada en batalla en la llanura de Onoto. Componíase de dos batallones de infantería con trescientas quince plazas efectivas y cinco escuadrones de caballería. Latorre ordenó su línea de batalla por columnas, que tenian la infantería al centro y la caballería á los costados. Los patriotas lo aguardaron á pié firme formados en batalla. Cubrian la derecha setenta jinetes de la guardia de honor de Páez, mandados por el teniente coronel Cornelio Muñoz, y la izquierda un escuadron de carabineros al mando del coronel Iribarren. Quedaron en la reserva tres escuadrones de caballería regidos por el coronel Ranjel. Á pesar de la gran superioridad numérica del enemigo, fué recibido con la mayor impavidez, teniendo la infantería mandada por el general Anzoátegui rodilla en tierra, y sin hacer fuego hasta que los realistas se acercaron á tiro de pistola. Rompióse entónces con mucho vigor por una y otra parte, y los independientes lo sostuvieron por algun tiempo. Mas abandonada la infantería por el escuadron de la izquierda, que se dispersó, fué degollada por la caballería enemiga. El escuadron de la derecha con el general Páez á su cabeza dió una carga formidable, rompiendo y arrollando cuantos obstáculos se le opusieron: así fué que pasó á la retaguardia de las columnas de infantería española, donde causára gran destrozo, haciendo un botin considerable. Nuestra reserva, que estaba á retaguardia, viendo destrozada la infanteria, huyó cobardemente y con precipitacion, sin detenerse en ningun punto, á pesar de los esfuerzos de sus jefes. Páez, despues de una carga tan feliz como arrojada, volvió sobre su mismo campo, hallándole ocupado ya por los realistas. Sin detenerse un momento, arremetió de nuevo á la cabeza de un puñado de los hombres mas valientes del Apure, y consiguió el suceso casi increible de rechazar á los Españoles, que, aterrados y creyéndose acometidos por mayores fuerzas, se situaron en una eminencia á la izquierda del campo de batalla. Páez pernoctó en él, y salvó ciento cinco heridos de su infantería, tomando ademas á los realistas algunos caballos y fusiles. De allí envió postas en alcance de los fugitivos, que no pararon hasta el sitio del Guamito, á dos jornadas de Cojede. Una de las causas de la pérdida de los patriotas en esta batalla fué, que

los coroneles Ranjel é Iribarren, arrastrados por un extemporáneo ardimiento, se unieron á la guardia de honor de Páez para combatir á su lado. Privadas la izquierda y la reserva de tan valientes jefes, no cumplieron en esta jornada con su deber, y desampararon la infantería. Murieron en la accion mas de doscientos independientes y hubo muchos heridos; entre otros oficiales lo fueron los tenientes coroneles granadinos Antonio Obando y Vicente Vanégas : este con mas de doce heridas.

Los Españoles tuvieron una pérdida considerable en muertos y heridos. Fué de los primeros el coronel del regimiento de Castilla don Pedro González Villa y otros oficiales. El brigadier Latorre recibió una herida en el pié desde el principio de la accion, siendo tambien herido el coronel del regimiento de la Union don Manuel Bauzá. El brigadier don Ramon Correa, jefe del estado mayor, se hizo cargo del mando de la division realista á causa de la herida de Latorre.

Páez habia perdido en esta accion casi toda su infantería, dispersada ó muerta. Tambien se desbandó alguna caballería : así, habiendo quedado sus tropas reducidas á la mitad, tuvo que regresar al Apure, dejando algunos jefes de partida que hicieran daño al enemigo, los que recorrian toda la provincia de Barínas. La division española, despues de algun descanso, atravesó el rio Cojede, y siguiendo las huellas de los patriotas arribó hasta Guanarito en la mencionada provincia. Una parte marchó á Nútrias á las órdenes del coronel Réyes Várgas, quien batió en aquel pueblo é hizo repasar el Apure á la columna del coronel Ranjel, causándola bastante pérdida en muertos, heridos ó prisioneros. El resto del ejército español siguió á San Miguel del Baul, punto que el general en jefe consideraba como central, para sostener las operaciones del coronel Calzada, que tenia órdenes de maniobrar sobre el Apure; así como las del brigadier Moráles contra los Llanos de Calabozo.

Segun dijimos ántes, mandaba en estos el general Cedeño, quien habia conseguido juntar cerca de mil jinetes y trescientos infantes. Con esta pequeña fuerza aguardó á Moráles en el campo del Cerro de los Pátos, á dos leguas de la villa de Calabozo, camino para el Calvario. La accion fué reñida; pero tuvo el resultado que debia preveerse, combatiendo tropas colecticias y desalentadas contra la infantería y caballería españolas, bien disciplinadas y con buenos oficiales. Cedeño, que tampoco tenia los

conocimientos necesarios para mandar en jefe, fué (mayo 20) derrotado completamente. Perdió su infantería, y la caballería se dispersó en la mayor parte. Poco mas de doscientos hombres pudieron salvarse atravesando el Apure. Esta retirada debió haberse ejecutado desde ántes para asegurar aquellos cuerpos, que podian ser de tanta utilidad, y que se perdieron sin objeto. Cedeño estuvo para ser asesinado en San Fernando por los llaneros, que atribuyeron su derrota á cobardía; defecto que no podia enrostrarse con razon á Cedeño: salvóle Páez con su presencia.

En consecuencia del combate del Cerro de los Pátos, la division de Moráles ocupó las llanuras de Calabozo hasta el rio Apure. Los patriotas solo conservaron la plaza de San Fernando de todo el país que habian libertado al principio del año. Moráles tuvo el proyecto de atacarla, y se avanzó hasta el Guayabal; mas en la noche (mayo 28) fué sorprendida y destrozada su vanguardia por la guardia de honor de Páez (1), que pasando el Apure cayó sobre los realistas de improviso: este descalabro obligó á Moráles á desistir de su empresa. Desde entónces hubo solamente guerra de partidas en el territorio que habian perdido los independientes, que llegaba hasta el Apure en todo su curso. Los patriotas dominaban sus aguas con fuerzas sutiles armadas en guerra, y con su caballería la derecha del mencionado rio.

Era ya el 30 de mayo, y habian comenzado las copiosas lluvias que anualmente se descargan sobre los Llanos de Venezuela, y las inundaciones de los rios que son consiguientes. Todos ellos salen de madre y forman de tan dilatadas llanuras un inmenso lago que dura cerca de seis meses. Así era que por este mismo tiempo debian cesar los estragos de la guerra, entregándose las partes beligerantes al descanso de cuarteles de invierno, y á reponer sus pérdidas.

Muchas eran las que habia sufrido el ejército republicano. La infantería ya no existia. Casi todos los fusiles, municiones y demas artículos de guerra que al abrirse la campaña trasladó Bolívar á la izquierda del Apure, ó fueron presa de los realistas,

(1) Era esta un cuerpo formado de los hombres mas valientes del Apure, bajo de cuyo aspecto era temible para los enemigos; pero tambien lo era á los mismos patriotas por sus vicios é indisciplina.

ó se consumieron en la guerra. Lo mismo sucedió con esa multitud de caballos y mulas que, extraidos de las fértiles llanuras que riegan el Aráuca y el Apure, pasaron á los Llanos de Calabozo, de San Cárlos, y hasta los hermosos valles de Aragua. Los valientes llaneros, sin embargo de poderse comparar con los mejores jinetes de la América del Sur, nada pudieron adelantar contra las masas de infantería española bien disciplinadas, favorecidas por el terreno de las montañas, y regidas por oficiales experimentados, á quienes dirigia una cabeza verdaderamente militar.

Las operaciones de Bolívar desde que emprendió su retirada de San Diego de Cabrutica, á consecuencia de la derrota de Sarasa en el hato de la Hogaza, su marcha acelerada hácia Guayana, su rápida navegacion del Orinoco hasta la Urbana, su reunion con Páez, y la sorpresa que diera á Morillo en Calabozo, merecen los mayores elogios. En todas ellas se encuentra una actividad prodigiosa, prevision y un plan bien concertado. Mas los conocedores no hallan esta misma superioridad de talentos en el resto de la campaña. Despues de haber conocido en la marcha hácia el Sombrero y en el paso del Guárico la superioridad de la infantería española sobre la suya, cuando mil cuatrocientos hombres no pudieron ser destruidos por todo el ejército independiente, no debió empeñarse en perseguir á Morillo sobre las montañas, donde aquella superioridad debia ser mas decidida. La situacion falsa en que se colocára Bolívar en los valles de Aragua, en que podia ser cortado y destruido enteramente, le ha merecido la crítica mas justa de parte de los militares. Tampoco le perdonan el haber dado la batalla del Sémen, cuando pudo arribar á los Llanos haciendo la guerra de posiciones y siempre en retirada. Despues de esto, parece que el combate de Ortiz fué mal dirigido y sin objeto que exigiera sacrificar tantos valientes soldados, atacando con caballería alturas bien defendidas por infantería veterana. La sorpresa del Rincon de los Tóros manifiesta mucho descuido y aun desprecio de las precauciones ordinarias de una campaña. En Cojede, Páez se dejó arrastrar de su brillante valor empeñándose en combatir con el ejército real, que era doble del suyo, y mas que triple en la infantería : el resultado fué el que debia esperarse, una derrota. Finalmente Cedeño, que pudo salvar los últimos restos del ejército republicano pasando el Apure, los sacrificó en el Cerro

de los Pátos, presentando tambien una accion campal. Dar batallas con infantería colecticia, y con masas de caballería sin disciplina, fué la manía de esta campaña célebre y malhadada. El resultado tambien fué que la disciplina y el saber militar triunfaron siempre del valor denodado y temerario de los independientes. Para estos y para sus jefes las lecciones de la experiencia fueron terribles; mas no se perdieron en lo venidero.

Restablecida algun tanto en San Fernando de Apure la salud del jefe supremo, comenzó á dar sus disposiciones á fin de reparar tamañas pérdidas. Envió hácia las provincias de Barcelona, Cumaná y Guayana á los generales Urdaneta, Valdes y á otros jefes á recoger hombres para formar un nuevo ejército. Tenia caballos en abundancia porque de antemano habia hecho pasar á la izquierda del Apure cerca de cuatro mil, los que se hallaban en seguridad. Mas careciendo de armas y municiones, y estando casi desierto el territorio que los patriotas ocupaban á la derecha del Apure, el jefe supremo determinó trasladarse á Guayana, país mejor poblado, de mas recursos, é inaccesible á cualesquiera esfuerzos de los realistas. Salió, pues, de San Fernando para Angostura el 24 de mayo, llevando consigo su estado mayor y algunos cuadros de infantería. El coronel Hippisley y varios soldados ingleses que se hallaban en San Fernando le acompañaron tambien, haciendo el servicio de guardia de honor. El 7 de junio arribó el convoy á Angostura.



CAPÍTULO X.

Desobediencia en Cumaná. — Regreso de Mariño á la Costa-Firme, quien continúa independiente. — Derrota de Bermúdez por los realistas. — Operaciones en Barcelona. — El jefe supremo nombra secretarios de Estado. — Sus providencias para formar un nuevo ejército. — Establecimiento del *Correo del Orinoco*. — Auxilios que remite López Méndez: contradicciones y dificultades que sufre el envío de tropas. — El coronel Wilson y el acta de San Fernando. — Arribo de armas y municiones á Angostura. — Tambien de un agente de los Estados Unidos. — Comunicaciones con los jefes de Buenos Aires y Chile. — Proyecto de Union americana. — Arreglos administrativos del Libertador. — Sus aprestos militares en las provincias. — Su reconciliacion con Mariño. — Designios que tiene con las tropas inglesas. — Operaciones militares en varios puntos. — Excursiones del general Morillo. — Su ejército y escuadra estan escasos de varios artículos. — Corsarios atrevidos de Venezuela. — Preparativos militares de Morillo. — Intenta seducir á Sarasa, quien le responde con indignacion. — Santander marcha á Casanare con auxilios. — Proclama de Bolívar á los Granadinos : sus aprestos bélicos para la campaña. — Bermúdez toma á Güiria : es rechazado en Rio-Caribe. — Reorganizacion del consejo de Estado. — Se acuerda la convocacion de un congreso constituyente. — Reglamento de elecciones. — Los realistas quieren ridiculizar este paso. — Marcha de Bolívar á Cumaná. — Derrota de Mariño en Cariaco. — El Libertador regresa á Angostura. — Proyecto de mediacion de las grandes potencias. — Protesta solemne del gobierno y autoridades de Venezuela. — Descalabro marítimo en Araya. — Bolívar sube el Orinoco y se reune con Páez en San Juan de Payara. — Reconciliacion y nuevos conatos de un motín. — Páez general de division : se le confiere el mando de la caballería. — El Libertador vuelve á Angostura. — Tropas extranjeras que arriban á Margarita. — Ejército de Morillo que está pronto para abrir la campaña : pasa el Apure, y una revista en San Fernando. — Plan de Bolívar para la campaña. — Morillo atraviesa el Aráuca. — Su proclama á los llaneros. — Páez se retira hácia el Orinoco. — Marchas y contramarchas inútiles del ejército real. — Este se divide y retira á Acháguas. — Proclama de Morillo á las tropas

inglesas. — Instalacion del Congreso de Angostura. — Discurso é ideas del Libertador. — Renuncia el mando supremo, que se le confiere de nuevo. — Organiza el gobierno. — Su proyecto de constitucion. — Facultades extraordinarias que se le confieren. — Envia comisionados á la Gran Bretaña. — Bolívar á la cabeza del ejército. — Descalabros que sufre. — Arrojo de Páez en las Queseras del Medio. — Morillo regresa á Acháguas, y marcha despues á Calabozo. — El Libertador sigue á Rincon-Hondo y Setenta. — Nuevas empresas que medita. — Determina invadir la Nueva Granada : razones que lo mueven. — Operaciones en las provincias de Carácas y Barcelona. — Victoria de Cantáura, cuyo fruto se pierde. — Urdaneta jefe de las tropas extranjeras en Margarita. — Graves dificultades que le rodean. — Disputas con Arismendi y prision de este. — Montilla jefe del estado mayor. — La expedicion se apodera de Barcelona. — Abandónala, y sigue á Cumaná. — Ataca Urdaneta el fuerte de Aguasanta, y es rechazado. — Emprende su marcha hácia Maturin : trabajos y privaciones que sufren las tropas inglesas. — Bermúdez llega á Barcelona en auxilio de Urdaneta. — Se retira á Cumaná, perseguido por los realistas. — Actos legislativos del congreso de Angostura. — Firma la constitucion, y continúa sus sesiones. — Motivos para esto.

Año de 1818. — Miéntras duraba la activa campaña de este año, habian ocurrido varios sucesos importantes en la provincia de Cumaná. Habiendo tenido el general Bermúdez, que mandaba en ella las tropas republicanas, algunos disgustos con los oficiales del partido de Mariño, regresó á Guayana. Entre tanto las fuerzas apostadas en Cumanacoa quedaron á las órdenes del coronel Domingo Móntes. Este resistió el 7 de enero un violento y repetido ataque por una columna realista de cuatrocientos cincuenta hombres á las órdenes del teniente coronel don Eugenio Arana. Móntes defendió con mucho valor los parapetos que cubrian su posicion; así fué que los enemigos tuvieron que retirarse, despues de haber sufrido un fuerte descalabro en muertos y heridos. En seguida Arana flanqueó el campamento de Móntes, quien tuvo que abandonarlo, retirándose al interior con los doscientos hombres que le acompañaban.

Divulgóse entre tanto la noticia de que Bermúdez regresaba investido del mando por el jefe supremo. Los oficiales de aquella division, movidos por los coroneles Móntes, Izaba, Pagola y el mayor Villégas, hicieron en 16 de febrero un acta; en ella desconocian la autoridad de Bermúdez, á quien pintaban con los mas negros colores, atribuyéndole un carácter violento y tiránico. En consecuencia llamaron al general Mariño, que se ha-

llaba en la isla de Margarita en una especie de confinamiento, para que regresára, á fin de ponerse á la cabeza de aquellas tropas. Dióse entre tanto un combate en Cariaco, en que fueron rechazados los independientes; empero murió el coronel español don Francisco Jiménez, valiente oficial, que habia combatido siempre en aquellas costas con bastante reputacion.

Mariño, de acuerdo con el gobernador de Margarita, general Francisco Estévan Gómez, quien parece aprobaba tambien la desobediencia á Bermúdez, regresó á la Costa-Firme en el mes de marzo; él se puso al frente de la faccion que desconocia la autoridad del jefe supremo.

Luego que este supo un acontecimiento de tamaña trascendencia en aquellas difíciles circunstancias, envió órdenes las mas perentorias al general Bermúdez, á fin de que se pusiera en marcha con una pequeña division de infantería y caballería que se organizaba en la Vieja-Guayana. Bermúdez lo verificó (abril 13); y pasando por Maturin arribó á la villa de Aragua el 1° de mayo. Desde allí entabló comunicaciones con Mariño, á fin de que, en cumplimiento de las órdenes del jefe supremo, pusiera á su disposicion las tropas acampadas en Cumanacoa. Mariño pidió una entrevista, y la tuvo en efecto con el coronel Antonio José Sucre, jefe de estado mayor de la division de Bermúdez (1). Convinieron en ella que Mariño fuese á ocupar á Cariaco y que Bermúdez siguiera sobre Cumaná. Á pesar de tal convenio, Mariño y sus oficiales, llenos de desconfianza, se apostaron en el pueblo de San Francisco con cuatrocientos hombres en actitud casi hostil, y sin obedecer las órdenes del jefe nombrado por el Libertador. Solamente se unieron á Bermúdez algunos oficiales y soldados que no aprobaban la desobediencia de Mariño y de sus tropas. No se consiguió que los dos jefes obráran en combinacion contra los realistas, y esto fué causa de fatales consecuencias.

La division de Bermúdez ascendia á cerca de ochocientos hombres de infantería y caballería. Acampóse con ella el 16 de mayo en el puerto de la Madera, á dos leguas de Cumaná. Desde allí fatigaba á los realistas encerrados en la ciudad, adelantando sus partidas hasta las mismas trincheras con que habian fortificado la plaza. Cansado el brigadier don Tomas de Círes, go-

(1) Véase la nota 37ª.

bernador de la provincia, de sufrir las hostilidades del bloqueo, hizo una vigorosa salida con mas de quinientos veteranos que tenia de guarnicion. Atacó las posiciones de los rebeldes, y sucesivamente se apoderó de ellas el 30 de mayo. Las fuerzas de los patriotas, que eran bisoñas, fueron derrotadas, causándolas el enemigo una pérdida considerable en muertos, heridos y prisioneros; tambien les tomó la artillería, fusiles y gran parte de los equipajes. Retiróse Bermúdez á Maturin con las reliquias de su division, de donde pasó á Guayana. Entónces el general Mariño se acampó de nuevo en Cumanacoa, y desde allí molestaba siempre á los Españoles, que dominaban la mayor parte de la provincia.

En la inmediata de Barcelona el general Monágas ocupaba las cercanías de la villa del Pao. Él dirigia las operaciones de algunas partidas que incomodaban al enemigo, y combatian á otras de los realistas con varios sucesos. El jefe de batallon don Eugenio Arana mandaba las fuerzas españolas de esta provincia. No teniendo caballería, ninguna operacion importante podia ejecutar. Bajo de sus órdenes servian los comandantes de partidas Lozano, Torralva y Guzman, los que, auxiliados especial y vigorosamente por los Indios caribes de Chamariapa y San Joaquin, hicieron muchos daños á los patriotas. Sin embargo, toda la campaña se redujo á guerra de partidas, cuyos pormenores serian molestos si se tratára de referirlos. Sucesos de mayor importancia llaman nuestra atencion, especialmente en la provincia de Guayana.

Apénas arribó el Libertador á la ciudad de Angostura con los jefes y oficiales de infantería y caballería que le habian quedado, cuando comenzó á trabajar, impelido por su genio creador y con la actividad y constancia que le eran características. Su primer cuidado fué reorganizar el gobierno supremo, que durante su ausencia estuvo á cargo del consejo de Estado. Confirió las secretarías á los ciudadanos Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, entre quienes repartió el despacho de los negocios, dictando tambien algunas otras providencias importantes.

Mas los principales cuidados del Libertador se dirigieron á crear, disciplinar y armar un ejército que reemplazára al que habia perdido en la desgraciada campaña que acababa de terminar. Para conseguirlo, destinó al general Anzoátegui con los

cuadros de infantería que habian quedado, á que formase en las Misiones del Caroní un batallon de quinientos hombres para la guardia de honor del jefe supremo; otro de igual fuerza llamado Angostura y un cuerpo de zapadores debian levantarse en la capital de Guayana. Bermúdez, que habia llegado á Angostura, fué enviado á la Vieja-Guayana, á que aumentára y reorganizára sus tropas en el Bajo-Orinoco. Tambien se dirigieron órdenes las mas perentorias á Cumaná, Barcelona y demas puntos del territorio libre, para que se reclutáran hombres, á fin de completar nuevamente los cuerpos de infantería y caballería. Queria Bolívar organizarlos y disciplinarlos en los seis meses que duraba el invierno, ó las lluvias, y las consiguientes inundaciones de los Llanos.

Entre tanto dispuso el Libertador que así el general Páez, como Sarasa, Monágas y los demas jefes que mandaban tropas republicanas, hicieran rápidas incursiones en el territorio enemigo. Era su objeto fatigar á los realistas; sacar recursos y hombres para aumentar su ejército; acostumbrar, en fin, sus cuerpos á la guerra, para que en la próxima campaña no temiesen al ejército español.

Aguardando que tales medidas produjeran su efecto, Bolívar se dedicó á fomentar otros establecimientos públicos. Como uno de los mas importantes en aquellas circunstancias, decretó la publicacion de un periódico semanal, titulado *El Correo del Orinoco*. Se encargó de su redaccion el ciudadano Francisco Antonio Zea, escritor elocuente al mismo tiempo que puro y elegante (1); desde el principio dió su pluma una gran celebridad á aquel periódico: tambien contribuían á su redaccion los ciudadanos Roscio y José Luis Rámos. Era su objeto principal rebatir las calumnias de los Españoles, especialmente de la *Gaceta de Carácas*, redactada por el doctor don José Domingo Díaz, enemigo el mas irreconciliable de Bolívar, y de cuantos seguian la causa de la Independencia; manifestar las crueldades que cometian ó habian cometido los Españoles, así como las falsedades de sus partes y relaciones de batallas; desenvolver los principios que justificaban la Independencia de la América española; y dar, finalmente, á conocer el estado de la revolucion de Venezuela, sus desgracias ó sus triunfos, tanto á sus pueblos

(1) Véase la nota 38ª.

como á las naciones extranjeras. El *Correo del Orinoco* desempeñó muy bien estos objetos. Escritos luminosos y elocuentes salieron por la primera vez de las antiguas selvas de Guayana, é hicieron conocer por do quiera el valor y heroismo con que Bolívar y sus compañeros de armas sostenian la bella causa de dar á su patria independencia, libertad é igualdad (1).

Con esto un sentimiento generoso de simpatía se extendió por todas partes, y varios extranjeros se alistaron bajo el estandarte republicano, ó prestaron al jefe supremo auxilios de otras clases.

Eran solicitados principalmente en Lóndres por don Luis López Méndez, agente de Venezuela en aquella capital desde la primera época de la República. El zelo, la actividad y constancia de tan ilustre patriota no se habian arredrado por las desgracias de su patria. Semejante á Bolívar en la constancia, aun en medio de las mayores calamidades, habia esperado siempre ver independiente á Venezuela. Sus esperanzas se reanimaron con la ocupacion de la provincia de Guayana, y desde entónces se dedicó á buscar auxilios de hombres, vestuarios, armamento y municiones para enviar al jefe supremo. Ni las severas prohibiciones del gobierno de Su Majestad Británica para que sus súbditos no tomáran las armas contra la España y en favor de la revolucion hispano-americana; ni el que le lleváran á la cárcel por la falta de medios para llenar las obligaciones que contrajera; ni, en fin, otros mil obstáculos que se oponian á su atrevida empresa, pudieron retraer á López Méndez de continuarla con la mayor actividad y constancia. Desde el año anterior habia hecho contratas con algunos oficiales ingleses, que se comprometieron á conducir á Guayana cuerpos de tropas de infantería, caballería y artillería. En efecto, se formaron hasta seis expediciones, y por el mes de junio debian llegar algunas á Angostura. Mas habiéndose visto en la necesidad de arribar á algunas de las Antillas, sufrieron mil contradicciones de parte de los empleados de las aduanas por faltas que les atribuyeron á sus reglamentos. Las demoras, la escasez de recursos, la di-

(1) El primer número del *Correo del Orinoco* se publicó el 27 de junio de este año. Su duracion fué hasta el 4 de agosto de 1821, en que dejó Angostura de ser capital de la República, por haberse libertado Carácas. Se publicaron ciento doce números.

ferencia de clima y mejores conocimientos de las fatigas que iban á sufrir, causaron la disolucion de aquellas expediciones. Arribaron solamente á Angostura algunos oficiales y pocos soldados. Quedaron, pues, frustradas en la mayor parte las esperanzas que el jefe supremo habia concebido de introducir en su ejército la táctica y disciplina europeas, aprovechándose de la base que le dieran aquellos cuerpos extranjeros. Muy raros oficiales continuaron haciendo las difíciles campañas de la Independencia venezolana. Las fatigas y privaciones inherentes á ellas eran superiores á la educacion y hábitos militares de aquellos Europeos.

Hubo uno de estos oficiales que puso al Libertador en un gran comprometimiento, que pudo causar funestas consecuencias. El coronel inglés Wilson tomó servicio á principio de este año, y fué destinado al ejército de Apure. Permanecia en San Fernando despues que el Libertador siguió para Angostura. Mas prevaliéndose de las desgracias ocurridas en la última campaña, las que atribuía á culpa del jefe supremo, comenzó á intrigar sordamente con los jefes de aquel ejército para que, negando la obediencia al Libertador, proclamáran á Páez capitan general, y obligáran á Bolívar á reconocerle en tal destino. Wilson logró comprometer á los jefes mas distinguidos del ejército de Apure, que idolatraban á Páez, y todos formaron un acta. Luego que el Libertador tuvo conocimiento de esta sedicion, se pronunció contra ella, pero con mucha prudencia y de una manera que no exasperaba á sus autores. Él consiguió separar á Wilson del ejército de Apure, y cuando llegó á la ciudad de Angostura, le hizo poner en un castillo, miéntras lo expelía fuera del país, segun lo verificó. Súpose despues de un modo indudable, que Wilson era agente secreto enviado por el embajador español en Lóndres para introducir la discordia entre los jefes republicanos. La prudencia y sagacidad de Bolívar conjuraron entónces la tempestad, cuyos gérmenes de desobediencia quedaron subsistentes, y se reprodujeron de nuevo despues de algun tiempo. Esto prueba lo que ántes hemos dicho: — que ninguna cosa dió tanto trabajo al Libertador, y que nada manifiesta mas claramente sus talentos, su tacto político y su conocimiento de los hombres, como el haber podido conservar la union entre los diferentes jefes republicanos, y consolidar al fin su autoridad sobre todos ellos. Dióle acaso esto

solo mas trabajo y sinsabores que la misma guerra con la España.

Frustradas en gran parte las esperanzas que los patriotas habian fincado en los auxilios de oficiales y soldados extranjeros, fueron mas felices en la adquisicion de armas, municiones y otros efectos militares. El mismo López Méndez habia celebrado várias contratas con algunos comerciantes de la capital del imperio británico, para proveer al gobierno de Venezuela de aquellos artículos. Las condiciones eran harto gravosas, tanto por el alto precio y mala calidad de los efectos, como por los crecidos intereses que se estipularon; empero ningun comerciante podia arriesgar sus capitales franqueándolos á los patriotas, si no era estimulado por la esperanza de una grande utilidad. Así fué que el jefe supremo se consideró muy feliz cuando supo que principiaban á llegar á Angostura los elementos militares comprados á crédito por López Méndez. Su arribo era en los mismos dias en que terminada la campaña, apénas se habian podido salvar cosa de doscientos fusiles. En medio de tantos contratiempos y desgracias ocurridos en los últimos seis meses, esta circunstancia feliz vino á reanimar las esperanzas del Libertador, y á realzar el mérito del zelo, de la constancia y habilidad de su comisionado en Lóndres (1).

No fué ménos oportuno el auxilio que el jefe supremo recibió del almirante Brion. Este habia conseguido en las Antillas la compra de cinco mil fusiles, pólvora, pertrechos y otros varios efectos militares. Los conducia á bordo de su escuadra, despues de haber hecho un largo crucero en que se hizo respetar de la escuadra española apostada en las costas de Venezuela, y dirigida por don José María Chacon: este no se atrevió á atacar la de Brion, que estaba unido con los buques del jefe de corsarios Aury, y regresó á Cumaná. El almirante republicano entró despues en el Orinoco, y desembarcando felizmente en las fortalezas de la Vieja Guayana todo el armamento y pertrechos que llevaba, arribó á Angostura (julio 12).

Llevaba consigo á Mr Irvine, agente del gobierno de los Estados Unidos. Se dijo entónces que este iba á informarse del estado que tenia la causa de los independientes en Venezuela, de los progresos que habian hecho y de los recursos de su

(1) Véase la nota 39a.

gobierno. Pero los Americanos del Norte se cuidaron siempre muy poco de que sus hermanos del Sur triunfáran ó no de la madre patria, para lo cual no prestaron jamas el menor auxilio. Dirigidas sus miras por un interesado egoismo, la verdadera mision de Irvine fué formalizar reclamos sobre apresamientos hechos por los corsarios independientes de buques americanos. Bien léjos el Libertador de plegarse á débiles consideraciones, habló al comisionado con energía y con una firmeza laudable, capaz de dar alta idea de su carácter.

Por este tiempo el gobierno de los Estados Unidos habia dirigido, segun se dijo, comisionados á Buenos Aires y Chile, para inquirir por medio de ellos, si estaba ó no cercano el dia de reconocer la Independencia de estas nuevas Repúblicas. La legislatura del estado de Kentuky y varios ciudadanos de la Confederacion pedian ya el que se reconocieran. Un sentimiento de estéril simpatía iba cundiendo por el continente americano en favor de la Independencia de las colonias españolas, empeñadas en una lucha tan heróica como sangrienta.

El comisionado Irvine fué recibido con entusiasmo en la ciudad de Angostura, donde él residió algun tiempo ántes de regresar á su país. El jefe supremo ocultó el verdadero objeto de su comision, y dejó al pueblo en el errado concepto de que era favorable al reconocimiento de la Independencia.

Hácia la misma época el Libertador recibió comunicaciones del director supremo de Buenos Aires, don Juan Martin de Puirredon, en que colmaba de elogios á Bolívar y á los pueblos de Venezuela, por su constancia heróica en sostener la independencia de su patria. Iguales comunicaciones le dirigió poco despues el supremo director de la República de Chile, don Bernardo O'Higgins, que participó tambien la espléndida victoria obtenida por los patriotas sobre el ejército español en Maipú. Añadia, que preparaba una escuadra bastante fuerte para dar libertad al Perú. Estas relaciones amigables y de union que principiaban á establecerse entre las nuevas repúblicas, y las noticias que se transmitian por su medio, reanimaron las esperanzas de los patriotas de Venezuela y de sus jefes. Ellos veían que la revolucion hispano-americana hacía rápidos progresos, y que la bandera tricolor iba lanzando del continente al leon de España.

Desde entónces ya Bolívar habia concebido el brillante proyecto

de la Union americana. En su proclama á los habitantes del Rio de la Plata les decia en 12 de junio : — « La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entónces os convidará á una sola sociedad, para que nuestra divisa sea « Unidad en la América meridional. » Tan grandiosa idea no tuvo jamas cabida en los gobernantes de Buenos Aires.

Las atenciones sobre la política exterior no distraían al jefe supremo de los cuidados que era preciso dirigir hácia la administracion interior. En 2 de julio expidió un decreto fijando várias reglas para impedir el escandaloso contrabando que se hacía por el Orinoco con grave perjuicio de la hacienda pública. Por otro decreto del siguiente dia sujetó la policía general y la municipal á los gobernadores, comandantes generales de las provincias y á sus subalternos : hizo tambien á los mismos gobernadores presidentes de los cabildos. Dirigíase este arreglo á dar fuerza al gobierno de la República y á sus agentes inmediatos, para introducir el órden y contener con mano vigorosa la indisciplina y los motines que por desgracia eran tan frecuentes en aquella época. Por otro decreto de 7 de julio concedió á los extranjeros que se domiciliáran en el país exenciones importantes con el designio de atraer emigrados : ellos no podrian en lo venidero ser alistados en el ejército sin su consentimiento; tampoco se les podrian exigir contribuciones, donativos ni empréstitos extraordinarios.

Empero la principal atencion del Libertador era la guerra : él continuaba con mucha actividad reclutando hombres y juntando caballos para organizar de nuevo su ejército. Con este objeto envió armas, municiones y toda clase de elementos militares á los diferentes depósitos de tropas en la provincia de Guayana, y á la division de Páez en el Apure. Tambien los dirigió á las tropas de Sarasa, quien se mantenia en el alto Llano de Carácas hácia Chaguarámas, desafiando al ejército español que le rodeaba; á las de Monágas en la provincia de Barcelona; finalmente, á las de Cumaná, que existian en Cumanacoa y Maturin. Sabiendo el jefe supremo que Mariño habia organizado una fuerte columna en Maturin, le escribió excitándole á nombre de la patria á que consagrára todos sus cuidados á la Independencia, olvidando rencillas y pequeñas pasiones; ase-

guróle Bolívar que por su parte lo olvidaba todo, con tal que reconociera su autoridad. En consecuencia legitimó el mando de Mariño, nombrándole comandante general de la provincia de Cumaná. Á fin de que tuviera quien le diese buenos consejos libertándole de las sugestiones de algunos amigos peligrosos, le envió para jefe de estado mayor al coronel Francisco Conde, miembro del consejo de Estado, oficial distinguido, que merecia justamente la confianza del Libertador. Sensible Mariño á estas distinciones, ofreció que en lo venidero obraria en todo conforme á las órdenes que recibiera del jefe supremo.

Fuera de estas providencias Bolívar habia dado las mas activas disposiciones para que se contratáran en Europa algunos cuerpos ingleses de tropas que tenia medio enganchadas el comisionado López Méndez. Una de las ventajas que pensaba sacar de dichos cuerpos, era introducir en su ejército la táctica y disciplina de las tropas europeas en que se hallaban instruidos; creía, ademas, que ellos aumentarian la fuerza moral del ejército, é inspirarian confianza á los pueblos, de que al fin consiguirian un resultado feliz en la sangrienta lucha que sostenian.

Durante la cesacion de la campaña solo hubo guerra de partidas (julio). En Barínas las guerrillas de los patriotas cruzaban la provincia en todas direcciones. Un cuerpo escogido de las tropas de Páez, en número de doscientos hombres, hizo una incursion sobre Torúnos, destruyó un destacamento de cuarenta realistas, y ocupó la ciudad de Barínas, retirándose Calzada con la quinta division en número de mil trescientos hombres á Guanare. Despues de tan atrevida operacion, los patriotas regresaron á la derecha del Apure por el Pagüey; de paso tomaron prisionero á Pedro Garrido, valeroso guerrillero realista, y á todos los que le acompañaban. Otra guerrilla que mandaba Nicolas Ruédas tuvo la misma suerte en Pedraza. En Araure, Ospino, y en varios lugares del occidente de la provincia de Carácas hubo una sublevacion contra los Españoles, la que fué sufocada por la segunda division realista. El general Sarasa, que siempre vagaba entre Chaguarámas, Orituco y el Calvario, batió un fuerte destacamento que dirigia Moráles sobre Orituco; el jefe realista, que se hallaba en el Sombrero, se retiró entónces á Calabozo. Otra ventaja obtuvo el comandante Leonardo Infante, subalterno de Sarasa,

batiendo en el sitio de Beatriz á dos cuerpos volantes que mandaban los capitanes realistas Orámas y Machuca, dependientes de la division de Moráles. Al mismo tiempo Cedeño se hallaba en San Diego de Cabrutica, y Monágas en las cercanías de las bocas del Pao: estas divisiones podian comunicarse y hostilizaban de contínuo á los realistas. Mandaba sus tropas en la provincia de Barcelona don Eugenio Arana, quien tenia sus estancias en San Andres de Onoto: desde allí hacía pequeñas correrías en los Llanos; pero siendo sus fuerzas inferiores á las de los patriotas, se hallaba en la necesidad de limitarse á la defensiva.

En el ínterin el general Morillo se habia restablecido enteramente de la peligrosa herida que recibió en la batalla del Sémen. Él trabajaba con mucha actividad en llenar las bajas que los cuerpos de su ejército habian sufrido en la campaña anterior, en disciplinarlos y reorganizarlos; él visitó los lugares del occidente de Carácas, llegando hasta Barquisimeto; él examinó el estado que tenia la quinta division estacionada ordinariamente en Nútrias y sus alrededores; él penetró á Calabozo, á fin de pasar revista á la division de vanguardia regida por Moráles, la que llegó á tener mil cuatrocientos jinetes del país bien montados y equipados, fuera del segundo batallon de infantería de la Union; él, en fin, regresó á Carácas por San Juan de los Mórros y las montañas de Güeripa.

Á pesar del genio militar y de la infatigable actividad del general Morillo, auxiliado por los excelentes jefes y oficiales que tenia bajo de sus órdenes, el ejército español no se hallaba en situacion ventajosa. Su armamento era escaso, sin embargo de que hacía mucho tiempo que Morillo lo habia pedido al capitan general Pardo. Escaseaban tambien el vestuario, los víveres y las municiones. Diariamente ponia Morillo oficios muy exigentes al capitan general, para que, usando de sus facultades, franqueára al ejército los recursos necesarios para hacer la guerra y defender las provincias de Venezuela. Felizmente para la causa de los patriotas, el capitan general daba traslado al intendente de lo que pedia el general en jefe, y el intendente lo comunicaba á otros subalternos. De este modo se perdia el tiempo en formar voluminosos expedientes, segun el sistema español.

La escuadra realista de Venezuela permanecia en Puertocabello, adonde habia ido de Cumaná. Desmantelada y careciendo

de todo lo necesario, no podia salir al mar, ni se la reparaba, sin embargo de que Morillo lo exigia con urgencia, y como una medida de vital importancia para la defensa de la Costa-Firme. Así era que no teniendo los Españoles buque alguno de guerra en estado de servicio, los corsarios patriotas con banderas de Buenos Aires y Venezuela dominaban el mar : ellos apresaron tres buques extranjeros, que conducian vituallas para la plaza de Cumaná por cuenta del gobierno español; ellos hicieron un desembarco en las bocas del Tuy y alarmaron aquella costa; ellos, en fin, hostilizaban de tal manera el indefenso comercio de Venezuela que del todo iba desapareciendo. Los puertos de la isla de Margarita eran el asilo de los corsarios y adonde llevaban las presas para ser juzgadas por el tribunal de almirantazgo, que el jefe supremo habia establecido allí. La organizacion que el corso recibiera de los patriotas causó un grave daño á la nacion española : era tan activa la guerra que los independientes le hacian por medio de las patentes de corso, que hasta las mismas costas de España fueron insultadas por corsarios atrevidos y valientes. El comercio de la Península con las colonias que aun dominaba la metrópoli, quedó casi interrumpido ó sufria mucho.

Sin embargo de las dificultades que oponian á Morillo las autoridades legales de Venezuela para la marcha firme y rápida de las operaciones militares que se proponia ejecutar, no varió de conducta. Habia mandado que se restableciera el imperio de las leyes, y lo cumplió, aunque peligrára su gloria militar. Es digna de elogio esta parte de su vida pública.

En medio de tamaños obstáculos que se presentaban á Morillo para la pacificacion de la Costa-Firme, supo de una manera indudable estarse reclutando en la Inglaterra algunos cuerpos de soldados, con el fin de auxiliar á los patriotas de Venezuela. Redobló, pues, sus preparativos para la próxima campaña. Era el ánimo del general español presentarse en ella con una grande superioridad, y desde el principio dar á los insurgentes un golpe decisivo.

Con el objeto de debilitar á los patriotas, quiso Morillo privarlos de un valiente defensor, que fatigaba de contínuo á los realistas, haciéndoles una guerra de partidas. Escribió, pues, al general Pedro Sarasa, tributándole muchos elogios : le ofrecia que si se pasaba al partido real, quedaria mandando las

fuerzas que tenia, confiriéndosele por el gobierno del rey un grado militar proporcionado al servicio que hiciera. Sarasa contestó con indignacion á esta carta, por el agravio que se le hacía en suponérsele capaz de una traicion contra su patria: ofreció á Morillo un indulto á nombre de la República, si él se pasaba, é hizo publicar la correspondencia en el *Correo del Orinoco.* En la guerra de Venezuela no hubo ejemplar de que se desertára á los realistas ningun oficial patriota de graduacion, ni cuerpo alguno de tropas, sino es en la desgraciada época de la entrada de Monteverde en 1812. Los oficiales y soldados republicanos, pobres, muchas veces desnudos y alimentándose con solo carne asada sin sal, permanecian fieles á la causa que habian adoptado, y cada dia era mayor el aborrecimiento que tenian al partido español, con el cual no podian amalgamarse. No quedaba, pues, otra esperanza de tranquilidad en el país, sino la de que triunfára alguno de los contendores (1).

Penetrado de esta verdad, el Libertador no perdia un momento en prepararse para la próxima campaña. Fuera de las activas providencias que habia dado á fin de levantar en Venezuela un ejército lo mas numeroso posible, resolvió organizar las tropas que los jefes de partidas Juan Galea y Ramon Nonato Pérez habian juntado en la provincia de Casanare, correspondiente á la Nueva Granada; lo que solicitaron sus habitantes por medio de un comisionado. Galea y Pérez eran oficiales valientes, pero sin conocimientos militares. Así, para llenar este vacío, el jefe supremo ascendió á general de brigada al subjefe de su estado mayor general Francisco de Paula Santander, Granadino que hacía algun tiempo servia con reputacion en el ejército republicano. Dióle mil doscientos fusiles con las municiones bastantes, y cuatro oficiales, que fueron los coroneles Jacinto Lara y Antonio Obando, y los tenientes coroneles Joaquin Paris

(1) Ya que Morillo no podia reducir á los partidarios de la Independencia, quiso hacerlos odiosos y despreciables á los pueblos. Dió, pues, en 14 de agosto un decreto, que circulára y publicára, en el que prohibia que se llamáran *patriotas* á los Venezolanos que guerreaban por conseguir la Independencia de su patria. Al mismo tiempo prevenia, que se les nombrára — « insurgentes, facciosos, rebeldes, » y otros epítetos semejantes. Este decreto se daba por Morillo derogando otro del capitan general Pardo, en que prohibió con penas el que se llamáran *godos* á los realistas, é *insurgentes* á los patriotas.

y Vicente González, Granadinos los tres últimos. Estos fueron los únicos elementos con que el general Santander partió de Angostura el 26 de agosto, con el designio de formar una parte del ejército que se destinaba desde entónces para dar libertad á la Nueva Granada.

El jefe supremo dirigió en aquellos mismos dias una proclama á los Granadinos, en que les referia con exageracion las ventajas obtenidas por el ejército libertador contra los realistas : les ofrecia que iria á romper el yugo opresor bajo del cual gemian, y la terminaba diciendo : — « El sol no completará el curso de su período sin ver en todo vuestro territorio altares á la libertad : » promesa que se cumplió literalmente. Los disidentes de Apure quisieron interrumpir el viaje de Santander hácia Casanare, oponiéndosele en el sitio de Cariben. Mas llegaron tarde á este lugar, y Santander rindió su viaje sin obstáculo alguno.

En los mismos dias Cedeño partió de Angostura con el designio de organizar las tropas que Sarasa mandaba en los Llanos de la provincia de Carácas. Llevaba fusiles, municiones, oficiales y los demas elementos necesarios para formar una division respetable. El valiente coronel Sánchez fué nombrado jefe del estado mayor.

En las misiones del Caroní se organizaba tambien con la mayor actividad la guardia de honor del jefe supremo, compuesta de los batallones Rifles, Granaderos y cinco compañías de dragones. La mandaba el general Anzoátegui, y era jefe de estado mayor el coronel granadino José María Vergara.

La division de Monágas recibió igualmente auxilios de vestuario, armamento y municiones. El Libertador, sobre todo, puso el mayor esmero en armar, vestir y disciplinar la division que mandaba el general Mariño en la provincia de Cumaná, á cuyo efecto le envió algunos buenos oficiales. Bolívar proyectaba tomar la plaza de Cumaná con aquellas tropas, contando con la activa cooperacion de todas las fuerzas republicanas que existian en las provincias de Barcelona y Cumaná.

Con el objeto de asegurar la ejecucion de este plan, envió á Bermúdez, dándole cien hombres, á los cuales debian unirse mas de trescientos soldados de Cumaná embarcándose en el puerto de Tabasca. El almirante Brion, que iba á salir al mar con tres buques de guerra, debia tambien contribuir al buen éxito de la expedicion. El valiente capitan de navío Antonio

Díaz mandaba las fuerzas sutiles, que eran cinco lanchas. Sin embargo de que faltó el auxilio de los trescientos soldados de Cumaná, Bermúdez siguió contra Güiria, punto fortificado por los enemigos, y donde habia una guarnicion de cuatrocientos realistas. Á pesar de la superioridad de estos, Bermúdez, auxiliado por las naves de Brion y por las fuerzas sutiles, atacó la plaza. En una calma tomaron los realistas con sus lanchas al bergantin *Colombia;* mas continuándose el combate, el capitan Díaz entró en el puerto, apoderándose de los buques enemigos, en cuyas tripulaciones hizo un grande estrago. Espantada la guarnicion, abandonó la plaza á las dos de la mañana del 25 de agosto, y tambien el fuerte que allí tenian los realistas. Ocho buques menores de guerra, el bergantin *Colombia* represado, ocho mercantes, seis piezas de artillería en el fuerte, mas de cien fusiles y algunas municiones; tal fué el botin ganado por la expedicion. Los enemigos perdieron cien hombres y puntos muy importantes, de donde hostilizaban sobre manera al comercio que se hacía por el Orinoco.

Despues de ocupar á Güiria, Bermúdez juntó cuantos hombres pudo en aquella costa: entre ellos se le reunieron doscientos que permanecian en los bosques inmediatos, pertenecientes á la guerrilla del coronel Juan Cárlos Fouchet. Dejando guarnecida á Güiria, se dirigió á Rio-Caribe, donde hizo un desembarco; pero fué rechazado y tuvo que abandonar la empresa despues de sufrir un descalabro (setiembre 13). Se lo causó el comandante realista don Ramon Anes. Vióse por tanto en la necesidad de refugiarse á Margarita con cerca de cien hombres, de donde la expedicion regresó despues de algun tiempo á Guayana. Por consiguiente se perdió entónces la esperanza de que Bermúdez cooperase con Mariño al buen éxito de la empresa que este proyectaba sobre la capital de la provincia de Cumaná.

Entre tanto el Libertador, situado en Angostura, daba impulso á todas las operaciones militares de sus tenientes y al gobierno civil del territorio libertado. Siendo cada dia mas fuerte y segura la probabilidad de defenderle contra cualesquiera ataques de los enemigos de la Independencia, los hombres pensadores que ayudaban al Libertador, y aun algunos jefes militares de alta graduacion, comenzaron á manifestar con mayor energía sus deseos de que se reorganizára el gobierno

supremo de la República. Como este se habia confiado solo á Bolívar con facultades absolutas, deseaban que se le pusiera algun freno, y que se estableciera por lo ménos una sombra de representacion popular. El Libertador, temiendo sin duda que se aumentára el descontento, que ya se notaba en algunos, y no queriendo ofrecer un pretexto á cualquiera jefe ambicioso, para que intentase una revolucion como la de Piar, siguió los consejos que se le dieron sobre tan importante negocio. Habiendo graves dificultades que previamente debian allanarse, reunió de nuevo y completó los miembros que faltaban del consejo de Estado. Este habia caido en desuso y hacía mucho tiempo que no se juntaba.

El jefe supremo lo convocó el 1° de octubre, abriendo la sesion con un discurso. Dijo en él, que presentaba al consejo de Estado, que tenia atribuciones legislativas, todos los decretos que habia expedido á fin de que los revisára. Manifestó la necesidad que habia de que se diera al gobierno supremo una forma republicana, y que se llamáran á componerlo otros ciudadanos distinguidos que la pudieran establecer sobre basas sólidas; que un guerrero como él, arrastrado con frecuencia al campo de batalla, era imposible que fuese al mismo tiempo el magistrado y el creador de la República; en fin, que nada era tan opuesto á su carácter personal y á su destino, como el ejercicio del gobierno, repitiendo haber llegado el tiempo de que otros ilustres ciudadanos le descargáran de sus funciones. En consecuencia propuso al consejo que nombrára una comision especial, para que discutiera el modo de hacer las elecciones populares, y que presentára un proyecto de reglamento para la convocacion del Congreso constituyente de Venezuela. Discutida la materia, se acordó en la misma sesion ser conveniente y aun necesaria la convocatoria del Congreso, y se nombró la comision indicada. Componíase de los ciudadanos Juan German Roscio, Fernando Peñalver, Juan Martínez, Ramon García Cádiz, Luis Peraza y Diego Bautista Urbaneja, miembros del mismo consejo. El jefe supremo escogió para presidirlo al general Rafael Urdaneta, y para secretario á García Cádiz.

Esta comision especial formó el reglamento para las elecciones populares, en que se debian nombrar los diputados para el futuro congreso. Precedíalo un largo y cansado preámbulo,

que contenia la historia de los pasos que habia dado Venezuela para conseguir desde 1810 su libertad é independencia, y para establecer un gobierno popular representativo. Exponia en seguida de qué manera podrian hacerse las elecciones en las actuales circunstancias, en que los Españoles poseían casi todo el país. Desde entónces indicaba nuevamente la idea de que Venezuela formára una sola República con el vireinato de la Nueva Granada, y que por tanto debian admitirse en el congreso que se iba á convocar los diputados de la provincia de Casanare, la única que se hallaba libre. Entraba despues en la parte reglamentaria de las elecciones populares, por medio de las cuales se escogerian treinta diputados para componer el congreso, á cinco por cada provincia, de las de Carácas, Margarita, Barcelona, Cumaná, Guayana y Barínas. Las elecciones debian hacerse por los pueblos libres, reunidos en sus parroquias, y por divisiones militares donde quiera que los sufragantes se halláran con las armas en la mano : esto sucedia en todas las provincias, ménos en Guayana y Margarita. Fijóse para la instalacion del congreso en la ciudad de Angostura el 1° de enero de 1819. Este reglamento, obra sin duda del doctor Roscio por sus textos latinos, por su difusion y mal gusto, fué aprobado por el jefe supremo en 24 de octubre, y vino á ser ley de la República. Ántes de aprobarlo, el Libertador dió cuenta en una proclama dirigida á los Venezolanos del estado que tenia la República, y manifestó la necesidad que habia de que se convocára un congreso de representantes del pueblo (octubre 22). « Venezolanos, decia, nuestras armas han destruido los obstáculos que oponia la tiranía á nuestra emancipacion, y yo, á nombre del ejército libertador, os pongo en posesion del goce de vuestros imprescriptibles derechos. Nuestros soldados han combatido por salvar á sus hermanos, esposas, padres é hijos; mas no han combatido por sujetarlos. El ejército de Venezuela solo os impone la condicion de que conserveis intacto el depósito sagrado de la libertad : yo os impongo otra no ménos justa y necesaria al cumplimiento de esta preciosa condicion : elegid para magistrados á los mas virtuosos de vuestros conciudadanos, y olvidad, si podeis, en vuestras elecciones á los que os han libertado. Por mi parte, *yo renuncio para siempre la autoridad que me habeis conferido*, y no admitiré jamas ninguna que no sea la simple militar, miéntras dure la infausta guerra de Ve-

nezuela. El primer dia de paz será el último de mi mando. »

El gobierno español de Venezuela y todos sus partidarios procuraron ridiculizar en extremo esta proclama y la convocatoria del congreso venezolano. Era su objeto disminuir la impresion favorable á la causa de la Independencia que dicha convocacion iba á producir entre los hombres pensadores del Nuevo y Antiguo Mundo. Tal paso anunciaba, en efecto, la idea siempre fija en Bolívar de establecer un gobierno popular, representativo y republicano en su patria, capaz de hacer la felicidad de los pueblos. Esto era verdaderamente inasequible miéntras duraba la guerra, porque la defensa contra los realistas exigia una autoridad suprema, fuerte, ilimitada y única; pero á lo ménos se hacía entónces lo posible para darla un saludable contrapeso que no perjudicára á las operaciones militares, que alimentase las esperanzas de los verdaderos republicanos, y que removiera todo pretexto á motines y alborotos de jefes ambiciosos que se cubrieran con el manto de la libertad, para elevarse y oprimir de nuevo á los pueblos.

Tan luego como diera el jefe supremo estas disposiciones, hizo embarcar la guardia de honor con destino á San Fernando de Apure, y él siguió por Soledad á Maturin, donde fué recibido con mucho regocijo. Su viaje tenia por objeto ponerse á la cabeza de la division del general Mariño en Cumaná, y ver si conseguia apoderarse de la capital y de toda la provincia, ántes que fuera tiempo de abrir la campaña en los Llanos. Mas la fortuna de ningun modo favoreció este proyecto, que parecia bien combinado. Mariño contaba con mil ciento cincuenta soldados de infantería, trescientos cincuenta de caballería y cuarenta y uno de artillería, todos regularmente disciplinados y compuestos de hombres valientes y decididos. Conforme á las órdenes que se le habian comunicado, debia seguir de Maturin á Cumaná por el camino que guia á Cumanacoa; pero, en vez de esto, escogió la ruta de San Francisco y de Caripe, con el designio de atacar primero á Cariaco. Ya cerca del pueblo formó un cuerpo de cazadores, compuesto de las compañías de preferencia de los batallones de Honor, Independiente, Maturin y Colombia, que puso bajo la direccion del coronel Móntes. Con esta pequeña fuerza y con el batallon de Honor se precipitó (octubre 31) Mariño á atacar á los realistas de Cariaco, que se hallaban bien preparados á las órdenes del teniente coronel don Agustin No-

guéras y del comandante don Manuel Lorenzo, cuando el resto de su division se hallaba aun á média legua de distancia. El ataque de los patriotas fué impetuoso, pero nada pudieron conseguir, sino la pérdida de cien hombres muertos y la dispersion del resto, que huyó aterrado á buscar proteccion en las demas tropas que se acercaban : tambien se comunicó á ellas el desórden, y perseguidas por los realistas en los desfiladeros que debian pasar entre Cariaco y Catuaro, la derrota fué completa, perdiéndose trescientos setenta muertos y muchos prisioneros. Los restos continuaron á Santamaría, y al dia siguiente se acamparon en el cerro de este nombre : los realistas no se atrevieron á atacarlos de nuevo.

El Libertador recibió tan desagradable noticia en el pueblo de Guanaguana, adonde habia llegado con su estado mayor en camino para activar el sitio de Cumaná : de allí regresó á Maturin, donde se hallaron el jefe de estado mayor coronel Conde y el mismo general Mariño, que llegó despues. Informado el jefe supremo de las causas que habian motivado la dispersion de las tropas, y de las pérdidas que estas habian sufrido, dictó las mas enérgicas y activas providencias para remediar en lo posible el mal. Una de ellas, y sin duda la mas importante, fué enviar al teniente coronel Francisco Abendaño con órdenes á Bermúdez, que se hallaba en Margarita, para que regresára inmediatamente á hacerse cargo de la comandancia general de la provincia de Cumaná; dispuso que Mariño se trasladára á la de Barcelona á organizar un ejército, cuya base debian ser las fuerzas mandadas hasta entónces por Monágas. Hecho esto, determinó regresar á Angostura, lo que hizo inmediatamente.

Se hablaba mucho en esta época de los pasos que daba el cabinete de Madrid para conseguir la mediacion de las grandes potencias europeas, á fin de terminar la guerra de sus colonias de América, sujetándolas de nuevo á su dominacion. Tales pasos diplomáticos eran efectivos, y habian llamado la atencion de los patriotas de Venezuela. En consecuencia *El Correo del Orinoco* publicó un largo artículo, bien escrito, manifestando cuánto habia trabajado Venezuela desde el principio de la guerra para arreglar la cuestion de Independencia de un modo pacífico y amistoso; pero que el gobierno de España lo habia despreciado todo, haciendo en Venezuela lo mismo que en el resto de la América española, una guerra de exterminio y devastacion.

Por tales motivos no habia quedado á los patriotas mas recurso que pelear hasta conseguir su absoluta Independencia.

Queriendo el jefe supremo dar á estas ideas, que eran las de todos los patriotas, la mayor publicidad de un modo oficial y auténtico, reunió en la ciudad de Angostura, en clase de junta nacional, el consejo de Estado, la alta corte de justicia y las demas autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Allí, despues de haber discutido y examinado muy detenidamente la cuestion importante de la mediacion, acordaron en 20 de noviembre publicar la declaratoria siguiente, que copiamos íntegra :

« — 1° Que la República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nacion española y constituida en un Estado independiente, libre y soberano. — 2° Que la España no tiene justicia para reclamar su dominacion, ni la Europa derecho para intentar someterla al gobierno español. — 3° Que no ha solicitado ni solicitará jamas su incorporacion á la nacion española. — 4° Que no ha solicitado la mediacion de las potencias para reconciliarse con la España. — 5° Que no tratará jamas con la España sino de igual á igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones. — 6° Que únicamente desea la mediacion de las potencias extranjeras, para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando á la España á ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la nacion venezolana, reconociéndola y tratándola como una nacion libre, independiente y soberana. — 7° Últimamente, declara la República de Venezuela que desde 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces, y cuanto es caro y sagrado entre los hombres para recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela á sepultarse todo entero en medio de las ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español. »

Esta solemne declaratoria, firmada por el jefe supremo, se publicó inmediatamente en *El Correo del Orinoco.* Se queria manifestar con ella á todas las naciones cuán decididos estaban los Venezolanos á mantener el depósito sagrado de su Indepen-

dencia. Costábales esta los mas penosos sacrificios de sus vidas, de su sangre, de sus propiedades y de toda clase de aquellos goces que hacen soportable la vida. Sin paga, sin vestidos, y muchas veces sin los alimentos mas precisos, los patriotas venezolanos todo lo arrostraban con inalterable fidelidad á la causa que habian proclamado, á fin de conseguir, á lo ménos para sus hijos, los grandes bienes de independencia, libertad é igualdad.

Dadas tan importantes disposiciones, y acercándose el tiempo de abrir la campaña, el Libertador activó todos los preparativos necesarios, y él mismo se dispuso para dejar la capital de Angostura. Tuvo ántes el sentimiento de saber otro nuevo descalabro que recibieran los patriotas en la Punta de Araya, correspondiente á la provincia de Cumaná. Cuatro flecheras y un esquife de los independientes trabaron allí un reñido combate con la escuadrilla real, que regía el capitan Guerrero; tomólas este al abordaje despues de tres horas de sangrienta pelea, y cuantos componian las tripulaciones fueron degollados.

El punto destinado para la reunion del ejército con que el jefe supremo se proponia abrir la campaña, era San Fernando de Apure, donde estaban las tropas del general Páez, junto con los batallones de la Guardia, Granaderos, Rífles, Zapadores y Dragones. El general Anzoátegui trabajaba con mucha actividad y constancia en disciplinar la infantería, para ver si era posible que igualase á la española. Al mismo tiempo Bolívar dió sus órdenes para que la division Monágas se aproximára á las bocas del Pao, así como un escuadron regido por el coronel ingles Rook. El general Cedeño, que habia sorprendido en sus acantonamientos al comandante enemigo Torralva, causándole bastante daño, recibió tambien órden para que se trasladára á San Fernando.

Cuando todo estaba preparado en Angostura, el jefe supremo salió (diciembre 21) con su estado mayor general y con los demas aprestos militares en un convoy de veinte buques, los que debian subir el Orinoco: estos recibieron en las bocas del Pao á la division Monágas y á otros cuerpos. Monágas permaneció en la provincia de Barcelona, donde tenia mucho influjo, con el encargo de levantar nuevas tropas.

Año de 1819. — En veinte y dos dias llegó el convoy á la embocadura del rio Aráuca, despues de reunirse en el tránsito con

otro que mandaba el coronel Salon (enero 12). En aquellas cercanías estaba la division de Cedeño, y habiendo desembarcado los batallones nombrados Barlovento y Barcelona, siguieron á incorporarse con la misma division, despues de haber sido armados y vestidos. Como la escuadrilla del Orinoco no podia subir el rio Aráuca, que tiene poco fondo, se la destinó al puerto de Arichuna al mando del comandante Felipe Estévez. El resto de la expedicion, que no marchaba por tierra, fué trasladado á buques menores para subir el Aráuca. El jefe supremo poniéndose á la cabeza de la division Cedeño, siguió al Caujaral, y de aquí á San Juan de Payara, lugar destinado para la reunion del ejército.

Grandes y generosas eran las miras que traía el Libertador en su marcha al Apure á unirse con las tropas de Páez. Queria en primer lugar consolidar la autoridad del gobierno supremo por medio de los cuerpos de infantería enviados por delante ó que él mismo conducia. Ninguna dificultad tuvo en conseguir de nuevo la obediencia de Páez, que, animado de verdaderos sentimientos patrióticos, cedió por su parte, y quedó sin fuerza alguna el acta de desconocimiento de la autoridad suprema de Bolívar, que perversos intrigantes y hombres débiles habian suscrito en el año anterior. Influyó tambien para tan feliz resultado la confianza que puso el Libertador en el honor de Páez y en la valentía de sus tropas.

Apénas habia conseguido el Libertador tan oportuna é importante reconciliacion, que parecia haber cortado enteramente los motivos de las disensiones pasadas, cuando supo que los mismos jefes y oficiales que suscribieron el acta del año anterior se habian juntado nuevamente, y que trataban de dirigirle una representacion para que se llevára á efecto el acta mencionada. Las circunstancias no podian ser mas críticas : el general Páez era adorado de sus tropas, que componian una gran parte del ejército. Ademas, los enemigos estaban ya en marcha, y cualquiera disension en aquellos momentos peligrosos les daria un fácil triunfo. Era, pues, necesario evitar males tan graves, conservando al mismo tiempo la dignidad del gobierno y la disciplina militar. El Libertador adoptó el medio de llamar á Páez á una conferencia privada, á la que ninguno asistiera. Parece haber manifestado al jefe de Apure la firme resolucion en que se hallaba de no acceder jamas á las inicuas pretensiones de

una faccion que se arrogaba las funciones mas preciosas del gobierno, y que destruía la subordinacion militar. Concluyó asegurándole que estaba resuelto á mantener la dignidad de su carácter y del gobierno que se le habia confiado, aunque se viese en la necesidad de hacer el último sacrificio; al mismo tiempo aconsejó á Páez que persuadiera á los fautores de aquel proyecto, que desistieran de su intento, y que no le presentáran la mencionada solicitud. Páez se vindicó, haciendo ver que no tenia parte alguna en las pretensiones de los jefes y oficiales comprometidos; él lo confirmó haciendo que todos desistieran de la peticion proyectada. Tal accion afianzó la bien merecida reputacion del valiente general Páez, y acabó de cimentar la autoridad del jefe supremo. Este premió la buena conducta de Páez ascendiéndole á general de division; le confirió tambien el mando de la caballería. El general de brigada Anzoátegui obtuvo el de la infantería, y el coronel Salon el de la artillería.

Al tiempo que Bolívar se ocupaba en afirmar el órden público y en disciplinar sus tropas, recibió pliegos de Angostura en que se le avisaba que habia llegado un batallon de Inglaterra, perteneciente á las tropas contratadas con el coronel Elzon. Asegurábase en las comunicaciones que no tardarian en llegar otros cuerpos extranjeros. En consecuencia determinó el Libertador regresar inmediatamente á la capital de Angostura, con el fin de recibir aquellos cuerpos y activar su pronta incorporacion al ejército independiente. Partió, en efecto, el 23 de enero, dejando á Páez el mando en jefe de las tropas destinadas para abrir la campaña contra los Españoles: acto de confianza muy honroso á ambos jefes. Bolívar arribó en pocos dias á Angostura.

Allí supo con mucho sentimiento que los cuerpos de tropas extranjeras que aguardaba habian desembarcado en la isla de Margarita, de donde era muy difícil conducirlos á Angostura. Entónces varió de plan, compelido por las circunstancias: dispuso que dichas fuerzas, aumentadas con otras del país, hicieran una expedicion sobre la Costa-Firme, ocupando á la Guáira y aun á Carácas, si era posible; puntos que se hallaban indefensos. Miéntras tanto pensaba entretener al ejército español con las tropas que habia dejado en las llanuras de Apure, fatigándole y debilitándole para darle un golpe seguro cuando emprendiera su retirada. Á fin de ejecutar este plan, envió á los

generales Rafael Urdaneta y Manuel Valdes con algunos otros jefes y oficiales á encargarse del mando de las tropas extranjeras existentes en Margarita.

Miéntras tanto el general Morillo daba desde Carácas las disposiciones necesarias para comenzar la campaña. Habia conseguido vestuarios y otros auxilios remitidos por el capitan general de la isla de Cuba, á los que añadiera algunos donativos de los amantes del rey, y una recoleccion general de todas las piezas de vestido que existian en los almacenes particulares de Carácas y la Guáira. De esta manera aprestó un hermoso ejército, bien vestido y provisto de cuanto era necesario para la campaña. Mas habiendo sufrido Morillo una fuerte caida de á caballo, tuvo que guardar la cama por algunos dias. Dictó, sin embargo, todas las disposiciones para que se reunieran sobre el rio Portuguesa, á la mitad de diciembre, cuatro divisiones de su ejército, las que debian juntarse en las cercanías del paso nombrado el Chorreron. Hallándose impedido el general en jefe para ponerse al frente, confirió el mando de la vanguardia al mariscal de campo don Miguel de Latorre, quien debia regir tambien las divisiones primera, segunda y quinta. Estos cuerpos llevaban consigo muchas canoas para emprender el paso del Apure. La quinta division, que dirigia Calzada en su marcha desde Barínas, encontró el 15 de diciembre en las cercanías de la laguna del Galápago una guerrilla mandada por el coronel José de Jesus Angulo: batióla completamente, tomando prisionero al jefe y á otros treinta y seis, matándole treinta y cuatro hombres.

Á pesar de la superioridad de los Españoles no dejaban enteramente libre y segura su espalda: siempre se les fatigaba por fuertes guerrillas en las provincias de Cumaná y Barcelona, las que se hallaban en aptitud de hostilizar las guarniciones que defendian á sus capitales. Lo mismo sucedia en el Llano alto de Carácas, y el coronel Nonato Pérez ocupaba en la provincia de Barínas á Guadualito, importante posicion desde la cual impedia que los realistas extrajeran ganados para sus tropas estacionadas en los valles de Cúcuta. Todas estas fuerzas republicanas estaban prontas á tomar parte en la campaña.

No obstante, los Españoles tenian las mas lisonjeras esperanzas de un éxito feliz. Para iniciarla, dejó á Valencia el estado mayor general el 1° de enero. Detúvose algunos dias en la villa

de Cura, de donde marchó hácia Calabozo, conduciendo tambien dos piezas de campaña en estado completo de servicio. Morillo siguió la misma ruta, luego que estuvo un poco mejor del golpe que habia recibido en la pierna izquierda, y arribó á Calabozo el 24 de enero.

En esta villa recibió partes de Latorre, en que le daba cuenta de su marcha con direccion á San Fernando. Solamente le habian molestado algunas guerrillas, que dejó Páez con el objeto de que hostilizáran á los realistas. Distinguióse por su arrojo é intrepidez la del coronel Aramendi, quien atacára repetidas veces algunos cuerpos de los Españoles, tomándoles armas, municiones y caballos. Tambien fué destruida enteramente en la izquierda del Apure, hácia Nútrias, por el comandante Chazú, una guerrilla de los realistas que capitaneaba el comandante Abreu, que murió en el combate con otros de sus compañeros. Á pesar de estas pequeñas ventajas, Páez no se empeñó en defender los pasos del rio Apure. Al acercarse el ejército real abandonaron las fuerzas independientes á San Fernando, poniendo fuego á las casas, que fueron destruidas. En consecuencia los Españoles quedaron dueños de la orilla derecha del Apure; los patriotas tenian su cuartel general en San Juan de Payara, y sus avanzadas de caballería observaban al ejército español.

Morillo y su estado mayor se trasladaron entónces con celeridad á San Fernando, y reunido el ejército (enero 30), pasó una revista general de sus tropas en las sabánas inmediatas. Consistian en siete batallones de infantería y diez y seis escuadrones de jinetes, todos bien disciplinados. Eran seis mil quinientos hombres, el mas bello ejército que se habia reunido en Venezuela, tanto por el número como por la calidad de las tropas.

Los independientes apénas podian oponer al jefe español dos mil infantes bisoños en gran parte, é igual número de jinetes. Componíase la caballería de llaneros valientes, aunque por lo general sin disciplina; pero que se hallaban perfectamente montados y con multitud de caballos de repuesto.

Escarmentado Bolívar con los sucesos desgraciados de la campaña anterior, y conociendo la superioridad de la infantería española, ántes de irse á Guayana, dejó á Páez el plan de campaña. Debia limitarse á conservar las tropas, especialmente de infantería, fatigar al enemigo con marchas y contramarchas;

hacerle, en fin, todo el daño que fuera posible, sin comprometer una batalla.

Al dia siguiente de haber pasado la revista de su ejército, Morillo lo hizo marchar con direccion á San Juan de Payara. De léjos lo observaban algunas partidas de caballería enemiga. San Juan de Payara se halló desierto, y el general supo allí que los independientes habian pasado el caudaloso Aráuca. El ejército español se dirigió, pues, á sus riberas, y conducia arrastrando á la cola de los caballos siete canoas para atravesar aquel rio. El 1° de febrero arribaron las tropas realistas al paso del Caujaral: lo hallaron fortificado por los independientes con dos baterías y siete piezas de artillería. Era empresa harto difícil pasar el Aráuca á la vista del enemigo: este rio es profundo, tiene ciento veinte varas de ancho, y sus márgenes son elevadas en tiempo de verano, por lo mucho que se disminuyen las aguas.

El general español mandó hacer varios reconocimientos, por los cuales averiguó que cuatro leguas mas arriba habia otro paso llamado de Marrero, ó Marrereño. Dejando, pues, en el Caujaral á los carabineros de vanguardia para que entretuvieran á los rebeldes, marchó luego que cayera la noche hácia el paso Marrereño. Al salir el sol (febrero 4), llegó el ejército al punto designado, el que halló cubierto y defendido por los patriotas, cuyos fuegos barrian la orilla izquierda de cuantos pretendian acercarse. Para cubrir el pasaje, el batallon Búrgos se desplega en guerrillas: las dos piezas de artillería tiran con balas y metralla contra los atrincheramientos enemigos, y la columna de cazadores hace una diversion por el paso principal á fin de engañar á los patriotas.

En el intermedio las canoas son arrojadas al rio en el sitio del Jobo, medio cuarto de legua distante del paso Marrereño. Algunos oficiales y soldados del batallon lijero de Hostalrich fueron los primeros que pisaron la orilla opuesta, á los que siguió con mucho denuedo y presteza el resto del cuerpo. Tambien se lanzaron al rio al mismo tiempo los jinetes que sabian nadar, que fueron muchos, llevando los sables y lanzas en la boca. Cuando estaban reunidos quinientos realistas en la márgen opuesta, apareció á defenderla un cuerpo de caballería del ejército de Páez; mas el coronel Peréira, que mandaba á los primeros, defendió el puesto con su acostumbrado valor, recha-

zando el ataque de los independientes, que no se empeñaron en él. Los que se hallaban situados en el atrincheramiento del paso Marrero, sostuvieron el fuego todo el dia, pero se retiraron á la caida de la noche, dejando libre á los Españoles la orilla derecha del Aráuca. Al siguiente dia acabó de pasar el ejército real, que sufriera alguna pérdida en aquella operacion.

Morillo en sus partes al ministerio español, lo mismo que otros realistas, han ensalzado el pasaje del Aráuca como uno de los hechos mas atrevidos y gloriosos de su ejército. Mas habiéndolo verificado por un punto que no tenian bien guarnecido los republicanos, y sin que estos por sistema le hicieran grande oposicion, no hay motivo para considerarlo sino como un suceso casi ordinario y comun en la guerra de la Independencia. Morillo tenia en su ejército bien cerca de tres mil llaneros excelentes nadadores, y para los cuales era un juego atravesar á nado los rios mas caudalosos. Por otra parte, el plan de los republicanos en esta campaña era atraer al ejército español á los desiertos ardientes que se extienden al sur del Aráuca hasta el Orinoco y el Meta: querian ver si podian destruirlo poco á poco, cansándole con marchas, quitándole las subsistencias y haciéndole la guerra de partidas.

Luego que el ejército real pasó el rio, dirigió Morillo una proclama á los habitantes de las llanuras del Apure y del Aráuca. Los invitaba á que desamparasen las banderas de los disidentes, que eran la causa de la destruccion de sus ricos hatos; que con el dominio del rey tornarian á su antigua opulencia y felicidad: bienes que se les habian robado con los nombres lisonjeros de *patria, independencia* y *libertad*. Esta proclama fué desoida y despreciada enteramente, segun la confesion del mismo general Morillo.

El ejército español estuvo un dia acampado en la márgen derecha del Aráuca, miéntras descansaba de sus fatigas, y cogia ganados para subsistir, lo que era harto difícil en aquellas sabánas dilatadas. Al siguiente dia (febrero 6) se puso en movimiento hácia el paso del Caujaral, donde halló las estancias que habian formado los patriotas; segun los Españoles, estos abandonaron allí varios efectos militares. El jefe español, conociendo la importancia de aquel punto, mandó reformar una de las baterías de la orilla derecha, y construir otra en la izquierda. Era su objeto que sirvieran como una cabeza de puente, que prote-

giera las canoas que debian transportar de nuevo á la márgen izquierda los equipajes de las tropas que embarazaban las marchas.

Entre tanto Páez, fiel á su plan de campaña, habia puesto en seguridad los equipajes de su ejército, lo mismo que su infantería, la que hizo pasar á la isla de Urbana en el Orinoco; situóse él con su guardia de honor y dos escuadrones de carabineros en los Congriales de Cunaviche, y acampó el resto de su caballería en las llanuras de Rio-Claro. La numerosa emigracion de cerca de diez mil personas que seguia al ejército, fué trasladada á Araguaquen, terreno aislado é inaccesible á los Españoles. Él se quedó con cerca de mil quinientos hombres perfectamente montados, los que ademas tenian bien asegurados grandes repuestos de caballos. Envió otros muchos y bastante ganado vacuno á la derecha del Orinoco.

El general Morillo ignoraba absolutamente donde existia el enemigo, hasta que una partida de caballería al mando del coronel Aramendi se presentó delante de su campo : trabóse en aquel dia un lijero combate con el escuadron del Guayabal, regido por don Antonio Rámos, quien fué herido gravemente, y hubo algunos muertos de ambas partes. Dos dias despues la vanguardia española, que ascendia á tres mil hombres mandados por Moráles, reconoció la Mata Casanareña, y se avanzó hasta el hato de Cañafístola. Hallábase aquí el 11 de febrero, ocupado uno de sus escuadrones en recoger ganado, cuando se presentó de repente el general Páez con cerca de mil doscientos jinetes escogidos : no dando tiempo á los enemigos para que se recogieran á su campamento, los desordenó y lanceó, cargando en seguida sobre Moráles. Ya se habia empeñado un recio combate, cuando apareció á lo léjos el resto del ejército español. Los independientes emprendieron entónces su retirada hácia los Médanos de Cunaviche, en cuya direccion fueron perseguidos por los realistas, aunque sin fruto alguno. Por la noche los patriotas torcieron su marcha por aquellas dilatadas llanuras que conocian perfectamente, situándose al amanecer bien cerca de Morillo, aunque por el lado opuesto, es decir, á su retaguardia. Este movimiento obligó al jefe español á contramarchar vagando por aquellas sabánas desiertas y tan dilatadas, en donde ignoraba casi siempre la posicion del enemigo. No podia ménos de perder en esta especie de guerra, pues los in-

dependientes rodeaban á sus tropas, les espantaban los ganados necesarios para alimentarse, matando á cuantos soldados se apartaban del grueso del ejército, pues cuando ménos pensaban eran acometidos por los llaneros y lanceados. Las enfermedades principiaron tambien en las tropas reales por lo ardiente del clima, y á causa de la multitud de pantanos que hay en la llanura; generalmente se hallan cubiertos de la palma llamada *moriche*, y son muy peligrosos para todos los que no conozcan prácticamente las sendas por donde deben pasarse.

Viendo el general español que nada podia adelantar en la clase de guerra que habian adoptado los independientes, que le causaba pérdidas considerables, y era capaz de irrogarle aun otras mayores, se detuvo en Cunaviche. Al dia siguiente (febrero 13) emprendió un movimiento retrógrado y en dos marchas llegó al Caujaral, conduciendo cuantos ganados y caballos pudo recoger en las fértiles llanuras que riega el Aráuca. Hasta entónces era el único fruto que habia sacado de una campaña tan costosa, en que, segun el lenguaje de los Españoles, iba á ser destruida enteramente la fantástica República. Nueve dias fueron suficientes para que Morillo conociera y confesára que tenia que habérselas con un enemigo formidable; bastaron tambien para que se disipáran sus mal fundados cálculos de la destruccion de los patriotas. Estos siguieron el movimiento retrógrado del ejército español, causándole bastante daño con las gruesas partidas que le hostilizaban por todas partes, á fin de privarlo de sus bagajes y caballerías, y de coger á todos los soldados que se rezagáran.

Ántes de volver Morillo al Caujaral, recibió noticias alarmantes de Carácas; supo que principiaba á llegar á la isla de Margarita la expedicion inglesa auxiliar de los patriotas, al mando del general English; la que debia ser de cuatro mil hombres. Tambien tuvo noticia de que el coronel Nonato Pérez amenazaba á la provincia de Barínas con las tropas que mandaba en Guadualito y sus alrededores en el Alto-Apure. Con el objeto de ocurrir á estos peligros, Morillo hizo marchar inmediatamente sobre Nútrias á la quinta division al mando del mariscal Latorre, para seguir á Barínas, ó á cualquier otro punto adonde lo exigiera la necesidad. El primer batallon de Valencey y el primer escuadron de húsares se dirigieron á Calabozo, mandados por el brigadier Aldama con igual objeto. Este jefe tenia órden para

reunir los demas húsares acantonados en el Sombrero y Camatagua.

Dividido el ejército español, Morillo permaneció á la cabeza de su mayor parte. Él dió las providencias convenientes para fortificar á San Fernando, y dominar el rio Apure con fuerzas sutiles que mandó construir en varios puntos. Despues de dictar estas medidas, siguió á marchas pausadas al célebre y numeroso hato de Merecure sobre la ribera derecha del Aráuca. Aquí dispuso que se recogieran todos los ganados y caballos que le fué posible, los que hizo pasar al lado izquierdo del rio. Igualmente recogia los habitantes que los realistas sacaban de sus retiros, tratándoles bien á fin de ganar sus voluntades. Morillo atravesó de nuevo el Aráuca el 20 de febrero por el sitio de la Céiba, punto escogido porque era ménos accesible á la caballería de los independientes. Desde allí se dirigió primero á San Juan de Payara y despues á la isla de Acháguas, posicion central y muy á propósito para dominar el cajon de Apure, ó las llanuras situadas entre este rio y el Aráuca. El ejército llegó á Acháguas el 8 de marzo, y Morillo envió partidas de caballería á diferentes lugares, á fin de sujetar el país y atraer á sus habitantes ofreciéndoles seguridad.

Desde Acháguas dirigió Morillo una proclama á los Ingleses alistados en las banderas de los republicanos. Les decia, que ya habrian conocido por experiencia ser unos miserables el jefe supremo y los que componian el gobierno y el ejército de la pretendida República de Venezuela; que todos eran una horda de bandidos, solamente famosos por las crueldades que habian cometido. Así, que los abandonasen, pues hombres de honor de ningun modo podian unirse á tan grandes malvados. Ofrecia á los que separándose de las filas de los independientes se presentáran á su ejército, seguridad personal y servicio en él, ó ser transportados adonde quisieran. Esta proclama tampoco hizo entónces sobre muchos de los Ingleses el efecto que se proponia Morillo; ellos continuaron sirviendo á la República, y los que no se hallaban contentos regresaron á su patria. Mas siempre era un incentivo para la desercion de los soldados débiles y poco fieles á sus comprometimientos.

El arribo de las expediciones inglesas para auxiliar á los patriotas de Venezuela atraia en gran manera la atencion y los cuidados del jefe supremo, quien trabajaba desde Angostura en

organizarlas, á fin de sacar de ellas todas las ventajas posibles. Miéntras que se cumplian los planes que pretendia realizar por medio de las tropas que habian arribado á Margarita, no perdia tiempo en la capital. Ocupábase con asiduidad en la reforma del gobierno supremo de la República. Para conseguirlo, dió las órdenes convenientes á fin de que tuviese efecto la instalacion del congreso de Venezuela, que no se habia reunido en el mes de enero por falta de algunos diputados. Al mismo tiempo, auxiliado por Zea y por otras personas ilustradas, preparaba un proyecto de constitucion, con el designio de presentarlo al congreso luego que se instalára. El 15 de febrero estaba fijado para tan solemne acto; y reunidos los diputados en una sala de la casa del gobierno, el jefe supremo abrió la sesion con la lectura de un largo discurso. Este se dirigia principalmente á exponer las bases y principios en que se fundaba el proyecto de constitucion que iba á someter al congreso, y á manifestar que era el mas á propósito, considerando el estado actual, las costumbres y los hábitos de los Venezolanos. Habló rápidamente de su administracion, ofreciendo que los respectivos secretarios de Estado darian cuenta de los negocios correspondientes á sus departamentos. Pidió con encarecimiento al congreso que confirmára la libertad absoluta que habia dado á los esclavos, el establecimiento del órden de Libertadores y el repartimiento de los bienes nacionales entre los defensores de la patria. Le encargó, por último, que fijára muy particularmente su atencion en fundar la deuda pública, y en proveer á su mas pronto pago. Concluía con el siguiente apóstrofe : — « Legisladores, dignaos conceder á Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente moral, que encadene la opresion, la anarquía y la culpa ; un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz ; un gobierno que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad. »

En seguida el jefe supremo invitó al congreso á que eligiese un presidente del cuerpo, y resultó electo el diputado Francisco Antonio Zea, á quien Bolívar recibió el juramento de desempeñar cumplidamente sus deberes, el que hicieron tambien los otros diputados. Acto contínuo el Libertador colocó al presidente Zea en la silla que él ocupaba, devolviéndole el baston de general que tenia en sus manos. El congreso, por mocion de

su presidente, confirmó en el acto cuantos grados y empleos habia conferido Bolívar durante su gobierno. Entónces el mismo presidente le entregó de nuevo el baston, sentándole á su derecha, y pronunció un discurso pomposo, alusivo á las circunstancias, en que colmaba de elogios el desprendimiento del Libertador por su renuncia del mando supremo. Este se denegó á admitirlo nuevamente; sin embargo de lo cual se lo encargó el congreso por veinte y cuatro horas, ó á lo mas por cuarenta y ocho.

Al dia siguiente (febrero 16), despues de una discusion bien detenida, el congreso reconoció la necesidad de que Bolívar continuára interinamente en la presidencia de la República. Mas, como debia salir á campaña, acordó elegir un vicepresidente que desempeñára el gobierno por el tiempo que durasen las ausencias del Libertador. La eleccion recayó en el mismo Zea, y anunciado este nombramiento al Libertador, aun insistió en que él debia separarse enteramente del mando, porque necesitaba estar siempre en campaña, y no se consideraba con fuerzas ni talentos suficientes para organizar en todos sus ramos el gobierno de la República. El congreso, sin embargo, no quiso ni debió variar su resolucion, con la que Bolívar tuvo que conformarse.

En las sesiones de los dias siguientes se ocupó el congreso en acordar reglamentos provisionales, en que se declararon las facultades que debian corresponder al presidente y al vicepresidente de la República; así como las que ejercerian en el ramo judicial la corte suprema, los demas tribunales y los diferentes jueces. Tambien publicó un indulto para los reos de varios delitos, á fin de aliviar la suerte de aquellos desgraciados, solemnizando de esta manera el fausto acontecimiento de su instalacion. Era verdaderamente un suceso de la mayor importancia, y que tuvo los mas felices y vastos resultados en la suerte futura de la República.

El presidente organizó las secretarías, dividiéndolas en tres, á saber: de Estado y hacienda; de marina y guerra; y del interior y justicia. Confiriólas á los ciudadanos Manuel Palacio, Pedro Briceño Méndez, y Diego Bautista Urbaneja.

Al mismo tiempo se ocupó el congreso en examinar el proyecto de constitucion presentado por Bolívar. Este proponia la unidad de la República, como una medida de vital importancia, y que

el cuerpo legislativo se dividiera en dos cámaras; la de diputados elegida por el pueblo, y la del senado *hereditaria*. « Un senado hereditario, decia el Libertador, será la basa fundamental del poder legislativo, y por consiguiente será la basa de todo el gobierno : igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo ; será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales. En todas las luchas la calma de un tercero viene á ser el órgano de la reconciliacion : así el senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas; será el íris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político. » — Segun el proyecto, los senadores debian ser elegidos la primera vez por el congreso.

En cuanto al poder ejecutivo, indicaba que se encargase á un presidente electivo y temporal; pero que se le confiriesen las facultades que tiene por su constitucion el poder ejecutivo de la Gran Bretaña; las que, añadia, no eran quizas excesivas en la República de Venezuela, y serian suficientes para mantenerla en paz y defenderla de sus enemigos. Proponia, por último, la creacion de un areópago ó tribunal moral, de cuyo dominio fuese la infancia, el corazon de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Tal institucion, aunque manifestaba muy buenos deseos de parte de su autor, pareció quimérica y nunca se quiso adoptar.

Ántes de que el presidente Bolívar siguiera para el ejército, dió el congreso una ley, declarando que en campaña ejerceria facultades extraordinarias en la provincia ó provincias en que obrára, autorizándole á fin de que pudiese delegarlas en el todo ó en parte. Dispuso tambien la misma ley que todos los grados, ascensos y empleos militares se dieran por el presidente de la República. Los demas negocios del gobierno, que no pertenecieran á la guerra, debian despacharse por el vicepresidente, cuya autoridad no se extendia á las provincias que fueran el teatro de operaciones militares. Sin esta plenitud de autoridad, Bolívar no podria haber ejecutado sus grandes hechos de armas, pues donde quiera que iba tenia que crear y organizar todo lo necesario para la guerra, y para el gobierno del país que dominaba.

El Libertador concurrió á la sancion de tan importantes leyes.

Dictó igualmente várias providencias administrativas, entre otras la de enviar comisionados á la Gran Bretaña. Queria aprovecharse de la instalacion del congreso y de la consistencia que iba adquiriendo el gobierno de Venezuela, para tratar de negociar un empréstito, y preparar la opinion pública en favor de la Independencia. Los ciudadanos Fernando Peñalver, intendente de hacienda, y José María Vergara, general de brigada, fueron los escogidos para comision tan importante : ellos partieron á su destino algun tiempo despues ; pero á su arribo á Inglaterra hallaron desgraciadamente que la República de Venezuela no tenia crédito alguno. Su comisionado y agente López Méndez habia contraido empeños que no pudo cumplir ; por consiguiente los acreedores del gobierno de Venezuela lo hicieron poner en la cárcel, donde permaneció largo tiempo. Así fué que todos los esfuerzos de Peñalver y Vergara para contratar armas, municiones y el préstamo de un millon de libras esterlinas fueron del todo perdidos. Tampoco pudieron conseguir que el ministro de relaciones exteriores de Su Majestad Británica los recibiera como enviados de Venezuela. Hostigado Peñalver de tantas contradicciones, regresó á Guayana. El general Vergara permaneció algun tiempo en Europa, aunque sin obtener resultado alguno favorable.

Despues de dar el Libertador todas las providencias necesarias para el arreglo y marcha del gobierno durante su ausencia, siguió á unirse (febrero 27), al ejército de Apure. Con permiso del congreso le acompañó el secretario de guerra y marina. Llevaba un cuerpo de quinientos hombres, que eran parte de la expedicion del coronel Elzon. El viaje de Bolívar subiendo el Orinoco fué tan rápido como acostumbraba. El 10 de marzo llegó á Araguaquen, donde se hallaban la infantería, todos los equipajes del ejército, los emigrados y cuanto podia causar embarazo al general Páez. El arribo de Bolívar fué muy celebrado, é inspiró grande alegría á las tropas. Estas deseaban que se diese una batalla al ejército español, y se lisonjeaban que el Libertador las complaceria.

Páez habia permanecido con el grueso de su caballería sobre la derecha del Aráuca. El ejército español, cuyo cuartel general aun estaba en la villa de Acháguas, recorria todo el territorio llamado Cajon de Apure. Frecuentemente pasaban á él fuertes guerrillas de los independientes, trabándose combates en que la

caballería de los patriotas, mejor montada, tenia una superioridad muy decidida por confesion de los mismos Españoles. En uno de estos choques el comandante Juan Gómez, distinguido entre los llaneros por su valentía y arrojo, derrotó un escuadron realista, batiéndose despues en el hato del Totumo con gran parte de la caballería de Morillo, de la que logró escaparse.

Reunidos Bolívar y Páez sobre la derecha del Aráuca, juntaron cerca de tres mil hombres disponibles de infantería y caballería. Su cuartel general estuvo la mayor parte del mes de marzo en los Potreritos Marrereños; mas considerando disminuido el ejército real por la marcha de algunos cuerpos hácia otros puntos, determinaron pasar el Aráuca y acercarse á las posiciones de Morillo, con el objeto de provocarle á una batalla. No fueron felices sus primeras operaciones. Enviado el coronel Cornelio Muñoz, con cien hombres á reconocer las posiciones enemigas en Acháguas, tuvo el atrevimiento de atacar en el potrero nombrado el Surero á cuatrocientos realistas : rechazáronle estos, y le causaron bastante daño, favorecidos por un bosque de espinos que los cubria, al que Muñoz puso fuego, consiguiendo así desalojarlos, matándoles algunos hombres. Sabiendo en seguida el Libertador que el coronel don José Peréira, comandante del segundo batallon de la Union, se hallaba apostado en el trapiche denominado Gamarra con cuatrocientos infantes y un escuadron de carabineros del rey en número de ciento, quiso destruirlo. Al efecto, se presentaron de improviso (marzo 27) en la sabána inmediata cosa de ochocientos infantes y doscientos jinetes, con el objeto de sorprender aquel puesto, que dista de Acháguas cuatro leguas. Á pesar de la superioridad de los republicanos, que repitieron tres cargas por diferentes puntos, no pudieron derrotar á aquellos valientes realistas, aun animados como lo estaban los primeros por la presencia de Bolívar, quien ocurrió en persona con otro cuerpo á renovar la pelea. Al fin tuvieron los patriotas que retirarse con bastante pérdida de muertos, dispersos y unos pocos prisioneros. El coronel Peréira, temiendo las consecuencias de un nuevo combate que no podia resistir, emprendió inmediatamente su retirada hácia el cuartel general, al que logró incorporarse.

La primera noticia que tuvo Morillo de que los independien-

tes habian pasado el Aráuca, fué el combate de Gamarra. Él salió inmediatamente en auxilio de Peréira, y en el camino supo el éxito glorioso de la accion; retrocediendo entónces, volvió á su cuartel general de Achãguas. Como ignoraba la posicion del enemigo, se detuvo el 28 de marzo para recoger la quinta division, que regresaba de Barínas despues de haber dispersado las tropas del coronel Nonato Pérez, que amenazaban á la capital de la provincia. Esta demora y una casualidad feliz salvaron á dicha division, que estuvo á pique de ser destruida por el ejército independiente. El general Latorre, que marchaba descuidado y casi solo, perdió su equipaje y corrió mucho peligro de caer prisionero. Reunidas ya las tropas españolas, se pusieron en marcha el 30 de marzo con direccion al trapiche de Gamarra, á fin de observar allí las huellas del ejército enemigo, único medio que tuvieron los realistas de buscarle en aquellas soledades, pues del todo no habia quien les diera noticia dónde se hallasen sus estancias.

El descalabro que recibieron en Gamarra las fuerzas independientes, manifestó claramente á Bolívar y á Páez cuán peligroso era su proyecto de atacar al ejército español. Decidieron, pues, con acuerdo de los principales jefes, no insistir en dar batalla á los realistas, y retirarse prontamente á la derecha del Aráuca. Algunos destacamentos de caballería conducidos por el mismo Páez repasaron el rio, con el objeto de hacer un reconocimiento, los que se encontraron con los puestos avanzados del ejército real. Sin intimidarse, atacaron á doscientos jinetes realistas que iban en la descubierta, á los que pusieron en fuga matando algunos y cogiendo á otros prisioneros. Despues se retiraron, llevando siempre á la vista al ejército enemigo, y se incorporaron al grueso del suyo, que tenia de nuevo sus estancias en los Potreritos Marrereños. Morillo se acampó frente al paso nombrado de las Cocuisas.

El 2 de abril por la tarde, el general Páez, colocándose á la cabeza de ciento cincuenta y un hombres escogidos de caballería, atravesó el caudaloso Aráuca. Viendo los jefes españoles tanto arrojo, movieron inmediatamente su caballería los dragones leales y dos piezas de artillería lijera. Páez con los suyos se retiró hácia el rio, sufriendo un fuego horroroso, y parecia á los realistas que no podria escapar teniendo á su espalda el Aráuca. Luego que Páez observa que las columnas españolas de

caballería se han separado de la infantería, de repente vuelve caras contra los realistas, que eran cerca de mil hombres, doscientos de ellos carabineros. Auxiliados por el fuego bien dirigido de un cuerpo de cazadores colocado á la derecha del Aráuca, Páez y sus valientes compañeros caen cual leones sobre los enemigos, que lancean y destrozan en gran número. Los carabineros echan pié á tierra, pero nada les vale. La caballería española se retira espantada á buscar el apoyo de la infantería, que tambien se replega á un bosque, juzgando acaso que la refriega era con toda la caballería de los independientes. La noche puso fin á este célebre combate de las Queseras del Medio, que costó al ejército real muchos muertos y heridos. El intrépido Páez y sus compañeros repasaron á nado el Aráuca, amparados por las sombras de la noche, despues de haberse cubierto de gloria atacando á todo el ejército español. Los nombres de estos valientes se publicaron en el *Correo del Orinoco*, y Bolívar dió un decreto honorífico en su favor, declarándolos miembros del órden de Libertadores, y con facultad de usar la correspondiente venera. Solamente murieron el sarjento Isidoro Mujica y el cabo Manuel Martínez.

Los combates de Gamarra y de las Queseras produjeron el efecto de que ambos ejércitos se respetáran mutuamente y guardáran sus respectivas posiciones. El de Morillo dominaba las llanuras de la izquierda del Aráuca, y el de Bolívar las de la derecha. El jefe español no tenia canoas en que pasar el rio, y por tanto no lo intentó. Limitóse á hacer algunas marchas y contramarchas léjos de los tiros de los patriotas, que le tendieron algunas celadas, las que evitaron los realistas. Se ocuparon estos algunos dias mas en recoger familias esparcidas en los bosques y en pasar á la izquierda del Apure cuantos caballos y ganado vacuno pudieron reunir; querian ponerlos en seguridad y en buenos pastos, á fin de no exponer á contingencias el abasto de víveres para sus tropas y la remonta de su caballería. El 11 de abril estaba ya Morillo de regreso en Achâguas, donde permaneciera el resto del mes. Acercándose la estacion lluviosa, el jefe español emprendió su marcha retrógrada desde Achâguas, y el 2 de mayo atravesó el Apure sin dificultad.

Fortificada ya la plaza de San Fernando, dejó en ella seiscientos hombres de guarnicion. Dividióse el resto del ejército, siguiendo la quinta division á Barínas por Nútrias, la segunda

al Baul, y otra se acampó en la Guadarrama sobre el rio Portuguesa, en cuyo paso se construyó una pequeña fortificacion: esta era la vanguardia, regida siempre por el brigadier Moráles. El general en jefe se trasladó con el resto de su ejército á Calabozo, á fin de dictar sus últimas órdenes para la defensa de los Llanos durante el invierno: allí permaneció algunos meses.

Nada habia adelantado Morillo en esta campaña, sino hacer marchas y contramarchas por las vastas soledades que riegan el Apure y el Aráuca. Habia ofrecido en sus proclamas, al principio de la campaña, exterminar la gavilla de malvados y asesinos capitaneados por Bolívar y Páez; sus promesas le resultaron fallidas enteramente. Calculóse en mil hombres la pérdida efectiva que sufrió su ejército por los combates, las enfermedades y la desercion. Al cabo de cuatro meses tuvieron sus tropas que volver á situarse en las mismas provincias que ántes ocupaban, sin haber añadido á los dominios del rey ninguna porcion importante de las llanuras.

El plan adoptado por Bolívar con acuerdo de sus generales, y ejecutado por Páez de una manera la mas brillante, no pudo ser mejor calculado para las circunstancias en que se hallaban las tropas republicanas. Su infantería, bisoña y mal disciplinada, no podia aun competir con la española, que siempre conservó en esta campaña una grande superioridad por su organizacion y disciplina. Era la caballería en lo general superior á la de los realistas, tanto por la bondad de sus caballos, como por el arrojo, valentía y decision de los jinetes que la componian. Estas dotes han dado una justa y bien merecida celebridad á los llaneros de Apure y á su impertérrito jefe.

Dejamos á este y á Bolívar ocupando la márgen derecha del Aráuca en las cercanías de los Potreritos Marrereños, cuando Morillo tenia sus estancias á la derecha sobre el paso de las Cocuizas y las Queseras del Medio. Como habian decidido los jefes republicanos limitarse rigurosamente á la defensiva, Bolívar destacó hácia Nútrias una brigada de caballería á las órdenes del coronel Ranjel, con el objeto de hostilizar á los realistas y llamar su atencion en la provincia de Barínas. Habiendo llegado Ranjel á dicho punto, supo que un destacamento de trescientos hombres que la guarnecia, estaba fortificado en el trapiche Alejo, á dos leguas de Nútrias. Inmediatamente marchó con dos escuadrones, se apoderó de la posicion, derrotando á los enemigos,

á quienes matára treinta y cuatro. Empero, habiendo llegado la quinta division, dividió Ranjel sus fuerzas en guerrillas para salvarlas, haciendo al mismo tiempo á los realistas todo el daño posible. Con igual destino siguió hácia el Baul otro pequeño cuerpo, mandado por el coronel Villasana, el que debia fatigar á la segunda division.

En cuanto á la infantería, era preciso acantonarla en algunos de los lugares que yacen á la derecha del Aráuca, donde fuera fácil adquirir subsistencias, y en que no estuviese expuesta á un ataque repentino de los enemigos, que en aquellos dias aun no se habian retirado á la isla de Acháguas. Mas al emprender su movimiento, corrieron algunos cuerpos de infantería un gran peligro. Siendo la márgen derecha mas á propósito para las marchas, y creyendo léjos á los realistas, pasaron el rio los batallones, cubiertos por un regimiento de caballería que mandaba el coronel Cornelio Muñoz, encargado de observar al ejército español, que se creía distante: hallábanse acampados por la noche arriba de las Queseras del Medio, sin haber sentido novedad alguna. Pusiéronse en marcha al amanecer del siguiente dia, y cuando estuvo claro, la descubierta vió algunos jinetes corriendo por la llanura: se hizo entónces un reconocimiento mas prolijo, y resultó que estaba cerca todo el ejército real, ocupado una gran parte en recoger ganados para alimentarse. En el momento los patriotas emprendieron repasar el Aráuca, sin ser vistos por los Españoles, lo que consiguieron felizmente, evitando así aquel riesgo. Continuando su marcha, se acampó la infantería en el pueblo de Rincon-Hondo, protegida por dos cuerpos de caballería del Alto-Llano de Carácas, á las órdenes de los tenientes coroneles Juan José Rondon y Leonardo Infante. Despues de haber pasado una revista, el Libertador marchó al Bajo-Apure, con el designio de acordar con Páez las operaciones que meditaba emprender. Páez con su caballería hostilizaba continuamente á los realistas, hasta que abandonando á la isla de Acháguas, repasaron el Apure, á fin de tomar cuarteles de invierno.

En aquella entrevista acordaron los jefes republicanos invadir la provincia de Barínas con la division de infantería que se hallaba en Rincon-Hondo, y apoderarse durante el invierno de todo el occidente de Carácas, país montañoso y no sujeto á las inundaciones de los llanos. Tomada esta resolucion, Bolívar

regresó del Bajo-Apure, y poniéndose á la cabeza de aquellas tropas, emprendió su movimiento; de paso por el Mantecal, incorporó á su ejército la brigada de caballería regida por el coronel Ranjel, quien se habia mantenido ocupando el territorio con ventajas, unas veces en Nútrias y otras en el Mantecal. El Libertador continuó su marcha hácia el antiguo y arruinado pueblo de Setenta, por cuyas cercanías habia resuelto pasar el Apure; mas tuvo el sentimiento de no hallar las embarcaciones que Páez habia mandado preparar al intento, las que se hallaban no muy distantes. Miéntras las conseguia, se acampó el ejército en la sabána fuera del bosque, de que se hallan cubiertas las riberas del Apure. Ya estaban reunidos en aquellas estancias, Bolívar, Páez y todos los cuerpos de caballería. Inspeccionados estos, Páez manifestó al Libertador el mal estado de los caballos por sus dilatadas marchas en el invierno, circunstancia que podia comprometer en extremo la empresa contra la provincia de Barínas; sugirió la idea de que se reunieran al ejército todos los caballos de remonta que tuviera descansados el coronel Nonato Pérez en las fértiles llanuras de Guadualito, territorio que hacía tiempo dominaba con sus guerrillas. Este consejo pareció á Bolívar de la mayor importancia, y en consecuencia determinó comisionar al mismo Páez, á fin de que se viera con Pérez, y le diese la órden de incorporarse al ejército con su escuadron, y con todos los caballos que tuviese en estado de servir para remontar la caballería.

Esperando que surtieran su efecto aquellas providencias, permaneció Bolívar en su campamento de las sabánas inmediatas al Apure, en las que podia reponerse algun tanto su maltratada caballería. Allí vió al coronel Jacinto Lara, que venía de Casanare por disgustos que tuvo con Santander, comandante general de dicha provincia. Lara informó al Libertador de los progresos que Santander habia hecho en la organizacion de mil doscientos infantes y mas de seiscientos jinetes bien montados; que acababa de conseguir un verdadero triunfo contra la tercera division del ejército expedicionario, capitaneada por el coronel don José María Barréiro; que esta, en número de tres mil hombres, habia tenido que abandonar la empresa de aniquilar, como pensaba, á la gavilla de bandidos que infestaba la provincia de Casanare: tal era el estilo de los jefes realistas. Dábale, en fin, noticias bien detalladas de la opresion que sufrian los Grana-

dinos, de su exasperacion por los atentados que cometia el virey Sámano, del número de tropas que defendian el vireinato y del estado favorable á la causa de la Independencia que tenian los habitantes de las provincias de Santafé, Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las cuales se versaban los informes que habia recibido de patriotas en quienes podia confiar (1).

Noticias tan favorables, confirmadas por algunas cartas, hicieron cambiar todos los proyectos que meditaba el Libertador. Habíale faltado la combinacion de la expedicion británica del general English, la que por obstáculos insuperables, que despues referirémos, no pudo obrar sobre el litoral de la provincia de Carácas; por consiguiente la expedicion á Barínas y al occidente de Venezuela era arriesgada en extremo, pues tendria que habérselas con la mayor parte del ejército español, y con esa infantería contra la cual nada habia podido la suya. Por otra parte consideró que miéntras duraba la estacion de las lluvias, el ejército real no podia obrar en las llanuras de Venezuela; y que por tanto la provincia de Guayana y el resto de los Llanos independientes se hallaban en completa seguridad por seis meses. Agolpáronse tambien á su ardiente imaginacion todas las fiebres y enfermedades que iba á sufrir su ejército: el hambre, la desnudez y otros cien males que destruirian la mayor parte de sus soldados, si durante el invierno permanecian en aquel país ardiente, lleno de lagunas, esteros y pantanos formados por las inundaciones de los rios.

En esta situacion, no quedaba otro arbitrio á Bolívar que obrar sobre las montañas; era por tanto necesario escoger hácia qué punto de la cordillera sería mas conveniente marchar. Habia algun tiempo que el Libertador tenia el proyecto de libertar á la Nueva Granada del yugo español que la oprimia, proyecto anunciado ya repetidas veces á sus habitantes: pesadas todas las circunstancias, Bolívar se decidió á marchar sobre los Ándes granadinos y á cumplir sus promesas.

En consecuencia, convocó sin tardanza una junta, compuesta de los generales Anzoátegui y Soublette, y de los coroneles Ranjel, Iribarren, Briceño Méndez y Cruz Carrillo, que unánimemente y con entusiasmo aprobaron el proyecto de invadir la

(1) Véase el capítulo último de la primera parte, donde hemos detallado todas estas circunstancias.

Nueva Granada. Se les encargó la reserva, que guardaron inviolablemente. Bolívar, empero, conservó solo para sí la clave de su empresa, que era el punto de ataque. Propagóse en el ejército la creencia de que se dirigia á Cúcuta por la montaña de San Camilo. Esta fué la parte del plan comunicada á Páez con el coronel Ranjel, quien siguió el mismo dia hácia Guadualito, con el objeto de participarle cuál era la última resolucion, á fin de que no moviese los caballos de remonta. Dirigiéronse tambien los convenientes avisos al general Santander, para que tuviese pronta y en estado de marcha la division de Casanare, que se denominó *de Vanguardia*. El ejército regresó al Mantecal, para dar allí las órdenes convenientes y las disposiciones de marcha hácia Guadualito, por el camino directo que gira entre el Apure y el Aráuca. Tan importantes sucesos ocurrieron del 15 al 24 de mayo.

Dejarémos al Libertador ocupado en los preparativos de su atrevida empresa, para referir los sucesos militares ocurridos en otros puntos de Venezuela.

Miéntras el ejército real combatia con varios sucesos al de los patriotas en las llanuras del Aráuca y Apure, fueron bien pocas las operaciones importantes que se hicieran en otros puntos de Venezuela. El general Sarasa se mantenia siempre en el Llano-Alto de Carácas hostilizando á los realistas. Morillo habia dejado al coronel don Juan Juez con quinientos hombres, á fin de que destruyera las tropas de aquel jefe, así como las guerrillas comandadas por los partidarios Renjifo y Urquiola. Durante la campaña trabajó el coronel Juez con la mayor actividad en la persecucion de los mencionados jefes, ó bandidos, como los llamaban los realistas. Obtuvo algunas ventajas, aunque tambien Sarasa en otras ocasiones le tomára soldados y caballos. Los patriotas consiguieron su objeto, que era disminuir las fuerzas invasoras de Morillo, fatigar á los realistas y hacerles todo el daño posible.

Fué un poco mas activa la guerra en la provincia de Barcelona. Despues de la instalacion del congreso de Angostura y de la partida de Bolívar, habia marchado el general Mariño en 12 de marzo á mandar el ejército que se llamaba *de Oriente* : llevó por jefe de su estado mayor al general de brigada Tomas Montilla; ambos eran diputados al congreso por la provincia de Cumaná. Debia incorporársele el general Bermúdez con las

tropas que habia reunido en Maturin, que ascendian á ochocientos hombres. Con este cuerpo marchó sobre Cumanacoa, incorporándose allí la columna que regia el coronel Domingo Móntes, y poniéndose en comunicacion con la escuadrilla del almirante Brion, la que fondeó en la bahía de Santafé (marzo 12): esta habia perseguido á la realista, que tuvo que refugiarse bajo los fuegos de Cumaná sin admitir el combate.

En el intervalo Mariño habia llegado á la provincia de Barcelona, donde siempre se hallaba el general Monágas, por su grande influjo en los pueblos para allegar nuevas tropas. Los patriotas tenian que lidiar en esta provincia con un jefe realista activo y valiente, que era comandante general de sus fuerzas, el coronel Arana, que mandaba un cuerpo de setecientos infantes, ciento doce jinetes, y de cuatrocientos á quinientos Indios flecheros de diferentes pueblos. Por lo comun tenia sus estancias en San Andres de Onoto. Sabiendo Arana que en San Diego de Cabrutica habia una reunion de patriotas, cuyo número se ignoraba, marchó á buscarlos en los primeros dias de junio, adelantándose hasta Santamaría de Ipire. Aquí tuvo noticia de que en San Diego se habia reunido un cuerpo considerable de tropas mandadas por el general Mariño, á quien acompañaban Cedeño, Montilla y otros jefes de nombre. Entónces determinó seguir á la villa del Pao, con el objeto de sorprender á doscientos patriotas que se le dijo custodiaban una madrina de seiscientos caballos. Á su arribo á aquel punto halló desierta la poblacion, á la que puso fuego, en represalia de que sus moradores habian quemado ántes las casas en que tenia su acantonamiento el comandante realista Torralva; pero no consiguió el objeto de apoderarse de los caballos que se habian puesto en salvo. Despues de esto, el coronel Arana contramarchó hácia el Chaparro. Mas, al pasar por el hato de la Cantáura á las siete de la mañana del 12 de junio, le alcanzó un escuadron selecto de caballería, á cuya cabeza estaba el mismo general Mariño. Este entretuvo á los realistas con escaramuzas, y atacado por la caballería enemiga, la rechazó haciéndola huir hasta apoyarse en la infantería. Mariño daba tiempo con esta refriega á que llegára su infantería y el resto de su caballería, que se habia atrazado. Luego que Arana reconoció al ejército republicano que se avanzaba con rapidez, emprendió retirarse porque sus tropas eran inferiores, aunque lo hizo combatiendo siempre. Mariño,

poniéndose á la cabeza de cuatrocientos cazadores y doscientos cincuenta jinetes, persiguió vivamente á los realistas, lo mismo que el general Montilla, que mandaba la retaguardia. Al cabo de una legua de marcha en retirada llegó la division realista á las orillas del rio Unare, cubiertas de arboledas. Su infantería, que era del batallon de la Reina y bien disciplinada, se apostó en el bosque, y cubierta con los árboles hizo una obstinada defensa. Felizmente para los realistas aun estaba seco el cauce del rio, y siguiendo su curso, protegidos siempre por el bosque de sus márgenes, pudo el comandante Arana continuar su retirada peleando todo el dia. Su columna sufrió mucho daño, y los patriotas contaron aquella jornada entre sus victorias. Mas lo cierto es que, sobreviniendo la noche y un fuerte aguacero, los restos de la division realista llegaron á Onoto, sin que hubieran sido derrotados enteramente. Sin embargo tuvieron una baja considerable, perseguidos como lo fueron hasta el Chispero. El general Cedeño con los cuerpos de caballería que mandaba, no pudo arribar á tiempo de que tomáran parte en la accion, y esto contribuyó tambien á que lográran salvarse las reliquias de la division realista. Segun el parte de los republicanos, esta perdió quinientos fusiles, un cañon de á cuatro con sus municiones, gran número de cartuchos y muchos muertos, heridos y prisioneros; hechos que niegan los Españoles. La accion duró todo el dia, y la victoria fué tambien costosa á los patriotas.

Apénas se habia terminado el combate cuando Mariño recibió un correo del gobierno de Angostura. Preveníasele que sin tardanza alguna se pusiera en camino para la capital á desempeñar sus funciones como representante en el congreso, en atencion á que el gobierno de la República habia nombrado á Bermúdez general en jefe de aquel ejército. Esta órden, originada acaso de la desconfianza que aun se tenia de su carácter díscolo, bullicioso y amigo de un mando independiente, fué reclamada por Cedeño, quien detuvo á Mariño algunos dias; pero no habiéndose revocado, siguió á cumplirla. Á su arribo á Angostura pidió que se abriera un juicio sobre su conducta; mas no pudo obtenerlo del congreso, que diestramente esquivó la dificultad, manifestando al resentido general que no habia motivo alguno para juzgarle.

Por ausencia de Bermúdez, que aun se hallaba en su cam-

pamento de Cumanacoa, el general Cedeño se hizo cargo del mando accidental de las fuerzas que se llamaban *Ejército de Oriente*. En mala hora fué removido Mariño, pues en consecuencia se perdió todo el fruto de la victoria de Cantáura. No creyendo Cedeño que tenia en las tropas el influjo suficiente para conducirlas contra el enemigo, emprendió una marcha retrógrada con direccion á San Diego, donde se acampára; por consiguiente no aprovechó la oportunidad de apoderarse de Barcelona, que los realistas no habian podido defender, debilitados como se hallaban, lo que perjudicó en extremo á las operaciones militares confiadas á Bermúdez. Segun los planes de Bolívar, aquel tenia el encargo especial de apoyar las que se iban á emprender en las costas orientales de Venezuela, que eran de la mayor importancia.

Anteriormente hemos referido que el Libertador habia destinado desde Angostura al general Rafael Urdaneta, para que se trasladára á la isla de Margarita á organizar y mandar la expedicion de tropas extranjeras conducidas por el general English (1). Confiaba en los talentos y energía de aquel general, y esperaba que por medio de su eficaz cooperacion podria dar un golpe decisivo al poder español en Venezuela. Nombró para su segundo al general de brigada Manuel Valdes. El 5 de marzo se embarcó Urdaneta en el Orinoco: acompañábanle los coroneles Sánchez, Móntes de Oca, Francisco Urdaneta y otros varios oficiales ingleses y criollos, los que debian ser empleados en la creacion y organizacion de nuevos cuerpos que iban á formarse. Empero su caja militar era ninguna, porque la naciente República de Venezuela se hallaba en el estado mas deplorable de misería. Solamente llevó Urdaneta una órden en que se prevenia al almirante Brion, que proveyese de lo necesario á dicho general. Á su arribo á Margarita halló que existian en aquella isla varios cuerpos extranjeros que montaban á cerca de mil quinientos hombres, de los cuales trescientos poco mas ó ménos eran Alemanes pertenecientes á la contrata de Elzon, á quienes mandaba el coronel Uzlar. Los demas Ingleses aun no habian llegado, y tardaron bastante tiempo en arribar á Venezuela.

Fueron grandes las dificultades que rodearon al general Urdaneta desde que desembarcó en Margarita. La division extran-

(1) Véase la nota 40a.

jera exigia perentoriamente que se le cumplieran las exorbitantes promesas que se le habian hecho en Europa por su jefe English. En resúmen, eran estas que á su arribo al territorio venezolano se darian á los oficiales doscientos pesos, y á cada uno de los soldados ochenta; una racion diaria á la europea, el prest y paga todos los meses, con otras várias adiciones, entre las cuales se contaba la de que « toda propiedad publica ó privada que se encontrase en los pueblos tomados á fuerza de armas por los expedicionarios, debia reputarse como botin y repartirse entre ellos; » es decir, entre los Ingleses. El jefe de la expedicion, á quien Bolívar habia ofrecido el empleo de general y cincuenta libras esterlinas por cada hombre que trajera á la Costa-Firme, no habia reparado en prodigar incentivos para hacer una copiosa recluta en la Gran Bretaña. En la situacion pecuniaria tan apurada en se que hallaba el gobierno de la República, era imposible cumplir aquellas extravagantes promesas. El pobre y agotado erario de Margarita no podia hacer frente ni aun á las raciones diarias. Brion se hallaba enteramente arruinado á consecuencia de los gastos hechos en servicio de su patria adoptiva; no solamente habia consumido su propio caudal, sino que tambien contrajo fuertes créditos con sus amigos de las Antillas, los que no podia satisfacer á causa de que la República no le pagaba. Así era que, rodeado continuamente de acreedores, tenia muchas veces que ocurrir al arbitrio de encerrarse en la cámara de su fragata sin dejarse ver de nadie. Hé aquí algunos de los padecimientos que sufrieron los antiguos patriotas para dar á Venezuela independencia y libertad, y que la siguiente generacion no estima como debiera, creyendo erradamente que sus méritos son superiores á los de sus padres.

No teniendo el jefe republicano fondos algunos ni medios con que satisfacer, á lo ménos en parte, las inconsideradas promesas que se habian hecho á los Ingleses, se hallaban estos en una contínua agitacion : descontentos y sin pagas, sus quejas y reclamaciones tocaban ya en un verdadero motin.

Para completar la medida de las dificultades que debia superar Urdaneta, los jefes de la isla, Arismendi y Gómez, el primero de los cuales mandaba las armas, y el segundo era gobernador, le suscitaron nuevas dificultades. Arismendi habia prometido al Libertador aprestar quinientos hombres que formarian un

batallon de cazadores margariteños, para que se uniera á la division extranjera; mas por zelos ó rivalidad de mando, y resentido porque Urdaneta hubiese obtenido la preferencia de Bolívar para regir aquellas tropas, destino que habia solicitado para él mismo, Arismendi no cumplió su compromiso, bajo el pretexto de que los Margariteños no querian salir de la isla, sino hacer la guerra en su patria, y que lo mismo opinaban los jefes y oficiales de los cuerpos de milicias. Consultado el gobierno de Angostura acerca de estas dificultades, dispuso el vicepresidente, que el jefe de la expedicion debia mandar cumplir las órdenes del Libertador, porque, de lo contrario, faltaria al plan de campaña trazado por Bolívar. Apoyado Urdaneta en esta resolucion terminante, instó de nuevo; pero entónces se inventó otro ardid. Fingióse que habia peste en la isla, y con tal pretexto Arismendi y sus partidarios establecieron un cordon sanitario, entre el puerto de Juan-Griego, donde estaba el cuartel general de Urdaneta, y el resto de la isla. Descubierta la falsedad de aquella simulada peste, ocurrieron á otros medios dilatorios. Despues de algunas conferencias, Arismendi y Gómez ofrecieron entregar los quinientos hombres dentro de tres dias. Mas, en vez de cumplir, reunieron en la Asuncion todos los hombres capaces de tomar las armas, declarando en seguida que no podian cumplir la órden de entregar los quinientos reclutas, repitiendo la excusa de que los habitantes de Margarita no querian dejar sus hogares para servir en el continente. Tuvo Urdaneta que ejecutar varios actos de vigor y energía para salir de aquel comprometimiento, y poner presos á los jefes de los cuerpos de milicias que debian entregar los hombres. Enjuicióse al fin la conducta de Arismendi, y se comprobó por multitud de testigos que él era el autor de todas aquellas turbulencias: vióse, pues, Urdaneta en la necesidad de ponerlo preso y remitirlo á Guayana, á fin de que allí se le juzgára por sus repetidos actos de insubordinacion y desobediencia á las órdenes del gobierno supremo.

En medio de tantos embarazos, se unió á Urdaneta un jefe de talentos, que debia serle de mucha utilidad. Este era el coronel Mariano Montilla, bien conocido en Cartagena por sus ruidosas desavenencias con el Libertador en 1815. Desde entónces fueron enemigos, ó por lo ménos Montilla no habia podido obtener empleo en el ejército que combatia por la Independen-

cia de su patria. Habiéndose enfermado en Margarita el coronel ingles Guilmore, jefe de estado mayor, Montilla fué nombrado en su lugar con aplauso de todos los jefes del ejército. El presidente aprobó despues este nombramiento, empléandole en otras várias comisiones importantes. El coronel Montilla, que conocia las costumbres é idiomas extranjeros, y que al mismo tiempo se hallaba adornado de conocimientos militares, de energía y de actividad, fué de un grande auxilio para Urdaneta en tan difíciles circunstancias: se temia á cada momento que la division extranjera se sublevase y que asesinára á sus jefes.

Por tales motivos y por la falta de medios y recursos para habilitar la expedicion y la escuadra, se pasó el tiempo de los meses de marzo, abril y mayo. Fué en estos que la division inglesa debia haber obrado, segun los planes de Bolívar, sobre la Guáira y Carácas. Engolfado Morillo con todo su ejército en las vastas soledades del Apure y Aráuca, la capital de Venezuela estaba indefensa; así no habria podido resistir su corta guarnicion á un desembarco de mil quinientos hombres, viejos soldados á quienes mandaban jefes intrépidos. La situacion de Morillo habria sido entónces muy crítica, y su ejército hubiera acaso recibido un golpe decisivo desde esta campaña.

No habiendo podido realizarse á su debido tiempo el desembarco de la expedicion inglesa en la Guáira, el Libertador, que habia trazado otro plan de campaña, previno á Urdaneta que se dirigiera sobre Barcelona y Cumaná. El zelo y actividad de Urdaneta, del almirante Brion y del coronel Montilla lograron finalmente completar lo necesario para la escuadra y los demas preparativos. Todos tres empeñaron su responsabilidad personal, á fin de que los negociantes de las Antillas les dieran á crédito los artículos que necesitaban, pues el de la República no existia.

Ya todo estaba preparado, y no siendo precisos como soldados los quinientos Margariteños que ántes habian causado tan fuertes desavenencias, se emplearon en la clase de marineros para tripular algunos buques de la escuadra y de la flotilla, pues los habitantes de Margarita eran buenos hombres de mar. La escuadra se hizo á la vela el 15 de julio, dirigiéndose á Barcelona. Urdaneta escogió este punto del continente para hacer su desembarco, atendiendo á que, segun las noticias recibidas,

en lo interior de la provincia existia el ejército de Mariño, y queria apoyarse en su caballería. Sin esta era difícil penetrar en las llanuras de Venezuela, tanto por los riesgos que correrian sus infantes, como porque sin el auxilio de los llaneros no podia coger ganados para la subsistencia de sus tropas, mover su parque, ni montar á sus oficiales. Arribó sin novedad á la ensenada de Pozuélos (julio 17), como dos leguas distante de la capital. Componíase la escuadrilla de dos corbetas de guerra, diez bergantines, seis goletas y ocho buques menores, entre los cuales se contaban seis flecheras. Al siguiente dia se presentó en frente de la misma ensenada la escuadrilla real en número de cinco buques menores y ocho flecheras, provocando á un combate; pero conociendo su inferioridad, se retiró á Cumaná y despues á la Guáira, á dar avisos y poner en alarma á los jefes españoles.

El mismo dia que arribára la expedicion de Urdaneta, fué atacado por mar y tierra el Morro de Barcelona. Su guarnicion se defendió con bastante valor; pero tuvo que rendirse. El gobernador y comandante militar de la provincia don Juan Saint-Just apénas tenia doscientos hombres, y entre ellos solo cuarenta veteranos; así abandonó la ciudad, retirándose primero á la quebrada de José, y despues á Píritu. Todos los habitantes emigraron dejando solitarias sus casas. Las tropas inglesas, al ocuparlas, hallaron abundancia de licores, y sin obedecer órdenes algunas se entregaron á consumirlos. Siguióse por consiguiente una escena de alboroto y de embriaguez, que puso en la mayor consternacion á los jefes. Una pequeña fuerza enemiga habria destruido en aquellos momentos la division extranjera.

La ciudad de Barcelona está dividida en dos partes por el rio Neverí, las que se comunican por un puente de piedra. El arrabal de Portugalete, situado al oriente, fué el escogido por Urdaneta para acuartelar sus tropas. Era la posicion mas á propósito, así para evitar un golpe de mano que pudiera intentar el enemigo, como para mantener la disciplina, é impedir la desercion de los soldados, y el que se pasáran á los realistas, lo que intentaban hacer ya con escándalo. El rio, en aquella época del año, no tenia vado, y el puente se podia defender con la mayor facilidad. El general dejó en la plaza de la ciudad un fuerte destacamento como de vanguardia, el que proveía los puestos avanzados, las patrullas y vigías necesarias para obser-

var á los enemigos y aumentar la seguridad. Urdaneta se alojó con su estado mayor en una casa que estaba situada en medio de los dos cuerpos de tropas. El comandante realista de la provincia, coronel Arana, se habia acampado en Píritu, á poca distancia de la plaza, con los restos que habia salvado de la accion de Cantáura. Arana, que poseía una infatigable actividad, reunia tropas con el objeto de recuperar á Barcelona. Esperaba que no tardaria en llegar la segunda division del ejército expedicionario, mandada por el coronel Peréira, á quien habia dirigido postas á Orituco, donde se hallaba.

Entre tanto Arana escoge treinta jinetes bien montados, y poniéndolos á las órdenes del comandante Saint-Just, los envia á Barcelona para sorprender el cuartel general y matar á Urdaneta junto con su estado mayor: tenia exactas noticias por medio de sus espías del lugar en que se hallaban alojados, y de todas las demas circunstancias necesarias. La partida española se quita las divisas rojas que usaban sus partidarios, y se pone en los sombreros las blancas que distinguian á los patriotas. Sabiendo por algunos desertores que estos aguardaban con ansia las divisiones de Cedeño y Bermúdez, se presentan al amanecer del 22 de julio en los puestos avanzados, bajo el carácter de una partida de aquellas tropas. Con tal estratajema penetran por medio de las centinelas victoriando á los patriotas, y llegan hasta la casa del general. Habrian conseguido su intento, si no hubieran hallado vestido y uniformado al coronel Montilla, quien, sospechando malas intenciones en tan inesperada visita, corrió á la puerta de la calle donde no habia guardia. Creyéndose descubiertos los realistas, desfilaron inmediatamente hácia otra direccion, y salieron de la ciudad despues de matar á algunos soldados que hallaron en las calles. Este hecho de tanta audacia no habria podido ejecutarse, si las tropas acampadas en Barcelona hubieran sido del país.

La situacion de Urdaneta y de su division era muy crítica: no tenia víveres ni vestuario, y carecia de todos los demas recursos. Los soldados extranjeros, hambrientos, desnudos y empeñados en una guerra en que no se daba cuartel, veían con horror cuanto les rodeaba; así clamaban todos los dias porque se les cumplieran las condiciones de su contrata, y el general no podia verificarlo. Seguíase de aquí la insubordinacion, y los pocos jefes venezolanos que los dirigian temian á cada momento

por su vida : temian igualmente que fueran seducidos por las promesas del general Morillo hechas á nombre del gobierno español, ofreciéndoles servicio ó restituirlos á su país, pues tales ofrecimientos podian causar un motin ó rebelion abierta á fin de pasarse al enemigo. Entre tanto el general English, su jefe inmediato, y quien los habia enganchado en Europa, no hacía acto alguno de vigor para contener tamaños desórdenes, y su autoridad era nula. Solo cuando se ofrecia combatir manifestaban aquellas tropas que habian sido parte de las huestes que abatieron las águilas francesas. El cuerpo aleman, que mandaba el coronel Uzlar, era el apoyo del general en jefe y de la disciplina, por su moderacion, obediencia y sufrimiento : honrosa conducta, debida en gran parte á las bellas cualidades que adornaban á su coronel.

Tal era la peligrosa posicion en que se hallaba Urdaneta. Su esperanza para emprender operaciones ofensivas sobre la provincia de Caracas, ó hácia lo interior de Barcelona, consistia en reunirse con una columna de caballería regida por Monágas, la que no llegaba. Tambien la tenia fincada en las divisiones que mandaban Bermúdez y Cedeño. Esta, mas inmediata y con la fuerza de mil infantes y trescientos jinetes, hubiera sido un auxilio muy importante; mas se ignoraba el verdadero lugar de su acantonamiento, así como el de Bermúdez en Cumaná, lo que provenia de que los realistas dominaban todos los pueblos de la provincia que no estaban situados en la llanura. Por tal impedimiento varios oficios dirigidos á Bermúdez, lo mismo que á Cedeño, cayeron en poder de los jefes ó autoridades españolas, que se impusieron del estado en que se hallaba Urdaneta; ellos le hostilizaban de contínuo con fuertes partidas de caballería que le redujeron al recinto de la ciudad. Agregábase á esto la desercion de los extranjeros, los que, sin embargo de no conocer el país, se desertaban con frecuencia aun en grandes partidas, á fin de unirse á los realistas, llevándose las armas y dirigiéndose al acaso hácia la plaza de Cumaná, donde juzgaban que hallarian buena acogida. Aprehendiéronse algunos, que fueron juzgados y pasados por las armas. Una fuerte guerrilla de soldados extranjeros se dirigió al puerto de Santafé : atacada por las tropas republicanas que allí existian, se defendió obstinadamente. Diez y nueve murieron en el combate, y diez y ocho quedaron prisioneros.

Aunque los jefes y oficiales extranjeros de la division eran hombres de honor, lealdad y bizarría, y aunque muchos se esmeraban en contener tan graves desórdenes, el estado de las tropas era violento. En tal posicion, viendo claramente Urdaneta que nada podia emprender, ni salir de Barcelona sin caballería y sin tropas del país, y que allí no hacía otra cosa que consumir inútilmente las raciones de la marina, únicas de que podia disponer, determinó abandonar la ciudad. Embarcóse, pues, para dirigir su rumbo á la provincia de Cumaná, donde esperaba reunirse con algunas fuerzas venezolanas, recibir auxilios de boca, que de ante mano habia pedido á Maturin, y tentar la fortuna acometiendo nuevas empresas.

Con este objeto embarcó la division inglesa (agosto 1°), bastante disminuida ya, y el 3 de agosto arribó al puerto de Bordónes, legua y média distante de la plaza de Cumaná. Uniósele allí con cerca de trescientos hombres el coronel Domingo Móntes, quien con tanta audacia como valentía se habia mantenido siempre en los alrededores de Cumanacoa, á pesar de que los Españoles tenian en la provincia fuerzas muy superiores. Despues de esto los patriotas se dirigieron hácia el Oriente por la falda del cerro Colorado : pasaron el rio Manzanáres por el puerto de la Madera, y se establecieron en el Cántaro. En todo este movimiento la caballería realista molestó en gran manera á los independientes que marchaban á tiro de cañon de la ciudad. La escuadra de Brion, aprovechándose de un viento favorable, ejecutó una maniobra arrojada; pasando bajo los fuegos de la artillería de la plaza, fué á ocupar el golfo de Cariaco. En esta operacion el castillo de la boca del rio hizo y recibió un fuego muy vivo; pero con poco estrago de una y otra parte. Tampoco dañaron á la escuadra los fuegos contínuos de las fuerzas sutiles españolas.

En la plaza de Cumaná mandaba el brigadier don Tomas de Círes : tenia cerca de mil veteranos, fuera de las milicias y de los habitantes de la ciudad que tomaron las armas. Así los realistas, amparados por sus fortificaciones, bien vestidos y alimentados, é iguales casi en número á los patriotas, nada debian temer. Estos por el contrario, sin artillería, sin caballería, sin vituallas, desnudos é indisciplinados, no podian tener probabilidad alguna de un feliz suceso.

El general Monágas llegó con pocos hombres y ganado, ali-

viando así algun tanto el hambre de las tropas. Empero llovia incesantemente, mal terrible para los soldados europeos, no acostumbrados á las copiosas lluvias de la zona tórrida, ni á sufrirlas sin tiendas y sin vestidos. El descontento llegaba á su colmo, y la desercion era contínua, pasándose los extranjeros al enemigo.

Despues de haber hecho varias tentativas y reconocimientos sobre la ciudad y sus fortificaciones, Urdaneta resolvió atacar el fuerte de Aguasanta, que dominaba la plaza. Esta posicion se hallaba defendida con gruesa artillería, buenas estacadas y anchos fosos; ademas, era muy áspera y difícil la subida al cerro donde yace, y tenia un camino cubierto para comunicarse con la ciudad.

El 5 de agosto al amanecer fué embestido el fuerte: componíase la primera columna de ataque de cerca de cuatrocientos hombres, los doscientos Ingleses y los demas Alemanes al mando del teniente coronel Frendental, y la segunda de cuatrocientos Venezolanos, que capitaneaba el coronel Móntes. La vigilancia de los Españoles era muy grande; así vieron oportunamente el avance de las columnas republicanas: dejándolas acercar, rompieron sobre ellas un fuego destructor de artillería, fusilería y granadas. Los invasores, sin embargo, continuaron su movimiento con denodado valor. Los soldados y oficiales llegaron hasta querer arrancar con sus manos las estacas de las fortificaciones, pues no habian llevado instrumentos para cortarlas; pero los realistas, defendidos por sus casamatas, tiraban con seguridad á los patriotas, que situados en la pendiente mas baja de la altura, recibian la muerte y no podian herir á sus enemigos. Esto obligó á que Urdaneta diera la órden para retirarse. Dos horas se prolongó el combate; y nuestros soldados, rechazados tres veces, volvieron al ataque del fuerte con el mayor denuedo y con un brillante valor. El resto de la division se habia situado al pié del cerro, miéntras duraba la refriega. Formada en columna, recibia los fuegos de las baterías de la plaza, especialmente del castillo de San Antonio, y de los baluartes de San Fernando y del Barbudo. Fué, sin embargo, muy poco el daño qué le hicieron los realistas, por la mala direccion de sus fuegos. Una bala, sin embargo, puso en peligro la vida del general en jefe, pues habiendo tocado de rebote á su caballo, este le derribó, aunque sin causarle daño alguno.

El ejército republicano volvió á sus posiciones habiendo tenido entre muertos y heridos la pérdida de ciento cincuenta hombres. Contóse entre los últimos al teniente coronel Frendental, cuyo valor y arrojo en aquel dia rayára en temeridad. Los Españoles solo tuvieron dos muertos y seis heridos, segun sus partes oficiales.

Privado el general Urdaneta de toda clase de auxilios, y desesperando de poder reducir la plaza de Cumaná, determinó abandonar la empresa. En consecuencia la escuadra, que proveía en algo la subsistencia de las tropas, se hizo á la vela para otros puntos. Urdaneta dió pasaporte para Margarita al general English, porque en la division mas bien causaba embarazos que alguna utilidad; él carecia de habitudes de mando militar y de energía de alma para reprimir los desórdenes de los soldados extranjeros. Fuése á Margarita, donde murió á poco tiempo.

El general en jefe trasladó en seguida su division al puerto de la Madera: desde allí emprendió el 9 de agosto una larga marcha por tierra, primero hácia Cumanacoa, para seguir despues á Maturin en lo interior de los Llanos.

Era una parte principal de las instrucciones de Bolívar á Urdaneta, que si no obtenia ventajas en las costas orientales de Venezuela, se internase con la division inglesa: queria ponerla en situacion de que no se pudiera rebelar, mezclándola con las tropas del país, y acostumbrar á los extranjeros á los usos, alimentos y modo de vivir de los Venezolanos.

Fué una marcha harto difícil y arriesgada la que debia hacer la division regida por Urdaneta. Parecia imposible que la pudieran soportar los extranjeros, de que se componia en su mayor parte, sin víveres, desnudos y perseguidos por algunas fuertes partidas realistas. El invierno ó las lluvias eran rigurosas, y los caminos se hallaban intransitables. El sufrimiento de los Ingleses estaba agotado: ellos se desertaban continuamente, y preferian la muerte á incorporarse de nuevo en sus filas. Llegó á tanto la desercion, que en la gran cuesta llamada del Imposible hubo un combate formal, entre una partida de Ingleses que se pasaban á los Españoles y las tropas venezolanas: diez y seis soldados extranjeros murieron en la refriega. En aquel dia se racionó la division con la carne de los caballos y mulas del estado mayor y de los jefes de los cuerpos. En los dias posteriores aun fueron mas desgraciadas las tropas, devoradas por el ham-

bre y la miseria. En el pueblo de San Antonio solamente recibieron la racion de una caña de azúcar por hombre. Los rios, aun los mas pequeños, habian salido de madre, y algunos soldados se ahogaron vadeándolos. Al cabo de diez dias de jornadas tan penosas y sin descanso alguno, llegó la division á Maturin (agosto 20), reducida ya á un esqueleto de lo que ántes habia sido. Acampóse allí por algun tiempo, á fin de que se restableciera de sus penosas fatigas y sufrimientos, hallando en abundancia carne y casave para alimentarse.

Miéntras ocurrian tales sucesos en la provincia de Cumaná, tambien se combatia en la de Barcelona. Dijimos ántes que el general Bermúdez habia sido nombrado por el Libertador para mandar en jefe el ejército de Oriente y cooperar á las importantes operaciones militares que habia encargado á Urdaneta. En consecuencia Bermúdez, luego que recibiera las órdenes de Bolívar, marchó por el interior de Cumaná á ponerse al frente de la division que habia triunfado en Cantáura, y que accidentalmente gobernaba Cedeño: hallóla en San Diego de Cabrutica, y sin demora se dirigió á Barcelona, pues tenia noticias de que era crítica la situacion de Urdaneta. Mas por una desgracia que persiguió á los patriotas en todas las empresas que acometieron en las provincias orientales, cuando llegó á Barcelona en los primeros dias de agosto, ya Urdaneta se habia retirado de esta ciudad; hallóse, por consiguiente, solo con mil cien hombres de infantería y poco mas de doscientos de caballería, en circunstancias de que sabía marchaba á su retaguardia la segunda division del ejército expedicionario. Se componia esta de mil quinientos infantes veteranos y doscientos treinta jinetes regidos por el intrépido y activo coronel Peréira. Bermúdez, para defenderse, tomó posiciones en la parte oriental de la ciudad, y cortó el puente sobre el rio Neverí, que se forma de este y del Aragua. Protegidas allí sus tropas en la casa fuerte de triste recordacion, se hallaba al abrigo de cualquiera tentativa de los enemigos, que segun su direccion debian arribar por la izquierda á poniente de la ciudad.

Bien pronto se vió en la necesidad de lidiar con los realistas, que se movieron del Juncal en 11 de agosto á las seis de la mañana. Peréira con sus tropas ocuparon sin resistencia alguna las casas del arrabal de Barcelona, que habian abandonado los patriotas y que en su mayor parte se hallaban desiertas; pero

estos se hicieron firmes al oriente del Neverí, pues tenia el puente una cortadura de ocho varas, y lo dominaban con sus fuegos desde las casas inmediatas preparadas con este objeto. Los rios Aragua y Neverí estaban sobre manera crecidos y eran invadeables en aquella época del año: ademas, los independientes tampoco habian dejado canoa alguna en que pudieran pasar las tropas realistas.

Sin embargo de la actividad y audacia que caracterizaban al coronel Peréira, nada pudo adelantar en dos dias que trató de forzar, ya el puente, ya los rios que defendian la posicion de las tropas republicanas. Escaramuzas, movimientos y tiroteos de partidas distantes fueron los únicos sucesos que hubo.

Bermúdez temia por la seguridad de su division, inferior en número y en disciplina á la española, compuesta de veteranos, con los que no podian lidiar en batalla sus infantes, bisoños en gran parte. Por esto, por la escasez de vituallas y recursos que habia en la arruinada ciudad y provincia de Barcelona, y porque su permanencia en ella no tenia ya objeto, resolvió abandonar la capital y dirigirse á Cumaná. Esperaba que uniéndose con la division extranjera podrian batir á cualquiera cuerpo de los realistas que se les presentára.

El general Bermúdez hizo sus preparativos de marcha con la mayor prontitud, la que rompió á las ocho de la noche (agosto 12). Era ya un poco tarde cuando los enemigos la descubrieron al dia siguiente, los que en el momento emprendieron la persecucion de los republicanos con sus mejores tropas. Sin embargo de la marcha precipitada del coronel Peréira, no pudo alcanzar á la division de Bermúdez hasta el segundo dia en las alturas de Conoma. Despues de un lijero tiroteo continuaron los patriotas su retirada, sufriendo algun daño en muertos, heridos y extraviados; mas no una dispersion completa, cuya gloria quiso atribuirse Peréira en sus partes oficiales. Los realistas los persiguieron solamente hasta el 13 de agosto, porque los caminos se hallaban intransitables á causa de las lluvias, y los Españoles no tenian víveres; por lo cual en dos dias no racionaron á sus soldados. Así fué que Bermúdez prosiguió su retirada por el camino de la costa, sin haber sufrido una pérdida considerable. Cuando arribó á Cumanacoa, ya Urdaneta habia seguido para Maturin, hácia donde dirigió al jefe de su estado mayor, coronel Antonio José de Sucre, para darle cuenta de todo lo ocur-

rido. Entre tanto sus fuerzas continuaron hostilizando en lo posible á la capital de Cumaná, contra la cual no podian emprender sérias operaciones. Peréira regresó á Barcelona, de donde se trasladára nuevamente á la provincia de Carácas, pues la de Barcelona quedaba defendida por la columna del coronel Arana, quien ocupó sus antiguas estancias de San Andres de Onoto.

Miéntras ocurrian estos acontecimientos militares, el congreso de Angostura continuaba sus sesiones; á un mismo tiempo se ocupaba en dictar leyes acerca de los principales ramos de la administracion de la República, y en acordar la constitucion que debia regirla. Las mas célebres entre las primeras fueron : la de 26 de marzo, estableciendo dos cortes de almirantazgo, una en Margarita y otra en Angostura, cuyas principales atribuciones eran, conocer de todo lo que tuviera relacion con las presas y la piratería, concediendo á los que se sintieran agraviados por sus juzgamientos el recurso de apelacion á la alta corte de justicia : la de 6 de mayo, reglamentando el gobierno y administracion de las Misiones del Caroní, que se encargaron á un corregidor que residiria en la villa de Upata; prevínosele que impidiera por sí y por sus tenientes, que los Indios fueran vejados, á los que se libertó de reclutamientos y de otros servicios gravosos : la de 12 del mismo mayo, autorizando al ejecutivo para vender quinientas leguas cuadradas de tierras baldías, cada una de cinco mil varas, fijando el precio de un peso por ciento cincuenta varas cuadradas; y para contratar un empréstito de tres millones de pesos. Por otras leyes de 20 y 23 de junio se mandaron secuestrar y confiscar los bienes de los Españoles europeos y de los Americanos, que emigráran de los pueblos y del país ocupados por las armas de la República. Pusiéronse várias excepciones á favor de los últimos; así como otras que favorecian á las mujeres, hijos y acreedores de los emigrados. La creacion de tribunales de almirantazgo se cumplió en julio, instalándose el de Margarita bajo la presidencia del doctor Francisco Javier Yáñes, del que era fiscal el doctor Andres Narvarte. Dicho tribunal adquirió mucha celebridad por la rectitud y saber que manifestára en sus juicios, y por el impulso que dió al corso; medida adoptada para hostilizar ventajosamente á la España en su comercio, á fin de reducirla á que tratára con los independientes. Los actos del congreso de An-

gostura dieron consistencia á la República, y manifestaron á las naciones civilizadas que miéntras Venezuela combatia denodadamente por su Independencia de la madre patria, aunque con vária fortuna, no se descuidaba en echar los fundamentos para conseguir una libertad racional en circunstancias mas felices.

Con este objeto el congreso, despues de largas discusiones, concluyó y firmó la constitucion de Venezuela el 15 de agosto. Se estableció por ella una forma de gobierno unitario, popular y representativo, bajo del sistema republicano. El cuerpo legislativo se componia de dos cámaras: la del senado, cuyos miembros eran vitalicios; y la de los representantes, elegidos cada cuatro años. Un presidente, cuya duracion era tambien de cuatro años, reelegible por otro período solamente, debia ejercer el poder ejecutivo. El judicial estaba encargado á varios tribunales que se establecieron. Este código fundamental decretaba que recibiria su sancion de los pueblos: disposicion casi imposible de realizarse, sin que fuera mutilado ó que se formára un cáos de opiniones encontradas. Nuevos sucesos echaron en breve por tierra á este proyecto de constitucion, que nunca fué ley de la República.

Al congreso de Angostura concurrieron, aunque tarde, tres diputados de los cinco nombrados por la provincia de Casanare, correspondiente á la Nueva Granada: fueron los ciudadanos Francisco Antonio Zea, coronel José María Vergara y teniente coronel Vicente Uribe: el doctor José María Salazar y teniente coronel Antonio Moráles, que tambien fueron elegidos, no asistieron al congreso. Desde entónces se pensaba en la union íntima de Venezuela y de la Nueva Granada, como una medida de vital importancia para asegurar y consolidar la independencia de ambos países.

Despues de haber acordado la constitucion política de la República, el congreso de Angostura declaró que continuaria sus sesiones, como en efecto lo hizo, para completar la organizacion de los diferentes ramos del gobierno de las provincias. Con este fin expidió un reglamento, por el cual se creaba un consejo de administracion de la guerra: debia presidirlo el jefe de la República, y por su falta el ministro ó secretario del ramo.

La constitucion acordada no se planteó inmediatamente por el estado de guerra en que se hallaban las provincias, durante la cual era imposible establecer prácticamente las garantías so-

ciales que por aquella ley fundamental se habian concedido á las personas y propiedades de los ciudadanos. Esperábase tambien oir el juicio que Bolívar pronunciára acerca de ella; sin el apoyo moral de tan ilustre jefe, todo el mundo conocia que sería imposible establecer la nueva constitucion de Venezuela. Por tales motivos se aguardaba con ansia en la ciudad de Angostura el recibir noticias del Libertador. Segun referimos ántes, él habia marchado á combatir el poder español, durante el invierno, sobre los Ándes de la Nueva Granada. Veámos cuál fué el éxito de aquella atrevida empresa.



CAPÍTULO XI.

Fuerzas con que Bolívar emprendió la campaña de la Nueva Granada. — Obstáculos que debia superar. — Páez continúa en el Apure. — El Libertador se dirige á Casanare : se junta con Santander. — Dificultades en el paso de los Andes. — Junta de guerra en Paya. — Padecimientos de las tropas : arriban á Socha. — Activas providencias para reorganizar el ejército. — Estado de la opinion en la Nueva Granada : sus habitantes se conmueven. — Accion de Gámesa. — Marcha sobre Serinza y Bonza. — Desnudez de las tropas. — Bolívar publíca la ley marcial : reune y disciplina reclutas. — Estado lamentable de su ejército. — Batalla de Várgas ganada. — Combates parciales. — El Libertador se apodera de Tunja. — Barréiro le sigue. — Victoria completa en Boyacá. — Terror pánico del virey y de los realistas de Santafé : todos emigran. — Calzada se dirige á Popayan con algunas fuerzas. — Bolívar ocupa á Santafé : es recibido con entusiasmo. — Destacamentos realistas que se rinden : fuerzas que aun pudieron reunir los jefes españoles. — Botin cogido en la capital. — Bolívar se aprovecha de la victoria : expediciones que dirige. — Ocupacion de várias provincias. — Calzada arriba á Popayan : envia una expedicion al valle del Cáuca : sus habitantes la destruyen. — Marcha Calzada á Pasto. — Conducta del obispo de Popayan hostil á los independientes. — Guerrillas en Patía. — Nueve provincias libertadas. — Patriotismo de los Granadinos. — Aprestos militares del Libertador. — Organiza el gobierno y administracion de la Nueva Granada : leyes que debian regir. — Anuncia la union con Venezuela. — Triunfo de Bolivar en Santafé. — Propone al virey el canje de los prisioneros. — Viaje del Libertador á Pamplona. — Latorre con la quinta division en Cúcuta. — Combate de Páez en la Cruz. — Soublette hace retirar á Latorre y penetra al Apure. — Nuevo ejército en Pamplona. — Operaciones de Morillo. — Sucesos de Angostura. — Zea, compelido, renuncia la vicepresidencia : es nombrado Arismendi. — Efectos de las noticias del ejército libertador y de la victoria de Boyacrá. — Situacion y providencias de Arismendi. — Combate naval de Apure Seco. — Los realistas abandonan á San Fernando. — Decreto á favor de las tropas extranjeras. — Ejecucion de los prisioneros en Santafé. — Cómo justifica Santander este acto. — Consecuencias saludables que resultaron. — Expedicion de Mac-Gregor contra Riohacha. — La quinta division española ocupa de nuevo á Cúcuta: alarma que excita. — Muerte del general Anzoá-

tegui. — El Libertador marcha á Venezuela. — Es recibido en Angostura con mucho júbilo. — Se presenta al congreso. — Propone la union de Venezuela y de la Nueva Granada en una sola República. — El congreso la acuerda. — Creacion y proclamacion de la República de Colombia. — Basas de la union ó ley fundamental.

Año de 1819. — Dejamos al Libertador en el Mantecal haciendo los preparativos para su expedicion á la Nueva Granada. El 25 de mayo emprendió su marcha con direccion á Guadualito. — Componíase el ejército de los batallones de infantería Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albion; la caballería se formaba del regimiento nombrado Guias de Apure, de dos escuadrones de lanceros del Alto-Llano de Carácas y de uno de carabineros. Mandaban estos cuerpos, segun el órden con que se han mencionado, los tenientes coroneles Arturo Sander y Cruz Carrillo, los coroneles Ambrosio Plaza, Rook, Hermenegildo Mujica, Leonardo Infante, Juan José Rondon y el teniente coronel Juan Mellao. Formóse de la infantería una division, nombrada *de Retaguardia,* regida por el general Anzoátegui. La que mandaba en Casanare el general Santander se consideró como de vanguardia.

Eran muy graves las dificultades de la empresa que arremetia Bolívar, las que hubieran arredrado á otro génio ménos audaz y emprendedor. Aquella época del año era de riguroso invierno en los Llanos, cuando no cesan esos torrentes de lluvias que hacen salir de madre á todos los rios y caños : desde el Mantecal hasta el pié de la cordillera tenia que atravesar un país inundado y pantanoso; vadear multitud de rios navegables; atravesar el célebre estero de Cachicamo, ó laguna de Rabanántes, que en los tiempos antiguos detenia hasta el correo; conducir, en fin, municiones, equipajes y todo cuanto era necesario para la campaña por medio de un inmenso lago. Operaciones tan difíciles como arriesgadas habrian sido imposibles con otros hombres ménos intrépidos que los llaneros; pero componiéndose en su mayor parte el ejército de Bolívar de estos soldados, ellos triunfaron de tamaños obstáculos. Teniendo á su cabeza al Libertador y á otros valerosos jefes de la Independencia, el ejército llegó en pocos dias á Guadualito. Allí encontró el Libertador al general Páez, que habia hecho todos los apreştos encomendados á su cuidado. Despues de al-

gunas conferencias, acordaron los dos jefes principales, que Páez se quedára en el Apure con mil hombres de caballería, destinados á obrar sobre la provincia de Barínas y hácia los valles de Cúcuta por la montaña de San Camilo. Pretendia Bolívar con esta operacion engañar á Morillo, acerca del verdadero objeto de su marcha, y llamar hácia Cúcuta ó Pamplona las fuerzas españolas que defendian las provincias internas de la Nueva Granada. Queria tambien que Páez entretuviera á la quinta division del ejército expedicionario, regida por el mariscal Latorre, para que no se internase en el Nuevo Reino, ni auxiliára á la tercera division, que allí existia. Conocido ya el destino de la expedicion, bastantes llaneros se declararon contrarios y se desertaron por no subir las montañas. Contóse en este número al coronel Iribarren, quien se desertó con todo su escuadron desde Guadualito: el coronel Ranjel tampoco pudo seguir por enfermo. El resto del ejército pasó el Aráuca sin novedad alguna el 11 de junio, y solo entónces se supo con fijeza en el ejército la ruta que iba á tomar Bolívar, quien se unió el 11 en Tame, pueblo de la provincia de Casanare, con la division de vanguardia que mandaba Santander (1). Despues de esto ascendió el ejército Libertador á dos mil quinientos hombres, que se reunieron en Pore el 25 de junio, prontos á invadir el territorio granadino ocupado por los realistas.

Ya Bolívar con sus tropas se hallaban al pié de la gran cordillera de los Ándes, que extendiéndose de sur á norte separa las llanuras orientales de Venezuela de las montañas de la Nueva Granada. Acaso eran mayores las dificultades que aun debia superar el Libertador. Todas sus tropas estaban casi desnudas por los trabajos de la campaña del Llano, por la inclemencia del tiempo y por la escasez de recursos. Componíanse ademas en su mayor parte de hombres acostumbrados á los climas ardientes de Venezuela. Ellos debian montar la cordillera, casi hasta el término de la nieve perpétua, y sufrir el intenso frio de sus heladas cimas. Era tambien necesario con-

(1) En el capituló XII de la primera parte de esta *Historia* hemos referido extensamente las operaciones, y las fuerzas que tenia la division de Casanare. Allí tambien se puede ver cual era la situacion del espíritu público en la Nueva Granada, y los medios de defensa que poseían los realistas en el mes de mayo de 1819.

ducir algunas armas sobrantes, las municiones, víveres y equipajes en caballerías de los Llanos; estas son incapaces de resistir el frio, la diferencia de pastos y los terrenos pedregosos de la cordillera, donde se despean y no pueden dar un paso, pues las herraduras son desconocidas en los Llanos; así casi todas pierden la vida en el páramo.

Á tamaños obstáculos se añadian otros. Aun suponiendo que el ejército de Bolívar atravesára la cadena de los Ándes, le amenazaban acaso mayores riesgos en la falda occidental de la cordillera. Sus pocas avenidas estaban guardadas cuidadosamente por la tercera division del ejército expedicionario, que tenia en la provincia de Tunja cerca de dos mil cuatrocientos hombres de infantería y mas de cuatrocientos jinetes. El coronel de artillería don José María Barréiro era el comandante general de esta division, escogido por Morillo, buen juez en la materia (1). Todas las tropas españolas que guarnecian á la Nueva Granada tenian moral, disciplina y abundaban de cuantos recursos eran necesarios para rechazar cualquiera invasion de los independientes.

Á pesar de tantas dificultades como se presentaban, Bolívar no dudó un momento el emprender la arriesgada campaña que habia proyectado. El premio era grande si conseguia un éxito feliz, y confiaba en el buen espíritu de sus soldados, en la celeridad y el secreto de sus operaciones, y en la opinion de los pueblos decididos á su favor. Esperaba sorprender al enemigo, presentándose en el centro de la Nueva Granada, ántes que los Españoles hubieran podido reunir sus fuerzas. Apénas habian pasado veinte y seis dias despues que el ejército libertador emprendió su movimiento desde el Mantecal, cuando el 22 de junio rompió su marcha para dejar los Llanos de Casanare. La estacion todavía era cruda, pues los rios, los caños y aun los arroyos habian salido de madre é inundaban las llanuras, en que llovia continuamente. Mas como era necesario seguir adelante para no dar tiempo á Morillo ni á sus tenientes de trastornar un plan de campaña tan bien meditado, el ejército se dirigió hácia la cordillera por el camino de Morcote, con el designio de atravesar el páramo de Pisba. Á las cuatro jornadas ya se habian inutilizado casi todas las caballerías que conducian los

(1) Véase la nota 41ª.

equipajes, y una gran parte del ganado en pié que iba de repuesto. La vanguardia, mandada por el general Santander, venció en la fuerte posicion de Paya (junio 27), las primeras tropas avanzadas de los enemigos en número de trescientos hombres; los fugitivos fueron á dar aviso á los realistas de que los insurgentes se acercaban.

Acampado el ejército, una parte en Paya y la retaguardia en el llano de San Miguel, convocó Bolívar una junta de guerra de los principales jefes, para consultarles sobre la continuacion de la campaña; él sabía las murmuraciones y descontento de una parte de las tropas venezolanas, y aun de algunos oficiales de graduacion, que opinaban se les conducia á una empresa arriesgada en extremo. Aunque el Libertador estaba seguro de su oportunidad, y aunque ninguna duda le asistia sobre la necesidad y ventajas de continuar la campaña, quiso apoyarse en la opinion de sus subalternos, los generales Soublette, Anzoátegui y Santander, junto con los coroneles Lara y Salon, miembros que compusieron la junta. Despues de haberles manifestado todos los obstáculos que se presentaban para llevar á cima la empresa comenzada, y las ventajas que podrian obtenerse si la fortuna coronaba sus esfuerzos con la victoria, todos los jefes consultados opinaron porque se llevára adelante. Siempre habia sido esta la opinion decidida de Bolívar, quien solamente consultára á los jefes mencionados, para tener un apoyo mas sólido en la opinion de sus subalternos, acallando de esta manera las murmuraciones del ejército, que no se le ocultaban.

Decidida la prosecucion de la campaña, se continuaron las marchas para atravesar los soldados independientes la gran cordillera de los Ándes: fueron indecibles los trabajos y fatigas que sufrieran en aquellas heladas y escabrosas cimas. Mas de ciento murieron en el páramo de Pisba por la intensidad del frio; algunos se desertaron para volverse al Llano; otros, en fin, cayeron enfermos. Los cuerpos de caballería, cuyo valor inspiraba la mayor confianza, quedaron muy disminuidos, perdiendo sus caballos, sus monturas y hasta sus armas: el soldado las tiraba, pues no se detenia por nada, y ansiaba solamente por salir del páramo á fin de libertarse del frio. Las municiones de boca y de guerra quedaron abandonadas, porque no hubo caballerías que pudieran atravesar la cordillera, ni hombres que se detuvieran á conducirlas. Estaba, pues, el ejército indepen-

diente reducido á un verdadero esqueleto, y parecia imposible que pudiera resistir al español. Algunos jefes eran los únicos que se hallaban en aptitud de hacer el servicio. Si en aquellos momentos peligrosos los realistas hubieran atacado á los patriotas, sin duda los habrian destruido con facilidad.

En tan lamentable estado apareció el 6 de julio el ejército republicano en el pueblo de Socha, perteneciente á la provincia de Tunja, sobre el fértil y hermoso valle de Sogamoso, donde el coronel Barréiro tenia su cuartel general. La proximidad del enemigo aumentaba los peligros de los independientes, cuya situacion era harto crítica.

Pero en ningun tiempo desplegó Bolívar mas energía ni mayor firmeza y actividad. En tres dias junta caballos, remonta y arma una parte de sus jinetes, envia prontos y eficaces auxilios á los cuerpos atrasados, reune el parque y restablece el ejército en lo posible. En operaciones tan importantes es auxiliado eficazmente por los distinguidos jefes que le acompañan, los generales Soublette, Anzoátegui y Santander, así como por los comandantes de los cuerpos de infantería y caballería. Santander era el que mas trabajaba, y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que á él se debió en gran parte el feliz éxito de la campaña.

Al mismo tiempo Bolívar envia partidas en várias direcciones para que molesten al enemigo y pongan en movimiento á los pueblos. Hallábanse estos exasperados contra los Españoles, tanto en la provincia de Tunja como en las otras de la Nueva Granada. Multitud de familias, cuyos padres, hermanos ó parientes habian perecido en los cadalsos por las órdenes sanguinarias de Morillo, de Enrile, de Warleta, de Sámano, de los Tolrás y de otros varios jefes expedicionarios, aguardaban con ansia algun auxilio para correr á las armas y libertarse de sus crueles opresores. El virey del Nuevo Reino de Granada, mariscal de campo don Juan Sámano, era detestado, y en lo general se le despreciaba por su ineptitud para el mando superior. Desde ántes que Bolívar se presentára en Socha, existian algunas guerrillas independientes en las provincias granadinas. Empero la repentina aparicion del ejército republicano sobre el valle de Sogamoso en el corazon de la provincia de Tunja, fué un golpe eléctrico que puso en agitacion á todos los patriotas. Sin embargo de que estos no conocian las fuerzas invasoras, el nombre

mágico de Bolívar, su fama y la de los otros jefes que le acompañaban, se las hicieron suponer muy superiores en número á lo que eran efectivamente. Conmovidos los habitantes de la provincia de Tunja, enviaron á Bolívar noticias, víveres, caballos, armas que mantenian ocultas, y cuantos socorros podian dirigirle los amigos de la Independencia, rodeados como se hallaban por las tropas españolas. Algunos corrieron á alistarse en sus filas, y en breve se unieron á los republicanos muchos hombres que deseaban con ansia libertarse del pesado yugo español, y de las exacciones de vituallas, caballos, bagajes, alojamientos y otros mil gravámenes que tenian exasperados á los Granadinos.

Habia cinco dias que el ejército descansaba de sus pasadas fatigas y privaciones, cuando el enemigo se presentó con mas de mil hombres de infantería y ciento ochenta de caballería sobre Corráles y Gámeza, pasando el rio de este nombre : consiguió dispersar en el pueblo á una compañía de la division de vanguardia; suerte que tambien cupo á otra de caballería de la division Anzoátegui en Corráles. Al amanecer del 11 de julio marcharon las divisiones Santander y Anzoátegui al encuentro de los realistas, que ya habian atravesado el rio Gámeza, y que iban en busca de los patriotas. Retiráronse entónces aceleradamente, y repasando el rio ocuparon la fuerte posicion de la peña de Tópaga, desde donde dominaban con fuegos cruzados el puente y el paso del rio. El primer batallon de Cazadores y tres compañías mas de los batallones de Rifles, Bravos de Páez y Barcelona pasaron el Gámeza con un arrojo sin igual bajo de los fuegos del enemigo. Viéndose atacado este, se retiró á los molinos de Tópaga, posicion aun mas ventajosa que la primera. Despues de combatir los republicanos por ocho horas posiciones tan formidables, en que sufrieron las tropas de vanguardia la pérdida de los valientes oficiales Arredondo, Lobo Guerrero y Gómez junto con algunos soldados muertos y heridos, causándola aun mayor al enemigo, durmieron los independientes en Gámeza, de donde regresaron al dia siguiente á los aposentos de Tasco. Bolívar resolvió aguardar aquí la reunion de la legion británica y de la columna del coronel Nonato Pérez, cuerpos que se habian atrasado. Tambien queria dar tiempo á que el general Páez adélantára sus operaciones sobre los valles de Cúcuta, segun el plan de campaña que habian concertado;

esperaba que de esta manera pondria á los realistas en una situacion muy crítica.

Luego que se le reunieron los cuerpos que no habian podido hallarse en la accion de Gámeza, el Libertador, viendo cuán difícil era forzar las posiciones que dominaba el enemigo, desistió de su primer proyecto de invadir el valle de Sogamoso. Por una marcha rápida hácia el flanco derecho pasa el rio Chicamocha, y aparece con todas sus fuerzas en el fértil y poblado valle de Serinza. Entónces el coronel Barréiro, dejando á Tópaga, se sitúa y fortifica en los molinos de Bonza, cubriendo así el camino que conducia á la capital del vireinato. Bolívar se apoderó de un país abundante en recursos, donde pudo completar la remonta de su caballería, arma que le inspiraba la mayor confianza. Fijó sus estancias en los Corráles de Bonza el 20 de julio.

Esta era una fuerte posicion que el enemigo no podia forzar, la que tenia grandes ventajas para el ejército independiente. Desde allí dominaba el Libertador los hermosos y fértiles valles de Serinza y Sogamoso. Se dedicó, pues, á reparar en lo posible las faltas que tenian sus tropas. Se hallaban desnudas, y muy poco se podia hacer para vestirlas, porque en los pueblos ocupados no habia telas, pues los realistas las habian recogido todas. Desde el general en jefe hasta el último soldado sufrian esta privacion terrible en climas tan frios, sin que se oyeran murmuraciones ni el menor descontento. ¡Tanto era el influjo de Bolívar, y lo que amaban aquellos soldados la causa de la independencia y libertad de su patria!

El Libertador, obrando siempre con su infatigable actividad, adoptó en Bonza las medidas que estaban á su alcance para destruir el poder español en la Nueva Granada. Él publicó la ley marcial en los pueblos que dominaba, y envió comisionados activos que la ejecutáran; él recibió á los patriotas que se escapaban del territorio ocupado por los realistas y que traían al campo de Bonza noticias, vituallas, caballos, y todo lo demas que les era posible; él hacía disciplinar los reclutas en los movimientos mas indispensables para combatir bien pronto á los enemigos. Fuera de estas, recurrió allí mismo á otras providencias importantes : dirigió con un pequeño destacamento al coronel Antonio Moráles hácia la provincia del Socorro, á fin de que insurreccionándola fuera su gobernador;

con el mismo destino siguió á la de Pamplona el coronel Pedro Fortoul.

Bien necesitaba el ejército de todos estos auxiliares, pues segun el testimonio de un testigo presencial y que entendia bien la materia, la situacion y estado de las tropas independientes era lamentable. « Nosotros, dice, ocupamos un país devastado en donde no era posible exigir una pequeña contribucion : no encontramos en él una sola pieza de género de que poder hacer un vestuario; y en la necesidad de hacer sensibles á los pueblos los bienes de la libertad, no era justo imitar la conducta de sus opresores. Con una escasa racion, y solo con esto, nuestros soldados, en cuyo corazon no habia otro interes que el de destruir á los Españoles, se manifestaban satisfechos, contentos con su suerte, firmes en su resolucion, constantes en los trabajos, y superiores á todos los peligros y privaciones. ¡Cuántas veces su estado de miseria arrancó lágrimas de mis ojos! El soldado se consolaba con ver á su general á su lado partiendo con él los peligros y las necesidades. Este ejército, todavía desnudo y pobre, habia sufrido mucha baja por las enfermedades, por los muertos y heridos de los combates pasados. Era ya un esqueleto en el campo de Bonza. Su vista, en vez de inspirar confianza, desanimaba á los que se habian hecho cargo del estado del enemigo, de sus recursos y del plan de defensa que habia adoptado. Es verdad que nadie desesperaba del éxito de la empresa; pero tambien es verdad que era la presencia del general Bolívar la que daba vida y esperanzas á todos. »

Miéntras que tales providencias surtian el efecto deseado, el Libertador no descuidaba un momento la guerra. Fueron muchos los esfuerzos que hizo el ejército independiente para que los realistas dieran una batalla; pero ambos jefes conocian la importancia de ocupar excelentes posiciones, y ninguno presentó al enemigo una ocasion favorable para combatir ventajosamente. Viendo el Libertador la necesidad imperiosa que tenia de adelantar sus operaciones ántes que los realistas reunieran mayor número de tropas, ó que Morillo pudiera enviarles auxilios de Venezuela, movió su ejército por el camino de la hacienda del Salitre de Páipa; meditaba atacar á los Españoles por su espalda, y obligarles á salir de su campo fortificado con fosos y parapetos.

Apénas los republicanos habian pasado el 25 de julio el pequeño rio Sogamoso, cuando se presentaron las tropas de los realistas en el pantano de Várgas. Las de Bolívar tuvieron que ocupar algunas alturas que yacian al oriente. El coronel Barréiro dispuso que varios cuerpos de su infantería tomasen las colinas mas elevadas que dominaban la posicion de los republicanos. En efecto, los realistas consiguieron sus designios, despues de una resistencia muy vigorosa. Atacando tambien por la derecha é izquierda, envolvieron casi del todo al ejército independiente. Sufria este un fuego horroroso y se le habia encerrado en una profundidad, sin mas salida que un desfiladero estrecho. Su destruccion parecia inevitable, cuando el valiente coronel Rondon, poniéndose á la cabeza de una columna de caballería del Llano-Arriba, hace prodigios de valor y restablece la batalla, trepando por aquellos cerros: lo mismo ejecuta la infantería, que ataca las alturas de la espalda ocupadas por el enemigo; otra parte de nuestra caballería, conducida por el teniente coronel Carbajal, acomete á los Españoles por el camino principal. Los realistas fueron desalojados de todas las posiciones que ocupaban en derredor del ejército independiente (julio 25), y este quedó libre en sus movimientos. La noche y una copiosa lluvia que sobrevino pusieron término al combate, y salvaron á la tercera division de una derrota completa. Así los patriotas como los realistas tuvieron pérdidas considerables en muertos y heridos. Rondon y Carbajal se distinguieron en aquel dia sobre todos los oficiales patriotas, y las compañías británicas se cubrieron de gloria en esta primera vez que combatian á la vista del Libertador. Los Españoles quedaron aterrados por el valor de los llaneros, que les habian arrebatado una victoria que parecia segura. Desde aquel dia las tropas reales perdieron toda su confianza, y se pudo vaticinar cuál sería el éxito final de la campaña.

Despues de la reñida accion de Várgas el ejército independiente hizo un movimiento retrógrado, y de nuevo se situó en su campamento de los Corráles de Bonza, ocupando una fuerte posicion que no podia ser forzada por los Españoles. Estos se acamparon en el pueblo de Páipa, con el objeto de cubrir siempre las ciudades de Tunja y Santafé.

Desde allí la tercera division española era molestada con tiroteos frecuentes de las avanzadas, y la caballería de los lla-

neros con su audacia acostumbrada espantaba á los realistas. Diez llaneros se creían capaces de acometer á cien soldados de Barréiro, y de obtener siempre ventajas, á pesar de la disciplina y de la moral que este jefe habia inspirado á sus tropas. Es un hecho harto singular que componiéndose en gran parte la division española de Granadinos y patriotas, en toda la campaña apénas un soldado se pasó á Bolívar. La severa disciplina y el terror que los jefes realistas inspiraban á los soldados explican este fenómeno.

Teniendo Bolívar á su favor la opinion de los pueblos, sabía hasta los menores movimientos de las tropas reales, porque habia establecido completamente el espionaje. Considerándolo oportuno, hizo el 3 de agosto un movimiento general sobre las posiciones de Barréiro; en aquel dia una descubierta de sus jinetes arrolló en los molinos de Bonza á mas de cien hombres de los realistas. En consecuencia la division española abandonó precipitadamente á Páipa, situándose en una altura que domina la union de los caminos de Tunja y del Socorro. Los patriotas atravesaron por la noche el puente de Páipa sobre el rio Sogamoso, y se acamparon á su orilla derecha. Allí permanecieron todo el dia, y al anochecer hizo Bolívar que sus tropas ejecutáran una marcha retrógrada, procurando que el enemigo la observase, y juzgára que los independientes querian ocultársela. De este modo se persuadió á Barréiro que el Libertador volvia á sus posiciones de Bonza. Mas á las ocho de la noche contramarcha en silencio con todo su ejército, y sigue por el camino de Toca hácia la capital de Tunja, dejando al enemigo á su espalda. Camina toda la noche, y á las nueve de la mañana llega al pueblo de Cibatá (agosto 5); á las once el Libertador, al frente de su caballería, ocupa la ciudad de Tunja. Aquella misma noche habia salido el gobernador don Juan Loño con el batallon tercero de Numancia á unirse con Barréiro, y esta casualidad lo salvó. La guarnicion cayó prisionera y se tomaron seiscientos fusiles y los almacenes que allí tenia el enemigo: el de vestuario alivió sobre manera las privaciones que sufria el ejército republicano. Este fué recibido con el mayor júbilo por los patriotas habitantes de Tunja, que le proporcionaron los víveres y refrescos que necesitaba para reponerse algun tanto de sus fatigas.

Hasta las cinco de la mañana no supo Barréiro el atrevido

movimiento del general Bolívar, quien se habia interpuesto entre la tercera division española y la capital de Santafé. El jefe español con todas sus tropas marchó inmediatamente por el camino principal de Páipa, y á las cinco de la tarde hizo alto en el Llano de la Paja, observado siempre por un destacamento de dragones. Á las ocho de la noche continuó su movimiento por el páramo de Cómbita, y el 6 á las nueve de la mañana llegó al pueblo de Motavita, á legua y média de Tunja, siempre molestado por los dragones, que le hicieron algunos prisioneros.

Ansioso Barréiro por cubrir la capital del vireinato, á fin de poder reunirse con las tropas que la guarnecian, para destruir las de Bolívar, se puso en movimiento el 7 de agosto muy temprano. Debia tomar uno de dos caminos: ó el de Samacá, en cuyo caso se alejaba mucho de Santafé por el gran rodeo que tendria que dar, ó el del puente de Boyacá, que era mas recto. El ejército republicano, formado en la Plaza Mayor de Tunja, esperaba las órdenes de sus jefes para romper la marcha. Éstos, incluso el mismo Libertador, observaban desde las alturas los movimientos de Barréiro para cerciorarse de sus intenciones.

Inmediatamente despues que se conoció por la direccion que siguieron las tropas reales, que estas iban á pasar por el puente de Boyacá, los republicanos marcharon por el camino principal que desde Tunja sigue á Santafé. Su objeto era impedir el paso á los Españoles y obligarles á dar una batalla. Á las dos de la tarde (agosto 7), la primera columna enemiga se acercaba al puente de Boyacá, donde se reunian los dos caminos que llevaban las tropas contendoras, cuando se dejó ver sobre una altura de la izquierda realista la descubierta de caballería de Bolívar. El enemigo, creyendo que solo era un cuerpo de observacion, envió á sus cazadores para que la atacáran, alejándola del camino miéntras que sus tropas continuaban la marcha. Entónces las divisiones del ejército patriota aceleraron la suya, y de repente toda la infantería se presentó en columna sobre una altura que dominaba la posicion enemiga. La vanguardia española habia subido parte de la cuesta persiguiendo á nuestra avanzada, y el resto de la division de Barréiro estaba en lo bajo á un cuarto de legua del puente. Su fuerza total era de dos mil quinientos hombres, los cuatrocientos de caballería. Los patriotas apénas tenian dos mil hombres de infantería y

caballería del llano, junto con algunos reclutas medio disciplinados, que fueron puestos en la reserva.

El batallon Cazadores de vanguardia atacó á los cazadores realistas, obligándolos á retirarse precipitadamente contra un paredon que rodeaba la casa de teja, de donde fueron tambien desalojados; mas, pasando el puente, tomaron posiciones del lado meridional del pequeño rio de Boyacá, que allí corre al oriente. Entre tanto nuestra infantería bajaba la altura, y la caballería marchaba por el camino principal. El enemigo intentó un movimiento por su derecha, al que se opusieron los Rifles y una compañía de la legion británica. Los batallones de infantería primero de Barcelona y Bravos de Páez con el escuadron de caballería del Llano-Arriba siguieron por el centro. El batallon de línea de la Nueva Granada y los Guias de vanguardia reunidos á los cazadores formaban la izquierda. Las columnas bisoñas de Tunja y del Socorro quedaron en reserva. El general Anzoátegui regía el centro y la derecha, el general Santander la izquierda.

La division española se formó en columna sobre una altura con tres piezas de artillería en el centro y dos cuerpos de caballería á los costados. En esta formacion aguardó el ataque de los republicanos, y en breve se rompió el fuego en toda la línea. Un batallon enemigo que habia ocupado una cañada, fué compelido á retirarse. Las tropas del centro, despreciando los fuegos de algunos cuerpos españoles situados á derecha é izquierda, atacaron la fuerza principal enemiga. Esta hizo un fuego horroroso; pero los independientes con movimientos audaces, ejecutados con la mayor regularidad y disciplina, envolvieron á todos los cuerpos realistas. Al mismo tiempo el formidable escuadron del Llano-Arriba, con el coronel Rondon á su cabeza, cargó con su acostumbrado arrojo, y desde aquel momento fueron inútiles todos los esfuerzos que hiciera el jefe español para restablecer la batalla. Perdió su posicion, y en las tropas se introdujo el desórden. La compañía de Granaderos á caballo, que era toda de Españoles europeos, fué la primera que abandonó cobardemente el campo: casi toda la caballería imitó el mismo ejemplo con su comandante el teniente coronel don Victor Sierra. La infantería trató de rehacerse ocupando otra altura, pero en un momento fué derrotada. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó el combate con denuedo, y casi todo pereció.

Entónces ya nada pudo contener el empuje de los soldados republicanos. La mayor parte de la division española, en completa derrota y cercada por los patriotas, tuvo que rendir las armas.

Su vanguardia opuso mayor resistencia al general Santander, que solo habia combatido al frente de los cazadores, miéntras que los enemigos ocupaban una fuerte posicion á la derecha del rio; empero reforzada con algunas compañías del batallon de línea y con los Guias de retaguardia, pasó el puente del rio Boyacá, completando así la derrota de los realistas. Solo escaparon pequeños restos de algunos cuerpos.

Los frutos de esta brillante jornada fueron como cien realistas muertos y mas de mil seiscientos prisioneros, tomándose al enemigo mucho armamento, la artillería, municiones, y cuanto tenia la tercera division española. Tambien quedó prisionero el comandante general, su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, con muchos oficiales subalternos. Entre los muertos se contaron el coronel don Juan Tolrá y otros. El general Anzoátegui con dos batallones y un escuadron de caballería atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. El general Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones Bravos de Páez, primero de Barcelona y el escuadron del Llano-Arriba combatieron con un valor asombroso y se cubrieron de gloria. Todos los demas cuerpos y hasta los reclutas que doce dias ántes habian tomado el fusil, hicieron su deber y contribuyeron á dar á la patria tan espléndida victoria (1).

El general Santander, á la cabeza de la vanguardia y de los Guias de retaguardia, persiguió á los dispersos hasta el pueblo de Ventaquemada. El teniente coronel Mujica continuó la persecucion al dia siguiente. El Libertador con el escuadron del Llano-Arriba se le unió en Chocontá para seguir rápidamente á Santafé.

En esta capital ninguno de los Españoles y realistas temia

(1) Entre los prisioneros tomados en Boyacá reconoció el Libertador al oficial Bignoní que en 1812 le habia hecho la revolucion en el castillo de Puertocabello, del que Bolívar era entónces comandante. Verificada la identidad de la persona, le mandó ahorcar allí mismo. ¡Rara casualidad y frescura de memoria!

una derrota de Barréiro. Los combates de Gámeza y Várgas habian sido pintados como victorias. De un dia á otro se aguardaba la noticia de la destruccion de los bandidos que acompañaban á Bolívar, y la muerte ó prision de este cabecilla. ¡Tanta era la confianza que tenian fincada en la superioridad de la division Barréiro!

Empero, cuando todos se hallaban en la mas completa seguridad, se aparece de repente á las siete de la noche del 8 de agosto el oficial don Manuel Martínez de Aparicio, quien comunica al virey Sámano la funesta noticia de la derrota de Boyacá, manifestándole que todo era perdido, y que muy pronto llegaria Bolívar con sus tropas. Un terror pánico se apodera del virey y de las demas autoridades, lo mismo que de todos los Españoles y Americanos enemigos de la Independencia. Ya les parecia que Bolívar iba á entrar á fuego y sangre, y á degollarlos sin excepcion alguna; pues acordándose de las escenas sangrientas de los años de 1813, 14 y 15, juzgaban que aun hacía la guerra á muerte.

Toda la noche se pasó en preparativos para emigrar; y fué tal el aturdimiento del virey, que hubo muchos empleados principales á quienes no avisó tan funestas noticias. Hallándose en Santafé el coronel don Sebastian Calzada, este se hizo cargo del mando de la guarnicion de la capital.

El virey salió emigrado para Honda á las siete de la mañana (agosto 9), custodiado por su guardia de alabarderos, dejando intactos los archivos, mas de setecientos mil pesos en oro, plata, y monedas recogidas, que existian en la casa de moneda pertenecientes al fisco, y en su palacio algunas cantidades de oro que correspondian al mismo Sámano. Los oidores, los empleados, los Españoles europeos y los enemigos de la Independencia emigraron tambien ántes ó despues del virey, muchos á pié y en gran confusion, perdiendo todos los menajes de sus casas y la mayor parte de sus equipajes; los que pertenecian al comercio dejaron sus almacenes y tiendas de mercaderías, así como sus demas intereses á merced del vencedor. Casi todos siguieron á Honda para ir á Cartagena; unos pocos se dirigieron hácia Popayan con el designio de trasladarse á Quito.

El coronel Calzada, despues de mandar poner fuego á las siete de la mañana al almacen de pólvora situado á las márgenes del Fucha, média legua al sur de la ciudad, y que felizmente

no hizo la explosion ruinosa que se temia, partió con las tropas de la guarnicion. Eran estas cuatrocientos cincuenta hombres del regimiento de infantería nombrado *Voluntarios de Aragon*, regido por el teniente coronel don Basilio García. Se les unieron despues la columna de cazadores del teniente coronel don Nicolas López, quien habia escapado del campo de Boyacá con trescientos cincuenta soldados y doscientos treinta y tres jinetes de los dragones de Granada, que, segun dijimos, huyeron del mismo campo de batalla. Estos y otros dispersos formaron muy pronto una division de mas de mil hombres, que tomaron la ruta de Popayan. Calzada se llevó consigo á algunos patriotas que estaban presos, los que por una rara casualidad no fueron sacrificados. La capital quedó abandonada de todas las autoridades, permaneciendo así hasta el dia siguiente por la tarde. Los reos presos en las cárceles se escaparon, y la ciudad estuvo sumida en la mayor confusion. Los malvados cometieron algunos desórdenes y asesinatos.

En el puente del Comun, á seis leguas de Santafé, supo el Libertador la huida del virey y el abandono absoluto de la capital. Vuela, pues, á ella, dejando atras su escolta, y solamente le acompañan algunos de sus edecanes y sirvientes. Á las cinco de la tarde del 10 de agosto entra en Santafé, donde es recibido con el mayor júbilo y entusiasmo por todos los patriotas que suspiraban por el momento feliz de verse libres de la tiranía española. Apénas podian creer lo que veían, y Bolívar fué mirado como su Ángel tutelar y su Libertador. Todos derramaban lágrimas y le estrechaban entre sus brazos. ¡Espectáculo verdaderamente tierno é interesante, sobre todo para los que habian perdido en los patíbulos españoles al padre, al marido, al hijo ó al hermano!...

En aquella misma noche apareció en el cerro de Monserrate, que domina á Santafé, el teniente coronel español don Antonio Plá, con mas de trecientos hombres que tenia á sus órdenes en los valles de Tenza, de donde se retiraba á consecuencia de la derrota de Boyacá. Sabiendo que Bolívar estaba ya en la ciudad, no se atrevió á entrar; si lo verifica, pudo matarle ó hacerle prisionero, pues no tenia quien lo defendiera. Plá lo ignoraba, y por esto retrocedió: los Indios de los pueblos de Guasca y Guatavita dispersaron aquellas tropas atemorizadas, cogiendo prisionero á Plá y á otros oficiales.

Igual suerte corrieron muchos soldados y oficiales de los fugitivos de Boyacá. Los paisanos, armados cuando mas con lanzas, los hacian prisioneros quitándoles los fusiles. Sin embargo algunas partidas que tenian á su cabeza buenos oficiales, se mantuvieron armadas : una de estas con doscientos hombres siguió hácia Guarumo en el rio Magdalena, mandada por el gobernador de Tunja don José Loño y por don Estévàn Díaz, los que consiguieron embarcarse guiando á Cartagena; otras pequeñas se dirigieron á Honda.

Luego que llegaron á Santafé algunas tropas de Bolívar, dió este las mas activas disposiciones para perseguir los restos de la tercera division. El general Anzoátegui siguió á Honda en busca del virey y de los emigrados que estaban ya léjos; y el coronel Plaza picó la retaguardia de Calzada. Ambos causaron bastante daño á los realistas, auxiliados por los habitantes de las provincias de Mariquita y Néiva, que por todas partes se levantaban contra el poder español.

Á pesar de esto, si el virey, sus jefes y soldados no se hubieran dejado sobrecoger de un terror pánico, aun habrian podido hacer una defensa vigorosa. Con ménos miedo hubieran sido capaces de reunir mas de mil y quinientos hombres, los que por su número y disciplina podrian haber contenido á los vencedores; pero los principales jefes realistas solo pensaron en alejarse del peligro.

El virey Sámano en su fuga precipitada llega á Honda, y muy pronto se embarca para Cartagena con toda la emigracion. A los cuatro dias despues de salir de la capital estaba ya en Nare, á cincuenta leguas de Santafé, de donde ofició al capitan general de Quito, pintando á su modo la catástrofe que habia sufrido el gobierno real en Santafé. Los emigrados padecieron infinito, y desde Honda comenzaron á morir llenos de pena por la inmensa pérdida que habian hecho.

En efecto, las mercancías y demas cosas de valor que debian secuestrarse á los emigrados, conforme á un decreto de Bolívar confirmado por el congreso de Angostura, ascendian á cerca de un millon de pesos; de esta suma eran confiscables el tercio y quinto, dejando el resto para las familias de los emigrados. Se nombró una comision llamada *de Secuestros*, que se componia de patriotas respetables; hubo, empero, tan gran desórden en este ramo, que la mayor parte de los bienes que dejó la emi-

gracion, ó se sustrajeron furtivamente por algunos comisionados subalternos al hacer el embargo, ó se disiparon por mala administracion. Esto aconteció especialmente en los primeros dias en que los oficiales militares pedian cuanto se les antojaba de aquel botin. No se realizó ni entró en las cajas nacionales la cuarta parte de los bienes debidos secuestrar á los emigrados realistas.

Con la ocupacion de la capital de Santafé y la fuga del virey unido á las demas autoridades españolas, terminó el general Bolívar la primera parte de su célebre campaña de la Nueva Granada. Su genio vasto y emprendedor se la hizo concebir : su actividad y constancia vencieron los innumerables obstáculos que le oponian las llanuras anegadas por donde transitó; y su audacia y valor, auxiliados por sus ilustres compañeros de armas, lo mismo que por la decidida opinion de los pueblos, le ayudaron á terminarla con un éxito el mas glorioso, á los cuarenta y cinco dias de haberla emprendido. Solamente una firmeza é intrepidez á toda prueba pudieron hacerle atravesar los llanos cubiertos de agua, en medio de lo mas crudo del invierno, así como las solitarias y heladas cimas de los Ándes. Este pasaje de las montañas se puede comparar á los mas célebres que presenta la historia militar de las naciones, y coloca á Bolívar á la par de los primeros y mas ilustres capitanes.

El Libertador se aprovechó de la victoria con la mayor actividad. Él supo que Morillo habia recibido avisos de su marcha sobre la Nueva Granada, y que tanto Barréiro como el virey aguardaban prontos auxilios por los valles de Cúcuta. Aun se decia entre los Españoles que el mariscal de campo Latorre marchaba rápidamente contra Bolívar á la cabeza de la quinta division expedicionaria. Así fué que, desde el mismo campo de Boyacá, destinó algunos cuerpos del ejército independiente para que siguieran á Pamplona. Todos los prisioneros americanos fueron distribuidos é incorporados, unos en los batallones de infantería y otros en la caballería, aumentando así considerablemente el ejército. Apénas Bignoní sufrió la muerte, y el Libertador no manchó su victoria con el sacrificio de ninguna otra persona, por enemiga que hubiera sido de la Independencia. Parecia haber cambiado enteramente de carácter, y que no era el mismo hombre de 1812 á 1814. Tambien salieron várias expediciones libertadoras : una para Antióquia al mando del

teniente coronel José María Córdoba; otra hácia Popayan, en persecucion de Calzada; y otra para el Socorro, donde se hallaba el coronel Antonio Moráles. El gobernador español don Lúcas González, luego que supo la derrota de Boyacá, evacuó la provincia retirándose hácia Cúcuta; pues hasta entónces la habia defendido contra los patriotas, y aun derrotado á Moráles. González cometió en su retirada y ántes de ella varios excesos y crueldades; pero se portó con mucho valor. Desgraciadamente Moráles siguió la misma carrera de sangre; miéntras que fué gobernador del Socorro, ejecutó multitud de actos que hacen recordar su nombre con una justa execracion por muchos habitantes de aquella provincia.

Difundida la noticia de la derrota de Boyacá, un terror pánico se apoderó de todos los gobernantes españoles en cada una de las provincias de la Nueva Granada. Don José Bauzá, gobernador de Pamplona, abandonó la capital retirándose á Cúcuta, y á excepcion de estos valles, que continuaron oprimidos, la provincia entera quedó libre del yugo español. El coronel Pedro Fortoul la ocupó con un batallon que habia formado en los cantones de Málaga y Concepcion. El gobernador de Antióquia, coronel don Cárlos Tolrá, espantado con la huida del virey de Santafé, abandonó su gobernacion retirándose á la ciudad de Zaragoza, límite setentrional de la provincia; siguiéronle todos los Españoles europeos y los Americanos realistas, acompañados por solos treinta soldados; otra compañía veterana quedó cortada por las fuerzas que armaron los pueblos insurreccionados, la que se dispersára. El teniente asesor de la misma provincia, doctor Faustino Martínez, salió tambien fugitivo pocos dias despues, acompañado por alguna tropa, dejando á los patriotas en libertad, los que proclamaron su independencia de los Españoles con el mayor entusiasmo (agosto 30), luego que arribára el teniente coronel Córdoba con poco mas de sesenta hombres, la mayor parte prisioneros realistas, fugitivos del campo de Boyacá. Inmediatamente envió al capitan Juan María Gómez con cincuenta hombres á libertar la provincia del Chocó. Su gobernador don Juan Aguirre dejó libre el país sin hacer resistencia alguna, tomando para huir la ruta de Cartagena; mas fué aprehendido en las bocas del rio Atrato y fusilado por los patriotas. Apénas habia el capitan Gómez ocupado aquella provincia, cuando se presentó en el sitio de las Juntas el céle-

bre mulato de Patía, Simon Muñoz, con doscientos soldados realistas que huían de la provincia de Popayan. Habiéndole quitado las canoas, no pudo penetrar en el Chocó por falta de caminos de tierra, y se vió en la necesidad de regresar á Anserma en el valle del Cáuca.

Una gran parte de sus habitantes, estimulados por oficiales patriotas que permanecieron ocultos en los bosques los tres años fatales que duró la dominacion española, se habia conmovido á las primeras noticias del triunfo de Boyacá. El gobernador de Popayan, coronel don Pedro Domínguez, que se hallaba en el mismo valle visitando su provincia, alarmado con la fermentacion que notaba en los pueblos, y con las partidas de guerrilla que iban levantándose, quiso regresar á la ciudad de Popayan. Se le unieron ochenta Españoles y realistas armados, algunos de los cuales eran muy aborrecidos por los habitantes. Partieron de Buga; y en el Guanábano, lugar perteneciente al canton de Caloto, fueron atacados por cuatrocientos paisanos que capitaneaba el teniente coronel Juan María Álvarez (setiembre 2). Todos los realistas perecieron, incluso el gobernador Domínguez, natural de Santafé, quien fué sentido por los patriotas moderados, porque tenia buen corazon y habia mostrado humanidad.

Entre tanto el coronel Calzada, despues de perder bastantes soldados que se le desertaron en sus largas marchas, llegó á Popayan el 3 de setiembre con los restos de la tercera division, que se componia de novecientos á mil hombres de todas armas. Sus soldados carecian de fusiles, municiones y vestuario. El capitan general de Quito, mariscal de campo don Melchor Aymerich, bajo de cuyas órdenes se puso Calzada, le auxilió inmediatamente con algunas armas, municiones y dinero. El obispo español de Popayan don Salvador Jiménez Padilla desplegó entónces una actividad y zelo extraordinarios en sostener la causa de su amo el rey, proporcionando á las tropas de Calzada dinero, vestidos y todo lo demas que pudo darles para que destruyeran al *traidor* Bolívar, segun le llamaba. Influyó tambien el obispo Jiménez en extraviar la opinion pública, valiéndose del clero de su diócesis, y de cuantos medios le fueron posibles, á fin de que los pueblos se opusieran eficazmente á los progresos que hacía la causa de la Independencia, que él tanto detestaba.

Apénas llegó Calzada á Popayan, cuando envió al teniente coronel de húsares del Príncipe, don Miguel Rodríguez, con quinientos hombres de la guarnicion de aquella ciudad. Debia marchar á destruir las reuniones armadas que existian en el valle del Cáuca, y no perdonar á los insurgentes que tomára prisioneros; por cuyo motivo conducia desplegada una bandera negra en señal de la indignacion que animaba á sus soldados contra los rebeldes. Estas mismas demostraciones, que anunciaban la guerra á muerte, sirvieron para aumentar la decision de los patriotas y su odio á los Españoles. Rodríguez penetró en el valle con facilidad; pero, armados los pueblos, le hostilizaron de mil maneras diferentes. Siendo todo el país enemigo, ni Rodríguez supo mas de Calzada, ni este del primero. Al fin Rodríguez con sus tropas fueron cercados en la hacienda de San Juanito, en los alrededores de la ciudad de Buga. Los patriotas tenian dos mil hombres; los mil cuatrocientos de caballería, cuatrocientos lanceros de á pié, y doscientos mal armados con bocas de fuego. Sin embargo de su inferioridad en disciplina, la suplieron el valor y el número. Incendiadas las casas de la hacienda donde Rodríguez se habia fortificado, y continuándose el combate con ardor, aquel aceptó la capitulacion que le ofreciera el general Joaquin Ricaurte: habia este salido de los bosques, donde permaneció escondido durante la dominacion de los Españoles, y entónces mandaba á los patriotas. Once oficiales y doscientos soldados rindieron las armas el 29 de setiembre; el resto de la columna realista pereció una parte, y la otra se habia dispersado. Rodríguez y el teniente Delgado murieron en Cartago, fusilados por el oficial republicano Custodio Gutiérrez, quien faltó á la capitulacion. Este mismo habia dispersado en la Vega de Supía y en Anserma á las partidas realistas capitaneadas por los oficiales Mendiguren y Simon Muñoz, los que se escondieron en los bosques.

Cuando supo Calzada el éxito desgraciado que habia tenido en el valle del Cáuca la columna del teniente coronel Rodríguez, se llenó de terror. Así abandonó inmediatamente (octubre 5) y en mucho desórden la ciudad de Popayan, para seguir á Pasto con su division, sin aguardar el auxilio de cuatrocientos Pastusos que estaban en camino. De grado y por fuerza acompañaron á Calzada los empleados públicos y otros vecinos de Popayan, así como todos los realistas mas enemigos de la Inde-

pendencia. El obispo Jiménez de Padilla se retiró igualmente á Pasto, territorio perteneciente al obispado de Quito, acompañándole su vicario general, dos prebendados y otros varios eclesiásticos. Ántes de su salida publicó y fijó en las iglesias censuras y excomuniones contra todos aquellos que directa ó indirectamente tomáran parte en el sistema de insurreccion contra el rey, ó que auxiliáran de cualquier modo á los que sostenian dicho sistema. Declaró suspensos á todos los sacerdotes de la facultad de absolver de tales censuras, y de administrar los santos sacramentos en los pueblos conmovidos. Extendió la excomunion contra los que reconociesen la autoridad del arzobispo metropolitano, y contra el mismo metropolitano, si se mezclaba en ejercer actos de jurisdicion en el obispado de Popayan. Dejó toda la diócesis sin provisor ó vicario general, cerrando la iglesia catedral, segun decia; para que los insurgentes no hiciesen desprecio ni violasen las fiestas y actos del culto católico. Prohibió, en fin, á todos los prebendados de Popayan el que pudieran celebrar funcion alguna del culto, bajo la misma pena de excomunion.

Un abuso tan escandaloso de la autoridad eclesiástica causó muchos inconvenientes y escrúpulos de conciencia á las personas timoratas. Mas en lo general solo sirvió para que despreciáran á su fanático autor, que tanto se apartaba de los preceptos y lenidad del Evangelio, por sostener el despotismo y la tiranía de su amo el rey. Las censuras y excomuniones del obispo Jiménez, de ningun modo pudieron reprimir el patriotismo de los pueblos del sur de la Nueva Granada y su entusiasmo por la causa de la Independencia.

Abandonada Popayan por las tropas reales, quedó sin autoridad alguna civil ó eclesiástica. Á pesar de esto, sus habitantes eran de tan buen carácter y moralidad, que no hubo el menor desórden en medio de la anarquía. Al cabo de quince dias la ciudad fué ocupada por trescientos soldados patriotas que llegaron de Santafé, mandados por el coronel Joaquin Paris. Sin embargo el valle de Patía, desde los pueblos del Tambo y Timbío, quedó por el rey, con sus moradores armados en guerrillas, temibles por su audacia, valor y conocimientos del país montuoso y cubierto de malezas que habitaban. Estas guerrillas tuvieron verdaderamente bloqueada á Popayan por el sur; ellas oponian una barrera que no pudieran superar los efectos prodi-

giosos de la célebre jornada de Boyacá, que se habian hecho sentir en la mayor parte de la Nueva Granada.

Las nueve provincias de Santafé, Tunja, Socorro, Pamplona, Néiva, Margarita, Antióquia, Chocó y la mayor parte de Popayan, habian quedado libres con una asombrosa rapidez á consecuencia de aquella victoria. Sus moradores, que ascendian á cosa de novecientas cuarenta mil almas, estaban por lo general decididos á favor de la causa de la Independencia de su patria. Voluntariamente ofrecian sus bienes y recursos, que eran abundantes, para hacer la guerra á los Españoles; voluntariamente ó sin repugnancia se presentaban al servicio de las armas; y voluntariamente marchaban con alegría á los campos de batalla. Acaso en toda la duracion de la guerra de la Independencia no se presenta en la Nueva Granada una época de patriotismo mas activo y desinteresado de los pueblos y de los ciudadanos, que en los años de 1819 y 1820. Estaba muy fresca la memoria de la sangre derramada por Morillo, por Enrile y por sus crueles satélites, y de su opresion y tiranía. Cualesquiera males se creían mas llevaderos que los de la funesta dominacion española.

Bolívar se aprovechó hábilmente y con la mayor actividad de tan excelente espíritu de los Granadinos. Nuevos batallones se levantan por do quiera como por encanto : ellos marchan rápidamente hácia la provincia de Pamplona, donde muy pronto hay un ejército, mandado por el general Soublette, capaz de combatir con cualquiera division que del suyo pudiera enviar Morillo. Otros batallones se organizan, disciplinan, arman y visten en las provincias, para reemplazar á los primeros cuando avancen contra el enemigo. Se recogen y envian á Guayana sumas considerables de dinero para comprar armamento y municiones, y para aliviar las necesidades de los patriotas, que en Venezuela combaten por la Independencia con inalterable firmeza y constancia. Un nuevo espíritu y nuevas esperanzas se infunden á los Venezolanos con las noticias de los triunfos obtenidos en la Nueva Granada por sus compañeros de armas; ansian ya porque llegue el momento de marchar todos unidos contra las huestes españolas.

Al mismo tiempo que el Libertador atendia á los negocios de la guerra, cuidaba de la organizacion del gobierno y de la administracion del país libertado. Dió á cada una de las provin-

cias de la Nueva Granada un gobernador militar y otro civil que llamaron *político,* designándoles sus atribuciones; conservó el gobierno municipal y el sistema de rentas públicas, como se hallaban establecidos por las leyes y ordenanzas españolas en el vireinato de Santafé; mas puso en todos los destinos empleados patriotas de toda su confianza. Un tribunal de apelaciones y una alta ó suprema corte que residian en Santafé debian ejercer el poder judicial en segunda y tercera instancia, dejando que conocieran en la primera los alcaldes ordinarios y los demas jueces reconocidos por las leyes españolas. Aun no se habia introducido ese espíritu de inovacion general poco meditada, que cambiára despues, con grave perjuicio de los pueblos, establecimientos á que estos se hallaban acostumbrados desde muchos años atras.

El mando superior de las provincias libres de la Nueva Granada lo encargó Bolívar por un decreto de 11 de setiembre al general de division Francisco de P. Santander con el título de *vicepresidente de la Nueva Granada.* Debia ejercer en su territorio las mismas y extensas facultades que por la ley del congreso de Angostura, acordada en 26 de febrero de este año, se habian concedido al vicepresidente de Venezuela. Por tanto, ambos países quedaban mandados por un solo jefe supremo, pero con dos administraciones distintas; se hallaban estas basadas en las leyes y reglamentos expedidos por el mencionado congreso, que se declararon vigentes.

Una proclama del Libertador anunció á los pueblos esta organizacion. Les decia en ella : — que desde los campos de Venezuela habia escuchado sus gemidos, y protegido por la victoria habia volado á libertarlos de sus opresores; que su única ambicion era restituirlos al goce de sus derechos. Anunciaba que la soberanía nacional residia actualmente en el congreso de Angostura, compuesto de diputados venezolanos y granadinos, y que por tanto sus leyes y reglamentos debian observarse en ambos países. « ¡ Granadinos! decia : la reunion de la Nueva Granada y Venezuela en una misma República es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana. Pero este acto tan grande y sublime debe ser libre, y, si es posible, unánime por vuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinacion del congreso para convocar una asamblea nacional que decida la incorpora-

cion de la Nueva Granada. Entónces enviaréis vuestros diputados al congreso general, y formaréis un congreso granadino.

» Yo me despido de vosotros por poco tiempo, ¡Granadinos! Nuevas victorias esperan al ejército libertador, que no tendrá reposo miéntras haya enemigos en el norte ó sur de Colombia. Entre tanto, nada teneis que temer. Yo os dejo valerosos soldados que os defiendan, magistrados justos que os protejan, y un vicepresidente digno de gobernaros.

» ¡Granadinos! ocho de vuestras provincias respiran en libertad (1). Conservad ileso este sagrado bien con vuestras virtudes, patriotismo y valor. No olvideis jamas la ignominia de los ultrajes que habeis sufrido, y vosotros sereís libres. »

Ántes de partir Bolívar, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, unidas á las personas mas notables de Santafé, acordaron una demostracion pública en honor del ejército que los habia libertado de la tiranía y ferocidad españolas. La asamblea declaró á los que componian dicho ejército — « Libertadores de la Nueva Granada; » les concedió una cruz de honor llamada de *Boyacá;* decretó para el general Bolívar un triunfo solemne y una corona de laurel, que le sería presentada en nombre de la ciudad y por una comision de señoritas jóvenes. Tambien decretó que se colocára bajo del dosel de la casa capitular un cuadro emblemático de la *Libertad*, sostenida por el brazo de Bolívar, y á sus costados los retratos de los generales Anzoátegui, Santander y Soublette; que se levantára una columna en la entrada de San Victorino, en cuya parte superior se inscribiera el nombre del Libertador, y en seguida los de todos los valientes que triunfaron en Boyacá; en fin, que se celebrára cada año el 7 de agosto un aniversario de aquella célebre victoria.

El triunfo se verificó el 18 de setiembre, entrando Bolívar por la calle de las Niéves, desde el convento de San Diego hasta la catedral, bajo de arcos triunfales, y por medio de un gran concurso que manifestaba el mayor júbilo y el mas profundo reconocimiento al guerrero ilustre que les habia dado libertad. Los generales Anzoátegui y Santander acompañaban al Liberta-

(1) Nueve se libertaron por la victoria de Boyacá, y contando á Casanare habia diez libres; pero aun se ignoraba la libertad de Popayan, que se consiguió despues.

dor. Despues de terminada la procesion triunfal, se hallaban los tres generales en un pabellon erigido en la Plaza Mayor, cuando una jóven, cuyo padre habia sido sacrificado por los Españoles, colocó sobre la cabeza de Bolívar una corona de laurel. Al mismo tiempo le dirigió expresiones dictadas por el entusiasmo del reconocimiento : estas hicieron derramar lágrimas de gozo á muchos de los concurrentes, al verse respirando el aire dulce de la libertad. Otra señorita puso en el pecho del Triunfador la cruz de Boyacá, y dos mas hicieron lo mismo con los generales Anzoátegui y Santander; no recibiendo la cruz el general Soublette por estar ausente. Aquel dia sin duda fué tan honroso como agradable á Bolívar y á sus ilustres compañeros de armas.

Queriendo dar el Libertador una prueba á los Españoles de los principios de humanidad que le animaban, dirigió un oficio al virey Sámano, proponiéndole el canje de los prisioneros. Le pedia, en cambio del coronel Barréiro y sus compañeros, la oficialidad y tropa inglesas tomadas en Portobelo al general Mac-Gregor. Fijaba otras condiciones las mas generosas y favorables á los realistas. Sámano, insensible á las voces de la humanidad, abandonó á su desgraciada suerte á tantos jefes y oficiales beneméritos, y no dió á Bolívar contestacion alguna.

Luego que organizára el gobierno de las provincias libres de la Nueva Granada, y proveyera á su defensa, el Libertador partió el 20 de setiembre para el ejército del Norte, llevando consigo refuerzos considerables. Debia al paso visitar una parte de las provincias de Tunja, Socorro y Pamplona. Donde quiera fué recibido como Libertador, y su marcha era cual un triunfo continuado. No hubo testimonio de gratitud, de amor y de confianza que no le prodigáran los pueblos y los ciudadanos. Bolívar gozó en aquella época de la gloria mas pura y satisfactoria para un corazon sensible; la de verse el objeto de las bendiciones de los Granadinos, á quienes habia libertado de tan dura y feroz esclavitud. Por todas partes se le presentaban las esposas que habian perdido á sus maridos, los padres que vieron morir en un patíbulo á sus hijos, y los huérfanos cuyos padres habian sido sacrificados por la crueldad española. Todos derramaban copiosas lágrimas de gozo al verse libres de aquel yugo tiránico, y miraban á Bolívar como su ángel tutelar y como su vengador.

En el intermedio, al norte de la Nueva Granada y en Vene-

zuela ocurrieron sucesos bien importantes. Apénas habia ocupado Bolívar la capital del vireinato, cuando apareció en los valles de Cúcuta una parte de la quinta division del ejército expedicionario al mando del general Latorre. La enviaba Morillo en auxilio de la tercera division. Si hubiera llegado oportunamente, los talentos militares, la experiencia de su jefe y los quinientos ó seiscientos veteranos que conducia, habrian sido un socorro bien importante para Barréiro. Habiendo, empero, desaparecido la tercera division, Latorre solo pudo recoger y unir á la suya algunas compañías de los batallones del Tambo y Numancia, que se retiraron á Cúcuta desde las provincias del Socorro y Pamplona, despues de la derrota de Boyacá.

Bolívar, desde ántes de invadir la Nueva Granada, previó la marcha probable de la division Latorre sobre los valles de Cúcuta. El general Páez, que con mil hombres habia quedado en el Apure, debia anticiparse á ocuparlos, segun hemos referido ántes; mas se le presentaron, para impedir esta excelente combinacion, obstáculos que no pudo superar. Habia resuelto marchar sobre Nútrias con alguna infantería y caballería. Mas anegadas las sabánas devolvió la primera del paso del rio. Atravesólo con la caballería solamente, dirigiéndose el 22 de julio á atacar el pueblo de la Cruz en la provincia de Barínas, defendido por trescientos cincuenta infantes realistas del batallon Barínas. Estos valientes, regidos por el comandante don Juan Duran, le opusieron una resistencia tan vigorosa, que Páez tuvo la mayor dificultad en tomar el pueblo. Los realistas se defendieron, primero en la plaza y despues en un solar, parapetados con las tapias de la cerca y con las paredes de una casa. De este modo consiguieron rechazar varios ataques de la caballería de Páez y resistir el fuego de sus carabinas; pero al fin se vieron obligados á ceder el campo, retirándose el comandante Duran con algunos soldados, gran parte heridos. Perecieron casi todos los oficiales realistas y mas de ciento cincuenta hombres. De parte de los patriotas murieron el valiente coronel Urquiola, el teniente coronel Navarro, cinco oficiales mas y veinte y cinco soldados : once oficiales y ochenta y cinco soldados resultaron heridos. En consecuencia de una defensa tan brillante como heróica de aquella columna realista, el general Páez no pudo seguir á ocupar á Guanare, que era el objeto de su mar-

cha : tuvo que repasar el Apure y situarse en Acháguas, sin pensar en la combinacion que habia acordado con Bolívar, de un ataque sobre los valles de Cúcuta; operacion cerca de la cual no se volvió á dar por entendido. La inclemencia del tiempo, las anegaciones de los Llanos y las deserciones, que fueron numerosas porque los llaneros no querian dejar sus hogares y habitudes, parece que fueron los motivos que le impidieron emprender su marcha sobre Cúcuta por la fragosa montaña de San Camilo. Aunque es verdad que sus tropas de caballería, excelentes en los llanos, no habrian conservado la misma superioridad y ventajas en las montañas de la Nueva Granada.

En la incertidumbre de si obtendria ó no la cooperacion de Páez, el Libertador no descuidó la garganta de Cúcuta. Desde el mismo campo de batalla de Boyacá envió tropas á ocupar á Pamplona, segun se ha dicho anteriormente. En breve se organizaron nuevos batallones, y todos hasta el número de cinco, y un escuadron de guias, siguieron la misma via. Mandaban estas fuerzas el general de division Cárlos Soublette con otros jefes y oficiales distinguidos. Ascendian ya á mas de dos mil hombres organizados en dos divisiones, cuando Soublette recibio órdenes de marchar contra los enemigos. Latorre, con poco mas de mil soldados infantes en su mayor parte, tenia su cuartel general en la villa del Rosario. Sus avanzadas fueron batidas el 23 de setiembre, y pasando el rio Táchira se apostó la division realista en el alto de las Cruces. Dióse allí un combate de posicion que no tuvo resultado. Latorre continúo su retirada hácia Bailadóres, y Soublette hizo ocupar el país hasta la villa de San Cristóval.

Era su objeto principal ponerse en comunicacion con los jefes independientes que á las órdenes de Páez obraban en las llanuras de Apure. Debia seguir á unírseles, atravesando la montaña de San Camilo. Habiendo escrito á Guadualito, á fin de obtener ganados y vituallas para sus tropas, y provisto á la defensa de los valles de Cúcuta, emprendió aquella difícil y penosa marcha. Su ejército, compuesto en la mayor parte de habitantes de la Cordillera, sufrió mucho en el tránsito. Tuvo igualmente bajas numerosas por las enfermedades que atacaron á los soldados en las llanuras pantanosas del Apure. Así fué que cuando la division de Soublette se unió con el general Páez en el Mantecal, ya estaba muy disminuida. Por esto no

pudo hacer todos los servicios que de ella esperaba el Libertador. Amenazando, sin embargo, á la provincia de Carácas, impedia que Morillo dirigiera otros cuerpos de sus tropas sobre Cúcuta, flanco el mas débil de la Nueva Granada.

Un nuevo ejército, con el Libertador á su cabeza y mandado por el general de division Anzoátegui, se reunia entre tanto en la ciudad de Pamplona para reemplazar el de Soublette. Así fué que Latorre nada pudo emprender, y permaneció estacionario por mucho tiempo. Ninguna division de tropas era capaz de sostenerse en los valles de Cúcuta por falta de subsistencias, si al mismo tiempo no se dominaban las fértiles llanuras de Guadualito para sacar de allí los ganados vivos.

Miéntras ocurrian estos sucesos en la Nueva Granada, el general Morillo nada hizo que pudiera impedirlos. Permaneció en Calabozo hasta principio de agosto y de allí siguió á Valencia y á Carácas. Probablemente en una de estas ciudades recibiria la funesta noticia de la pérdida de la tercera division, y de la mayor parte del vireinato de Santafé. Puso, despues de algun tiempo, su cuartel general en el Tínaco, de donde lo pasó á Barquisimeto en el occidente de la provincia de Carácas. De esta manera transcurrieron los meses que faltaban del invierno, permaneciendo el ejército expedicionario casi en la inaccion.

Para disminuir la funesta impresion que debian producir en los ánimos las grandes pérdidas que el partido realista habia hecho en la Nueva Granada, Morillo habló mucho de una fuerte expedicion, que de un momento á otro debia llegar de España en número de cuatro mil hombres. En efecto, se preparaba en Cádiz á las órdenes del general O'Donnell, pero sabiendo este que se tramaba una conspiracion entre sus tropas, redujo á prision á sus autores y disolvió el ejército expedicionario de Ultramar. Con él se disiparon las esperanzas que en dicha expedicion tenian fincadas los jefes españoles de América.

Despues de haber referido todos los sucesos militares que en estos meses ocurrieron así en la Nueva Granada como en Venezuela, recordarémos algunos acontecimientos políticos que habian sucedido en la ciudad de Angostura. Durante la ausencia de Bolívar, Zea ejercia el poder ejecutivo de la República con el título de vicepresidente. Bien fuese por su carácter flojo y meramente civil, bien porque los militares no podian sufrir

que los mandase un hombre que no sabía empuñar la espada ni manejar el caballo, lo cierto es que existia entre varios militares de Angostura mucho descontento contra el jefe del gobierno. Lo promovieron principalmente algunos diputados y oficiales amigos íntimos de Mariño y de Arismendi : unos y otros estaban resentidos de que se hubiese removido al primero del mando en jefe del ejército de oriente, confiriéndolo á Urdaneta y á Bermúdez. La prision de Arismendi, originada de sus intrigas revolucionarias en Margarita contra Urdaneta, era otro nuevo motivo de disgusto para los mismos. Atribuían estas medidas á Bolívar, contra quien se desencadenaron en breve pública y privadamente. Pronunciáronse en el congreso discursos muy acalorados contra el Libertador, y algunos de sus enemigos aun propusieron que se le juzgára como á desertor, por haber emprendido la campaña de la Nueva Granada sin previo acuerdo y consentimiento del congreso. Semejante cargo no tenia fuerza alguna, porque el territorio granadino era considerado como venezolano para hacer la guerra á los Españoles, y Bolívar se titulaba, con anuencia del mismo congreso : *Capitan general de los ejércitos de ambos países.*

Los revoltosos, para ganar prosélitos, inventaron la falsa noticia de que los Españoles, despues de haber incendiado á San Diego de Cabrutica, se dirigian contra la capital de Angostura. El teniente coronel Diego Moráles, ensayado al intento, fué quien regó esta noticia : no pudo sostenerla en el interrogatorio que se le hizo por el jefe del gobierno delante del consejo de la administracion de guerra, en cuyo exámen se contradijo abiertamente. Persuadido Zea de que nada habia en realidad de la expedicion inventada, terminó la sesion del consejo que habia reunido, sin dictar providencia alguna en la materia.

Mas los revolucionarios no descansaron. Reuniéronse armados en la sala donde el congreso tenia sus sesiones : agolpáronse allí los amigos de Mariño y de Arismendi con gritos y palabras amenazantes. Al mismo tiempo exageraban los peligros de la patria, pues ademas de la desercion de Bolívar, le pintaban derrotado por los Españoles en la Nueva Granada, donde habia perdido su ejército y cuanto condujo á este país, asegurando que regresaba fugitivo con muy pocos de sus compañeros. Apoyados en semejantes patrañas, los enemigos del Libertador,

capitaneados en el congreso por el diputado Domingo Alzuru, promovieron una discusion muy acalorada. Sostenia este la proposicion de que se nombrase un vicepresidente militar (setiembre 14). Oponíasele el secretario del interior é interino de la guerra Diego B. Urbaneja con mucha firmeza y denuedo. En el congreso habia un partido que se inclinaba á las opiniones de Alzuru: algunos diputados por debilidad, y otros por favorecer los designios ambiciosos de Mariño y Arismendi. El calor de las pasiones crecia á cada momento, y la turba armada que rodeaba la barandilla y galerías de la casa del congreso amenazaba llegar á las vias de hecho. El coronel Francisco Conde, comandante militar de Angostura, se hallaba decidido á sostener á Zea; pero los revoltosos interceptaron todos los avisos que dirigia al vicepresidente. En tales circunstancias quiso este evitar una revolucion, que podia venir á ser sangrienta, y renunció la segunda magistratura de la República. Admitióla el congreso, y el mismo dia 14 de setiembre nombró en su lugar al general en jefe Juan B. Arismendi, bien célebre por su actividad y energía revolucionarias. Arismendi fué conducido en triunfo desde su prision hasta la casa del congreso por los coroneles Julian Móntes de Oca, Francisco Sánchez y otros jefes que eran del partido revolucionario: convirtióse la misma tropa que le custodiaba en guardia de honor para su persona. Allí prestó el juramento como vicepresidente de la República. Mariño fué tambien premiado, pues Arismendi le nombró inmediatamente para general en jefe del ejército de Oriente; partió sin tardanza á relevar á Urdaneta y á Bermúdez del mando que obtenian. Hízose cargo de él, y Urdaneta regresó á Angostura.

Los que habian promovido en esta ciudad el cambiamiento del gobierno, continuaron la farsa de la anunciada expedicion de los realistas de Barcelona, para colorir su atentado. Hicieron mucho ruido llamando á las armas á todos los ciudadanos, y exigiendo un empréstito de cuatro mil pesos para atender á los gastos de la guerra. Mas todo paró en un fingido alarma, que muy pronto desapareciera.

Hé aquí el estado que tenian los negocios políticos en la capital de Angostura, cuando el 19 de setiembre llegó el parte oficial de la victoria de Boyacá. Una alegría general y el mayor entusiasmo por Bolívar y por el ejército libertador se difunde en el momento por toda la ciudad. El congreso, el gobierno y

las demas autoridades se felicitan mutuamente por tan brillantes sucesos, que habian asegurado para siempre la existencia de la República. El presidente del congreso, doctor Roscio, contestó al general Bolívar en los términos mas satisfactorios, felicitándole por sus triunfos, lo mismo que al ejército libertador. Tambien felicitaba al pueblo granadino por su libertad, así como por los esfuerzos que habia hecho á fin de conseguirla y para conservar tan sagrado depósito. Hablaba de la reunion de Venezuela y de la Nueva Granada bajo de un solo gobierno, como de un suceso que los Venezolanos deseaban se realizára, lo mas pronto que fuera posible, para el bien y prosperidad de ambos pueblos.

Estas noticias placenteras debieron causar disgusto á los jefes de la revolucion ocurrida pocos dias ántes, pues el regreso de Bolívar debia estar inmediato. Continuaron, sin embargo, la carrera que habian principiado, de la que no podian retrogradar sin deshonor. Una de las primeras providencias dictadas por Arismendi, como vicepresidente, y no por cierto la mas justa, fué declarar (setiembre 21) que todos los cueros de ganados que se matáran en Venezuela eran propiedad del Estado, para atender á los gastos de la guerra, cuya contribucion duraria miéntras que el Estado se desembarazára de sus empeños. Tambien dictó en seguida algunas otras medidas revolucionarias semejantes á esta, para adquirir fondos al erario, porque la penuria del gobierno habia llegado á su colmo.

Fuera de estos acontecimientos políticos, el suceso militar mas importante que ocurrió por el mismo tiempo, fué el combate naval dado en Apure-Seco por las fuerzas sutiles de los patriotas, que mandaba el comandante Antonio Díaz. Las enemigas, que dominaban el Apure, se componian de diez hermosas flecheras bien tripuladas, que tenian á bordo doscientos cincuenta hombres del batallon Barínas. El 30 de setiembre las atacó Díaz muy vigorosamente : despues de un fuego bien sostenido y de várias maniobras, los realistas se vieron obligados á varar sus embarcaciones y á abandonarlas, emboscándose en las márgenes inmediatas del rio. El comandante Díaz los hizo perseguir por el capitan Cárlos Castelli, quien decidió en breve la accion. Murieron mas de ochenta de los enemigos junto con el comandante español; todos los buques y cuanto en ellos habia cayeron en nuestro poder.

Á consecuencia de esta victoria y de la superioridad adquirida por los republicanos en el Apure, la guarnicion de San Fernando abandonó esta plaza importante. Así fueron perdidos por Morillo todos los sacrificios que habia hecho para fortificarla regularmente. Á su partida, los Españoles pusieron fuego á la ciudad; pero solo se quemaron algunas casas, quedando intactas las fortificaciones. El general Páez hizo ocupar inmediatamente á San Fernando, con lo cual adquirió de nuevo el dominio del curso entero del Apure. Abrióse, por consiguiente, un inmenso flanco á los patriotas para acometer en la próxima campaña el territorio dominado por los Españoles.

Deseoso Arismendi de excitar el entusiasmo de las tropas extranjeras que habian ido á Venezuela á combatir por su Independencia, dictó como vicepresidente un decreto importante: declaró que gozarian de los mismos fueros, preeminencias y derechos que los Venezolanos; por consiguiente que obtendrian las asignaciones hechas por el Libertador y confirmadas por el congreso á los militares que hubieran servido en las campañas de la Independencia. Declaracion justa, que debia producir muy buenos resultados.

En tanto que ocurrian estos sucesos en Venezuela, hubo un acontecimiento ruidoso en la Nueva Granada, de aquellos que producen las revoluciones, y que son á veces harto difíciles de justificar ante la posteridad, ó cuando han pasado ya las circunstancias imperiosas que los causaron y la exaltacion de las pasiones. Hablamos de la muerte dada al coronel Barréiro y á los demas oficiales que se custodiaban en Santafé, como prisioneros de guerra, en número de treinta y ocho: ellos fueron pasados por las armas el 11 de octubre, junto con un paisano, Español europeo, que á la vista de los banquillos vertió expresiones indiscretas contra el gobierno independiente. Hízose la ejecucion por órdenes del vicepresidente de Cundinamarca, general Santander. Los fundamentos que este adujo para justificar tan fuerte providencia estaban consignados en un manifiesto que publicó. Despues de pintar el estado crítico en que se hallaba el país, y de anunciar que el virey Sámano de ningun modo admitiria el canje propuesto, y que ni aun responderia á la carta de Bolívar, como en efecto sucedió, añadia: « En tal estado y en el de proveer á la seguridad de la República amenazada de una reaccion, y sin que hubiese un lugar aislado y

seguro donde relegar á los prisioneros, cuando los buenos ciudadanos estaban temerosos, una gran parte del pueblo vacilante, los perversos acechando un momento favorable, y todos con los ojos clavados sobre un gobierno que acababa de renacer, ¿qué otro partido quedaba por adoptar, que el de fusilarlos ó ponerlos en libertad con pasaporte para el cuartel general de Morillo ó para España? Yo no lo encontré entónces: todavía no me ocurre cuál hubiera debido ser. Darles pasaporte, habria sido ponerlos de nuevo á nuestro frente, para que siguiesen haciéndonos la guerra exterminadora que nos habian hecho; hubiera sido soltar tigres y panteras cebados en nuestra sangre, para que volvieran á despedazarnos. En semejante extremo hubiera valido mas no haber traido nuestras armas sobre la Nueva Granada. Ántes al ménos no era tan exaltado su encono contra los pueblos. »

Por último, se apoyó Santander, para justificar su conducta, en la guerra de exterminio que Morillo y Sámano habian hecho en la Nueva Granada levantando patíbulos hasta en los ángulos mas remotos de sus provincias; sangre derramada, que pedia venganza. Recordó el hecho aun reciente del coronel Barréiro, quien mandó ejecutar la muerte de treinta y cuatro prisioneros patriotas cogidos en la accion de Gámeza. — « Fusilar, decia, treinta y ocho prisioneros tomados en una guerra regular y cual se usa entre pueblos cultos, hubiera sido un suceso, no inaudito, pero sí escándaloso. Mas fusilarlos en una guerra irregular, en donde los enemigos no observan derecho alguno, en que violan hasta las consideraciones debidas á la humanidad, en que no nos tratan como á hombres sino como á bestias, es un acto de justicia y aun de necesidad. Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los podrémos degollar nosotros, si caen en nuestras manos? »

Hé aquí los fundamentos alegados por el general Santander para justificar la ejecucion de Barréiro y de sus compañeros. Bolívar la sintió vivamente por la mala idea que las naciones cultas formarian de nosotros, cuando trataba de cimentar la opinion en nuestro favor. No improbó oficialmente aquella ejecucion, pero sí en conversaciones privadas, negando la necesidad que se alegaba para haberla adoptado, y la falta de tropas con que custodiar á los prisioneros.

Esta medida de severidad dió vida y nuevo aliento á los in-

dependientes, salvando acaso á la República de otras desgracias. Multitud de patriotas granadinos que estaban tímidos y vacilantes, se decidieron enérgicamente en Santafé y en las provincias. Vieron que no habia otro arbitrio que vencer ó morir á manos de los Españoles, los que á nadie perdonarian si volvian á ocupar el país. La fuerza que estos sentimientos y persuasion comunicaron á todas las clases del Estado, fué muy grande. Unida á la actividad, energía y firmeza del vicepresidente de Cundinamarca y demas funcionarios públicos, salvaron á este hermoso país de otra nueva catástrofe y funesta retrogradacion. Creemos por tanto, que la ejecucion de Barréiro y de sus desgraciados compañeros fué muy útil á la salud de la patria, y que hay razones harto poderosas para sostener la justicia y necesidad con que se hiciera.

En aquellos mismos dias el general Mac-Gregor, que despues de su desgraciada y mal dirigida expedicion contra Portobelo, se habia retirado á los Cáyos en la isla de Haití, proyectó un segundo desembarco en el continente. Reuniendo tres buques arribados últimamente de la Gran Bretaña, los que enviaba en su auxilio el diputado de la Nueva Granada, doctor José María del Real, con cerca de doscientos hombres de tropa, se dirigió contra la ciudad de Riohacha. Despues de una tenaz resistencia de la pequeña guarnicion española que allí existia, logró ocupar la ciudad el 5 de octubre. Mac-Gregor no desembarcó hasta despues de haberse rendido la plaza. Por esto, que indicaba haber perdido ya su antiguo valor, se desacreditó entre sus oficiales y soldados, que no teniendo un jefe respetable se entregaron á saquear y robar las casas de los habitantes de Riohacha. Mac-Gregor no tomó providencia alguna para restablecer la disciplina y subordinacion entre los soldados, ni dictó las medidas necesarias para la seguridad y conservacion de la plaza, á pesar de que algunos oficiales se lo representaron oportunamente. Exasperados los moradores de Riohacha con las tropelías y desórdenes de la expedicion de Mac-Gregor, se sublevaron contra ella; habiendo recibido el auxilio de algunos Indios goajiros y de los soldados realistas que se habian retirado al interior, atacaron la expedicion extranjera. El general, luego que vió los primeros movimientos hostiles, embarcó su equipaje y cuanto habia cogido, retirándose á bordo de una de sus embarcaciones. Otros oficiales hicieron lo mismo, y los buques

levaron anclas inmediatamente. Los oficiales y soldados que defendian el castillo quedaron abandonados y á la merced de sus enemigos; ellos tuvieron que rendirse á discrecion, y la mayor parte perecieron víctimas desgraciadas del mal tratamiento que les dieron los realistas, del hambre y de miseria.

Tal fué el éxito desgraciado de aquella expedicion de tropas inglesas sobre Riohacha. Mal dirigida y peor mandada, no hizo mas que daños á la causa de la Independencia. Los habitantes de Riohacha eran patriotas en lo general; pero justamente se conmovieron contra unos extranjeros que, sin obedecer á jefe alguno, solo trataban de robar y de saquearles sus propiedades, bajo el pretexto de ponerlos en libertad. Veamos ahora si en otras partes eran mas felices los esfuerzos que hacian los independientes para conseguir aquel bien precioso é inestimable.

El Libertador se hallaba todavía en Pamplona activando la organizacion del ejército del Norte de la Nueva Granada, cuando la quinta division española volvió á presentarse en los valles de Cúcuta. Las pocas fuerzas independientes que los defendian se retiraron á la ciudad de Pamplona, y el mariscal Latorre fijó su cuartel general en la villa de San Antonio del Táchira con poco mas de mil hombres. Desde allí anunció á Morillo, situado en Barquisimeto, que no podria permanecer mucho tiempo en aquellos valles, por la falta absoluta de subsistencias, y por la pequeña fuerza de que se componia su division. Morillo no pudo aumentarla, y perdió la ocasion mas oportuna de atacar á la Nueva Granada por la frontera del norte, pues el Libertador solo tenia cuerpos de reclutas que oponer entónces á sus veteranos. Empero aquellos reclutas eran mandados por Bolívar, y su nombre glorioso inspiraba respeto y aun temor á muchos de sus enemigos.

Sin embargo, la reaparicion de Latorre en Cúcuta causó nuevos cuidados al Libertador. Se afirmaba por todos los espías que la division Latorre era de dos mil hombres, la mayor parte de Españoles europeos. Un alarma general se difundió por la Nueva Granada en los primeros de dias noviembre, del que participó el mismo Bolívar. En aquellas circunstancias un cuerpo de dos mil veteranos habria sido detenido con mucha dificultad en su marcha á las provincias internas. Por esto se trabajó con asiduidad en vestir, armar y disciplinar el ejército. El vicepresidente de Cundinamarca lo auxiliaba con todo lo

que era necesario. Santander habia desplegado un gran talento para el gobierno y administracion pública, mucha firmeza y actividad. Era entónces el brazo derecho de Bolívar, y continuó siéndolo por algunos años.

En momentos tan críticos, el ejército del Norte hizo una pérdida lamentable. El general de division José Antonio Anzoátegui, que lo mandaba, murió el 15 de noviembre casi de repente á los treinta años de edad; él fué sentido generalmente por sus bellas calidades, su valor, su pericia militar y los importantes servicios que habia hecho á la patria. El coronel Bartolomé Salom le sucedió en el mando (1).

Recibió el Libertador esta noticia en la salina de Chita, ya en camino para Venezuela. Allí mismo dió todas las disposiciones convenientes para llenar en lo posible el vacío que la muerte prematura de Anzoátegui dejaba en el ejército del Norte. Motivos muy poderosos obligaron á Bolívar á emprender su viaje para Guayana. Pocos dias ántes habia recibido cartas y noticias oficiales de Angostura de diferente naturaleza. Por una parte se le informó que Zea habia sido separado del destino de vicepresidente de la República, poniendo el congreso en su lugar al general Arismendi. Este suceso contrariaba en extremo las grandes miras del Libertador, que eran unir á la Nueva Granada y á Venezuela, formando una vasta y poderosa República. Para conseguir tal objeto, consideraba de vital importancia que un Granadino célebre, cual lo era Zea, estuviera al frente del gobierno de Venezuela. Por otra parte supo tambien que la legion irlandesa contratada con el general Juan d'Evereux, que debia constar de cinco mil hombres, habia comenzado á llegar á la isla de Margarita, y que se esperaba el arribo de algunos otros cuerpos de tropas extranjeras á la ciudad de Angostura. Á tan poderosos motivos, que demandaban su presencia en la capital de la República, se unió la necesidad que tenia de conseguir armas y municiones para los nuevos batallones que estaba organizando. Era preciso introducirlas por el Orinoco á Guayana, y al efecto habia remitido de la Nueva Granada cerca de trescientos mil pesos para comprar estos elementos militares, fuera de otros varios auxilios que envió para aliviar la suerte de los soldados que combatian en Venezuela.

(1) Véase la nota 42ª.

Llamado por tan urgentes motivos, Bolívar siguió de la salina de Chita con la mayor rapidez (noviembre 20). Pasando la cordillera, toca en Casanare y penetra en el Apure. Allí inspecciona el ejército que manda Páez, y llega á Angostura el 11 de diciembre, sin que se tuviese noticia de su viaje sino pocas horas ántes de su llegada. En el momento que se difunden las nuevas del arribo del vencedor en Boyacá, el pueblo corre entusiasmado al puerto y le conduce como en triunfo á la casa del comandante general. El congreso, el gobierno y todas las autoridades le felicitan cordialmente por sus triunfos : sus glorias sufocan la envidia y las rivalidades anteriores, que parecen olvidadas para siempre.

Al arribo del Libertador, Arismendi se hallaba en Maturin, adonde habia ido con el objeto de dictar algunas providencias para reorganizar el ejército de Oriente y aumentarlo, á fin de que pudiera abrir con ventajas la próxima campaña. Hízolo con su acostumbrada actividad y energía, regresando á Angostura casi al mismo tiempo que Bolívar llegaba por otro via. Este procedió con la mayor delicadeza, generosidad y cordura, no dirigiendo por lo acaecido reconvencion alguna á Arismendi, á sus amigos, ni á los de Mariño. Como pensaba conducir los negocios á un punto en que no fuera necesario admitir la renuncia de la vicepresidencia que hizo Arismendi el 16, no se decretó para evitarle el sonrojo que le pudiera causar su remocion de aquel puerto. Solamente algunos de los amigos del Libertador sufrieron su desprecio y fuertes reconvenciones. Entre estos se contaron los coroneles Móntes de Oca y Sánchez. Fué tan grande el sentimiento que el último concibiera por el menosprecio con que Bolívar le miraba, que poco tiempo despues murió de pesadumbre. En él hizo la República una pérdida, por los importantes servicios que la habia prestado y que aun podia continuar haciendo.

Tres dias despues de su arribo (diciembre 14), el presidente de la República se presentó al congreso, presidido por el diputado Zea, quien le cedió el primer asiento. Bolívar dió cuenta de todo lo que habia hecho en la Nueva Granada. Recomendó á sus ilustres compañeros de armas, á cuyo valor y constancia atribuyera sus victorias : « Pero no es solo el ejército libertador, añadió, á quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz

cooperacion reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasion desenfrenada es ménos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad.

» Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en las aras de la patria, ¡ ofrendas tanto mas meritorias, cuanto que son espontáneas ! Sí, la unánime determinacion de morir libres, y de no vivir esclavos, ha dado á la Nueva Granada un derecho á nuestra admiracion y respeto. Su anhelo por la reunion de sus provincias y las provincias de Venezuela es tambien unánime. Los Granadinos estan íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la creacion de una nueva República, compuesta de estas dos naciones. La reunion de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

» ¡Legisladores! el tiempo de dar una base fija y eterna á nuestra República ha llegado. Á vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social, y establecer los principios del pacto sobre los cuales va á fundarse esta vasta República. Proclamadla á la faz del mundo, y mis servicios quedarán recompensados. »

Zea, como presidente del congreso, contestó al discurso de Bolívar con otra hermosa arenga, y este se retiró. En seguida la comision nombrada para informar, compuesta de diputados de ambos países á cuya cabeza estaba el mismo Zea, presentó su informe y un proyecto de ley sobre la union de los dos pueblos. Despues de tres discusiones segun las reglas establecidas, la ley fundamental de la Union se votó por unanimidad en la mañana del 17 de diciembre, y se firmó en el mismo dia. Concluido este acto solemne, poniéndose en pié el presidente del congreso, dijo en alta voz : — « La República de Colombia queda constituida. ¡ Viva la República de Colombia ! » Tal aclamacion fué repetida por el congreso y por un concurso numeroso. Así quedó terminado este grande acto de política, que aseguró para siempre la Independencia de la América del Sur. Él fué debido al grande influjo del Libertador, obtenido por sus victorias é importantes servicios. Debióse tambien mucho á la eficaz cooperacion de Zea y de otros diputados, que

veían claramente las vastas consecuencias de aquella medida.

Por la ley fundamental de Colombia, que Bolívar sancionó con el mayor placer, se decretó la unidad de la República, compuesta de la capitanía general de Venezuela y del vireinato del Nuevo Reino de Granada (1). Su territorio se dividió en tres grandes departamentos llamados de Venezuela, Cundinamarca (2), y Quito, cada uno de los cuales tendria una administracion superior y un jefe nombrado por el congreso con el título de vicepresidente. Las deudas de las dos Repúblicas se declararon comunes, y se acordó la convocatoria de un congreso general de Colombia que debia reunirse en la villa del Rosario de Cúcuta el 1° de enero de 1821. Se decretaron igualmente las armas de la nueva República, el pabellon que debia llevar provisionalmente, que sería el tricolor de Venezuela, y algunos otros puntos de menor importancia.

En acto contínuo, el congreso de Angostura eligió á Bolívar presidente de Colombia por unanimidad de sufragios, y vicepresidente al ciudadano Francisco Antonio Zea. El general de division Francisco de P. Santander obtuvo la mayoría para vicepresidente de Cundinamarca, y el doctor Juan German Roscio para igual destino en Venezuela.

Así terminó aquella célebre sesion. Pusiéronse en ella las bases primordiales para el gobierno y futura organizacion de la República de Colombia. Desde su nacimiento parecia llamada á los mas altos destinos, y se presentó al mundo llena de vigor y de fuerza (3). Aunque su duracion fué efímera, siempre tuvo coronadas sus sienes con el laurel de la victoria, y sus guerreros triunfantes recorrieron casi toda la América del Sur.

Presentarémos ahora rápidamente el cuadro de sus campañas y la revista de sus instituciones políticas y civiles, así como el orígen y progresos de la disolucion lamentable de Colombia.

(1) Véase la nota 43ª.
(2) Véase la nota 44ª.
(3) Véase la nota 45ª.

APÉNDICE.

NOTAS ILUSTRATIVAS

DEL TOMO SEGUNDO

DE LA HISTORIA DE VENEZUELA.

(CONTINUACION.)

Nota 1ª. — Página 9.

El Congreso de Venezuela se instaló con los siguientes diputados elegidos por los partidos capitulares que siguen :

Por el de Nirgua.	Dr D. Salvador Delgado.
Guanare.	Dr D. José Vicente Unda.
San Sebastian.	D. Francisco Javier Ustáriz.
Carácas.	D. Martin Tobar Ponte.
	Dr D. Felipe Fermin Paúl.
	D. Lino de Clemente.
	D. Fernando Toro.
	D. Nicolas Castro.
	D. Gabriel Ponte.
	D. Isidoro A. López Méndez.
	D. Luis José Ribas Tobar.
Calabozo.	Dr D. Juan German Roscio.

Barínas.	Dr D. Ignacio Fernández Peña.
Guadualito.	Dr D. Ramon Ignacio Méndez.
Acháguas.	Dr D. Juan Nepomuceno Quintana.
Valencia.	D. Luis José Cazorla.
	D. Fernando Peñalver.
	D. Manuel Moreno Mendoza.
Cumaná.	D. José Gabriel de Alcalá.
	Dr D. Mariano de la Cova.
Cumanacoa.	D. Juan Bermúdez de Castro.
Margarita.	D. Manuel Plácido Manéiro.
Grita.	Dr D. Manuel Vicente Maya.
Guanarito.	Dr D. José Luis Cabrera.
Villa de Cura.	D. Juan Escalona.
San Felipe.	Dr D. Juan de Maya.
Ospino.	D. Gabriel Pérez Pagola.
Barquisimeto.	Dr D. Domingo Alvarado.
	Dr D. José Ángel Álamo.
San Cárlos.	Dr D. Francisco Hernández.

Despues de la instalacion del Congreso, fueron incorporándose en él otros varios diputados, de tal suerte que se compuso de los hombres de mas luces y de la primera jerarquía en Venezuela.

Nota 2ª. — Página 20.

Creemos necesario añadir en seguida el acta de independencia de Venezuela, que dice así :

«DECLARATORIA DE INDEPENDENCIA.

» EN EL NOMBRE DE DIOS TODOPODEROSO.

» Nosotros los representantes de las Provincias Unidas de Carácas, Cumaná, Barínas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, que forman la Confederacion americana de Venezuela en el continente meridional, reunidos en congreso, y considerando la plena y absoluta posesion de nuestros derechos que recobramos justa y legítimamente desde el 19 de abril de 1810, en consecuencia de la jornada de Bayona y la ocupacion del trono español por la conquista y sucesion de otra nueva dinastía, constituida sin nuestro consentimiento, queremos ántes usar de los derechos de que nos tuvo privados la

fuerza por mas de tres siglos, y nos ha restituido el órden político de los acontecimientos humanos, patentizar al universo las razones que han emanado de estos mismos acontecimientos, y autorizar el libre uso que vamos á hacer de nuestra soberanía.

» No queremos, sin embargo, empezar alegando los derechos que tiene todo país conquistado, para recuperar su estado de propiedad é independencia : olvidamos generosamente la larga serie de males, agravios y privaciones que el derecho funesto de conquista ha causado indistintamente á todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos países, hechos de peor condicion por la misma razon que debia favorecerlos; y corriendo un velo sobre los trescientos años de dominacion española en América, solo presentarémos los hechos auténticos y notorios que han debido desprender y han desprendido de derecho á un mundo de otro en el trastorno, desórden y conquista que tiene ya disuelta la Nacion española.

» Este desórden ha aumentado los males de la América inutilizándole los recursos y reclamaciones, y autorizando la impunidad de los gobernantes de España para insultar y oprimir esta parte de la nacion, dejándola sin el amparo y garantía de las leyes.

» Es contrario al órden, imposible al gobierno de España y funesto á la América el que, teniendo esta un territorio infinitamente mas extenso y una poblacion incomparablemente mas numerosa, dependa y esté sujeta á un ángulo peninsular del continente europeo.

» Las decisiones y abdicaciones de Bayona, las jornadas del Escorial y de Aranjuez, y las órdenes del lugarteniente duque de Berg á la América, debieron poner en uso los derechos que hasta entónces habian sacrificado los Americanos á la unidad é integridad de la Nacion española.

» Venezuela, ántes que nadie, reconoció y conservó generosamente esta integridad por no abandonar la causa de sus hermanos, miéntras tuvo la menor apariencia de salvacion.

» La América volvió á existir de nuevo, desde que pudo y debió tomar á su cargo su suerte y conservacion, como la España pudo reconocer ó no los derechos de un rey, que habia apreciado mas su existencia que la dignidad de la nacion que gobernaba.

» Cuantos Borbones concurrieron á las inválidas estipulaciones de Bayona, abandonando el territorio español contra la voluntad de los pueblos, faltaron, despreciaron y hollaron el deber sagrado que contrajeron con los Españoles de ambos mundos, cuando con su sangre

y sus tesoros se colocaron en el trono á despecho de la casa de Austria : por esta conducta quedaron inhábiles é incapaces de gobernar á un pueblo libre, á quien entregaron como un rebaño de esclavos.

» Los intrusos gobiernos que se arrogaron la representacion nacional, aprovecharon pérfidamente las disposiciones que la buena fe, la distancia, la opresion y la ignorancia daban á los Americanos contra la nueva dinastía que se introdujo en España por la fuerza; y contra sus mismos principios sostuvieron entre nosotros la ilusion á favor de Fernando, para devorarnos y vejarnos injustamente cuando mas nos prometian la libertad, la igualdad y la fraternidad en discursos pomposos y frases estudiadas, para encubrir el lazo de una representacion amañada, inútil y degradante.

» Luego que se disolvieron, sustituyeron y destruyeron entre sí las várias formas de gobierno de España, y que la ley imperiosa de la necesidad dictó á Venezuela el conservarse á sí misma para ventilar y conservar los derechos de su rey, y ofrecer un asilo á sus hermanos de Europa contra los males que les amenazaban; se desconoció toda su anterior conducta, se variaron los principios, y se llamó insurreccion, perfidia é ingratitud á lo mismo que sirvió de norma á los gobiernos de España, porque ya se les cerraba la puerta al monopolio de administracion que querian perpetuar á nombre de un rey imaginario.

» Á pesar de nuestras protestas, de nuestra moderacion, de nuestra generosidad y de la inviolabilidad de nuestros principios contra la voluntad de nuestros hermanos de Europa, se nos declara en estado de rebelion, se nos bloquea, se nos hostiliza, se nos envian agentes á amotinarnos unos contra otros, y se procura desacreditarnos entre todas las naciones del mundo implorando su auxilio para oprimirnos.

» Sin hacer el menor aprecio de nuestras razones, sin presentarlas al imparcial juicio del mundo, y sin otros jueces que nuestros enemigos, se nos condena á una dolorosa incomunicacion con nuestros hermanos; y para añadir el desprecio á la calumnia, se nos nombran apoderados contra nuestra expresa voluntad, para que en sus Córtes dispongan arbitrariamente de nuestros intereses bajo el influjo y la fuerza de nuestros enemigos.

» Para sufocar y anonadar los efectos de nuestra representacion, cuando se vieron obligados á concedérnosla, nos sometieron á una tarifa mezquina y diminuta, y sujetaron á la voz pasiva de los ayuntamientos, degradados por el despotismo de los gobernadores,

las formas de la eleccion; lo que era un insulto á nuestra sencillez y buena fe, mas bien que una consideracion á nuestra incontestable importancia política.

» Sordos siempre á los gritos de nuestra justicia, han procurado siempre los gobiernos de España desacreditar todos nuestros esfuerzos, declarando criminales, y sellando con la infamia, el cadalso y la confiscacion todas las tentativas que en diversas épocas han hecho algunos Americanos para la felicidad de su país, como lo fué la que últimamente nos dictó la propia seguridad, para no ser envueltos en el desórden que presentíamos y conducidos á la horrorosa suerte que vamos ya á apartar de nosotros para siempre: con esta atroz política han logrado hacer á nuestros hermanos insensibles á nuestra desgracia, armarlos contra nosotros, borrar de ellos las dulces impresiones de la amistad y de la sanguinidad, y convertir en enemigos una parte de nuestra gran familia.

» Cuando nosotros, fieles á nuestras promesas, sacrificábamos nuestra seguridad y dignidad civil, por no abandonar los derechos que generalmente conservábamos á Fernando de Borbon, hemos visto que á las relaciones de la fuerza que lo ligaban con el emperador de los Franceses, ha añadido los vínculos de sangre y de amistad, por lo que hasta los gobiernos de España han declarado ya su resolucion de no reconocerlo sino condicionalmente.

» En esta dolorosa alternativa hemos permanecido tres años en una indecision y ambigüedad política tan funesta y peligrosa, que ella sola bastaria á autorizar la resolucion que la fe de nuestras promesas y los vínculos de la fraternidad nos habian hecho diferir, hasta que la necesidad nos ha obligado á ir mas allá de lo que nos propusimos, impelidos por la conducta hostil y desnaturalizada de los gobiernos de España, que nos ha relevado del juramento condicional con que hemos sido llamados á la augusta representacion que ejercemos.

» Mas nosotros, que nos gloriamos de fundar nuestro proceder en mejores principios, y que no queremos establecer nuestra felicidad sobre las desgracias de nuestros semejantes, miramos y declaramos como amigos nuestros, compañeros de nuestra suerte y partícipes de nuestra felicidad á los que unidos con nosotros por los vínculos de la sangre, la lengua y la religion, han sufrido los mismos males en el anterior órden, siempre que reconociendo nuestra absoluta independencia de él y de toda otra dominacion extraña, nos ayuden á sostenerla con su vida, su fortuna y su opinion, declarándolos y re-

conociéndolos como á todas las demas naciones en guerra enemigos, y en paz amigos, hermanos y compatriotas.

» En atencion á todas estas sólidas, públicas é incontestables razones de política, que tanto persuaden la necesidad de recobrar la dignidad natural que el órden de los sucesos nos ha restituido, en uso de los imprescriptibles derechos que tienen los pueblos para destruir todo pacto, convenio ó asociacion que no llena los fines para que fueron instituidos los gobiernos; creemos que no podemos ni debemos conservar los lazos que nos ligaban al gobierno de España, y que como todos los pueblos del mundo estamos libres y autorizados para no depender de otra autoridad que la nuestra, y tomar entre las potencias de la tierra el puesto igual que el Ser Supremo y la naturaleza nos asignan, ya que nos llama la sucesion de los acontecimientos humanos y nuestro propio bien y utilidad.

» Sin embargo de que conocemos las dificultades que trae consigo y las obligaciones que nos impone el rango que vamos á ocupar en el órden político del mundo, y la afluencia poderosa de las formas y habitudes á que hemos estado, á nuestro pesar, acostumbrados, tambien conocemos que la vergonzosa sumision á ellas cuando podemos sacudirlas, sería mas ignominiosa para nosotros y mas funesta para nuestra posteridad que nuestra larga y funesta servidumbre, y que es ya de nuestro indispensable deber proveer á nuestra conservacion, felicidad y seguridad, variando esencialmente todas las formas de nuestra anterior constitucion.

» Por tanto, creyendo con todas estas razones satisfecho el respeto que debemos á las opiniones del género humano y á la dignidad de las demas naciones en cuyo número vamos á entrar, y con cuya comunicacion y amistad contamos; nosotros los representantes de las Provincias Unidas de Venezuela, poniendo por testigo al Ser Supremo de la justicia de nuestro proceder y de la rectitud de nuestras intenciones, implorando sus divinos y celestiales auxilios y ratificándole en el momento en que nacemos á la dignidad que su providencia nos restituye, el deseo de vivir y morir libres, creyendo y defendiendo la santa, católica y apostólica religion de Jesucristo, como el primero de nuestros deberes. Nosotros, pues, á nombre y con la voluntad y autoridad que tenemos del virtuoso pueblo de Venezuela, declaramos solemnemente al mundo que sus Provincias Unidas son, y deben ser de hoy mas, de hecho y de derecho, Estados libres, soberanos é independientes, y que están absueltos de toda sumision y dependencia de la corona de España, ó de los que se dicen ó di-

jeren sus apoderados ó representantes; y que como tal Estado libre é independiente tiene un pleno poder para darse la forma de gobierno que sea conforme á la voluntad general de sus pueblos, declarar la guerra, hacer la paz, formar alianzas, arreglar tratados de comercio, límites y navegacion, y hacer y ejecutar todos los demas actos que hacen y ejecutan las naciones libres é independientes; y para hacer válida, firme y subsistente esta nuestra solemne declaracion, damos y empeñamos mutuamente unas provincias á otras, nuestras vidas, nuestras fortunas y el sagrado de nuestro honor nacional.

» Dada en el palacio federal de Carácas, firmada de nuestra mano, sellada con el gran sello provisional de la Confederacion y refrendada por el secretario del Congreso á cinco dias del mes de julio del año de 1811, primero de nuestra Independencia.

» Juan Antonio Rodríguez Domínguez, presidente, diputado de Nútrias en la provincia de Barínas. — Luis Ignacio Méndez, vice-presidente, diputado de Obíspos en la provincia de Barínas.

» Por la provincia de Carácas :

» Isidoro Antonio López Méndez, diputado de Carácas. — Juan G. Roscio, diputado de Calabozo. — Felipe F. Paúl, diputado de San Sebastian. — Francisco X. de Ustáriz, diputado de San Sebastian. — Nicolas de Castro, diputado de Carácas. — Fernando de Peñalver, diputado de Valencia. — Gabriel Pérez Pagola, diputado de la villa de Ospino. — Salvador Delgado, diputado de Nirgua. — El marques del Toro, diputado de Tocuyo. — Juan Antonio Díaz Argote, diputado de la villa de Cura. — Gabriel de Ponte, diputado de Carácas. — Juan José Maya, diputado de San Felipe. — Luis José Cazorla, diputado de Valencia. — Doctor Vicente Unda, diputado de Guanare. — Francisco X. Yáñez, diputado de Araure. — Fernando Toro, diputado de Carácas. — Martin Tobar Ponte, diputado de San Sebastian. — Juan Toro, diputado de Valencia. — José Antonio Álamo, diputado de Barquisimeto. — Francisco Fernández, diputado de San Cárlos. — Lino de Clemente, diputado de Carácas.

» Por la provincia de Cumaná :

» Francisco X. Maíz, diputado de la capital. — José G. Alcalá, diputado de la capital. — Juan Bermúdez, diputado del Sur. — Mariano de la Cova, diputado del Norte.

» Por la provincia de Barcelona :

» Francisco de Miranda, diputado del Pao. — Francisco Policarpo Ortiz, diputado de San Diego.

» Por la provincia de Barínas :

» Juan Nepomuceno Quintana, diputado de Achâguas. — Ignacio Fernández, diputado de la capital. — Ignacio Ramon Briceño, diputado de Pedraza. — José de Sata y Bussy, diputado por San Fernando de Apure. — José Luis Cabrera, diputado de Guadualito. — Manuel Palacio, diputado del Mijagual.

» Por la provincia de Margarita :

» Manuel P. Manéiro, diputado de Margarita.

» Por la provincia de Mérida :

» Antonio Nicolas Briceño, diputado de Mérida. — Manuel V. Maya, diputado de la Grita.

» Por la provincia de Trujillo :

» Juan P. Pacheco, diputado de Trujillo.

» Por la villa de Aragua, provincia de Barcelona.

» José María Ramírez.

» Refrendado (L. S.) F. Iznardi, secretario. »

Nota 3ª. — Página 60.

Don Domingo Monteverde era natural de la isla de Tenerife en las Canárias. Desde 1788 servia en la marina española, y se habia distinguido en algunos combates, especialmente en la defensa del Ferrol, atacado por las tropas inglesas que iban á Egipto. Monteverde habia manifestado valor en estas y otras ocasiones, y era en 1812 capitan graduado de fragata. Cuando principió la guerra de Independencia de la España con sus colonias, fué destinado á Puerto-Rico y despues á Coro, donde se hallaba de guarnicion.

Nota 4ª. — Página 85.

Fué muy explícita la contestacion de Miranda á Monteverde, publicada por don Pedro Urquinaona á la página 129 de su *Relacion documentada*. Dice así : « En virtud de las últimas y definitivas contestaciones del señor comandante general de las tropas de la Regencia española don Domingo de Monteverde á las nuevas proposiciones

que se hicieron por mi parte, y de cuya explanacion fué encargado el comisionado Antonio Fernández de Leon, he creido, consultando solo al poder ejecutivo federal, por no haber tiempo para hacerlo con el pueblo de Carácas, que debia ratificarlas atentas las presentes circunstancias. Y para el arreglo y formas de la entrega de los diferentes puntos y de todo lo demas concerniente al cumplimiento y ejecucion de lo estipulado, nombro al sarjento mayor de artillería graduado de teniente coronel, comisionado José Sata y Bussy, y autorizado con todos los poderes necesarios al efecto, á fin de que termine esta negociacion de ambas partes y para la perpétua felicidad de los pueblos que tienen parte en esta estipulacion. — Cuartel general de la Victoria, 25 de julio de 1812. — Francisco de Miranda. »

Nota 5a. — Página 98.

Es digno de conservarse el oficio con que Monteverde envió los supuestos reos á la Regencia; decia : « Presento á V. A. esos ocho monstruos, orígen y primera raíz de todos los males y novedades de la América, que han horrorizado al mundo entero : que se avergüenzen y confundan delante de la Majestad, y que sufran la pena de sus delitos. »

Nota 6a. — Página 105.

Las listas mencionadas de proscripcion se formaron por el capitan general Monteverde, don Fernando Monteverde, don Manuel del Fierro, don Gonzalo Orca, don Antonio Gómez, Fr. Juan José García, don Vicente Lináres, don Estévan Echesuría, don Pedro la Mata, don Jáime Bolet, don Manuel Tejada, don Antonio Tízcar, don Antonio Fernández de Leon, doctor José Manuel Oropesa, don Antonio Rójas Quéipo y don Manuel de Maya.

Nota 7a. — Página 121.

La mayor parte de los hechos que prueban las crueldades de los Españoles realistas narradas en este capítulo, las hemos tomado de

la *Relacion documentada* que publicó don Pedro Urquinaona en Madrid en 1820, refiriéndose á piezas escritas que existian y tenia presentes en la secretaría de la gobernacion de Ultramar. — Urquinaona fué testigo en Carácas de gran parte de los sucesos que refiere, y aunque Americano, natural de Santafé de Bogotá, era enemigo de la causa de la Independencia, por lo cual merece mas crédito su relacion. Vino á Carácas comisionado por la Regencia de Cádiz para la pacificacion del Nuevo Reino de Granada, adonde nunca llegó.

Nota 8ª. — Página 121.

Los oidores de la audiencia de Venezuela don José Francisco Heredia, don Francisco de Paula Vílches, don Ignacio Javier de Urelai y don José de Costa y Gali, merecen justos elogios y el reconocimiento de los Venezolanos, por la constancia con que sostuvieron el cumplimiento de la capitulacion y de las leyes, por el buen trato que dieron á los patriotas, y la reparacion, en cuanto estuvo de su parte, de los agravios que los habia irrogado el gobierno de Monteverde.

Nota 9ª. — Página 128.

Cuando publicamos la primera parte de esta *Historia*, no teníamos conocimiento alguno del plan acordado en Cartagena por Briceño para destruir á los Españoles y Canários; fué por esto que no lo mencionamos. Publicólo el doctor don José Domingo Díaz; aunque enemigo acérrimo y muchas veces calumniador de los patriotas, cuyos hechos alteró de mil maneras diferentes, creemos haber sido efectivo dicho plan.

Nota 10ª. — Página 142.

En la primera parte de la *Historia de la revolucion de la Nueva Granada*, publicada en 1827, dimos á la proclama de Trujillo la fecha de 15 de julio. Provino tal equivocacion de haberla tomado de una hoja suelta impresa que tenia la fecha equivocada. Examinados

los documentos de la época, no hay duda alguna en que Bolívar publicó dicha proclama el 15 de junio de 1813.

Nota 11ª. — Página 158.

Tanto Montenegro en el 4º tomo de su *Geografía universal,* como Baralt y Díaz en su *Resúmen de la Historia de Venezuela,* dan á los realistas dos mil ochocientos hombres en esta accion, y dos mil quinientos á Bolívar. Ambos guarismos nos parecen exagerados. Izquierdo, segun Baralt (página 143), solo tenia mil doscientos hombres poco ántes de la accion. ¿De dónde sacó los mil seiscientos restantes? Urquinaona, el comisario español Olabarría, testigo presencial, y el mismo Bolívar en su parte al gobierno de la Union sobre esta batalla, solo hacen montar la fuerza de Izquierdo á poco mas de mil hombres. Aunque Bolívar no dijo cuáles eran sus fuerzas, los autores realistas le dan igual número. Ademas, reunidas la vanguardia, la retaguardia y el centro, que solo constaba de ciento treinta hombres, y cuyos guarismos supimos en Carache, los Horcónes, Barínas y Araure, resulta que Bolívar no podia tener dos mil quinientos soldados. — Desde esta accion se manifiesta la parcialidad de Baralt y Díaz por el mayor general *venezolano* Rafael Urdaneta. Al leer su relacion de la batalla, Urdaneta hizo casi todo para obtener el triunfo. Sin embargo Bolívar, en su parte al presidente del Congreso, recomienda en primer lugar al teniente coronel *granadino* Atanasio Girardot. Hemos seguido aquel parte en la narracion del combate de los Taguánes. Escrito dos dias despues de la batalla, merece mas fe que relaciones y noticias acaso interesadas, que se recogieron algunos años despues.

Nota 12ª. — Página 189.

Dice Humboldt en su *Viaje á las regiones equinocciales del nuevo continente,* libro 6º, capítulo 17, que si en las grandes llanuras y sabánas de Venezuela y de la Nueva Granada hubieran existido rebaños de ganados ántes de la conquista, sus habitantes habrian sido naturalmente pastores nómades; entónces habrian salido conquistadores los hijos de aquellos pueblos, lo mismo que sa-

lieron del Asia los de la raza mongola y tártara, los que subiendo á la cima de las cordilleras y abandonando la vida errante, hubieran subyugado á las naciones mas civilizadas que habitáran la Nueva Granada y el Perú. La exactitud de este pensamiento se ha comprobado en la guerra de la Independencia. Los llaneros á caballo, armados de lanzas y con su valor indomable, han decidido siempre las victorias de Venezuela, Nueva Granada y el Perú.

Nota 13ª. — Página 198.

El doctor don José Domingo Díaz en sus *Recuerdos sobre la rebelion de Carácas*, Montenegro, y lo mismo Baralt y Díaz en sus *Historias de Venezuela*, exageran en casi todas las batallas y combates las fuerzas de los independientes y realistas; una de tales exageraciones se halla en la relacion de esta batalla. Nosotros corregimos los números, fundados en documentos fehacientes, que sería largo citar y fastidioso entrar sobre cada accion en una discusion crítica. Sin embargo, no la omitirémos siempre que nos parezca necesario. Estamos persuadidos que en nada se disminuye la gloria de Bolívar y de sus ilustres compañeros de armas, por que hubieran peleado con pocas fuerzas contra un número pequeño tambien. Cortés, Pizarro y otros ilustres capitanes obtuvieron gran prez y fama combatiendo á la cabeza de un puñado de valientes.

Nota 14ª. — Página 206.

Son estas las mismas expresiones del doctor don José Domingo Díaz en su obra de *Recuerdos sobre la rebelion de Carácas*. Este hombre, natural de dicha ciudad y de una familia oscura, ha sido el enemigo mas encarnizado del Libertador y de cuantos promovieron la Independencia de Venezuela. En aquella época se hallaba emigrado en Curazao, donde comenzó á publicar sus cartas contra el Libertador y los patriotas, teniendo la primera fecha de 30 de setiembre de 1813. Tales cartas, exceptuando algunos pocos hechos verídicos, son un tejido de injurias, de calumnias y de crímenes que atribuye á los republicanos, santificando por el contrario los asesi-

natos, los robos y maldades de Bóves y de Moráles, de Rosete y otros muchos Españoles ; pues, segun la moral de Díaz, todo era permitido contra los insurgentes. Dichas cartas, destinadas á seducir y conmover los pueblos de Venezuela, y á hacerles detestables á los patriotas y la causa que sostenian, contribuyeron sobre manera á extraviar la opinion pública, y á fomentar las insurrecciones contra Bolívar y los demas jefes independientes. Díaz no llamó al primero con otros nombres que con los de *Malvado, Sedicioso, Cobarde, Inhumano,* etc. En la narracion de los hechos los exagera casi todos, especialmente las fuerzas de las partes contendoras, los muertos, heridos y prisioneros. Por ejemplo, en la página 64 dice, que Cebállos reunió en Coro 1,200 á 1,300 hombres, y consta de los partes del mismo Cebállos que solo eran 350; igual conducta siguió respecto de Bóves, Rosete y los demas realistas. En la accion que ganó Cebállos en Barquisimeto, el 10 de noviembre de 1813, asegura este que murieron trescientos cuarenta patriotas, y Díaz (página 104) que setecientos; de modo que siempre hay que rebajar la mitad ó mas de los números que indica dicho escritor.

Lo que mas se debe extrañar es que el Español don Mariano Torrente, en su *Historia de la Revolucion hispano-americana,* haya seguido paso á paso y sin discrepar las apasionadas exageraciones del doctor Díaz. Que este se hubiera dejado arrastrar en sus *Recuerdos* de las pasiones vengativas de la época en que vivió en Venezuela, tiene alguna disculpa, por los perjuicios y sufrimientos que tuviera ; pero que Torrente, allá en la Península, hubiera participado de las mismas pasiones, adulterando la verdad de los hechos, ennegrecido su moralidad, y difamado de varios modos á los ilustres Venezolanos que combatian por dar libertad é independencia á su patria, es conducta que no se puede sufrir, y para lo cual no se halla suficiente motivo. Torrente sin crítica adopta cuanto asevera la calumniosa pluma de Díaz. Probablemente por adular á los Españoles, sus compatriotas, vulneró la justicia y la verdad, denigrando á los patriotas de Venezuela y acaso á los de toda la América ántes española. Decimos acaso, porque no podemos decidir con seguridad que así fuera.

Nota 15ª. — Página 207.

Es muy curiosa y digna de conservarse una de estas circulares que dice : — « Don José Tomas Bóves, comandante en jefe del ejér-

cito de Barlovento, etc. — Por la presente doy comision al capitan José Rufino Torralva, para que pueda reunir cuanta gente sea útil para el servicio, y puesto á la cabeza de ellos pueda perseguir á todo traidor y castigarlo con el último suplicio; en la inteligencia que solo un creo (*credo* queria acaso decir) se le dará para que encomiende su alma al Criador, previniendo que los intereses que se recojan de estos traidores, serán repartidos entre los soldados que defienden la justa y santa causa, y el mérito á que cada individuo se haga acreedor será recomendado al señor comandante general de la provincia : y pido y encargo á los comandantes de las tropas del rey le auxilíen en todo lo que sea necesario. — Cuartel general del Guayabal, noviembre 1° de 1813. — José Tomas Bóves.»

Para que se acabe de formar el verdadero concepto de Bóves, copiarémos otro oficio que dirigió al teniente justicia mayor de Camatagua en que le decia : — « Recibí los hombres, y espero de su eficacia no deje un solo hombre útil para concluir con esos pícaros, y luego descansar en el seno de sus familias. — Dios guarde á Ud. — Cuartel general de Calabozo, 15 de mayo de 1814. — José Tomas Bóves. — P. D. — Se fueron desertados la mitad de los que Ud. mandó : es una picardía; los pasará por las armas, y si no padecen (parecen) me mandará presas sus familias para hacer un ejemplar : no ande Ud. flojo con estos infames. — Bóves.»

En otro oficio al mismo, fecha 23 de mayo de 1814, le decia : « Trate Ud. de reunir toda la gente útil que se halla por los campos, y el que no comparezca á la voz del rey, se tendrá por traidor y se le pasará por las armas.»

Tal era el hombre que el doctor Díaz y don Mariano Torrente elogian como el mas grande que haya pisado la América, pervirtiendo de esta manera todos los principios de la moral pública. Bóves por cualquiera falta imponia pena de la vida y de los bienes. Así el terror y el interes le dieron siempre multitud de soldados entre los habitantes de las llanuras de Venezuela.

Nota 16ª. — Página 255.

Los autores citados en la nota 21ª dan á Cajigal 6,000 hombres y á Bolívar 5,000. Cajigal solo mandaba el ejército que tenia Cebállos con el cual habia sitiado á Valencia. Segun Baralt y Díaz (Ramon),

dicho ejército en la batalla del Arado (abril 16) constaba de dos mil trescientos hombres (página 212, tomo I°); y en efecto no tenian los realistas un número mayor de soldados. Cuando Cajigal se unió á dicho ejército, tampoco trajo consigo mas que una pequeña escolta. ¿De dónde pues adquirió los 3,700 hombres que necesitaba para completar seis mil? Es claro que dichos números son exagerados é inexactos.

Nota 17ª. — Página 262.

El doctor Díaz en sus *Recuerdos sobre la rebelion de Carácas,* y el Español don Mariano Torrente, quien copia los hechos referidos por el primero, hacen subir á 1,600 hombres el número de la guarnicion de la Cabrera, guarismo exagerado, lo mismo que casi todos los que refieren dichos historiadores. Segun dijimos ántes, no nos asombra que Díaz, animado de pasiones rencorosas contra el triunfo de la causa de los independientes que él tanto habia contrariado, se hubiese dejado cegar hasta el punto de alterar la verdad de casi todos los sucesos. Pero que el historiador Torrente, escribiendo en Madrid, á tanta distancia del teatro de la guera, hubiera adoptado sin crítica ni discernimiento las mismas opiniones, las mismas calumnias de Díaz, y los mismos hechos exagerados, es cosa que aturde ciertamente. Ambos refieren el degüello de 1,600 soldados patriotas, que aseguran hizo Bóves en la Cabrera, con tanta satisfaccion como si fuera una accion bienhechora de la humanidad, é igual cosa sucede cuando describen otros acontecimientos semejantes de degüellos y asesinatos cometidos por Bóves. ¡ Qué filosofía esta, y qué corazones tan feroces los que tenian aquellos hombres que al referir tales sucesos no deploraban los extravíos funestos de las revoluciones y de las guerras civiles!

Nota 18ª. — Página 295.

En aquella época funesta de desórdenes se atribuyeron usurpaciones de bienes de los Españoles á algunos jefes y oficiales republicanos. Mas Bolívar atravesó la revolucion inmaculado en esta parte. El doctor Díaz, calumniador siempre y siempre apasionado contra el héroe de la América del Sur, dice en sus *Recuerdos,* que se hallaron en Maturin treinta y seis quintales de plata de las iglesias de Cará-

cas *robadas* por Bolívar. Este sacó aquella plata y otras muchas alhajas preciosas correspondientes á las iglesias con acuerdo de la autoridad eclesiástica, cuando tuvo que abandonar la capital vencido por los realistas. Destinábalas, no para usos propios, sino para gastos de la guerra contra los Españoles, y para dar libertad é independencia á su patria. Jamas aplicó para sí la menor porcion de aquellas preciosidades. El infame Bianchi se robó una gran parte, segun referimos ántes, y el Libertador entregó el resto que pudo salvar al general Ríbas para que sostuviera las tropas independientes. Hé aquí por qué la plata se halló en Maturin, adonde Ríbas la condujera. Bolívar mas bien quiso embarcarse en Carúpano, sin medios para su viaje á Cartagena, que apropiarse la menor porcion de las propiedades públicas. Arrojado de la Costa-Firme por sus compatriotas, estaba seguro que hallaria en la Nueva Granada, siempre amiga suya y hospitalaria, toda clase de recursos.

Nota 19ª. — Página 331.

Esta asercion general es falsa. ¿Qué Españoles protegieron para pelear á esos llaneros valientes que mandaban Bóves, Moráles, Calzada y otros, y que destruyeron la República en 1814? En 1816 no se batian del mismo modo á favor de la causa del rey, no porque les faltára valor, sino porque su opinion habia cambiado. Ya no detestaban á los patriotas como á herejes é impíos dignos de la muerte. Los miraban como á hermanos, que peleaban por libertarse del pesado yugo de los Españoles. Estos no habian hecho caso de sus anteriores servicios, los trataban duramente, los despreciaban, desconfiaban de ellos, los exponian á los peores climas y á los mayores peligros. Hé aquí las causas por que la opinion de los Venezolanos iba siendo del todo contraria al gobierno español y favorable á los independientes.

Nota 20ª. — Página 340.

El bando decretado por Moxó decia : — « Á fin de poner término á las maquinaciones con que por todas partes intentan turbar la tranquilidad pública de las provincias de Venezuela los rebeldes españoles Simon Bolívar, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño,

Manuel Piar y Antonio Brion, despues de haber agotado los recursos que ofrece la compasion y benignidad para traer al verdadero reconocimiento de sus errores á todas las personas que siguen las detestables máximas de rebelion de que están empapados aquellos sanguinarios, que abandonados á la desesperacion intentan por todos medios acaudillar gentes para sostenerse en su iniquidad; he tenido á bien decretar: que cualquiera persona que aprehendiere viva ó muerta la de aquellos traidores, y cualquiera otro de su especie, como Juan Bautista Arismendi en Margarita, será remunerada con la cantidad de diez mil pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de ellos, cuya cantidad se abonará por la real hacienda. Y para que llegue á noticia de todos imprímase y circúlese. Dado en Carácas, á 25 de mayo de 1816. — Salvador de Moxó. » Este bando se publicó en Cumaná el 14 de junio, segun la nota que tiene á continuacion el ejemplar auténtico.

Nota 21ª. — Página 353.

El general Mac-Gregor fué el jefe nominal de aquella atrevida empresa, pues todos los demas jefes y oficiales convinieron en que los mandára, como que tenia mayor graduacion: querian evitar de esta manera celos y rivalidades que en aquellas difíciles circunstancias habrian sido funestos. Pero Mac-Gregor, aunque de un valor y denuedo personal muy brillantes, era incapaz de llevar á cima el proyecto, por muchas razones que sería largo enumerar. El jefe del estado mayor, coronel Cárlos Soublette, era el principal que daba ó sugeria las disposiciones y providencias que debian adoptarse, auxiliado por los consejos de los demas jefes que iban en la expedicion, especialmente por los Venezolanos, que conocian mejor á los hombres y al país que debian pasar. Así Mac-Gregor no merece todos los elogios que algunos le han prodigado por esta célebre retirada.

Nota 22ª. — Página 383.

Este mismo Aldama fué el que, siendo gobernador interino de Cumaná en 1816, mandó dar cien azotes, montada en un burro y paseándola por toda la ciudad, á la señora Leonor Guerra, pertene-

ciente á una de las primeras familias de aquella plaza, sin seguirle causa ó proceso. El motivo para tamaño atentado fué solo, segun se asegura, porque dijeron á Aldama que habia cantado unos versos en favor de los patriotas, ó por otro motivo igualmente leve : castigo cruel y vilipendioso que la llevó á la cama por algunos dias.

Fué muy funesta la catástrofe del coronel ingles Chamberlain al servicio de los patriotas, que estaba encerrado en la casa fuerte. Por no caer prisionero de los realistas, se quitó la vida con un tiro de pistola. Su mujer, Eulalia Buroz, quedó prisionera de un oficial español : tratando de seducirla, esta le dió un pistoletazo, dejándole muerto á sus piés ; pero en el momento fué despedazada por los soldados realistas. — El historiador Torrente da por muertos en el convento de San Francisco al comandante de ingenieros y artillería Piñango y al coronel Vélez. Aun viven hoy (1847). Tal es su exactitud histórica.

Nota 23ª. — Página 402.

Los apasionados historiadores españoles que han referido los sucesos acaecidos en Venezuela y en la Nueva Granada, el Dr Díaz y don Mariano Torrente, pintaron con vivos colores, distribuidos á su antojo, la muerte que se diera á los Capuchinos catalanes en las Misiones del Caroní. Aseguran que los ejecutores fueron negros del Guarico, y que Piar dió la órden para que los matáran; ambos hechos son falsos, pues ni Piar dictó la órden de muerte, ni en toda la campaña del Orinoco hubo soldados negros del Guarico ó de Haití. Los Venezolanos Baralt y Díaz cuentan el suceso de otra manera. Dicen que cuando Bolívar hizo su primera visita á Piar en Guayana, y supo la prision de los padres capuchinos, prorumpió con harta indiscrecion en estas palabras? « Y por qué no los han matado? » « No fué necesario mas, añaden, para que dos oficiales venezolanos, que aun existen, los hiciesen degollar bárbaramente en Carauche por una partida de Indios reducidos, mortales enemigos de aquellos infelices. El Libertador, cuando supo lo ocurrido, concibió de ello grande sentimiento, y es cierto tambien que los asesinos procedieron sin órden de ninguna autoridad, llevados de un impulso sanguinario muy comun por desgracia en aquel tiempo. » Apoyados en la autoridad de testigos respetables que estuvieron en Guayana en la época de aquel suceso, creemos que el Libertador no profirió tan in-

discreta expresion. Tambien nos parece que la muerte de los Capuchinos acaeció, no en la primera visita que hizo á Piar, sino despues que el primero regresó con las tropas y que el ejército de Morillo amenazaba á los independientes de Guayana, porque aun se ignoraba que se dirigiera contra la isla de Margarita. Tenemos entre otros el testimonio del general Santander.

Nota 24ª. — Página 402.

La Vieja-Guayana está edificada en la márgen derecha del Orinoco, y se componia de casas mal construidas sobre un peñasco. Su castillo principal era el de San Diego de Alcalá, establecido al sudoeste, el que domina la esplanada ó mesa de Guayana. El segundo castillo se denomina San Francisco : está colocado sobre el Orinoco, que corre al este ; es de construccion mas moderna.

Nota 25ª. — Página 403.

Las flecheras son una especie de buques semejantes á las lanchas, calan poca agua, y en consecuencia pueden penetrar en todas partes. Se manejan á vela y remo. Las hay de grandes dimensiones, capaces de montar uno ó dos cañones de grueso calibre y de llevar ochenta ó cien hombres. Tanto los Españoles como los patriotas hicieron mucho uso de flecheras para la guerra de Venezuela en esta época. Sobre todo las de Margarita , manejadas por sus marineros y habitantes, adquirieron mucha celebridad, y se hicieron temibles á los realistas por su grande celeridad y arrojo de los que las montaban.

Nota 26ª. — Página 425.

El doctor don José Domingo Díaz se jacta, en la página 213 de sus *Recuerdos sobre la rebelion de Carácas*, de que influyó en la muerte de Piar, excitando por medio de papeles y agentes secretos los celos, la desconfianza y la irritabilidad excesiva que atribuía á Bolívar : asegura que una *Gaceta de Carácas* puesta en manos de este le precipitó; que fué volando á Guayana, y pasó por las armas á su rival,

que dice era muy superior al jefe supremo. Todo esto es una patraña de la invencion de Díaz, pues el Libertador no se hallaba ausente, ni tuvo que ir de otra parte á Angostura. Si este cuento hubiera tenido el orígen que se le atribuye, entónces el señor Díaz tambien excitaria los horribles proyectos de Piar á fin de conmover las castas, proyectos que lo condujeron al patíbulo. Semejante excitacion habria sido un crímen horrendo de parte de Díaz, y no es creible que lo cometiera. Así es probable que se jactára de un hecho en que no pudo tener la parte que se atribuyó. De tal defecto está plagada toda su obra, hija de pasiones exaltadas, y llena de exageraciones contrarias á la verdad de los hechos.

Nota 27ª. — Página 426.

Bolívar, como jefe supremo, habia dado un decreto y reglamento con fecha 3 de setiembre de este año, mandando confiscar para la República todas las propiedades de los Españoles y Americanos realistas que emigráran del territorio que ocupase el ejército libertador, cuya confiscacion debia hacerse bajo de ciertas reglas y con algunas excepciones. Estas propiedades y las del gobierno español que se halláran en el territorio libertado ó que en lo venidero se libertára en Venezuela, eran los bienes que se llamaron *nacionales.* Por otro decreto de 10 de octubre, expedido cuando se actuaba el proceso contra Piar, se mandaron repartir dichos bienes entre los servidores de la patria. — Asignáronse al general en jefe 25,000 pesos; al de division 20,000; al de brigada 15,000; al coronel 10,000; al teniente coronel 9,000; al mayor 8,000; al capitan 6,000; al teniente 4,000; al subteniente 3,000; al sarjento 1° y 2° 1,000; al cabo 1° y 2° 700, y al soldado 500. Dichas asignaciones debian pagarse en los bienes nacionales que no se hubieran enajenado, ó que no pudieran enajenarse para el sostenimiento de la República. — El mencionado decreto fué confirmado despues por el congreso de Angostura en 6 de enero de 1820, y por el de Cúcuta en 29 de setiembre de 1821, para premiar los sacrificios que hicieron los que componian el ejército libertador y los empleados civiles, sirviendo sin pagas, sin vestuarios y muchas veces sin raciones, desde la expedicion de Ocumare en 1816 hasta 15 de febrero de 1819, ó una parte de este tiempo, en cuyo caso el haber era proporcional. De tales asignaciones provinieron

los haberes militares y la mayor parte de la deuda doméstica de Colombia.

Nota 28ª. — Página 431.

La estacion de las lluvias principia en abril, y hasta el mes de noviembre á diciembre las dilatadas llanuras de Venezuela y de la Nueva Granada que se hallan situadas al este de la gran cordillera son intransitables. Por tanto es necesario que cese la guerra y que las tropas se retiren á cuarteles de invierno.

Nota 29ª. — Página 438.

La marcha rápida de Bolívar desde San Diego de Cabrutica hasta Angostura, de aquí hasta la Urbana, frente á las bocas del rio Aráuca, y despues hasta Calabozo, es de mas de ciento cincuenta leguas. Así la sorpresa del cuartel general español en aquella villa haciendo creer á Morillo que los patriotas aun estaban en San Fernando, es uno de los hechos que dan mas honor al general Bolívar en sus campañas de la Independencia. — Si los patriotas se detienen algunas horas mas sin presentarse delante de Calabozo, el jefe realista marcha hácia San Fernando con su division. Entónces habria sido atacado en la llanura y destruido indefectiblemente. La celeridad de los patriotas lo salvó de tamaño peligro.

Nota 30ª. — Página 444.

El general Morillo afirma en el manifiesto que publicó en Valencia el 6 de setiembre de 1820, que su retirada al interior de la provincia de Carácas fué por haber concebido el proyecto de atraer el ejército de Bolívar á los valles de Aragua, para que se inutilizára su caballería con las marchas y no le sirviera en las montañas. Don José Domingo Díaz y don Mariano Torrente han repetido el cuento de este plan, concebido despues de dos años, para ensalzar la prevision y los talentos militares del jefe realista, al mismo tiempo que para

deprimir á Bolívar, suponiendo que se dejó engañar como un niño. Se puede, empero, asegurar que el indicado plan de campaña fué una invencion posterior. Así lo manifiestan los importantes documentos oficiales que siguen, dirigidos por Morillo al capitan general de Venezuela, Pardo, y una carta que poseemos de la misma letra del jefe español.

Oficio. — «Conforme dije á V. S. desde la villa del Pao y San José de Tiznádos, noticioso de que el rebelde Bolívar se habia reunido á Páez y puesto sitio á San Fernando, me dirigí en posta á Calabozo, adonde me atacaron el once del actual todas las fuerzas rebeldes de aquel caudillo, compuestas de mas de dos mil caballos y mil quinientos infantes, en cuya accion tuvimos alguna pérdida, pero fué mucho mayor la del enemigo. Permanecí tres dias defendiendo dicho puesto, y habria logrado destruir la numerosa caballería rebelde en las secas sabánas de la citada villa, si hubiese contado con los depósitos de víveres que con tanta repeticion y tiempo tenia pedidos.

» No teniendo subsistencias de ninguna clase, emprendí mi retirada á este pueblo con la mayor resolucion, donde acabo de llegar, siempre seguido por los enemigos, que no han dejado de incomodarme bastante, pero no han osado atacar ninguna de nuestras columnas.

» No se ha perdido ningun equipaje, y todo ha venido en el mayor órden, á pesar de la inmensa fatiga y sufrimiento de las tropas, que en un dia entero y dos noches sin comer ni dormir han tenido que arrostrar toda clase de peligros y sufrimientos, pues hemos tenido mas de cien muertos de hambre, de sed y de cansancio.

» Me dirijo con estas tropas á la villa de Cura, adonde espero se sirva V. S. dar las disposiciones convenientes para que encuentren los auxilios que necesiten, y que puedan de algun modo reparar lo que han sufrido; en el concepto que esto no da espera, y que nuestra subsistencia en el estado en que estamos merecé que sea tratada con otra actividad diferente de la que hasta aquí se ha mirado. — Dios guarde á V. S. muchos años. — Cuartel general del pueblo del Sombrero á 16 de febrero de 1818. — Pablo Morillo. — Señor don Juan Bautista Pardo. »

Carta. — « Mi estimado Pardo: no se puede Ud. figurar cuánto hemos sufrido con el cansancio de la tropa, la fatiga, el polvo y no tener alimento para resistir la marcha; han muerto ahogados de calor muchos, y otros no ha sido posible salvarlos, á pesar que desde

mi persona hasta el último oficial hemos dado nuestros caballos, y yo he venido á pié la mayor parte del camino para dar ejemplo. La sed nos ha devorado y el calor; la marcha ha sido tambien muy rápida.

» Los húsares han perdido sobre sesenta hombres, entre ellos Santander y Huesca, que murieron, lo mismo Návas y otros de infantería.

» Estos diablos han reunido todo titilimundi, hasta Monágas, que estaba en la provincia de Barcelona; en Guayana solo han dejado cien hombres de guarnicion. Si Calzada hubiese podido reunirse conmigo acabábamos con la patria, pero no podia verificarse esto á tanta distancia; lo que podrá es hacerles mucho daño en sus recursos, como es quitarles sus caballadas, que es en lo que consiste toda su esperanza.

» Si en Calabozo hubiese tenido víveres para solo quince dias, estoy seguro que sus caballos no hubieran podido aguantar, y entónces eran hombres perdidos.

» No nos dejan sosegar estos diablos un momento y siempre los tenemos encima, y la tropa la tenemos muerta de cansada; esto está mas montañoso, y no es tan bueno para su caballería.

» Que se den providencias activas para socorros de víveres.

» Páselo Ud. bien, y mande á su afectísimo. — Morillo. — Sombrero, 16 de febrero de 1818. »

Oficio. — « Cerrando los pliegos que dirigí ayer á V. S. comunicándole mi situacion y el movimiento que habia hecho desde Calabozo, fuí atacado en el pueblo del Sombrero por toda la infantería y caballería rebelde con el mayor vigor; pero el acertado fuego del regimiento de Navarra y la decision con que los intrépidos soldados del de Castilla cargaron á los enemigos, hizo, despues de dos horas de un fuego horroroso, no solo el que se rechazasen completamente, sino que, atacados á su vez, fuesen puestos en vergonzosa fuga, dejando en nuestro poder multitud de armamento y prisioneros, la bandera del batallon que llaman de Honor y mas de trescientos cadáveres, sin necesidad de haber empleado el regimiento de la Union, ni un corto número de húsares que quedaron de reserva, aunque estos con los caballos cansados y extenuados de fatiga. Si en aquel momento hubiera podido disponer de alguna caballería para perseguirlos en el desórden y confusion que se les puso, hubieran acabado los restos de la República.

» Me he replegado á este pueblo para reunirme á la columna del teniente coronel don Rafael López, que debe llegar esta noche con

seiscientos caballos y trescientos infantes, y pienso marchar inmediatamente á atacar á los rebeldes, ya puestos en salvo los enfermos y equipajes que tanto nos embarazaban; no dudando, si nos esperan, destruirlos completamente.

» Entre tanto y por un efecto del movimiento que han hecho los rebeldes sobre estos puntos, queda el coronel Calzada en aptitud de cogerles en el Apure las caballadas y recursos que allí tienen y han dejado ahora casi abandonados para hacer este esfuerzo.

» Haga V. S. que las dos compañías de Búrgos, el batallon de pardos y toda la caballería, que le tengo dicho anteriormente se sitúen en la villa de Cura, lo verifiquen sin perder momento, aumentando el mayor número de caballos que sea posible, que es el arma que mas necesitamos.

» Vuelvo á decir á V. S. que si no se nos facilitan subsistencias, el ejércitó vendrá á perecer por el hambre.

» Dios guarde á V. S. muchos años. — Cuartel general de Barbacóas, 17 de febrero de 1818. — Pablo Morillo. — Señor don Juan Bautista Pardo. »

Otro. — « Despues de la victoria conseguida por las tropas de este ejército en el pueblo del Sombrero, los enemigos no han osado adelantar un paso, y hemos tenido noticias positivas de que su pérdida ha sido horrorosa, habiéndoseles desertado la mayor parte de la poca infantería que les quedó despues de la accion.

» Estos soldados, que con tanta bizarría han resistido y batido fuerzas tan superiores, siguen su marcha desfallecidos, y estragados los estómagos á consecuencia de no comer, y de beber solo agua ya ha muchos dias, pues apénas se ha contado con algunas reses; y se hallan en el mas deplorable estado, si no se les auxilia. Lo digo á V. S. para que dé las mas enérgicas disposiciones, á fin de que se nos envíen subsistencias á la villa de Cura, y se tomen las medidas necesarias para reparar algun tanto los indecibles trabajos y sufrimientos de estos valientes.

» Ignoro aun si en dicha villa se hallan ya el batallon de pardos y dos compañías de Búrgos que dije á V. S., pues no he recibido correspondencia suya; y espero al mismo tiempo que se sirva V. S. dar disposiciones muy activas para reunir una buena y considerable recluta con que pienso completar los cuerpos europeos, aumentándolos hasta mil doscientas plazas cada batallon sobre la fuerza que tienen, en cuya operacion no deberán guardarse consideraciones, por ser muy importante.

» La caballería necesita aumentarse por todos medios, porque sin ella no podrémos sacar recursos del llano, que es imposible conservar, teniendo tanta fuerza de esta arma los enemigos.

» Tambien necesitamos con mucha urgencia armamento, y es indispensable que V. S. disponga se reuna cuanto sea posible sin perder momento.

» El capitan don Manuel de Pórras y Rapalo del regimiento de Navarra, que huyó de presentarse en el ejército cuando supo que se acercaba al Sombrero, ha ido por todos los pueblos alarmando á los habitantes con falsas noticias; y espero se sirva V. S. disponer se ponga preso inmediatamente y se me remita al cuartel general para que sea juzgado en consejo de guerra.

» Dios guarde á V. S. muchos años. — Cuartel general de Cataatagua, 19 de febrero de 1818. — Pablo Morillo. — Señor don Juan Bautista Pardo. »

Por estos partes oficiales se demuestra claramente que Morillo se retiró desde el Sombrero : 1° porque no tenia subsistencias; 2° porque tampoco tenia caballería con qué combatir en la llanura, y le era preciso buscar las montañas como terreno propio para su infantería; y 3° en fin, para reunir, aumentar y armar su ejército, de modo que pudiese competir con el de los independientes. En ninguno de estos documentos menciona Morillo el plan de campaña que excogitó despues, y así puede asegurarse no haber existido. Por consiguiente es inmerecida la gloria que se le quiere atribuir por aquella supuesta concepcion, que se pinta como hija de la sabiduría y de una prevision consumada.

Nota 31ª. — Página 444.

Muchos sucesos de la vida militar de Bolívar que aparecen como errores capitales, impericia ó falta de cálculo, provinieron de la poca subordinacion de sus generales. Acostumbrados estos, primero como jefes de guerrillas y despues como generales, á mandar con absoluta independencia, se sometieron muy lentamente y con fuerte repugnancia al jefe supremo, distinguiéndose sobre todos el general Páez. El ejército y la autoridad de Bolívar podian compararse muy bien á la que ejercian los príncipes en los tiempos feudales de la edad média, en que los grandes señores hacian su voluntad á pesar

de las órdenes de sus jefes. En nada manifestó mas Bolívar sus talentos, su genio conciliador al mismo tiempo que firme, y su política, que en haber podido ir sujetando poco á poco la independencia caprichosa de sus generales. Observando esta sábia conducta, pudo al fin consolidar su autoridad suprema, y formar un todo homogéneo de elementos que tenian tan fuerte propension á separarse.

Nota 32ª. — Página 446.

El capitan Quero murió de las heridas, y es falso que los patriotas lo matáran, como refieren los realistas. Tampoco quitaron la vida á los demas oficiales americanos que se rindieron, algunos de los cuales tomaron servicio en las filas republicanas. Pero sí mataron á los oficiales y soldados españoles europeos. Aunque en esta época la guerra no se hacía con la cruel ferocidad que en los tiempos de Bóves, los independientes detestaban á los Españoles; así era muy difícil que salváran sus vidas los que caían prisioneros. Nunca podian olvidar los patriotas las crueldades de Morillo en la Nueva Granada y en Margarita.

Nota 33ª. — Página 450.

El Dr Díaz y Torrente, su copista, aseguran que Bolívar tenia en esta batalla cuatro mil quinientos infantes, entre ellos tres batallones de Ingleses. Esto despues de haber hecho matar centenares de patriotas en el Sombrero, la Cabrera y Maracay. Mil quinientos infantes dió Morillo á Bolívar en Calabozo en sus partes oficiales: ¿cómo habrian subido á cuatro mil quinientos despues de matarle mas de quinientos? Así es que no se puede creer número alguno de los que fijan dichos autores realistas: ellos siempre son exagerados, para realzar la gloria de sus guerreros. Bolívar marchó con poco mas de dos mil hombres sobre los valles de Aragua, y aunque en estos reclutára quinientos, habia perdido casi el mismo número por la desercion. Solamente diez ó doce oficiales ingleses se le habian venido del regimiento del coronel Mac-Donald, entre ellos el coronel Rook, que hizo importantes servicios en esta campaña.

Nota 34ª. — Página 452.

¡Dos mil y quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dice el Dr Díaz que perdieron los insurgentes! Asegura que entre ellos murieron seiscientos Ingleses. Falsedad notoria, pues en aquel dia aun no se habia unido á los patriotas cuerpo alguno de extranjeros. — Los partes realistas nada dicen de prisioneros: ¿sería que no los hicieron? Á lo ménos parece que fueron muy pocos, acaso en venganza de la muerte que los independientes daban á los Españoles europeos.

Nota 35ª. — Página 452.

Á esta batalla debió el general Morillo el título de *marques de la Puerta,* que le confirió el rey de España. — De los prisioneros hechos poco despues en el Rincon de los Tóros, mandó fusilar Morillo á cuatro oficiales, que fueron: el jefe de estado mayor divisionario, teniente coronel Manfredo Bertolazi, Italiano de nacimiento, que dejando su patria vino á combatir por la Independencia de Venezuela; los de igual graduacion José Francisco Portero y Juan de Dios Moráles, y el capitan ayudante del Libertador, Florencio Tobar, hijo del célebre patriota Martin Tobar Ponte, cuya decision por la independencia de su patria causó la muerte de su hijo. Morillo quiso castigarle en lo que mas amaba.

Nota 36ª. — Página 458.

López fué enterrado por los suyos en el mismo campo de batalla, que abandonaron inmediatamente. El general Bolívar supo despues, aunque en duda, que habia muerto en la accion del Rincon de los Tóros. Luego que una partida suya pudo penetrar en aquel pueblo, encargó al comandante que examinase el lugar donde se decia que López habia sido enterrado, y que verificase con personas que le conocieran la certidumbre de su muerte: suceso que se creía tan importante como la ganancia de una batalla. Tal fué el objeto que se tuvo para desenterrar el cuerpo de López, á quien el oficial patriota volvió á sepultar. Por consiguiente no es verdadera la asercion de

los realistas, de que los patriotas desenterráran el cadáver de López, y que lo colgáran en un árbol.

Nota 33ª. — Página 468.

Este es el mismo que adquirió despues tanta celebridad, dando libertad é independencia al territorio de la capitanía general de Quito, el que triunfó en Ayacucho del ejército español del Perú, y el que, libertando al Alto-Perú, fué el primer presidente de Bolivia. — Era natural y de una de las primeras familias de Cumaná, donde nació en 13 de junio de 1794. Recibió su primera educacion en Carácas, comenzando en 1808 sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Cuando rompió la revolucion, se dedicó á esta arma con mucha aplicacion, talento y aprovechamiento. Principiada en Venezuela la guerra contra el poder español, Sucre salió á campaña y sirvió á las órdenes del general Miranda en 1811 y 12, teniendo que emigrar luego que Monteverde ocupó á Venezuela. Fué uno de los valientes que acompañaron á Mariño, Piar, Bermúdez y Valdes por enero de 1813, en su atrevida empresa de apoderarse con un puñado de patriotas de las provincias orientales de Venezuela. Lo consiguieron despues de cien reñidos combates, en que se distinguió el jóven Sucre por su infatigable actividad, por su inteligencia y valor. Desde 1814 sirvió en el estado mayor general del ejército de Oriente, siempre que lo hubo en la provincia de Cumaná. Descolló en este servicio por su celo y talento, así como por ese espíritu de órden que todo lo metodizaba, por esa moderacion y gracia con que hermoseaba cuanto hacía. El jóven Sucre brilló en todas ocasiones por su carácter moderado y conciliador. En medio de los partidos y discusiones políticas que agitaron con frecuencia las provincias orientales, Sucre era por lo comun el mediador, el consejero y la guia, sin que jamas perdiera el camino recto ni abandonára la buena causa. Él combatia sistemáticamente los desórdenes, y sin embargo era amigo de todos. Fué siempre decidido por el Libertador y por el gobierno, cuya causa sostuvo sin extraviarse jamas, pues tenia constantemente fija la vista en la patria, en la libertad y en la justicia. — En el curso de esta *Historia* verémos los demas hechos y sucesos de la vida pública de tan célebre caudillo de la Independencia, segun nos parece, el segundo despues de Bolívar.

Nota 38ª. — Página 470.

El señor Francisco Antonio Zea era natural de la provincia de Antióquia, en la Nueva Granada, y de una familia distinguida en su patria. Estudió en el colegio seminario de Popayan y en el de San Bartolomé en Santafé. Distinguióse aquí por sus conocimientos en literatura y botánica. Complicado en 1794 en la causa contra don Antonio Nariño por la publicacion de los *Derechos del hombre,* fué conducido á Madrid. Allí obtuvo su libertad, mas no el permiso de volver á su patria. Fué empleado en la corte española, donde publicó artículos muy hermosos en el *Mercurio de España.* Habiéndose casado en la Península, se le confirió la direccion del jardin botánico de Madrid. Desempeñaba tal destino cuando Napoleon invadió la España. Zea fué entónces á Bayona como uno de los notables que formaron la nueva constitucion española : siguió el partido del rey José, empleado siempre, y tuvo que abandonar la Península con los Franceses. Volvió á América en 1815, con el designio de ayudar á la Independencia de la Nueva Granada. Mas subyugada esta por Morillo, no pudo entrar y se quedó en Jamáica. Unióse entónces á Bolívar, corriendo despues todos ó la mayor parte de los azares que sufriera este caudillo de la Independencia. En Guayana desempeñó los primeros destinos civiles y políticos de la República.

Nota 39ª. — Página 473.

Várias veces oimos decir al general Bolívar, hablando de esta época, que el verdadero *Libertador* de Colombia era López Méndez. Aseguraba que él nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819, sin los oportunos y eficaces auxilios de toda clase que aquel le proporcionó en Lóndres, empeñando su propia responsabilidad y la del naciente y aun mal afirmado gobierno de Venezuela; comprometimiento peligroso, que sujetó á López Méndez á ser llevado á la cárcel, donde estuvo largo tiempo por no haber podido cumplir las obligaciones contraidas á nombre del gobierno de Venezuela.

Nota 40ª. — Página 511.

Jámes T. English habia sido comisario de guerra del ejército an-

glo-español que mandó lord Wellington : despues vino á Venezuela como teniente coronel en el regimiento denominado *Húsares venezolanos* que mandaba el coronel Hippisley. Este cuerpo se disolvió casi en su totalidad, porque muchos de los oficiales y soldados que lo componian, disgustados con su jefe, se pasaron en San Fernando á otro cuerpo de extranjeros que regía el coronel Wilson : Hippisley volvió entónces á Angostura, y de allí se fué disgustado á Europa, donde escribió un horrible libelo contra el Libertador y contra casi todos los patriotas de Venezuela, porque no eran ricos ni tuvieron con qué mantenerle y darle raciones á la europea, y porque hacian la guerra á los Españoles del modo que les era posible. El teniente coronel English regresó tambien á Angostura, donde hizo un contrato con el jefe supremo para traerle de Inglaterra una division de tropas bajo de ciertas condiciones que se estipularon ; entre ellas estaba la de hacerle general de brigada, á fin de que mandase la gente que condujera á la Costa-Firme. De aquí tuvo orígen la expedicion llamada del general English, que se compuso de 1,200 hombres, fuera de 300 Alemanes que mandaba el coronel Uzlar.

Nota 41ª. — Página 529.

El nombramiento que hizo el general Morillo del jóven coronel Barréiro para un mando tan importante como el de la tercera division, que defendia á la Nueva Granada, fué censurado en el ejército expedicionario. Barréiro era oficial facultativo de artillería, pero solo habia mandado una compañía de artillería lijera. El virey Sámano de ninguna manera estaba contento con él ; así fué que envió al coronel don Sebastian Calzada, que se hallaba en Santafé, para que tomase el mando de la 3ª division; mas Barréiro no lo quiso entregar, diciendo : que su nombramiento emanaba del general en jefe, y que el virey no podia revocarlo.

Nota 42ª. — Página 562.

El general José Antonio Anzoátegui era natural de Barcelona y de buena familia. Desde el principio de la revolucion entró á servir en la carrera militar. Estuvo en la Nueva Granada en

1815 con la division que condujo Urdaneta, y fué á Cartagena, de donde emigró á la isla de Haití. Reunido con Bolívar en los Cáyos, le acompañó en las expediciones sobre Carúpano y Ocumare: de aquí penetró en los Llanos con la division del Centro, hallándose en toda aquella célebre campaña. Pasó despues á Guayana bajo las órdenes de Piar, donde se distinguió, y fué ascendido á general de brigada: hizo las campañas posteriores siempre con distincion. Falleció el 15 de noviembre á los treinta años de edad, cuando la patria esperaba de él los mas importantes servicios. El ejército de la Nueva Granada llevó luto riguroso por ocho dias á causa de la muerte prematura de tan distinguido general: Bolívar tuvo el mayor sentimiento por su pérdida, que era muy grande en aquellas circunstancias, pues no habia un jefe que estuviera inmediato al ejército del Norte y de alta graduacion, que reemplazára dignamente al general Anzoátegui.

Nota 43ª. — Página 565.

Publicamos á continuacion la ley fundamental de la República de Colombia, acordada por el Congreso de Angostura, la que sirvió de tipo para la posterior que diera en 1821 el Congreso general de Colombia, reunido en la villa del Rosario de Cúcuta. El texto de dicha ley era el siguiente:

« LEY FUNDAMENTAL DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

» El soberano Congreso de Venezuela, á cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada recientemente libertados por las armas de la República, considerando:

» 1° Que reunidas en una sola República las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada, tienen todas las proporciones y medios de elevarse al mas alto grado de poder y prosperidad;

» 2° Que constituidas en Repúblicas separadas, por mas estrechos que sean los lazos que las unan, bien léjos de aprovechar tantas ventajas, llegarian difícilmente á consolidar y hacer respetar su soberanía;

» 3° Que estas verdades, altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores y de un ilustrado patriotismo, habian movido á los gobiernos de las dos Repúblicas á convenir en su reunion, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar. Por todas estas

consideraciones de necesidad y de interes recíproco, y con arreglo al informe de una comision especial de diputados de la Nueva Granada y Venezuela,

» En el nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo,

» Ha decretado y decreta la siguiente ley fundamental de la República de Colombia :

» Artículo 1°. Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este dia reunidas en una sola bajo el título glorioso de *República de Colombia.*

» 2° Su territorio será el que comprendian la antigua capitanía general de Venezuela y el vireinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extension de 115 mil leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

» 3° Las deudas que las dos Repúblicas han contraido separadamente son reconocidas *in solidum* por esta ley como deuda nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos mas productivos de las rentas públicas.

» 4° El poder ejecutivo de la República será ejercido por un presidente, y, en su defecto, por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

» 5° La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Carácas, Quito y Bogotá, quitada la adicion de Santafé.

» 6° Cada departamento tendrá una administracion superior y un jefe nombrado por ahora por este Congreso con título de vicepresidente.

» 7° Una nueva ciudad, que llevará el nombre del Libertador *Bolívar*, será la capital de la República de Colombia. Su plan y situacion se determinarán por el primer Congreso general, bajo el principio de proporcionarla á las necesidades de los tres departamentos, y á la grandeza á que este opulento país está destinado por la naturaleza.

» 8° El Congreso general de Colombia se reunirá el 1° de enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar mas bien proporcionado. Su convocacion se hará por el presidente de la República el 1° de enero de 1820, con comunicacion del reglamento para las elecciones, que será for-

mado por una comision especial y aprobado por el Congreso actual.

» 9° La constitucion de la República de Colombia será formada por su Congreso general, á quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual, y que con las leyes dadas por el mismo se pondrá luego, por via de ensayo, en ejecucion.

» 10° Las armas y el pabellon de Colombia se decretarán por el Congreso general, sirviéndose entre tanto de las armas y pabellon de Venezuela, por ser mas conocido.

» 11° El actual Congreso se pondrá en receso el 15 de enero de 1820, debiendo procederse á nuevas elecciones para el Congreso general de Colombia.

» 12° Una comision de seis miembros y un presidente quedará en lugar del Congreso con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto.

» 13° La República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente diciembre en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunion por la cual se regenera el Estado.

» 14° El aniversario de esta regeneracion política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en que se premiarán, como en las de Olimpia, las virtudes y las luces.

» La presente ley fundamental de la República de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos, inscrita en todos los registros públicos, y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipalidades y corporaciones, así eclesiásticas como seculares.

» Dada en el palacio del soberano Congreso de Venezuela, en la ciudad de Santo Tomas de Angostura, á 17 dias del mes de diciembre del año del Señor de 1819, noveno de la Independencia.

» El presidente del Congreso, Francisco Antonio Zea. — Juan German Roscio. — Manuel Cedeño. — Juan Martínez. — José España. — Luis Tomas Peraza. — Antonio María Briceño. — Eusebio Afanador. — Francisco Conde. — Diego Bautista Urbaneja. — Juan Vicente Cardoso. — Ignacio Muñoz. — Onofre Basalo. — Domingo Alzuru. — José Tomas Machado. — Ramon García Cádiz. — El diputado secretario, Diego de Vallenilla.

» Decreto. — Palacio del soberano Congreso de Venezuela en Angostura á 17 de diciembre de 1819, — nono.

» El soberano Congreso decreta que la presente ley fundamental

de la República de Colombia sea comunicada al supremo poder ejecutivo por medio de una diputacion para su publicacion y cumplimiento.

» El presidente del Congreso, Francisco Antonio Zea. — El diputado secretario, Diego de Vallenilla.

» Palacio del gobierno en Angostura á 17 de diciembre de 1819,—9°.

» Imprímase, publíquese, ejecútese y autorícese con el sello del Estado. — Simon Bolívar.

» Por S. E. el presidente de la República, el ministro del interior y de la justicia, Diego B. Urbaneja. »

Nota 44ª. — Página 565.

Cundinamarca era el nombre que se daba en tiempo de los Indios y ántes de la conquista á la parte del Nuevo Reino de Granada situada al oriente de la cordillera ó en los Llanos de San Juan ó San Martin. — La provincia actual de Bogotá se llamó *Estado de Cundinamarca* en la primera época de la revolucion, copiando este nombre de un gran mapa de la América meridional que publicó La Rochette. Por esta ley fundamental se dejó el nombre de *Bogotá* quitando la adicion de *Santafé,* nombres con que ántes era conocida. Tal variacion, que no gustó á muchos Granadinos poco ilustrados ó fanáticos, que la atribuyeron á odio contra la Santa Fé, ha surtido completamente su efecto, pues todo el mundo llama hoy (1847) *Bogotá* á la capital de la Nueva Granada.

Nota 45ª. — Página 565.

El doctor José María Salazar, natural de Antióquia en la Nueva Granada, diputado al Congreso de Angostura, antiguo patriota, de talentos distinguidos, publicó en aquellos dias un *Canto heróico* en hermosos versos, celebrando la campaña de Bogotá ó de la Nueva Granada, y la creacion de la República de Colombia. Esta poesía tuvo mucha aceptacion, como todo lo que dictaba la musa de Salazar, quien fué enviado de ministro de Colombia á los Estados Unidos; allí permaneció hasta 1827, en que el Libertador le dió sus letras de retiro. Entónces se fué á Paris con su familia, donde murió de una pulmonía.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO

DE LA

HISTORIA DE COLOMBIA.

PARTE SEGUNDA,

CONTINUADA.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



